

CIUDADANOS, CAMPESINOS Y SOLDADOS.
EL NACIMIENTO DE LA “PÓLIS” GRIEGA
Y LA TEORÍA DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA”

ANEJOS DE *GLADIUS*

12

Directores:

Fernando Quesada Sanz y Álvaro Soler del Campo

Consejo de Redacción:

Eduardo González Calleja (Universidad Carlos III, Madrid)

Francisco Gracia Alonso (Universidad de Barcelona)

Pilar López García (Instituto de Historia, CSIC)

Carlos Sanz Mínguez (Universidad de Valladolid)

Consejo Asesor:

David Alexander (Puycesi, France)

Christian Beaufort-Spontin (Hofjad und Rüstkammer, Kunsthistorisches Museum, Wien)

Jon Coulston (University of St. Andrews, Scotland)

Michel Feugère (CNRS, Montpellier, France)

José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)

J. A. Godoy (Musée d'Art et d'Histoire, Genève, Suisse)

Michael Kunst (Deutsches Archäologisches Instituts, Madrid)

Guillermo Kurtz Schaeffer (Museo Arqueológico de Badajoz)

Pierre Moret (Université de Toulouse)

Ángel Morillo (Universidad de León)

Stuart W. Phyrre (Metropolitan Museum of Art, New York)



INSTITUTO HISTÓRICO HOFFMEYER



INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA DE MÉRIDA

FERNANDO ECHEVERRÍA REY

CIUDADANOS, CAMPESINOS Y SOLDADOS.
EL NACIMIENTO DE LA “PÓLIS” GRIEGA
Y LA TEORÍA DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA”

Anejos de Gladius

12

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO HISTÓRICO HOFFMEYER. INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA DE MÉRIDA
EDICIONES POLIFEMO
Madrid, 2008

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.



© Fernando Echeverría Rey
© Consejo Superior de Investigaciones Científicas
c/ Vitruvio, 8
28006 Madrid
NIPO: 653-08-066-0
ISBN: 978-84-00-08718-0
Catálogo General de Publicaciones Oficiales <http://www.060.es>

© Ediciones Polifemo
Avda. de Bruselas, 47 5º
28028 Madrid
ISBN: 978-84-96813-15-1

Depósito Legal: M-47.258-2008
Impreso en España

Imprime: eLeCe, Industria Gráfica
c/ Río Tiétar, 24
28110 Algete (Madrid)

Ciudadanos, campesinos y soldados.
El nacimiento de la pólis griega y la teoría de la “Revolución hoplita”

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, <i>Fernando Quesada</i>	11
PRÓLOGO, <i>Domingo Plácido</i>	13
NOTA DEL AUTOR	15
AGRADECIMIENTOS	19

INTRODUCCIÓN

La teoría de la “Revolución hoplita” como objeto de investigación	25
---	----

CAPÍTULO I

La teoría de la “Revolución hoplita”	29
Los fundamentos, 1900-1950	29
La comunidad de guerreros	30
El determinismo tecnológico	33
Las tiranías arcaicas	34
La exploración teórica, 1950-1980	37
La perspectiva “ortodoxa”: La revolución repentina	38
La perspectiva gradualista: El cambio progresivo	39
Algunas perspectivas críticas	43
La revisión teórica, 1970-2000	45
El nuevo camino filológico	46
El nuevo camino arqueológico	48
Las perspectivas revisadas	50
La nueva crítica	53
Guerra y agricultura: Victor D. Hanson	54
Homero y falange hoplita: Hans van Wees	57
Democracia y ciudad-estado: Kurt A. Raaflaub	61
Conclusiones. La “Revolución hoplita” y la historiografía	66

CAPÍTULO II

Deudas con la Antigüedad. Los fundamentos clásicos de la “Revolución hoplita”	73
Argumentos modernos, testimonios antiguos	74
Del combate homérico a la falange	74
Tecnología y táctica hoplita	76
Militarismo y cultura griega	85
Luchas y tensiones sociales en la Grecia Arcaica	88
Función militar y participación política	91
Aristóteles y los cimientos de la “Revolución hoplita”	93
Guerra y política	93
Ciudad y ciudadanía	96
Evolución política	102
Conclusión. ¿Raíces antiguas?	103

CAPÍTULO III

Dos mundos contrapuestos. El combate homérico y la falange hoplita	107
La guerra homérica	108
El héroe-guerrero. La perspectiva tradicional	110
¿Guerreros o soldados? Nuevas perspectivas	119
El combate homérico como combate colectivo	122
La introducción de la falange hoplita	127
Testimonios literarios. La falange en la lírica arcaica	129
Arquíloco	129
Tirteo	131
Calino y Alceo	137
Testimonios arqueológicos. La falange en las pinturas vasculares	138

CAPÍTULO IV

El hoplita y la falange. Una cuestión de concepto	149
La figura del hoplita	150
Escudo argivo, hoplita y “ <i>hóplon</i> ”	150
El hoplita en la literatura y la epigrafía	153
Guerreros arcaicos	158
Conclusiones. El significado de “ <i>hoplites</i> ”	162
La falange en la Época arcaica	165
El término “ <i>phalanx</i> ” en las fuentes literarias arcaicas	165
La falange de Jenofonte	168
Las formaciones de combate en el siglo V a.C.	175

¿Falange arcaica?	180
Conclusiones. El combate en Época arcaica	181

CAPÍTULO V

Determinismo tecnológico. Escudo argivo, falange hoplita y superioridad militar	193
La superioridad tecnológica del armamento griego	195
La piedra angular. La doble abrazadera del escudo argivo	196
Determinismo y escudo argivo	210
Identidad entre escudo argivo y falange	213
Superioridad ofensiva. La lanza de combate	217
La panoplia superior de los griegos	222
La superioridad táctica de la falange hoplita	223
Fundamentos de la superioridad. Argumentos	224
El mercenariado griego arcaico	224
Falange hoplita y colonización	227
Definición territorial y guerras fronterizas	229
Fundamentos de la superioridad. Factores	231
Mayores efectivos	232
Cohesión y disciplina	236
¿Superioridad a toda costa?	239
La difusión del armamento y la táctica. Cuestiones de superioridad	241
Conclusión. Reflexiones sobre el determinismo	244

CAPÍTULO VI

Soldados y ciudadanos. La guerra griega y la política interna de la ciudad-estado	249
Introducción. La ciudadanía como participación militar	252
La guerra. ¿Virtud ciudadana o problema cívico?	256
Las estructuras timocráticas y la función militar	258
¿Las armas o la tierra?	259
Timocracia y organización militar	262
Legislación y timocracia	265
Función militar y ciudadanía	267
Desclasados en el ejército	268
Conclusión. “A los caídos en combate honran dioses y hombres”	273

CONCLUSIÓN

Guerra, sociedad y política en la Grecia Arcaica.	
De la “Revolución hoplita a la “evolución de la ciudadanía”	279

BIBLIOGRAFÍA	289
CATÁLOGO DE BATALLAS	331
ÍNDICE DE FIGURAS	333
ÍNDICE ANALÍTICO	337
ÍNDICE DE FUENTES CLÁSICAS	343

PRESENTACIÓN

La colección de *Anejos* a la revista *Gladius* se ha concentrado hasta ahora, sobre todo, en obras dedicadas al estudio y análisis de las armas y la guerra antes del desarrollo de las armas de pólvora; estos trabajos ponen lógicamente un fuerte énfasis en la arqueología y en la cultura material. Las espadas de La Tène y las armas aztecas, las máquinas de asedio y la artillería de torsión, o los campamentos del ejército romano en *Hispania*, han sido objeto de trabajos excelentes que aportan mucho en el campo de la tipología, del estudio de la funcionalidad y la tecnología de las armas, de las tácticas de combate en la Antigüedad, de la organización de los ejércitos, etc.

Pero desde que *Gladius* y el Instituto Hoffmeyer retomaran su interrumpida andadura en 1999, hace casi una década, ha sido una constante insistir en que las armas son objetos que forjaron y manejaron hombres, objetos cargados de un profundo significado de carácter simbólico, ritual, económico y –en un último y más amplio sentido– social. Por eso se ha dado acogida en la serie de *Anejos* a libros orientados hacia una visión más amplia, global, en la que los temas militares entran en más directa relación con cuestiones globales. Es el caso de la relación del ejército con la economía del Imperio Romano, en el magnífico libro de la profesora M^a Paz García-Bellido sobre el papel de legiones y unidades auxiliares en la difusión de la moneda en las fronteras de Germania. O también la relación entre religiosidad y milicia en las culturas del antiguo Mediterráneo, que desarrolla la excelente obra de la profesora Mar Gabaldón sobre los rituales de armas y los santuarios en época clásica desde Grecia a Iberia. Son libros en los que lo militar en su sentido más técnico (esto es, estudiado en sus niveles tecnológicos, funcionales y tácticos) se imbrica en la estructura mental de las culturas clásicas, con esa íntima trabazón que en la Antigüedad se dio entre milicia, cultura y sociedad.

A esta última línea pertenece el libro de Fernando Echeverría Rey que ahora tenemos el placer de acoger en la serie. Su título y subtítulo lo dicen claramente, y una mirada al completo índice de la obra lo corrobora: *Ciudadanos, campesinos y soldados. El nacimiento de la pólis griega y la teoría de la 'revolución hoplita'*.

Este libro encaja perfectamente dentro de corrientes actuales, especialmente anglosajonas y francesas, pues a un sólido conocimiento de la Historia Militar tradicional añaden un renovado interés por cuestiones de más amplio calado, que se alejan de la aparente aridez de la polemología clásica. Es verdad que, en ocasiones, ciertas generalizaciones adolecen –nos apresuramos a añadir que no es el caso de la obra presente– de conocimientos precisos sobre algunas cuestiones relacionadas con las capacidades, empleo y limitaciones de las armas; o sobre las numerosas inconsistencias entre lo que teóricamente debería emplearse y cómo, y las numerosas variaciones documentadas que derivan de la compleja naturaleza de la psicología humana, y que obligan a huir de mecanicismos y determinismos tecnológicos; o sobre las peculiaridades de la iconografía militar antigua. Todo ello limita la utilidad de algunas aportaciones generales que apenas rozan

los aspectos más profundos de la Arqueología e Historia Militar en toda su complejidad, erróneamente consideradas como áridas clasificaciones o juegos de estrategias ‘de salón’.

Muchos datos nuevos, sobre todo arqueológicos, se han añadido en el último siglo al conocimiento de la panoplia griega arcaica y clásica, datos que han refinado también mucho nuestro saber sobre los mecanismos del combate individual, de la táctica, de la conducción de las operaciones e incluso de la logística en la antigua Grecia. Sin embargo, como apunta también el profesor Domingo Plácido en su Prólogo, en lo sustancial la información sobre el funcionamiento de los ejércitos de la Antigua Grecia sigue funcionando sobre modelos básicos y esquematizados creados hace ya más de cien años, que han llegado a formar una suerte de *communis opinio*, una ‘verdad académica oficialmente admitida’ que tiende a osificarse y a transmitirse al gran público en una cómoda síntesis.

La teoría de una ‘revolución hoplita’, según la cual unas armas y tácticas nuevas habrían configurado sustancialmente la matriz básica de la sociedad griega arcaica, es uno de esos paradigmas aparentemente sustanciados en fuentes clásicas, Aristóteles por ejemplo, que sin embargo son muy posteriores a los hechos. Sin embargo, periódicamente el concepto mismo de ‘revolución hoplita’ y su papel central en la configuración social de la Grecia Arcaica ha sufrido sucesivos asaltos académicos, que han dado como resultado matizaciones frecuentes, e incluso alternativas bastante más radicales, como la que este libro sostiene. Pero, dado que el intenso debate que a veces se mantiene en revistas y monografías especializadas tarda años y a veces décadas en llegar al gran público, es de temer que las enormes dudas que entre los especialistas actuales suscitan modelos aparentemente fijados y pulidos por la actividad de los eruditos anteriores tarden todavía en llegar a los manuales universitarios.

El libro de Fernando Echeverría constituye una notable aportación al debate sobre la formación de la *pólis* griega arcaica, erudita, profundamente conocedora de las fuentes literarias primarias, actualizada, apasionada y sin duda polémica, con énfasis en las cuestiones militares asociadas al nacimiento y desarrollo de la falange hoplita. Es a la vez claro en la exposición de sus ideas, sistemático en su aproximación y perfectamente legible. No pretenderemos estar de acuerdo en todos sus puntos, y en ocasiones puede que en el calor de la discusión historiográfica se difumine algo del viejo y sabio principio: *nos sumus sicut nanus positus super humeros gigantis*, atribuible a Bernardo de Chartres hacia 1130, pero quizá aún anterior. Pero nos sentimos satisfechos y honrados por acoger en esta serie un trabajo de excelente factura e indudable rigor académico, que sin duda tendrá amplia proyección, dado que se inserta en una viva y activa línea de investigación de verdadero carácter internacional a cuyo discurrir se añadirán ahora, por derecho propio, las ideas y aportaciones de Fernando Echeverría Rey.

Fernando Quesada Sanz

PRÓLOGO

El avance de los estudios históricos no depende necesariamente de los nuevos descubrimientos ni de la aparición de documentos inéditos, aunque sin duda el hallazgo de la Constitución de Atenas de Aristóteles, junto a la gran cantidad de papiros de interés histórico hallados sobre todo en Egipto o, a otra escala, la abundante epigrafía jurídica que se viene encontrando en la Bética, han favorecido el conocimiento de determinados aspectos de la Antigüedad. Ahora bien, estos episodios concretos no constituyen la base del desarrollo historiográfico moderno. Hay quien considera que descubrir los lazos familiares de algún personaje o el ejercicio de determinada magistratura son los únicos caminos en el progreso científico de la disciplina, frente a lo que consideran el enunciado de la enésima interpretación de un momento histórico o la inútil lectura teórica de una época o de un fenómeno social. Es evidente que la precisión en el conocimiento de los datos y la finura positivista de los análisis de hechos y fuentes contribuyen al mejor conocimiento del pasado.

Ahora bien, todo ello se convierte en un cúmulo informe de datos y sutilezas acerca de los mismos si no existe una reflexión sobre el sentido de cada dato en el pasado. En general, los testimonios sobre el ejército griego arcaico no han cambiado; ningún nuevo texto literario ni epigráfico ha venido a modificar los conocimientos fácticos que se poseían hace un siglo. Sin embargo, sobre ellos se ha elaborado a lo largo de la historia de los Estudios Clásicos una interpretación que afectaba a las relaciones humanas en su conjunto, a la vida social y política, y no sólo a la historia militar. Desde luego, en la interpretación dominante se han ido introduciendo matices y correcciones precisas que han creado un corpus doctrinal capaz de hacer posible que ahora Fernando Echeverría lleve a cabo un estudio con ambiciones totalizadoras. La base se halla en una nueva lectura de las fuentes ya conocidas y en un estudio historiográfico de los procesos por los que las interpretaciones se han configurado. No se trata de eliminar todo el conjunto de las lecturas anteriores, sino de enmarcarlas de nuevo, a base de explicar los procesos mentales que han permitido dar la apariencia de gran solidez a una forma de leer las fuentes que no estaba libre de alternativas.

Es evidente que toda nueva interpretación, sobre todo si afecta a fondo tradicionalmente admitido de los estudios históricos, suscita discusiones y rechazos. De este modo, la aportación del presente libro resulta especialmente valiosa para quienes pensamos que el progreso de los estudios históricos depende fundamentalmente de las consideraciones reflexivas pertinentes a los debates sobre temas de fondo, lo que permite conocer mejor los problemas derivados de las relaciones de los seres humanos entre sí.

Domingo Plácido

NOTA DEL AUTOR

La idea de un proyecto centrado en el análisis de una teoría historiográfica surgió lentamente como resultado de la propia investigación. Mi intención inicial no era estudiar las diversas sendas académicas en sí mismas, sino emplearlas como trampolín para adentrarme en la guerra griega en la Época Arcaica, tema que desde siempre me ha resultado poderosamente atractivo. Mi primer acercamiento a la teoría de la “Revolución hoplita” se produjo inicialmente de la mano de síntesis realizadas por autores como Raaflaub (1997a: 49-50) o Cartledge (1996: 685-686), para pasar más tarde a la lectura de sus autores fundamentales –Weber, Meyer, Nilsson, Lorimer–. Descubrí que tan sólo unos pocos de ellos –Andrewes, Adcock, Detienne, Greenhalgh– manifestaban abiertamente su “militancia” en la teoría, pero que en la práctica sus argumentos y enunciados impregnaban la mayor parte de las reconstrucciones e interpretaciones sobre la Época Arcaica. Tan relevante me parecía su papel dentro de la historiografía reciente que decidí dedicar a la “Revolución hoplita” mi tesina, en la que abordaba la cuestión desde la perspectiva de la evolución política e institucional en los siglos VIII al VI a.C., y más tarde mi tesis doctoral (abril de 2007).

En esos trabajos llegué a la conclusión de que la “Revolución hoplita” era una estructura teórica un tanto inestable: a mi juicio, faltaban definiciones rigurosas de conflictos clave, y los propios argumentos se apoyaban en ocasiones en afirmaciones apresuradas. Especialmente en el tema de la guerra, la teoría se mostraba a menudo un tanto superficial y ambigua: su idea de una reforma militar encaminada a la transformación política de las comunidades griegas ya no se ajustaba a lo que actualmente se sabe sobre el combate, el reclutamiento, la financiación, las causas, los participantes o la tecnología de la guerra griega arcaica. Así pues, fruto de una necesidad de claridad ante todo personal, surgió finalmente la idea de, por un lado, sistematizar en la medida de lo posible la andadura académica de la teoría de la “Revolución hoplita”, y, por otro lado, mostrar sus elementos críticos y ofrecer algunas alternativas posibles.

No obstante, es preciso hacer dos observaciones básicas. La primera es que, aunque el libro aborde aspectos muy diversos de la Época Arcaica –la colonización, el mercenariado, la tecnología militar, las tiranías–, su auténtico objeto de atención es la teoría de la “Revolución hoplita”. No es este un estudio sobre la falange, el hoplita, o la organización política de las ciudades-estado arcaicas, aunque todos ellos sean elementos fundamentales en nuestro análisis, sino sobre la teoría historiográfica que utilizó esos elementos; así pues, no me centraré en la colonización arcaica en sí misma, por poner un ejemplo, sino más bien en el modo en que fue empleada, relacionada e interpretada junto con otros aspectos para crear una determinada imagen de la Grecia Arcaica. Este libro trata por ello de conservar un adecuado equilibrio entre la fidelidad al tema central –la visión académica militarista sobre el origen de la *pólis* griega– y la necesidad de adentrarse en un amplio abanico de aspectos relacionados, cada uno de ellos merecedor de un libro propio.

La segunda observación, consecuencia de la primera, es que a la hora de plantear alternativas a la “Revolución hoplita” se da absoluta prioridad a los aspectos relacionados con la guerra. Aquí he analizado la dimensión militar de la ciudadanía, de las tiranías, de las estructuras timocráticas, de la colonización... es decir, de todos aquellos ámbitos de la formación de la *pólis* que la teoría de la “Revolución hoplita” ha puesto en algún momento en relación con lo militar. Y he dejado de lado, por tanto, los procesos de definición o jerarquización social, los fenómenos culturales y religiosos, las transformaciones económicas o demográficas... pues para ellos existe ya bibliografía abundante.

El motivo principal de centrar la atención exclusivamente en los fenómenos militares radica en el extraordinario peso que éstos tienen en la “Revolución hoplita”; como veremos, la teoría sostiene que la formalización de la *pólis* fue la consecuencia de un cambio militar –primero tecnológico, y más tarde táctico–, que precipitó una revolucionaria transformación social y política de las comunidades griegas. Hasta cierto punto, la propia teoría surge de una concepción muy concreta de la guerra y del modo en que ésta altera y modifica la realidad, por lo que considero esencial analizar un elemento tan decisivo. No obstante, se pueden proponer otras razones: la propia naturaleza de la guerra, por ejemplo, y su innegable utilidad para conocer y estudiar las sociedades antiguas. Si es cierto que “sólo en condiciones de guerra el comportamiento político y social se manifiesta en su forma más auténtica, sólo entonces es el hombre verdaderamente fiel a su naturaleza” (Mitchell 1996: 89), la guerra pone en marcha entonces no sólo la maquinaria económica, social y política de una comunidad, sino también su ideología, intereses, valores y prejuicios. Los griegos acudían a la guerra, afirma Tucídides, por “honor, temor e interés” (1.76.2), y la propia naturaleza de sus relaciones inter-comunitarias y de sus valores sobre el poder, el prestigio y el liderazgo marcaron en gran medida una mentalidad militar *expansiva*, aunque no *adquisitiva*: la ciudades emprendían acciones bélicas para dilucidar el liderazgo y la primacía, y no tanto para conquistar tierras (van Wees 2000c; 2001b; 2004). Las guerras griegas, por tanto, nos conducen de lleno a la mentalidad de la *pólis*.

Por otra parte, los numerosos estudios aparecidos en las últimas dos décadas sobre la guerra griega y su relevancia como fenómeno cultural me han llevado a revisar una serie de viejos “clichés” sobre el modo en que los griegos concebían el conflicto armado: por ejemplo, el peso real que la tecnología podía tener en una batalla antigua, y hasta que punto nociones como “superioridad” o “efectividad” determinaban la elección y utilización del armamento; el alcance historiográfico de la noción de “revolución militar” como argumento para explicar periodos de transición; la concepción de la guerra como un fenómeno regido por la lógica, el análisis racional y la necesidad de optimizar las decisiones y recursos, cuando en realidad no es Atenea, sino Ares –prejuicios, excesos de confianza, falta de información o capacidad, tabúes ideológicos, decisiones emocionales, irracionalidad– quien predomina en el campo de batalla.

El nacimiento de la *pólis* y la guerra griega son temas que exigen una cierta precisión conceptual, como afirmaba Oswyn Murray (1980: 11); la falta de conceptos firmes y de definiciones rigurosas es el caldo de cultivo de la generalización y la simplificación, que conducen, como veremos, al determinismo. En mi opinión, este fenómeno es especialmente evidente en el caso de la “Revolución hoplita”, cuya falta de una noción consensuada de lo que entendía por “falange” o por “hoplita” ha conducido directamente a la simplificación teórica que ha ejercido durante décadas sobre la historia de la Grecia Arcaica. Como resultado, “el modelo se apoya en plantear el cambio a partir de afirmaciones hechas por fuentes tardías acerca de cómo eran las cosas en el pasado, mientras se plantea a la vez la continuidad y se proyectan elementos de la guerra griega clásica a la Época Arcaica. Eso”, concluye van Wees, “no es en absoluto satisfactorio” (2004: 2).

En este trabajo he tratado de plantear objetivos sencillos: analizar la andadura de la “Revolución hoplita” como teoría historiográfica y detallar sus principales argumentos; escoger aquellos elementos vinculados a la esfera militar y trazar para ellos algunas alternativas propias que partan de los estudios más recientes sobre la guerra griega; aportar, cuando sea necesario, una definición personal sobre los conceptos más relevantes; plantear interrogantes y abrir líneas posibles de futuras investigaciones. Y todo ello desde el compromiso de emplear en la medida de lo posible fuentes contemporáneas a los procesos estudiados. No se trata de renunciar por completo a Pausanias o Estrabón, a Diodoro o Polibio, sino más bien de privilegiar a Homero, Tirteo o Arquíloco, a Solón y a Alceo, a Heródoto, Tucídides y Jenofonte, para estudiar los diversos momentos que entre los comienzos del Arcaísmo y la Época Clásica he abordado aquí.

Por último, algunos datos prácticos. Todos los textos antiguos utilizados en este trabajo son traducciones propias, aunque apoyadas naturalmente en las ediciones más conocidas¹; el texto original, latino o griego, se incluye en aquellos casos en que por motivos de claridad se considere necesario. Por otra parte, he utilizado transcripciones para la gran mayoría de términos griegos, con el fin de respetar en la medida de lo posible significados imposibles de reproducir en otra lengua. Las abreviaturas de revistas modernas siguen el listado del *Année Philologique*, mientras que las de obras y autores antiguos siguen el catálogo del *Oxford Classical Dictionary*². Con todo ello pretendo ofrecer una guía rigurosa y detallada de uno de los procesos más interesantes y enigmáticos de la historia griega.

Fernando Echeverría Rey
Madrid, septiembre 2007

¹ Los dos autores fundamentales empleados en este trabajo han sido, por diversos motivos, Homero y Tucídides. Para Homero, hemos seguido la edición bilingüe de Carlos García Gual (1999, Espasa Calpe), y que cuenta con las traducciones de Emilio Crespo (*Ilíada*) y José Manuel Pabón (*Odisea*), publicadas en la Biblioteca Clásica Gredos en 1991 y 1992, respectivamente. Para Tucídides, hemos seguido la traducción de Antonio Guzmán Guerra (1989, Alianza), a quien quiero agradecer las numerosas aclaraciones y comentarios sobre detalles concretos del texto.

² En algunos casos, como Tirteo o Calino, completamos con el listado de abreviaturas del *Liddell-Scott*. También abreviamos “Tucídides” como “Th.”.

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto ha sido posible gracias a la colaboración y apoyo de muchas personas.

En primer lugar, mi director Domingo Plácido Suárez, que ha asistido a toda mi andadura como investigador desde que en el año 1998 dirigiese mi trabajo de licenciatura sobre los orígenes de la *pólis*; ese trabajo, que fue el germen de mi tesina tres años más tarde y por último de mi tesis doctoral, supuso el comienzo de un magisterio que ha contribuido de modo decisivo a definir mi perspectiva ante la investigación histórica. Han sido cruciales para mi las enseñanzas del profesor Javier de Hoz sobre la lengua homérica, así como los comentarios que me ha brindado sobre algunos capítulos de este proyecto. Debo también al profesor Alberto Bernabé muchas horas de penetrante estudio de los líricos arcaicos, así como originales puntos de vista que han surgido a lo largo de sucesivas conversaciones. El profesor Antonio Guzmán ha sido un paciente y crítico lector de borradores muy tempranos de este trabajo, y sus opiniones han sido fundamentales a la hora de comprender las complejidades del texto de Tucídides. El profesor Fernando Quesada se interesó por el proyecto y facilitó todas las condiciones para que este libro pudiese llevarse a cabo.

El profesor Robert Parker guió con amabilidad mi estancia en la Universidad de Oxford y me introdujo en su riquísima vida académica; David Konstan leyó parte de mi trabajo y realizó interesantes observaciones, además de compartir conmigo algunos detalles de sus artículos más recientes; igualmente agradecido estoy a los profesores e investigadores del Departamento de Clásicas de la Universidad de Brown –Adele Scafuro, Stratis Papaioannou, Joseph Pucci, Deborah Boedeker, Pura Nieto-Hernández, David Yates, Marck Thatcher–, con los que tuve la oportunidad de intercambiar impresiones. Fue un inesperado placer compartir largas conversaciones con el profesor Bukhard Meissner, que me ofreció el interesantísimo contraste de la guerra griega helenística y me permitió leer y emplear algunos de sus trabajos todavía sin publicar; los intensos debates sobre tecnología militar antigua y su uso práctico en combate han contribuido a definir la visión que sobre el tema presento en este trabajo. El profesor Greg Anderson, de la Universidad de Ohio, ha leído también parte de mi trabajo, y me ha ofrecido interesantes sugerencias y comentarios, aparte de impresiones positivas sobre mis ideas; su amabilidad y disponibilidad han constituido un estímulo y un ejemplo. Como se verá, su trabajo ha dejado también una honda huella en mis ideas.

Kurt Raaflaub ha sido un auténtico maestro para mí durante mi estancia en la Universidad de Brown. Su sentido del humor, su apertura y su extraordinaria receptividad a mis ideas se combinan con un incansable espíritu crítico, inagotables conocimientos y una rara capacidad para ver los problemas desde perspectivas nuevas, con el resultado de exigir de mí una superación constante. Le estoy enormemente agradecido por las apasionantes conversaciones sobre guerra y sociedad homéricas que hemos compartido, así como por la ingente cantidad de material que me

ha facilitado, la mayoría artículos todavía no publicados que he tenido el placer de leer y comentar con él. Hans van Wees ha sido sin duda mi mayor fuente de inspiración, como comprobará cualquiera que lea este libro; he aprendido mucho no sólo de sus innumerables y magníficos trabajos, sino también de las intensas conversaciones que hemos mantenido. Ha puesto a prueba como nadie mi visión de la historia griega, y con sus sugerencias y aportaciones ha contribuido a depurarla y mejorarla. Quiero agradecerle también los numerosos artículos que me ha entregado, trabajos recientes que me han aportado puntos de vista muy valiosos sobre cuestiones fundamentales de la guerra griega, y que han contribuido a dar forma a las opiniones que expreso en este trabajo.

Debo también mucho a Ana Rodríguez, cuyo ejemplo y apoyo me han ayudado a superar las situaciones más difíciles; lectora y correctora paciente de mis trabajos más tempranos, no sólo agradezco y valoro sus consejos y sugerencias, sino especialmente su amistad. Mis amigos Marcos Caballero y Mario Martínez han asistido a todo el proceso de este libro desde sus más remotos orígenes, cuando el estudio de la historia de Grecia era todavía un proyecto, y han demostrado en todo momento una confianza en mis posibilidades mayor que la mía; su amistad es un regalo que nunca agradeceré suficiente. Por último, mi familia, sin duda mi apoyo más firme, e Ida, que ha compartido conmigo los más diversos caminos; sin su ayuda no hubiera podido recorrer éste.

A todos ellos va dedicado este trabajo.

CIUDADANOS, CAMPESINOS Y SOLDADOS.
EL NACIMIENTO DE LA “PÓLIS” GRIEGA
Y LA TEORÍA DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA”



El fenómeno histórico es en sí mismo dinámico y el cambio es una parte consustancial al mismo...

Basileia, aristocracia, tiranía, en relación conflictiva con nuevas formas de explotación de la tierra por el campesinado, con nuevas formas de organización militar en el ejército hoplítico, con nuevas estructuras representadas por la *politeia*. Todos ellos en su conjunto son los elementos que componen la peculiaridad específica de la Grecia Arcaica.

Plácido 1990

The way in which wars were fought, however, changed gradually over the centuries with a major transformation taking place between 550 and 450 BC as a result of developments in state-formation during that period.

Van Wees 2004

INTRODUCCIÓN

LA TEORÍA DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA” COMO OBJETO DE INVESTIGACIÓN

“El concepto de ‘Revolución hoplita’ es una construcción moderna”; de este modo define Kurt Raaflaub (1993: 80) una de las teorías más productivas a la hora de explicar el complejo conjunto de procesos que atravesaron ciertas regiones de Grecia a comienzos de la época Arcaica: la “Revolución hoplita” no es un proceso histórico objetivo, sino más bien una propuesta teórica moderna, que ha servido para explicar en términos de lucha social los acontecimientos que condujeron a la aparición de la *pólis*. En ella, el apelativo de “hoplita” hace en principio referencia al carácter militar del proceso, mientras que el término “revolución” implica un fenómeno de transformación global de una sociedad, al que se asimilan estallidos de tensión, disturbios y violencia social.

Como concepto historiográfico, la “Revolución hoplita” surgió para explicar un período del cual no poseemos más que una información fragmentaria; la investigación tuvo que inferir el proceso a partir de la comparación entre dos fases históricas mejor conocidas: la época Clásica por un lado, con su abundancia de fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas, y el final de la denominada Época Oscura por otro, con una importante información arqueológica pero menos afortunada por lo que respecta a fuentes textuales. Los inicios de la Época Arcaica son sin duda el escenario idóneo para la reflexión historiográfica: en el paréntesis de más de dos siglos que media entre Homero y Esquilo, carecemos de fuentes contemporáneas que describan de modo pormenorizado la evolución de la vida política, social o económica, y debemos contentarnos con las referencias indirectas de un limitado *corpus* poético.

Como alternativa a esa escasez de información, por tanto, la tradición historiográfica se ha visto obligada a comparar la imagen forjada para la Grecia anterior al 700 a.C. con la existente para unos siglos después, en torno al 500 a.C.; la sensación que surgió de ese contraste es que las imágenes eran tan diferentes, con cambios tan profundos en la estructura y organización de las comunidades, que sucesos de vital importancia debían de haber tenido lugar entre medias. La “Revolución hoplita”, por tanto, se argumentó como explicación teórica infiriéndola de la comparación de la supuesta situación militar “anterior” con la “posterior”; es decir: la organización militar homérica por un lado y el universo táctico e ideológico de la falange por otro.

Muchos aspectos de la compleja estructura de esta teoría son todavía objeto de debate entre los especialistas: la imagen de la Grecia del siglo VIII a.C., la guerra homérica, la aparición de la falange, el peso de lo militar en la vida política, la definición de clases sociales en la Grecia Antigua, y un largo etcétera. Es necesario, por tanto, emprender una nueva reflexión sobre el tema, que permita conocer la estructura y las peculiaridades de la teoría, que facilite el reconocimiento de sus numerosos aportes a la interpretación histórica de la Grecia más antigua, pero que a la vez

pueda contribuir al debate y la crítica de aquellos aspectos más conflictivos o polémicos. Así pues, pretendo centrarme ante todo en la interpretación historiográfica de la Época Arcaica griega, más que en la propia historia de ese período, concediendo mayor peso a la “Revolución hoplita” como estructura teórica que a la construcción de la *pólis*.

La influencia de esta teoría en la historiografía moderna ha sido –y es– absolutamente decisiva. Su versatilidad y la lógica de su argumentación han garantizado su supervivencia, y no hay escuela historiográfica, línea de pensamiento, o tradición interpretativa que no se haya visto forzada a mencionarla, ya fuese para apoyarla o para cuestionarla, obligando tanto a partidarios como a detractores a tomar postura ante ella. Una serie de intentos recientes por resumirla (Detienne 1968a: 120-121; Bowden 1990: 47; Cartledge 1996b: 685-686; Raaflaub 1997a: 49-50; Storch 1998: 1-3) han puesto de manifiesto no sólo su madurez, que tras un siglo de vida hace necesaria una “presentación” o explicación para nuevas generaciones de investigadores, sino también su complejidad, pues sus numerosas implicaciones en procesos históricos diversos han originado una lógica demanda de clarificación. A pesar de ello, no existe hasta el momento un estudio monográfico profundo, comprehensivo y detallado de la polémica historiográfica que supone la “Revolución hoplita”, de sus diversos argumentos, aportaciones y, en ocasiones, prejuicios, o de los múltiples planos de nuestra visión sobre la Grecia arcaica a los que afecta.

No obstante, ¿qué es la “Revolución hoplita”? ¿Qué proceso plantea para el origen de la *pólis* arcaica en Grecia? En líneas generales, la teoría parte del supuesto de que, antes de las transformaciones del siglo VIII a.C., las comunidades griegas se articulaban en regímenes monárquicos que se enfrentaban habitualmente entre sí por cuestiones relacionadas con el honor y el prestigio de sus linajes gobernantes. En estos enfrentamientos, la figura del héroe, el *basileús*, era la referencia constante, ya que el combate se desarrollaba, según la teoría, en la forma de duelos individuales entre los grandes monarcas y aristócratas; en esos duelos, los héroes exhibían un refinado código caballeresco, y se enfrentaban siguiendo unas normas fuertemente ritualizadas. El noble acudía aparentemente a la guerra acompañado por seguidores y clientes, pero ellos parecían ser meros testigos, pasivos la mayor parte del tiempo, de sus hazañas bélicas.

En ese contexto, se produciría un cambio abrupto y repentino en las tácticas bélicas debido a la adopción de un nuevo tipo de armamento y su empleo dentro de una nueva estructura de combate en masa que se denominó falange; de acuerdo con la teoría, el nuevo sistema de combate haría que fueran necesarios más efectivos para completar la formación, con lo que se integrarían nuevos grupos sociales, sectores de campesinos pobres y marginados de la estructura política, que ocuparían su lugar en la falange y participarían activamente en la defensa de la comunidad.

Y, fruto de este supuesto cambio táctico –el paso de un modelo de combate individual a uno nuevo con predominio de combate masivo en formación cerrada–, la teoría postula la existencia de una “revolución”, al precipitarse, en una reacción en cadena, sucesivas transformaciones en distintos ámbitos: en materia social, los grupos integrados en la falange, capacitados ahora para obtener un armamento que debían costearse por su cuenta, adquirirían una cierta conciencia de clase, de identidad, y tratarían de hacer valer su peso dentro de la falange, llevando a cabo, no ya las guerras de los reyes o los nobles, sino sus propias guerras según sus propios intereses. De acuerdo con la teoría, ello tendría repercusiones en el campo político, pues estos grupos, dotados de identidad como clase y de poder efectivo a través del ejercicio de la actividad militar, conseguirían un mayor peso dentro de las instituciones de la comunidad y lograrían el control de sus instrumentos de gobierno. En el campo económico, la existencia de una clase extensa de soldados que se costeaban su armamento supondría un aumento de la riqueza general, y el predominio de los intereses agrarios dentro de la comunidad, dado que estos grupos basaban supuestamente su prosperidad en la tierra.

En pocas palabras, la teoría de la “Revolución hoplita” afirmaba que un cambio táctico había traído como consecuencia la completa involución del orden existente, generando además las nuevas realidades que caracterizarían a la *pólis* arcaica, una perspectiva que se puede resumir en al menos seis puntos:

- 1) La sociedad anterior a la *pólis* se presenta como un conjunto de “jefaturas militares”, comunidades gobernadas por dinastas locales que basan su poder y autoridad en el control y el ejercicio de la fuerza.
- 2) La guerra anterior a la falange hoplita aparece como un conjunto de combates individuales entre héroes o campeones con un código altamente ritualizado, que condenan a la masa difusa de acompañantes a un papel pasivo.
- 3) El panorama militar se transforma de modo abrupto por la introducción de un nuevo equipamiento, la panoplia hoplita, y de una nueva táctica, la falange, que se imponen supuestamente sin oposición en toda Grecia.
- 4) Se recurre a la idea de “revolución”, derivada de la creencia en una ruptura radical entre dos contextos que se presuponen profundamente opuestos, pero que en última instancia depende de una única causa —las transformaciones militares—.
- 5) Se definen sectores sociales homogéneos dotados no sólo de coherencia, intereses comunes y conciencia de identidad, sino de la iniciativa y la organización suficientes como para reivindicarlos en la escena política.
- 6) El ejercicio de la función militar tiene consecuencias directas en la estructura y la práctica política, y por tanto las transformaciones militares generan inmediatamente cambios políticos significativos.

Por supuesto, no todos los autores suscribirán esa perspectiva del cambio histórico como un fenómeno repentino y abrupto, y una diferente concepción del proceso, bien como rápido y momentáneo, bien como lento y progresivo, va a dividir a los partidarios de la teoría en dos grandes líneas, como veremos más adelante; sin embargo, la visión originaria de la “Revolución hoplita” es sin duda partidaria del cambio repentino, lo que constituye la “ortodoxia” dentro de la teoría.

La mayoría de los aspectos que acabo de describir no estaban presentes en los orígenes de la “Revolución hoplita”, que era una estructura bastante más sencilla cuando Eduard Meyer y Max Weber le dieron forma a comienzos del siglo XX. Por otra parte, muchos de esos aspectos están siendo objeto de debate actualmente, y no parecen mostrarse capaces de resistir las críticas que proponen su revisión o incluso su eliminación. La teoría, que nació como una reflexión en clave socio-militar de la aparición de la *pólis*, se extendió a lo largo de sucesivas décadas para incorporar nuevos elementos, y fue haciéndose cada vez más compleja, aunque sin renunciar a su argumentación básica: un móvil fundamental, y una secuencia lineal de causalidad directa en la que los procesos generaban respuestas inmediatas.

En los capítulos siguientes abordaré distintos aspectos de la teoría, y los trataré desde diversos ángulos. En primer lugar, trazaré un repaso a la andadura académica de la teoría, desde sus orígenes hasta la actualidad, con el fin de estudiar las sucesivas contribuciones y diferenciar los diferentes argumentos (Capítulo 1); a continuación, revisaré los fundamentos que la teoría tiene en las fuentes antiguas, y valoraré la extraordinaria influencia que determinados pensadores clásicos, como Aristóteles, ha tenido en su elaboración moderna (Capítulo 2). Desde ese punto, trataré de desarrollar algunas de las críticas y alternativas que la investigación más reciente ha propuesto para superar el modelo de la revolución militar en el origen de la *pólis*: la proximidad

entre el combate homérico y la falange (Capítulo 3), la incapacidad del determinismo tecnológico para explicar el proceso de innovación y sustitución de las armas y las tácticas (Capítulo 5), y las complejas relaciones entre la ciudadanía y la función militar (Capítulo 6). Entre medias, llevaré a cabo una propuesta de definición conceptual de los dos términos fundamentales, “hoplita” y “falange” (Capítulo 4); esa propuesta aspira a aportar nuevos apoyos para una adecuada utilización de ambos conceptos.

Comencemos con la elaboración académica de la teoría de la “Revolución hoplita”.

CAPÍTULO I

LA TEORÍA DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA”

Los primeros esbozos de la teoría de la “Revolución hoplita” aparecieron en la obra de Eduard Meyer y Max Weber, a comienzos del siglo XX; por otra parte, algunas variantes de la misma se encuentran todavía presentes en obras de reciente publicación. En este siglo de vida es difícil percibir una evolución lineal y constante de lo que suele presentarse como un planteamiento teórico coherente, y lo que encontramos es, más bien, una estructura compleja de ideas formada por diferentes estratos superpuestos. La teoría no surgió como una interpretación cerrada y definida de los procesos de cambio de inicios del Arcaísmo griego, sino que se desarrolló como un *collage* de aportaciones sucesivas realizadas por diferentes pensadores.

En la mayor parte de los casos, esas aportaciones consistieron en el añadido de pequeños detalles, aspectos que habían quedado abiertos en la idea original, o facetas sobre las que la teoría podía ejercer una cierta influencia. El cambio militar constituía una causa simple pero efectiva para *todas* las grandes transformaciones estructurales de la Grecia Arcaica, una tentadora herramienta interpretativa para ofrecer explicación a una infinidad de oscuros y enigmáticos detalles de la fragmentaria historia de ese período; además, esos detalles podían integrarse fácilmente en la gran estructura teórica, dotándolos así de la adecuada cobertura y haciéndolos encajar con otra infinidad de elementos como las piezas de un rompecabezas.

En términos generales, podemos distinguir dos grandes fases en la evolución historiográfica de la teoría de la “Revolución hoplita”: la primera, que abarca aproximadamente las décadas entre 1900 y 1950, constituye el establecimiento de los pilares teóricos básicos; y la segunda, entre 1960-2000, supone una reacción a los primeros intentos de crítica y una ampliación extraordinaria de la teoría mediante sucesivas aportaciones individuales. Esta segunda fase fue, sin embargo, mucho más compleja y diversa en la práctica, y se enriqueció con el desarrollo simultáneo de diversas líneas de interpretación, como veremos.

LOS FUNDAMENTOS, 1900-1950

Por supuesto, la teoría de la “Revolución hoplita” no surgió de la nada en la mente de sus primeros teóricos. Ante todo, se asentaba en unas profundas raíces clásicas, que analizaremos en detalle en el capítulo siguiente; ese legado antiguo abarcaba gran parte de la literatura arcaica y

clásica, y se basaba fundamentalmente en el pensamiento de Aristóteles, como veremos. Más allá de esas primeras fuentes, los fundamentos teóricos de la creencia en un cambio político repentino en la Grecia Arcaica animado por una serie de abruptas transformaciones militares se hundían profundamente en los planteamientos de la historiografía de fines del siglo XIX, y especialmente en las ideas en boga en las primeras décadas del siglo XX acerca de la Historia como progreso tecnológico, de la superioridad de unas sociedades sobre otras, del cambio histórico como una sucesión de episodios de crisis y alteraciones, y de la identificación de “clases” o grupos sociales coherentes y definidos como protagonistas de los fenómenos históricos. En definitiva, la teoría se apoyaba en una larga tradición interpretativa de la Historia como conflicto.

En su origen, sin embargo, los argumentos fundamentales fueron definidos como una adaptación al contexto histórico del momento, en el tránsito entre los siglos XIX y XX, el mundo de los grandes imperios coloniales y el desmedido optimismo derivado de la confianza en un progreso tecnológico ilimitado e imparable. No es arriesgado pensar que la turbulenta historia de la primera mitad del siglo XX —con dos guerras mundiales y una de las peores crisis económicas conocidas, con el desmantelamiento de los grandes imperios y el despertar de nuevas potencias que arrebataron definitivamente a Europa su liderazgo— pudo ser un factor decisivo a la hora de interpretar el pasado desde una perspectiva militarista, y especialmente a la hora de privilegiar la tecnología y el cambio militar como la fuerza motriz que impulsaba el devenir histórico.

Tres fueron los grandes argumentos asentados en esta primera etapa. El primero de ellos es sin duda la piedra angular sobre la que en adelante se apoyaría el edificio teórico de la “Revolución hoplita”: la concepción de la *pólis* como una comunidad de guerreros, lo que conlleva la afirmación de la relación esencial e indisoluble entre función militar y participación política. El segundo aporta una explicación para el cambio militar: el determinismo tecnológico, la idea de que la innovación en la tecnología militar constituye la causa de las transformaciones históricas. El tercero, por último, abre una vía de interpretación militarista de la Historia al considerar el ascenso de las tiranías como la prueba de que las transformaciones militares conllevan cambios en la estructura de las comunidades, lo que indica que en todos los procesos históricos hay un componente militar fundamental.

LA COMUNIDAD DE GUERREROS

El principio de la “comunidad de guerreros” fue establecido en primer lugar por Eduard Meyer y Max Weber, y reafirmado más tarde por Martin Nilsson. Escribiendo en las primeras décadas del siglo XX —la *Geschichte des Altertums* de Meyer surgió a lo largo de dos décadas en el entorno de 1900, la *Economía y Sociedad* de Weber se publicó póstumamente en 1921, mientras que los trabajos de Nilsson relevantes para el tema datan de 1928-1929—, las suyas son sin duda las primeras reflexiones contemporáneas que podemos relacionar *directamente* con la teoría de la “Revolución hoplita”. Los tres concedieron una prioridad absoluta a lo militar como clave interpretativa, no sólo como causa de los procesos históricos que condujeron a la aparición de la *pólis*, sino también como la esencia de su naturaleza igualitaria y ordenada. Weber afirmaba, por ejemplo, que el poder militar era la clave fundamental del control político, pues ese poder había estado siempre de algún modo en manos de las clases guerreras (1944: 365, 346). Ello quiere decir que identificaba a la ciudadanía con la posesión y el empleo de las armas en la defensa activa de la comunidad, convirtiéndolas en un privilegio de clase y en un elemento de exhibición social, y vinculaba esa actividad militar con los esquemas organizativos de la propia ciudad-estado. Weber

consideraba que la transformación de la sociedad urbana antigua se produjo de la mano de la evolución de su estructura bélica, es decir, de un proceso “condicionado por el cambio en la táctica militar” (1944: 338); en consecuencia, asumía que la importancia de la actividad militar en la *pólis* se explicaba “porque la ciudad antigua es una comunidad de asentamiento de guerreros” (1944: 286).

Era natural, por tanto, que el peso de lo militar se mostrase del modo más evidente en la propia evolución histórica, de modo que estos autores identificaron un profundo cambio en el sistema de combate griego en torno al 700 a.C., que conllevaría profundas transformaciones sociales y políticas. Ello implicaba, en primer lugar, identificar dos contextos militarmente muy diferentes pero cronológicamente consecutivos: por un lado, el modelo militar aristocrático e individualista, y por otro, el sistema de combate en masa y de formación cerrada (Nilsson 1929: 1-2). Para Meyer, el “modelo aristocrático” estaba caracterizado por el uso de la caballería como arma fundamental, y aunque reconocía la existencia de una masa de combatientes anónimos, su peso en el combate era insignificante en su opinión (1965: 513). Homero era para estos autores el ejemplo más claro de este sistema de combate aristocrático, aunque Meyer identificaba en él algunos rasgos que comenzaban a anticipar el cambio, como las formaciones cerradas de lanceros, que ponían de manifiesto la importancia de mantener el puesto en la fila (1965: 513). Desde este momento, la cohesión se convertiría en el factor que posibilitaría el cambio militar, pues permitiría a la infantería obtener una cierta superioridad sobre la caballería. Fue clave también la identificación de la táctica hoplita con la *pólis*, pues Nilsson llegó a afirmar que la ciudad-estado griega no era “concebible en su forma más característica sin el ejército hoplita” (1928: 245; cf. 1929: 1). Entre ambas tácticas, identificadas con sendos modelos políticos, mediaba un abismo.

La transformación táctica era sólo rápida en teoría, sin embargo, pues en la práctica tanto Meyer como Weber asumían que atravesó diversas fases. Para Meyer, por ejemplo, el modelo de ejército descrito en la poesía de Tirteo –con su ausencia casi completa de caballería, su pervivencia de tropas ligeras, y su predominio de infantería pesada en formación (1965: 514-515)– era la representación más clara de un fenómeno en evolución: en su opinión, “el cierre de la falange, en la cuál cada individuo tiene su puesto y responde inevitablemente a un mando conjunto, no se ha completado todavía, pero está sin duda en marcha” (1965: 515), lo que le convierte en el primer autor que propone la idea de “reforma” frente a la de “revolución”. Nilsson defendió también esta idea, presentando la realidad militar contenida en los poemas de Tirteo como una fase de transición (1928: 241-246), algo que él consideraba necesario para justificar que el paso del combate individual al masivo pudiese llevarse a cabo sin trauma y de modo natural (1928: 245; 1929: 2).

En cualquier caso, la transformación militar era imparable, y la llegada de la falange cohesionada alteró radicalmente la propia naturaleza de la *pólis*, que en adelante se articularía de acuerdo a criterios de tipo militar. Meyer apuntaba el caso de Esparta como el ejemplo más significativo, un lugar en el que “el desarrollo del ejército, la adquisición de reglas de entrenamiento, y la inexorable culminación de la disciplina son a partir de este momento las principales tareas del Estado, y sus regulaciones constituyen la quintaesencia del ‘orden’ al que los espartanos responden” (1965: 516). El ejército *es* el Estado, y el orden militar constituye el modelo del orden cívico. Así, como sentenciaba Meyer, “Esparta asume el carácter de un *campamento*”. Para Nilsson, la transformación del modelo de combate supondría una renovación ideológica: el héroe homérico, individualista y solitario, daría paso a un nuevo universo mental en el que predominaría la idea del bien común, la disciplina y la solidaridad; los duelos individuales cederían su lugar al anonimato de la falange y a la necesidad de mantenerse firme, codo con codo, junto a los compañeros (1929: 2).

La evolución militar, por tanto, definía la propia naturaleza de la *pólis*, su mentalidad dominante y sus valores colectivos, pero también su estructura socio-política, pues lo que sugerían estos autores es que los cambios militares tenían el poder de alterar la organización interna: para Meyer, era “obvio que esa evolución [militar] no se ha llevado a cabo sin intensas luchas políticas” (1965: 516). Aparentemente, defendían que la función militar conllevaba de modo automático un determinado estatus político, estableciendo una relación causa-efecto entre la función militar y la participación política. Nilsson propondría un rápido aprovechamiento del “vacío de poder” por parte de las “clases hoplitas”: “con la desaparición del predominio militar de la aristocracia ecuestre, su supremacía política se rompió. Entonces los hoplitas, que libraban las batallas por la patria, tuvieron que reclamar y mantener un significado político adecuado” (1928: 246; 1929: 2).

No obstante, Meyer llevaría el argumento aún más lejos: la naturaleza militar del cuerpo ciudadano determinaría, en su opinión, que la comunidad se gobernase por valores militares, hasta el punto de que el igualitarismo propio del ejército se impondría como norma. Al afirmar que “un Estado cuyo fundamento sea el ejército hoplita debe asumir *necesariamente* una forma democrática” (1965: 516; cursiva añadida), Meyer ponía irremediamente a la *pólis* hoplita en el camino de la democracia: las instituciones democráticas se planteaban, por tanto, como el “objetivo teleológico” de la “Revolución hoplita”, y por ende, de la propia *pólis*, un fenómeno que se extendería a continuación hasta convertirse en la norma general en el mundo griego.

Weber hizo mayor hincapié en las “intensas luchas políticas” que dieron paso a la “ciudad-estado hoplita”, pues describió esa transformación como un conflicto entre clases sociales (1944: 298-299, 327): la aristocracia por un lado, organizada en linajes y tal vez identificada por unos ideales conservadores, y un sector “hoplita”, constituido por clases medias y tendente hacia una dinámica más expansiva y progresista. Para este autor, la plenitud institucional y vital de la *pólis* antigua sólo se conseguiría bajo el gobierno de las clases medias, lo que nuevamente situaba a la “ciudad-estado hoplita” en el camino de la democracia: el igualitarismo hoplita permitiría a las comunidades mirar hacia el exterior y lanzarse a una dinámica expansiva (1944: 345), alimentada, según Weber, por los intereses agrarios derivados de la condición campesina del hoplita, pues “los campesinos, en la medida en que constituían el ejército de hoplitas, se hallaban interesados en la conquista de tierras para fines de asentamiento” (1944: 332). La estructura socio-económica también se vio alterada, ya que la falange provocó el establecimiento de un sistema *timocrático*, en el que la riqueza se convertía en el criterio de la ciudadanía (Nilsson 1928: 247-248; 1929: 3). Ese sistema obligaba al soldado a obtener el equipamiento por sus propios medios, de forma que el hoplita estaba forzado a realizar un desembolso económico importante para poder ejercer su función; de este modo, la falange limitaría económicamente el ámbito social del que provenían los hoplitas a las capas medio-altas.

Para Weber, sin embargo, el predominio de las “clases medias” sólo se lograría en la ciudad griega tras el derrocamiento de las aristocracias locales, que gobernarían de modo despótico, acumulando las principales dignidades y privilegios, y excluyendo a los campesinos de las actividades públicas, del gobierno efectivo, de la deliberación en la asamblea y de la participación en el ejército (1944: 278-280). Las “clases medias”, identificadas por Weber con el *démos* tradicional, traerían consigo la ciudad democrática, las magistraturas y la organización territorial de la participación ciudadana. En el camino, las luchas políticas generarían nuevas alianzas: el *démos*, que comenzaba a integrarse en el ejército, favorecería con su apoyo el ascenso de los tiranos; Weber estableció así una relación que tendría mucho peso en la historiografía posterior (1944: 264-265, 306-308).

En definitiva, con la teoría de la “comunidad de guerreros”, Max Weber, Eduard Meyer y Martin Nilsson dieron forma a uno de los pilares de la teoría de la “Revolución hoplita”: describieron una profunda transformación entre el “modo aristocrático” de combate y la falange hoplita; asentaron la idea de la superioridad militar de la infantería en formación cerrada sobre la caballería tradicional; establecieron el vínculo entre la transformación militar y la estructura socio-política de las comunidades griegas; fijaron la democracia como objetivo de esos procesos de cambio; definieron al *démos* como clase social, y lo identificaron con la “clase hoplita” campesina; y, por último, relacionaron el ascenso de las “clases medias” con la aparición de las tiranías arcaicas. Todas estas ideas estaban ensambladas entre sí con una clara lógica interna: si se postula el predominio de lo militar en la estructura política, es natural que quien posea las armas ejerza presiones en favor de sus propios intereses; además, la idea de un enfrentamiento entre “clases” aporta el contexto idóneo para reivindicaciones políticas y cambios abruptos; por último, el ascenso de las tiranías encaja perfectamente en el contexto de tensiones políticas, y encuentra en él una explicación adecuada.

EL DETERMINISMO TECNOLÓGICO

El segundo principio, el “determinismo tecnológico”, estaba ya esbozado en los trabajos de Weber, Meyer y Nilsson, en el modo en que asumían que la transformación militar había generado una reacción en cadena que había precipitado la aparición de la *pólis*; sin embargo, fue Hilda Lorimer quien a finales de la década de los cuarenta le dio forma definitiva. Lorimer ofrecía una causa —una única causa— para explicar el cambio táctico que introdujo el sistema de combate hoplita: la aparición de una nueva pieza de tecnología militar cuyas características eran específicas del nuevo método de combate y determinaban, por tanto, una reacción en cadena de sucesivas transformaciones; esa pieza era el escudo argivo: “El cambio trascendental del combate esencialmente a larga distancia del siglo VIII a.C. implicó una *única alteración estructural* en el escudo redondo suspendido de un *telamón* que se encontraba entonces en boga” (1947: 76; cursiva añadida).

Esa “alteración estructural” consistió en la introducción de la doble abrazadera, el *pórpax* y la *antilabé* (1947: 76; 1950: 462), que convertían al escudo hoplita en la piedra angular de la falange: para esta autora, la doble abrazadera equilibraba el peso del escudo y facilitaba su manejo por el portador, pero además —y este es el detalle decisivo— determinaba un peculiar modo de empujarlo que obligaba al hoplita a, por un lado, cubrir sólo la parte izquierda de su cuerpo —quedando la mitad izquierda del escudo libre—, y a, por otro lado, buscar cobertura para la parte desprotegida de su cuerpo en la mitad libre del escudo del compañero (1947: 76-77). Lorimer concluyó que el escudo “ofrecía máxima protección a tropas *en orden cerrado* mientras se mantuviesen firmes” (1947: 76; cursiva añadida), es decir, hacía *necesaria* la cohesión, por lo que parecía especialmente diseñado para combatir en formación cerrada; entonces, la adopción del escudo conduciría, aparentemente de modo mecánico, a la transformación táctica y la adopción de la falange: un factor tecnológico menor se convertía en la causa fundamental del proceso de cambio histórico.

No obstante, Lorimer carecía de argumentos firmes para explicar la difusión y aceptación por Grecia de esa innovación tecnológica, de modo que recurrió a una combinación de dos ideas: por un lado, la superioridad del nuevo armamento y la nueva táctica sobre la tecnología precedente, y por otro la necesidad de emulación de las comunidades del entorno para no quedar atrás

en una especie de “carrera armamentística”. Lorimer asumía que “su difusión a través del Peloponeso y la Grecia Central debe de haber sido rápida, pues cuando un nuevo mecanismo militar *ha sido probado con éxito* por una potencia, es entonces *necesariamente adoptado* por las demás comunidades que deben enfrentarse a la primera” (1947: 108; cursiva añadida); para la autora, las nociones de superioridad y efectividad eran casi criterios universales que regían la renovación tecnológica y táctica.

Mediante el estudio tanto de las pinturas vasculares protocorintias y protoáticas (1947: 81-105) como de las fuentes literarias disponibles –Homero, Arquíloco y Tirteo– (1947: 111-128), Lorimer fechó la dispersión de las armas de la panoplia en la primera mitad del siglo VII a.C. (1947: 109). Así, mientras que la *Iliada* parecía mostrar en su opinión un sistema basado en los duelos singulares y la lucha a larga distancia mediante proyectiles, Arquíloco “parece seguro que combatió como hoplita” (1947: 114), y Tirteo “da una imagen reconocible del combate hoplita” (1947: 121), facilitando una prueba literaria de que la falange hoplita se había asentado y expandido por toda Grecia ya en esa temprana época.

En definitiva, la obra de Lorimer contribuyó a asentar una serie de argumentos centrales para la teoría de la “Revolución hoplita”: el cambio militar como clave y requisito previo del cambio político, la noción de una transformación abrupta y rápida, y la distinción entre un “combate homérico” de duelos singulares y la falange hoplita de Tirteo y el Vaso Chigi. Todo ello se hizo desde una perspectiva mecanicista del cambio histórico, y desde la monocausalidad, recurriendo a “una única alteración estructural” (1947: 76), lo que convirtió la compleja y creciente estructura de la “Revolución hoplita” en una inestable pirámide invertida, asentada en un único punto de apoyo.

No obstante, su aportación fundamental fue la noción del cambio tecnológico y su papel determinante en los eventos y procesos históricos. En adelante, la innovación en la tecnología militar se concebirá como *progreso*: la sustitución de una pieza por otra se basará en la noción de su superioridad –efectividad, eficacia, mejores prestaciones– e incontestable imposición –rápida difusión y generalización sin trabas–. Así, la introducción en Grecia del nuevo escudo argivo se produjo gracias a sus cualidades superiores y su mayor efectividad, mientras que su posterior generalización fue consecuencia de la necesidad de emulación por parte de las comunidades griegas para no quedar atrás con respecto a sus rivales; idéntico proceso se propuso para la táctica hoplita en su conjunto, algo apuntado ya por Nilsson (1928: 246). Para Lorimer, el cambio tecnológico determinaba la transformación táctica, y no al revés; es decir: la adopción del escudo argivo obligó a introducir reformas tácticas hasta encontrar un modelo de combate óptimo. Como consecuencia, postuló un vínculo profundo entre el escudo argivo y la falange: por un lado, sus peculiares características lo hacían idóneo para la falange, hasta el punto de que el escudo “*implica la táctica hoplita...*” (1947: 128); por otro lado, la falange era únicamente posible con el escudo argivo: “Es la esencia del hoplita que existió únicamente como parte de la falange; aislado de sus compañeros estaba perdido”, pues “fuera de la falange”, concluía Lorimer, “el hoplita no era nada” (1950: 462).

LAS TIRANÍAS ARCAICAS

El tercer principio, el vínculo entre la introducción de la falange hoplita y el ascenso de las tiranías, había sido anticipado ya por Weber (1944: 264-265, 306-308), pero encontró su formulación más completa en el trabajo de Antony Andrewes. La primera preocupación de Andrewes

fue encontrar un adecuado vínculo entre los tiranos arcaicos y la teoría de la “Revolución hoplita”, y la encontró al establecer una completa identidad entre la “clase hoplita” propuesta por Weber o Nilsson y el *démos* que aparecía descrito en las fuentes griegas; los autores antiguos (Hdt. 3.82.4; Pl. *Resp.* 8.565d; Arist. *Pol.* 1310b) presentaban a los tiranos como “campeones del *démos*”, y en esa idea se apoyó Andrewes para proponer que el contexto de tensiones sociales y políticas descrito en las fuentes en relación con el ascenso de las tiranías era exactamente el mismo que la teoría planteaba para el ascenso de la “clase hoplita”; se trataba de la misma “revolución”, protagonizada por el mismo grupo social (1974: 36-38). Una vez asentado este requisito, Andrewes pasó a reafirmar los argumentos principales de la teoría: el determinismo tecnológico, la relación entre la esfera militar y la política, el vínculo entre ciudadanía y posesión de armas, y la existencia de un abismo militar entre los poemas homéricos y los fragmentos líricos de Tirteo (1974: 31-38).

Aunque su base teórica se apoyaba claramente en la teoría de la “Revolución hoplita”, Andrewes percibió la necesidad de abordar algunos de los aspectos que todavía no habían sido tratados por sus predecesores. Y comenzó por las causas del ascenso de la propia “clase hoplita”. Para ello, propuso que un conjunto de transformaciones económicas estaban en la base de todo el proceso, pues “las ciudades no podrían haberse permitido llevar a cabo el cambio militar que describimos si los ciudadanos particulares no se hubiesen enriquecido en la última generación” (1974: 31, 147); Andrewes no llegó a definir ese nuevo contexto económico, pero le permitió justificar el ascenso de una nueva clase social, “una especie de clase media” (1974: 34) que desafiará el predominio de la aristocracia. No obstante, la lectura de su obra nos permite distinguir el motivo profundo que existía para esa búsqueda de explicaciones históricas: Andrewes partía de la idea previa de que el sistema hoplita precisaba, por definición, de “una base más amplia” (1974: 34), la cuál se asentaba, a su vez, en otros dos prejuicios: el primero, que la falange necesitaba de más efectivos humanos que el modelo de guerra precedente, y el segundo, que toda transformación política consistía en la incorporación de nuevos sectores sociales a la ciudadanía. La explicación económica, por tanto, trataba de sostener su idea previa de que la falange exigía la incorporación de más hombres.

El aporte fundamental de Andrewes a la teoría consistió en el vínculo que estableció entre la introducción de la falange y el ascenso de las tiranías: entre el *démos* hoplita y los nuevos tiranos se estableció una provechosa relación de mutuo beneficio, pues el pueblo apoyó con su peso militar al tirano dentro de su enfrentamiento con la aristocracia, y el tirano respondió por su parte favoreciendo, mejorando y consolidando la posición política y social del pueblo dentro de la ciudad. De este modo, el *démos* se convirtió en el sustento del tirano, y el tirano, en el “campeón” del *démos*, como reclamaban las fuentes antiguas. Fidón de Argos constituyó su principal y, en realidad, único ejemplo, pues el propio Andrewes reconocía que el apoyo militar a las tiranías no fue un fenómeno generalizado, y que no debía aplicarse a otros casos de tiranías arcaicas como la de Cipselo de Corinto, Ortágoras de Sición o Pisístrato de Atenas (1974: 36). Sin embargo, sus argumentos para justificar el vínculo entre la falange y la tiranía de Fidón eran, a mi juicio, demasiado especulativos, reducidos en última instancia a su convicción –que considero infundada– de que la falange era la única explicación satisfactoria para la grandeza que las fuentes otorgaban a la ciudad de Argos a comienzos del siglo VII a.C. (1974: 39-41).

Las hipótesis de Andrewes tuvieron un gran éxito, tal vez por estar apoyadas en última instancia –como el resto de la teoría de la “Revolución hoplita”– en el pensamiento de Aristóteles. Andrewes identificó al *démos* con los hoplitas, presentó a los tiranos como campeones del *démos*, y asentó la idea de la simbiosis existente entre ellos. Para él, las tiranías fueron una solución eventual

a un contexto de crisis, una mera alternativa entre otras muchas al enfrentamiento social surgido entre las aristocracias tradicionales y las nuevas “clases hoplitas”; la tiranía no era la meta del proceso, sino tan sólo una etapa: “El efecto final del episodio de la tiranía fue tomar el poder de las reducidas aristocracias y dejarlo en manos de una clase mucho más amplia” (1974: 38). Al final del camino se encontraba una vez más la democracia. Me parece también especialmente significativo que Andrewes fuese el primero en designar al proceso de transformación social derivado de la introducción de la falange como “revolución”; en efecto, mantuvo que “hubo revoluciones en muchas otras ciudades, y el traspaso de poder se llevó a cabo del modo más brusco” (1974: 38). Pero lo que es más importante, afirmó que esos episodios revolucionarios “fueron fundamentalmente *revoluciones hoplitas*” (1947: 38; cursiva añadida), el primer autor que empleó el término abiertamente. De esta forma, con la identificación de los dos componentes, el militar y el social, se completó el proceso de definición de la teoría.

Esta etapa fundacional de la “Revolución hoplita” tuvo como resultado la consolidación de un cuerpo teórico complejo y diverso, y condujo especialmente al afianzamiento de tres argumentos fundamentales: el primero de ellos, el vínculo profundo establecido entre la esfera militar y la política. Los ciudadanos son identificados con el grupo que desempeña la función militar en la ciudad, lo que conduce no sólo a la “comunidad de guerreros” de Weber, sino también a la definición de ciudadano como aquél individuo “capacitado para proveerse el equipamiento hoplita” de Nilsson o Lorimer. Como consecuencia, se propone que los cambios militares generan alteraciones en la estructura de poder y gobierno de las comunidades griegas, puesto que la función —y una única función, además— determina el estatus, y no al revés. De este modo, la relación entre lo militar y lo político se concibe como un camino unidireccional: cualquier variación en la estructura militar, por pequeña que sea, tendrá efectos inmediatos en la estructura política y en las relaciones de poder. La teoría distingue dos modelos tácticos contrapuestos, identificados a su vez con dos grupos sociales diferentes: uno, basado en combates individuales propio de la aristocracia hereditaria, y el otro, basado en combate masivo en formación cerrada o falange, propio de un grupo social no-aristocrático que se denomina genéricamente como “hoplitas”. Esta táctica, sugieren, implica una base social más amplia; es decir: precisa un mayor número de efectivos y por tanto más individuos capaces de costearse las armas y ejercer poder político. Ello determinará, por último, la necesaria integración de nuevos sectores sociales en el ejército, bien de modo mecánico, como consecuencia de las necesidades de la propia táctica, bien de modo voluntario, por el propio deseo de los sectores desclasados de acceder a la posesión de la tierra y satisfacer ciertas aspiraciones de progreso social y político.

El segundo argumento es el enfrentamiento entre clases sociales, que se presenta como móvil principal de las transformaciones políticas, pero también como contexto en el que los eventuales cambios militares se producen. Se identifican dos “clases” sociales bien diferenciadas: por un lado la aristocracia, con una ideología conservadora caracterizada por valores individualistas, basados en la exhibición y búsqueda personal de la riqueza y el honor; y por otro lado la “clase hoplita”, con una ideología “democrática” basada en valores de cohesión, igualitarismo y bien común, a todas luces un trasunto de los valores desprendidos de la táctica militar.

El tercer argumento, por último, es la radical transformación de la estructura política y la jerarquía de poder en la primitiva ciudad-estado griega, con lo que la “revolución” se lleva finalmente a efecto. La teoría de la “Revolución hoplita” explica de este modo el fenómeno global de la aparición y formalización de la *pólis*, decantándose por un proceso de “democratización” de las instituciones que tiende hacia estructuras ciudadanas cada vez más igualitarias, donde los hoplitas

establecen el gobierno colectivo de un grupo amplio y homogéneo. Los casos específicos de Esparta, donde el cuerpo ciudadano se identifica plenamente con la “clase” de los hoplitas, y Atenas, donde las desigualdades y la crisis social conducen a diversos intentos de solución –Solón, Pisístrato, Clístenes–, tienen cabida en este punto. Pero afecta igualmente a los procesos de ascenso y consolidación de las tiranías, pues el contexto de lucha social constituye el marco idóneo para la simbiosis entre el tirano y el *démos*; esa alianza, basada en una coincidencia momentánea de intereses, tendrá por efecto la inexorable evolución hacia la ciudad democrática de los hoplitas. La falange implica, por tanto, la madurez y esplendor de la ciudad-estado, cuando el grupo de los hoplitas establece sus instituciones democratizantes; ello implica que la democracia se presenta como el objetivo teleológico de la *pólis*. Ese proceso es, aparentemente, la consecuencia inevitable de la propia dinámica de transformación militar, pues de igual modo que la falange precisa de mayores efectivos, también el sistema democrático hoplita precisa de una base social más amplia.

Como veremos más adelante, esta argumentación se apoyó de modo decisivo en el pensamiento de Aristóteles, cuya interpretación sobre el origen de la comunidad política griega se siguió casi a rajatabla. Así pues, la teoría se articuló en torno a un eje causal –“transformaciones militares - transformaciones sociales - transformaciones políticas”– que proponía una especie de “escalada”, un complejo proceso de profundos cambios estructurales a partir de una sola causa: el “determinismo tecnológico”. De acuerdo con la teoría, un único elemento, la doble abrazadera del escudo argivo, fue responsable de toda la cadena de transformaciones; el arma determinaba la táctica, con lo que el progreso tecnológico se convirtió en un valor absoluto en la difusión del nuevo armamento.

La teoría surgió desde el comienzo escindida en dos corrientes paralelas entre los partidarios de un desarrollo abrupto –Weber, Lorimer, Andrewes– y los impulsores de un cambio progresivo –Meyer y Nilsson– de los procesos de cambio militar, social y político. Otro ejemplo de ese desacuerdo fueron las vacilaciones a la hora de hablar de “revolución” o “reforma”: Weber se refirió a una “lucha estamental” (1944: 306, 338), mientras que Lorimer y Meyer evitaron la cuestión; Nilsson prefirió referirse a una “reforma”, y tan sólo Andrewes habló abiertamente de una “revolución”. La polémica para las décadas siguientes estaba, pues, servida.

LA EXPLORACIÓN TEÓRICA, 1950-1980

Esa escisión inicial acerca del ritmo real del proceso de cambio histórico –bien progresivo, bien abrupto– se dejó sentir en la teoría de la “Revolución hoplita” tras un breve paréntesis en el que, a lo largo de la década de los sesenta, se consolidó definitivamente como el modelo teórico fundamental para explicar los comienzos del Arcaísmo griego y el origen de la *pólis*. Ambas líneas se expandieron, al mismo tiempo que la teoría en su conjunto comenzó a ser revisada y cuestionada. A pesar de divergentes en cuanto a la percepción general de los procesos históricos, ambas visiones mantuvieron no obstante un riguroso acuerdo acerca de los principios básicos, la reforma militar como explicación fundamental más o menos en los términos que hemos descrito hasta ahora, lo que permite considerarlas como alternativas dentro de la misma teoría. A partir de los años cincuenta, la “Revolución hoplita” se impuso rápidamente en el mundo académico, y la gran mayoría de los manuales especializados del momento asumieron el eje “transformaciones militares–transformaciones sociales–transformaciones políticas” que la teoría proponía.

LA PERSPECTIVA "ORTODOXA": LA REVOLUCIÓN REPENTINA

De entre las dos visiones contrapuestas, la noción de "cambio abrupto" era sin duda la que se encontraba en el núcleo original de la "Revolución hoplita", constituyendo una especie de "ortodoxia" incluso para los propios partidarios de la teoría. La visión del proceso de cambio militar y político como un fenómeno abrupto y revolucionario se vio reforzada por una serie de autores, especialmente Marcel Detienne, Paul Cartledge y P.A.L. Greenhalgh, que aceptaron el núcleo original de la teoría y realizaron además sus propias aportaciones. Considerada por Cartledge como "la innovación más portentosa de la antigüedad griega" (1977: 11), la "Revolución hoplita" se continuó percibiendo como un proceso abrupto, y el determinismo, como su explicación más plausible.

Detienne, por ejemplo, apuntó que las innovaciones tecnológicas y tácticas de comienzos del siglo VII a.C. habían provocado en Grecia una "ruptura", una transformación profunda de la sociedad, al permitir que la función guerrera pasase a manos de un grupo social más extenso (1968a: 120); la introducción de la doble abrazadera constituyó un elemento "capital" (1968a: 121, 133), un factor determinante en la aparición de la nueva táctica (1968a: 133-134). Cartledge se mostró más partidario de un cierto "determinismo moderado": las ideas de Lorimer o Detienne le parecían excesivas (1977: 18), pero aceptaba que el cambio tecnológico había dado lugar a una serie de "paradojas" –por ejemplo, el uso de falanges en un país de accidentada orografía, o el recurso a un modelo de batallas campales en una cultura con una escasa frecuencia de combate– que conducirían a la aparición de la clase hoplita, y que demostraban que la "reforma" no ocurrió en un ámbito estrictamente militar (1977: 18). Greenhalgh, por su parte, introdujo la novedad de que la clave del determinismo no residía en la protección lateral que el nuevo escudo ofrecía al compañero de la izquierda, sino en la falta de protección trasera, dado que la doble abrazadera eliminaba el telamón e impedía que su portador pudiese soltar con rapidez el escudo para pasarlo a la espalda; esa carencia tendría que compensarse, entonces, mediante el recurso a filas cerradas de combatientes (1973: 73).

Cartledge trató de explicar cómo las transformaciones militares pudieron ocasionar en la práctica unos cambios tan profundos en la estructura social y política: por un lado, el crecimiento demográfico, que daría lugar a un "hambre de tierras", con lo que cada comunidad trataría de asegurarse el control de las escasas tierras cultivables –acrecentando así la conflictividad y los enfrentamientos en torno a zonas fronterizas–, lo que generaría un patrón de guerra basado en el control, destrucción o amenaza de la tierra (1977: 21-22). Detienne reafirmó también la existencia de una oposición frontal entre dos modelos de combate, el aristocrático y el hoplita, que conllevaban dos modelos de organización socio-política (1968a: 121-126), visión apoyada por Cartledge (1977: 18-19) ¹ y Greenhalgh (1973: 74): la falange implicaba valores de cohesión, igualdad, orden y disciplina (Detienne 1968a: 119-120, 122; Greenhalgh 1973: 74, 146), mientras que el guerrero homérico representaba el individualismo y el furor bélico desmedido (1968a: 124-125; Greenhalgh 1973: 63 ss., 146). "Entre estos dos tipos de hombre", continuaba Detienne, "las oposiciones no son simplemente psicológicas: son dos comportamientos diferentes, con todos sus aspectos sociales y todo su contenido institucional" (1968a: 125); el resultado sería una

¹ Cartledge revisaría esa idea años más tarde, aceptando la posibilidad de que los poemas homéricos reflejasen un modo de combate basado más bien en el empleo de infantería masiva (1996b: 689), con lo que el duelo homérico se convertiría en una "ilusión" literaria creada por el poeta. Sin embargo, no va a llevar demasiado lejos esa rectificación: "Hay una diferencia extraordinaria y fundamental entre un encuentro militar en masa, aunque tenga un carácter defensivo, y un encuentro entre filas de hoplitas encerrados en la falange" (1996b: 689).

estructura cuyos valores derivaban de la táctica militar, pues “la ciudad crea una sociedad que es perfectamente homóloga de aquella que instituye la falange” (1968a: 131).

Las transformaciones militares, tecnológicas y psicológicas tuvieron, por tanto, consecuencias en la estructura social y política; el hoplita se integró en la asamblea de la ciudad, y desde ella inauguró una especie de “república de Iguales” (1968a: 140). Detienne reafirmó, por tanto, el vínculo entre el poder político y la función militar: la condición de soldados permitió a los hoplitas ejercer presiones y obtener cuotas de participación política (1968a: 120); como fruto de ese enfrentamiento, la aristocracia perdería su posición de privilegio y poder en la ciudad, estableciéndose un sistema más igualitario, de base social más amplia, y basado en valores democráticos. Para Cartledge, las clases medias campesinas se integraron en la estructura militar mediante una especie de “pacto social”, un compromiso que nacía de las crecientes necesidades militares y la iniciativa aristocrática de incorporar a los campesinos al ejército (1977: 23); su relativa disponibilidad de bienes les capacitaba para la adquisición del armamento necesario, lo que reafirmaba el fundamento timocrático de la guerra y de la sociedad griegas, y significaba en la práctica la exclusión efectiva de otros grupos sociales menos favorecidos, identificados con un armamento ligero (1977: 23-24). Greenhalgh, por su parte, hizo hincapié en la necesidad de mayores efectivos humanos que la falange requería, y que facilitaría la extensión de la función militar a nuevos sectores sociales, puesto que, para este autor, en la falange no era necesaria la experiencia ni tampoco un entrenamiento exhaustivo, y el armamento era relativamente asequible y heterogéneo (1973: 74-75, 151). De este modo, la guerra se haría “menos aristocrática” (1973: 77), conduciendo a una organización política “menos exclusiva” (1973: 154-155).

Un paso intermedio en esa evolución política sería, una vez más, la tiranía, pues para Cartledge la nueva clase hoplita se convirtió en el sector de apoyo determinante para su ascenso (1977: 21). Greenhalgh, sin embargo, invertiría el orden de los factores: dada la naturaleza gentilicia del reclutamiento militar (1973: 151-153), cualquier supuesta “toma de conciencia” de los hoplitas debió vencer los lazos de lealtad clientelares, y ser por tanto posterior a las tiranías, con lo que reafirmó el vínculo entre hoplitas y tiranos, pero a la inversa –los tiranos crean hoplitas (1973: 153-155)–.

En pocas palabras, la línea “rupturista” de la “Revolución hoplita” reforzó los principales fundamentos de la teoría: el determinismo tecnológico, con todos sus corolarios sobre el escudo argivo, su idoneidad para la formación cerrada, la noción de superioridad armamentística y la necesidad de emulación; la existencia de una oposición entre dos modos de combate –el homérico y el hoplita, con valores también contrapuestos–; la consideración de la función militar como clave de la integración política; y un contexto de tensiones verticales entre la aristocracia y el *démos* como hilo conductor de todos los procesos de cambio. Se incidió también en la rapidez de todo el proceso: para Detienne fue un fenómeno casi automático, mientras que para Cartledge fue rápido en la gestación y difusión del fenómeno militar, pero más lento en su evolución social y política (1977: 20, 24). Por tanto, esta línea reprodujo el eje fundamental de la “Revolución hoplita”, “transformaciones militares – transformaciones sociales – transformaciones políticas”.

LA PERSPECTIVA GRADUALISTA: EL CAMBIO PROGRESIVO

La alternativa a la “revolución” era la idea de la “reforma”, anticipada ya, como hemos mencionado, por Meyer (1965: 515) y Nilsson (1928: 246; 1929: 1-2). A partir de finales de los sesenta, la perspectiva “progresiva” se recuperó con un conjunto de importantes trabajos por parte

de autores como Anthony Snodgrass, John Salmon, Moses Finley, Oswyn Murray o Walter Donlan, que no abandonaban los fundamentos de la teoría, sino que trataban únicamente de profundizar en la idea del cambio progresivo frente a la concepción tradicional de la “revolución” repentina. Anthony Snodgrass fue una pieza capital en todo ello, y supuso un punto de inflexión en la visión académica sobre la guerra griega. Partía de dos principios fundamentales y radicalmente nuevos: uno, que el conjunto de armas que conocemos como “panoplia hoplita” fue en origen un conjunto variado y disperso, y dos, que la adopción y difusión de ese conjunto de armas se produjo de forma lenta y progresiva y no conllevó ninguna transformación inicial en las tácticas bélicas (1964: 83-84, 89-90, 136-139, 193-204; 1965a: 110). Esas ideas bastarían por sí solas para hacer tambalearse todos los argumentos establecidos por la teoría de la “Revolución hoplita” hasta el momento.

Snodgrass planteó un largo proceso de transformación militar en Grecia desde fines de la Edad del Bronce: el combate singular, que identificó con el final del mundo micénico, daría paso en la Época Oscura a un sistema de combate más abierto, con tropas más numerosas y tácticas de lucha a distancia mediante proyectiles; este modelo entraría en crisis a su vez en el entorno del 700 a.C., cuando una serie de innovaciones armamentísticas, un equipamiento más barato y accesible, comenzarían a expandirse por algunos lugares de la Grecia central, permitiendo a nuevos grupos de campesinos medios y relativamente pudientes introducirse en el ejército, y a las comunidades afrontar empresas bélicas más ambiciosas (1964: 189 ss.; 1980: 97-106). Este armamento no sería inicialmente destinado a una táctica preestablecida, sino que se adaptaría al sistema de combate abierto propio de la época; sin embargo, la posibilidad de disponer de ejércitos más numerosos favorecería la aparición de formaciones más cerradas y sólidas, que conducirían en última instancia, hacia el 650 a.C., a la falange (1980: 102-104) ². Este fenómeno militar tendría, por último, consecuencias sociales y políticas, al integrar a los grupos incorporados al ejército dentro del circuito de relaciones de poder de la comunidad; como nuevos miembros de derecho, estos grupos no tardarían en jugar un papel decisivo en todas las instituciones ciudadanas.

Las propuestas de Snodgrass abrían, por tanto, una vía intermedia: por un lado, los fundamentos de la teoría se mantenían, pero por otro, rompía con algunos de sus argumentos básicos. Por ejemplo, rechazaba la idea del “determinismo” tecnológico por considerarlo una exageración (1965a: 111): el escudo hoplita no era en la práctica incompatible con diversos tipos de combate, y no correspondía exclusivamente a la falange. Pero también impulsaba la idea de “reforma” y “transición lenta”, una fase de una o dos generaciones que transcurriría entre la invención y el desarrollo del nuevo armamento y la aparición efectiva de la falange (1964; 1965a: 111-113). En su opinión, existían una serie de condiciones que alejaban la necesidad de una revolución social: en primer lugar, los nuevos efectivos fueron incorporados al ejército según un criterio económico, integrando a los individuos que posean una determinada renta en tierras (1965a: 114; 1980: 102); en segundo lugar, el servicio militar se percibía como una experiencia desagradable, que precisaba o bien de una adecuada compensación, o bien de una acuciante necesidad (1965a: 115); y en tercer lugar, a comienzos del siglo VII a.C. todavía existía una élite militarmente activa para

² Snodgrass revisó sus teorías en 1993. Tras analizar las aportaciones de Joachim Latacz, llegó a la conclusión de que algunas de ellas no eran sostenibles (1993a: 53), como la idea de una “falange homérica” (1993a: 54). Para Snodgrass, el combate descrito en la épica era enormemente artificial, poco apto para una posible “proto-falange” (1993a: 55). En esta revisión rechazaría también las propuestas de Hanson, de las que hablaremos más adelante, pues la aparición de la panoplia hoplita a fines del siglo VIII a.C. tampoco constituía para él una prueba de la existencia de la falange, incidiendo más bien en que el proceso de experimentación con el armamento fue lento y progresivo (1993a: 58).

quien la guerra era una parte fundamental de su identidad. Por encima de estos argumentos, Snodgrass planteó la hipótesis de que el campesino era en realidad reacio a tomar las armas (1965a: 115), lo que daba al traste con la “revolución” al eliminar toda idea de ambición política por parte del *démos*. Para Snodgrass, el perjuicio que los campesinos podían obtener de su implicación militar era mayor que sus posibles beneficios, pues el abandono de sus granjas ponía en peligro sus cosechas. Por ello, toda idea de “revolución” social quedaba cercenada desde el principio. Este planteamiento suponía también deshacer el vínculo creado entre las tiranías y la falange, pues para Snodgrass no se daban las condiciones necesarias para que ambos fenómenos pudiesen estar verdaderamente relacionados (1965a: 116). Reconoció únicamente que algún tipo de entendimiento pudo haber surgido entre hoplitas y tiranos, aunque esa dinámica de golpes de estado incitados por futuros tiranos y llevados a cabo por los hoplitas armados le parecía bastante improbable (1980: 111-113).

Snodgrass, por tanto, se mantuvo en gran medida dentro de los supuestos de la teoría de la “Revolución hoplita”: reconoció el papel de la tecnología en los procesos de cambio social y político, reprodujo la idea de que la función militar implicaba también participación política, y conservó también el argumento de la emulación y la rivalidad entre comunidades como explicación para la difusión de la nueva tecnología y táctica militar (1980: 107-111; 1986: 51; 1994: 19). Pero también reformó sustancialmente algunos de sus argumentos: abandonó el “determinismo tecnológico” a causa de su creencia en el cambio progresivo, pues el vínculo directo e inmediato entre armamento y táctica quedaba roto (1980: 102-104); presentaba a los campesinos como “hoplitas reacios” (1965a: 115; 1980: 101-102, 106-107), integrados en el ejército por iniciativa de la aristocracia, lo que suponía que carecían de conciencia de clase o de aspiraciones políticas colectivas; por último, rompió el vínculo entre el ascenso de la clase hoplita y las tiranías al carecer de un contexto adecuado de “revolución”, aunque conservase la impresión de intereses comunes y una más que probable colaboración entre ambos (1980: 111-113).

Las semillas plantadas por Snodgrass germinaron en las obras de algunos investigadores. John Salmon, por ejemplo, en su empeño de fechar la introducción de la falange del modo más exacto posible, identificaría no una, sino *dos* fases de transición: en una de ellas, entre 675 y 650 a.C., la falange ya existía pero evolucionaría y se perfeccionaría en una fase de experimentación táctica; la otra sería la fase propuesta por Snodgrass, que para Salmon era necesariamente anterior —ca. 700-675 a.C.— (1977: 91-92). Moses Finley también asumió que el proceso de cambio militar y político se había llevado a cabo a un ritmo marcadamente progresivo y lento, producto de varias décadas de experimentación (1970: 99-102). Oswyn Murray planteó un lento proceso de “crystalización” de la *pólis* (1980: 64-65) en el que los diversos elementos de la “revolución estructural” del 700 a.C. de Snodgrass (1980: 64-68, 80-99, 100-119) pudieron llevarse a cabo; la evolución fue lenta y progresiva (Murray 1980: 123), atravesando incluso fases de experimentación (1980: 126). Walter Donlan, por su parte, también reconoció que el cambio militar se había producido de modo progresivo y lento, a través de sucesivas fases de transición (1970a: 139).

Sin embargo, los aspectos sociales de la teoría de Snodgrass fueron bastante cuestionados. Para Salmon, era imposible que las clases bajas careciesen de una mínima conciencia política para poder aprovechar la situación de poder a la que habían sido conducidas a la fuerza (1977: 94-95); lejos de existir un contexto de tranquilidad social, había una situación “pre-revolucionaria” en el entorno del 700 a.C. que pronto se convirtió en “revolucionaria” (1977: 95), y la integración militar de las clases bajas fue la clave: “la adopción de la falange creó al menos algún impulso para la revolución: los hoplitas no aristócratas, cuando entraron en la falange, fueron conscientes de su creciente importancia militar y demandaron un papel político correspondiente” (1977: 98). Los

hoplitas no constituían una “clase” social coherente, y carecían de conciencia como tal, pues eran “probablemente incapaces de formular ni siquiera una exposición coherente de sus quejas” (1977: 99, *cf.* 101); pero estaban lo suficientemente descontentos con la aristocracia como para aprovechar sin más la situación en la que habían sido embarcados. La “clase hoplita” se convirtió, así, en un factor fundamental dentro de las relaciones de poder de la *pólis* arcaica (1977: 97-101; 1984: 191-195; 1997: 63).

Finley describió un contexto similar de tensiones sociales, derivado del monopolio económico, político y militar de la aristocracia (1970: 99-100), roto únicamente por la aparición de una “clase media” de campesinos y comerciantes en torno al 650 a.C. (1970: 101); el resultado sería la *stásis* (1970: 102, 111-114). Una vez más, el cambio militar condujo al cambio político: una serie de innovaciones tecnológicas debilitaron el papel militar de la aristocracia; la panoplia determinó, a su vez, la aparición de la falange; la nueva táctica no tardó en imponerse sobre la precedente por su superioridad y sus evidentes ventajas militares; al precisar de mayores efectivos, los reclutamientos se ampliaron, generando la integración de nuevos grupos; por último, esos nuevos soldados estuvieron en disposición de exigir mayor participación en las instituciones de la ciudad (1970: 101-102).

Murray reprodujo las líneas básicas de la teoría de la “Revolución hoplita”: la distinción de dos fases históricas que identificó con dos sistemas de combate —el individual aristocrático y de proyectiles en Época Oscura (1980: 54), y la falange, el “nuevo estilo de combate” (1980: 122)—; la identificación de dos clases sociales diferenciadas, la aristocracia y el *démos* (1980: 57, 60, 138-139); el determinismo tecnológico, defendiendo la superioridad tecnológica del armamento griego (1980: 120) y la idea de que el escudo determinó la táctica en formación cerrada (1980: 121, 124-125); la influencia decisiva del ámbito militar en la definición y transformación de las estructuras políticas y sociales (1980: 120, 137); y el ascenso de las tiranías, con los tiranos como campeones del *démos* y la supuesta confluencia de intereses entre ambos (1980: 137 ss.).

Donlan presentó un panorama de jefaturas coercitivas que mantenían a las clases bajas atadas por relaciones de dependencia (1997: 39-42), al que le correspondía un sistema de combate basado en los proyectiles y el predominio de guerreros individuales (1970a: 136-137). Esa situación de control absoluto se prolongaría a lo largo de la primera mitad del siglo VII a.C., pero el crecimiento de la prosperidad general y las dificultades de una aristocracia reducida para controlar a una población en expansión terminaron por debilitar su poder (1997: 44 ss.). En ese estado de enfrentamiento social surgió un sector independiente, el grupo hoplita, formado por los campesinos propietarios, en directa relación con la repentina aparición de la falange en el entorno del 700 a.C. (1970a: 137); Donlan estimó que hasta un 50% de la población se incorporó a ese grupo, por lo que alcanzaron un significativo poder fáctico y una identidad de grupo muy desarrollada (1997: 45-47). La tiranía sería una vez más un proceso relacionado con la aparición de los hoplitas, pues “su apoyo o, cuando menos, su aquiescencia” cimentaron el poder de los tiranos (1997: 46).

Por tanto, lo que para Snodgrass era un “pacto social”, para Salmon se convirtió en un “error de cálculo” por parte de la aristocracia, que dotó a las clases bajas de un instrumento de presión al integrarlas en el ejército, mientras que para Murray y Donlan siguió siendo una “revolución” en toda regla; en todos los casos, sin embargo, la integración militar condujo a una transformación política. También la consecuencia final de todos estos procesos se mantuvo: la reforma se planteó como un camino hacia la democracia, hacia una *pólis* más democrática e igualitaria, basada en el bien común y la justicia equitativa (Finley 1970: 104-105; Murray 1980: 128-131; Donlan 1997: 47).

La línea teórica del “cambio progresivo” significó una seria reflexión sobre los presupuestos ortodoxos de la “Revolución hoplita”, aunque en líneas generales los planteamientos fundamentales de la teoría fueron respetados, especialmente la oposición entre dos modos de combate antagónicos –el homérico y el hoplita–, y la función militar como clave de la integración política. No obstante, el determinismo tecnológico fue sometido a revisión, y aunque el escudo argivo siguió considerándose idóneo para la formación cerrada y superior a otras piezas defensivas, sus cualidades ya no se percibían desde una perspectiva tan determinista, y su introducción pasó a concebirse como una larga fase de transición y experimentación. Por vez primera, sin embargo, la secuencia tradicional de procesos se vio alterada: las trasformaciones militares y las socio-económicas se situaron al mismo nivel, dando lugar de modo sincrónico a las posteriores transformaciones políticas.

ALGUNAS PERSPECTIVAS CRÍTICAS

Algunos autores se mostraron incómodos dentro de los planteamientos de la “Revolución hoplita” y partieron de supuestos independientes. Se trata de lo que podríamos denominar “perspectivas críticas”, investigadores que, desde fuera de la teoría, se aproximaron al tema del origen de la *pólis* y se vieron en la obligación de someter a revisión los argumentos de la “Revolución hoplita”, combinándolos con sus propias aportaciones. Es interesante constatar hasta qué punto la mayoría de ellos mantuvieron en la práctica numerosas conexiones con la teoría, regresando constantemente a ella y resistiéndose a abandonarla por completo.

Un ejemplo claro lo constituye William G. Forrest, quien partía del supuesto de que hubo diversas “revoluciones” en la Grecia arcaica: en el pensamiento, tendente hacia un nuevo individualismo (1966: 77-88); en la economía, que favoreció el ascenso de nuevas clases campesinas (1966: 67-75, 94); y en la política, que supuso la sustitución de las aristocracias tradicionales por regímenes diversos (1966: 98-174). Pero afirmaba que no hubo en Grecia una revolución militar orientada a la transformación del régimen político, pues no existían las condiciones para ello: para él, no podían distinguirse en la Grecia del momento “clases sociales” claramente diferenciadas (1966: 23-24, 36-37); además, la sociedad griega ya estaba de algún modo incorporada a la estructura social en el momento de definición de la *pólis* (1966: 64-65); y por último, las tensiones existentes dentro de las comunidades griegas (1966: 23) eran básicamente de tipo horizontal, entre facciones aristocráticas con intereses particulares (1966: 55). En ese contexto, las transformaciones del armamento y la táctica fueron lentas y graduales (1966: 89-93), impulsadas por la nueva coyuntura económica (1966: 89-90), pero no eran suficientes para justificar una revolución social.

No obstante, Forrest retornaría pronto a los planteamientos de la “Revolución hoplita”. Reafirmó el peso decisivo de la esfera militar en la creación de las estructuras políticas y sociales: los distintos grupos sociales actuaban principalmente por intereses militares (1966: 22), y la “clase hoplita” favoreció el ascenso de las tiranías (1966: 104-105). Aceptó también el determinismo, afirmando que el hoplita sólo tenía sentido en la falange (1966: 90), que el criterio de acceso a la función militar era la capacidad para costearse el armamento (1966: 22), y que la falange implicó la incorporación de nuevos efectivos, pues se trataba de “un modo de combate en el que el número es fundamental” (1966: 90). Como consecuencia, la falange sería portadora de una ideología igualitaria y democrática, al homogeneizar a los soldados en equipamiento y función (1966: 94-97).

Un caso similar es el de Chester G. Starr, quien partía de la base de que las transformaciones de la Grecia del siglo VIII a.C. estaban marcadas por la violencia: al referirse al “Renacimiento griego”, Starr hablaba sin reparos de una “época de revolución” (1991: 187, 189, 190, 194, 220, 221, 222...), “el período más dramático de la historia griega” (1991: 190). Starr reconocía que la *pólis* había evolucionado de modo gradual, pero en su opinión lo hizo tan sólo a partir del 700 a.C. (1957: 107-108); su aparición había sido abrupta y repentina: “Entonces, con increíble rapidez, un violento período de agitación se inició poco después del 750 a.C.” (1991: 224, 190, 293; cf. 1977: 29). El eje de ese proceso había sido una “revolución social” (1991: 302) protagonizada por la aristocracia y el pueblo llano (1991: 131-133, 301, 302-317); parte de ese pueblo llano sería una abundante “clase media”, que aparentemente habría prosperado en el tránsito entre los siglos VIII y VII a.C. gracias a un eventual incremento productivo (1977: 123-128; 1991: 311-313), y que, como decía Forrest, había sido incorporada ya a las estructuras sociales de las comunidades griegas a lo largo de la Época Oscura (1991: 313). Starr denominó a ese grupo como “*démos* hoplita” (1957: 106).

El detonante del proceso “revolucionario” fue, en opinión de Starr, una situación general de crisis agraria derivada de los cambios demográficos y económicos del siglo VIII a.C. (1986: 34-51). Simultáneamente, la aristocracia iniciaría la progresiva sustitución del liderazgo individual por instituciones y magistraturas colegiadas y temporales, dando origen a la *pólis* (1961; 1965a: 207; 1991: 325-335; 1992: 7-15). De este modo, Starr sugería la confluencia de dos movimientos colectivos: el intento de liberación de las “clases medias” por un lado, y la búsqueda aristocrática de mayores cuotas de poder político por otro. Y en ambos procesos la integración militar jugó un papel destacado (1977: 33; 1986: 53-55; 1991: 315): la aparición de la falange eliminaría la exclusividad militar de la aristocracia (1961: 136-137; 1986: 54; 1991: 331-333), pues la falange necesitaba, por definición, de más efectivos, lo que forzó la incorporación de nuevos grupos en la estructura militar (1991: 334; 1992: 21-22); no obstante, esa integración no es promovida por la aristocracia, pues va en contra de sus intereses, sino por el propio campesinado (1991: 334). El resultado fue una especie de “acuerdo” (1991: 315): la aristocracia aceptó el nuevo sistema militar como un medio para combatir el liderazgo individual y favorecer su propio ascenso como clase dirigente; las clases campesinas consiguieron su integración gracias a su función militar (1991: 334).

Por su parte, G.E.M. de Ste. Croix empleó el modelo interpretativo de la “lucha de clases” (1981: 11, 25). Su punto de partida fue, una vez más, el contraste entre dos contextos diferentes, la situación de aparente calma social que describe Hesíodo y la evidente tensión que muestran los poemas de Teognis; “¿qué ha sucedido para que se produjera un cambio tan notable desde tiempos de Hesíodo?” (1983: 279). Ste. Croix distinguió dos “clases” sociales diferenciadas: por un lado, la aristocracia hereditaria, en el poder; por otro lado, el resto de la población, que denominó genéricamente “*démos*”. En ese panorama se produjeron dos fenómenos decisivos: primero, la aparición de una clase de campesinos medios y acomodados que él denominó “clase hoplita” (1983: 280), con una renta suficiente como para costearse una panoplia y participar en el ejército ciudadano; segundo, el ascenso de las tiranías (1983: 282). Para Ste. Croix, la relación entre ambos fenómenos era absoluta: el *démos*, dirigido por su sector “privilegiado” –los hoplitas–, participaría de algún modo en el ascenso de los tiranos, aportándoles la base social necesaria para mantenerse en el poder (1983: 282). En una última fase, las ciudades se deshicieron de sus tiranos, quienes, “cumplido ya su papel histórico”, se habían convertido en gobernantes despóticos, y surgieron sistemas de gobierno más igualitarios (1983: 280, 283). La democracia estaba, una vez más, al final del camino.

Ste. Croix, por tanto, planteó una revolución en Grecia, pero no una revolución militar, sino básicamente económico-social: la aparición de la falange, el determinismo tecnológico o la relación entre la función militar y el poder político no le interesaron en absoluto; el ascenso de las clases medias campesinas se debió al puro progreso económico (1983: 280-281); y basó el poder político en el estatus socio-económico, y no en la función militar (1983: 280). El enfrentamiento social no era bipolar, sino triangular, con el tirano como tercer elemento en discordia; éste suplía las deficiencias del *démos* como “clase” social y aportaba los objetivos, mientras que el *démos* aportaba la fuerza; así, la tiranía se convertía en un recurso necesario porque, en el fondo, la *pólis* no era intrínsecamente democrática ni igualitaria, y las instituciones nuevas destinadas a sustituir el gobierno de la aristocracia debían crearse de la nada (1983: 281). Así pues, Ste. Croix apostó por una “revolución” que no fue la hoplita, sino la del conjunto del *démos*.

Estas “perspectivas críticas” no surgieron como respuesta a la consolidación teórica de la línea “ortodoxa”, sino que fueron fruto de la misma “oleada historiográfica” y del mismo deseo de contrastar las tesis originarias. Diferían de la teoría de la “Revolución hoplita” en una serie de aspectos relevantes: el contexto económico y social se convertía en el fundamento y causa de todas las transformaciones; partían de una crítica más sopesada de la estructura social, pues no había clases sociales propiamente dichas, sino una sociedad plenamente integrada; la incorporación de “clases bajas” a la estructura de la *pólis* no era ya la dinámica esencial del cambio, sino más bien el declive de la aristocracia y la sustitución de los regímenes aristocráticos por estructuras políticas diferentes; lo militar jugaba un papel secundario dentro de un conjunto más amplio de transformaciones.

Sin embargo, aunque los planteamientos de estos autores nacían fuera la teoría, retornaron a ella en cuestiones fundamentales: lo militar siguió siendo un factor decisivo en la definición de la *pólis* como institución “democratizante”, pues los valores igualitarios de la falange se exportaron a la comunidad, la función militar siguió siendo clave en la reclamación de oportunidades políticas, y la nueva táctica eliminó la exclusividad militar de la aristocracia; nadie cuestionó la existencia de un “sector hoplita” con capacidad económica y militar para ejercer presión en las instituciones; y el resultado final de ese abanico de procesos alternativos fue una vez más un conjunto de transformaciones políticas encaminadas a una *pólis* igualitaria y democrática.

LA REVISIÓN TEÓRICA, 1970-2000

Como ya hemos comentado, la obra de Snodgrass había consolidado una línea teórica partidaria del cambio progresivo, opuesta a la originaria, que apostaba por el cambio revolucionario. Ello generó una situación de aparente estancamiento del que parecía complicado salir. Tal vez la necesidad impulsó entonces una de las fases más creativas en materia teórica que la investigación sobre el arcaísmo griego había experimentado, con reflexiones profundamente renovadoras que procederán tanto de la literatura como de la cultura material.

A partir de mediados de la década de los setenta se inició una segunda fase de revisión de la “Revolución hoplita”, aún antes de concluir la primera. En esta segunda fase se plantearon por vez primera alternativas al ya tradicional armazón de la teoría, haciendo hincapié en la “evolución” frente a la “revolución”, en la estructura social y política frente a las transformaciones militares, y en el análisis de las fuentes textuales frente al predominio de las arqueológicas. La revisión

se llevaría a cabo tanto desde el campo filológico como del arqueológico, ambos tratando de combinar un mayor rigor en el empleo de los textos con la definición de nuevas propuestas de interpretación arqueológica. Así, por vez primera, una serie de autores que reconocieron la teoría de la “Revolución hoplita” como tal —es decir, como una construcción historiográfica teórica— dieron pasos decisivos hacia la superación y el abandono de un modelo que había imperado durante décadas.

EL NUEVO CAMINO FILOLÓGICO

La renovación filológica vino ligeramente antes que la arqueológica, y en ese campo el alemán Joachim Latacz se convirtió en la figura más relevante dentro de los estudios sobre la poesía de Homero. Latacz comenzó planteando que el “abismo” entre Homero y Tirteo, el problema más grave que habían encontrado los impulsores de la “Revolución hoplita”, era en realidad una creación artificial. “Tirteo se plantea como el opuesto de Homero”, afirma, y “el motivo de esa antítesis reside, a mi entender, en una errónea valoración de los requisitos tácticos de la parénesis militar épica y tirteica” (1977: 26). Y puesto que la falange era la clave para diferenciar ambos “mundos”, Latacz reducía el problema a una cuestión conceptual, “una confusión de criterios para la definición del concepto de ‘falange’” (1977: 57, 66-67). Extraordinariamente crítico con los documentos que tradicionalmente se empleaban para demostrar la existencia de la táctica hoplita —el Vaso Chigi (1977: 37) y la poesía de Tirteo (1977: 160 ss.)—, la propia expresión de “introducción de la falange” le parecía engañosa, pues no se trataba de un evento, sino de un proceso —“la falange no se introduce, sino que se desarrolla” (1977: 37)—, lo que implicaba aceptar la perspectiva gradualista (1977: 38).

Así pues, Latacz fue el primero en plantear que “el profundo foso táctico entre Homero y Calino/Tirteo no existió en realidad” (1977: 30); es decir, que el sistema de combate era en realidad el mismo en ambos poetas: formaciones cerradas dominadas por la masa. Latacz no había sido el primero en afirmar el peso de la masa en la batalla homérica³, pero sí en percibir el problema historiográfico global que se había creado al postular dos sistemas militares contrapuestos. Para él, la masa era un elemento fundamental de la narración y la acción épicas (1977: 244-245), pues “la *Iliada* aporta centenares de referencias y descripciones inadvertidas sobre la masa, sobre sus acciones y su comportamiento. El poeta da la existencia de esa masa por sentado” (1977: 45); esta convicción, unida a su extenso estudio de los términos “*phálanges*” y “*stíches*” en Homero (1977: 47-49), le llevaron a proponer la hipótesis de que la falange ya estaba presente en la épica homérica (1977: 45-67, 243), pues “la batalla homérica es en definitiva un combate de falanges” (1977: 55, 85); no era la falange hoplita de Época Clásica, sino una especie de “antecesor” que combinaría la lucha cuerpo a cuerpo con el combate con proyectiles (1977: 224-245). Los símiles homéricos ofrecían una impresión de *profundidad* de las tropas, una imagen de “continuidad horizontal”, así como un énfasis en la cohesión (1977: 56-59), mientras que los denominados “pasajes hoplitas” representaban una falange en actitud de *synaspismós*, con las filas cerradas y los escudos solapados (1977: 63-66).

En la práctica, Latacz distinguió una serie de acciones sucesivas en la batalla homérica: organización de formaciones, avance de los ejércitos, choque y combate, ruptura de uno de los frentes,

³ Mucho antes que él habían señalado este hecho A. Lang (1910), W. Helbig (1911) y F. Lammert (1921b).

huida y persecución, reagrupamiento y vuelta al combate (1977: 75-95); la masa aparecía implicada en todas ellas: combate a larga distancia y a corta distancia indistintamente, de modo individual y colectivo (1977: 76). A continuación organizó esas acciones en dos grandes fases: la primera abarcaba la preparación, aproximación y contacto de los dos ejércitos (1977: 118-212); la segunda, la ruptura de las formaciones, la huida, el reagrupamiento y la reanudación del combate (1977: 209-223). La primera fase encerraba a su vez dos tipos de combate: el combate en masa con proyectiles –*Massenwurfkampf*–, una combinación de lucha a larga y corta distancia (1977: 118-129); y la lucha en masa cuerpo a cuerpo propiamente dicha –*Massennahkampf*– (1977: 178-209). Puesto que “el combate se lleva normalmente a cabo a pie, y el carro se emplea durante la batalla solamente para la huida, la persecución y el transporte de los heridos” (1977: 219), las formaciones cerradas impedían el uso normal de los carros, que debían limitarse a actuar en las persecuciones (1977: 215-223); aun así, Latacz dudaba de la historicidad de este uso del carro, que en su opinión era tan sólo una reminiscencia deformada de época micénica (1977: 220-222).

Dentro del *Massenwurfkampf* tenía lugar la actuación de los *prómachoi* (πρόμαχοι), en griego los “combatientes de vanguardia” (1977: 129-178). Latacz lo describió como una fase formal, el combate establecido entre las vanguardias de los dos ejércitos en el momento de aproximación (1977: 131-141); era una combinación de acciones individuales y colectivas, por lo que “masa e individuo no son elementos contrapuestos en la *Iliada*, sino una unidad” (1977: 212). Para él, el término “*prómachoi*” no conllevaba nociones morales o sociales, sino únicamente espaciales: eran “los que combaten adelantados”, y se convertían en “los combatientes de la primera fila” de la falange homérica (1977: 159, 210). Por tanto, sólo una mala comprensión del término, pensaba Latacz, pudo llevar a los especialistas a creer que los *prómachoi* representan realidades diferentes en Homero y Tirteo, cuando en realidad eran lo mismo: combatientes de primera fila en una formación cerrada (1977: 160-163, 170-171). Así, gracias a los *prómachoi*, Latacz identificó el combate homérico y el tirteico, adscribiendo ambos a la misma tradición parenética, y cuestionó el “abismo” teórico establecido entre ellos (1977: 141-143, 161-163, 168-169).

Latacz, no obstante, hubo de reconocer que, si su hipótesis era cierta, entonces existía un desequilibrio entre el papel real del combate “tipo *prómachoi*” y su desproporcionado peso en la narración épica. Para explicarlo, adujo que Homero distorsionaba sistemáticamente la realidad en sus poemas (1977: 45): el combate individual era tan sólo “la realización de una de las normas estructurales básicas de la ‘poesía heroica’: la masa no se adecua a los héroes” (1977: 45), es decir, consecuencia de la necesidad narrativa de destacar al héroe de la masa. Para Latacz, “el poeta épico contempla hasta cierto punto el campo de batalla a través de una cámara de una sola lente con foco ajustable” (1977: 78); esa “lente” le permitía pasar de las escenas generales a los detalles particulares en función de las necesidades narrativas. Por tanto, “no hay oposición entre combate individual y combate en masa en la descripción, pues los combates individuales *son parte* del combate en masa” (1977: 78); se trataba tan sólo de una cuestión de enfoque narrativo: el combate colectivo estaba formado por centenares de combates individuales, que en la acción tenían lugar de forma simultánea, pero que el poeta no podía describir más que de modo diacrónico (1977: 79-81, 85-86). Latacz insistía, por tanto, en que “la técnica narrativa de la épica, al contrario que la de la historia, se basa en el principio de la selección” (1977: 136, 243), lo cual no era un obstáculo real para la tarea investigadora, pues “los poetas épicos tienen una noción exacta del desarrollo del combate” (1977: 93), y sus poemas podían ser empleados como fuentes históricas (1977: 139). De hecho, Latacz defendió que “no puede ponerse seriamente en duda por más tiempo que el desarrollo del combate épico que aquí reconstruimos es potencialmente histórico” (1977: 228, 237-238, 242-245; 2003: 232-282).

En realidad Latacz no abordó el problema de la “Revolución hoplita”, y tampoco daba la impresión de pretenderlo. A pesar de ello, su trabajo supuso uno de los dos grandes puntos de inflexión en la investigación sobre la introducción de la falange hoplita, junto con el de Snodgrass; por vez primera, la aparente inconsistencia de las masas de combatientes encontraba una explicación, y se planteaba la existencia de la falange en Homero. De este modo, cuestionaba la teórica separación entre Homero y Tirteo, y planteaba más bien la continuidad y la lenta evolución entre ambos. Uno de los aspectos más criticados de su análisis es que ofrecía una visión del combate homérico demasiado rígida, demasiado organizada como para parecer *real*. Pero Latacz se esforzó a lo largo de su obra en demostrar que su esquema surgía a partir de las evidencias, y no al revés.

Otros autores, como William K. Pritchett (1985a), continuaron esta línea sobre el papel de la masa en Homero después de Latacz. Pritchett defendió el predominio del combate en formaciones cerradas en la épica (1985a: 33; 1985b: 23), un combate en masa que mostraba continuidad aparentemente desde época micénica (1985b: 20). Rechazó explícitamente el argumento del determinismo tecnológico (1985a: 42-43), pues consideraba que un armamento no-hoplita no impedía una formación cerrada en falange; por otra parte, “sería un error concluir que la introducción de un tipo [de escudo] (el circular) determinó el inicio del combate en masa (hoplita) o la introducción de la táctica hoplita” (1985a: 31; 1985b: 21-24), pues “el progreso tecnológico del armamento no es sinónimo de una nueva formación de combate” (1985a: 44). Además, “no se puede invocar el combate en masa como constituyente de un cambio en las relaciones sociales” (1985a: 44), con lo que la falange no conllevó ningún cambio político o social apreciable. Pero, a pesar del esfuerzo de Pritchett, el impacto causado por la obra de Latacz pronto se diluyó.

Aunque las primeras menciones al peso de la masa en el combate homérico eran bastante antiguas, Latacz acertó posiblemente al firmar que “todo aquello se lo llevó el viento” (1977: 32): las evidencias que hablaban a favor del combate colectivo fueron en general desoídas, y por un tiempo se recuperó el supuesto de que los héroes individuales sostenían el peso del combate ante una masa pasiva y meramente espectadora. Por tanto, Latacz no fue a este respecto tanto un innovador como un revulsivo, sacudiendo los viejos clichés en los que la investigación se había instalado desde hacía años. Las décadas siguientes demostrarían que la investigación necesitaba aún bastante tiempo para asumir las consecuencias de esta revisión.

EL NUEVO CAMINO ARQUEOLÓGICO

Prácticamente de modo simultáneo, una revisión de los materiales y herramientas de análisis arqueológico actualizó las interpretaciones sobre la Época Arcaica griega. Las mayores aportaciones a la “Revolución hoplita” desde el campo de la Arqueología habían sido las reflexiones de Snodgrass sobre el armamento griego a mediados de los sesenta. Veinte años más tarde, gracias al considerable progreso en el número de hallazgos, a la proliferación de campañas de excavación y prospección en Grecia, y a las nuevas herramientas de análisis e interpretación del registro material, la Arqueología estuvo en disposición de realizar nuevas aportaciones al conocimiento del Arcaísmo, y lo hizo de la mano de autores como François de Polignac, que estudió los monumentos religiosos como elementos de construcción de una identidad comunitaria, o Ian Morris, que reivindicó el papel de los enterramientos en la interpretación de la ciudadanía arcaica.

Polignac consideraba que el proceso de aparición de la *pólis* podía resumirse en una búsqueda de identidad, y que el elemento religioso aportó la clave esencial para ello: los cultos, las festividades y

los santuarios ofrecían un marco de participación e integración que determinó la aparición de una comunidad definida; en ese proceso, los santuarios contribuyeron a la delimitación espacial de la comunidad, fijando las fronteras en un proceso de profundo significado simbólico como metáfora del orden cultural. La reclamación del territorio mediante monumentos religiosos era, por tanto, un doble factor de identidad: ideológica, como comunidad de culto, y económica, como territorio necesario para la subsistencia; el establecimiento de esa comunidad de culto por un lado demandaba y por otro legitimaba el derecho al control del territorio. Sin embargo, esa reclamación, decisiva en la supervivencia de la comunidad, generaba a su vez una necesidad de preservación y defensa del territorio y las fronteras. Como consecuencia, las comunidades griegas del 700 a.C. pusieron en marcha un nuevo modelo de combate, la falange hoplita, que representaba de modo más fidedigno ese nuevo interés por la tierra (1984: 54-56).

Polignac, por tanto, no tuvo en cuenta el trabajo de Latacz y retornó al viejo esquema: la reclamación de territorio provocó “el paso de la guerra ‘heroica’, consistente en saqueos y hazañas individuales, a una forma de combate colectivo y estable llamado a devenir en la falange hoplita” (1984: 56). El tránsito hacia la Época Arcaica era de nuevo una revolución militar basada en el “determinismo tecnológico”: la introducción del escudo argivo conllevó cambios tácticos a los que Polignac atribuyó valores isonómicos y democráticos (1984: 56-57). En este punto, por tanto, hizo coincidir la “Revolución hoplita” con su propia teoría, pues la reforma militar reforzaba la dinámica de integración y definición cívica emprendida en el ámbito ideológico-religioso: el nuevo interés en el territorio determinaba un nuevo tipo de guerra y una evolución ideológica hacia una ciudadanía integrada; ambos elementos se reforzarían mutuamente en una simbiosis perfecta (1984: 57). La actividad militar se expandió, al chocar los intereses territoriales de las diferentes comunidades en ciertas zonas disputadas, lo que dio lugar a las grandes guerras de comienzos de Época Arcaica (1984: 58-64). En esa dinámica de enfrentamiento extra-comunitario, “cada grupo delimita sus fronteras, defiende y trata de expandir sus territorios, y la colocación de un santuario extra-urbano simboliza esa posesión al mismo tiempo que la protege frente al enemigo” (1984: 59).

El modelo de Polignac trataba de buscar una nueva causa para explicar el cambio político, social y militar que condujo a la *pólis*, y lo encontró en la propia definición de la ciudad-estado como comunidad de culto. No obstante, a pesar de ofrecer una hipótesis que podía haber llegado a sustituir a los factores militares como causa de los procesos de cambio que conducen a la *pólis*, no extrajo todas las consecuencias a su propuesta, y optó por llegar a un compromiso entre la hipótesis “territorial” y el “determinismo tecnológico”. Ian Morris, por otra parte, trató de abordar el mismo problema desde el estudio no del territorio, sino de los enterramientos, donde las transformaciones sociales podían hacerse evidentes (1987: 9), y para ello sometió a revisión los principales argumentos de la “Revolución hoplita”. Morris partía también de un contexto de enfrentamiento social en la Grecia del siglo VIII a.C. (1987: 196); dos sectores sociales a los que denominó “clases”, los “*agathoi*” —la aristocracia— y los “*kakoi*” —el pueblo llano—, se enfrentaban en la ciudad con el objetivo de alcanzar el equilibrio social de la *pólis*, consistente en una estructura productiva que diferenciaba a los ciudadanos de los esclavos (1987: 176-177).

El ascenso de la aristocracia, puesto de manifiesto en el control exclusivo de los enterramientos (1987: 173, 179-183) y la posesión de la tierra (1987: 175-176), se frenaría por el nuevo contexto económico, colonial, agrícola y político en el siglo VII a.C.; la momentánea debilidad de la aristocracia provocó una crisis de revueltas impulsadas por los *kakoi*, que trataban de acabar con los abusos de los *agathoi* (1987: 204); finalmente, la definitiva fusión entre ambos grupos conduciría a la consolidación del nuevo modelo productivo esclavista (1987: 202-204). El resultado

de esta evolución social va a ser nuevamente la aparición de una *pólis* democrática e igualitaria. Para Morris, la *pólis* vino a solucionar las tensiones sociales al permitir un nuevo equilibrio entre ciudadanos y esclavos (1987: 176-177; 1994: 26, 48-49). Él es sin duda uno de los autores que con mayor intensidad ha insistido en las raíces profundamente democráticas de la *pólis* griega, y en el hecho de que los vínculos originarios y la ideología que cimentaron las primeras comunidades arcaicas se basaban en principios de igualdad (1996: 19-21, 36-42), hasta el punto de sostener la idea de que el debate fundamental en la *pólis* era un debate ideológico (1996: 31-36) entre los valores aristocráticos tradicionales y los nuevos valores ciudadanos, lo que Morris denominó “*middling tradition*” (1996: 28-31), y que correspondía a una suerte de “sector medio”.

Llegado a este punto, Morris dirigió intensas críticas al modelo teórico de la “Revolución hoplita”. Cuestionó los argumentos de Aristóteles (1987: 196, 201) —expuestos en detalle en el capítulo siguiente (pp. 93-103)—, rechazó la integración militar como causa de los cambios sociales, pues partía de la base de que el nuevo armamento era caro y sólo accesible para unas capas sociales pudientes (1987: 197). Puso también los propios cambios militares en seria duda, aceptando la existencia de combate en masa en Homero (1987: 199-200). Rechazó algunos de los pilares fundamentales de la teoría, como la relación entre hoplitas y tiranos, pues “ningún autor antiguo relaciona explícitamente a los hoplitas y los tiranos, y la conexión se basa en la coincidencia cronológica de ambos” (1987: 196); por ello, concluía, “no hay ninguna razón en absoluto para asociar una ‘clase hoplita’ ni con el ascenso de la *pólis* ni con el ascenso de los tiranos” (1987: 200). También criticó la supuesta identidad entre la *pólis* y la falange al afirmar que “los hoplitas nunca fueron lo mismo que el cuerpo ciudadano propiamente dicho”, es decir, que “la falange no era isomórfica con la *pólis*” (1987: 197). Y matizó la idea de una revolución y la capacidad de rastrearla mediante la información disponible, pues “uno de los problemas del material arqueológico es que es más adecuado para mostrar los resultados del cambio estructural que su desarrollo o sus causas” (1987: 201); en su opinión, “hay un verdadero problema en los planteamientos arqueológicos sobre la ‘clase social’, es importante darse cuenta de lo poco frecuentes que las revoluciones sociales han sido en la historia reciente. La rebelión primitiva puede tal vez ser endémica en las sociedades agrarias, pero tiene muy poco potencial para conducir a un cambio estructural” (1987: 202). Y aún hizo una observación fundamental: el peso de la prueba recae en los defensores de la “reforma hoplita”, pues son ellos los que “deben ser capaces de demostrar que *hubo* un cambio en las tácticas, y por el momento no hay la más mínima prueba de ello” (1987: 200). Todo ello le llevaría a concluir que “no hay ningún tipo de evidencia que sostengan la teoría de que hubo una reforma hoplita” (1987: 198), por lo que ese modelo “no es sostenible por más tiempo” (1987: 25).

LAS PERSPECTIVAS REVISADAS

Estas revisiones de la Época Arcaica generaron inmediatos efectos en la investigación. A partir de ese momento, los grandes consensos teóricos que, en líneas generales, habían predominado en las décadas precedentes se rompieron, y los especialistas elaboraron reconstrucciones parciales y muy personales de los distintos aspectos abordados por la “Revolución hoplita”; ello dio lugar a lo que hemos denominado “visiones revisadas”, una serie de aproximaciones caracterizadas por representar una combinación personal de elementos “tradicionales” y elementos “revisados”: en algunos autores no encontramos preocupación por las cuestiones sociales o políticas, mientras que otros dedicaron escasa atención al cambio militar; en unos se abandonaron viejos

argumentos como el determinismo tecnológico, pero en otros se recuperaron y cobraron un nuevo vigor; en unos se afirmaba el cambio progresivo, pero en otros se convertía en una secuencia de cambios abruptos. Estos autores representaron el estadio último de la investigación sobre la “Revolución hoplita”: las grandes corrientes teóricas se habían escindido en una multiplicidad de teorías individuales.

Peter Krentz, por ejemplo, afirmaba explícitamente su objetivo de “incrementar el énfasis que A.M. Snodgrass y J. Salmon han puesto en la transición gradual antes que en la revolución repentina en el cambio de la guerra homérica a la hoplita” (1985a: 60). Partía del supuesto de que la falange ya existía en época homérica, por lo que la “reforma” conllevó en realidad un cambio tecnológico, no táctico; al estar disponible un nuevo tipo de armamento, las élites guerreras que combatían en las primeras filas de estas pre-falanges lo adquirieron, marcando las primeras diferencias con los soldados que, combatiendo entre las filas, no podían permitirse la obtención de la nueva panoplia; con el tiempo, ese equipamiento se extendió y se hizo más accesible, estandarizándose dentro de la falange mediante la experimentación. Sin embargo, en opinión de Krentz, la falange nunca perdió el recurso a la lucha individual en algún momento de la batalla, al “uno contra uno” o “dos contra dos” que había caracterizado al combate homérico (1985a: 61). Así, redujo el aparente abismo entre el combate homérico y el hoplita, y convirtió el proceso de adopción de la falange en una transición, con lo que eliminaba la necesidad de una revolución.

Robin Osborne, por su parte, retornó a la tradicional distinción entre dos mundos –la Época Oscura y la Época Arcaica– separados por “un gran cambio” (1998: 209), un proceso lento y gradual por el que la guerra se convirtió en un marcador de estatus, definiendo las jerarquías internas de las comunidades griegas (1998: 207); aunque concibió el combate pre-hoplita en las representaciones cerámicas como un sistema de duelos individuales (1998: 196-198), reconoció que el registro arqueológico mostraba una tendencia hacia una guerra de infantería en formaciones cerradas que, de hecho, podía encontrarse en Homero (1998: 183-184, 209). Evidentemente, el armamento guardaba para Osborne una estrecha relación con la táctica, esta vez en un cierto “determinismo táctico”: el armamento no generó la nueva táctica, sino que se adaptó a ella (1998: 207-209); de nuevo fueron las especiales características del escudo las que favorecieron el triunfo de la falange, a la vez que posibilitaron la integración militar, pues el escudo hacía innecesaria la coraza y por tanto abarataba el coste de la panoplia (1998: 210). Osborne, por tanto, abandonó la idea de una “revolución social”, y eliminó cualquier consecuencia social o política de los procesos de transformación militar, pero conservó muchas ideas de la teoría tradicional, especialmente acerca de la tecnología.

Rudolph H. Storch partía de una serie de ideas revisadas, como la existencia de combate en masa en época “pre-hoplita” (1998: 2, 6) y su similitud con el sistema descrito por Tirteo (1998: 6), las transformaciones económicas –y no el cambio militar– como causa del ascenso de las clases medias campesinas a comienzos de la Época Arcaica (1998: 2), la heterogeneidad del armamento en la falange (1998: 5), y la lenta y gradual introducción y difusión del nuevo armamento y la nueva táctica (1998: 2, 7). Sin embargo, mantuvo las bases teóricas de la “Revolución hoplita”: propuso un contexto de “conflicto” entre grupos sociales como trasfondo de todos esos procesos de cambio progresivo, e identificó unas “clases medias” cuya nueva función militar les permitió presionar a la aristocracia para mejorar su propia situación socio-política (1998: 2, 7). Todo ello constituía sin duda un verdadero contexto de lucha social.

Hugh Bowden postuló “un cambio fundamental en la organización social, política y espacial” (1995: 47) de las comunidades griegas, cambio eminentemente militar. Matizó el determinismo

tecnológico, pues consideraba la falange como la respuesta a las necesidades territoriales de las comunidades, y no el resultado de estímulos armamentísticos; la falange era el instrumento idóneo para establecer fronteras en aquellos lugares disputados –es decir, las llanuras (1995: 48)–, lo que explicaba su introducción, difusión y definitiva imposición. Pero, por otra parte, consideraba que el armamento era accesible a grupos sociales con menor nivel adquisitivo, y por tanto la integración militar fue más amplia (1995: 48-49). En última instancia, vinculó la transformación militar con la transformación política y social al nivel más profundo: la *pólis* estaba en estrecha relación con la falange –eran isomórficas entre sí y tenían la misma ideología igualitaria–, hasta el punto de que la guerra hoplita sólo tenía sentido en ella (1995: 48-49); ambas estructuras, una reflejo de la otra, generaron un nuevo modelo de comunidad más democrática e igualitaria, lo que implicaba dar por sentada la crisis del modelo aristocrático anterior.

Joseph M. Bryant, por último, representa una adaptación de la “Revolución hoplita” más tradicional al nuevo panorama historiográfico. Bryant partía de dos principios revisados: la visión del militarismo desde una perspectiva ideológica, y el panorama de cambio estructural en la Grecia del siglo VIII a.C. Para él, la función militar ocupaba un lugar central en la sociedad anterior a la *pólis*, apoyada en tres pilares: el poder económico para costear el armamento (1990: 488); la estructura ideológica para reafirmar el papel fundamental del guerrero (1990: 488-489); y el poder político para respaldar toda autoridad (1990: 489, 497). No obstante, los cambios del siglo VIII a.C. generaron una “revolución” estructural en Grecia –colonización, crecimiento demográfico, expansión poblacional, metalurgia, etc. (1990: 494-495)–, que transformó las necesidades e intereses de las comunidades, y puso el énfasis en la tierra –guerras fronterizas por la adquisición y defensa del territorio (1990: 495-496)–. Este contexto originó, en su opinión, un cambio en el modo de hacer la guerra, pues había un mayor número de efectivos disponible, y progresivamente se adoptaron tácticas en formación cerrada que eliminaron el predominio aristocrático en la batalla (1990: 497-498).

Y en este punto Bryant introdujo los argumentos tradicionales de la teoría de la “Revolución hoplita”: en primer lugar, la nueva táctica estaba determinada por las características de la panoplia (1990: 498); en segundo lugar, las transformaciones militares conllevaron una transformación social, con el declive de la aristocracia y la integración de los nuevos combatientes en las estructuras de la ciudad (1990: 499); y en tercer lugar, ello generó efectos políticos cuando esa clase militar socialmente integrada reclamó un papel político acorde con sus funciones (1990: 499). El resultado fue la imposición de una nueva estructura política, democrática y asentada en una nueva ideología con valores igualitarios y basados en la noción del bien común, lo que tuvo como efecto el traslado del énfasis en el guerrero individual al ejército ciudadano (1990: 496, 501-509).

Así pues, estas “visiones revisadas” abrieron y diversificaron ligeramente el ámbito de reflexión de la teoría de la “Revolución hoplita”, creando un abanico de aproximaciones individuales que, o bien respondían a las críticas de las décadas precedentes, o bien recuperaban argumentos tradicionales para tratar de encajarlos en ese nuevo panorama revisado. No obstante, lo militar siguió, en todos los casos, en directa relación con las transformaciones políticas, como parte irrenunciable de la construcción de la *pólis*, aunque dentro de una causalidad más compleja, que introducía otros elementos como la organización territorial o los vínculos religiosos. La mayor parte de estas perspectivas revisadas renunciaron al determinismo tecnológico en su versión más tradicional, pero no abandonaron la idea de un estrecho vínculo entre el armamento y la táctica; por otra parte, siguieron postulándose conflictos de clase y contextos de lucha social en los que la función militar era decisiva, pues la *stásis* era el *contexto* en el que se produjeron las transformaciones militares,

y no ya su consecuencia. Se rompió, por tanto, con la secuencia tradicional de eventos: las transformaciones sociales, políticas y militares interactuaban juntas en un proceso múltiple, complejo y diverso.

La última fase en la andadura de la “Revolución hoplita” abrió un doble camino de interpretación y crítica sobre la Época Arcaica, aunque con resultados desiguales: la revisión filológica alteró de modo definitivo la visión sobre el combate homérico, planteando la presencia de la falange en la épica; severamente criticada, una versión más moderada de esta idea —el predominio de la masa en el combate homérico— se convertirá en el fundamento de un nuevo consenso académico que se encuentra cada vez más extendido. La revisión arqueológica, por otra parte, buscó alternativas para explicar el proceso de progresiva integración, definición y cohesión del cuerpo cívico que conformará la *pólis*, haciendo hincapié sobre todo en el papel de la religión, especialmente a través de los elementos materiales del culto como marcadores espaciales para la reclamación del territorio.

La teoría de la “Revolución hoplita” se vio también afectada: las transformaciones militares se abordaban dentro del complejo proceso de aparición de la *pólis*, pero ya no se planteaban como una causa en sí misma, sino como un elemento más dentro de ese proceso; las transformaciones sociales pasaron a ocupar el primer lugar, mientras que las transformaciones políticas siguieron siendo el objetivo final. No obstante, muchos de los viejos enunciados de la teoría no terminaron de abandonarse; un ejemplo característico fue el del determinismo tecnológico, atacado abiertamente por autores como Pritchett o Morris, pero conservado por Osborne, Storch o Bryant. La teoría arqueológica de Polignac, por otro lado, volvía a la idea de los “dos mundos” y el “abismo” entre ellos, a pesar de las razonables dudas sembradas por Latacz. Así pues, en esta última fase, las corrientes teóricas se rompieron, disgregándose en numerosas líneas individuales, y cada autor realizó su propia aproximación al tema mediante una selección personal de argumentos tradicionales y revisados.

LA NUEVA CRÍTICA

La actualidad más reciente sobre la teoría de la “Revolución hoplita” está representada por la aparición de nuevas líneas de pensamiento que han transformado de modo decisivo la visión académica sobre la aparición y consolidación de la *pólis*. Elaborados y complejos, estos nuevos enfoques no son ya reflexiones aisladas sobre detalles concretos, sino que tratan de ofrecer argumentos nuevos y visiones de conjunto. Por un lado, tenemos las aportaciones acerca del ámbito militar, para el que se busca una nueva lógica en la relación entre el armamento y la táctica, se proponen alternativas a las explicaciones tradicionales sobre los procesos de introducción de la falange, y se analizan los efectos estrictamente militares de la innovación tecnológica; por otro lado, encontramos nuevos modos de entender la conflictividad social inherente a las primeras fases de la ciudad-estado, así como un mayor rigor en la definición de los diversos sectores o grupos sociales que participan en esos conflictos, cuya naturaleza es sometida a nueva revisión. El nuevo énfasis en el papel de la ideología y su peso no sólo en la esfera política, sino también y especialmente en la militar, será uno de los elementos fundamentales de estas reflexiones.

Aunque divergentes por lo que respecta a cuestiones básicas como la aparición de la falange, la definición de los grupos sociales o la naturaleza del cambio político, todas estas “nuevas críticas” van a compartir un factor esencial: el rechazo a la teoría de la “Revolución hoplita”.

GUERRA Y AGRICULTURA: VÍCTOR D. HANSON

Hanson abrió una de esas líneas de reflexión. Dos son los ámbitos en los que su trabajo ha sido decisivo: en la reivindicación del papel de la agricultura en el modo en que los antiguos griegos hacían la guerra, y en el análisis de las relaciones entre el armamento y la táctica. Su experiencia personal y familiar como mediano propietario agrario en California ha enriquecido la comprensión general de la guerra griega, partiendo del hecho de que los individuos que planificaban, gestionaban y ejecutaban las guerras eran campesinos sometidos a los condicionantes y necesidades de la agricultura. Gran parte de su esfuerzo se ha centrado en tratar de reconstruir la experiencia del soldado griego en combate, y especialmente en analizar el influjo recíproco que existe entre todo armamento y toda táctica, con la intención de zanjar la vieja polémica del “determinismo tecnológico” y establecer de una vez por todas cuál de los dos elementos fue anterior.

Hanson comienza su estructura interpretativa por una base sólida y firme: la agricultura (1999a: 3-5). El predominio de la agricultura se sancionaba en diferentes ámbitos, especialmente en la definición de una ideología específica de la cultura griega, que Hanson denomina “*agrarianism*”, “una ideología en la que la producción de alimentos y, sobre todo, la gente que posee y cultiva la tierra, tienen la máxima importancia social” (1999a: 7). Era la esencia de la relación del hombre griego con el medio, “la única institución cohesiva que dio a los griegos una base común, una ideología compartida, y una noción consensuada del gobierno, los valores y la guerra” (1999a: 124). El modo en que los griegos se relacionaban con la tierra se convierte para Hanson en el cimiento en el que se asentaba la *pólis* como comunidad de campesinos: “Lo más básico para los agricultores griegos era algo no del todo político o militar, sino más bien una ideología comunitaria cohesiva más allá de la noción hesiódica del trabajo duro, un ideal que pudiese ser compartido por todos los ciudadanos de la *pólis* y conservado tiempo después incluso entre aquellos –mercaderes, artesanos, comerciantes– que no se encontraban directamente vinculados a la tierra” (1999a: 180).

Para Hanson, el ciudadano griego era un individuo profundamente unido a la agricultura, pues ésta determinaba su escala de valores, sus intereses, su visión del mundo y la sociedad, sus prioridades, y, a nivel práctico, su organización social, política y militar (1999a: 4-6). Con este punto de partida, dibuja un proceso histórico en el que la *pólis* nace a partir del ascenso de una clase independiente de campesinos propietarios (1999a: 27). Los cimientos de ese proceso arrancan de la caída del mundo micénico, pues, para Hanson, el derrumbe de los palacios acabó con la agricultura colectivizada y centralizada que se presupone a la estructura palacial, permitiendo así una generalización de las técnicas agrarias ejercidas de modo individualista (1999a: 28-31). La Época Oscura, por tanto, supuso una fértil fase de descentralización en la que se practicaba una agricultura simple, y que se correspondía con una estructura política escasamente jerarquizada (1999a: 32-34); esa agricultura simple entrará en el entorno del 750 a.C. en una fase de repentina expansión, un auténtico “renacimiento” (1999a: 34), debido a una combinación de factores: primero, una expansión demográfica causada, dice Hanson, por el abandono de sistemas restrictivos de control de la reproducción y el matrimonio (1999a: 36-41); segundo, la aparición de nuevas tecnologías productivas y de nuevas especies cultivables, que condujeron a una intensificación del trabajo agrario (1999a: 41-45, 47-88); y tercero, la aparición de una “clase” de campesinos independientes, propietarios de tierras y de posición económica desahogada, como Laertes (1999a: 49) o Hesíodo (1999a: 89-106).

Hanson define este nuevo grupo social mediante dos elementos: por un lado, una *ideología agraria* que combinaba valores como el trabajo, la paciencia, el sacrificio y la constancia (1999a:

48-49, 90-106, 152-165) –debido en parte al clima y las condiciones del suelo griego (1999a: 133-135)–, con un llamativo sentido de la moderación (1999a: 107, 149-150); también se caracterizaba por el exclusivismo frente a otros sectores sociales (1999a: 126-133), el recelo y la desconfianza (1999a: 135-152), y por una naturaleza reaccionaria e inmovilista, basada en la constante necesidad de repetir y mantener la tradición (1999a: 159, 161-163), lo que condujo a la idealización del campesino y de su modelo de vida (1999a: 212-217). Por otro lado, Hanson presenta a este grupo como una especie de “clase media”, “*middling farmers*” que la propia tradición griega identificaba como “*mésoi*” (1999a: 109); constituían el tercer vértice de una nueva estructura social con tres clases en lugar de dos (1996: 291-292; 1999a: 106-115), y practicaban un modo de combate también diferente, caracterizado por las formaciones cerradas y el empleo de armamento pesado (1999a: 231-234). Así, a fines del siglo VIII a.C., “una nueva ‘clase’ de hombre apareció en el paisaje griego con nociones totalmente diferentes sobre la agricultura, y con ideas radicalmente diferentes sobre la estructura social, militar y política” (1999a: 88).

Ese contexto de expansión demográfica, evolución agraria y transformación social favorecerá la aparición y generalización de una “red” de pequeñas granjas familiares independientes por todo el territorio de Grecia, el *kléros* (1999a: 35-36; 51-88). Como respuesta a la presión demográfica, las comunidades griegas ensayaron una alternativa de colonización interior, ocupando progresivamente tierras “marginales” que pasaron a ser el fundamento de la economía comunitaria (1999a: 39-40). Esas granjas representaban un conjunto de nuevas prácticas agrarias, decisivas en la formalización del paisaje y la estructura de la *pólis*: la irrigación, el trabajo esclavo, la diversificación de cultivos, el procesado y almacenaje del alimento, y la práctica de residir en la propiedad agraria (1999a: 50-86). Este proceso, anticipado ya en líneas generales por Polignac (1984: 57 ss.), es una de las principales hipótesis de Hanson, una “revolución agrícola” en toda regla (1999a: 83), que convertiría el territorio griego en un mundo densamente poblado y explotado de modo intensivo. La ideología agraria que hemos descrito, surgida con ese nuevo grupo de campesinos a la sombra de esta expansión, determinaría una tendencia al equilibrio y la igualdad en la extensión de los lotes de tierra –más teórica que real, no obstante–; esa igualdad sería asumida por la comunidad en ámbitos muy diversos, como la legislación arcaica y la literatura, la colonización, las iniciativas para controlar la riqueza y su exhibición, etcétera (1999a: 181-199).

La inercia de la presión demográfica es para Hanson un argumento suficiente para explicar la puesta en marcha del proceso: el peso de un número creciente de bocas que alimentar provocó la expansión agraria, que desafió el tradicional predominio de la aristocracia (1999a: 44); así, “el éxito de la agricultura intensiva y residente en Grecia hizo inevitable la difusión del ‘agriculturalismo’ entre los siglos VIII y V, dando como resultado la aparición de la *pólis* y el consecuente fortalecimiento y control político de una nueva clase agraria” (1999a: 179-180).

Por lo que respecta al ámbito militar, el factor esencial es para Hanson la aparición de un nuevo tipo de soldado, caracterizado por su armamento pesado pero definido esencialmente por su condición campesina (1990: 4; 1996: 290-292; 1999a: 43-44, 219-222, 240-242; 1999b: 44-47; 2000: 209); Hanson, que considera ese vínculo entre agricultura y guerra como algo esencial, utiliza varios criterios para identificar a ese nuevo soldado-campesino: lo identifica con el zeugita ateniense (1999a: 109, 110), también con las clases medias (1996: 291-292; 1999a: 199-212), y es, en definitiva, consecuencia de la ideología agraria que se ha extendido por Grecia, pues los intereses agrarios definían no sólo su agenda política y militar, sino también su concepción de la guerra y su modo de organizarla y llevarla a cabo: a partir de entonces, la guerra griega será una experiencia breve, poco frecuente, veraniega, sembrada de aspectos paradójicos o ritualizados, decisiva (1990: 9-18, 31-36, 55-88; 1991a: 4-7; 1999a: 242-268; 1999b: 65-75; 2000: 218-219),

económica (1999a: 288-318), y no-profesional (1999a: 219-221). El vínculo entre la guerra y la agricultura era tan profundo que, para Hanson, la tierra es el primer objetivo de la guerra griega tradicional, y la destrucción de las cosechas y los campos de cultivo es un elemento fundamental en la estrategia (1998: 1-16, 32-41, 42-76). Por tanto, la esencia de la *pólis* es la combinación de dos factores interrelacionados: infantería pesada y propiedad de la tierra (1999a: 242).

Pero Hanson necesitaba explicar cómo conseguiría ese nuevo grupo apropiarse por completo de la función militar de la comunidad, y para ello desarrollaría otra de sus hipótesis fundamentales: la relación entre la tecnología y la táctica militar. Para él, la introducción del nuevo armamento en Grecia se adaptó en realidad a una táctica en formación cerrada previamente existente, táctica que se encontraba en completa consonancia con los imperativos de la ideología agraria; en efecto, Hanson afirma la existencia de formaciones cerradas de infantería pesada a fines de la Época Oscura, en la Guerra Lelantina, y sitúa en ese momento la aparición del hoplita (1999b: 33-35), algo confirmado en su opinión por los poemas homéricos (1999b: 35-41). En última instancia, la superioridad de esa táctica mejorada y depurada conllevaría el abandono y la pérdida de significación de otros modos de combate, incluido el característico de la aristocracia (1990: 27-29; 1999a: 222-242; 1999b: 54-56). Hanson describe, por tanto, un proceso hasta cierto punto mecánico. El nuevo tipo de guerra, dominado por infantería pesada de origen social campesino, invadirá por completo el imaginario y la mentalidad colectiva de la comunidad, y se convertirá en una especie de “ideal”, el ideal de campesino-ciudadano que combate por su comunidad mediante un sacrificio que garantiza la pervivencia de la *pólis* (2000: 219-222). Ese modelo de guerra, consistente en choques decisivos de tropas preparadas y con superior tecnología militar, es para Hanson parte fundamental del legado que Grecia transmitirá al mundo occidental (1999b: 14-23, 208-213).

Pero, como hemos dicho, la ideología agraria determinaría también la organización política de la nueva *pólis* como consecuencia del ascenso de esa nueva clase de campesinos-soldado: el tradicional predominio aristocrático se vino abajo por el peso de esta “clase media”, y las legislaciones y reformas políticas del momento buscaron acomodo a este sector al frente del gobierno de la *pólis* (1999a: 112, 119-124). En última instancia, este proceso implicaría la evolución hacia unas estructuras igualitarias y democráticas, que tenían su fundamento en la ideología moderada de los *mésoi* (1999a: 115-124). Hanson, por tanto, afirma explícitamente la relación que existía entre esos tres elementos –agrario, militar, político– (1996: 289-292), en un vínculo tan esencial, íntimo y profundo que el declive de la infantería hoplita supuso el declive de la *pólis* como unidad político-social, y viceversa (1990: 222-228; 1996: 292-308; 1999a: 321-349, 351-396; 1999b: 126-141, 144-171).

El impacto de los trabajos de Hanson no sólo tuvo consecuencias en la teoría de la “Revolución hoplita”, sino en los estudios sobre la Grecia Arcaica en general. Ofreció una explicación histórica global del fenómeno de la guerra griega, y una causa eficiente para contextualizar y justificar la existencia de la táctica con anterioridad al armamento. Y defendió que las transformaciones tecnológicas y militares eran tan sólo consecuencias –ya no causas– de la radical transformación productiva; que la agricultura era la explicación del profundo proceso de cambio acontecido en Grecia; y que la aparición de la agricultura intensiva en granjas familiares dispersas era la causa de los posteriores procesos de adaptación social, económica y política que conducirán a la *pólis*. Recurre a móviles mecanicistas para explicar los grandes procesos: la aristocracia tradicional dio paso sin remedio al ascenso de la clase “media” campesina, por el simple peso del crecimiento demográfico y las necesidades alimenticias; además, la imposición del nuevo armamento y de la nueva táctica se llevaron a cabo debido a su superioridad y efectividad en términos

absolutos sobre otros sistemas de combate, factor suficiente para justificar también las transformaciones políticas y sociales subsiguientes: “Tiene sentido que la solidaridad y –más importante todavía– el éxito de su experiencia bélica en la falange reflejase una creciente confianza en su nueva función en el gobierno de la ciudad-estado griega como propietarios y productores de alimentos” (1990: 29).

Aunque sólo en contadas ocasiones se refiere explícitamente a ella, es evidente que todo este conjunto de posturas y argumentos tuvo profundas e interesantes consecuencias en la teoría de la “Revolución hoplita”, en diversos aspectos relacionados: alteró la secuencia tradicional de eventos, situando a la cabeza las transformaciones productivas como causa global, mientras que la causa tradicional –la reforma militar– pasó a convertirse en una consecuencia secundaria derivada de la adopción de ese nuevo modelo productivo (1999a: 223-224); convirtió la aparición de un campesinado independiente y propietario de tierras en el requisito, ya no en la consecuencia, de las transformaciones militares y la aparición de la *pólis* (1999a: 180); identificó nuevamente al hoplita con el ciudadano y a la falange con la *pólis*, pero esta vez desde un enfoque nuevo que partía de la ideología agraria; reforzó el papel del armamento como fundamento del cambio, pero desde la idea de una “reforma tecnológica” (1991b: 63-67, 74-78; 1999b: 54-65) por la que las armas se adaptaban a la táctica (1991b: 67-74); y rompió, por último, el vínculo entre los hoplitas y las tiranías (1999a: 112, 237), pues dentro de su argumentación esa tradicional colaboración no era necesaria.

En opinión de Hanson, “la reforma hoplita no fue una reforma en un sentido táctico. En vez de eso, llamémosla ‘reflexión hoplita’ o incluso ‘aceleración hoplita’ –la transformación militar como manifestación de cambios en la economía del mundo griego–. En sentido estricto, la aparición de un armamento estandarizado a fines del siglo VIII no fue una oportunidad para el poder agrario, sino más bien un escudo para proteger ese poder. Era la tecnología, no las tácticas *per se*, lo que era nuevo” (1999a: 235-236).

HOMERO Y FALANGE HOPLITA: HANS VAN WEES

Hans van Wees también ha abierto importantes líneas de reflexión. Su revisión del modo de combate homérico es hoy en día la reconstrucción más completa y rigurosa que existe sobre el tema. Dos ideas básicas subyacen a toda su teoría (1986: 286, 302-303; 1988: 22-24; 1992: 6-10; 1994a: 2; 1997b: 689-693): primera, que los poemas homéricos muestran una imagen coherente e internamente consistente por lo que respecta al ámbito militar (1986: 295-296); y segunda, que esa imagen es en gran medida histórica, conformada siguiendo el modelo de ejércitos y prácticas reales fechables hacia el 700 a.C. (1994b: 140-146; 2004: 249-252). Van Wees, por tanto, cuestiona esa visión escéptica que negaba la historicidad y la coherencia de la cultura material homérica, y la sustituye por una firme confianza en dos hechos básicos: que el poeta tenía una imagen congruente de aquello que describe, y que esa imagen respondía a la realidad de una época histórica concreta.

Ese punto de partida le sirve para diseñar su propia reconstrucción de la organización militar homérica. En primer lugar, describe la existencia de una compleja red de líderes o caudillos militares de diversa entidad y con diferentes niveles de autoridad (1986: 287-288). Todos esos líderes, tanto los grandes como los pequeños, dirigían un contingente de combatientes –un grupo o “hueste”– que les seguía a todas partes (1986: 290); ese grupo no suele ser nombrado en los poemas, por lo que van Wees asume que su presencia se daba por sentada (1989: 288-290, 297, 303;

1988: 5-6; 1996: 3-4; 1997b: 670-673, 674-676; 2004: 95-97). Los seguidores tenían una condición social que variaba entre los compañeros aristócratas y los individuos dependientes; se trataba de personas vinculadas por lazos personales –de amistad o de dependencia– al líder, y que constituían su círculo de relaciones (1992: 44-48; 1995b: 169-171). Eso quiere decir que los ejércitos tenían, hasta cierto punto, una naturaleza privada, y que el reclutamiento no se llevaba a cabo a través de instituciones públicas; de ahí que la hueste, que representaba al líder con su grupo de seguidores, constituyese la unidad básica del ejército homérico; esa compleja relación entre lo público y lo privado pervivirá en épocas posteriores (2004: 232-240). Van Wees deduce también que las huestes combatían con gran movilidad y autonomía, de modo que no llegaban nunca a constituir unidades mayores: los supuestos contingentes nacionales, a pesar de aparecer enumerados en el *Catálogo de las Naves*, no parecen tener valor o entidad real en la lucha (1986: 290-292), pues “el liderazgo en combate se ejerce exclusivamente sobre pequeñas bandas de seguidores enormemente móviles. No hay unidades mayores, ni tampoco un nivel superior de mando” (1986: 291).

Aunque van Wees reconoce que hay algunos atisbos de organización militar superior en Homero, señala acertadamente que esos contingentes desaparecían de inmediato en la narración y carecían de peso en el combate, lo que le lleva a pensar que en realidad se trataba de unidades extrañas al poeta y a la realidad de su tiempo (1986: 298-300; 1997b: 669-670). Si ese es el caso, ¿por qué, entonces, recurrió Homero a ellos? Van Wees afirma taxativamente que “los contingentes son traídos a escena por una única razón: son necesarios para dotar a cada uno de los héroes principales con algo que mandar” (1986: 300); la estructura del mando, por tanto, era una respuesta a una jerarquía previa de líderes, a los que Homero necesitaba dar unidades que dirigir, y el ejército se convertía en una unidad indivisible, en la que sólo se distinguían las huestes con su líder (1986: 300-301). Esa jerarquía estaba basada en el disfrute de un determinado estatus social, y éste a su vez “en la fuerza física exhibida en actos y amenazas de lo que podría denominarse *destrucción conspicua*” (1992: 61, 153-165). Es decir: en una sociedad en la que la fuerza física era un atributo de masculinidad, la exhibición de la violencia en las situaciones públicas tenía el efecto de acrecentar el prestigio del individuo, y por tanto su estima y su posición social; la cólera se convertiría en el elemento que sostenía el entramado de valores, actos e intereses de los héroes y constituía el alma de todo argumento épico, con su esquema de “ofensa-reacción-reparación” (1992: 126-138). Van Wees ha dedicado un considerable esfuerzo a tratar de explicar ese recurso cultural a la violencia (1992: 63-77, 89-125, 167-199, 200-207; 2004: 20-33, 162-165).

Una vez definida la estructura de mando y la organización de las unidades de combate, van Wees pasa a describir la dinámica exacta de la batalla homérica. En su opinión, el combate se basaba en el empleo de las huestes y consistía en la actividad no coordinada de esos grupos a lo largo del campo de batalla: las huestes –y algunos individuos de entre ellas– constantemente se destacaban para combatir, y a continuación regresaban a la masa (1986: 289, n. 25). Los grupos se movían con aparente autonomía y gran movilidad, y no se organizaban en posiciones estáticas, ni formaban líneas o columnas: los términos de “*phalanges*” y “*stiches*” no designaban a unidades específicas, sino que eran sustantivos generalizadores para hacer hincapié en la masa (1986: 292-296). La formación de la tropa, por tanto, se limitaba a distribuir espacialmente las huestes en el campo de batalla –antes del combate– y dejar a cada líder y su hueste actuar de modo autónomo –durante el combate– (1986: 296; 1997b: 674-676). De este modo, van Wees cuestiona las tesis de Latacz.

Para este autor, la batalla consistía en una constante escenificación de lo que denomina “estilo *prómachoi*”: los combatientes estaban separados por una gran distancia, arrojaban proyectiles, ocasionalmente se aproximaban unos a otros en ataques sorpresivos que buscaban dejar fuera de

combate al enemigo, y se retiraban de nuevo; ese sistema era compatible con los otros modos de combate que aparentemente se muestran en Homero –los duelos individuales, el combate en masa, o los ataques de proyectiles– (1988: 2-14; 1994a: 4-9; 1996: 2-3; 1997b: 676-689; 2004: 153-158, 160-165). Van Wees concluye que los famosos “pasajes hoplitas” de Homero no representan en realidad formaciones en sentido estricto, sino acumulaciones ocasionales de guerreros que se reagrupaban para entrar en combate; sin embargo, la narración nunca los describe combatiendo de ese modo (1988: 8-9; 1994a: 3-4). El sistema de combate era tan abierto y móvil que, de hecho, ni siquiera era incompatible con el uso del carro tal y como lo describe Homero, que para van Wees es coherente con el resto de información, y puede incluso encerrar cierta historicidad (1994a: 9-14; 2004: 158-160); tampoco el armamento de los personajes homéricos era inconsistente con ese tipo de combate (1994b: 131-137). De este modo, critica a Latacz, que atribuía a los héroes panoplias hoplitas para poder encajar en la falange, y a Hanson, que afirmaba la adecuación del armamento hoplita a la falange; así, rechaza el determinismo tecnológico en cualquiera de sus formas (1994b: 137).

Van Wees se encuentra entonces en la necesidad de explicar las aparentes inconsistencias de Homero en las descripciones de las acciones militares, y para ello introduce dos propuestas fundamentales: la idea de una “selección narrativa”, por un lado, y la “ideología de combate”, por otro. Con respecto al primer punto, van Wees retoma la idea de Latacz acerca del “enfoque” o “selección” literaria (1986: 286-287; 1994a: 6): Homero, afirma el autor, poseía una “técnica narrativa” que seleccionaba progresivamente el objeto de su interés, y que podría compararse con la de un director de cine –“cinemática” literaria– (1997b: 673-674); en efecto, “el poeta no intenta ofrecer una descripción exhaustiva de los movimientos de los batallones y ejércitos, sino que, por razones literarias, centra su atención en un reducido número de héroes, prestando escasa atención al ‘innumerable’ resto” (1986: 286). Esa “selección” estaba determinada por necesidades no sólo narrativas, sino también socio-políticas: atribuía un papel militar decisivo a aquellos que detenían el poder, para legitimarlo y fortalecerlo (1992: 79-80; 1995a: 153, 156-157); los héroes homéricos dominan la narración, pero “un papel prominente en la narración no significa necesariamente un papel decisivo en el combate” (1995a: 166), por lo que “el origen de esa ambivalencia del poeta es que buscó un equilibrio entre los ideales y la realidad de la guerra en su propia época. En la realidad, el combate en masa predominaba, y de ahí que un grupo de aristócratas no pudiesen –a pesar de ser valientes y estar bien armados– contribuir de modo decisivo a la victoria o a la derrota. Idealmente, sin embargo, contribuir de modo decisivo a la victoria es precisamente lo que esos aristócratas deberían hacer, según el criterio de los griegos, para justificar su posición de poder en sus comunidades. De ahí que Homero realzase su importancia en combate hasta unas proporciones irreales” (1995a: 168).

Con respecto a la segunda propuesta, van Wees considera que la organización militar y el tipo de combate narrado por Homero respondían a los imperativos de la concepción del poeta sobre la jerarquía social, el ejercicio del poder y la distribución de los honores y privilegios (1988: 18-22; 1994a: 12), lo que van Wees denomina “ideología del combate” (1988: 22). Para describirlo en pocas palabras, los héroes eran guerreros de estatus, cuya principal cualidad era sobresalir en todo aquello que llevasen a cabo; por tanto, como líderes necesitaban unidades que mandar, como guerreros necesitaban hazañas que realizar, y como aristócratas necesitaban botines que cobrar y honores que recibir. Toda situación era susceptible de poner a prueba esa jerarquía social, especialmente los banquetes y fiestas privadas, donde los nobles negociaban constantemente las posiciones respectivas (1995b). Su comportamiento, por tanto, estaba dominado por la necesidad de mantener y preservar constantemente su estatus.

Y la función militar era en Homero uno de los principales recursos para ello (1988: 19-21; 1995a: 154-157). Teniendo en cuenta los sinsabores del campo de batalla (1996: 4-13), el combate se convertía en una peligrosa actividad que daba prestigio a aquellos que la ejerciesen de modo excelente. La ideología que llevaba a los guerreros al combate consistía, por tanto, en la defensa de una serie de valores (1996: 13-29), que eran en sí mismos criterios con los que se medía la valía de un individuo. Combatir era, por tanto, una actividad que conllevaba estatus, por lo que estaba transida de elementos ideológicos e imperativos sociales que eran los responsables de las aparentes “paradojas” de la guerra homérica: por ejemplo, el uso del carro (1994a: 12), el empleo de panoplias pesadas y heterogéneas (1994b: 131-137), o la extraña “etiqueta” caballeresca que rige la mayor parte de los combates en Homero (1996: 29-58).

Todo ello va a tener efectos en la interpretación de los eventuales procesos de cambio militar de comienzos del Arcaísmo: van Wees plantea una lenta evolución en la que el sistema de combate homérico se mantuvo por un tiempo, a medida que se experimentaba con sistemas de formación cada vez más cerrada (1994b: 140-146, 147-148; 1995a: 169-170; 2004: 166-183). En efecto, concluye que las pinturas vasculares de época Arcaica, basadas con seguridad en la experiencia contemporánea del combate, excluyen la posibilidad de una falange hoplita plenamente formada en favor de una evolución lenta y progresiva (2000a; 2004: 47-52). De este modo, interpreta a Tirteo y el Vaso Chigi como testimonios de una evolución en la que predominaban los sistemas de combate todavía abiertos y móviles (1994b: 141-142, 143; 2004: 172-174). En ese esquema, la adquisición de territorio o botín juega un escaso papel como causa de las guerras; la dinámica de conservación y definición territorial es minimizada en su dimensión más material, y se enfatiza más bien la relevancia de su dimensión ideológica: se trata de factores de prestigio y estatus entre comunidades, aquello que denomina “causas estructurales de la guerra” (2004: 34-43).

Este planteamiento tendrá consecuencias a su vez en la teoría de la “Revolución hoplita”: en primer lugar, su defensa del papel de la masa y de la historicidad del sistema de combate en Homero debilita uno de los fundamentos de la revolución, el aparente “abismo” existente entre dos mundos (1994b: 148; 2004: 81). En segundo lugar, cuestiona el argumento tradicional del “determinismo tecnológico”, al analizar las cualidades del armamento hoplita y ofrecer una imagen más verosímil acerca de su auténtico uso en combate (2000a: 126-134; 2004: 47-52). En tercer lugar, al matizar el proceso de cambio militar arroja una duda muy razonable sobre los posteriores procesos políticos y sociales: “Bajo un examen más detallado, hay muy pocas diferencias significativas entre la guerra homérica y la clásica, por lo que las transformaciones militares no pueden explicar los grandes cambios políticos de la época Arcaica” (1997b: 668). En su opinión, “el cambio táctico fue gradual y limitado, y difícilmente pudo haber tenido el mismo impacto que la supuesta introducción en el ejército de toda una clase social previamente excluida. Lo que queda de la denominada ‘reforma hoplita’ no da la impresión de haber inspirado en la masa de soldados un nuevo sentido de la confianza, y mucho menos el deseo de poder” (1995a: 169; *cf.* 1994b: 148). Ello implica que la cualificación militar no es para van Wees un criterio suficiente ni válido para justificar los derechos políticos, pues “ser un hoplita no era suficiente por sí mismo para conceder derechos políticos a un hombre, ni en la filosofía pro-hoplita de Aristóteles ni en la Atenas democrática. No puede haber sido la aparición de la falange hoplita, por tanto, lo que provocó el ascenso de sistemas políticos más democráticos, como muchos especialistas han propuesto” (2004: 81).

Así pues, van Wees cuestiona el vínculo causal entre función militar y poder político, pues “las ambiciones políticas de la clase hoplita deben haber surgido independientemente de su papel militar” (1995a: 169); él mismo extrae las consecuencias de esa afirmación: “La principal conclusión

que debe extraerse de nuestro argumento es que los cambios en la guerra griega fueron mucho menos dramáticos y tuvieron muchas menos ramificaciones políticas de lo que nuestras fuentes sugieren y los historiadores han supuesto” (1995a: 170-171). En su lugar, van Wees incide más bien en procesos sociales (1995a: 170), y analiza el binomio “soldado-ciudadano” en las fuentes clásicas, concluyendo que existía en la práctica una seria ruptura en el principio de la milicia ciudadana: no todos los soldados eran ciudadanos, sino que se empleaba masivamente a esclavos, dependientes, mercenarios, que recibían escasa atención en las fuentes (2004: 45-76). Por último, van Wees critica severamente la noción del sector hoplita como una “clase media”, y argumenta de modo extenso acerca de su naturaleza social privilegiada, más próxima a las clases acomodadas que al pueblo llano (2001a; 2004: 47-60). A pesar de no formar parte de la aristocracia de sangre que había heredado el poder en las comunidades a lo largo de la época Oscura, el sector hoplita se nutría mayoritariamente de campesinos acomodados y con rentas suficientes como para suponer un grupo económico fundamental en la ciudad, lo que provocaba que sus simpatías naturales se dirigiesen hacia las clases altas, alejándose de los grupos de desclasados y desposeídos.

DEMOCRACIA Y CIUDAD-ESTADO: KURT A. RAAFLAUB

Kurt A. Raaflaub ha abierto también importantes líneas de reflexión, especialmente con sus estudios sobre la democracia ateniense del siglo V a.C., con su interés en explorar las raíces del militarismo griego y la relación entre función militar y poder político, y con su visión sobre los procesos de aparición de la *pólis* en términos generales.

El interés de los trabajos de Raaflaub sobre la democracia reside en el hecho de que los teóricos de la “Revolución hoplita” la consideraban tradicionalmente como el supuesto desenlace del cambio social: la *pólis* democrática era el objetivo y la meta del cambio militar, social y político. Raaflaub, en cambio la limita exclusivamente al caso de Atenas en el siglo V (1997d; 1997e); lejos de considerarla como el “objetivo teleológico” de la evolución socio-política griega, pone de relieve sus desequilibrios y desajustes, sus limitaciones y exclusiones (1983: 518-520; 1994: 140-144; 1996: 154-159; 1997d: 31-35); llama la atención sobre el hecho de que careciese de definición teórica hasta bien avanzada la Época Clásica (1983: 517, 534); y advierte que la democracia ateniense adoptó puntos de vista aristocráticos relativos al honor y la dignidad del individuo, extendiéndolos al conjunto del cuerpo ciudadano (1983: 532 ss.).

Raaflaub señala el estrecho vínculo que existía entre democracia y libertad (1983: 520-524; 1994; 1996; 2004b), una libertad colectiva que se expresaba en la soberanía del *démos* como cuerpo ciudadano y que tenía efectos en la libertad individual, por lo que se encontraba en franca oposición a otros regímenes, como la tiranía o la oligarquía; de hecho, este autor argumenta que la elaboración teórica de la democracia surgió precisamente de esa oposición, que en el caso de la oligarquía era más teórica que real: la oligarquía era más bien una alternativa a la democracia (1983: 522-523), y podía llegar a defender una “libertad limitada”, un concepto del “ciudadano auténticamente libre” (1983: 528). A su modo de ver, este “debate” entre oligarquía y democracia fue un fenómeno más propio de la Época Clásica que de comienzos de la Época Arcaica (1983: 524 ss.). Sin embargo, apunta –como ya hiciera Walter Donlan (1970b)– que mientras que la democracia manejaba un concepto integrador del *démos*, que abarcaba a todo el cuerpo ciudadano, la oligarquía lo limitaba a las capas inferiores de la sociedad, lo que determinó esa imagen oligárquica de la democracia como una tiranía de las masas (1983: 524; 1997d: 56-58). Por lo tanto, Raaflaub hace una distinción básica al separar “democracia” e “igualdad”,

y por tanto diferencia las “tendencias isonómicas” inherentes a toda comunidad arcaica griega de una eventual “formalización de la igualdad política” (1996: 153; 1997d: 35-44), algo únicamente posible en las extraordinarias y específicas circunstancias de la Atenas del siglo V. En efecto, coincide con Ian Morris (1996) en la idea de que las tendencias igualitarias eran muy antiguas en las comunidades griegas y se encontraban en la base de la propia idea de la *pólis* (1996: 145, 150-153; 1997d: 44-45; 1999a: 134; 2005: 264). Pero su argumentación deja claro que “igualdad” no es lo mismo que “democracia”.

Todo ello conduce a su teoría fundamental: que la democracia plena era un fenómeno exclusivo de la Atenas de mediados del siglo V, lograda únicamente en el contexto de crecimiento experimentado como consecuencia de la victoria en las Guerras Persas y la fundación del imperio marítimo, y establecida tan sólo a partir de las reformas legislativas de Efialtes⁴. Así pues, las reformas de Clístenes pueden interpretarse, en su opinión, como el establecimiento de una isonomía en forma de “república de hoplitas y campesinos” (1996: 147; 1997d: 39-44), pero no todavía como una democracia. Estas afirmaciones tienen el efecto de cuestionar el objetivo social aducido por la teoría de la “Revolución hoplita”, pues si Raaflaub está en lo cierto no habría ya aspiraciones igualitarias o “democratizantes” que puedan aducirse como fundamento de la reforma social y política. La democracia, por tanto, sería un fenómeno tardío y exclusivo que quedaría fuera del ámbito cronológico, los intereses y las expectativas de los grupos sociales arcaicos.

En su segunda línea de reflexión, Raaflaub explora las raíces del militarismo griego, los fundamentos del peso ideológico que la esfera de lo militar ejerció en la cultura y el pensamiento griegos. Y lo hace desde dos líneas complementarias: en la primera, trata de aproximarse a la visión aristocrática de la función militar. Para ello establece que, para los defensores de la oligarquía, la actividad militar estaba relacionada con la libertad y era parte integral de su limitada definición del ciudadano⁵. Ese aspecto económico del individuo libre implica que, para los oligarcas, la libertad residía en el natural ejercicio de “actividades libres”, que tradicionalmente eran la agricultura y la guerra (1983: 531); lo militar, por tanto, formaba parte de la identidad del aristócrata griego, como una de sus actividades fundamentales. Así, tomar parte activa en la defensa de la comunidad y ejercitar los valores militares eran sin duda los criterios fundamentales que definían el estatus en la sociedad griega, pues “desde el principio, los ‘hechos de los hombres’ fueron entendidos en términos militares” (2001: 322). En la segunda línea, Raaflaub analiza el peso real de la función militar en la definición de las estructuras sociales y políticas, donde encontramos otra de sus mayores aportaciones: como norma general, propone que sólo el ejercicio continuado y constante de una función por parte de un grupo social, cuando esa función era percibida como fundamental para la supervivencia o el estatus de la comunidad, permitía a ese grupo reclamar un peso político acorde; ese sería, en su opinión, el caso de los hoplitas a lo largo de la Época Arcaica —especialmente en Atenas (1996: 146; 1997d: 42; 2005: 270)—, pero también el de los *thetes* atenienses a lo largo del siglo V (1996; 1997d; 1997e; 1999a: 142-146; 2001: 308-309).

Raaflaub defiende que la “democratización” de las funciones cívicas fue un fenómeno exclusivo de Atenas (1997d; 2005: 264); sólo allí, dentro del contexto de profundo cambio económico

⁴ 1994; 1996: 148-150; 1997d: 46-50; 1997e: 95-101; 2006: 416-417; *e.p.* 2. Mi más sincero agradecimiento al profesor Raaflaub por su amabilidad a la hora de permitirme acceder a partes aún no publicadas de su trabajo.

⁵ Aquel que es económicamente independiente y puede dedicar su tiempo a ocupaciones liberales y al servicio a la comunidad; es decir, aquel que es “verdaderamente libre en todos los aspectos” (1983: 528).

y social a partir de las Guerras Persas, surgió la idea de que “aquellos que soportan las consecuencias de las decisiones colectivas deben participar en su elaboración” (1996: 142). Por tanto, el hecho de que la función militar de los *thetes* en la flota condujese a las reformas políticas y a la democracia plena fue un fenómeno profundamente vinculado al contexto del siglo V y al ejercicio constante de esa función, percibida como fundamental para la comunidad. Incluso en ese caso, donde los *thetes* obtendrían cuotas amplias de participación política, “con respecto al reconocimiento social e institucional del papel militar respectivo, no todos los ciudadanos eran iguales” (1996: 157), por lo que hay un reconocimiento explícito de que la función militar no era una vía directa hacia la obtención de estatus y respeto social en la comunidad, pues “en el plano social y económico, los *thetes* continuaron en el fondo de la escala social, incluso en peores condiciones que muchos metecos” (1996: 158). En definitiva, Raaflaub acepta la idea de la integración de los hoplitas en virtud del ejercicio constante de su función militar –aunque reconoce que el factor militar no puede ser la causa única o principal del cambio político (1997a: 53)–, pero rechaza implícitamente esa noción tradicional de aspiraciones “democráticas” en los hoplitas, pues la “democratización” es, nuevamente, un proceso posterior. Apunta además la idea de que “la igualdad democrática era un poderoso factor de motivación” (1996: 159), lo que explica que la comunidad pudiese recurrir a individuos “desclasados” para cubrir sus necesidades o realizar funciones –especialmente militares–, sin que se viese obligada a cambio a conceder contrapartidas o compensaciones reales en materia política o social.

En su tercera línea, por último, Raaflaub ha reflexionado en detalle acerca de la aparición de la *pólis*, y considera que no se trata de un acontecimiento, sino de un *proceso* que abarcó varios siglos (1993: 43); ello por sí solo implica al menos dos cosas: que no se trata de un hecho momentáneo, ni rápido, ni automático –como defiende la teoría de la “Revolución hoplita”–; y que afectó a muchos elementos y factores, no a un único hilo “causa-efecto”. No obstante, a pesar de tratarse de un proceso de larga duración, Raaflaub lo incluye en el contexto de “rápido cambio social” que corresponde a las profundas transformaciones de comienzos de la Época Arcaica (2004a: 35-36; 2005: 272). Al considerar a la *pólis* como una comunidad de ciudadanos (1993: 44, 58, 76), la definición de los criterios y límites de la ciudadanía se convertiría en el factor fundamental en su aparición. De hecho, Raaflaub considera el crecimiento demográfico como el primer paso, el requisito básico, para la aparición de la *pólis*, dentro del conjunto general de cambios estructurales del 700 a.C. (1993: 78-79; 1997a: 52-53; 1999a: 134; 2005: 269-270).

Sin embargo, afirma también que la *pólis* era “una comunidad de campesinos y guerreros” (1996: 146; 1997e: 92), que se desarrolló en un contexto de crecientes guerras comunales por el control de la tierra; la comunidad se involucraría al completo en la defensa de los recursos y el territorio, por lo que los conflictos ya no serían guerras privadas por intereses personales (1993: 51, 77; 1997a: 51-57; 1997b: 22-26; 1997c: 182; 1999a: 131; 2004a: 35; 2005: 270). Raaflaub no considera esas guerras fronterizas, no obstante, como el hilo conductor del proceso de aparición de la *pólis*; para él se trata de un factor más entre otros muchos, que ponía de manifiesto los avances en la cohesión social de la comunidad, pero no una causa en sí misma para la evolución socio-política. En efecto, apunta otros ámbitos de esa recién adquirida esfera pública: la asamblea, las relaciones con otras comunidades, el culto... (1993: 54-56). Por otra parte, afirma que ese panorama de guerras comunales sólo pudo producirse cuando la tierra comenzó a convertirse en un bien escaso, cosa que en su opinión sucedió en una fase avanzada del proceso (1993: 78), y tan sólo en ciertos casos en los que la supervivencia de la comunidad verdaderamente se encontraba amenazada (1993: 81-82; 1996: 153); en el resto de casos, la integración política no fue paralela a la militar, sino que se llevó a cabo mediante simple imitación (1993: 82).

En ese supuesto contexto de tensiones territoriales, donde las comunidades se apoyarían en una clase extensa de campesinos libres para participar en la asamblea y en el ejército, las posibilidades de liderazgo individual eran realmente reducidas, afirma Raaflaub, y en su lugar se promovió una intensa competición dentro de una élite de grandes propietarios que describe como bastante igualitaria y homogénea, pues “debido a la ausencia de grandes presiones externas y al limitado papel de la guerra, no había necesidad de una élite fuerte, disciplinada y cohesionada” (2005: 271; cf. 2004a: 35). Así pues, identifica la clase hoplita con una “clase media” de campesinos (1983: 518; 2004a: 35; 2005: 264, 271), que considera el sector más importante de la nueva ciudadanía: los campesinos libres participaban en las actividades comunitarias, especialmente en la toma de decisiones y la guerra (1993: 79-80). Este proceso de “formalización” política de la ciudad-estado a partir de necesidades militares es el que Raaflaub propone para los casos de Esparta y Atenas, especialmente para la primera, que definiría su sistema político y social a partir de las necesidades militares derivadas de la conquista y esclavización de Mesenia (1993: 64-73; 1999a: 139-140).

Raaflaub afirma que esa *pólis* ciudadana estaba ya presente en Homero en sus rasgos más básicos, no sólo por la existencia de las instituciones básicas (1993) y de una noción fundamental de igualdad, sino también por el propio papel que los “hombre comunes” ejercían tanto en la asamblea como en el ejército (1996: 150-153; 1997b; 1997c: 182; 2004a: 28-33). Aunque reconoce que los poemas homéricos no son una fuente histórica o sociológica en sí mismos, considera que ofrecen información suficiente de una sociedad que debió de existir en la realidad, y que sitúa en Jonia, a caballo entre los siglos IX y VIII a.C. (1993: 44-46; 1997a: 49; 1997c; 2004a: 28). En su opinión, el panorama antes aludido de guerras comunales aparece también en Homero, pues los poemas describirían ya esa conexión entre la posesión de la tierra, la función militar y el disfrute de derechos cívicos (1993: 54; 1996: 152-153; 1997b: 2-8; 1997c: 182; 1999a: 134).

La guerra homérica muestra también ese avance decisivo hacia la *pólis*: Raaflaub asume la idea de que el combate se basaba en el papel de la masa anónima de soldados (1996: 151-152; 1997a: 49-51; 1997b: 19-20); que ese ejército homérico estaba integrado mayoritariamente por campesinos independientes, los “hombres comunes”; que el espacio que les separaba de la élite no era tan grande como se ha pensado (1996: 151); y que combatían en un tipo de formación cerrada que para él se trata, si no de la falange, sí al menos de su inmediata precursora (1996: 151; 1997a: 51; 2004a: 32). Al igual que van Wees, Raaflaub señala las similitudes que existirían entre Homero y Tirteo (1993: 54, 80), aunque en un sentido ligeramente diferente: para él se trataba de una formación más parecida a la falange hoplita; la guerra “heroica” de combates singulares es, en su opinión, tan sólo una construcción teórica (1993: 80), un espejismo fruto de la peculiar técnica narrativa de Homero, que oscila constantemente entre las escenas generales y las acciones individuales (1997a: 51).

La reflexión acerca de esa técnica narrativa homérica es otra de sus grandes aportaciones, pues no sólo aporta las nociones de “distorsión poética” y “selección poética” (1997b: 10-11), por los que el aedo se regía para articular el hilo del relato, sino que constituye la base de su propia visión sobre el desarrollo de la batalla homérica: en los poemas, la secuencia del combate establece que ambos ejércitos choquen y luchen durante un tiempo, hasta que uno de ellos se viene abajo y emprende la retirada; en mitad de la persecución, los héroes consiguen reagrupar a las tropas y lanzarlas de nuevo al combate, con lo que la batalla empieza nuevamente, hasta que uno de los bandos se viene otra vez abajo; esa secuencia tan sólo se ve interrumpida por la llegada de la noche. Raaflaub propone que ese “protocolo” literario consiste únicamente en la repetición del esquema básico de una batalla real —choque, combate, hundimiento—, combinado con los momentos de

persecución y desbandada, en los que no sólo tienen cabida los carros, sino también las *aristías* de los grandes héroes y sus más celebradas hazañas. Así, la batalla homérica era una exagerada prolongación de una batalla real gracias a las cualidades extraordinarias de los héroes (*e.p.* 1). Por tanto, Raaflaub reconstruye un proceso de transformación militar en el entorno del 700 (1999a: 134-135): “en la segunda mitad del siglo VIII, como muy tarde, las tácticas de combate deben de haber comenzado a cambiar hacia formaciones en masa más densas” (1997a: 50), formaciones de infantería pesada que prefigurarían la falange. Por otra parte, el armamento no es ya el requisito de la táctica, sino su consecuencia: “ese proceso necesitaba, y fue por otra parte anticipado por, el desarrollo de las armas que mejor se adaptaban a ese tipo de combate” (1997a: 50).

Raaflaub llega así a una de sus aportaciones fundamentales: “La *pólis*, la falange y la esfera de lo político en la *pólis* evolucionaron en un proceso interactivo durante un largo periodo de tiempo” (1996: 152; 1997a: 53; 1997f: 11; 1999a: 134, 140; 2005: 270). Desde el punto de vista militar, “una vez que la *pólis* comenzó a cristalizar, una forma u otra de combate en masa en formaciones cerradas comenzó a prevalecer, y evolucionó progresivamente hacia la falange y la táctica hoplita” (1996: 152); así pues, acepta una temprana aparición de la falange, pero no como producto de una causa militar simple, sino de complejos procesos interrelacionados: “cambios tecnológicos y tácticos interactuaron con cambios económicos y sociales para dar lugar, al final de un largo proceso, a la falange hoplita” (1997a: 53). La aparición de la *pólis*, por tanto, implica la interacción de los diversos factores –militar, social, político– en un largo periodo de tiempo. Por lo que respecta a las tiranías, Raaflaub analiza el papel que la tiranía jugó en la formalización de la *pólis* como factor de estabilidad y prosperidad, al eliminar las disputas aristocráticas (1993: 73-75). El tirano ya no es un fenómeno ajeno a la ciudad-estado, sino parte de él; ya no es un elemento de subversión o ruptura, sino de formalización y fortalecimiento de las instituciones comunitarias.

Las aportaciones de Raaflaub son relevantes dentro del debate sobre la teoría de la “Revolución hoplita” fundamentalmente por su nueva y profunda aproximación a los procesos de cambio social y político en la época Arcaica. Sus reflexiones sobre la democracia la aíslan como un fenómeno de la Atenas del siglo V, y rompen cualquier posible vínculo con los períodos precedentes; la delicada relación entre la función militar y la participación política adquiere un nuevo significado al defender que la primera puede conducir a la segunda tan sólo en situaciones muy específicas, cuando una comunidad debe depositar de modo continuado y constante su confianza en un determinado grupo para sobrellevar una situación de alarma militar que amenaza su propia supervivencia; por último, la evolución militar de la época Arcaica, basada aparentemente en conflictos comunales por el territorio, deja de ser el espacio idóneo para albergar o promover revoluciones sociales o políticas, mientras que la aparente similitud con la guerra homérica parece reforzar la continuidad y pervivencia de esos patrones de relación entre comunidades. Al parecer, todas sus conclusiones le alejan de la lectura militarista tradicional sobre la Época Arcaica.

Por otra parte, su postura ante la teoría de la “Revolución hoplita” es muy clara: Raaflaub defiende sin ambages que su reconstrucción sobre la evolución militar y política de los siglos VIII y VII a.C. “elimina de modo efectivo la debatida ‘revolución hoplita’ del escenario histórico” (1993: 54; 1997a: 53), pues el concepto no es más que “una construcción moderna” (1993: 80); al parecer, “el testimonio tanto de la guerra homérica como de la temprana época arcaica no deja espacio para una revolución hoplita” (1999a: 140). En cambio, plantea la situación en términos de evolución: el combate en masa, indicativo de la participación colectiva, se desarrolló junto con la formación de la *pólis* y el concepto de territorialidad (1993: 80; 1996: 152-153; 1997a: 53); así, ya no es necesario postular la integración política como consecuencia de una integración militar,

sino que ambos procesos se produjeron a la vez, “fueron por tanto procesos interrelacionados que afectaron a la misma gente” (1993: 80); ello elimina la necesidad de una “revolución hoplita”, y permite sustituirla por la idea de “evolución” (1993: 54; 1996: 152).

CONCLUSIONES. LA “REVOLUCIÓN HOPLITA” Y LA HISTORIOGRAFÍA

Ha transcurrido cerca de un siglo desde que Eduard Meyer y Max Weber sentaron las bases de una nueva teoría destinada a interpretar los complejos fenómenos que condujeron a la aparición de la ciudad-estado. Ésta se asentó en tres ideas fundamentales: primera, que las transformaciones tácticas se basan en la superioridad del progreso tecnológico; segunda, que a la participación militar le corresponde una adecuada participación política; tercera, que la dinámica de cambio social consiste en la conflictividad y el enfrentamiento vertical entre grupos socio-económicos antagónicos. Con ese bagaje, tomado de Aristóteles, y unas cuantas observaciones más acerca del cambio tecnológico, la función militar como elemento de integración, y los efectos de la fuerza militar en las relaciones de poder, se puso en marcha un edificio teórico que ha sobrevivido hasta nuestros días.

Sin embargo, la teoría encierra numerosos puntos discutibles, tanto en la forma como en el fondo. La falta de consenso no es el menor de esos problemas, pues da la impresión de que lo que sostiene la teoría no es un consenso explícito, sino más bien implícito, es decir: los diferentes argumentos se basan en similares ideas previas. La “Revolución hoplita” no se ha desarrollado como un cuerpo teórico unitario, sino como un *collage* de aportaciones de diferentes autores; tiene, además, las cualidades de una lógica directa e inmediata, una argumentación sencilla, y un razonamiento lineal de tipo “causa-efecto” fácilmente comprensible y muy convincente. Los factores históricos en los que se apoya, además, son también extraordinariamente accesibles: el uso de la fuerza, el papel de lo militar en la política, las consecuencias del descontento y la injusticia; los complejos procesos del período se articulan en torno a una línea causal sencilla y clara, en la que el empleo de la fuerza para invertir un contexto de desigualdad y explotación es siempre el factor decisivo.

Esas cualidades han permitido a la “Revolución hoplita” crecer y expandirse a partir de un sencillo núcleo original de argumentos; su lógica inmediata, y sobre todo sus pretensiones de explicación global, han posibilitado que se haya aplicado a aspectos diversos de la Grecia arcaica, que han ido progresivamente encajando en ese armazón original. El resultado ha sido una estructura teórica en forma de pirámide invertida, en la que una compleja maraña de procesos históricos —en su mayor parte reconstruidos— se hacían gravitar sobre una única causa. Pero esa simplicidad derivó en la simplificación de la historia de la Grecia arcaica a un proceso lineal de cambio militar, y la posterior extrapolación de ese proceso a todo el mundo griego. Por otra parte, como veremos en el siguiente capítulo, los grandes argumentos en los que se asienta la teoría se basan a su vez en unos pocos testimonios antiguos, dispersos pero constantemente repetidos.

La teoría que Meyer, Weber, Nilsson y Lorimer definieron establecía una secuencia histórica lineal de transformaciones primero militares, después sociales y por último políticas; entre las fases había, además, una relación causal, de modo que cada una era causa de la siguiente. Meyer y Weber asentaron la idea de la *pólis* como una comunidad de guerreros, detectaron una dinámica de tensiones entre “clases” sociales y la solventaron mediante el recurso a la “lucha de clases”. Nilsson

introduciría la posibilidad de que el proceso se hubiese desarrollado de forma gradual, y Lorimer le dotó de su causa eficiente con el recurso al “determinismo tecnológico”. La ciudad-estado entraba, con la progresiva incorporación de nuevos grupos sociales y los valores militares derivados de la nueva táctica, en un camino de maduración y progreso que debería desembocar en la democracia.

En la década de los sesenta, la primitiva polémica entre “revolucionarios” y “gradualistas” cobró fuerza, y cada postura dedicó un considerable esfuerzo a acumular argumentos. Por un lado, Snodgrass pondría de manifiesto la lentitud de las innovaciones tecnológicas y la idea de la transición y la experimentación; por otro lado, la definición de un *démos* oprimido y explotado parecía dar argumentos a los “revolucionarios” para defender la existencia de una dinámica de abruptos cambios sociales basados en el conflicto interno. Comenzaba así a distinguirse entre dos procesos diferentes pero confundidos hasta entonces: las transformaciones militares, que podían ser lentas y progresivas, y las transformaciones socio-políticas, que por fuerza debían ser violentas.

En el entorno de los años ochenta se abrió un nuevo período de revisión teórica, esta vez de la mano de la filología y la arqueología. Mientras que Latacz cuestionaba el aparente abismo existente entre Homero y Tírteo, Polignac y Morris planteaban la aparición de la *pólis* en términos de religión y territorialidad, ofreciendo nuevos campos de debate. Fruto de ese nuevo impulso, la teoría entró en su última fase, caracterizada por la ruptura de los modelos teóricos y la proliferación de las líneas interpretativas individuales, una fase en la que cualquier alternativa era posible. Los años noventa trajeron finalmente un conjunto de trabajos independientes que abordaron aspectos complementarios de la realidad de la *pólis* y llegaron a novedosas conclusiones: Hanson, van Wees y Raaflaub, por diversos motivos, han transformado el rostro de la Grecia arcaica.

Se puede apreciar que se trata de una historia irregular, llena de altibajos y con sorprendentes cambios de rumbo, un mosaico que se construyó a base no sólo de aportaciones, sino también de críticas. Hay sin duda dos hitos decisivos, los trabajos de Snodgrass acerca del armamento griego y de Latacz acerca de la guerra homérica, pues ambos autores actuaron como revulsivos en momentos distintos, contribuyendo a aportar una perspectiva radicalmente diferente sobre la Época Arcaica, y obligando al mundo académico a reflexionar en profundidad sobre fenómenos que se creían firmemente establecidos.

La teoría de la “Revolución hoplita”, tal y como ha sido definida a lo largo de estas décadas de vida, se asienta básicamente en cinco argumentos fundamentales: el “abismo” existente entre el mundo homérico y la *pólis*, el determinismo tecnológico, el vínculo entre función militar y participación política, el conflicto vertical entre “clases sociales”, y la transformación política –la democracia– como consecuencia del cambio militar. No obstante, tras esos argumentos hay oculto un complejo entramado de ideas, afirmaciones y suposiciones, que se han ido acumulando en el curso de los años. Para un adecuado conocimiento de la teoría es vital desarrollar esas implicaciones y enunciados, de modo que la investigación pueda someterlos a análisis. Por ello, a modo de síntesis, trataré de exponer a continuación los diversos argumentos junto a sus diversas ramificaciones:

Con respecto al primero, se parte de la comparación entre dos fases históricas y su consideración como dos mundos diferentes separados por un gran abismo⁶: el mundo anterior a la *pólis*, de tipo oligárquico, identificado con los poemas homéricos, de valores aristocráticos e individualistas, y con un sistema de combate basado en la caballería y los duelos singulares; y el mundo de

⁶ Meyer (1965), Weber (1944), Nilsson (1929), Lorimer (1947), Snodgrass (1964; 1980), Detienne (1968), Greenhalgh (1973), Cartledge (1977; 1996b), Salmon (1977), Murray (1980), Donlan (1997), Polignac (1984).

la *pólis*, caracterizado por la integración de una clase media de hoplitas campesinos, dotado de valores igualitarios, y con un sistema de combate basado en la formación cerrada de la táctica hoplita. En ese panorama, la introducción de la falange conllevará profundas transformaciones en el mundo aristocrático, pues supuestamente implica un mayor número de efectivos, y por tanto una base social más amplia⁷; esa necesidad numérica, planteada como algo automático, pondrá en marcha un proceso de integración militar, que puede ser mecánico –cuando se produce como consecuencia de las crecientes necesidades militares⁸– o intencionado –cuando tiene lugar, bien por las aspiraciones de los grupos integrados (tierra, participación política, riqueza), bien por los intereses de los grupos integradores (mayores efectivos, ampliación de territorios)–⁹.

El segundo argumento, el determinismo tecnológico, implica que la evolución de las tácticas militares está determinada por el cambio en el armamento. La teoría tradicional identifica esa innovación tecnológica con la doble abrazadera del escudo argivo¹⁰, pues implica unas nuevas características de sujeción que, en teoría, lo hacen idóneo para la formación cerrada: el eje defensivo individual se desplaza hacia la izquierda, con lo que cada soldado debe completar su protección refugiándose en el escudo del compañero de la derecha; existe también la alternativa de que sea la panoplia al completo la que determine la transformación táctica, pues sus características conjuntas parecen orientadas específicamente hacia el combate en formación cerrada¹¹. En cualquier caso, las armas se identifican por completo con la nueva táctica, hasta el punto de que son inseparables y sólo tienen sentido ambas juntas¹²: un hoplita aislado es un sin sentido, y tampoco puede postularse una falange que no esté formada por hoplitas armados con la panoplia tradicional. Algunos autores plantean una suerte de “determinismo táctico”¹³: la táctica, previamente existente, determina la innovación tecnológica y la introducción de nuevas piezas de armamento. En ambos casos, el vínculo entre panoplia y falange se mantiene intacto. La teoría del determinismo se sostiene gracias a una idea de base: la innovación se concibe en términos de progreso, y las nuevas piezas o tácticas sustituyen a las antiguas por ser superiores¹⁴. Esa superioridad, cuyo fundamento queda a menudo sin justificar, explica la difusión del nuevo armamento y la nueva táctica: armas y sistemas de combate mejores y más eficaces sustituyen a otros más viejos y obsoletos. A ella se suma la idea de emulación, la necesidad de imitar al vecino cuando éste adquiere una herramienta más efectiva¹⁵, para no quedar atrás en una especie de “carrera armamentística”¹⁶. Las cualidades generales del escudo argivo y de la panoplia en su conjunto parecen asumirse como intrínsecamente superiores al armamento tradicional, mientras que la superioridad de la falange

⁷ Andrewes (1974), Detienne (1968), Greenhalgh (1973), Snodgrass (1980), Starr (1991; 1992).

⁸ Detienne (1968), Greenhalgh (1973), Snodgrass (1980), Cartledge (1977), Donlan (1997).

⁹ Cartledge (1977), Snodgrass (1965a; 1980), Salmon (1977), Starr (1991).

¹⁰ Lorimer (1947), Andrewes (1974), Detienne (1968), Finley (1970), Greenhalgh (1973), Polignac (1984).

¹¹ Finley (1970), Cartledge (1977), Salmon (1977).

¹² Lorimer (1947), Andrewes (1974), Murray (1980).

¹³ Hanson (1990; 1991b; 1999a).

¹⁴ Meyer (1965), Lorimer (1947), Finley (1970), Murray (1980), Holladay (1982).

¹⁵ Meyer (1965), Nilsson (1928), Lorimer (1947), Andrewes (1974), Finley (1970), Holladay (1982).

¹⁶ Lorimer (1947), Andrewes (1974), Holladay (1982).

como táctica reside en la cohesión de la formación cerrada: la falange se presenta como indivisible e irrompible, caracterizada por su orden y disciplina, y se identifica con la poesía de Tirteo y las pinturas vasculares protocorintias; además, es incompatible con cualquier tipo de combate con proyectiles.

El tercer argumento, el vínculo entre función militar y participación política se asienta en la noción de que la guerra ocupa un lugar central en las comunidades griegas, y que la cultura griega es profundamente militarista, pues extrae sus instituciones, su régimen político, su jerarquía social y sus valores cívicos de la experiencia militar¹⁷. Ese vínculo es normalmente lineal y de tipo causal: ejercer la función militar da acceso al poder político, la fuerza militar es la clave del ejercicio del poder¹⁸; ese acceso puede llevarse a cabo bien de un modo natural –es decir, mecánico–¹⁹, o bien de modo conflictivo, forzando la integración mediante la violencia²⁰. La ciudad griega se concibe como una “comunidad de guerreros”, en la que los valores militares dominan la jerarquía social y política y determinan los intereses colectivos²¹.

Ese vínculo entre ejército y política implica, en definitiva, que las cuestiones militares determinan el acceso a la ciudadanía. De ahí el argumento, de origen aristotélico, de que los ciudadanos son aquellos que pueden procurarse el armamento²²; esta idea, que en realidad esconde un criterio económico de la ciudadanía –poseer una capacidad adquisitiva suficiente–, se simplifica habitualmente y se convierte en una cualificación militar para la integración política: basta con poseer las armas para considerarse parte de la ciudadanía; así pues, todo aquel que posea el armamento puede deducirse que es ciudadano. Por tanto, si la ciudad se construye sobre cimientos militares, y puesto que los soldados son a la vez los ciudadanos, existe una clara identidad entre la falange y la *pólis*, pues se trata de dos facetas de un mismo grupo humano, la militar y la política²³: la falange es el cuerpo cívico en armas, mientras que la *pólis* es el ejército ciudadano en asamblea.

El cuarto argumento, la existencia de luchas sociales en la *pólis*, no es exclusivo de la “Revolución hoplita”; sin embargo, hay una serie de elementos característicos de la teoría que conviene resaltar. En primer lugar, el conflicto social se plantea como causa y contexto de las transformaciones políticas, pues para la mayoría de los autores, sólo un panorama de conflictos internos puede justificar los cambios políticos aducidos²⁴. Al definir los grupos enfrentados, normalmente se plantea una dinámica en la que dos sectores con intereses contrapuestos se enfrentan por mera polaridad: su naturaleza e identidad residen en su oposición mutua²⁵. Así, en un extremo se suele situar la aristocracia, definida ambiguamente por unos supuestos valores individualistas y

¹⁷ Meyer (1965), Weber (1944).

¹⁸ Meyer (1965), Weber (1944), Nilsson (1928; 1929), Detienne (1968), Finley (1970), Salmon (1977).

¹⁹ Nilsson (1928; 1929), Snodgrass (1965a), Holladay (1982), Jameson (1992).

²⁰ Meyer (1965), Weber (1944), Andrewes (1974), Detienne (1968).

²¹ Weber (1944), Detienne (1968).

²² Weber (1944), Nilsson (1928), Lorimer (1947), Andrewes (1974), Detienne (1968), Cartledge (1977).

²³ Meyer (1965), Nilsson (1928; 1929), Detienne (1968), Snodgrass (1986; 1994), Cartledge (1977).

²⁴ Weber (1944), Nilsson (1928), Andrewes (1974), Jameson (1992), Salmon (1977).

²⁵ Weber (1944), Nilsson (1928), Detienne (1968), Finley (1970), Murray (1980), Starr (1991), Jameson (1992), Morris (1987).

conservadores²⁶; pero no hay acuerdo sobre qué grupo situar en el otro extremo: la mayoría de autores ubican una “clase hoplita”²⁷, un grupo medio campesino que es propietario de tierras e independiente, pero otros presentan a un *démos* genérico y extenso, que suele describirse como una “clase social” con intereses definidos²⁸. Esta organización social implica que el conflicto es siempre vertical, un enfrentamiento jerárquico en el que se solventan cuestiones de desigualdad, abuso económico o explotación. Acerca de la naturaleza exacta del “conflicto”, la mayoría aboga vagamente por el empleo de diversos grados de violencia. Algunos autores lo han planteado como una “lucha de clases”²⁹, aunque sólo Ste. Croix (1983) se ajusta conscientemente al paradigma marxista. Otros han propuesto también la idea de un “pacto” entre clases sociales³⁰, presumiendo que el pacto es engañoso e interesado, pues un grupo pretende aprovecharse del otro, pero que conduce a efectos inesperados: la aristocracia incorpora, presuntamente, al *démos* hoplita en el ejército ciudadano para favorecer sus intereses militaristas, sin percibir el riesgo de “democratización subversiva” que hay en esa integración.

El quinto argumento, finalmente, propone la existencia de una transformación política que conduce al establecimiento de la democracia. Esa transformación comienza con la reforma militar, pero se acentúa con la transmisión de valores militares a la ideología cívica: el orden, la disciplina, la cohesión, el sacrificio personal, el bien común... valores supuestamente imperantes en la falange que, gracias a la experiencia militar de sus “soldados-ciudadanos”, van a impregnar todo el pensamiento colectivo³¹. Así, gracias al calado de esos valores militares, la evolución política conduce hacia la comunidad igualitaria y democrática³², la plenitud y realización de la *pólis*. Esparta se presenta como el ejemplo paradigmático de ciudad-estado hoplita, donde existe una absoluta identidad entre el cuerpo ciudadano y la “clase” militar³³, y Atenas aparece como el ejemplo más desarrollado y perfeccionado de democracia, el verdadero objetivo de toda *pólis*. El camino hacia la democracia es progresivo, y comienza con el declive de las aristocracias como consecuencia de su pérdida de significación militar, lo que provoca a su vez su declive político³⁴; a continuación se produce el ascenso de las tiranías, gracias a la confluencia de intereses que surgirá entre los futuros tiranos y los recién integrados hoplitas campesinos³⁵: en esa simbiosis, el tirano se presenta como un campeón del *démos* frente a la aristocracia, y emprende una política marcadamente populista³⁶, mientras que el *démos* apoya militarmente al tirano y legitima su irregular ascenso al poder.

²⁶ Weber (1944), Nilsson (1928), Finley (1970).

²⁷ Weber (1944), Nilsson (1928), Andrewes (1974), Holladay (1982), Jameson (1992).

²⁸ Finley (1970), Morris (1987).

²⁹ Weber (1944), Andrewes (1974), Detienne (1968), Finley (1970), Salmon (1977).

³⁰ Cartledge (1977), Starr (1991).

³¹ Meyer (1965), Nilsson (1929).

³² Meyer (1965), Weber (1944), Nilsson (1928), Detienne (1968), Finley (1970), Greenhalgh (1973), Cartledge (1977), Murray (1980), Polignac (1984), Morris (1987), Donlan (1997).

³³ Meyer (1965), Andrewes (1974).

³⁴ Weber (1944), Nilsson (1928).

³⁵ Weber (1944), Andrewes (1974), Cartledge (1977; 1996b).

³⁶ Andrewes (1974), Murray (1980).

Estos son los principales argumentos e ideas en los que se asienta la teoría de la “Revolución hoplita”. Ellos son el fundamento de una reconstrucción sobre la Época Arcaica griega que privilegia el determinismo tecnológico, el enfrentamiento social vertical y el mecanicismo en las transformaciones políticas. Las últimas décadas de investigación han originado un torrente de nuevas ideas y perspectivas sobre la Época Arcaica, y muchas de ellas surgieron dentro de la propia “Revolución hoplita”: reducir el impacto de la tecnología como agente causal, plantear ritmos graduales y progresivos para el cambio social y político, proponer nuevas dinámicas de integración territorial, valorar las tensiones horizontales entre las minorías en el poder como hilo conductor de las transformaciones sociales, sugerir nuevos factores religiosos e ideológicos en los fenómenos de consolidación de las comunidades, reivindicar la guerra desde una perspectiva más humana y experiencial... Desde una perspectiva global, estas propuestas contribuyen a crear no una, sino múltiples alternativas a la visión determinista de la aparición de la *pólis*. En los capítulos siguientes someteré a consideración algunas de esas alternativas, no con el objetivo de ofrecer una interpretación completamente nueva sobre los complejos procesos de la Época Arcaica griega, sino para poner de manifiesto las inconsistencias que la argumentación limpia y directa de la “Revolución hoplita” ha mantenido ocultas.

CAPÍTULO II

DEUDAS CON LA ANTIGÜEDAD

LOS FUNDAMENTOS CLÁSICOS DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA”

Todas las visiones e interpretaciones modernas sobre el Mundo Antiguo tratan, en la medida de lo posible, de apoyarse en testimonios antiguos. En la disciplina histórica, el análisis de determinadas fuentes, básicamente arqueológicas y literarias en el caso de la Época Arcaica griega, debe conducir a la elaboración de una serie de conclusiones sobre el período en cuestión. En una investigación ideal, las fuentes aportan todo el conocimiento y la información necesarias para generar una imagen amplia, detallada y consistente, pero eso no siempre es así, tanto por la naturaleza de las fuentes como por las carencias de la propia investigación. En el caso de la “Revolución hoplita”, las fuentes recibieron un tratamiento diverso, aunque en ocasiones la información que se extrajo de ellas resultó insuficiente para respaldar algunos de los argumentos de la teoría.

Una particularidad que puede señalarse de la “Revolución hoplita” es que mostró una cierta tendencia a emplear las fuentes como una prueba; es decir, que se sirvió a menudo de una serie limitada de testimonios para sostener unos argumentos que habían sido elaborados previamente en un plano teórico. Aunque existen ciertas excepciones, esas fuentes, citas literarias y objetos arqueológicos diversos, fueron utilizados una y otra vez por sucesivos autores para justificar interpretaciones y argumentos similares. Para ilustrar este hecho, emplearemos dos caminos: en primer lugar, revisaremos cuáles son las fuentes que fueron mayoritariamente empleadas por la teoría, y con ese fin nos ajustaremos al esquema de los cinco grandes argumentos que hemos identificado en el capítulo anterior: los dos “mundos” contrapuestos, el determinismo tecnológico, el militarismo antiguo, la “lucha de clases” y el vínculo entre función militar y participación política; ellos nos servirán de marco organizativo, de modo que podamos ver con la mayor claridad posible cuáles eran los cimientos exactos en los que se fundamentaba la teoría. Y en segundo lugar, analizaremos el pensamiento de Aristóteles, para descubrir hasta qué punto la interpretación moderna se apoyó en la visión del filósofo griego sobre los fenómenos sociales y políticos. De este modo trataremos de demostrar que los “fundadores” –Weber, Meyer, Nilsson, Lorimer– de la teoría no sólo fijaron sus argumentos básicos, sino también los testimonios antiguos concretos a los que había que recurrir para justificarlos e incluso el modo en que debían ser interpretados; como veremos, esas premisas fueron respetadas, aceptadas y repetidas con cierta regularidad.



Fig. 1. Crátera ática geométrica, *ca.* 760-750 a.C.

Las escenas de combate son muy habituales en la pintura tardo geométrica. En la banda superior, un combate se desarrolla entre fuerzas de diverso tipo: guerreros armados con espadas o escudos combaten entre sí, mientras los arqueros disparan sus flechas desde distancias próximas; algunos guerreros toman a sus oponentes del penacho del casco, antes de asestar el golpe definitivo. Los cadáveres se apilan a la izquierda de la escena. Sin orden, sin formación, los guerreros geométricos parecen combatir en un sistema de duelos individuales.

ARGUMENTOS MODERNOS, TESTIMONIOS ANTIGUOS

DEL COMBATE HOMÉRICO A LA FALANGE

Dentro de la argumentación de la “Revolución hoplita”, la idea del “abismo” entre dos períodos de la historia de Grecia fue sin duda una de las más importantes y a la que se destinaron mayores esfuerzos. Ese supuesto “abismo” era la justificación que los seguidores de la teoría aportaban para explicar el cambio militar que ponía en marcha el proceso de aparición de la *pólis* arcaica. Así pues, se trataba de un argumento complejo por lo que respecta a las fuentes, pues necesitaba demostrar ante todo que esos dos contextos radicalmente diferentes habían existido y podían ser fácilmente descritos; había que partir de la base, por tanto, de que el combate individual y a larga distancia de época homérica, y la falange de Época Arcaica habían sido modelos de combate diferentes. Justificar la imagen de un combate pre-hoplita basado en guerreros aristocráticos que se enfrentaban en combates singulares no era excesivamente problemático, pues bastaba con recurrir a Homero para encontrar toda una batería de testimonios; sin embargo, la introducción de la falange era una cuestión más compleja que precisaba de evidencias más diversas y que en la práctica comprometía al segundo argumento, el relativo al determinismo tecnológico. Por ese motivo, nos centraremos ahora en las fuentes relacionadas con el combate aristocrático, y analizaremos los testimonios de la falange hoplita en el siguiente apartado.

Fig. 2. Enócoe de Lambros, *ca.* 750 a.C.

Los guerreros geométricos parecen actuar siempre de modo individual. En la banda central de esta enócoe geométrica, guerreros con diverso armamento (escudos, espadas, proyectiles) se suceden sin que exista ninguna apariencia de orden entre ellos.



A la hora de ilustrar y definir el modo de combate propio de fines de la Época Oscura, un testimonio relativamente firme se encontró en las pinturas cerámicas de estilo geométrico, cuyas escenas de combate aparentemente mostraban un universo radicalmente diferente al de la falange: guerreros provistos de armamento diverso –panoplia completa y pesada en ocasiones, combinados con lanceros ligeros sin escudo ni coraza, arqueros, etc.– se enfrentan entre sí de modo individual, en escenas que parecen denotar una lucha abierta y basada fundamentalmente en los proyectiles (Lorimer 1947; Salmon 1977) (Figs. 1-3). Esas imágenes parecían describir un modo de combate que nada tenía que ver, se decía, con la homogeneidad y rigidez que se consideraban propias de la falange.

Las escenas geométricas parecían además corroborar la información obtenida de testimonios literarios contemporáneos, los poemas homéricos, donde la teoría tradicional había resaltado siempre la existencia de combates individuales entre los grandes héroes (Weber 1944; Meyer 1965; Nilsson 1928). Ejemplos recurrentes de ello eran algunas de las escenas de duelos, como el de Paris y Menelao (*Il.* 3.15-388), el de Héctor y Áyax (*Il.* 7.23-305) o el de Héctor y Aquiles (*Il.* 22.90-409), entre otros muchos. Los pasajes que representaban a los héroes avanzando o simplemente circulando en sus carros (*Il.* 4.301-309, 5.503-505, 16.367-369, etc.) también se utilizaron como testimonio a favor de un combate abierto, pues la presencia del carro parecía excluir la posibilidad de formaciones cerradas (Weber 1944; Meyer 1965; Nilsson 1928; Detienne 1968a). Otros testimonios de los poemas se emplearon además para enfatizar las diferencias del sistema de combate homérico con la falange hoplita: la presencia de escudos con telamón (*Il.* 2.388, 5.796, 12.401, 16.803), el énfasis en la lucha a distancia mediante proyectiles (*Il.* 3.79-80, 15.313, 16.361 y 773), o la existencia de distintas tipologías armamentísticas (Lorimer 1947).



Fig. 3. Enócoe de Atenas, 735-720 a.C.

Los guerreros combinan las armas arrojadas con la espada, mostrando un tipo de combate abierto y cambiante. La presencia de carros aumenta la sensación de falta de formación cerrada, aunque la postura de la enigmática figura central (interpretada habitualmente como una pareja de gemelos míticos) parece demostrar que estos artefactos no se utilizaban como plataformas móviles de tiro, sino que, como confirma Homero, los guerreros descendían a tierra para luchar a pie.

Algunos autores recurrieron también a Arquíloco para justificar la idea del cambio táctico (Lorimer 1947; Podlecki 1969), debido a sus referencias al combate con espadas en la llanura lelantina, sistema que se consideraba antitético al hoplita. En el fragmento 3 West, Arquíloco confiesa:

“No se tensarán ya muchos arcos ni numerosas hondas (*οὐ τοι πόλλ' ἐπὶ τόξα τανύσσεται, οὐδὲ θαμνίαι σφενδόνας*), cuando Ares convoque el combate en la llanura (*ἐν πεδίῳ*). Será un trabajo funesto de espadas (*ξιφείων ἔργον*). Pues en este tipo de combate (*ταύτης μάχης*) son expertos (*δάμονες*) los dueños de Eubea, famosos por la lanza (*δεσπότης Εὐβοίης δουρικλυτοί*)”.

Este texto de Arquíloco se ponía en directa relación con la cita de Estrabón (10.1.12) acerca del pacto anti-proyectiles suscrito supuestamente entre Cálcis y Eretria en esa misma guerra (Lorimer 1947; Jeffery 1976; Greenhalgh 1973; Murray 1980), con lo que parecían ilustrarse los inicios de un cambio táctico tendente a la eliminación del combate a larga distancia y a la preferencia por las formaciones cerradas. En efecto, Estrabón afirmaba que

“En general, esas ciudades estaban en paz unas con otras, pero cuando disputaban sobre la llanura de Lelanto (*περὶ δὲ Ληλάντου διενεχθεῖσαι*) no rompían relaciones por completo de modo que cada una se comportase en la guerra a su capricho (*ἐν τῷ πολέμῳ κατὰ αὐθάδειαν δρᾶν*), sino que llegaban a un acuerdo sobre el modo en que iban a llevar a cabo el combate (*συνέθεντο ἐφ' οἷς συστήσονται τὸν ἀγῶνα*). Este hecho lo pone de relieve una estela en el Amarintio que prohíbe el empleo de proyectiles (*ἐν τῷ Ἀμαρυνθίῳ στήλῃ τις φράζουσα μὴ χρῆσθαι τηλεβόλοις*)”.

De este modo, la estela del Amarintio, de la que Estrabón es la única referencia existente (Wheeler 1987), se ponía en relación con el fragmento de Arquíloco para respaldar la idea de que se estaba produciendo en Grecia un cambio táctico que conduciría a la falange.

TECNOLOGÍA Y TÁCTICA HOPLITA

Con respecto al segundo argumento, ya hemos mencionado que el determinismo tecnológico trataba de explicar el modo en que el cambio en la tecnología armamentística en Grecia condujo a la introducción de la falange, una transformación táctica que a continuación se empleaba como causa fundamental de un proceso que desembocaba en la *pólis* arcaica. Este argumento era

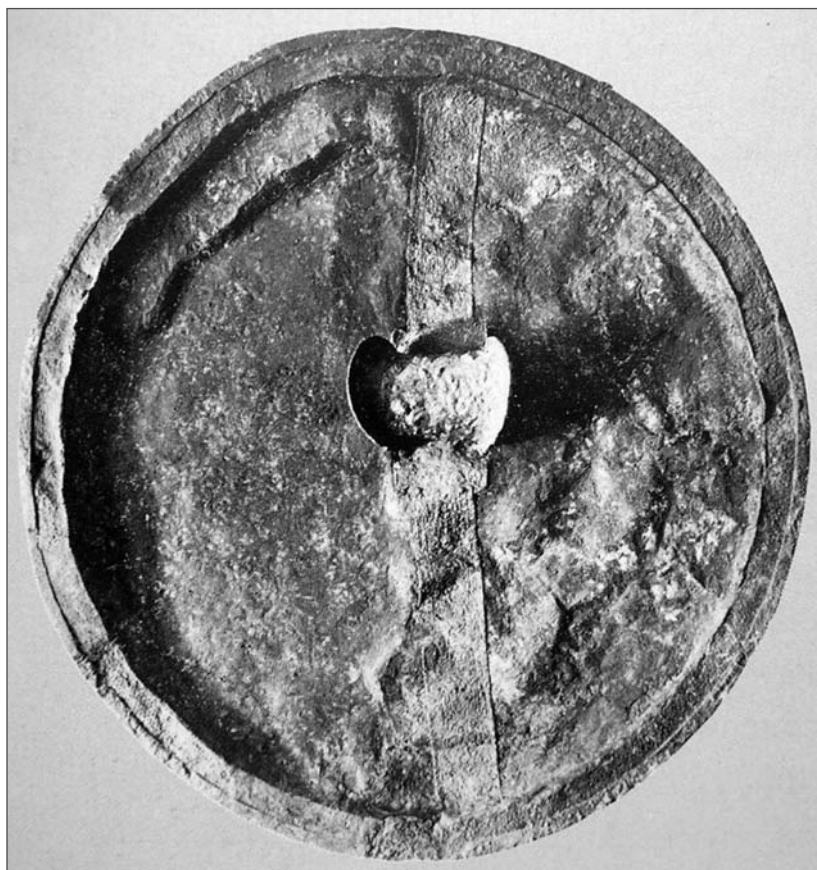


Fig. 4. Escudo argivo, siglos VII-VI a.C.

La novedad fundamental del escudo argivo consistió en que el asa central (*pórpa*) ya no estuvo destinada a la mano sino que se convirtió en una banda por la que pasar el antebrazo, como se observa en la cara interior de este escudo encontrado en Olimpia. De este modo se mejoraba su agarre y estabilidad. La longitud del antebrazo paso a ser, por tanto, un factor clave, pues determinaría las dimensiones finales del propio escudo.

el cimiento en el que se apoyaba toda la estructura teórica de la “Revolución hoplita”, de ahí que fuese preciso justificar dos ideas diferentes: primero, el cambio táctico, que ya hemos descrito; y segundo, las características del armamento hoplita, tanto de cada elemento de la panoplia por separado como del conjunto, y su adecuación a un sistema de combate en formación cerrada.

El escudo argivo representaba la clave del argumento determinista, de modo que fue objeto de la mayor atención. Se enfatizó primeramente la presencia de la doble abrazadera, el *pórpa* y la *antilabé* –nombres tomados de Estrabón (3.3.6)– (Lorimer 1947; Detienne 1968a; Greenhalgh 1973), que se muestran en innumerables pinturas vasculares y representaciones escultóricas (Figs. 4-5). Pero también se hizo hincapié en su relevancia dentro de la cultura griega, defendida con dos argumentos básicos: primero, que el hoplita extraía su nombre del escudo, y segundo, que los griegos solían referirse a los soldados de infantería pesada mediante la metonimia del “escudo”. El primer argumento se apoyaba casi de modo exclusivo en una fundamental –aunque muy problemática– cita de Diodoro (15.44.3), quien afirmaba que “los hoplitas fueron nombrados a partir

del escudo (*ἀπὸ τῶν ἀσπίδων ὀπλῖται καλούμενοι*), como los peltastas recibieron su nombre del *pelte* (*ἀπὸ τῆς πέλτης πελτασταὶ μετωνομάσθησαν*); ello solía completarse a menudo con otra cita, esta vez de Pausanias (5.8.10.1-5), acerca de la carrera de soldados armados en Olimpia: “La carrera de hoplitas (*τῶν δὲ ὀπλιτῶν ὁ δρόμος*)”, dice Pausanias, “fue establecida en la 65 olimpiada, como preparación, me parece a mí, para los asuntos de la guerra (*μελέτης ἔνεκα τῆς ἐς τὰ πολέμικα*). El primero que venció a los corredores con escudos (*τοὺς δὲ δραμόντας ἀσπίσιν*) fue Demarato de Herea”. El nombre del nuevo soldado de infantería pesada aparecía así supuestamente unido a la nueva pieza de tecnología.

El segundo argumento, por otra parte, se apoyó en las diversas referencias de historiadores clásicos a la profundidad de las falanges clásicas medida en “escudos”: por ejemplo, Tucídides afirma (4.93.4) que los tebanos formaron con 25 escudos en fondo en Delio (*ἐπ’ ἀσπίδας δὲ πέντε μὲν καὶ εἴκοσι Θηβαῖοι ἐτάξαντο*), mientras que Jenofonte cuenta (*Hell.* 6.4.12.5-6) que pusieron 50 escudos en fondo en Leuctra (*οἱ δὲ Θηβαῖοι οὐκ ἔλαττον ἢ ἐπὶ πεντήκοντα ἀσπίδων συνεστραμμένοι ἦσαν*). De este modo se pretendía respaldar la idea de que el escudo era una pieza decisiva para los griegos, no sólo en términos estrictamente militares, sino incluso culturales. Otra cualidad



Fig. 5. Escudo argivo, siglo IV a.C.

El escudo argivo consistía en una estructura de madera recubierta de una fina capa exterior de bronce. El borde (*itus*) solía ir reforzado con una protección metálica, y la cara interior podía cubrirse con una lona o fieltro que podía ir decorado. La ilustración muestra el modo en que las diversas partes se ensamblaban, así como la peculiar forma de cuenco, que mejoraba su resistencia frente a impactos directos y presiones en los bordes.

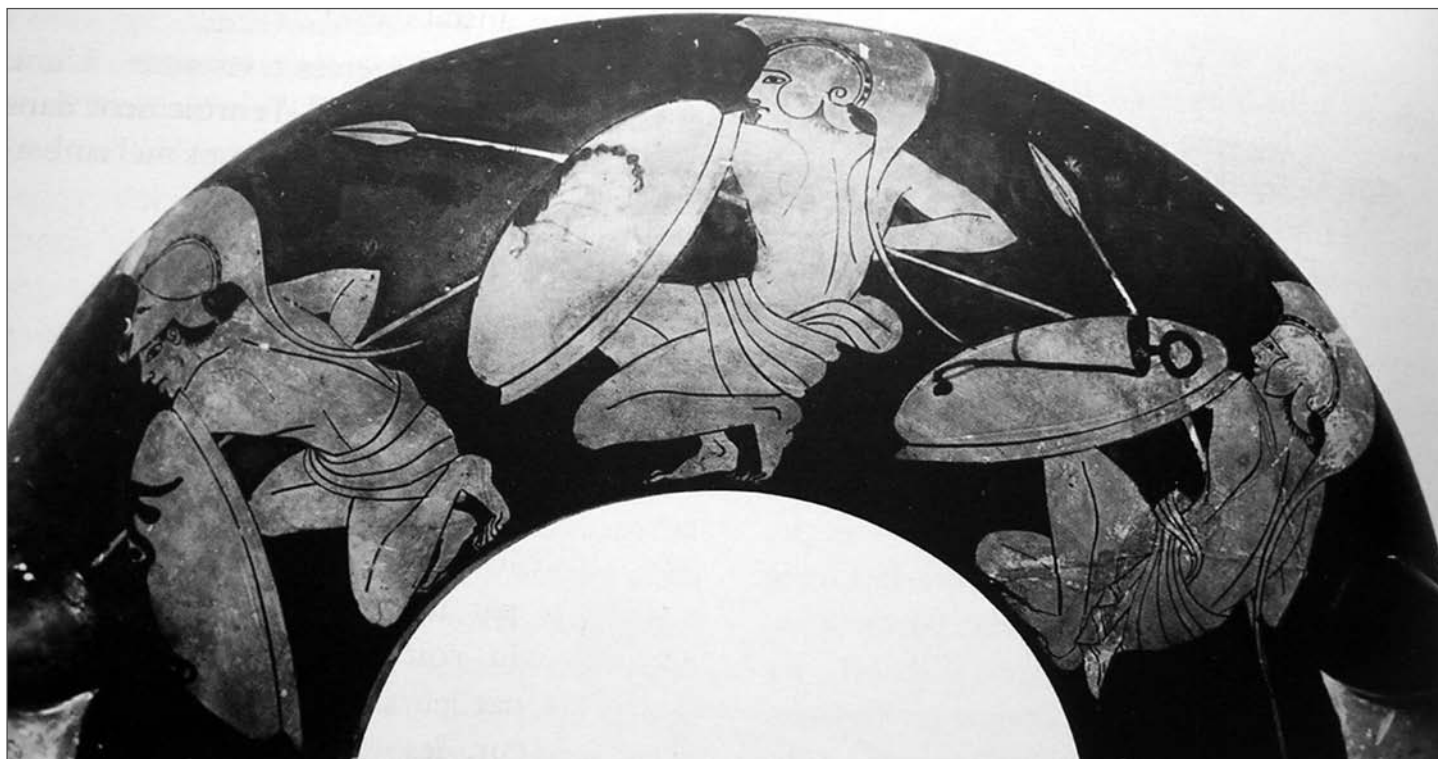


Fig. 6. Copa ática, fines siglo VI a.C.

Las pinturas cerámicas ofrecen un testimonio absolutamente coherente acerca de la concavidad del escudo argivo. En esta imagen, en la que el artista representa el escudo de perfil, se puede observar el modo en que esa característica podía ser aprovechada para ofrecer una protección total a un guerrero agachado. Ver también Fig. 5 (p. 78).

del escudo que habitualmente se señalaba era su concavidad, y para afianzar esta idea se recurrió a algunas representaciones cerámicas que muestran el escudo de perfil (Fig. 6), así como a diversos pasajes de la lírica arcaica en los que se hace referencia a esa cualidad mediante el adjetivo “*koílos*”, “hueco” (Tyr. 19.7; Mímn. 13a.2; Alc. 357.8), o alguna perífrasis similar, como el “anchuroso vientre” (*εὐρείης γαστρὶ*) que encontramos en Tirteo 11.24.

La lanza de combate era un arma secundaria para los teóricos de la “Revolución hoplita”, de modo que prescindían a menudo de descripciones acerca de sus rasgos físicos, como la madera del asta o la presencia de dos puntas metálicas (Fig. 7). En cambio, preferían centrarse en la idea de que era un arma representativa de la cultura griega (Nilsson 1928; 1929; Lorimer 1947; Detienne 1968a), y para ello citaban de modo recurrente el fragmento de Arquíloco (frg. 2 West) en el que el poeta se refiere a su lanza como su herramienta principal: “En la lanza tengo mi pan negro, en la lanza mi vino de Ismaro; bebo apoyado en la lanza” (*ἐν δορὶ μὲν μοι μᾶζα μεμαγμένη, ἐν δορὶ δ’ οἶνος Ἴσμαρικός· πίνω δ’ ἐν δορὶ κεκλιμένος*). También citaban a Esquilo y el modo en que el dramaturgo ateniense presentaba las guerras contra los persas como un enfrentamiento entre la “lanza doria” (*Δωρίδος λόγχης*) y el arco persa (Pers. 816-817; cf. 25-32, 52-57, 85-86, 147-149, 278, 728-729).

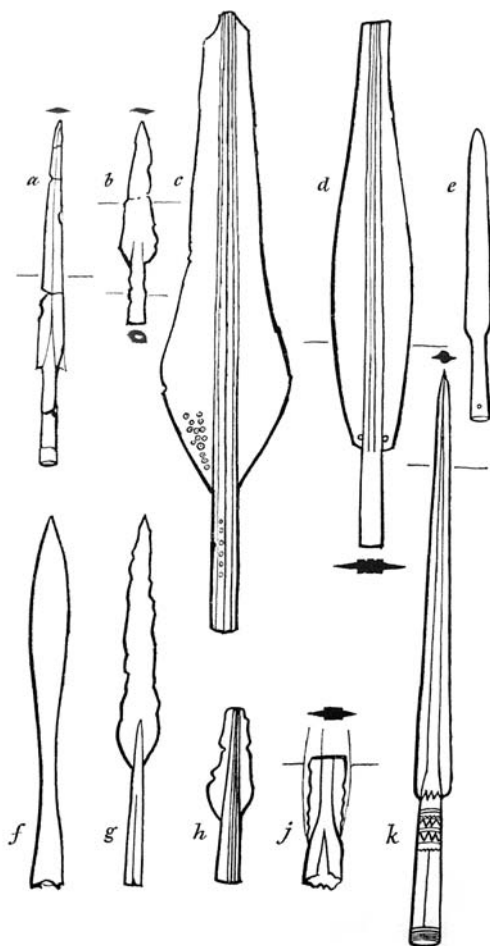


Fig. 7. Tipos de punta de lanza griega, siglos VIII-V a.C.

La tipología de puntas de lanza empleadas por los griegos a lo largo de la época Arcaica es muy extensa. Snodgrass (1964: 115-139) distinguió cerca de una veintena de formas y tamaños diferentes, asimilando las de menor peso y longitud a jabalinas o armas arrojadas, y las de mayores dimensiones a lanzas de combate o acometida. De entre todas ellas, identificó el tipo “J” (un tanto fragmentado en la ilustración) como la lanza de combate griega por excelencia.

Las características formales del resto de elementos de la panoplia –casco, coraza, espada y grebas– han carecido normalmente de relevancia para los autores que estudian el proceso de implantación de la falange hoplita, por lo que no incluiremos menciones al respecto aquí. Lo que interesa resaltar es que una primera línea de testimonios se emplearon para representar a las dos piezas principales del equipamiento hoplita, el escudo y la lanza, como las armas características del soldado-ciudadano, convirtiéndolas poco más que en la encarnación de los valores ciudadanos de la *pólis* griega. Sin embargo, otras características del armamento han sido tradicionalmente puestas de relieve con el fin de resaltar la naturaleza de la panoplia como conjunto integrado.

Por supuesto, hay innumerables restos arqueológicos –algunos muy conocidos, como la panoplia de Argos (Fig. 8)– que se han propuesto como ilustración de las características formales del armamento hoplita (Snodgrass 1964; 1980); en todos ellos pueden apreciarse los distintos elementos que componían la panoplia del hoplita, e incluso apreciar matices que ayudan a conformar tipologías diferentes. Evidentemente, no vamos a entrar en detalle en ellos ¹, pues no

¹ Estudios armamentísticos: Snodgrass 1964; 1999; Jarva 1995; Anderson 1991; Hanson 1990; 1991b; 1999a.

Fig. 8. Panoplia de Argos,
fines siglo VIII a.C.

La llamada “panoplia de Argos” es uno de los ejemplos más antiguos de armamento defensivo griego de época Arcaica. Las piezas que la componen, realizadas en bronce, poseen sin embargo una extraordinaria calidad. El casco, del tipo denominado *Kegelhelm* con grandes carrilleras triangulares y elevado penacho de acuerdo con modelos orientales, desaparecería en los siglos siguientes en favor del casco corintio, mientras que la coraza, denominada “de campana” y consistente en dos placas unidas con correajes, sobreviviría un tiempo más hasta ser sustituida en época Clásica por modelos más ligeros.

interesaba tanto a la teoría describir físicamente ese equipamiento como interpretar su potencial militar al emplearlo. En ese sentido, una línea teórica trató de enfatizar los inconvenientes de la panoplia hoplita derivados de su excesivo peso y su escasa maniobrabilidad (Hanson 1990; 1991b; 1998; 1999a); para justificar esa idea, se buscaron testimonios que mencionasen el peso del escudo, como el hecho indirecto de que las tropas en fuga lo arrojasen de inmediato al suelo para favorecer la huida, una tradición aparentemente larga que procede al menos de Arquíloco (frg. 5 West), Alceo (Hdt. 5.95; Strab. 13.1.38) y Anacreonte (frg. 36b). Se incidió también en las limitaciones sensoriales derivadas de la forma del casco corintio (Hanson 1990; 1991b), idea justificada con ayuda de la narración de la debacle ateniense en las Epípolas (Th. 7.44), o de la confusión reinante en Delio, cuando “algunos atenienses, desorientados por el movimiento envolvente (*διὰ τὴν κύκλωσιν παραχθέντες*), no se reconocieron y se dieron muerte entre sí (*ἡγνόησάν τε καὶ ἀπέκτειναν ἀλλήλους*)” (Th. 4.96.3.6-7). Los inconvenientes de la panoplia sirvieron, por tanto, como argumento para justificar no sólo su necesario empleo conjunto, sino también su uso en una táctica de formación cerrada en la que la rapidez y la movilidad no eran esenciales, y la lentitud y falta de agudeza sensorial se veía contrarrestada por la proximidad de los compañeros.

Mientras, otra línea teórica trató en cambio de insistir en la extraordinaria idoneidad de la panoplia hoplita a la falange (Detienne 1968b; Cartledge 1977; Salmon 1977; Snodgrass 1964), pero las fuentes en las que se apoyó esta idea fueron muy escasas. La referencia de Tucídides es posiblemente la fuente más importante; pocos textos han influido de modo más decisivo en un argumento historiográfico, y merece la pena recogerla entera. Al describir la primera batalla de Mantinea (5.71.1.3-8), el historiador ateniense afirma que:



“Todos los ejércitos (στρατόπεδα ἅπαντα) actúan del siguiente modo: durante el combate se desplazan hacia su flanco derecho (ἐπὶ τὰ δεξιά κέρατα αὐτῶν ἐξωθεῖται), de modo que ambos bandos sobrepasan con su extremo derecho el flanco izquierdo del enemigo (περίσχουσι κατὰ τὸ τῶν ἐναντίων εὐώνυμον ἀμφοτέρω τῷ δεξιῷ), pues a causa del miedo (διὰ τὸ φοβούμενους) acerca cada hombre su lado desprotegido lo más posible al escudo del compañero situado a su derecha (προσσελλεῖν τὰ γυμνὰ ἕκαστον ὡς μάλιστα τῇ τοῦ ἐν δεξιᾷ παρατεταγμένου ἀσπίδι), en la idea de que están más protegidos cuanto más apretada está la línea (νομίζειν τὴν πυκνότητά τῆς συγκλήσεως εὐσκεπαστότατον εἶναι). Y el que origina este comportamiento (ἡγείται μὲν τῆς αἰτίας ταύτης) es el hombre situado en el extremo derecho (ὁ πρωτοστάτης τοῦ δεξιοῦ κέρως), constantemente preocupado por sustraer al enemigo su lado desprotegido, y los demás le siguen por el mismo temor (ἔπονται δὲ διὰ τὸν αὐτὸν φόβον καὶ οἱ ἄλλοι)”.

Esta idea aprovechaba una cualidad del escudo hoplita, por la cuál la doble abrazadera aparentemente desplazaba el eje defensivo del escudo y provocaba que proporcionase protección a su portador con su mitad derecha, mientras que la mitad izquierda quedaba desocupada; a la vez, el lado derecho del portador quedaba también desguarnecido. De este modo, el propio diseño técnico del escudo hacía necesaria, supuestamente, la formación cerrada, con el fin de contrarrestar esa carencia defensiva. En apoyo de este testimonio solía citarse también uno de los apotegmas laconios de Plutarco, que afirmaba que “el escudo se lleva por el bien de toda la fila (τῇ δ’ ἀσπίδι τῆς κοινῆς τάξεως ἕνεκα)” (*Mor.* 220a 5-8). Desde la perspectiva de los estudiosos de la “Revolución hoplita”, ambos testimonios se complementaban, pues, del mismo modo que en Tucídides el escudo necesitaba de la fila para ser efectivo, en Plutarco se ponía de manifiesto que la fila necesitaba del escudo para mantener su cohesión e integridad.

Otro argumento para justificar el vínculo entre tecnología y táctica, entre armamento y falange, se apoyaba en referencias textuales al empleo de “flautas” en contextos bélicos, pues se asumía que la flauta, al favorecer con su ritmo la integridad de la línea, era indicativa del orden y la cohesión de la falange (Detienne 1968a). Así, se solía citar a Tucídides cuando afirmaba que los espartanos avanzaron al ritmo del *aulós*, “según era su costumbre (ὁμοῦ ἐγκαθεστῶτων)”, en la batalla de Mantinea, con el fin de “avanzar en orden y sin que sus filas se abrieran (ἵνα ὁμαλῶς μετὰ ῥυθμοῦ βαίνοντες προσέλθοιεν καὶ μὴ διασπασθεῖν αὐτοῖς ἡ τάξις)” (5.70.1); otras referencias (Xen. *Cyr.* 7.1; Plut. *Lyc.* 21-22) se interpretaron de modo similar. Por último, la idea del amateurismo tradicional de los ejércitos griegos también se empleó como un argumento a favor de la formación cerrada, pues en la falange, opinaban algunos (Detienne 1968a), la pericia con las armas no era tan necesaria como en el combate individual; así, se citaban las referencias de Jenofonte (*Oec.* 5.4-5, 6.6-7, 6.9-10) y Aristóteles (*Oec.* 1343 b 2-6) a la condición campesina de los soldados griegos.

La mayoría de los testimonios antiguos que se empleaban, por tanto, para justificar ese vínculo entre tecnología y táctica pertenecen en realidad a la Época Clásica, y sólo algunos fragmentos procedían de la literatura arcaica. Algunos teóricos de la “Revolución hoplita” (Latacz 1977; Pritchett 1985a) interpretaron en cierto momento —aunque no de modo unánime— los denominados “pasajes hoplitas” de Homero como una representación vívida y fidedigna de una falange en acción. Estos dos pasajes, casi idénticos, se han hecho enormemente famosos por representar supuestamente las apretadas filas de guerreros con sus cascos y penachos tocándose entre sí:

“... pues los mejores aguardaban a los Troyanos y al divino Héctor, arrimando la lanza a la lanza y el escudo al escudo ajustado (φράξαντες δόρυ δουρί, σάκος σάκει προθελύμνῳ). El escudo se apoyó en el escudo, el yelmo en el yelmo, el hombre en el hombre (ἀσπίς ἄρ’ ἀσπίδ’ ἔρειδε, κόρυς κόρυν, ἀνὴρ δ’ ἀνῆρ). Los empenachados cascos se tocaban con los brillantes crestones al agitar la cabeza (ψαῦον



Fig. 9. Aríbalo de Perachora, ca. 675-650 a.C.

Varios autores han considerado esta escena como precursora del combate en formación cerrada: los guerreros, todavía armados de modo heterogéneo, parece estar más próximos entre sí para el combate, formando en ocasiones esbozos de líneas o formaciones. A pesar de la presencia del arquero, el arma predominante es la lanza. Comenzaría de este modo una evolución artística que culminaría, aventuran algunos, en el Vaso Chigi (Fig. 14) (pp. 139-141).

δ' ἵππόκομοι κόρυθες λαμπροῖσι φάλοισι νευόντων), tan apiñados formaban unos con otros (ὥς πυκνοὶ ἐφέστασαν ἀλλήλοισιν). Entrelazaban las lanzas (ἔγχεα δ' ἐπτύσσοντο), que vibraban en las audaces manos. Y tan sólo pensaban en que deseaban combatir”.

Il. 13.130-135

“Con estas palabras excitó la cólera y el ánimo de cada uno. Las filas se cerraron aún más al escuchar al rey (*μᾶλλον δὲ στίχες ᾔρθεν, ἐπεὶ βασιλῆος ἄκουσαν*). Como cuando un hombre ajusta con apretadas piedras la pared de una alta casa (*ὥς δ' ὅτε τοίχον ἀνὴρ ἀράρη πυκνῶσι λίθοισι δώματος ὑψηλοῦ*) para protegerla de la fuerza de viento, así se ajustaron los yelmos y los abollonados escudos (*ὥς ἄραρον κόρυθες τε καὶ ἀσπίδες ὀμφαλόεσσαι*). El escudo se apoyó en el escudo, en yelmo en el yelmo, el hombre en el hombre (*ἀσπίς ἄρ' ἀσπίδ' ἔρειδε, κόρυς κόρυν, ἀνέρα δ' ἀνὴρ*). Los empenachados cascos se tocaban con los brillantes crestones al agitar la cabeza (*ψαῦον δ' ἵππόκομοι κόρυθες λαμπροῖσι φάλοισι νευόντων*), tan apiñados formaban unos con otros (*ὥς πυκνοὶ ἐφέστασαν ἀλλήλοισι*)”.

Il. 16.210-217

Tirteo se inspiraría en esta imagen para componer uno de sus poemas cerca de un siglo más tarde, y también sería repetidamente citado como indicador de una falange en acción:

“Pero vaya recto cada uno al cuerpo a cuerpo (*ἀλλά τις ἐγγὺς ἰὼν αὐτοσχεδόν*), y golpeando con la lanza pesada o con la espada alcance al enemigo, y colocando un pie junto a otro pie y apoyando el escudo contra otros escudos (*καὶ πόδα πᾶρ ποδὶ θείς καὶ ἐπ' ἀσπίδος ἀσπίδ' ἐρείσας*), la cimera contra otra cimera, el casco contra otro casco (*ἐν δὲ λόφον τε λόφῳ καὶ κυνέην κυνέῃ*), y acercando el pecho a otro pecho combata al enemigo (*καὶ στέρνον στέρνῳ πεπλημένος ἀνδρὶ μαχέσθω*), sosteniendo la empuñadura de la espada o la pesada lanza”.

Fig. 11.29-34 West

La imagen que la “Revolución hoplita” impulsó de una falange formada por filas cerradas de soldados cuya principal baza táctica era la cohesión y el imperativo de no ceder ni un centímetro de terreno ante el enemigo se completaba con otras fuentes secundarias, como las menciones homéricas al combate en masa (*Il.* 4.422-429, 4.446-449, 8.60-63, 12.105), junto a las diversas referencias de Tirteo a la necesidad de mantener la posición y evitar la vergonzosa huida:

“Permanezca cada uno bien plantado sobre ambos pies (τις εὖ διαβας μενέτω ποσὶν ἀμφοτέροισι), afianzado en la tierra (στηριχθεὶς ἐπὶ γῆς), mordiendo con los dientes el labio (χείλος ὀδοῦσι δακύν), y ocultando por completo (τε κάτω καλυψάμενος) los muslos y piernas, el pecho y los hombros (μηρούς τε κνήμας καὶ στέρνα καὶ ὤμους) con el vientre anchuroso del escudo (ἀσπίδος εὐρείης γαστρί)”.

Frg. 11.21-24 West

Cuando se trató de buscar una representación visual de esa falange, la imagen por excelencia, repetida una y otra vez en las obras de los principales estudiosos (Lorimer 1947; Detienne 1968a; Salmon 1977; Murray 1980), ha sido sin duda la escena principal del denominado Vaso Chigi (Fig. 14), un olpe protocorintio fechable cerca del 640 a.C. que muestra lo que aparentemente son dos filas de hoplitas que se lanzan una al encuentro de la otra; el poder visual de la imagen, unido a la presencia del *auletés*, ha sido para muchos autores tan intenso que ha anulado las dudas derivadas del equipamiento o de la interpretación de la escena.

Algunos autores (Lorimer 1947; Salmon 1977: 85-92) propusieron también otras escenas de vasos protocorintios como representaciones de una falange en acción, o al menos de la supuesta transición hacia una falange madura: el aríbalo de Peracora (Fig. 9), el aríbalo de Siracusa (Fig. 10),



Fig. 10. Aríbalo de Siracusa, ca. 660-650 a.C.

La escena muestra guerreros con un armamento más uniforme, consistente en lanzas, cascos y escudos redondos, probablemente de tipo argivo. Sin embargo, no hay aquí ningún indicio todavía de combate en formación cerrada. Según Lorimer (1947) y Salmon (1977), esa evolución se advertirá de modo mucho más claro en las escenas del aríbalo de Berlín (Fig. 15) (p. 141) y del aríbalo Macmillan (Fig. 17) (p. 143).

el aríbalo de Berlín (Fig. 15) y el aríbalo Macmillan (Fig. 17), todos ellos fechados en la segunda mitad del siglo VII a.C. Este es el motivo fundamental de que Tirteo y la cerámica protocorintia se considerasen las primeras representaciones históricas de una falange, y se citasen como testimonio de su introducción en Grecia.

MILITARISMO Y CULTURA GRIEGA

El tercer fundamento de la teoría de la “Revolución hoplita” era considerar que la cultura griega se encontraba completamente volcada en las actividades militares, y que la guerra no era solamente “una función normal, sino también *un estado normal*” (Romilly 1968: 207; cursiva añadida). Esa es una afirmación extraordinariamente amplia: todas las esferas de la vida pública y privada –religiosa, económica, social, política– podían, supuestamente, ser susceptibles de estar motivadas, inspiradas, organizadas y orientadas a un propósito bélico. Sin embargo, la “Revolución hoplita” manejó y transmitió en la práctica una selección particularmente reducida de fuentes.

El argumento del militarismo se justificó principalmente mediante testimonios literarios. Por ejemplo, era frecuente aducir que la guerra estaba presente en las diversas tradiciones y mitos sobre los orígenes de las distintas *póleis*; sin embargo, la mayor parte de los autores hacían una referencia de pasada al caso ateniense o tebano, y se centraban en exclusiva en las Guerras Mesenias y el origen del estado espartano (Murray 1980; Cartledge 1977). El testimonio más frecuentemente citado era el poema de Tirteo acerca de la supuesta conquista de Mesenia:

“A nuestro soberano, Teopompo, amado por los dioses, gracias al cual capturamos la anchurosa Mesenia (Μεσσήνην εἵλομεν εὐρύχωρον). Mesenia, buena para cultivar, buena para plantar. En ella combatieron durante diecinueve años encarnizadamente y con ánimo audaz los lanceros padres de nuestros padres (ἀμφ’ αὐτὴν δ’ ἐμάχοντ’ ἐνέα καὶ δέκ’ ἔτη νωλεμέως αἰεὶ ταλασίφρονα θυμὸν ἔχοντες αἰχμηταὶ πατέρων ἡμετέρων πατέρες); abandonando al vigésimo año de grandes trabajos, huyeron de los elevados montes del Itome (εἰκοστῷ δ’ οἱ μὲν κατὰ πτόνα ἔργα λιπόντες φεύγον Ἰθωμαίων ἐκ μεγάλων ὀρέων)”.

Frg. 5 West

Este poema era a continuación puesto en conexión con la detallada y controvertida narración de Pausanias (4.5ss.) sobre ese oscuro proceso, con lo que se le daba un barniz de rigor histórico. Esparta y su peculiar historia se convirtieron en el ejemplo más recurrente de *pólis* militarizada, pues muchos autores (Tigerstedt 1965; Forrest 1980) hicieron también referencia al establecimiento de las reformas de Licurgo, la Gran Rhetra y el sistema educativo espartano (Hdt. 1.65-66; Th. 1.18.1; Plut. *Lyc.*; Arist. *Pol.* 1269a-1271b; Xen. *Lac.*) para completar esa idea de la *politeia* espartana como comparable a un campamento militar (Isoc. *Archid.* 81; Plat. *Leg.* 666e).

En líneas generales, el argumento del militarismo giraba en torno a dos ideas: primera, que el guerrero era garante de la estabilidad y seguridad de la comunidad (Weber 1944; Meyer 1965; Nilsson 1928), y segunda, que lo militar constituía un factor decisivo en la vida política, social y económica de las ciudades griegas. La clave residía, sin embargo, en la idea de que la nueva experiencia militar del siglo VII, consecuencia de la introducción de la falange hoplita, había supuesto el traspaso de un conjunto de valores estrictamente militares al conjunto de la comunidad: primero, la defensa del territorio, la familia y los bienes; segundo, la cohesión e integración; y tercero, la idea del bien común, con el abandono de intereses particulares en favor de la comunidad. Aunque la idea era, como vemos, muy amplia, las fuentes que se emplearon para fundamentarla eran relativamente escasas: por un lado, se hacía mención a las *táxeis* del ejército ateniense,

unidades de origen tribal que representaban la faceta militar de la estructura cívica (Hdt. 6.111, 112, 7.104, 9.31; Th. 5.66, 70); también se hacía referencia al *lógos epitáphios* de Pericles en el primer año de la Guerra del Peloponeso (Th. 2.34), en representación de todo el género de discursos funerarios, como compendio de valores marciales aplicados a la defensa y engrandecimiento de la comunidad. Otro testimonio repetidamente citado en relación con la mezcla de valores cívicos y militares era el conocido Juramento de los Efebos, que se presentaba como la síntesis más explícita del pensamiento y la responsabilidad militar del cuerpo ciudadano; el juramento, recogido por Pólux (8.105-106), rezaba así:

“Los efebos patrullaban el territorio protegiéndolo, como entrenamiento para el ejército (*ὥσπερ μελετῶντες τὰ στρατιωτικά*). Al llegar al decimoctavo año, destinaban dos a las guarniciones fronterizas, y al vigésimo eran inscritos en el catálogo (*ἐνεγράφοντο τῷ ληξιαρχικῷ γραμματείῳ*), y en el santuario de Aglauro juraban: “No deshonraré las armas (*οὐ καταισχυνῶ τὰ ὅπλα*), ni abandonaré al compañero con quien comparto la formación (*οὐδὲ καταλείψω τὸν παραστάτην*); combatiré por lo divino y lo humano (*ἀμυνῶ δὲ καὶ ὑπὲρ ἱερῶν καὶ ὑπὲρ ὀσίων*), solo o con muchos; entregaré [a las generaciones futuras] una patria no menor, y navegaré el mar y araré cuanta tierra me sea confiada; respetaré siempre a los magistrados, y obedeceré las leyes establecidas y cualquier otra ley que el pueblo, prudentemente, establezca. Y si alguien anulase las leyes o las desobedeciese, no lo permitiré, sino que solo o con los demás las defenderé. Honraré los santuarios y la tierra paterna. Sean testigos los dioses, Aglauro, Enialio, Ares, Zeus, Tallo, Auxo y Hegemone”.

El juramento parecía justificar la idea de que los valores cívicos se asentaban en cimientos militares, aunque también se solía mencionar el conocido verso de Tirteo en el que el poeta alababa a los guerreros que mantenían su puesto y combatían con fiereza, pues eran “un bien común (*ξυλὸν ἐσθλὸν*) para la ciudad y para todo el pueblo (*πόλῃι τε παντί τε δήμῳ*)” (frg. 12.5 West).

Una importante consecuencia de esta idea era la reciprocidad: los valores sobre el bien común revertían nuevamente en la esfera militar, definiendo una guerra caballerescas y agonística, sujeta a un estricto código de comportamiento. La teoría de la “Revolución hoplita” apoyó con energía esta idea (Detienne 1968a), pues suponía un nuevo argumento a favor del cambio militar y de la hipótesis de que la nueva táctica conllevaba un nuevo conjunto de valores tendentes a la moderación y la disciplina. Diversos testimonios textuales se propusieron como prueba de este argumento, y entre los más relevantes estaban dos famosas citas de Polibio, en las que describía el combate tradicional en falanges y el comportamiento militar de los griegos antiguos; Polibio (13.3.2-6) afirmaba que

“Los antiguos (*οἱ ἀρχαῖοι*) distaban mucho de estos sistemas; en efecto, les era tan extraña la idea de perjudicar a los amigos para acrecentar así sus dominios, que ni tan siquiera se avenían a triunfar sobre los enemigos mediante engaños (*δι' ἀπάτης*). Estaban convencidos de que no había victoria espléndida ni segura, si no se atacaba abiertamente al adversario y se le derrotaba con coraje (*ἐὰν μή τις ἐκ τοῦ προφανοῦς μαχόμενος ἡπτήσῃ ταῖς ψυχαῖς τοὺς ἀντιταττομένους*). Tanto es así, que convinieron (*συνετίθεντο*) en no usar, en las peleas de unos contra otros, ni armas secretas ni arrojadizas a distancia (*μήτ' ἀδύλοις βέλεσι μήθ' ἐκ βόλοις χρῆσασθαι*); consideraban que únicamente la lucha cuerpo a cuerpo, en formación cerrada (*μόνην δὲ τὴν ἐκ χειρὸς καὶ συστάδην γινομένην μάχην ἀληθινήν*), podía dirimir verdaderamente las diferencias. Entre ellos había siempre una declaración previa de guerra (*τοὺς πολέμους ἀλλήλοις προύλεγον καὶ τὰς μάχας*); indicaban el tiempo en que pensaban trabar batalla y el lugar hacia el que salían en formación”.

Más adelante (18.31), Polibio realizaba una comparación entre la legión romana y la falange griega, comparación en la que, para él, se ponía de manifiesto lo anacrónico y desfasado de las prácticas militares griegas:

“¿Qué causa, pues, hacía triunfar a los romanos y cuál era el fallo de los que usaban la falange? Resulta que la guerra no tiene determinados ni el momento ni el lugar de la acción (πόλεμον ἀορίστους ἔχειν καὶ τοὺς καιροὺς καὶ τοὺς τόπους τοὺς πρὸς τὴν χρείαν), y la falange sólo dispone de una ocasión y de un tipo de terreno en los que puede ser totalmente útil (τῆς δὲ φάλαγγος ἓνα καιρὸν εἶναι καὶ τόπων ἐν γένος ἐν οἷς δύναται τὴν αὐτῆς χρείαν ἐπιτελεῖν). Si a los rivales les fuera avenirse a los sitios y ocasiones propias de la falange (εἰς τοὺς τῆς φάλαγγος καιροὺς καὶ τόπους συγκαταβαίνειν) cuando se trata de una batalla decisiva (ὅτε μέλλοιεν κρίνεσθαι περὶ τῶν ὅλων), sería natural, según lo dicho, que los que usan tal formación se alzarán siempre con la victoria, pero si es posible y aun fácil esquivar estas condiciones (εἰ δὲ δυνατόν ἐκκλίνειν καὶ τοῦτο ποιεῖν ῥαδίως), ¿cómo puede ser temible esta formación? Es cosa reconocida que la falange necesita lugares llanos y sin vegetación (τόπων ἐπιπέδων καὶ ψιλῶν), y que, además, no tengan obstáculos (μηδὲν ἐμπόδιον ἐχόντων), me refiero a fosos, surcos, barrancos, alturas o corrientes fluviales (τάφρους, ἐκρήγματα, συναγκείας, ὄφρυς, ῥεῖθρα ποταμῶν), todo lo cual es suficiente para perturbar y aun echar a perder la formación (πάντα γὰρ τὰ προειρημένα παραποδίζειν καὶ λύειν τὴν τοιαύτην τάξιν ἱκανὰ γίνονται). También todo el mundo estará de acuerdo en que es muy difícil, por no decir imposible (ἀδύνατόν ἐστιν, εἰ δὲ μή γε, τελέως σπάνιον), encontrar lugares ya de veinte estadios cuadrados, ya de más, libres de todo lo que se mencionó. Pero con todo supongamos que se ha encontrado: el otro bando combatiente no accede a ellos (ἐὰν οὖν οἱ πολεμοῦντες εἰς μὲν τούτους μὴ συγκαταβαίνωσι), sino que recorre y devasta el país y el de sus aliados, y sus ciudades, ¿qué provecho se extraerá de la formación en falange (τί τῆς τοιαύτης ὄφελος ἔσται συντάξεως)? Ésta, si se queda en los lugares que le convienen, no sólo no aprovechará a sus aliados, sino que ni se salvará a sí misma (οὐχ οἷον ὠφελεῖν δύναται ἂν τοὺς φίλους, ἀλλ’ οὐδ’ ἑαυτὴν σώζειν). En efecto, el enemigo interceptará cómodamente el suministro de provisiones cuando domine el campo libre; si la falange quiere hacer algo y abandona el terreno propicio (ἐὰν δ’ ἀπολιποῦσα τοὺς οἰκείους τόπους βούληται τι πράττειν), el adversario la manejará sin dificultad”.

El famoso “discurso de Mardonio”, narrado por Heródoto (7.9), también ha sido repetidamente citado en apoyo del “ritualismo” de la guerra griega. El discurso recogía la visión que los persas podían tener del combate griego en vísperas de la invasión de Jerjes, y lo presentaba como una sucesión de normas anacrónicas e incomprensibles desde una perspectiva práctica:

“Conocemos su forma de combatir y sabemos que su poder es débil (Τῶν ἐπιστάμεθα μὲν τὴν μάχην, ἐπιστάμεθα δὲ τὴν δύναμιν εὐδοσαν ἀσθενέα). Tenemos, por haberlos sometido, hijos suyos: esos que habitando en nuestra tierra se llaman jonios, eolios y dorios. Y ya los he conocido por mi propia experiencia al marchar contra tales hombres ordenado por tu padre; y a mi, al marchar hasta Macedonia y faltarme poco para llegar hasta Atenas, ninguno me salió al encuentro para combatir (οὐδεὶς ἠντιώθη ἐς μάχην). Sin embargo, tienen por costumbre los helenos (ἐώθασι Ἕλληνες), según estoy informado, emprender guerras, debido a su insensatez y necedad, de la manera más irreflexiva (ἀβουλότατα πολέμους ἵστασθαι ὑπὸ τε ἀγνωμοσύνης καὶ σκαιότητος). En efecto, cuando se declaran la guerra entre sí, después de encontrar el paraje más hermoso y abierto (ἐξευρόντες τὸ κάλλιστον χωρίον καὶ λειότατον), dirigiéndose a él, allí traban combate (ἐς τοῦτο κατιόντες μάχονται), de modo que los que vencen se retiran con un gran daño (σὺν κακῷ μεγάλῳ οἱ νικῶντες ἀπαλλάσσονται), y de los que son derrotados ni siquiera digo nada, ya que ciertamente son aniquilados (περὶ δὲ τῶν ἐσσομένων οὐδὲ λέγω ἀρχήν· ἐξώλεες γὰρ δὴ γίνονται). Sería preciso que ellos, que tienen la misma lengua, solventaran sus diferencias valiéndose de heraldos y de mensajeros y con todo medio antes que con luchas; y si de todas formas fuera necesario que guerreasen unos contra otros, sería preciso que encontraran en qué lugar cada uno de los dos bandos sería más difícil de vencer y que allí se enfrentaran. Ahora bien, los helenos, a pesar de que tienen una costumbre no buena, al avanzar yo hasta tierra macedonia, no llegaron a darse cuenta de ello, de modo que presentaran batalla”.

Otro texto frecuentemente citado (Cartledge 1977) era la narración herodotea del conflicto entre espartanos y argivos por la llanura de la Tireátide a mediados del s. VI a.C., que se saldó de

modo ejemplar con un combate entre unidades escogidas de 300 soldados de ambos bandos. Según Heródoto (1.82), los espartanos invadieron la llanura de Tírea, perteneciente a la Argólida,

“... y al acudir los argivos en auxilio de su territorio separado, entonces, habiéndose reunido para hablar (*ἐνθαῦτα συνέβησαν ἐς λόγους*), convinieron en que lucharían trescientos de cada bando (*συνηλθόντες ὥστε τριηκοσίους ἑκατέρων μαχέσασθαι*) y en que de aquéllos que fueran superiores, de éstos sería el territorio; y en que el grueso del ejército se retirase (*τὸ δὲ πλῆθος τοῦ στρατοῦ ἀπαλλάσσασθαι*), cada uno de ellos a su propia región, y no se quedase mientras luchaban por lo siguiente: para que, al no estar presentes los ejércitos, ninguno de ellos, al ver a los suyos derrotados, acudiese en su defensa. Después de haber acordado esto, se retiraron (*Συθήμενοι ταῦτα ἀπαλλάσσονται*); y quedando los escogidos de cada bando trabaron combate. Y después de luchar y de estar parejos en la lucha, sobrevivieron de los seiscientos guerreros tres: de los argivos, Alcenor y Cromio; y de los lacedemonios, Otríades. Y éstos quedaron por sobrevenir la noche”.

Este pasaje solía ponerse también en relación con la cita de Estrabón (10.1.12) sobre el famoso pacto anti-proyectiles de la Guerra Lelantina que ya hemos mencionado (p. 76), como si se tratase del comienzo de esa tradición ritualizada, al constituir el abandono consensuado de armas altamente destructivas en favor de un tipo de combate cuerpo a cuerpo, considerado más honorable.

LUCHAS Y TENSIONES SOCIALES EN LA GRECIA ARCAICA

El cuarto argumento, las tensiones sociales en la ciudad arcaica como consecuencia de los cambios derivados de la transformación militar, soportó muchas variaciones, desde la “lucha de clases” postulada en la versión más tradicional, a los conflictos de integración que encontramos en las propuestas más modernas. En todos los casos, sin embargo, el enfrentamiento entre sectores sociales se consideraba como uno de los factores constituyentes de la propia ciudad-estado, a menudo un requisito para los regímenes más democráticos e igualitarios que, supuestamente, surgirían de la *stásis* arcaica. Para fundamentar ese argumento se empleó un cuerpo de testimonios antiguos, esencialmente literarios, que conformó un conjunto bastante coherente de fuentes, en gran medida contemporáneas del proceso.

El argumento se basaba, como sabemos, en la idea de dos sectores o grupos sociales enfrentados, por lo que el primer paso para los defensores de la teoría era tratar de definir esas “clases sociales”. La reconstrucción de una aristocracia terrateniente que controlaba las fuentes de riqueza económica y que ejercía el liderazgo político y militar en las comunidades arcaicas no encerraba especial dificultad: los poemas homéricos estaban aparentemente llenos de referencias a una cultura aristocrática contemporánea, y podían en ocasiones añadirse las reconstrucciones de autores griegos posteriores sobre aristocracias locales, como los Baquíadas de Corinto (Hdt. 3.48-53, 5.92; Str. 8.6.20), los Eupátridas de Atenas (Arist. *Ath. Pol.* 2, 13.2) o los Pentílidás de Mitilene (Arist. *Pol.* 1311b 27ss.).

El problema llegaba a la hora de definir al segundo grupo en discordia, pues había diversas alternativas. La mayor parte de los autores (Salmon 1977; Murray 1980; Morris 1987) coincidían en que se trataba de un grupo de campesinos no privilegiados y excluidos de la organización gentilicia, al que denominaban genéricamente como “*démos*”; este planteamiento asumía, por tanto, que “*démos*” era un término con marcada significación social que implicaba un concepto excluyente del cuerpo social y designaba a los sectores bajos, no privilegiados ni aristocráticos. Esa definición bastaba para vincularlo con el *démos* que aparecía en la lírica arcaica protagonizando

diversos enfrentamientos sociales: Alceo, por ejemplo, se refería a las tensiones derivadas del derrocamiento de los Pentílid y las luchas de poder en Mitilene afirmando que los aristócratas “conducían al pueblo a la perdición (δᾶμον μὲν εἰς ἀνάταν ἄγων)” (frg. 70.12), y que “tras matarlos, libraríamos al pueblo del dolor (κακκτάνοντες αὐτοῖς δᾶμον ὑπὲξ ἀχέων ῥύεσθαι)” (frg. 129.19-20). No obstante, eran los fragmentos de Solón acerca de los enfrentamientos por la posesión de tierra y las deudas en Atenas los que con mayor frecuencia se citaban para ilustrar ese supuesto conflicto entre el *dēmos* y la nobleza. Solón compuso un largo poema que conocemos como “*Eunomía*”, “buen gobierno” (frg. 4 West), del que vamos a recoger únicamente algunos fragmentos:

“Los propios ciudadanos (αὐτοὶ ἄστοι) quieren, con sus locuras, destruir nuestra gran ciudad (φθείρειν μεγάλην πόλιν ἀφραδίῃσιν βούλονται), cediendo a la persuasión de las riquezas (χρήμασι πειθόμενοι), y las innobles intenciones de los líderes del pueblo (δήμου ἡγεμόνων ἄδικος νόος), a quienes aguarda padecer grandes dolores por la desmesura de su orgullo (ὑβριος ἐκ μεγάλης); pues no saben contener su hartura (οὐ γὰρ ἐπίστανται κατέχειν κόρον) ni moderar en la paz del banquete sus alegrías actuales.

Se enriquecen dejándose seducir por las acciones injustas (πλουτεύουσιν δ' ἀδίκους ἔργμασι πειθόμενοι) y sin respetar los bienes sagrados ni públicos (οὐθ' ἱερῶν κτεάνων οὔτε τι δημοσίων φειδόμενοι), roban lanzados a la rapiña por todas partes (κλέπτουσιν ἀφαρπαγῇ ἅλλοθεν ἅλλος), y no guardan los venerables cimientos de la Justicia (Δίκης), la cuál, callada, comprende lo presente y lo pasado, y con el tiempo llega como vengadora.

Esta herida inevitable alcanza a la ciudad entera (πάσῃ πόλει ἔρχεται), rápidamente cae en desdichada esclavitud (ἐς κακὴν δουλοσύνην), que despierta las luchas civiles y la guerra dormida (ἢ στάσιν ἔμφυλον πόλεμόν θ' εὖθοντ' ἐπεκίρει), que destruye la hermosa juventud de muchos (ὃς πολλῶν ἐρατὴν ὤλεσεν ἡλικίην). A manos de los enemigos una hermosa ciudad se arruina en los conciliábulos de que gustan los injustos (ἐν συνόδοις τοῖς ἀδικέουσι φίλους). Estos son los males que crecen en el pueblo (ταῦτα μὲν ἐν δήμῳ στρέφεται κακά), y muchos de los pobres (τῶν πενιχρῶν πολλοί) llegan a una tierra extraña, vendidos y atados con indignas ataduras (πραθέντες δεσμοῖσι τ' ἀεικελίῳσι δεθέντες).

Así, el mal público (δημόσιον κακόν) alcanza a cada uno en su casa (ἔρχεται οἰκᾷ ἐκάστωι); las puertas no pueden detenerlo, salta sobre la elevada tapia y siempre encuentra a su presa aunque se refugie huyendo en la habitación más escondida. Estas cosas me incita mi ánimo a enseñar a los atenienses, cómo Disnomía trae innumerables males a la ciudad (κακὰ πλεῖστα πόλει Δυσνομίη παρέχει), mientras que Eunomía todo lo hace ordenado y recto (Εὐνομίη δ' εὖκοσμον καὶ ἄρτια πάντ' ἀποφαίνει), y a menudo pone grilletes a los malvados (θαμὰ τοῖς ἀδίκους ἀμφιτίθησι πέδας). Lima asperezas, pone fin a la hartura, acalla el orgullo (τραχέα λειαίνει, παύει κόρον, ὕβριν ἁμαυροῖ), marchita las nacientes flores de la desgracia, endereza las sentencias torcidas y reduce la insolencia (εὐθύνει δὲ δίκας σκολιάς, ὑπερήφανά τ' ἔργα πραῖνει), hace cesar la discordia y el odio de la funesta disensión (παύει δ' ἔργα διχοστασίης, παύει δ' ἀργαλέης ἔριδος χόλον), y bajo su influjo todas las acciones humanas son justas y rectas (πάντα κατ' ἀνθρώπους ἄρτια καὶ πινυτά)”.

Junto a este largo poema, otros fragmentos de Solón fueron repetidamente citados como testimonio del enfrentamiento que el *dēmos* supuestamente mantendría con la aristocracia en Atenas; en el fragmento 5 West, Solón afirma

“Pues di al pueblo tanto honor (δήμῳ ἔδωκα τόσον ἥρας) como le basta, sin quitar ni añadir a su estima social (τιμῆς); y quienes tenían el poder (οἱ εἶχον δύναμιν) y eran considerados por sus bienes (χρήμασιν ἦσαν ἀγῆτοί) también éstos procuré que no sufrieran desdicha. Me mantuve en pie colocando entre ambos bandos mi poderoso escudo (ἔστην δ' ἀμφιβαλὼν κρατερόν σάκος ἀμφοτέροισι), y no permití que ninguno de ellos venciera de modo injusto (νικᾶν οὐκ εἶας οὐδετέρους ἀδίκως)”.

En fragmentos siguientes, Solón continuaba describiendo el contexto de enfrentamiento civil y resaltando su propio papel en la consecución de la paz social:

“Como mejor seguirá el pueblo a sus líderes (δῆμος ὡδ’ ἂν ἄριστα ἡγεμόνεσσιν ἔποιτο) es si no se le deja demasiado suelto ni se le oprime (μήτε λήην ἀνεθείς μήτε βιάζομενος). Pues la hartura engendra exceso (τίκτει γὰρ κόρος ὕβριν) cuando una gran felicidad sigue a los hombres que no tienen un espíritu bien equilibrado (μὴ νόος ἄρτιος ᾗ).”

Frg. 6 West

“De las nubes proceden la furia de la nieve y el granizo, y el trueno nace del brillante relámpago; la ciudad parecen a manos de los grandes (ἀνδρῶν δ’ ἐκ μεγάλων πόλις ὀλλυται), y por ignorancia cae el pueblo (δῆμος ἀιδόρῃ ἐπεσεν) en la servidumbre de un tirano (ἐς μονάρχου δουλοσύνην). No es fácil contener después a quien se ha elevado demasiado (λήην δ’ ἐξάραντ’ οὐ ράιδιόν ἐστι κατασχεῖν ὕστερον), sino que es preciso saber todo esto desde ahora”.

Frg. 9 West

“Si es preciso acusar abiertamente al pueblo (δῆμῳ μὲν εἰ χρὴ διαφάδην ὀνειδίσαι), de ningún modo habrían podido ver con sus ojos lo que ahora tienen. Los más poderosos y fuertes (ὅσοι δὲ μείζους καὶ βίην ἀμείνουες) me alabarían y harían su amigo. No hubiera contenido al pueblo [cualquier otro] (οὐκ ἂν κατέσχε δῆμον) ni cesado hasta que, tras batir la leche, tuviese manteca. En cambio yo fui como una piedra de término (ἐγὼ δὲ ὥσπερ ὄρος), situado en el espacio entre ambos bandos (τούτων ἐν μεταίχμῳ κατέστην)”.

Frg. 37 West

Una vez definidos los contendientes, la teoría necesitaba plantear los diversos motivos de conflicto entre ambos. Los problemas económicos ocasionados por el crecimiento demográfico y las tensiones derivadas del desigual reparto de la tierra eran los argumentos más frecuentes; los testimonios que solían citarse como base (Salmon 1977; Donlan 1997) eran, por un lado, las referencias de Aristóteles (*Ath. Pol.* 2-13) y Plutarco (*Sol.*) al contexto de conflictos en Atenas que, tras la intentona de Cílón y las leyes de Dracón, condujeron a las reformas solonianas, y por otro, un poema de Tirteo (frg. 4 West), llamado “*Eunomía*” como el de Solón, y que aludía al modo en que la nueva constitución espartana, sancionada por el Apolo délfico, había acabado con los conflictos y desigualdades:

“Tras escuchar a Febo Apolo trajeron de Delfos las profecías del dios y sus palabras de cierto cumplimiento: ‘Que gobiernen en consejo los reyes estimados por los dioses (ἄρχειν μὲν βουλῆς θεοτιμῆτους βασιλῆας), que dirigen esta amable ciudad de Esparta, y los ilustres ancianos (πρεσβυγενέας τε γέροντας), y luego los hombres del pueblo (δημότας ἄνδρας), que se pondrán de acuerdo para ilustres decretos (εὐθείαις ῥήτραις ἀνταπαμειβομένους). Que hablen todo lo hermoso y practiquen todo lo justo (μυθεῖσθαι τε τὰ καλὰ καὶ ἔρδειν πάντα δίκαια), y nada torcido maquinen en la ciudad (μηδὲ τι βουλευεῖν τῇδε πόλει σκολιόν). Al conjunto del pueblo (δῆμου πλῆθει) le corresponde el poder y el triunfo (νίκην καὶ κάρτος ἔπεσθαι)’. Así habló Febo Apolo a la ciudad”.

Así pues, podemos concluir que las fuentes que se solían aportar para fundamentar la reconstrucción tradicional de la *stásis* como conflicto entre “clases” conformaban un grupo realmente coherente, y en su mayor parte eran fuentes contemporáneas a esos eventos. No obstante, la “Revolución hoplita” trató de impulsar una lectura unitaria de las mismas, de modo que fuesen interpretadas como enfrentamientos de tipo vertical entre grupos sociales antagónicos.

FUNCIÓN MILITAR Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

El quinto argumento, la idea de que el ejercicio de la actividad militar conllevaba necesariamente una correspondiente participación política, era el fundamento de la “revolución”: un grupo social integrado en los ejércitos arcaicos estaba en condiciones de reclamar una participación política acorde con sus nuevas funciones, transformando de paso la estructura política y social de las comunidades griegas. Era preciso, por tanto, fundamentar, por un lado, este vínculo de “causa-efecto” entre lo militar y lo político, y por otro los diferentes regímenes políticos supuestamente surgidos de esa combinación, especialmente las tiranías.

Justificar el vínculo entre lo militar y lo político implicaba presentar la actividad militar como una función estricta y exclusivamente ciudadana, como parte de las obligaciones del individuo integrado en la estructura cívica, al que le debían corresponder cuotas proporcionales de participación política. Para respaldar esta idea se emplearon diversos testimonios, en primer lugar, las afirmaciones de Esquilo sobre la participación del pueblo en las decisiones colectivas; en efecto, Esquilo afirmaba en las *Suplicantes* que “si en lo común se pierde la ciudad (τὸ κοινὸν δ’ εἰ μαιίνε-ται πόλις), debe el pueblo hallar remedio en común (ξυνῇ μελέσθω λαὸς ἐκπονεῖν ἄκη). No me atrevo a hacer promesas sin consultar los hechos con mi pueblo” (*Supp.* 366-369; cf. 398-401, 483-489, 605-608, 621-622, 963-965). Un famoso fragmento del Pseudo-Jenofonte (*Ath. Pol.* 1.2-3) era también recordado a menudo, aquel en el que el anónimo autor reflexionaba sobre el derecho de los remeros a disfrutar de una mayor participación en el gobierno de la ciudad de Atenas como consecuencia del permanente servicio que realizaban en favor de la comunidad:

“En primer lugar diré que allí constituye un derecho el que los pobres y el pueblo tengan más poder (οἱ πένητες καὶ ὁ δῆμος πλεονέχειν) que los nobles y los ricos por lo siguiente: porque el pueblo es el que hace que las naves funcionen (ὁ δῆμος ἐστὶν ὁ ἐλαύνων τὰς ναῦς) y el que rodea de fuerza a la ciudad (ὁ τὴν δύναμιν περιτιθεὶς τῇ πόλει), y también los pilotos, y los keleústai, y los pentecontarcos, y los timoneles, y los constructores (οἱ κυβερνήται καὶ οἱ κελευσταὶ καὶ οἱ πεντηκόνταρχοι καὶ οἱ πρωῤῥαται καὶ οἱ ναυπηγοί). Ellos son los que rodean a la ciudad de una fuerza mayor (οἱ τὴν δύναμιν περιτιθέντες τῇ πόλει πολὺ μᾶλλον) que los hoplitas, los nobles y los ricos (ἢ οἱ ὀπλίται καὶ οἱ γενναῖοι καὶ οἱ χρηστοί). Y puesto que es así realmente (ταῦτα οὕτως ἔχει), parece justo (δοκεῖ δίκαιον εἶναι) que todos participen de los cargos por sorteo y por votación a mano alzada (πᾶσι τῶν ἀρχῶν μετεῖναι ἐν τε τῷ κλήρῳ καὶ ἐν τῇ χειροτοσίᾳ), y que cualquier ciudadano que lo desea pueda hablar (λέγειν ἐξεῖναι τῷ βουλευμένῳ τῶν πολιτῶν). Además, el pueblo no exige participar (οὐδὲν δεῖται ὁ δῆμος μετεῖναι) de todos aquellos cargos de los que depende la seguridad o son un peligro para todos según que estén bien o mal desempeñados; pues no creen que deban participar en el sorteo de los cargos de estratego ni de jefe de la caballería (οὔτε τῶν στρατηγιῶν κλήρῳ οἴονται σφισι χρῆναι μετεῖναι οὔτε τῶν ἵππαρχιῶν). Pues sabe el pueblo (γινώσκει γὰρ ὁ δῆμος) que es mucho más ventajoso para él no desempeñar esos cargos (πλείω ὠφελεῖται ἐν τῷ μὴ αὐτὸς ἄρχειν ταύτας τὰς ἀρχάς), sino dejar que los desempeñen los más poderosos. Pues el pueblo busca (ζητεῖ ὁ δῆμος ἄρχειν) todos aquellos cargos que aportan una paga y un beneficio para su casa (ὁπόσαι δ’ εἰσὶν ἀρχαὶ μισθοφορίας ἔνεκα καὶ ὠφελείας εἰς τὸν οἶκον)”.

Por último, solía citarse el famoso discurso de Sarpedón (*Il.* 12.310-328), en el que el héroe licio definía las obligaciones y responsabilidades militares de los guerreros hacia la comunidad como consecuencia de su privilegiada posición. “¿Por qué, Glaucó”, se preguntaba Sarpedón, “a nosotros dos más se nos honra (νῶι τετιμῆμεσθα μάλιστα) con asientos de honor y con más trozos de carne y más copas en Licia? ¿Por qué todos nos contemplan como a dioses (πάντες δὲ θεοὺς ὥς εἰσορόωσι) y administramos inmenso predio reservado a orillas del Janto, fértil campo de frutales y feraz labrantío de trigo?”:

“Por ello debemos ahora estar entre los primeros licios (*νῦν χρὴ Λυκίοισι μετὰ πρώτοισιν εἶντας*), resistiendo a pie firme y encarando la abrasadora lucha (*ἐστάμεν ἡδὲ μάχης καυστήρης ἀντιβολήσαι*), para que uno de los licios armados de sólidas corazas diga: ‘A fe que no sin gloria son caudillos en Licia nuestros reyes (*οὐ μὰν ἀκλέες Λυκίην κάτα κοιραίνουσιν ἡμέτεροι βασιλῆες*), y comen grasiento ganado y beben selecto vino, dulce como la miel. También su fuerza es valiosa, porque luchan entre los primeros licios (*Λυκίοισι μετὰ πρώτοισι μάχονται*)’. Tierno amigo, ojalá por sobrevivir a esta guerra fuéramos a hacernos para siempre incólumes a la vejez y a la muerte. Tampoco yo entonces lucharía en primera fila ni te enviaría a la lucha que otorga gloria a los hombres. Pero como, a pesar de todo, acechan las parcas de la muerte innumerables, a las que el mortal no puede escapar ni eludir, ¡vayamos! A uno tributaremos honor o él nos lo tributará”.

Así, estos testimonios reforzaban el vínculo entre lo militar y lo político en sus dos direcciones: por un lado, la participación política como consecuencia de la actividad militar –Pseudo-Jenofonte y Esquilo–, y por otro, la responsabilidad militar como consecuencia de la posición social –discurso de Sarpedón–.

Ese estrecho vínculo tendría un corolario fundamental: la idea de la cualificación militar como criterio de integración o participación política. El argumento, tal y como lo recoge la historiografía moderna, es de origen aristotélico, y como tal lo analizaremos en el apartado siguiente; sin embargo, aparte de en la tradición de que el hoplita debía armarse mediante sus propios medios, la idea se apoyaba también en un testimonio de Tucídides sobre la revuelta oligárquica en Atenas en el 411 (8.97.1.6), cuando afirmaba que el régimen limitó la participación de pleno derecho a un grupo de cinco mil ciudadanos, “que eran cuantos de aquellos poseían la panoplia (*αὐτῶν ὅποσοι καὶ ὄπλα παρέχονται*)”. La escena parecía sin duda significativa, pues ilustraba el hecho de que, cuando un régimen tenía la posibilidad de establecer criterios de integración, los fijaba sin vacilación de acuerdo a requisitos de tipo militar.

Como hemos mencionado, la segunda línea a justificar era la existencia de una supuesta conexión entre el ámbito militar y determinados regímenes políticos; y el caso más representativo en la teoría de la “Revolución hoplita” era el de las tiranías. En opinión de muchos autores, las tiranías arcaicas surgieron, se mantuvieron o desaparecieron por motivos estrechamente relacionados con el empleo de la violencia, el control de tropas o el apoyo de sectores armados. La tiranía se presentaba como un efecto directo de la reforma militar, en la medida en que supuestamente aprovechaba la participación de los nuevos grupos armados para hacerse con el poder en una provechosa relación simbiótica. Así, los tiranos se presentaban como jefes militares (Andrewes 1974; 1982b), y para respaldar esa idea se invocaban los casos de Pisístrato (Hdt. 1.59-64, 5.55-65; Th. 6.54-59), Cipselo (*FGrH* 90 F 57-60) y Ortágoras (*FGrH* 105 F 2), o se les suponía también partidarios del empleo de la violencia, para lo cual se citaban los casos de Cilón (Hdt. 5.71; Th. 1.126) o de los Pisistrátidas (Th. 6.56-58); el recurso de estos tiranos a rodearse de *epikouroi* o *doruphóroi*, que tradicionalmente se interpretaban como “mercenarios” o “guardaespaldas”², parecía también corroborar esta interpretación.

Esa simbiosis entre tiranos y hoplitas se explicaba mediante el argumento de la política populista de los tiranos, que tratarían de favorecer al pueblo para ganar su apoyo frente a su auténtico enemigo, la aristocracia; la idea era, sin embargo, completamente aristotélica, de modo que también la analizaremos en el próximo apartado. El caso de Fidón de Argos se planteaba a menudo

² Periandro de Corinto: Ephor. *FGrH* 70 F 179, Nic.Dam. *FGrH* 90 F 58, Arist. *Pol.* 1315b 27-29; Pisístrato y los Pisistrátidas: Hdt. 1.59.5, 1.64.1, Th. 6.56.2, 6.57.1, 6.57.4, 6.58.2, Arist. *Rh.* 1357b 31-33, *Ath.Pol.* 14.1; Polícrates de Samos: Polyb. 1.23.2, Hdt. 3.45.3; Teágenes de Mégara: Arist. *Rh.* 1357b 32-33, *Pol.* 1305a 23-28.

como el ejemplo paradigmático de una tiranía de origen militar y populista (Andrewes 1974). Así, su supuesto apoyo a una transformación táctica, su pretendida victoria sobre los espartanos en la batalla de Hisias (669 a.C.) y su gobierno en solitario sobre una ciudad de Argos que parecía ostentar en esos momentos el liderazgo de las ciudades del Peloponeso, se convertirían en los peldaños por los que Fidón accedería al poder. Como testimonios se citaba a menudo a Aristóteles, que afirmaba que “Fidón de Argos y otros tiranos se establecieron porque controlaban la realeza” (*Pol.* 1310b 27-28), y a Heródoto (6.127.3), que hablaba de la soberbia de Fidón al arrebatar a los Eleos la dirección de los Juegos Olímpicos; ello se completaba con citas de Éforo (*FGrH* 70 F 115, 176) y Pausanias (2.24.7).

Así pues, unos pocos testimonios de Homero, Esquilo, Tucídides y el Pseudo-Jenofonte permitían llegar a la conclusión de que el ejercicio de la actividad militar daba un acceso directo y automático a la integración política. Inconscientemente, el argumento de la “revolución” puso todo el peso en el empleo de la violencia como clave para esa integración, pero si leemos atentamente esos testimonios nos percatamos de que esa idea no está presente, ni remotamente, en ellos.

ARISTÓTELES Y LOS CIMIENTOS DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA”

Es fundamental contemplar el caso de Aristóteles: pocos autores antiguos han influido de modo tan decisivo en la historiografía moderna, y el caso de la “Revolución hoplita” es enormemente representativo en este sentido, pues tanto los argumentos como la propia estructura interpretativa que sostiene la teoría tenían sus raíces en Aristóteles. El modo en que Meyer, Weber, Nilsson, Lorimer y Andrewes –y muchos autores posteriores– plantearon el proceso de cambio político en la Grecia arcaica, respondía por completo a la visión aristotélica sobre la política o la sociedad.

No pretendemos llevar a cabo un estudio detallado del pensamiento político de Aristóteles, pues sus ideas sobre los diversos regímenes políticos o los principios y normas por las que se debía regir una comunidad griega ideal nos preocupan tan sólo de modo tangencial. Únicamente trataremos de revisar en profundidad las ideas aristotélicas que sostienen el edificio teórico de la “Revolución hoplita”: el progreso, la superioridad de realidades más sofisticadas y eficaces, la composición dispar de las poblaciones, las dinámicas de conflicto interno existentes entre las partes de una sociedad, el vínculo entre función militar y participación política... y un largo etcétera. No se tratará, por tanto, de un análisis de la política aristotélica, sino una aproximación a aquellos elementos de su pensamiento que sirvieron de apoyo a la interpretación historiográfica moderna.

GUERRA Y POLÍTICA

Aristóteles partía de una visión negativa y pesimista de la guerra y la violencia, representadas en la posesión de las armas: incrementaban la virulencia de los conflictos sociales –“La injusticia es más feroz cuando posee armas (*χαλεπωτάτη γὰρ ἀδικία ἔχουσα ὄπλα*)” (*Pol.* 1253a 33)–, favorecían la ambición y el egoísmo individuales –“El hombre se hace naturalmente con armas al servicio de su sensatez y su virtud (*ὄπλα ἔχων φύεται φρονήσει καὶ ἀρετῇ*)”, pero puede utilizarlas

precisamente para las cosas opuestas (οἷς ἐπὶ τὰναντία ἔστι χρῆσθαι μάλιστα) (Pol. 1253a 34-35)– y fomentaban actitudes contrarias al bien común –“El enemigo de la sociedad ciudadana (ὁ ἄπολις) es ... por naturaleza un apasionado de la guerra (φύσει πολέμου ἐπιθυμητής)” (Pol. 1253a 6)–. Aunque la guerra era un mal necesario que sostenía el prestigio y la economía de muchos regímenes políticos, era también un factor desestabilizador de la sociedad, en la medida en que acen- tuaba las tendencias autoritarias y radicalizaba las diferencias entre los sectores sociales.

Sin embargo, Aristóteles incluía las armas en su listado de los elementos imprescindibles para la subsistencia de una comunidad, junto al alimento, los oficios, los medios técnicos, la religión y la justicia (Pol. 1328b 2-15), y afirmaba sin ambages el vínculo íntimo que existía entre la función militar y la participación política: los individuos con armas eran los que participaban plenamente de las funciones cívicas. Aristóteles respaldaba esa afirmación a través de medios muy diversos; el más común era identificar a los poseedores de las armas con los integrantes del gobierno: en efecto, Aristóteles declaró repetidamente que “el gobierno se forma a partir de los que tienen armas pesadas (πολιτεία ἐκ γὰρ τῶν ὀπλιτευόντων ἐστὶ)” (Pol. 1265b 28-29), que “el sector partidario de la guerra es el más soberano (κυριώτατον τὸ προπολεμοῦν) y forman parte de él los que tienen las armas (οἱ κεκτημένοι τὰ ὄπλα)” (Pol. 1279b 2-4), y que “el régimen debe estar constituido *exclusivamente* por los que tienen las armas (ἐκ τῶν τὰ ὄπλα ἐχόντων μόνον)” (Pol. 1297b 1-2). También se refería a menudo a las funciones y prerrogativas institucionales de esos hombres armados, que tenían acceso a todos los privilegios y cargos políticos: “Necesariamente (ἀνάγκη)”, decía Aristóteles, “los estrategos, los guardianes de la ciudad y los magistrados jefes se nombrarán de entre los poseedores de armas en general (ἐκ τῶν τὰ ὄπλα ἐχόντων καθίστασθαι)” (Pol. 1268a 21-23); hasta tal punto llegaba ese poder que “los dueños de las armas (οἱ τῶν ὄπλων κύριοι) son también dueños de la permanencia o no permanencia del régimen (μένειν ἢ μὴ μένειν κύριοι τὴν πολιτείαν)” (Pol. 1329a 11-12). Aristóteles aportó un ejemplo práctico en su reconstrucción de la situación en la Atenas anterior a Solón, en la que, según su parecer, “fueron concedidos los derechos políticos a los que poseían las armas (ἀπεδόδοτο μὲν ἡ πολιτεία τοῖς ὄπλα παρεχομένοις)” (Ath.Pol. 4.2.1).

“Aquellos que poseían las armas” no sólo disfrutaban de plena participación política, sino que solían proceder de los estratos sociales más ricos: “necesariamente unos son ricos, otros pobres y otros de posición media (τοὺς μὲν εὐπόρους τοὺς δ' ἀπόρους τοὺς δὲ μέσους)”, decía, “y de los ricos y de los pobres, aquellos están armados y éstos desarmados (τῶν εὐπόρων δὲ καὶ τῶν ἀπόρων τὸ μὲν ὀπλιτικὸν τὸ δὲ ἄνοπλον)” (Pol. 1289b 29-32), con lo que las armas no sólo conllevaban posición política, sino también económica. El vínculo entre riqueza y posesión de armas era estricto, pues “a los pobres les está permitido el no poseerlas (τοῖς μὲν γὰρ ἀπόροις ἔξεστι μὴ κεκτηῖσθαι), mientras que a los ricos se les impone una multa si no las tienen (τοῖς δ' εὐπόροις ἐπιζήμιον μὴ κεκτημένοις)” (Pol. 1297a 30-31; cf. Ath.Pol. 4.2.2-8); ello quería decir que Aristóteles contemplaba el ejercicio de las funciones como *obligatorio* para aquellos incorporados a ellas.

La posesión de armas, por tanto, se presentaba como un factor significativo en la distribución y el ejercicio del poder, aunque habría que comprobar si para Aristóteles esa posesión bastaba como criterio de ciudadanía o era tan sólo el símbolo externo de una ciudadanía justificada por otros medios. Para él, las actividades fundamentales para la subsistencia de la comunidad eran “la militar y la deliberativa (τὸ πολεμικὸν καὶ τὸ βουλευόμενον)” (Pol. 1329a 2ss.), y por tanto debían recaer en individuos capaces de hacerse cargo de ellas sin problemas, es decir, individuos con holgura económica y propiedades (Pol. 1329a 18); ello excluía *de facto* a los artesanos, jornaleros e individuos desclasados. Así pues, “es necesario que existan en las ciudades (ἀναγκαῖον ὑπάρχειν ταῖς πόλεσιν) campesinos, artesanos y todo el sector de los jornaleros (γεωργοὺς μὲν γὰρ καὶ τεχνίτας καὶ

πάν τὸ θητικόν), pero sólo la militar y la consultiva son partes de la ciudad (μέρη δὲ τῆς πόλεως τό τε ὀπλιτικὸν καὶ βουλευτικόν)” (Pol. 1329a 36-38).

De este modo, da la impresión de que Aristóteles no establecía un orden o preferencia entre la posición económica y la posesión de armas, sino que situaba ambos factores al mismo nivel, dos elementos complementarios para identificar al ciudadano pleno. No obstante, Aristóteles parecía expresarse de modo *metonímico* al referirse a la posesión de armas: a pesar de su insistencia en la importancia de las armas, como hemos comentado más arriba, su mera posesión no era suficiente, y la prueba es que los jornaleros y desclasados también podían poseer armas, aunque para ellos no era obligatorio y, desde luego, no les revertía ningún privilegio. Aristóteles creaba así –aunque también puede encontrarse en Tucídides (8.97.1.6)– un enunciado muy popular en la historiografía moderna, por el que la mera posesión de armas por sí sola se convertía en un criterio de ciudadanía.

Queda convenientemente asentado, por tanto, que para Aristóteles el ejercicio de la función militar conllevaba participación política, aunque no necesariamente en una relación causa-efecto, sino más bien de modo *esencial* y natural. Sin embargo, Aristóteles no explicó abiertamente el por qué de ese vínculo. La impresión que produce el análisis de la *Política* es que se trataba de un vínculo *necesario*, posiblemente relacionado con la correspondencia existente entre funciones y privilegios. Aristóteles creía en la identidad entre función y naturaleza: las cosas se definen por lo que hacen; el oficio determina si uno es amo o esclavo, por lo que “ni el buen político ni el buen ciudadano (οὐ τὸν ἀγαθὸν πολιτικὸν οὐδὲ τὸν πολίτην τὸν ἀγαθὸν) deben aprender los oficios de los así mandados (δεῖ τὰ μὲν οὖν ἔργα τῶν ἀρχομένων οὕτως μανθάνειν) a no ser para uso propio; pues de lo contrario sucede que ya no es uno señor y el otro siervo (τὸν μὲν δεσπότην τὸν δὲ δοῦλον)” (Pol. 1277b 3-7). Así pues, si ejercer un oficio servil podía convertir a un individuo en siervo, entonces existía una conexión *de esencia* entre función y naturaleza.

Teniendo esta idea en cuenta, descubrimos que, al tratar de definir al ciudadano, Aristóteles lo hizo en base a la idea de *participación* –μετέχειν–; en efecto, “por ningún otro rasgo se define mejor que por su participación en la justicia y en el gobierno (τῷ μετέχειν κρίσεως καὶ ἀρχῆς)” (Pol. 1275a 22-23; cf. 1275a 24-28; 1275b 31-32), aunque no se trataba de participar sin más, sino que el ciudadano era “aquél a quien *le está permitido* compartir (ὃ γὰρ ἐξουσία κοινωνεῖν) el poder deliberativo y judicial (ἀρχῆς βουλευτικῆς καὶ κριτικῆς)” (Pol. 1275b 18-19). Así pues, si las cosas de la naturaleza podían definirse por la función que realizaban, también el ciudadano podía identificarse por su función específica, que era la participación en la toma de decisiones y en los asuntos fundamentales de la comunidad. *Participar* era una obligación en el ciudadano que, para Aristóteles, no se materializaba mediante la coacción o el recurso a la violencia, sino por pura *necesidad natural*.

Un vínculo tan estrecho y esencial implicaba que, a la inversa, no podía haber derechos políticos sin función militar: “si sucede así (εἰ δὲ τοῦτ’ ἔσται) [que los soldados son el grupo predominante en la ciudad por su número y su fuerza]”, se preguntaba, “¿por qué han de participar los otros en el gobierno y ser dueños del nombramiento de los magistrados? (τί δεῖ τοὺς ἄλλους μετέχειν τῆς πολιτείας καὶ κυρίου εἶναι τῆς τῶν ἀρχόντων καταστάσεως;)” (Pol. 1268a 27-29). El individuo que no participa activamente no puede formar parte de la ciudadanía, por una simple cuestión de naturaleza, este era sin duda un axioma del pensamiento político aristotélico. Sin embargo, Aristóteles reconocía la posibilidad de que la integración política dependiese en realidad del tipo concreto de régimen de que se tratase; así pues, en una democracia, el jornalero y el obrero podían ser ciudadanos, pero nunca lo serían en una oligarquía (Pol. 1278a). Este hecho indica que el pensamiento aristotélico tendía constantemente a la definición de una política ideal y al

establecimiento de sus normas de funcionamiento en un plano *teórico*; pero también nos indica que era capaz de percatarse de los naturales desajustes de su construcción teórica con respecto a la realidad práctica de las comunidades griegas. Aristóteles, por tanto, construyó *conscientemente* una estructura ideal.

CIUDAD Y CIUDADANÍA

Aristóteles identificaba frecuentemente la *pólis* no con el recinto urbano o sus partes materiales, sino con la *comunidad* de ciudadanos: la ciudad era “un conjunto de ciudadanos (πολιτῶν τι πλῆθος)” (Pol. 1274b 41), “el conjunto de tales personas [individuos que participan en las magistraturas y tribunales] capacitado para una vida autosuficiente (τὸ τῶν τοιούτων πλῆθος ἱκανὸν πρὸς αὐτάρκειαν ζωῆς)” (Pol. 1275b 20-21), “la comunidad de los hombres libres (κοινωνία τῶν ἐλευθέρων)” (Pol. 1279a 21), o “la comunidad de régimen político entre sus ciudadanos (κοινωνία πολιτῶν πολιτείας)” (Pol. 1276b 1-2). Ello no era en sí mismo algo del todo novedoso, pues la idea se encontraba presente ya en Alceo, quien en el fragmento 112.10 afirmaba que “los hombres son la valerosa torre de la ciudad (ἄνδρες γὰρ πόλιος πύργος ἀρεύιος)”³; en Época Clásica, Tucídides (7.77.7) pensaba que “los hombres son la *pólis*, y no unos muros o unas naves vacías de hombres (ἄνδρες γὰρ πόλις, καὶ οὐ τεῖχῃ οὐδὲ νῆες ἀνδρῶν κεναί)”, y Sófocles (*Oedip.* 55-56) también había afirmado que “nada son la torre o la nave si están desiertas de hombres (ὥς οὐδὲν ἔστιν οὔτε πύργος οὔτε ναὺς ἔρημος ἀνδρῶν)”. Sin embargo, si unimos esta idea con la anterior —que el poder pertenece a los que tienen las armas—, surge una noción nueva del régimen político: si la *pólis* son los ciudadanos, y esos ciudadanos se identifican con aquellos individuos que poseen armas, entonces se pueden postular una serie de regímenes *en función del tipo de soldado* que predomine.

En efecto, Aristóteles estableció una secuencia de regímenes políticos que estaban determinados por el tipo de guerrero-ciudadano predominante. En esa secuencia (Pol. 1297b 16-25) partía de la monarquía para pasar a continuación a un régimen formado a partir de los caballeros, y por último a otro formado a partir de los hoplitas; ello implica que Aristóteles creía en una secuencia histórica del tipo de combate, que evolucionaba desde la caballería a la falange.

“También entre los griegos el primer régimen después de las monarquías (ἡ πρώτη δὲ πολιτεία μετὰ τὰς βασιλείας) se formaba a partir de los combatientes (ἐγένετο ἐκ τῶν πολεμούντων); al comienzo, a partir de los caballeros (ἡ μὲν ἐξ ἀρχῆς ἐκ τῶν ἱππέων) (pues la guerra basaba su fuerza y superioridad en la caballería (τὴν γὰρ ἰσχὺν καὶ τὴν ὑπεροχὴν ἐν τοῖς ἱππεύσιν ὁ πόλεμος εἶχεν), ya que sin organización eran inútiles los hoplitas (ἄνευ μὲν γὰρ συντάξεως ἄχρηστον τὸ ὀπλιτικόν), y sobre tal tipo de soldados ni había experiencia ni táctica (αἱ δὲ περὶ τῶν τοιούτων ἐμπειρίαι καὶ τάξεις ἐν τοῖς ἀρχαίοις οὐκ ὑπῆρχον), de tal modo que en la caballería radicaba la fuerza); pero, con el crecimiento de las ciudades y con la pujanza de los hoplitas (αὐξανόμενων δὲ τῶν πόλεων καὶ τῶν ἐν τοῖς ὅπλοις ἰσχυσάντων), fueron más los que participaban en el gobierno (μᾶλλον πλείους μετέχον τῆς πολιτείας). Por consiguiente, a las que nosotros damos el nombre de repúblicas (ἃς νῦν καλοῦμεν πολιτείας) los antiguos las llamaban democracias (οἱ πρότερον ἐκάλουν δημοκρατίας)”.

³ Otro fragmento atribuido a Alceo reza: “Ni las bien construidas casas ni las piedras de la bien trabada muralla (οὐκ οἰκίαι καλῶς ἐστεγασμένοι οὐδὲ λίθοι τευχῶν εὖ δεδαμημένοι), ni los canales o los puertos hacen la ciudad (οὐδὲ στενωποί τε καὶ νεώρια ἢ πόλις), sino los hombres capaces siempre de servir de la ocasión (ἀλλ’ ἄνδρες χρῆσθαι τοῖς αἰεὶ παρούσι δυνάμενοι)”. Este fragmento no aparece en las ediciones de Voigt o de Page, y procede de Elio Arístides (*Or.* 555.31-33).

En este pasaje, además, Aristóteles identificaba indirectamente a los hoplitas con la formación cerrada de la falange, “pues sin organización eran inútiles los hoplitas”. Aunque aquí no precisó con detalle el tipo de régimen que surgía de esos sistemas militares, más adelante afirmó que a la caballería le correspondía una oligarquía, mientras que a la infantería ligera y a la flota le correspondía la democracia (*Pol.* 1321a 5-21) ⁴.

Para Aristóteles, por tanto, la participación militar, basada en el tipo de combate, determinaba el tipo de gobierno; pero, ¿cómo se pasaba de un sistema político al otro? La teoría de la “Revolución hoplita”, asumiendo el vínculo entre función militar y participación política como una relación “causa-efecto”, estableció que el cambio político era consecuencia del cambio militar, pero no parece ser esa la idea de Aristóteles. Una clave reside en su afirmación de que “con el crecimiento de las ciudades y la pujanza de los hoplitas, fueron más los que participaron en el gobierno” (*Pol.* 1297b 22-23). Con esta frase, Aristóteles describía dos procesos complementarios: primero, el crecimiento de las ciudades, que no explicó y simplemente daba por sentado, y que generó según él una diversificación social y la aparición de sectores “medios”; y segundo, la pujanza de esos sectores “medios”, que ejercían su función militar como hoplitas. De este modo, su creencia en el vínculo entre función militar y participación política como algo automático se fortaleció, pero sin embargo dejó sin explicar el cambio táctico, el paso de la caballería a la falange. Ambos procesos –militar y político– se ofrecían como argumento para justificar y explicar el cambio de modo conjunto, y Aristóteles no parecía diferenciar entre ellos. Por tanto, el cambio político no era consecuencia de la transformación militar, sino de aquello que constituía la esencia de la *pólis*: la participación ciudadana. Era la evolución de las funciones que identificaban a los ciudadanos, cualquier cambio en la naturaleza y composición del cuerpo cívico, lo que determinaba la transformación política (*Pol.* 1276b 1-4; 1296b 13-34); esa evolución generaría a la postre conflictos entre sectores sociales enfrentados, con lo que llegamos a las teorías aristotélicas acerca de las tensiones sociales y la conflictividad interna dentro de la *pólis* –la *stásis*–.

Aristóteles partía de la base de que, del mismo modo que existían distintos géneros de vida entre los hombres de acuerdo a cómo obtenían el sustento (*Pol.* 1256a 29-1256b 7), existían también en la ciudad “partes” diferentes (*Pol.* 1261a 22-29; 1277a 5; 1289b 27-35; 1317a 24-29; 1328a 36 - 1328b 2). En su obra criticaba la división social atribuida a Hipódamo de Mileto, que establecía la existencia de tres grupos –artesanos, agricultores y soldados– (*Pol.* 1267b 22 - 1269a 28), pero él mismo enumeraba clasificaciones diferentes en función de criterios diversos: de acuerdo con la riqueza, Aristóteles distinguía “unos que son ricos, otros pobres y otros de posición media (τοὺς μὲν εὐπόρους τοὺς δ' ἀπόρους τοὺς δὲ μέσους)” (*Pol.* 1289b 30-31; cf. 1295b 1-3), mientras que de acuerdo con el oficio, diferenciaba entre cinco grupos –campesinos, artesanos, comerciantes, jornaleros y soldados (οἱ καλούμενοι γεωργοί, τὸ καλούμενον βάνανσον, τὸ ἀγοραῖον, τὸ θητικόν, γένος τὸ προπολεμῆσον)– (*Pol.* 1290b 40-1291a 8).

Estas “partes” –μέρη– aristotélicas no eran “clases” sociales en sentido estricto, grupos coherentes y cerrados de individuos con un elemento de identidad común, sino más bien divisiones teóricas que un observador externo podía establecer basándose en criterios diversos. Sin embargo, hay otros contextos en su obra en los que sí definió unos grupos que podrían aproximarse a nuestra noción de “clase” socio-económica: por ejemplo, una aristocracia caracterizada por la riqueza y la cría

⁴ En este punto, la teoría de la “Revolución hoplita” se separaba un tanto de Aristóteles, pues en ella era la infantería pesada, y no las tropas ligeras o la flota, la que conducía a la democracia.

de caballos (*Pol.* 1289b 33-36), cuyo régimen oligárquico en la Atenas anterior a Solón describía en *Ath. Pol.* 3; también una “clase media” –*τοὺς μέσους*–, más bien una elaboración teórica fruto de su convicción en la excelencia del término medio (*Pol.* 1295b 4-11): en la “clase media” se daban las mejores condiciones para la vida cívica –predisposición a la responsabilidad y la ocupación de cargos, nivel moderado de bienes y riquezas, igualdad entre sus integrantes (*Pol.* 1295b)–, de modo que todo régimen *debía tender* idealmente al predominio de esa “clase media” dentro de su cuerpo cívico (*Pol.* 1296b 35-1297a 13). Por otra parte, la descripción aristotélica de los grupos de poder en Atenas en el siglo VI a.C. tal vez se acerque más a nuestra idea de “sectores políticos”: grupos con una identidad común –geográfica en este caso–, y con un líder natural –Megacles por los Paralios, Licurgo por los Pedieos y Pisístrato por los Diacrios– (*Ath. Pol.* 13).

El primer factor para el estallido de tensiones sociales –la existencia de grupos sociales diferentes con intereses diferentes–, por tanto, estaba presente en el pensamiento de Aristóteles, pero a continuación era preciso detallar el segundo factor: los motivos del descontento y las causas del conflicto. Y dentro de ese ámbito, un elemento fundamental para Aristóteles era la riqueza, el reparto de la propiedad y de los bienes.

Aristóteles era consciente de que todas las legislaciones antiguas habían contemplado la necesidad de un reparto igualitario de la tierra, y de hecho citaba los casos de Fidón de Corinto (*Pol.* 1265b 12-15), Faleas de Calcedonia (*Pol.* 1266a 39-1266b 4), Solón de Atenas (*Pol.* 1266b 17-18) o Hipódamo de Mileto (*Pol.* 1267 b 22-1268a 15). Sin embargo, él creía que la clave del reparto debía ser la tendencia a un “término medio”, con el fin de evitar tanto los abusos como las carencias; de este modo, afirmaba que “es evidente que no basta (*οὐχ ἱκανὸν*) que el legislador establezca la igualdad de la propiedad (*τὸ τὰς οὐσίας ἴσας ποιῆσαι τὸν νομοθέτην*), sino que debe apuntar como meta a un término medio (*ἀλλὰ τοῦ μέσου στοχαστέον*)” (*Pol.* 1266b 26-28). Aristóteles consideraba la “pequeña propiedad” –*οὐσία βραχεῖα* (1267a 9)– o incluso la mediana propiedad –*ἡ κτήσις ἡ μέση* (1295b 5; *cf.* 1319a 8-10)– como la solución a los males de la comunidad, al eliminar las desigualdades. Alcanzar ese promedio no era sencillo: debía existir una relación entre la propiedad y el número de hijos, de modo que la unidad familiar pudiese mantenerse a sí misma.

Los riesgos derivados de fracasar en ese intento eran muchos, ni más ni menos que la *stásis*, pues si el equilibrio se rompía y los individuos se empobrecían, entonces se volvían “revolucionarios” –*νεωτεροποιούς* (1266b 14; *cf.* 1296a 13-18)–. Aristóteles presentaba el caso de Esparta como ilustración de los perjuicios originados por el desequilibrio entre la propiedad y la ciudadanía: “Aunque el país podía alimentar (*δυναμένης τῆς χώρας τρέφειν*) a 1.500 jinetes y 30.000 hoplitas (*χιλίους ἵππεῖς καὶ πεντακοσίους, καὶ ὀπλίτας τρισμυρίους*), el número de ciudadanos llegó a menos de 1.000 (*οὐδὲ χίλιοι τὸ πλῆθος ἦσαν*) ... La ciudad no pudo sufrir un único revés (*μία γὰρ πληγὴν οὐχ ὑπήνεγκεν ἡ πόλις*), y pereció por falta de hombres (*ἀλλ’ ἀπώλετο διὰ τὴν ὀλιγανθρωπίαν*)” (*Pol.* 1270a 29-31, 33-34). Así pues, en el sistema espartano “está claro (*φανερὸν*)”, concluye el pensador, “que si nacen muchos (*πολλῶν γινομένων*) y la tierra está así repartida (*τῆς δὲ χώρας οὕτω διηρημένης*), forzosamente habrá muchos pobres (*ἀναγκαῖον πολλοὺς γίνεσθαι πένητας*)” (*Pol.* 1270b 5-6). Idéntica situación describía para la Atenas anterior a Solón, donde la tierra se encontraba en manos de unos pocos –“*ἡ δὲ πᾶσα γῆ δι’ ὀλίγων ἦν*” (*Ath. Pol.* 2.2.6; *cf. Ath. Pol.* 4.5)–. Un régimen de posesión y reparto de la tierra asentado en la desigualdad planteaba, por tanto, una situación “pre-revolucionaria”, al proliferar los pobres y acentuarse el descontento, pues “cuando hay muchos proscritos y pobres (*ὅταν γὰρ ἄτιμοι πολλοὶ καὶ πένητες ὑπάρχωσι*), esa ciudad está necesariamente llena de enemigos (*πολεμίων ἀναγκαῖον εἶναι πλήρη τὴν πόλιν ταύτην*)” (*Pol.* 1281b 29-30).

El descontento generado por la desigualdad en el reparto de la riqueza es una causa suficiente para nosotros, comprensible y fácilmente aceptable, de las tensiones sociales, pero Aristóteles no se detuvo ahí, sino que trató de profundizar aún más en las raíces del conflicto, y desarrolló toda una “teoría de la *stásis*”. El filósofo afirmaba que “en todas partes se debe la confusión política a la desigualdad (*πανταχοῦ γὰρ διὰ τὸ ἄνισον ἢ στάσις*), ... ya que, en general, los hombres se sublevar por conseguir la igualdad (*τὸ ἴσον ζητοῦντες στασιάζουσιν*)” (*Pol.* 1301b 26-29); pero continuaba: el origen de las tensiones sociales no radicaba únicamente en la desigualdad material o moral, sino también en un conjunto de causas relacionadas.

Primero, en la *percepción* de esa desigualdad: el descontento era consecuencia de una evaluación *subjetiva* –y por tanto sujeta a error– de la situación personal dentro del conjunto de la estructura cívica: “Cuando los ciudadanos no intervienen en el régimen *de acuerdo con la idea que cada cual pueda tener* (*κατὰ τὴν ὑπόληψιν ἣν ἑκάτεροι τυγχάνουσιν ἔχοντες*), se rebelan” (*Pol.* 1301a 37-39; cf. 1302a 23ss.). Segundo, en el egoísmo individual y la ambición: para Aristóteles, “la ambición de los hombres es insaciable (*ἡ πονηρία τῶν ἀνθρώπων ἀπληστον*) ... La naturaleza de la ambición no conoce límites (*ἄπειρος γὰρ ἡ τῆς ἐπιθυμίας φύσις*), y la mayoría de los humanos vive con el afán de satisfacerla (*ἥς πρὸς τὴν ἀναπλήρωσιν οἱ πολλοὶ ζῶσιν*)” (*Pol.* 1267b 1, 3-4). Los impulsos individualistas y la persecución de intereses personales eran, por tanto, elementos activos en la ciudad, pues “la mayoría de los crímenes voluntarios ocurren, en general, por la ambición y la avaricia de las personas (*διὰ φιλοτιμίαν καὶ διὰ φιλοχρηματίαν τοῖς ἀνθρώποις*)” (*Pol.* 1271a 17-18). Para Aristóteles, esa ambición era profundamente antidemocrática, no sólo porque aspiraba a romper la igualdad entre los ciudadanos, sino también porque, en el plano institucional, llevaba a los hombres a tratar de mantenerse en los cargos, cuando lo ideal era que se ejerciesen por turno (*Pol.* 1279a 8-16). Esa ambición podía dirigirse también hacia objetivos no materiales, como el prestigio o la estima pública, pues “las revueltas civiles no suceden sólo por la desigualdad de la propiedad (*στασιάζουσιν οὐ μόνον διὰ τὴν ἀνισότητα τῆς κτήσεως*), sino también por la de los honores (*ἀλλὰ καὶ διὰ τὴν τῶν τιμῶν*)” (*Pol.* 1266b 38-39; cf. 1302a 31-34)⁵. Pero Aristóteles hizo una distinción fundamental al afirmar que “la masa se subleva por la desigualdad de las haciendas (*οἱ μὲν γὰρ πολλοὶ διὰ τὸ περὶ τὰς κτήσεις ἄνισον*), y los mejor dotados, por los honores (*οἱ δὲ χαρίεντες περὶ τῶν τιμῶν*), si son igualados” (*Pol.* 1266b 40-41). Ello quiere decir, primero, que Aristóteles no reconocía causas unívocas o universales para la *stásis*, sino que cada grupo social tenía sus propios motivos; y segundo, que no sólo se producía un conflicto vertical originado por cuestiones de subsistencia, sino también uno *horizontal*, entre las élites, por cuestiones de estatus y honor. El tercer motivo de tensiones en la ciudad era, finalmente, la esclavitud o dependencia de un grupo social por otro (*Ath. Pol.* 2.3, 5.1), pues Aristóteles insistió en que la desigualdad generaba relaciones de dominación (*Pol.* 1317b-1318a), y puso el caso de la Atenas anterior a Solón como ejemplo, cuando el pueblo estaba sometido a servidumbre de los poderosos y reducido a la condición de “*hektemoroi*” (*Ath. Pol.* 2.2.1-4). El filósofo comprendía que esa situación de explotación y abuso pudiese convertirse en un factor de inestabilidad.

Por tanto, la *stásis* surgía para Aristóteles como consecuencia de una “toma de conciencia” individual en una situación de desventaja o desigualdad; sin embargo, todavía debemos identificar a los protagonistas de esos conflictos sociales en la ciudad. Como ya hemos visto, las partes o *μέρη* que Aristóteles distinguía inicialmente dentro del cuerpo cívico no eran tanto “grupos sociales”

⁵ Aristóteles enumera también otros motivos de revolución: el miedo, el desprecio, el crecimiento desmedido o la falta de homogeneidad racial (1302b-1304b; cf. 1304b 19-1307b 25).

como divisiones explicativas que podían variar según el criterio de clasificación; esas “partes” no eran, por tanto, agentes válidos en un proceso de transformación o conflicto político. Así pues, para estudiar la dinámica de cambio social mediante el conflicto, Aristóteles distinguía *dos* grupos o “partidos” –*μορίων*– en la ciudad, “la gente pobre y los ricos (τῶν ἀπόρων ἀνθρώπων καὶ τῶν εὐπόρων)” (*Pol.* 1315a 31-33), enfrentados constantemente entre sí: “se producen sediciones y luchas recíprocas entre el pueblo y los ricos (διὰ τὸ στάσεις γίνεσθαι καὶ μάχας πρὸς ἀλλήλους τῷ δήμῳ καὶ τοῖς εὐπόροις)”. Pero al menos dos cuestiones merecen atención:

En primer lugar, Aristóteles no definió con exactitud esos dos grupos, más allá del hecho de referirse a su nivel económico, por lo que su identificación con uno u otro de los sectores o “partes” que ha ido definiendo queda a discreción del lector moderno. Así, los “ricos” parecen fácilmente asimilables a la aristocracia, pero no lo es tanto la inmediata vinculación de los “pobres” con los hoplitas. En segundo lugar, es llamativa su interpretación de la lucha como un enfrentamiento entre dos bandos, cuando en la práctica ha definido la presencia de *tres*, incluyendo la “clase media”; es razonable concluir que ese sector “medio” tenía más que ver con su construcción teórica de una sociedad ideal que con la realidad de las comunidades griegas de la época: la “clase media” era aquello hacia lo que la sociedad debería tender.

Aristóteles afirmó también que esas tensiones sociales generaron a corto plazo un cambio político, que podía llevarse a cabo con violencia, o bien con engaño⁶. En cualquier caso, la consecuencia última de esas tensiones era la evolución de la comunidad hacia una estructura *más democrática*. ¿Cómo se llegaba a esa situación? Para Aristóteles, el hombre tenía por naturaleza el impulso de formar una comunidad (*Pol.* 1253a 29-30), y toda comunidad tendía por naturaleza a algún bien (*Pol.* 1252a 2): de hecho, “el fin de la ciudad es el bien vivir (τέλος μὲν οὖν πόλεως τὸ εὖ ζῆν), y todo eso está orientado a ese fin (ταῦτα δὲ τοῦ τέλους χάριν)” (*Pol.* 1280b 39-40). El mejor modo de alcanzar ese “bien vivir” era a través del gobierno de muchos, pues el colectivo tenía para Aristóteles la ventaja sobre el individuo de sumar las virtudes de muchos (*Pol.* 1281a 40 - 1281b 10; 1281b 34-38; 1286a 7 - 1286b 7). De este modo, el filósofo identificaba el “bien vivir” con la democracia.

A continuación, distinguía dos valores esenciales para la consecución y mantenimiento de esa democracia: por un lado la libertad, que era el fin de toda democracia (*Pol.* 1317a 40-41), una libertad que debe estar basada en la igualdad de los individuos, ya que sin igualdad se producían, como ya hemos dicho, relaciones de dominación (*Pol.* 1317b-1318a); y por otro lado la igualdad, que presentaba casi como un requisito de la libertad al eliminar la ambición y los intereses personales. Y así llegamos al argumento clave: en esa comunidad formada por un colectivo de iguales, “es justo que, tanto si el mandar es un bien o un mal, *todos participen en él* (πάντας αὐτοῦ μετέχειν)” (*Pol.* 1261b 1-2), por lo que Aristóteles defendía un principio democrático: al ser iguales por naturaleza, todos los individuos tenían derecho a participar; esa afirmación no es sólo *integradora* para aquellos que cumplen esa igualdad, sino también *excluyente* (*Pol.* 1283b-1284b; 1291b 30-38; 1295b 25-33).

Este tipo de gobierno, que parece más teórico que real, es el que Aristóteles denominaba *politeía*, el régimen ideal en el que “la mayoría gobierna mirando por el bien común (τὸ πλῆθος πρὸς τὸ κοινὸν πολιτεύεται συμφέρον)” (*Pol.* 1279a 37; cf. 1293b 22 - 1294a 29), y que se asentaba en la igualdad y libertad de todos los ciudadanos. El régimen se fundamentaba, por tanto, en la idea

⁶ En realidad ambos procedimientos se complementan, porque Aristóteles consideraba que era necesario siempre “embaucar” a los ciudadanos y emplear un grado variable de violencia (*Pol.* 1304b 8-18).

de la medida y la proporción, en un doble sentido: por un lado, su conservación y mantenimiento hacían necesario el imperativo de “que nadie crezca desproporcionadamente (*μήτ' αὐξάνειν λίαν μηθένα παρὰ τὴν συμμετρίαν*)” (*Pol.* 1308b 12), con el fin de preservar la igualdad que fundamentaba la libertad e integridad del sistema democrático; y por otro lado, se trataba de un régimen que debía estar caracterizado por el predominio de la “clase media”, lo que lo convertía en un sistema igualitario, justo, y carente de ambición y sediciones (*Pol.* 1295b 34 - 1296a 21).

Como hemos dicho, el principio de igualdad no era sólo integrador, sino también excluyente: de hecho, Aristóteles consideraba que la igualdad no debía estar extendida a todos los individuos, pues “parece que lo igual es lo justo (*δοκεῖ ἴσον τὸ δίκαιον εἶναι*), y lo es, *pero no para todos, sino para los iguales* (*ἀλλ' οὐ πᾶσιν ἀλλὰ τοῖς ἴσοις*)” (*Pol.* 1280a 11-12). La igualdad, por tanto, no era en sí misma el fin último de la reforma política: “La base de la reforma debe consistir, más que en igualar las haciendas (*μᾶλλον τοῦ τὰς οὐσίας ὁμαλίζειν*), en disponer a los por naturaleza superiores para que no pretendan obtener más (*τὸ τοὺς μὲν ἐπιεικεῖς τῇ φύσει τοιοῦτους παρασκευάζειν ὥστε μὴ βούλεσθαι πλεονεκεῖν*), y a los inferiores para que no puedan, es decir, para que sean inferiores (*τοὺς δὲ φαύλους ὥστε μὴ δύνασθαι· τοῦτο δ' ἐστίν, ἂν ἥπτους τε ᾧσι*), sin sentirse tratados injustamente” (*Pol.* 1267b 5-8); la reforma, por tanto, debía buscar la preservación de la desigualdad intrínseca de la sociedad —derivada de su naturaleza— mediante el ejercicio de la moderación; es decir: la imposición del principio democrático busca perpetuar la desigualdad.

Aristóteles creía, entonces, que existía un desequilibrio congénito en las sociedades, cuyo fundamento radicaba, en su opinión, en la idea del *merecimiento*: serán más privilegiados aquellos individuos que, por sus cualidades o funciones, lo merezcan. Y no consistía únicamente en acumular méritos prácticos, pues “parece absurdo que los mediocres (*τοὺς φαύλους*) tengan más autoridad en cuestiones importantes que los poderosos (*μεϊζόνων*)” (*Pol.* 1282a 25-26; cf. 1301b29ss.), sino también méritos abstractos, como la dignidad, pues “debe ejercer el cargo *el que sea digno de él* (*τὸν ἄξιον τῆς ἀρχῆς*), quiera o no quiera (*καὶ βουλόμενον καὶ μὴ βουλόμενον*)” (*Pol.* 1271a 11-12). Aristóteles estableció una identidad entre el buen gobierno y el mérito, pues “al parecer, es imposible que tenga un buen gobierno la ciudad no regida por los mejores, sino por los malos (*τὴν μὴ ἀριστοκρατουμένην πόλιν ἀλλὰ πονηροκρατουμένην*), e igualmente que esté regida por los mejores la que no tiene un buen gobierno (*ὁμοίως δὲ καὶ ἀριστοκρατεῖσθαι τὴν μὴ εὐνομουμένην*)” (*Pol.* 1294a 1-3). De este modo, aquellos que lo mereciesen a causa de sus cualidades económicas y sociales, debían formar parte de un régimen igualitario en el que la inexistencia de diferencias fuese la garantía de su estabilidad y buen funcionamiento.

Aristóteles hizo una llamativa puntualización: la solución a la desigualdad y el desequilibrio no había de ser necesariamente violenta; a veces, afirmaba, *basta con dar ciertas concesiones al pueblo para mantenerlo tranquilo*. Como testimonio de esa idea, Aristóteles presentaba el caso de los éforos espartanos, que eran designados de entre individuos del pueblo —*ἐκ τοῦ δήμου παντός* (*Pol.* 1270b 9)—; en su opinión, ese hecho tenía el efecto de que “el pueblo se mantiene tranquilo (*ἡσυχάζει γὰρ ὁ δῆμος*), al participar del más alto órgano de gobierno (*διὰ τὸ μετέχειν τῆς μεγίστης ἀρχῆς*)” (*Pol.* 1270a 18-19); idéntica situación representaban los *kósmoi* cretenses: cualquiera podía acceder a la magistratura (*Pol.* 1272a 29), y ello mantenía en calma al pueblo (*Pol.* 1272a 39). Por tanto, y aunque reconocía que ello no era síntoma de una buena organización política (*Pol.* 1272a 40), la concesión de ciertas cuotas de participación política era un modo de evitar los conflictos internos, pero esas cuotas no podían ser excesivas: la participación de la masa —*τὸ πλῆθος*— en los cargos más importantes “no está exenta de riesgos” (*Pol.* 1281b 26), y quedaba el recurso de concederles participación “en las deliberaciones y en los juicios”, que es lo que algunos reformadores como Solón establecieron en sus constituciones (*Pol.* 1281b 31-38). De ello se deduce

que la democracia no era única ni universal, sino que admitía variaciones en función de diversos criterios, como la mayor o menor libertad, o la posesión de mayores o menores rentas, “pues los elementos que acompañan a las democracias (*τὰ γὰρ ταῖς δημοκρατίαις ἀκολουθοῦντα*) y que parecen peculiares de este régimen (*δοκοῦντ' εἶναι τῆς πολιτείας οἰκεῖα*), al combinarse, determinan las diferentes democracias (*συντιθέμενα τὰς δημοκρατίας ἑτέρας*)” (*Pol.* 1317a 30-31; *cf.* 1291b 15 - 1292a 38; 1292b 22 - 1293a 11).

Por último, las tensiones sociales y el cambio político se encontraban fuertemente influenciados por las cuestiones militares, como ya hemos comentado. Por un lado, Aristóteles reconocía que la nueva táctica, la falange hoplita, implicaba necesariamente una mayor base popular, algo que puede deducirse indirectamente de su afirmación sobre el crecimiento de las ciudades y la pujanza de los hoplitas (*Pol.* 1297b 22-23): en efecto, si Aristóteles vinculaba la función militar y la participación política, al establecer que “fueron más los que participaron en el gobierno” estaba afirmando implícitamente que en el nuevo sistema habría más guerreros implicados en la política que en la organización militar anterior. Por otro lado, reconocía que la democracia radical ateniense era consecuencia de la nueva percepción de los remeros sobre su situación, conscientes finalmente de su vital función al servicio de la comunidad, “pues el pueblo, que fue el responsable del poderío naval en las guerras médicas (*τῆς ναυαρχίας γὰρ ἐν τοῖς Μηδικοῖς*), se convenció de su importancia (*γενόμενος ἐφρονηματίσθη*)” (*Pol.* 1274a 13-14). A pesar de ello, parece evidente que el impacto de los factores militares, aunque necesario e importante, no era para Aristóteles tan decisivo como sería para la moderna teoría de la “Revolución hoplita”; en cambio, se inclinó por motivaciones de tipo económico e incluso psicológico para explicar las tensiones sociales.

EVOLUCIÓN POLÍTICA

Aristóteles dedicó también gran atención a los diferentes procesos políticos que atravesó la *pólis* en su camino hacia la democracia; las reflexiones sobre la tiranía jugaron un papel muy relevante en ese estudio. En líneas generales, Aristóteles describía la tiranía con tintes negativos, definiéndola como una corrupción o degeneración de la monarquía, pues “el rey pretende ser guardián para que los propietarios no sufran ningún daño y el pueblo no se exceda en nada, mientras que la tiranía, como se ha dicho a menudo, no mira hacia nada comunitario si no es para provecho particular (*πρὸς οὐδὲν ἀποβλέπει κοινόν, εἰ μὴ τῆς ἰδίας ὠφελείας χάριν*)” (*Pol.* 1311a 1-4). Aristóteles asentó también las dos grandes características de la tiranía que pasarían a la historiografía moderna: su naturaleza individualista, y su tendencia a una política de corte populista.

En efecto, Aristóteles presentó la tiranía como un sistema de gobierno que ponía siempre el interés del tirano por encima del de los ciudadanos (*Pol.* 1295a 19-23; 1311a 2-4). La principal consecuencia de ello era el recurso a métodos represivos (*Pol.* 1313a 39-1313b 32), pues su conservación sólo podía garantizarse mediante el férreo control de la población, que Aristóteles sintetizaba en tres puntos: “uno, que los súbditos piensen poco (*ἐνὸς μὲν τοῦ μικρὰ φρονεῖν τοὺς ἀρχομένους*); en segundo lugar, que desconfíen unos de otros (*δευτέρου δὲ τοῦ διαπιστεῖν ἀλλήλοις*); y en tercer lugar la imposibilidad de actuar (*τρίτον δ' ἀδυναμία τῶν πραγμάτων*)” (*Pol.* 1314a 15-25).

Asentó también la imagen de los tiranos como defensores del pueblo, responsables de políticas populistas. En primer lugar, Aristóteles afirmó taxativamente que los tiranos surgían de los

demagogos: “Antiguamente (*ἐπὶ δὲ τῶν ἀρχαίων*), cuando se convertía la misma persona en demagogo y estratego (*ὅτε γένοιτο ὁ αὐτὸς δημαγωγὸς καὶ στρατηγός*), orientaba el cambio hacia la tiranía (*εἰς τυραννίδα μετέβαλλον*); pues, en general, la mayoría de los antiguos tiranos han surgido de los demagogos (*οἱ πλείστοι τῶν ἀρχαίων τυράννων ἐκ δημαγωγῶν γεγονόασιν*)” (*Pol.* 1305a 7-9; cf. 1310b 14-23). De este modo, ponía de manifiesto la faceta militar de la tiranía: el tirano solía ser un antiguo magistrado militar que “surge del pueblo y de la masa en contra de los notables (*ἐκ τοῦ δήμου καὶ τοῦ πλήθους ἐπὶ τοὺς γνωρίμους*), para que el pueblo no sufra daño alguno a manos de aquellos” (*Pol.* 1310b 12-14). Por supuesto, las intenciones reales del tirano no eran tan altruistas, y deberían más bien ser contrastadas con el egoísmo y los intereses personales que hemos comentado antes. El pueblo terminaría por apoyar al tirano, porque ello favorecía sus intereses: según Aristóteles, todos los tiranos antiguos accedieron al poder “contando con el respaldo del pueblo (*ὑπὸ τοῦ δήμου πιστευθέντες*), que era su odio contra los ricos (*ἡ ἀπέχθεια ἡ πρὸς τοὺς πλουσίους*)” (*Pol.* 1305a 22-23). La dinámica populista podía incluso provocar que la tiranía diese paso a la democracia, como consecuencia de la ambición y la codicia, pues los individuos que ostentaban el poder, deseosos de beneficiarse del erario público, darían cada vez más poder al pueblo (*Pol.* 1286b 16-20).

Pisístrato constituía sin duda el mejor ejemplo de tiranía para Aristóteles: vinculado a las actividades militares –jefe militar o con prestigio militar de algún tipo–, Pisístrato tenía experiencia en la guerra con Megara (*Ath.Pol.* 14.1.1) y colonizó la región del Pangeo (*Ath.Pol.* 15.2); tenía sus propias tropas (*Ath.Pol.* 14.1.4-5, 15.2); tomó el poder de modo violento apoderándose de la Acrópolis (*Ath.Pol.* 14.1.7), ganó una batalla contra sus enemigos y desarmó al pueblo (*Ath.Pol.* 15.3); y mostró una clara tendencia populista, pues aparecía como un individuo moderado que concedía préstamos a los campesinos y jornaleros (*Ath.Pol.* 16.2-4), estableció un colegio de jueces populares (*Ath.Pol.* 16.5), y garantizó en general la paz y estabilidad de la masa (*Ath.Pol.* 16.7-8).

Aristóteles desarrolló un pensamiento rico y profundo sobre la evolución política en Grecia, y, tratando de construir un régimen ideal que eliminase el conflicto y favoreciese una vida pacífica y productiva, dedicó un gran esfuerzo a estudiar los diferentes regímenes griegos existentes en su época, y trató de remontarse a sus orígenes para analizar los factores y causas de su aparición. Sus reflexiones –ordenadas, cabales, lógicas, dispuestas en claras secuencias causales– han constituido la espina dorsal de la teoría de la “Revolución hoplita”.

CONCLUSIÓN. ¿RAÍCES ANTIGUAS?

La teoría de la “Revolución hoplita” buscó apoyo para sus argumentos en las fuentes antiguas. Aristóteles ha sido, sin ninguna duda, la fuente esencial y básica bajo todos los puntos de vista, el auténtico origen de la teoría; muchas de sus ideas, trasladadas directamente a la reconstrucción historiográfica moderna, se convirtieron en pilares de ese complejo cuerpo teórico: el planteamiento de dos contextos históricos y militares diferentes –la caballería aristocrática y la falange hoplita–, de un abismo entre ellos, y de una transformación militar que permite el paso del uno al otro; la existencia de diversos tipos de organización militar que conllevan tipos de régimen político, y el planteamiento de una secuencia evolutiva entre ellos; la identidad entre táctica militar y tipo de gobierno, a través del tipo de combatiente que predomine; el vínculo entre función

militar y participación política, planteadas ambas como elementos propios del ciudadano; la cualificación militar como criterio de ciudadanía —es decir: la idea de que el régimen lo forman los que poseen las armas—; la descripción teórica de unas “clases medias” y su necesaria identificación con los hoplitas; la identificación del hoplita con la falange; el mecanicismo inherente en la superioridad y la eficacia —unas cosas con superiores a otras por sus mejores cualidades o su mayor eficacia, y las superiores sustituyen automáticamente a las inferiores—, de ahí la idea de que, mientras la infantería careció de cohesión en Grecia, la caballería fue más fuerte y superior (*Pol.* 1297b 18-20)⁷; la conciencia o percepción subjetiva de la propia situación como clave de la tranquilidad o el desorden social; el enfrentamiento entre ricos y pobres en la ciudad, en una lucha violenta a lo largo de un largo período de tiempo; la democracia y la igualdad como fin teleológico del cambio político...

Estas son las ideas fundamentales que la “Revolución hoplita” tomó de Aristóteles. Sin embargo, constituyen una cierta selección de las reflexiones aristotélicas, pues en el complejo pensamiento del filósofo griego había otros muchos argumentos que no parecían corroborar la teoría, sino todo lo contrario: en primer lugar, Aristóteles no siempre distingue dos “clases” enfrentadas, sino que puede contemplar distintos grupos en función de diversos criterios; segundo, los regímenes pueden ser también diversos, y se forman y disuelven por multitud de razones, no sólo por el descontento, por el conflicto o por la oposición de un grupo social antagónico; tercero, Aristóteles afirma el vínculo entre función militar y participación política, pero no como una relación “causa-efecto” —ser guerrero conduce de modo automático a la obtención de derechos cívicos—, sino más bien como una relación íntima y esencial que se fundamenta en la naturaleza del ciudadano. Los que poseen las armas, que son los ricos de la comunidad, participan plenamente en las instituciones; no es una línea causal, sino un triángulo interpretativo, donde los tres vértices —posesión de armas, riqueza y participación política— desempeñan el mismo papel.

Cuarto, presenta a los campesinos, que son la espina dorsal de la democracia, como un grupo que está más preocupado por su subsistencia que por el prestigio derivado de la participación política, que carece de ambición y se contenta con algunos privilegios deliberativos (*Pol.* 1318b 9-27). Quinto, desvincula al hoplita del campesino, pues éste pertenece a un grupo social diferente del que tiene las armas (*Pol.* 1329a 25-26, 1329b 36-39); la clave radica en su oficio, “pues se necesita tiempo libre para el nacimiento de la virtud y para las actividades políticas (*δεῖ γὰρ σχολῆς καὶ πρὸς τὴν γένεσιν τῆς ἀρετῆς καὶ πρὸς τὰς πράξεις τὰς πολιτικάς*)” (*Pol.* 1329a 1-2). Sexto, considera que la toma de conciencia y la ambición política del pueblo no son completas ni constantes, como si se tratase de las “clases obreras” modernas: la concesión de ciertos privilegios menores puede mantener al pueblo contento y tranquilo, con lo que la dinámica revolucionaria no es siempre obligatoria. Séptimo, Aristóteles parece defender además esa toma de conciencia como algo individual, no colectivo: es una percepción personal y subjetiva de la propia situación con respecto a la de otros individuos en la ciudad; no es una identidad o unos intereses colectivos, sino una dinámica fuertemente individualista. Octavo, no identifica unas causas universales para la *stásis*, sino que afirma que cada grupo social tiene sus propios motivos, y no sólo tiene lugar un

⁷ Esta creencia en el progreso y la superioridad encuentra explicación en su teoría teleológica, por la que todo tiende a un fin óptimo: “Lo que cada ser es después de cumplirse su desarrollo (*οἷον γὰρ ἕκαστόν ἐστι τῆς γενέσεως τελεσθείσης*), eso decimos que es su naturaleza (*ταύτην φημὲν τὴν φύσιν εἶναι ἑκάστου*), así de un hombre, un caballo o una casa. Además, la causa final y la perfección son lo mejor (*τὸ οὐδ' ἕνεκα καὶ τὸ τέλος βέλτιστον*), y la autosuficiencia es la perfección, y óptima (*ἢ δ' αὐτάρκεια καὶ τέλος καὶ βέλτιστον*)” (*Pol.* 1252b 31-34). Para Aristóteles, las cosas cambian y se transforman precisamente para ser mejores, en un permanente camino de perfeccionamiento que conduce a su fin último.

conflicto vertical por cuestiones de subsistencia, sino también uno *horizontal*, dentro de las propias élites. Y noveno, establece un vínculo entre hoplita y riqueza: los hoplitas pertenecen a los sectores ricos de la sociedad⁸, por eso pueden participar en el gobierno y disfrutar de derechos y privilegios; no son el *démos* llano, ni tampoco protagonizan ninguna “revolución” social.

Todas estas afirmaciones son plenamente aristotélicas, tienen sentido y coherencia con su teoría general sobre la política, pero en la práctica *eliminan* el fundamento de la “Revolución hoplita” en su enunciado más tradicional. Es fundamental tener en cuenta el hecho de que Aristóteles construye en muchos casos una visión teórica, y por ello, y aunque distinga con claridad su teoría de la realidad práctica, la mayor parte de sus argumentos deben ser tratados con cautela. Estas consideraciones me llevan a plantear la posibilidad de que la selección y lectura de fuentes hecha por la teoría de la “Revolución hoplita” muestre en la práctica un cierto *sesgo*.

Aristóteles aportó a la “Revolución hoplita” los testimonios más extensos y explicativos, donde su autoridad facilitó una rápida y directa asimilación; pero cuando llegó el momento de buscar otros testimonios que corroborasen esos argumentos, se recurrió a un grupo muy reducido de fuentes, escasas pero constantemente repetidas: la mención de Tucídides al comportamiento de la falange, las referencias homéricas al combate individual entre héroes, el juramento de los efebos y el *lógos epitáphios* de Pericles como alusión a la mentalidad militarista de la cultura griega; el discurso de Mardonio y la mención de Estrabón al pacto eubeo anti-proyectiles como testimonios de la guerra ritualizada y agonística de los griegos; los poemas de Solón como prueba de los conflictos arcaicos entre “clases”; los versos de Tirteo como evidencias de combate en formaciones cerradas; el discurso de Sarpedón acerca del equilibrio existente entre deberes y privilegios... Y, por último, Aristóteles: sobre las “clases” sociales y la stásis, sobre el vínculo entre función militar y participación política, sobre el paso de la caballería a la falange, sobre el progreso y la superioridad, sobre las tiranías, sobre la democracia como fin último de la evolución histórica de la *pólis*...

Así pues, un número relativamente reducido de testimonios se han empleado para sostener una compleja estructura teórica y sus numerosos argumentos; las fuentes arqueológicas sólo se han empleado para justificar el cambio militar –la introducción del nuevo armamento, la transformación táctica–, y apenas tienen peso en el resto de argumentos. Por otra parte, la estructura general de la teoría resultó demasiado compleja, y al parecer no todos los argumentos encontraron siempre un adecuado respaldo en las fuentes. La “Revolución hoplita”, por tanto, reconstruyó de modo teórico un proceso histórico, basándose en el pensamiento de Aristóteles, y trató a continuación de fundamentarlo mediante fragmentos de información antigua que necesariamente resultaron dispersos e inconexos.

⁸ Aristóteles afirma que a la caballería le corresponde una oligarquía, mientras que a la infantería ligera y a la flota les corresponde la democracia (*Pol.* 1321a 5-21); sin embargo, a la infantería pesada no le corresponde la democracia, sino otro tipo de oligarquía, “pues la infantería pesada es más propia de los ricos que de los pobres (*τὸ γὰρ ὀπλιτικὸν τῶν εὐπόρων ἐστὶ μᾶλλον ἢ τῶν ἀπόρων*)” (*Pol.* 1321a 13). Los hoplitas son para él individuos ricos, no parte del pueblo llano; no son los protagonistas de las tensiones sociales que describe.

CAPÍTULO III

DOS MUNDOS CONTRAPUESTOS EL COMBATE HOMÉRICO Y LA FALANGE HOPLITA

Como ya hemos comentado, el punto de partida de la teoría de la “Revolución hoplita” se situaba en la noción de una abrupta y radical transformación estructural entre dos “mundos” profundamente diferentes. Esa visión nació, en gran medida, de la comparación establecida entre dos fases históricas mejor conocidas y estudiadas, con el objetivo de llenar el “hueco” –escasas fuentes, escasa información– existente entre ellas, y está destinada en parte a explicar la irrepetible experiencia de la ciudad-estado clásica, cuya extraordinaria y original naturaleza parecía convertirla en un fenómeno singular en la historia griega. De ahí el abismo.

Lo llamativo, sin embargo, es que para muchos autores ¹ se trataba ante todo un abismo *militar*: para ellos, la primera y fundamental diferencia entre la Grecia geométrica y la Grecia histórica radicaba en su sistema de combate, individual y heroico en un caso, colectivo y solidario en el otro. De este modo, la definición y caracterización de ambos sistemas o modelos militares, y la reconstrucción del modo de combate antiguo, cobraban una importancia capital.

Pero la reconstrucción militar no es tarea fácil. John Keegan afirma que “las batallas son algo extremadamente confuso” (2004: 63), pues muchos detalles se escapan a la visión de sus propios protagonistas; como dice Whatley, “las batallas de todas las épocas son algo difícil de reconstruir. Muchos eventos diferentes acontecen de modo simultáneo, y los cambios son rápidos. Los actores se encuentran en estado de excitación y extremada tensión nerviosa, que es la peor condición posible para contemplar una situación con un mínimo sentido de la proporción. Es imposible para cualquiera saber qué está sucediendo en cualquier parte del combate, y es poco probable que haya ocasión, incluso aunque haya intención, para la búsqueda y el examen imparcial de testigos representativos mientras la batalla es todavía reciente y la memoria fresca” (1964: 120). Las dificultades aumentan si lo que debemos reconstruir son encuentros militares que tuvieron lugar hace más de 25 siglos y de los cuáles sólo conservamos narraciones fragmentarias realizadas por intelectuales que no sólo no estuvieron presentes en ellas, sino que a menudo escriben con décadas o siglos de distancia. El resultado es que no existe un consenso acerca de muchos elementos básicos de las batallas antiguas: la formación de las tropas –lugar en el campo de batalla, unidades,

¹ Por ejemplo, Meyer (1965: 513), Weber (1944: 278-280), Nilsson (1929: 1-2), Lorimer (1947: 76), Snodgrass (1964: 189ss.; 1980: 97-106), Derienne (1968: 120ss.), Cartledge (1977: 18-19; 1996b: 689), Greenhalgh (1973: 74), Salmon (1977), Murray (1980), Polignac (1984: 54-56), Holladay (1982: 99), Morris (1987), Donlan (1997), entre otros.

densidad de las unidades—, los tipos de tropas implicadas y su peso en el combate, la dinámica real de la lucha —cuerpo a cuerpo, individual, colectiva—, y un largo etcétera. Para nosotros, herederos de más de tres siglos de tradición militar basada en el combate a larga distancia, es simplemente imposible imaginar la experiencia de la batalla antigua: “Es muy difícil para quien no ha experimentado nunca una batalla, y menos el combate cuerpo a cuerpo, imaginar cómo era realmente la lucha a corta distancia” (Goldsworthy 1997: 3; *cf.* Keegan 2004: 87).

En este capítulo no vamos a reconstruir batallas concretas, ni a establecer cifras de combatientes, movimientos tácticos, o similares. Trataré de aproximarme a los principios generales que regían el combate en los momentos iniciales de la época histórica griega, en la denominada “época homérica”, para ofrecer así una aportación personal a las dos grandes cuestiones que han traído de cabeza a la historiografía militar —y no militar— sobre la Grecia arcaica: ¿combate “individual” o “colectivo”? ¿Formaciones “abiertas” o “cerradas”?

LA GUERRA HOMÉRICA

Tradicionalmente, hablar de “sistema de combate homérico” equivalía a hablar de los grandes héroes como Héctor o Aquiles, pues desde siempre ha existido una inevitable tendencia a identificar la épica con el combate singular. En la práctica, el estudio de este tema se enfrenta a una serie de condicionantes derivados de las propias características de la fuente principal, los poemas épicos.

En primer lugar, los poemas homéricos son, ante todo, una composición literaria que no está específicamente destinada para transmitir un contenido *histórico*. Se trata de textos poéticos con unas características específicas de composición, destinatarios, estructura interna o ideología, poco adecuadas para la transmisión rigurosa de acontecimientos. En las últimas décadas, sin embargo, el impulso de los estudios arqueológicos sobre la Época Oscura griega ha sacado a la luz la riqueza de variados y complejos estilos cerámicos, la pujanza de la primera metalurgia del hierro, la precoz construcción de edificios monumentales, la movilidad de los grupos humanos... por lo que nuestra imagen sobre esa etapa de relativa “oscuridad informativa” ha cambiado radicalmente ². Da la impresión de que el registro material puede llegar a conciliarse con la información textual.

La naturaleza de las fuentes conlleva dos retos para el historiador: primero, una decisión respecto del contexto histórico de lo que denominaríamos “sociedad homérica”, es decir, una *elección* de su marco temporal; y segundo, el reconocimiento de la doble dimensión del término “homérico”, aplicable, por un lado, al contenido de los poemas, y por otro, a una etapa histórica en la que esos valores, estructuras e instituciones puedan encontrar un adecuado reflejo. El objetivo sería hacer coincidir ambas dimensiones: encontrar un contexto histórico en el que “lo homérico” tuviese cabida natural. Este debate, el contexto histórico del mundo descrito por Homero, es consustancial con otro, la historicidad del mundo homérico, que sin duda podemos considerar como el segundo condicionante; el tema es de tal trascendencia que todo autor que aborda algún

² Trabajos de referencia: Coldstream (1977), Crielaard (1995), Hägg (1983), Hanson (1999a), Jarva (1995), Mitchell & Rhodes (1997), Osborne (1998), Snodgrass (1971 y 1980).

tema homérico comienza siempre por definirse sobre ello ³. Normalmente se manejan dos criterios: el material-arqueológico y el filológico-literario. Es imposible abordar de modo pormenorizado esa bibliografía aquí, pero basta con constatar que el debate sigue actualmente abierto, aunque hay una cierta tendencia en nuestros días a aceptar la fiabilidad de Homero como fuente histórica.

Es preciso insistir, sin embargo, en que la contextualización histórica debe ser, necesariamente, bidireccional, es decir: debe existir una correspondencia de datos entre la épica y la realidad material. En ese sentido, y en virtud de la información disponible, la correspondencia entre Homero y el mundo griego del siglo VIII a.C. parece la más coherente y firme: la sociedad de ese momento se alimenta ideológicamente de los poemas como fuente de inspiración e identidad social, pero a la vez forma parte del cúmulo de valores, ideas y prácticas que Homero compartió y que generaron sus poemas épicos. No pretendo afirmar una identidad entre ambos, sino únicamente reconocer que, dentro de unos esquemas literarios e ideológicos que hay que conocer y respetar, los poemas homéricos transmiten detalles fiables acerca de la realidad material y social de algunas comunidades de la protohistoria griega, y que pueden aportar, en definitiva, información histórica.

Si aceptamos ese supuesto, debemos necesariamente asumir que las descripciones que Homero realiza sobre ciertas actividades –por ejemplo, el combate, la organización militar y la estructura social e ideológica que la sostiene– pueden también encerrar trazos de historicidad o transmitir detalles fiables sobre una organización militar real. Sin embargo, hay todavía muchos puntos oscuros en la imagen que Homero construye de la batalla, así como sobre las circunstancias y contextos en los que se lleva a cabo: en primer lugar, el armamento descrito en los poemas parece inconsistente y artificial, imposible de atribuir a ninguna época concreta ni de integrar en una panoplia que ningún especialista considere plausible para su uso en combate real. En segundo lugar, las descripciones del armamento son a menudo descuidadas, confusas, sembradas de contradicciones, y la terminología es más genérica que específica; de este modo, es muy difícil establecer una relación entre las armas mencionadas en la épica y los restos materiales de armamento que las excavaciones han sacado a la luz. Tercero, el modo de combate se debate entre la idea de una guerra caballerescas y limitada a duelos singulares entre campeones, y una visión que defiende el peso de la masa en el combate.

Cuarto, es preciso también esclarecer la composición social de esa masa de combatientes “secundarios”, y su función concreta en la lucha; la posibilidad de que se trate de “clases medias” o “bajas” abre nuevas claves acerca de los mecanismos sociales de conscripción militar, el papel social desempeñado por estos sectores, su nivel económico y su peso político en las comunidades homéricas. Quinto, las instituciones militares que aparecen en Homero –tribus, fratrías, hetairías– no han tenido eco en las estructuras de organización posteriores, y encuentran un desarrollo bastante pobre en la propia épica, por lo que existen sobradas sospechas acerca de su naturaleza militar. Sexto, también se pone en duda el carácter militar, social y político del *basileús*, cuyas capacidades y

³ Entre los autores que se decantan por la historicidad de la información relevante contenida en Homero, aunque con diversas correcciones o matizaciones, podemos contar a J. P. Crielaard (1995), H. van Wees (1992; 1994a; 1994b; 1997b), P. A. L. Greenhalgh (1973), W. K. Pritchett (1985a), H. Bowden (1995), A. Jackson (1995), V. D. Hanson (1999a), K. A. Raafaub (1993; 1997c) o M. H. Jameson (1992); en cambio, entre los partidarios del carácter ficticio e irreal de los poemas, encontramos a P. Ducrey (1985), G. S. Kirk (1962; 1968), A. Snodgrass (1974), A. Geddes (1984), o C. G. Thomas (1978). En la obra de Crielaard (1995: 204-207) pueden encontrarse mayores precisiones sobre el tema.

funciones no están del todo claras; las principales críticas se centran en la historicidad de su función en el combate, cuestión directamente relacionada con su papel dentro de la sociedad homérica, sus relaciones con los restantes sectores sociales, o sus competencias y privilegios.

Las corrientes interpretativas más recientes tienden mayoritariamente a resaltar el papel de la masa en el combate y reducir el de los campeones; esta nueva visión está seriamente comprometida con toda una perspectiva más amplia del tratamiento e interpretación de las fuentes literarias, que reclama una mayor atención hacia el componente literario de los poemas y a los fenómenos de distorsión fruto de su naturaleza literaria.

EL "HÉROE-GUERRERO". LA PERSPECTIVA TRADICIONAL

La visión tradicional establece que el combate recaía por completo en los hombros de unos pocos individuos, que llevaban a cabo la lucha mediante enfrentamientos individuales con personajes de su misma condición⁴; esta dinámica de "duelos singulares" suponía un elemento de prestigio y exhibición. Nilsson resumía así este método de combate: "la época homérica ha sido llamada de modo justo una edad de caballeros. Los nobles se trasladaban en carros hasta el campo de batalla, descendían y luchaban ante las filas y columnas como campeones, con la masa de soldados constituyendo únicamente un trasfondo indiscriminado que contaba poco" (1929: 1; cf. 1928: 240).

El procedimiento habitual de esas monomaquias estaba en Homero claramente definido, siguiendo una especie de "*etiqueta*" (van Wees 1996: 29). El duelo se presentaba como el resultado de un acuerdo mutuo: un héroe recorría las filas de soldados a la búsqueda de un enemigo digno de su talla, y se producía un encuentro⁵; en otras ocasiones, el héroe aguardaba, sumido en reflexiones de temor y tentaciones de huida, la llegada de su enemigo⁶. Durante la aproximación, los héroes intercambiaban invectivas y provocaciones que eran a la vez elementos de exhibición y de disuasión, tratando de intimidar al enemigo para vencer sin tener siquiera que combatir. Una vez situados los rivales frente a frente, podía seguir un intercambio de palabras, en ocasiones bastante extenso, con un objetivo también intimidatorio, provocativo y disuasorio⁷. Estas acciones eran un mero "calentamiento" la mayor parte de las veces, pues los rivales terminaban por lanzarse al ataque; pero en otras ocasiones los héroes se separaban sin luchar, una vez que el intercambio de invectivas había concluido⁸. La excepción más significativa es, sin duda, el encuentro de Diomedes y Glauco, un duelo frustrado por las relaciones de *proxenia* existentes entre las familias de los contendientes⁹.

⁴ Meyer (1965: 513), Lorimer (1947: 111-114), Andrewes (1961: 129ss.; 1974: 31-33), Detienne (1968: 121-122), Cartledge (1977: 18), Greenhalgh (1973: 63ss., 146), Donlan (1970a: 136-137), Holladay (1982: 99), Anderson (1991: 15).

⁵ Il. 5.12-26, 841-867, 8.87-126, 9.231-240, 13.601-642, 16.335-341, 426-507, 731-763.

⁶ Il. 5.297-329, 8.320-334, 9.94-98, 343-360, 13.348-393, 550-566, 16.313-316, 593-600, 17.492-542, 20.382-393.

⁷ Il. 5.240-296, 628-669, 11.428-458, 12.3-69, 13.581-597, 20.158-352, 419-454, 21.139-204, 544-598, 22.248-369.

⁸ Il. 3.19-20, 6.119-236, 8.445-459, 809-837.

⁹ Il. 6.119-236.

A continuación, se desencadenaba la lucha, que, paradójicamente, era bastante breve: un único golpe que acaba directamente con el enemigo; sólo unos pocos encuentros implicaban más golpes, casi siempre con éxito desigual ¹⁰. Esta brevedad es realmente asombrosa, y contrasta fuertemente con la elevada inversión de tiempo que los héroes habían destinado al alarde. El golpe solía consistir en una lanzada arrojada desde la distancia, que atravesaba las defensas del rival y provocaba su muerte; en otros casos, el golpe aturdí al contendiente, permitiendo al atacante rematar a su enemigo con un golpe de espada o lanza; en los duelos más elaborados, los rivales esquivaban el proyectil, y respondían a su vez con otro tiro, que podía ser exitoso o no. El uso de las armas era, por tanto, bastante heterodoxo. El desenlace era también bastante reiterativo: si el enemigo moría, el vencedor lanzaba un discurso jactancioso junto a su cadáver ¹¹; si el rival seguía vivo, trataba de pedir clemencia y ofrecía un rescate a cambio de su vida, pero no hay ningún encuentro en la *Iliada* en el que esos términos fuesen aceptados ¹². El combate concluye siempre con el saqueo –o intento de saqueo– de las armas del enemigo, que se convertían en trofeo para el vencedor ¹³. Se trataba de un premio muy valioso, como demuestra el hecho de que el intento de saqueo generase a menudo combates intensos en torno al cadáver de un caído ¹⁴.

Lorimer (1947: 111-114) trató de demostrar que el armamento de los héroes homéricos pertenecía a épocas muy antiguas que nada tenían que ver con la posterior panoplia “hoplita”; se generalizó así la idea de que en los poemas existía una tendencia a la “arcaización” o “heroización” intencionadas de la panoplia homérica, mediante el recurso a piezas ya en desuso. En efecto, en la *Iliada* aparecen escudos con telamón, que pueden colgarse a la espalda en el momento de retirada ¹⁵, cascos con elevados penachos que parecen tener la cara descubierta ¹⁶, corazas de diversos materiales ¹⁷, lanzas y arcos de variables dimensiones ¹⁸, o espadas largas designadas como machetes o puñales ¹⁹.

¹⁰ Hans van Wees calcula que trece de esos duelos se solventan con un único golpe, nueve con dos golpes, cuatro con tres golpes y dos con cuatro golpes (1996: 74, n. 104).

¹¹ *Il.* 5.101-106, 283-285, 8.160-167, 11.361-368, 379-383, 449-456, 13.373-383, 413-417, 445-455, 619-640, 14.453-458, 469-475, 478-486, 500-506, 16.616-618, 744-751, 829-842, 17.537-540, 20.388-393, 448-455, 21.121-136, 183-200, 22.344-367, 372-375.

¹² Tanto Adresto (*Il.* 6.45-75) como Pisandro e Hipóloto (*Il.* 11.122-149) suplican sin éxito a Agamenón por su vida, mientras que Tros Alatórida (*Il.* 20.463-472), Licaón (*Il.* 21.64-135) y Héctor (*Il.* 22.337-369) tratan de invocar la clemencia de Aquiles; Odiseo y Diomedes ejecutan a Dolón cuando éste intenta también salvar la vida (*Il.* 10.442-459).

¹³ *Il.* 4.465-467, 492, 506, 5.573, 13.189-190, 383-385, 527, 14.477, 17.289.

¹⁴ Podemos enumerar los combates en torno a los cadáveres de Píroo (*Il.* 4.532-538), Anfio (5.617-626), Alcátoos (13.462-499), Enomao (13.506-511), Ascálafo (13.516-540), Toón (13.549-555), Satnio (14.442-450), Calétor (15.422-428), Dólope (15.545-559), Melanipo (15.583-590), Sarpedón (16.490-683), Cebriones (16.737-783), y Patroclo (17.1-18.233).

¹⁵ *Il.* 5.795-798, 11.38-39, 12.401-402, 14.404-405, 16.802-803, 18.480.

¹⁶ *Il.* 4.495, 5.562, 681, 6.116, 369, 17.3, 20.111.

¹⁷ *Chalkochitōnes* (χαλκοχίτωνες, “quitones de bronce”): *Il.* 1.371, 4.537, 5.180, 15.330, 17.485, 24.25. *Bronce*: *Il.* 13.372, 398, 507, 17.314, 22.322-323, 23.560. *Oro*: *Il.* 11.24-27, 18.320, 610. *Lino*: *Il.* 2.529-530, 830.

¹⁸ *Lanzas*: *Il.* 6.319, 8.494, 16.140-142, 19.387-389. *Arcos*: *Il.* 3.15-20 (Paris), 8.266-272 (Teucro), 13.576-595 (Héleno), 650-652 (Meriones).

¹⁹ *Xíphos* (ξίφος): *Il.* 1.194, 210, 220, 2.45, 3.18, 272, 334, 361, 367, 4.530. *Phásganon* (φάσγανον): *Il.* 1.190. *Máchaina* (μάχαιρα): *Il.* 3.271.

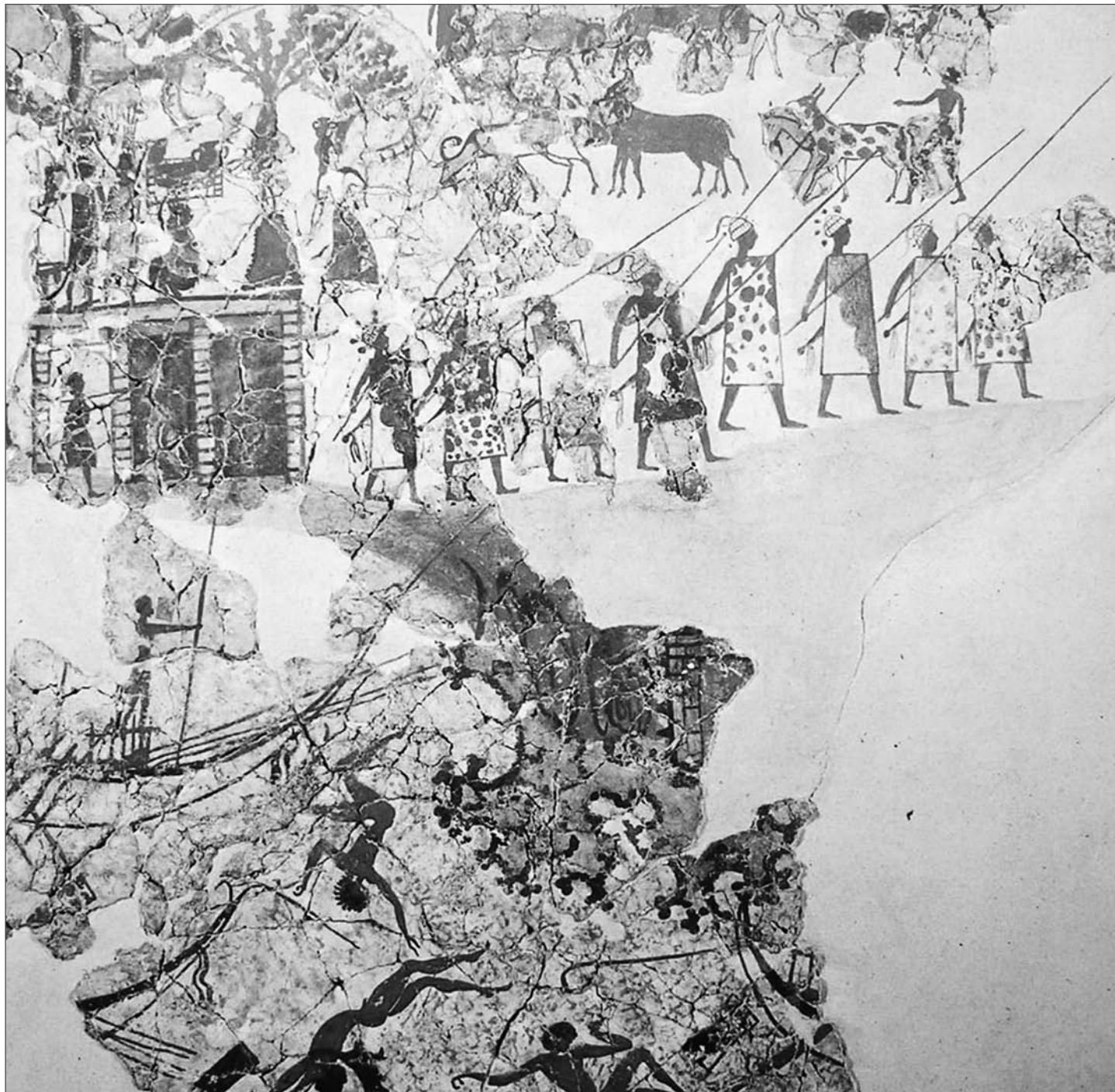


Fig. 11a. Frescos de Tera, siglo XV a.C.

De entre los frescos conservados en la ciudad sepultada por el volcán de la isla de Santorini, en el Egeo, destaca el denominado “Fresco de la Expedición Naval”. En él, un grupo de guerreros se embarca en una aparente campaña contra un territorio ultramarino.

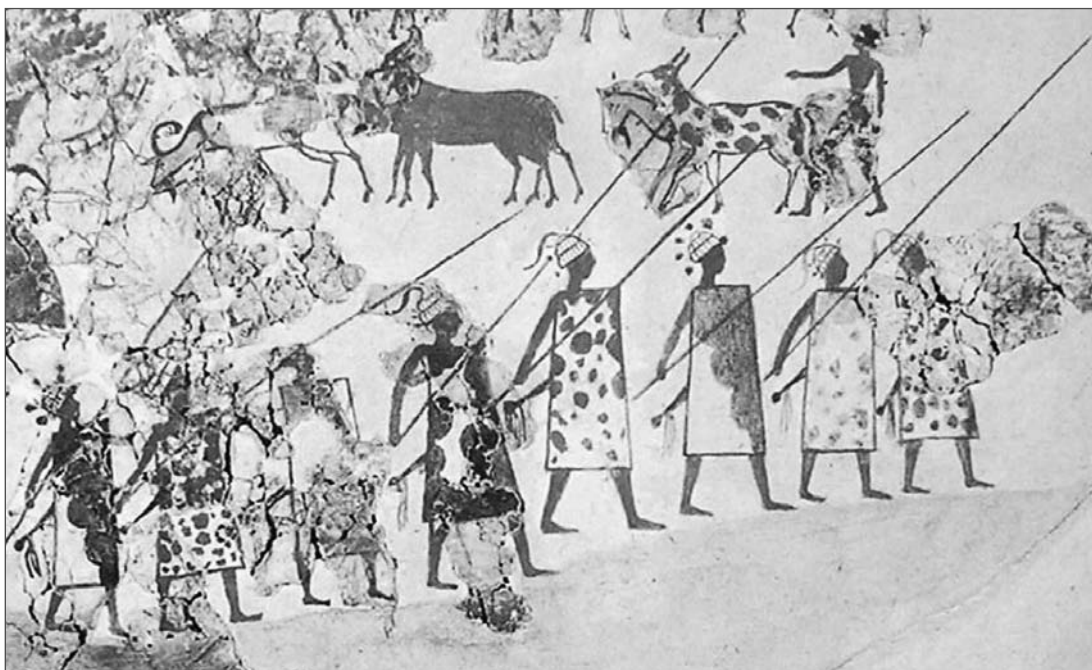


Fig. 11b. Frescos de Tera, siglo XV a.C.

Detalle. Los guerreros portan largas lanzas, espadas y grandes escudos rectangulares de piel, similares a los descritos por Homero en la *Iliada*. Llevan también cascos de colmillos de jabalí, que mencionaremos más adelante (Fig. 13) (pp. 116-117). Este extraordinario fenómeno nos habla del modo en que la poesía épica conservaba elementos materiales procedentes de un pasado perdido y desaparecido.

Pero el elemento más llamativo era el propio carro de combate. En general, la postura tradicional tiende a reconocer su empleo como medio de transporte, que los guerreros sólo empleaban para entrar en la lucha o salir de ella: al llegar al frente de batalla desde la retaguardia, descendían del carro y continuaban a pie²⁰. Era un objeto caro y valioso, de ahí que no se emplease como arma en sí misma, ni siquiera como plataforma móvil para el disparo de proyectiles²¹, uso para el que había estado destinado en las grandes batallas de la Edad del Bronce en Egipto, Siria y Anatolia. Además, el carro era para un héroe un elemento de exhibición y riqueza que le distinguía del resto de combatientes. Todo ello ha conducido a la visión generalizada de que “Homero no sabe en realidad qué hacer con los carros” (Bowden 1995: 59), interpretando las aparentes inconsistencias de la descripción homérica como desconocimiento por parte del poeta.

El resto de la panoplia del guerrero homérico muestra también algunas aparentes inconsistencias, hasta el punto de que algunos autores la han denominado como “fantasía” (van Wees

²⁰ *Il.* 3.29-31, 4.418-421, 5.106-134, 8.316-329, 9.423, 15.447-457, 16.426-427, 733, 755, 17.481-483.

²¹ Hay algunas ocasiones en las que el héroe puede acercarse tanto a la lucha como para arrojar la lanza sin desmontar (*Il.* 5.9-21, 217-443, 835-867, 8.118-29), pero en otras guerrero y auriga son heridos o muertos mientras se trasladan en el carro (*Il.* 5.608-609, 11.320-322, 328-335).

1994b: 131). El escudo homérico, por ejemplo, tendía a ser redondo ²², con un borde metálico a modo de protección ²³, y consistente habitualmente en una serie de capas de piel de bovino recubiertas por una o varias láminas de metal martilleado en la superficie ²⁴. En ocasiones, podía llevar un *telamón* (τελαμών, “correa, tahalí”) ²⁵; puesto que es un elemento aconsejado para los escudos de grandes dimensiones, se han identificado algunos de ellos, como el de Áyax, con los grandes escudos micénicos en forma de torre que aparecen en los frescos de la isla de Tera (Fig. 11); las pinturas muestran a individuos armados con largas picas y protegidos por grandes escudos rectangulares en piel, sostenidos por una banda de cuero, aunque su sentido está lejos de ser claro ²⁶.

La lanza era la principal arma ofensiva del guerrero homérico, pero mostraba igualmente una gran variedad de formas, tamaños y usos. El guerrero portaba varias lanzas a la vez, generalmente dos ²⁷, que servían tanto de proyectiles como para atacar esgrimiéndolas; de hecho, el uso efectivo que los héroes hacían de ellas era muy variable, y se empleaban apelativos muy diferentes para referirse al mismo arma ²⁸, lo que indica una absoluta indistinción tipológica. Cuando el tamaño era expresado, solía tratarse de lanzas de grandes dimensiones, casi inmanejables ²⁹, que plantean problemas de interpretación. Sus materiales también eran confusamente descritos, pues los apelativos del arma hacen pensar en la madera –por ejemplo *meliē* (μελή, “fresno”)–, aunque Homero se refería a muchas puntas de lanza como “bronces”; ello, unido a la afirmación de la *Odisea* de que las armas estaban fabricadas normalmente en hierro (16.294; 19.13), añade mayor confusión.

Idénticas inconsistencias aparecen en el caso de las espadas, cuyas dimensiones y características no parecen muy claras: en ocasiones, las espadas eran de metales preciosos, mientras que otras

²² Hay muchos elementos que conducen a esa impresión: el corriente epíteto *eukyklos* o *kyklos* (εὐκύκλος ο κύκλος), “bien redondeado” (*Il.* 5.453, 797, 11.32-37, 12.294-297, 426, 13.715, 14.428, 20.280-281), la interpretación como “circular” de la expresión homérica *aspída pántose ísēn* (ἀσπίδα πάντοσε ἴσην), “igual por todas partes” (*Il.* 3.347, 356, 5.300, 7.250, 11.61, 434, 12.294, 13.157, 160, 405, 803, 17.7, 43, 517, 20.274, 21.581, 23.818), o incluso la existencia de umbo, también una señal de escudo circular (*Il.* 4.448, 6.267, 8.162, 12.161, 13.192, 264, 16.124, 19.360).

²³ *Il.* 6.117-118, 14.412, 15.645, 18.479-480, 20.275-276.

²⁴ *Il.* 12.405-407, 13.804, 17.492-493, 20.275-276. El escudo puede también ser aludido únicamente como “piel, cuero” (*Il.* 4.447) o como “bronce” (*Il.* 3.348). Si eso es una señal de inconsistencia o de combinación de ambos elementos es algo que todavía está en discusión.

²⁵ *Il.* 5.795-798, 11.38-39, 12.401-402, 14.404-405, 16.802-803, 18.480.

²⁶ Hans van Wees no ve, sin embargo, ninguna inconsistencia en estos escudos, pues considera que sus grandes dimensiones son más bien un elemento heroizante –sólo los héroes pueden manejarlos–. Van Wees interpreta también el epíteto *eute pyrgon*, “como una torre”, no en relación con su altura, sino con su resistencia e impenetrabilidad: el escudo de Áyax, por ejemplo, está fabricado con siete pieles superpuestas y una de bronce, lo que le confiere considerable espesor y resistencia (1994b: 133, 149, n. 52).

²⁷ *Il.* 3.18, 10.76, 11.43, 12.298, 13.241, 16.139, 21.145.

²⁸ Por ejemplo, *aichmē* (αἰχμή, *Il.* 3.348, 4.461, 503, 5.282, 293, 658...), *dóry* (δόρυ, *Il.* 1.303, 2.382, 645, 650, 659, 3.78, 436...), *énchos* (ἐγχος, *Il.* 2.131, 389, 530, 818, 3.135, 137, 254, 317, 338, 345, 346, 355, 357, 360, 367, 380, 431...) o *meliē* (μελή, *Il.* 2.543, 13.178), aparte de la infinidad de términos que designan las armas arrojadas –*bélos* (βέλος), *ostéon* (ὀστέον), *iós* (ἰός), *kélon* (κῆλον), *obelás* (ὀβελός)...–, y que no permiten distinguir con propiedad una flecha de una lanza.

²⁹ La lanza de Héctor mide once codos (*Il.* 6.319, 8.494), unos cinco metros, lo que es impensable en Grecia hasta la llegada de la sarisa macedonia.

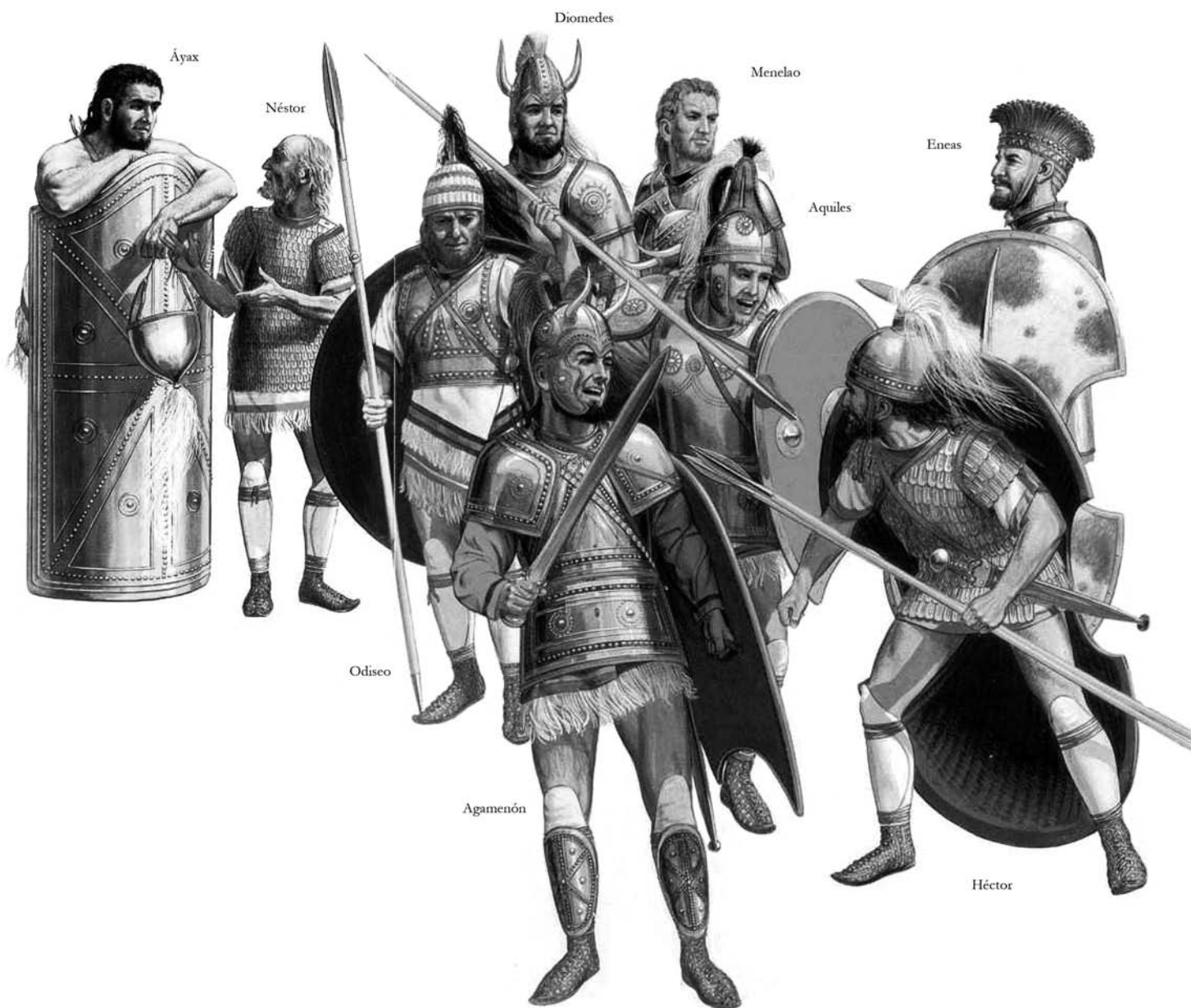


Fig. 12. Héroes homéricos

La ilustración, realizada por Peter Connolly (1986: 5-6), reúne todos los elementos que conformarían la panoplia de un guerrero aristocrático a finales de la Edad del Bronce, en torno al 1200 a.C. Todos ellos han sido extraídos de representaciones contemporáneas (frescos, relieves) o reconstruidos a partir de restos arqueológicos. Es preciso llamar la atención sobre la heterogeneidad del armamento, las diversas tipologías de escudos (en especial el escudo en forma de “8” y el escudo en forma de media luna) y el predominio de lanzas arrojadas.



Fig. 13a. Casco de colmillos de jabalí, siglo XIII a.C.

El casco descrito por Homero se consideraba ficticio hasta que las excavaciones comenzaron a desenterrar ejemplares reales. Más de un centenar de colmillos distribuidos en tres bandas conforman la superficie protectora de esta pieza, encontrada en una tumba en Grecia.

veces se referían a ellas como “bronce” o incluso “hierro” (*Il.* 3.336). Lo más llamativo es que sus apelativos –*phásganon*, *xíphos*, *máchaira*– tampoco contribuyen a diferenciar tipologías; indistintamente, unos y otros tipos eran aludidos como *mégas* –*μέγας*, “grande”–, y ceñidos en lugares diversos: Agamenón cargaba su espada a los hombros (*Il.* 2.45), mientras que Aquiles llevaba la suya atada al muslo (*Il.* 1.190). Por su parte, las armas arrojadizas y proyectiles eran tratados de un modo bastante genérico, grandes arcos de cuerno y hueso que arrojaban proyectiles barbados hechos en bronce o hierro. A pesar de ser un atributo de dioses como Apolo ³⁰, sobre el arco planeaba siempre una especie de baldón, y a veces era empleado como insulto ³¹.

Por lo que respecta a los elementos defensivos corporales, había una gran variedad de piezas diferentes, desde las prendas defensivas secundarias –cinturones (*Il.* 5.538-539, 615-616, 6.219, 7.305, 10.77-78) o ventreras (*Il.* 16.419)– a las corazas, que tienen una amplia difusión y presencia

³⁰ El dios Apolo es *argyrótoxos* (ἀργυρότοξος), “de arco plateado”, en *Il.* 1.37, 451, 766.

³¹ Diomedes insulta a París llamándolo “arquero ultrajador” (*Il.* 11.385).

Fig. 13b. Casco de colmillos de jabalí, siglo XIII a.C.

“En la cabeza se caló un morrión fabricado de piel bovina. En su interior, múltiples correas muy prietas lo tensaban; por fuera, blancos colmillos de jabalí, de albos dientes, se sujetaban densos aquí y allá con pericia y destreza; y el fondo estaba forrado de fieltro” (*Il.* 10.261-265). La imagen de Peter Connolly ilustra la descripción de Homero sobre el modo en que estos cascos estaban fabricados.



en la *Iliada*³², pero que son bastante más difíciles de asimilar a corazas históricas. Las menciones al bronce son las más habituales, pero existen también referencias a *linothórakes* –*λινοθώρακες*, “corazas de lino” (*Il.* 2.529, 830)–, por lo que el metal no era el material exclusivo de los elementos defensivos. Los cascos, por último, parecen hechos en bronce y tocados con un gran penacho de crines³³, con protectores para los carrillos, aunque existían otros tipos realizados en cuero o fieltro, además del casco de colmillos de jabalí (*Il.* 10.261-271), una pieza única de la que perviven testimonios arqueológicos diversos (Fig. 13).

Esta imagen privilegia a un grupo de combatientes dotados de cualidades sobrehumanas, cuyas experiencias y evoluciones sobre el campo de batalla eran el tema central de la narración. Ante una masa confusa y atronadora en ocasiones, en medio de un marco de proyectiles, estruendo y griterío, los héroes realizaban sus grandes hazañas derribando y despojando a sus enemigos para mayor gloria individual y colectiva. Ello sólo se explica a partir de un complejo sistema ideológico, una manera de pensar y vivir la guerra propia de la aristocracia de la época, que justifica los fundamentos de ese modelo de combate. La perspectiva tradicional considera al héroe homérico como un guerrero individualista, que se movía y actuaba por sus propios intereses y fines, y que representaba la puesta en acción de los valores propios de la aristocracia. Este héroe se caracterizaba sobre todo por sus habilidades en el combate, y su búsqueda permanente del

³² Por ejemplo, aparecen *thórakes* (θώρακες) en *Il.* 3.332, 358, 13.372, 398, 507 ó 17.314. Es también bastante habitual el verbo *thōréssō* –*θωρέσσω*, “vestir la coraza”, “acorazarse”, “armarse”–, que puede tener o no relación directa con una coraza. Por otra parte está el epíteto de “quitones de bronce”, *chalkochitōnes* (χαλκοχιτώνες, *Il.* 1.371, 2.47, 163, 187, 437, 3.127, 131, 251...), una manera poética de referirse a las armaduras de los Aqueos y su material metálico.

³³ El elevado penacho es uno de los rasgos más llamativos de Héctor, que es constantemente denominado *korythaíolos* (κορυθαίολος), “de tremolante (vibrante) casco”, en relación con las crines que coronan la cimera (*Il.* 2.816, 3.83, 324, 5.680, 689, 6.116, 263, 342, 359, 369, 440, 520, 7.158, 233, 263, 287, 8.160, 324, 377, 11.315, 12.230...).

honor y la riqueza; el combate era para él un destino trágico al que debía resignarse, y por ello generaría un código “caballeresco”, intentando limitar los horrores de la guerra mediante la imposición de normas, y defendería valores esenciales como la familia o la patria (Kirk 1968: 99-103).

El *honor* –*timé* (τιμή), *kýdos* (κῦδος)– era sin duda el elemento esencial de la ideología del guerrero homérico, entendido primeramente en su dimensión individual: la necesidad de mantener, conservar e incluso ampliar de algún modo ese honor personal era la motivación esencial que impulsaba los actos de los héroes; el argumento central de la *Iliada*, sin ir más lejos, es la cólera de Aquiles por la deshonra recibida de Agamenón al ser privado de su parte de botín, Briseida. Ese honor personal se podía ampliar a través de diversas acciones, pero todas ellas debían estar regidas por el principio de la excelencia: el héroe debía ser *áristos* en todo aquello que llevase a cabo, pues sólo esa excelencia le permitía sobresalir frente al resto y obtener su *timé* a través del reconocimiento colectivo, es decir, la fama –*kléos* (κλέος)–. El sistema, por lo tanto, se realimentaba en la medida en que el héroe fuese capaz de realizar acciones cada vez más atrevidas, más valerosas y más esforzadas, que fuesen dignas de admiración y respeto.

La fama y el honor procedían habitualmente de los dioses, que concedían esos dones a determinados mortales por causas misteriosas³⁴; también podía provenir de otros hombres, que en virtud de una relación directa transmitían a los demás parte de la gloria que ellos ganaban (*Il.* 1.174-5, 510); se obtenía honor en la asamblea³⁵, una “palestra” figurativa en la que se exhibían las habilidades oratorias de los grandes líderes; y por último, surgía del combate, donde un héroe esforzado realizaba toda suerte de hazañas ante los ojos de los demás³⁶. La excelencia en la lucha es tal vez el elemento al que se ha concedido mayor importancia, pues se ha considerado siempre como la justificación del estatus de privilegio de los aristócratas homéricos: a cambio de protección militar, la comunidad concedía a un individuo una serie de dones. Lo habitual, por tanto, era que ese individuo ejerciese permanentemente su función con el fin no sólo de acrecentar su propia fama, sino de hacerse acreedor permanente a los dones y privilegios de que disfrutaba³⁷. La fuerza y el valor militares, por tanto, se consideran la base de todo el sistema ideológico del guerrero aristocrático, que encontraba en esos rasgos de comportamiento un elemento legitimador ante la comunidad y ante su propia “clase”. Eso explica, por ejemplo, que el héroe buscase el combate individual: luchar mezclado con la masa, sumergido en la formación, le privaba de toda notoriedad.

Esta composición mental, en la que el estatus era consecuencia del ejercicio de valores militares –el empleo de la fuerza, en definitiva–, y en la que la fama tenía un papel destacado a través de un *éthos* fundamentalmente bélico, debe mucho en su formulación final a Aristóteles, que

³⁴ Zeus es la divinidad que más veces aparece asociada a ese comportamiento dádivo, por ejemplo en *Il.* 1.353, 505, 559, 2.4, 197. También Apolo es mencionado a este respecto, en *Il.* 1.454.

³⁵ La asamblea aparece como *kydiáneira* (κυδιάνειρα), “que da honor” (*Il.* 1.490). Sin embargo, este epíteto es habitualmente destinado a la batalla, *máche kydiáneira* (μάχη κυδιάνειρα, *Il.* 4.225, 6.124, 7.113, 8.448, 12.325, 13.270, 14.155, 24.391).

³⁶ Eso es lo que los Aqueos exclaman sobre Odiseo, que a los ojos de todos es “autor de hazañas sin cuento por las buenas empresas que inicia y el combate que apresta” (*Il.* 2.272-3).

³⁷ Por ejemplo, un *témenos* o parcela de tierra propia (Donlan 1989: 131-2). Hans van Wees mantiene también esta idea (1988: 20), al considerar que la valentía del héroe en el combate es un intento por responder adecuadamente a los privilegios recibidos, por hacerse merecedor de ellos ante toda la comunidad.

asentó, como ya hemos visto, la teoría de que el poder político recaía en aquellos que controlaban el poder militar: el gobierno de la ciudad sólo puede llevarse a cabo por individuos que busquen el beneficio de la comunidad, beneficio que sólo es posible si esos individuos poseen una cierta excelencia; la mayor excelencia para la comunidad surge de su defensa frente a los enemigos, de lo que se deduce que el gobierno recaerá en aquellos que la defienden —es decir, los que poseen las armas—³⁸.

El combate se presenta, por tanto, como la representación más completa y efectiva del *éthos* heroico del guerrero aristocrático, de acuerdo con la perspectiva tradicional. El valor y el arrojo, e incluso la locura transitoria, son virtudes que el guerrero debe ejercitar de modo excelente, para ser merecedor de los privilegios y dones de los que disfruta por encargo de la comunidad. La exhibición se convierte así en una obsesión para los guerreros, que deben demostrar el legítimo disfrute de su posición. Desde este punto de vista, el modelo de combate tradicional encaja dentro de un pensamiento que, ya desde el principio, privilegia las acciones de unos pocos.

¿GUERREROS O SOLDADOS? NUEVAS PERSPECTIVAS

La revisión de los métodos de análisis e interpretación emprendida en las últimas décadas por algunos autores ha terminado por alterar nuestra imagen del mundo homérico. En ese proceso de revisión, los dos ámbitos más activos de análisis y crítica fueron el arqueológico y el lingüístico-literario. Con respecto al primer ámbito, el análisis arqueológico del armamento trajo consigo una serie de nuevas reflexiones, que acrecentaron la sensación de artificialidad de las armas homéricas. En primer lugar, la arqueología mostró un aplastante predominio del hierro en las hojas de espadas y en las puntas de lanzas y flechas (Snodgrass 1964: 173-174); también se dedujo que la terminología homérica referida a las armas no reflejaba con exactitud ninguna tipología arqueológica concreta; en tercer lugar, se propuso que las referencias homéricas a armas extraordinarias reflejaban más bien ecos de la Edad del Bronce, pues no había constancia de piezas de esas características en el siglo VIII; y por último, se señaló que las representaciones pictóricas o escultóricas sobre carros parecen remitir a contextos de festividades, y no de combate.

Por otra parte, el estudio iconográfico de los motivos bélicos en las cerámicas geométricas parecía corroborar la existencia en las pinturas vasculares de una “dinámica narrativa” muy similar a la empleada por Homero en los poemas épicos: la fragmentación del combate en una serie de luchas separadas en grupos pequeños, centrando la atención en las acciones de individuos concretos; la inexistencia de combate naval propiamente dicho, sino más bien enfrentamientos individuales sobre las cubiertas de los buques; el carro nuevamente como un medio de transporte, del cual los individuos descienden para luchar, y nunca en contextos de combate; y por último, el desarrollo de objetos “heroicos” propios en las pinturas, como sería el escudo “Dipylon”, del que no hay restos arqueológicos y cuya existencia sólo se testimonia en las cerámicas³⁹. Como veremos, todas estas dinámicas parecen mostrar claras similitudes con Homero. El análisis de G. Ahlberg (1971) probó que la técnica narrativa de Homero no era exclusiva de la épica, sino que encontraba paralelos argumentales y compositivos en otras manifestaciones de contenido “narrativo” como son las pinturas vasculares. Este paralelismo evidenciaba la existencia de unos patrones

³⁸ Arist. *Pol.* 1279a 28-30, 1279a 39-b 4, 1297b1, 1321a 8-13.

³⁹ Consultar Ahlberg (1971: 41-49, 58-59, 55-56, 60ss.).

comunes de representación, unas estructuras similares de narración, sometidas a los mismos condicionantes y, en definitiva, al mismo universo mental que encuentra distintas vías de expresión y promoción.

A pesar de la importancia de la revisión arqueológica, ha sido en el campo filológico en el que mayores pasos se han dado en los últimos años. La labor filológica más reciente ha presentado las fórmulas épicas no sólo como recursos compositivos dictados por las necesidades métricas, sino más bien como herramientas flexibles que podían variar en función del contenido. Ello determinaba una metodología de composición mucho más ágil, que no sólo era capaz de improvisar soluciones métricas mediante fórmulas o epítetos repetitivos, sino también de adaptar el contenido a lugares o épocas diversas. Se ha señalado (Raaflaub 1997c) que el objetivo de esta dinámica compositiva era responder a una necesidad del texto: lejos de conformar una realidad literaria estática y “fossilizada”, la épica precisaba mantener permanentemente un significado en el presente en el que se declamaba⁴⁰. Ello quiere decir que los poemas debían conservar siempre una estrecha relación con la realidad, con el fin de mantener el interés de los oyentes. En ellos se representaban conflictos sociales y éticos arquetípicos, temas completamente atemporales, que permitían reelaborar el contexto al no ser éste relevante. La dimensión social de la poesía épica, es decir, el contexto concreto de ejecución, era uno de sus condicionantes más decisivos, ya que, para poder ser reconocida y favorecer la identificación de la audiencia con el tema tratado, debía presentar una realidad cotidiana, lo más verosímil y cercana posible; ello implica que los poemas estarían en una permanente actualización, introduciendo elementos del presente para hacerlos más realistas y accesibles al público.

En consecuencia, algunos autores han propuesto que a fines de la Época Oscura se produjo una vuelta de la mirada aristocrática al pasado, un intento de recuperación “histórica” que coincidió con el momento de su definición como “clase” o grupo social coherente. Esa mirada, sin embargo, no era histórica en el sentido de “científica” u “objetiva”, sino que trataba únicamente de bucear en el pasado para extraer elementos de identidad y legitimación que gozasen del peso del tiempo y la tradición; el pasado, como suele suceder, no interesaba por sí mismo, sino por su significado para el presente, por lo que podía ser alterado y transformado a placer. Esa necesidad de reconstrucción podía llegar a crear por completo una tradición, generada con el fin de “historizar” fases del pasado de las que no se conservase recuerdo alguno.

La poesía épica, por tanto, representaba una mirada interrogadora e inquisitiva al pasado, y una respuesta basada en las tradiciones, con el fin de elaborar elementos de identidad social permanentemente reutilizables. Así, tanto esa mirada “inquisitiva” como esa elaboración poética mostraban una amalgama variable de dos elementos: realidad, por un lado, y fabulación, por otro. Efectivamente, se sugirió que la épica se debatía entre dos tensiones contrapuestas: la necesidad de un realismo que permitiese la identificación del auditorio con la narración, y el imperativo de una “distancia épica” que diese entidad a la historia y juego a la creación literaria. La noción del realismo supone un argumento a favor de la historicidad subyacente a los poemas, deducida a partir del análisis textual: la investigación sugiere que Homero, por motivos arraigados en la dinámica narrativa, refleja aspectos y fondos históricos, deformados por necesidades literarias, compositivas e ideológicas.

La confianza en un trasfondo histórico y un sistema narrativo que “deforma” por motivos ideológicos ese trasfondo no parece encontrarse en contradicción con lo que ya se sabía sobre la

⁴⁰ Para el desarrollo de estas ideas seguimos sobre todo a Raaflaub (1997c: 178-188).

composición de los poemas: que su creación había sido un fenómeno fundamentalmente oral, así como su transmisión; que la lengua poética era una mezcla de elementos dialectales diversos; que había un elevado componente de fantasía, que afectaba no sólo a determinados objetos y elementos materiales, sino también a acciones y experiencias. Sumándose a todo ello, la épica homérica aparecía a los ojos de estos estudiosos como una “lectura ideológica” de la realidad, como una visión interesada y deformada, transmitida de acuerdo a los dictados de una estructura mental concreta. Eran intereses de grupo, por tanto, y una particular visión de la realidad, lo que determinaba la selección de motivos y temas, y conformaba esa “perspectiva poética” que encontramos en Homero.

La imagen del mundo homérico que surge del análisis literario parece mostrar una sociedad en transición: una economía básicamente ganadera, con permanentes menciones a ganados y reses, y el sacrificio y la ingesta de carne en contextos de celebración o reunión privada; esta noción contrasta fuertemente con la realidad, que la arqueología ha mostrado predominantemente agraria. Además, los conflictos militares se convierten en expediciones privadas en busca de botín, guerras de saqueos y piratería, mientras que el componente prioritario en la realidad histórica, la defensa de la tierra, queda en un segundo plano. Por otra parte, la jerarquía social aparece dominada por una serie de “líderes”, jefes ante todo militares que articulan y monopolizan las principales actividades comunitarias, mientras que la realidad parece evidenciar las necesidades de negociación de esos líderes con una masa indiferenciada que juega un papel imponderable en el combate y en la asamblea. Los poemas, por tanto, se contentan con “enmascarar” la realidad, disfrazándola, para representar los intereses de un grupo social concreto, pero no pueden eliminarla por completo.

Homero, por tanto, describía la realidad interpretada desde una perspectiva aristocrática (Raaflaub 1997c: 178-188; Geddes 1984: 15-36; Latacz 1996: 32-36; van Wees 1995a: 153, 166-171), es decir, de acuerdo a los valores, ideas y prejuicios de la élite, buscando atribuirle un papel predominante en todas las actividades e iniciativas. Sin embargo, la tendencia “aristocratizante” implicaba también el rechazo u olvido intencionado de todo lo que se saliese de esa esfera aristocrática, es decir, del pueblo llano. Los elementos de exclusión del *dēmos* eran muchos: sólo los héroes podían hablar en las asambleas, mientras que los hombres comunes debían permanecer callados –por ejemplo, Tersites (*Il.* 2.212-277)–; ningún individuo anónimo gozaba de privilegios, ni participaba de ningún cargo, ni era invitado a las fiestas privadas de los nobles⁴¹; el vocabulario referido al pueblo era siempre genérico y confuso, carente de distinción social, pues al “no-noble” se le conocía únicamente como el *dēmou anēr* (*δήμου ἀνὴρ*), el “hombre del pueblo”; por último, sólo los nobles realizaban una función digna de mención en el combate, mientras que la ingente masa de combatientes permanecía pasiva. Esa dinámica de expulsión derivaba a veces en la simple vejación e insulto del hombre común, terminando incluso en actos de violencia⁴².

⁴¹ Homero tendía a “ennoblecer” a todos los individuos que jugaban algún papel en la trama narrativa, aunque se tratase de esclavos: tanto Eumeo como Euriclea poseían orígenes nobiliarios, mientras que los heraldos parecían gozar de cierto prestigio, como Euríates o Taltibio. No es extraño que A.G. Geddes concluyese que los no-nobles eran difíciles de encontrar en Homero (1984: 23).

⁴² Los insultos más habituales (*Il.* 1.225, 2.200-206, 216-219, 246, 248, 3.106...) describían al hombre común como cobarde, inútil y vago, es decir, en marcada oposición a los valores que se presuponían al héroe, un individuo siempre esforzado, sacrificado y valiente en el combate. La violencia se empleaba de modo limitado, pero bastante significativo (*Il.* 2.198-199, 265-269); es también enormemente llamativo que el conjunto del pueblo tendiese a aprobar el castigo y a reconvenir al trasgresor (*Il.* 2.270-277).

En la práctica, sin embargo, las cosas podían ser bien diferentes: por lo que respecta al combate, algunos trabajos recientes han señalado que el papel de esa masa marginada era mayor de lo que se reconoce, y para van Wees los héroes no dominaban en realidad el campo de batalla, sino únicamente la narración (1995a: 166-167). Como decíamos, la realidad se deformaba con el objetivo de conceder un peso e importancia decisivos a la aristocracia. Por tanto, la “aristocratización” era un fenómeno de “deformación” narrativa, una dinámica de selección de la información o de “enfoque selectivo”, que implicaba la concentración de la atención en los actos de unos pocos omitiendo de modo deliberado las acciones del resto: Homero exageraba todo aquello que pudiese redundar en un mayor prestigio o estima pública de un héroe.

La revisión filológica puso sobre la mesa el hecho de que el estudio de la dinámica narrativa de la épica era la clave de la interpretación del texto homérico: la épica apelaba a la aristocracia, y retrataba por ello temas y contenidos en los que esa aristocracia podía verse reflejada; los mecanismos de composición ayudaban al aedo a actualizar permanentemente los contextos, de forma que esa identificación de la audiencia con la obra nunca se perdiese. En esa recreación de valores e ideas aristocráticas, sólo lo aristocrático tenía cabida y lo demás quedaba como mero trasfondo, confuso e indiferenciado; cuando algún elemento ajeno a ese mundo llegaba a filtrarse y adquiriría protagonismo, siempre lo hacía tras una máscara de fealdad y vulgaridad. La lente de Homero, por tanto, era una lente deformante y selectiva, gobernada por un universo mental en el que no había cabida para el hombre común.

EL COMBATE HOMÉRICO COMO COMBATE COLECTIVO

Analizadas algunas de las claves para la interpretación del texto homérico, es necesario reflexionar sobre las aportaciones más recientes acerca del tipo de combate descrito en los poemas. La idea de que la masa anónima de los ejércitos homéricos tenía un papel efectivo en el combate mucho más relevante de lo que Homero dejaba entrever no es reciente: Albracht (1886) fue el primero en sistematizar esa noción de la masa como trasfondo de las luchas heroicas, aunque enunciada de modo un tanto embrionario. La idea careció de toda influencia en su momento, aunque Helbig advirtió poco después que “una cierta acumulación de escudos debía de ser ya familiar para el poeta, de la cuál resultaría la encendida descripción de la falange en la épica” (1911: 6); Helbig tachaba los pasajes hoplitas de interpolaciones, pero dejaba abierta la posibilidad a que la realidad histórica del momento hubiese podido servir de inspiración a Homero. En su opinión, podría aceptarse la participación de la masa, pero pasar de ahí a afirmar la existencia de la falange era demasiado: la falange sólo podía ser el resultado de una larga experimentación, y las condiciones para ella no parecían darse en la época homérica (1911: 8-9, 16).

Lammert se percató de que las formaciones homéricas eran designadas habitualmente en plural y hacían referencia a una multitud que tomaba parte activa en el combate (1921b: 436-437, 444). También Kromayer señaló la “eficaz intervención” de la masa en la batalla homérica (1963: 22-23), y dedujo que las acciones individuales se encontraban enmarcadas dentro del contexto de una masa activa (1963: 25-26). Webster, sin embargo, dio un paso más: la masa no podía corresponder al contexto de la Época Oscura, por lo que esas descripciones tenían forzosamente que ser producto de la comparación con hoplitas contemporáneos; la masa homérica se había definido con la falange hoplita en mente (1958: 215ss.); Webster reconocía el papel de la masa en la batalla homérica, pero ese reconocimiento chocaba frontalmente con su imagen de la guerra proto-histórica griega, de modo que sólo le quedaba el recurso de considerar esos pasajes como interpolaciones.

Algunos trabajos siguieron a partir de los años sesenta esta última línea: el papel de la masa en Homero era en realidad un elemento inconsistente con la reconstrucción tradicional; Greenhalgh (1973: 156-172), por ejemplo, consideraba que la épica no tenía una idea muy clara acerca del pasado micénico, y que reflejaba realidades de fines de la Época Oscura. Snodgrass (1965a), por su parte, afirmaba que el paso hacia el establecimiento del sistema hoplita no había sido tan abrupto como se pensaba, sino que había sido el resultado de una evolución progresiva iniciada con la introducción de nuevos tipos de armamento en la primera mitad del siglo VIII a.C. En los setenta, por tanto, existía la conciencia de que la narrativa homérica, con su tendencia a resaltar el papel de los héroes, era engañosa, y que en los siglos IX y VIII a.C. el modelo de combate pasaba en realidad por el empleo de formaciones masivas de soldados de infantería; la discusión se centraba, en cambio, en si se debían por tanto aceptar esas referencias a la masa como elementos consistentes de la épica, o se trataba de meras interpolaciones anacrónicas.

El paso verdaderamente decisivo vino de la mano de Joachim Latacz (1977), quien a partir de un análisis básicamente filológico del texto homérico concluyó que el predominio de la masa era tan abrumador en todos los contextos de combate que podía postularse la existencia de algún tipo de formación cerrada en la *Iliada*, formación que él identificó con la falange hoplita. En efecto, la narrativa homérica sistemáticamente “contextualizaba” las luchas de los héroes en un marco formado por masas de soldados actuando de diverso modo, pero siempre como trasfondo. Esta idea no tardó en generalizarse, y entre sus primeros seguidores estuvo W. K. Pritchett, quien también describió una dinámica de combate similar en sus detalles a la batalla hoplita en falanges (1985a: 7-33).

Los estudios posteriores, sin embargo, aunque recogieron y mantuvieron el principio básico enunciado por Latacz –el peso decisivo de la masa de combatientes en la batalla homérica–, pronto sometieron a crítica la supuesta presencia de la falange (Snodgrass 1993; Cartledge 1996b). Esa crítica ha terminado por rechazar la idea de la falange en Homero (van Wees 1994a: 3; Singor 1995: 193-194), pues no hay pruebas concluyentes para ella en la épica, y se ha centrado en dilucidar el sistema real de combate en masa que se describe en ella. Entre los estudiosos más destacados hay algunos partidarios de la existencia de la falange con anterioridad al 700, especialmente V. D. Hanson, cuyo principal argumento en favor de la preexistencia de la falange es la difusión del armamento hoplita (1991b: 75-78) ⁴³; sin embargo, parece claro que el debate es ante todo conceptual, pues en él se ve comprometida no sólo cualquier definición del combate homérico, sino también las propias nociones de falange y de hoplita. A este respecto, van Wees realizó una distinción fundamental entre “combate en masa” –“*mass combat*”– y “combate masivo” o “denso” –“*massed combat*”– (1994a: 15, n.7); mientras que la falange hoplita encajaría en la segunda categoría como combate en formación densa o “masificada”, la batalla homérica se movería mejor dentro del ámbito del combate en masa, cuya densidad sería mucho menor que la de la falange.

El estudio detallado de las escenas de batalla en la épica, sin embargo, ha dado ciertos frutos, y poco a poco ha sido posible elaborar una imagen más precisa del sistema de combate homérico;

⁴³ Peter Conolly (1998: 37-38) propone la existencia en torno al 800 a.C. de una organización militar basada en lo que denomina el “*lóchos* arcaico”, una unidad de unos 100 hombres que conformaría la base de las formaciones cerradas de la época, dividida en dos *pentekostys* y, a su vez, en dos *enomotiai*; este *lóchos*, que formaría en una estructura rectangular de ocho filas de profundidad, es una construcción teórica moderna, sin base en las fuentes, destinada a justificar los orígenes de una estructura estratificada en ejércitos como el espartano. Conolly tiene en mente una especie de pre-falange, aunque es una idea que ha quedado casi por completo en entredicho tras los estudios de H.W. Singor y H. van Wees.

la propuesta de Hans van Wees (1986; 1988; 1994a; 1994b; 1995a; 1995b; 1996; 2004) es sin duda la más rigurosa y coherente de cuantas se han elaborado en los últimos años. De acuerdo con su reconstrucción, los poemas parecen apuntar hacia una combinación de lucha cuerpo a cuerpo y lucha a distancia mediante proyectiles, sistema de gran movilidad por el cual todo combatiente puede subir o bajar de la línea de batalla, destacándose o confundándose con la masa, y las tropas se acumulan o distancian según la evolución de la lucha. El liderazgo y la estructura organizativa parecen, por tanto, poco definidos, pues las aparentes jerarquías de mando se disuelven durante el combate y sólo se mantiene una serie de unidades básicas, consistentes en un líder y sus tropas.

Por lo que respecta a la estructura organizativa, van Wees no detecta ningún esquema conjunto: hay multitud de líderes de diferente entidad, pero con un rango respectivo bastante confuso, y con una amplitud de mando poco definida y variable. Los seguidores, por otra parte, aparecen vagamente, pues su presencia parece sobreentenderse: los héroes están rodeados permanentemente de sus seguidores, formando pequeños grupos de extraordinaria movilidad que constituyen unidades militares independientes y autónomas, que suben y bajan a placer de la línea de combate, y que conforman un ejército muy heterogéneo y diverso. No existe, por tanto, una super-estructura militar que organice a todo el ejército en conjunto, ni tampoco un orden de batalla definido o fijado.

Términos como “*phalanx*” (φάλαγξ) o “*stix / stichos*” (στίξ / στίχος), continúa van Wees, carecen en el texto homérico de un sentido especializado, y designan únicamente realidades genéricas por la misma categoría indefinida de vocablos como *ilé* o *plēthys* –ἰλη / πληθύς, “multitud” o “tropol” (van Wees 1986: 293-295)–. Las filas y columnas carecen de desarrollo, y se emplean como referentes de la masa que se mueve dentro de la batalla. Las escasas descripciones que Homero realiza de una organización general del ejército griego previa a la batalla tampoco ofrecen excesiva confianza; posiblemente se trata de intentos poco informados por recrear una estructura de resonancia militar, y que se sirven de categorías e instituciones cívicas: por ejemplo, Néstor aconseja a Agamenón que organice el ejército griego “en tribus y fratrías” –κατὰ φύλα κατὰ φρήτρας (Il. 2.362)–, pero en la práctica esas divisiones parecen diluirse y sólo se conserva una estructura en la que predominan los jefes militares con sus tropas (van Wees 1986: 292, 298-299). Tampoco el empleo de verbos como *krínō* y sus compuestos, para referirse a la acción de separar o discriminar contingentes, es de ninguna utilidad, pues los héroes suelen en realidad colocar sus propias tropas (Il. 2.362, 446, 815).

Para van Wees, la batalla se desarrolla de acuerdo a unos patrones más o menos fijos; dejando a un lado las recreaciones literarias de las provocaciones y alardes que preceden y concluyen un encuentro –en forma de discursos, invectivas, juegos de palabras, frases irónicas, insultos...–, distingue varias formas de llevar a cabo un combate en Homero: en primer lugar, la lucha caballerescas o duelo, que se encuentran en franca minoría dentro de los encuentros épicos⁴⁴; en segundo lugar, el combate sostenido o “*aristeia*”, cargas desesperadas y casi dementes de ciertos héroes, excepcionales por su rareza y por las circunstancias en las que se producen⁴⁵;

⁴⁴ Van Wees ha estimado que se trata de apenas 28 duelos –con todo el aparato ritual de intercambio de discursos– frente a unos 170 enfrentamientos descritos; “si se incluyen también las 130 muertes meramente referidas”, concluye, “la proporción de duelos sería de 1 a 10” (1996: 73, n.103).

⁴⁵ La *aristeia* está al borde de la locura o furor bélico, la *lyssa*, tan ambivalente en Homero. Además, el análisis de las escenas de *aristeia* revela que esas “cargas”, aparentemente individuales, se producen siempre de modo colectivo, y se centran en grupos de enemigos que huyen o están en desorden (van Wees 1996: 44-46).

y en tercer lugar, el método de “*hit-and-run*”, “ataque y retirada”, breves y mortíferos ataques que buscan coger al enemigo desprevenido y que se realizan de modo rápido y oportunista, sin previo aviso y sin intercambio de palabras, al término del cuál el guerrero suele refugiarse en la seguridad de la masa (van Wees 1996: 36-9). En su estudio, van Wees ha concluido que este último método es el mayoritario con una abrumadora diferencia, lo que implica que la imagen caballeresca del duelo aristocrático es un componente menor en el combate real, y que éste se nutre en cambio de centenares y millares de ataques simultáneos de tipo “*hit-and-run*”.

Hans van Wees ha definido, por tanto, un sistema de combate abierto, cambiante y móvil, caracterizado por la autonomía de los contingentes, que se congregan a modo de “huestes” en torno a la lealtad a un líder o jefe militar; se mueven con libertad por el campo de batalla, trabando combate cuando las circunstancias lo requieren y refugiándose en la retaguardia la mayor parte de las veces. La presencia del carro no es inconsistente con este esquema, sino que parece encajar bastante bien con una batalla abierta, con espacios suficientes para maniobrar (van Wees 1994a: 9-14); estudios recientes han rehabilitado la imagen homérica del carro como elemento de transporte, uso que puede considerarse histórico y coherente con una formación militar abierta ⁴⁶.

La mayor polémica ha surgido a la hora de definir con exactitud los términos “*prómachoi*” y “*plēthys*” –*πρόμαχοι* y *πληθύς*, “combatientes de vanguardia” y “masa”, respectivamente–, pues no existe acuerdo acerca de su naturaleza o función. Mientras que van Wees ha interpretado estos términos dentro de su esquema de combate abierto y móvil, considerándolos categorías meramente circunstanciales, otros autores, como H.W. Singor, han visto en esa distinción una dimensión más “normativizada” y permanente. En efecto, para Singor implica una diferencia de estatus que tendrá como reflejo una diferenciación espacial: los *prómachoi* combaten al frente, y la “multitud”, detrás, con un carácter tan definido que postula la posibilidad de que esos *prómachoi*, constituidos casi exclusivamente por héroes, formen una especie de línea en el frente en actitud de *synaspismós* o “solapamiento de escudos”, tal y como harán más tarde las falanges clásicas. Así, Singor convierte a los *prómachoi* en el precedente homérico de la falange, aunque reconozca que este tipo de combate no guarda relación alguna con la batalla hoplita (1995: 186-189, 193-197).

Van Wees, sin embargo, concibió la distinción *prómachoi-plēthús* desde una perspectiva más simbólica que material: el espacio físico se convertiría en metáfora de una jerarquía ideológica, representando en este caso la distinción entre los nobles y los no-nobles, entre la élite aristocrática que vive los ideales de excelencia y virtud, y los hombres comunes que no pueden ni deben participar de esas actividades reservadas para los privilegiados. Espacialmente, hay individuos que combaten al frente y el resto que permanece en la retaguardia; la identificación de un grupo social con uno de esos ámbitos espaciales completa la metáfora: los nobles *deben* ser permanentemente parte de los *prómachoi*, pues ese es el lugar en el que pueden probar su valía; la realidad del combate, sin embargo, desmiente esa norma general, y nos encontramos a los nobles abandonando el frente de batalla por motivos egoístas, o permaneciendo en la retaguardia, mientras otros llevan el peso de la batalla. Ello no les va a impedir, sin embargo, considerarse a sí mismos como los *prómachoi*, los que combaten en la vanguardia en un doble sentido espacial e ideológico.

⁴⁶ Anderson (1965; 1975), Crouwel (1995: 311). Sobre el contraste de esta función de transporte con la función militar del carro en época micénica y precedentes, ver Littauer (1972), Garelli (1968) y Cassin (1968).

Aunque la construcción de van Wees ha recibido algunas críticas (Bowden 1995: 52-54), lo cierto es que se alza como una interpretación sólida y plausible del combate homérico, postulando una estructura cambiante y variable, y una dinámica bélica ágil y rápida que es fácilmente conciliable con la rápida dinámica narrativa de la épica. Sólo resta añadir que la batalla campal no agotaba las posibilidades de combate en el mundo homérico, sino que existían otras esferas de conflictividad, que abarcan las expediciones de saqueo, la piratería y las incursiones de castigo (Jackson 1995: 64-75). Estos ámbitos encierran, no obstante, numerosos problemas: en ellos, los papeles respectivos de los distintos grupos participantes y los detalles de las posibles estructuras organizativas son casi imposibles de reconstruir, y es muy difícil discernir su carácter público o privado.

Si es cierto que el sistema de combate encuentra sentido dentro de una estructura mental o ideológica, y por tanto es necesaria una correspondencia entre ambos elementos, entonces una nueva visión sobre la batalla homérica exigiría también una revisión de la imagen existente sobre el código ético del guerrero aristocrático. En esa revisión los valores fundamentales no se verían afectados, sino más bien la forma en la que esos valores se materializan: el inflexible seguimiento de la *areté* militar daría paso a una postura mucho más práctica ante la guerra. La diferencia radicaría únicamente en el modo en que el código ético aristocrático se lleva a cabo: desde esta nueva interpretación de la ideología militar homérica, el héroe podría decidir no seguir ese código. Muchos de los valores tradicionales de la mentalidad aristocrática deberían, por tanto, mantenerse: la mentalidad predominantemente militar, que encuentra en la guerra una plasmación simbólica de sus estructuras de jerarquía y prestigio; la defensa y ampliación del honor individual como motivación; o la búsqueda de un comportamiento caracterizado por la excelencia. A ello podríamos sumar la necesidad de marcar diferencias de estatus y prestigio frente a otros grupos sociales, que lleva a la adopción de unas formas concretas de comportamiento, al desempeño de una serie de funciones y responsabilidades, y a la exhibición personal a través de una serie de mecanismos (van Wees 1992).

Sin embargo, de acuerdo con esta nueva perspectiva sobre la mentalidad del guerrero aristocrático se trataría de un combatiente más práctico, más “realista”, más consciente de los riesgos, más calculador, y menos idealista. La guerra es una actividad desagradable e incómoda, menos placentera cuanto mayor es el riesgo, una empresa que habitualmente exige grandes cantidades de esfuerzo y sacrificio (van Wees 1996: 4-6); consciente de esa realidad, el guerrero homérico sería capaz de decidir hasta qué punto implicarse en el combate, y “afrontaría las molestias de la batalla de un modo más pragmático de lo que solemos asociar con un comportamiento ‘heroico’ en el sentido coloquial de la palabra” (van Wees 1996: 6): el héroe cuidaría con esmero su alimentación y su equipamiento, se haría atender por médicos para curar sus heridas, no sería insensible al dolor ni aparentaría serlo, no se esforzaría más allá de sus límites de resistencia física, se vería sacudido por emociones –cansancio, miedo, cólera– que afectarían a su rendimiento... Y su respuesta no sería someterse ciegamente a los dictados de un código ético rígido, sino que trataría de actuar de modo práctico: abandonando el frente para descansar o curar sus heridas, buscando ayuda de otros guerreros para afrontar una amenaza, mostrando miedo y dolor sin necesidad de ocultarlo y sin ver mermada por ello su honorabilidad (van Wees 1996: 7-13).

En definitiva, la supervivencia sería el mayor imperativo para el guerrero homérico en combate. Sólo la disciplina y el código de valor aristocrático contrarrestarían ese impulso primordial, manteniendo al guerrero en la lucha en favor de unos valores profundos: la defensa de la patria, la protección de los compañeros, la necesidad de mantener la reputación propia, la expectativa de

beneficio económico en forma de botín, el imperativo del liderazgo y la jerarquía (van Wees 1996: 13-29). Ninguno de estos factores, sin embargo, sería de absoluto cumplimiento, sino que el guerrero podría dejarlos a un lado si considerase que la situación así lo requiriese.

Cuando en el canto segundo Agamenón prueba la firmeza del ejército griego al proponer un inmediato retorno a Grecia (*Il.* 2.5-154), encontramos a Odiseo, que ha adivinado el ardid, tratando de detener a las huestes y convencerlas para que retornen y continúen con la guerra; se dirige a los príncipes y caudillos con palabras afectuosas y suaves (*Il.* 2.188-197), pero recrimina con violencia al hombre común y le agrede con palabras insultantes (*Il.* 2.198-206): sólo uno debe poseer el mando, y en ningún caso es algo bueno que manden muchos; el hombre común es cobarde y débil, y por su inutilidad, concluye, “nunca se le tiene en cuenta ni en el combate ni en la asamblea (*οὐτέ ποτ' ἐν πολέμῳ ἐναρίθμιος οὔτ' ἐνὶ βουλῇ*)” (*Il.* 2.202). Esta es sin duda la clave: un hombre común, aunque desempeñe una función fundamental, no tiene ninguna posibilidad de verse representado en una sociedad para la que, de cara a la memoria y la fama, no cuenta.

La afirmación de Odiseo es la síntesis más sencilla y directa de lo que he intentado mostrar aquí: que la guerra era un asunto de muchos, pero el mérito era el privilegio de unos pocos escogidos, y que, en definitiva, se trataba de la representación ideológica de la realidad, y no de la realidad en sí misma. Odiseo dice que a los hombres comunes no se les tiene en cuenta; no dice que no estén presentes, o que no participen en la lucha, o que no se esfuercen, sufran y mueran en el campo de batalla; lo que dice es que, a la hora de repartir los méritos, a la hora de entrar en la memoria y en la fama, el hombre común no participa. Homero demostró con cada verso que existía una literatura puesta al servicio de unos intereses ideológicos, de una mentalidad determinada; con su permanente insistencia en retratar a los héroes, evidenció que sus poemas estaban sometidos a los dictados de ese esquema de pensamiento, de esa manera de percibir y considerar la realidad. Pero Odiseo, apenas con una frase, una frase que resulta coherente con todo el conjunto de acciones, intereses, motivaciones y discursos de los líderes griegos en los poemas homéricos, demuestra que esa estructura mental, esa manera de mirar al mundo, existe.

LA INTRODUCCIÓN DE LA FALANGE HOPLITA

La mayoría de los especialistas en historia griega coinciden en que la falange es un sistema táctico que estuvo activo a lo largo de toda la Época Arcaica. Están también de acuerdo en que los guerreros aristocráticos dejaron paso en torno al 700 a.C. a los hoplitas, y que estos soldados ciudadanos combatían en filas ordenadas idénticas a las que podemos encontrar en los relatos de Tucídides y Jenofonte. Por tanto, el debate se ha centrado a menudo en establecer la *fecha* exacta en la que el nuevo sistema táctico fue introducido en Grecia y se difundió por las nacientes ciudades-estado. La introducción de la falange ha sido objeto de polémica a lo largo de todo el siglo XX, existiendo una división entre los que consideran que se produjo un fenómeno violento y repentino de transformación táctica, y los que creen que la falange fue fruto de una progresiva y lenta experimentación. A pesar de las divergencias en el cómo, el dónde y el por qué, una parte sustancial del mundo académico ha establecido un sólido consenso con respecto al cuándo, y al menos desde Helbig (1911: 25-31, 40-41) encontramos firmemente asentada la idea de que la

falange se encontraba ya activa a mediados del siglo VII a.C., contemporánea a la propia *pólis* griega ⁴⁷.

Esa fecha concreta está tradicionalmente respaldada por la identificación de la falange hoplita con dos fuentes principales, contemporáneas al fenómeno: la poesía de Tirteo, por un lado, y las pinturas vasculares protocorintias —especialmente el denominado Vaso Chigi (Fig. 14)— por otro ⁴⁸. Puesto que se supone que ambos testimonios representan por vez primera una falange en desarrollo, y dado que tanto Tirteo como el Vaso Chigi se suelen situar en torno al tercer cuarto del siglo VII, han terminado por convertirse en hitos cronológicos que sirven para ubicar la nueva táctica. El Vaso Chigi es sin duda el elemento que más defensores ha congregado, pues para muchos “estamos en efecto ante la primera plasmación inequívoca de lo que se denomina una guerra de hoplitas” (Osborne 1998: 197), mientras que otros lo consideran “la representación completamente exitosa más temprana conocida de la falange” (Cartledge 1977: 19), o “el retrato más exitoso de la táctica hoplita que se ha conservado” (Murray 1980: 125). Incluso se ha planteado la posibilidad de que la falange —o su inmediata precursora— se encontrase también activa en la épica homérica ⁴⁹.

Sin embargo, definir fechas tan tempranas para la introducción de la falange, supone postular que un breve período de abrupto cambio se vería seguido por una larga fase de estabilidad: entre 700-650 a.C. se produciría una febril experimentación y adaptación militar al introducir el armamento “hoplita” y la falange (Hanson 1991b: 63-67, 74-78), pero a continuación el sistema permanecería inalterado, como congelado, durante tres siglos (Hanson 1991b: 3; 1999a: 69; 2000: 202, 206; 2001: 7; 2005a: 18). Snodgrass afirma que “un hoplita del 700 podría combatir a un hoplita del 550 en términos más o menos equilibrados” (1980: 151; *cf.* 1999: 49), mientras que Lazenby considera que “el ejército espartano que combatió en Hisias en 669 pudo haber estado organizado en sus elementos esenciales exactamente del mismo modo que el que combatió en Leuctra casi trescientos años después” (1985: 75).

En cualquier caso, la falange se situaría a mediados del siglo VII y terminaría por identificarse plenamente con el “nuevo orden” de la ciudad-estado, hasta el punto de convertirse en “la encarnación de la idea de la *pólis* llevada a la acción” (Snodgrass 1986: 51). Esta visión depende fuertemente, por tanto, de que Tirteo y la pintura vascular protocorintia realmente representen una falange. Diversos autores han expresado sus dudas a lo largo del tiempo acerca del tipo de táctica que aparece en testimonios tan tempranos, pues no está claro que muestren signos inequívocos del combate en falange; como plantea Snodgrass, “cuando está claro que el guerrero fuertemente armado tiene la posibilidad de combatir valientemente entre los *prómachoi* o dejarse caer hacia la

⁴⁷ Nilsson (1928: 240, 244-245; 1929: 1-2), Kromayer & Veith (1963: 21-22), Lammert (1938: 1627-1631), Nierhaus (1938), Lorimer (1947: 128), Kiechle (1963: 266-270), Andrewes (1974: 31-33), Adcock (1967: 3-4), Snodgrass (1964: 202-204; 1965a: 110; 1965b: 435; 1980: 102-103; 1999: 49, 56-60), Starr (1957: 105-106; 1961: 136-137; 1992: 21), Cartledge (1977: 19; 1996b: 692), Salmon (1977), Greenhalgh (1973: 94, n.37), Anderson (1991), Morris (1987: 196), Murray (1980: 120-131), Osborne (1998: 209-211), Hanson (1991a: 3, 5; 1996: 290; 1999a: 222-242; 1999b: 44-65; 2001: 5; 2005a: 17-18), Raaflaub (1993: 80; 1996: 152; 1997a: 50-51, 53; 1997f: 11; 1999a: 134, 140; 2005: 270).

⁴⁸ Nilsson (1928: 240), Nierhaus (1938: 103), Lorimer (1947: 81-83, 121-124), Snodgrass (1965a: 110; 1999: 56-60), Greenhalgh (1973: 94, n.37), Salmon (1977: 87, 91-92), Bowden (1995: 53-54), Bryant (1990: 497-498).

⁴⁹ *Combate hoplita en Homero*: Webster (1958: 214ss.), Bowden (1995: 53-54), Osborne (1996: 151-152, 175-176). *Falange hoplita en Homero*: Latacz (1977: 45-67, 243), Jarva (1995: 117-124). *Precedente*: Salmon (1977), Hanson (1991b).

retaguardia fuera del alcance de los proyectiles, y que los *gymnêtes* supuestamente se cubren detrás de escudos hoplitas, uno podría preguntarse perfectamente *qué tipo de falange es ésta*” (1964: 181-182; cursiva añadida).

Al analizar las supuestas fechas de introducción de la falange, por tanto, es necesario apuntar dos problemas fundamentales: el primero, que las fechas se han establecido en función de unos testimonios literarios y arqueológicos muy escasos y dispersos (van Wees 2004: 1-2); y el segundo, que ello se ha llevado a cabo en gran parte sin que exista un consenso sobre qué es una falange o qué es un hoplita. Del primero de ellos me ocuparé a continuación, revisando las fuentes empleadas tradicionalmente para justificar la introducción de la falange, mientras que abordaré el segundo en el próximo capítulo, ensayando una definición propia para ambos conceptos.

TESTIMONIOS LITERARIOS. LA FALANGE EN LA LÍRICA ARCAICA

Hablar de la “lirica arcaica” para referirse a la cuestión de la falange implica un cierto optimismo: en realidad, la información proviene casi exclusivamente de Tirteo, cuyas exhortaciones al combate se han considerado tradicionalmente como propias de la solidaridad y la cohesión de la formación cerrada; Calino es tratado en ocasiones como una mera prolongación de Tirteo, por las similitudes en su tono y su temática, mientras que Arquíloco despierta un interés muy minoritario a este respecto. Con todo, la investigación ha mantenido a lo largo de los años que la falange se refleja en los escasos y dispersos fragmentos de poesía lírica, y se basa para ello en la presencia de nuevo armamento, por un lado, y en la importancia de las exhortaciones militares, por otro.

Sin embargo, el análisis de los textos revela que en la práctica la ubicación de la falange en la lírica responde en unos casos a argumentos derivados del análisis determinista del armamento, y en otros casos simplemente a la conveniencia. En estas páginas propondré que la poesía lírica no muestra en realidad signos inequívocos de combate “hoplita”, sino que existen otros factores, aparentemente discordantes, que están aguardando una adecuada interpretación.

Arquíloco

El argumento armamentístico ha bastado para identificar tradicionalmente a Arquíloco con la falange, o al menos con un sistema de combate “hoplita”. Helbig fue el primero en considerar que el eventual vínculo de Arquíloco con la guerra Lelantina podía constituir un argumento a favor de la falange, y enumeró las evidencias disponibles: en primer lugar, el énfasis del poeta en la lanza singular (frg. 2, 3.5), empleada como arma de acometida y no arrojadiza (1911: 25; cf. Lorimer 1947: 115); a continuación, el modo en que las élites de caballeros desmontaban para combatir a pie armados al modo de los hoplitas (1911: 26-28); en tercer lugar, el combate en la llanura —ἐν πεδίῳ (frg. 3.3)—, el lugar más adecuado para desplegar un ejército en formación cerrada (1911: 28); y por último, el famoso pacto “anti-misiles” entre Cálcis y Eretria, apoyado en testimonios posteriores (Str. 10.1.12; Polyb. 13.3.2-4), y que Helbig considera completamente fiable (1911: 28-32). A estos argumentos, Lorimer añadiría más tarde el del escudo perdido por el poeta (frg. 5), y que ella identificó con el escudo argivo (1947: 114).

Helbig, por tanto, introduciría las dos claves que han servido para vincular a Arquíloco con la falange: su supuesta relación con la Guerra Lelantina, por un lado, y el aparente rechazo del combate de proyectiles, por otro; para este autor, la guerra euboica del 700, que reuniría en un único

contexto ambos argumentos, sería el ejemplo más claro de la progresiva evolución hacia las formaciones cerradas, hasta el punto de intentar explicar los “pasajes hoplitas” de Homero (*Il.* 13.131-135, 16.211-217) como interpolaciones de origen euboico (1911: 30-31). Otros autores han reforzado y mantenido esa relación ⁵⁰, mientras que Lorimer incidiría también en el aparente rechazo que Arquíloco manifiesta por el arco (1947: 115-118), con el objetivo de reforzar el presunto peso de la lanza de combate. Para estos autores, el poeta, conocedor supuestamente del modo de combate de los eubeos —o incluso participante en la Guerra Lelantina—, tendría una experiencia directa del que se considera el primer contexto posible de combate cuerpo a cuerpo y en formaciones cerradas; de ahí tomaría el nuevo armamento y la nueva táctica.

Esta reconstrucción encierra algunos problemas. Al margen de la controversia existente en torno a la datación de Arquíloco ⁵¹, hay algunas observaciones que hacer a esa imagen “hoplita”: en primer lugar, el énfasis de Arquíloco en la lanza no es, en sí mismo, una garantía de combate en falange; la denomina indistintamente como “*dóry*” (frg. 2 (x3), 3.5, 98.5) y como “*aichmē*” (frg. 23.19, 96.5), lo que reduce las posibilidades de identificarla por la terminología; constantemente la presenta mezclada con otro tipo de armamento, especialmente espadas —“*xíphoi*” (frg. 3.3, 153.3, 258)— y diversos tipos de proyectiles ⁵², lo que ha llevado a algunos autores a considerar el combate de Arquíloco como una fase de transición que combina el combate homérico con la aparición del armamento “hoplita” ⁵³. Sea una transición o no, parece claro que la lanza es parte de un equipamiento heterogéneo y que se inserta en un modo de combate más diverso y móvil que el de la falange.

Por otra parte, algunos argumentos no son en absoluto concluyentes: el combate en la llanura a duras penas puede ser una novedad en Arquíloco, cuando todas las escenas de combate en Homero acontecen en la llanura frente a Troya; de hecho, los poemas épicos se refieren repetidamente al modo en que la batalla se congrega y se desarrolla en el llano ⁵⁴. La referencia aislada de Arquíloco al combate que los eubeos realizan en la llanura no puede, por tanto, constituir la prueba de una nueva táctica. Por lo que respecta al argumento de Lorimer sobre la pérdida del escudo, éste se basa única y exclusivamente en la asunción de la autora de que el escudo argivo es el único que necesitaba ser arrojado en una huida, ya que suponía un peso extra y no ofrecía ninguna protección trasera; es probable que esta consideración sea demasiado estricta, pues no hay razón para excluir la posibilidad de que otros tipos de escudo pudiesen ser también arrojados. Sin embargo, aunque el escudo de Arquíloco fuese realmente un escudo argivo, el vínculo que la autora establece entre él y la falange es también cuestionable, como veremos en el siguiente capítulo.

Por último, la relación de Arquíloco con la guerra euboica se asienta también en supuestos discutibles: la participación directa del poeta en la Guerra Lelantina es muy improbable, por una

⁵⁰ Nilsson (1928: 244), Lammert (1938: 1627-1629), Lorimer (1947: 118), Podlecki (1969: 75-76), Donlan (1970b: 131-136).

⁵¹ Donlan (1970b: 135), Lavelle (2002). Si se acepta su *floruit* ca. 664/3, su participación en la Guerra Lelantina es completamente imposible, separado de ella por un margen de varias décadas.

⁵² *táxon* (τόξον, frg. 3.1), *sphendónai* (σφενδόναι, frg. 3.2), *oxýē* (ὀξύη, frg. 229), *bélos* (βέλος, frg. 98.19), *iós* (ἰός, frg. 98.20), *akónton* (ἀκόντων, frg. 139.6).

⁵³ Snodgrass (1964: 179-180; 1965a: 113; 1965b: 437), Donlan (1970b: 138-139), Salmon (1977: 91).

⁵⁴ *pedíon* (πεδίον): *Il.* 3.252, 5.96, 10.11, 11.167, 172, etc.

simple cuestión de fechas, pero también lo es que su mención a la ausencia de proyectiles constituya una referencia explícita a un supuesto pacto del que sólo sabemos por la tardía mención de Estrabón. Tanto Donlan (1970b) como Wheeler (1987) rechazan –aunque por motivos diferentes– la existencia de cualquier vínculo entre la inscripción descrita por Estrabón y la Guerra Lelantina, lo que directamente resta consistencia a la referencia de Arquíloco ⁵⁵. La fama de los eubeos en el combate cuerpo a cuerpo tampoco es un argumento fiable a favor de la falange: en primer lugar, esa “fama” apenas contaba en época de Arquíloco con una referencia homérica a los Abantes eubeos, a los que la épica presentaba como “lanceros (*αἰχμηταί*) ávidos de romper con sus enarboladas astas de fresno (*ὄρεκτῆσιν μελίρσι*) las corazas en torno al pecho de los enemigos” (*Il.* 2.542-544), un testimonio un tanto aislado para constituir una “tradición”; en segundo lugar, esa descripción, claramente poética, no tiene por qué ser necesariamente una noticia histórica sobre la guerra eubea del momento (Wheeler 1987: 101); y en tercer lugar, Homero relacionaba a los eubeos con la lanza, como hemos visto, pero Arquíloco, que en el fragmento 3 denomina a los caudillos de Eubea “*douriklytoi*” (*δουρικλυτοί*), “famosos por la lanza”, afirma explícitamente que el funesto trabajo en la llanura se llevará a cabo con espadas.

Por tanto Arquíloco, más que representar una transición hacia una táctica que se basa en el combate cuerpo a cuerpo y las formaciones cerradas, muestra en realidad una cierta confusión y diversidad de tipos de combate que se combinan en diferentes escenarios; el vínculo con Eubea y la Guerra Lelantina es poco firme, y la relación de los eubeos a su vez con el combate cuerpo a cuerpo tampoco es en sí mismo un indicador fiable de que la falange se haya introducido en la isla. Apenas los prejuicios sobre el escudo argivo pueden sostener, por tanto, la idea de que Arquíloco contempló un tipo de combate que pudiese considerarse “hoplita”.

Tirteo

Para muchos autores, Tirteo ha supuesto siempre un problema complejo: Lorimer afirmaba que era “el testigo más desconcertante entre los poetas” (1947: 121); para Snodgrass, sus poemas estaban “plagados de ambigüedades” (1999: 90); y Cartledge consideraba que las evidencias disponibles en sus fragmentos eran “extraordinariamente difíciles de utilizar” (1977: 25). Sin embargo, a pesar de esa prevención inicial, la gran mayoría de autores o bien lo han identificado explícitamente con la falange hoplita ⁵⁶, o bien lo han considerado al menos como una clara transición hacia ella ⁵⁷; el resto tiende a asumir que Tirteo es el primer testimonio literario de la introducción de la falange.

Lorimer estableció los elementos básicos que fundamentan esa identificación: el énfasis en la lanza singular, la presencia del escudo argivo, los *prómachoi* tirteicos como combatientes de la primera fila de una falange, y, especialmente, sus exhortaciones a mantener la formación, a resistir y

⁵⁵ Donlan apunta que el poeta se refiere a la progresiva introducción de un nuevo método de combate (1970b: 139-141), mientras que Wheeler, tras romper cualquier posible conexión de Arquíloco con la Guerra Lelantina, apunta que el poeta no se refiere a una “prohibición” de los proyectiles, sino tan sólo a su “reducción” –*οὐ τοι πάλλ’*–, por lo que el fragmento en cuestión “ni prueba ni sostiene la historicidad de una prohibición de proyectiles a fines del siglo VIII o comienzos del VII” (1987: 101).

⁵⁶ Entre otros, Nierhaus (1938: 90-92), Lorimer (1947: 121-122), Andrewes (1974: 32), Kiechle (1963: 268-270), Tigerstedt (1965: 49-50), Greenhalgh (1973: 94), Murray (1980: 127ss.), Schwartz (2002: 56-59).

⁵⁷ Entre otros, Meyer (1965: 514-515), Nilsson (1928: 244), Lammert (1938: 1629-1631), Snodgrass (1965b: 437-438; 1980: 174; 1999: 66-67), Salmon (1977: 91), Wheeler (1991: 129-130).

a sacrificarse por el bien común (1947: 121-122). De todos estos elementos, las exhortaciones han sido entendidas como el principal testimonio de la falange, pues pasaron a considerarse como una expresión de solidaridad colectiva frente a los valores individualistas homéricos ⁵⁸; para muchos, la parénesis tirteica implica un espíritu diferente que sólo tiene sentido en un sistema de combate que, como la falange, conceda preeminencia al orden, la disciplina y la cohesión (Schwartz 2002: 57-59).

Sin embargo, Lorimer estableció esa selección de elementos eliminando aquellos rasgos del combate tirteico que no encajaban con su imagen, tachándolos sucesivamente como “pastiches”: por ejemplo, las referencias a proyectiles (1947: 126-127), o los *gymnétai* dispersos entre las líneas (1947: 127-128), o el escudo que cubre al soldado desde la barbilla a los muslos (1947: 122-126) ⁵⁹. Así pues, aunque rechazó una serie de elementos que deberían ser relevantes para un análisis completo del combate tirteico, Lorimer concluyó que “todo lo que puede extraerse de los fragmentos *está en completo acuerdo* con las tácticas de la falange” (1947: 128; cursiva añadida).

Sin embargo, es precisamente a esos elementos aparentemente discordantes a los que habría que prestar cierta atención, pues hay varias cuestiones que comentar sobre ellos. Acerca de las inequívocas referencias que Tirteo realiza a diversos tipos de combate a corta y larga distancia y al empleo de proyectiles hablaremos en próximos apartados, pero por sí mismas ponen de manifiesto que el combate espartano del momento no consistía en una falange cerrada y ordenada de soldados armados con lanza singular y escudo argivo. Por lo que respecta a las exhortaciones militares, Snodgrass advirtió hace tiempo que, “en su espíritu general, los poemas [de Tirteo] *dejan mucho que desear* como exhortaciones a hoplitas que combaten en la falange” (1964: 181; cursiva añadida) ⁶⁰. En mi opinión, la observación de Snodgrass está justificada, pues pueden hacerse algunos reparos a la visión de Lorimer si analizamos la parénesis tirteica en su conjunto.

Es cierto que Tirteo destina una parte muy relevante de sus exhortaciones a la idea de resistir, de mantener la posición: en el fragmento 10.31-32, el poeta anima a todo combatiente a “que resista (*μηνέτω*), bien plantado sobre ambos pies (*εὖ διαβάς ποσὶν ἀμφοτέροισι*), hincado en el suelo (*στηριχθεὶς ἐπὶ γῆς*) y mordiendo con los dientes el labio (*χεῖλος ὀδοῦσι δακῶν*)”; el verbo fundamental es *μένω* (*μένω*), “resistir”, “aguantar”, “mantenerse firme”, pero el fragmento está lleno de imágenes enormemente evocadoras –hincar los pies en el suelo, morderse los dientes–, que se van a repetir en otros puntos de los poemas tirteicos: el pasaje se reproduce íntegro en 11.21-22, y las mismas ideas aparecen nuevamente en 12.16-17, donde se hace referencia a estar plantado sobre los pies –*διαβάς*– y a resistir sin descanso –*μένει νωλεμέως*, de nuevo en 12.33 (*μένοντα*)–; en 11.31-33, Tirteo incita a crear una posición defensiva “colocando pie junto a pie (*πόδα παρ ποδὶ θεῖς*), arrimando escudo contra escudo (*ἐπ’ ἀσπίδος ἀσπίδ’ ἐρείσας*), penacho contra penacho, casco contra casco, acercando pecho contra pecho (*ἐν δὲ λόφῳ τε λόφῳ καὶ κυνέην κυνέην καὶ στέρνον στέρνῳ πεπλημένους*)”. El poeta hace también una llamada a la obediencia en 19.11 –“*πεισόμεθ’*

⁵⁸ Bowra (1938: 65), Finley (1964: 33), Starr (1991: 308), Detienne (1968), Wheeler (1991: 123). Para estos autores, la *areté* homérica no tiene otra responsabilidad que la familiar y la personal, mientras que la virtud tirteica sería una suerte de “bien común” para toda la comunidad.

⁵⁹ Frg. 11.23-24: “*μηρούς τε κνήμας τε κάτω καὶ στέρνα καὶ ὤμους ἀσπίδος εὐρείης γαστροὶ καλυψάμενος*”. Sin embargo, para algunos autores esta descripción encaja perfectamente con un escudo argivo (Kromayer 1963: 38; Nierhaus 1938: 98ss.; Snodgrass 1964: 181).

⁶⁰ Este autor parece dispuesto únicamente a aceptar que representaban algún tipo de combate en masa, pero no una falange en el sentido clásico (1980: 174; cf. Wheeler 1991: 130).

ἡγεμόνα”, “obedeceremos al general”—, y a evitar la huida a toda costa (10.16, 10.20, 12.17); el fragmento 10.3-10 describe las desgracias del que abandona el combate, perdido el respeto de sus conciudadanos, exiliado y deshonorado, mientras que 11.17-20 refleja el destino del que huye en el campo de batalla: morir atravesado por la espalda.

Todos estos testimonios podrían considerarse indicativos de un método de combate que, supuestamente, privilegia la necesidad de mantener la posición y el orden, y exalte la solidaridad del colectivo; sin embargo, mantener la posición y evitar la huida no equivalen a guardar una posición *ordenada*, y mucho menos una ubicación *concreta* en una formación.

En primer lugar, esas exhortaciones a resistir pueden encerrar un significado más general de plantar cara al enemigo; lo que Tirteo parece pretender es que el soldado se mantenga firme cuando el enemigo se acerque y encare de frente el peligro, pero no necesariamente que se quede quieto en una posición fija. Por otra parte, el fragmento 11.31-34 que acabamos de ver, uno de los famosos “pasajes hoplitas”, podría referirse con más propiedad al contacto con el enemigo, y no tanto a la proximidad de los compañeros dentro de la formación: la incitación a golpear los escudos, los penachos y los cascos, y sobre todo a acercar pecho contra pecho, aunque sin duda exagerada, tiene desde luego más sentido si se entiende como una llamada a aproximarse lo más posible al enemigo, a no rehuir el cuerpo a cuerpo y mostrar el valor necesario para asumir el riesgo de enfrentarse de tal modo a un rival. Es también llamativo que, frente a las exhortaciones a la resistencia, Tirteo incite también a los guerreros espartanos a avanzar, a no permanecer alejados de la lucha, sino a acercarse de frente al enemigo (11.4, 11.29).

La poesía de Tirteo está sembrada de otras muchas exhortaciones a combatir, a tomar las armas y asumir una postura activa en la lucha (10.15; 11.11-13; 11.27-30; 19.7-20), pues el valor en el combate es una actitud digna y honorable, la mayor virtud de todas (12.1-22, esp. 13-14), que equipara a los soldados con sus antepasados (5.4-6) y reporta respeto y honores (12.15-20, 12.35-44); hay bienes que es necesario proteger, como la patria y la familia (10.1-2; 10.13-14; 12.33-34), y por ello un hombre que combate es un bien para toda la comunidad —“ξυνὸν δ’ ἐσθλὸν τοῦτο πόλιν τε παντί τε δήμῳ” (12.15)—; es necesario mostrar valor, no acobardarse (10.17-18; 11.2-4; 13), y no temer a la muerte (10.1-2; 10.18; 11.5-6), pues el que muere combatiendo es honrado por todos (12.23-34, esp. 27-32). En todos estos casos, no hay información táctica o militar expresa, sino incitaciones de tipo ideológico para sostener una actividad necesaria.

¿Hasta qué punto estas exhortaciones nos permiten hablar de una “responsabilidad colectiva” en el combate? Es cuestionable que Tirteo haga referencia a la guerra como una actividad “pública”; por ejemplo, en el fragmento 12, en el que describe el valor como la mayor virtud, el poeta parece poner el mayor énfasis en la dimensión individual de ese valor, es decir, “en los beneficios, particularmente de fama y prestigio, que un hombre recibe de la adquisición de *areté*, no en el bien que el grupo recibe a través de esas acciones heroicas” (Luginbill 2002: 409); Snodgrass incide exactamente en la misma cuestión con respecto al fragmento 11.29-30⁶¹, en el que encontraríamos una exhortación más orientada al valor individual que al colectivo, de modo comparable al fragmento 1.9-11 de Calino⁶² (1964: 182). Por tanto, aunque la comunidad se beneficie en última instancia de las hazañas de un hombre que es valiente en el combate, no es ese el motivo que Tirteo aduce para incitar a un hombre a combatir: la virtud, la fama y los

⁶¹ “ἀλλά τις ἐγγὺς ἰὼν αὐτοσχεδὸν ἔρχεῖ μακρῶι ἢ ξίφει σὺτάζων θήϊον ἄνδρ’ ἐλέτω”.

⁶² “ἀλλά τις ἰθὺς ἴτω ἔγχος ἀνασχόμενος καὶ ὑπ’ ἀσπίδος ἄλκιμον ἦτορ ἔλσας, τὸ πρῶτον μειννυμένου πολέμου”.

honores son bienes personales e individuales por los que merece la pena sacrificarse. De hecho, Luginbill propone que a lo largo de todo el fragmento 12 existe un tono competitivo, en absoluto solidario, que indica que la verdadera *areté* es sin duda personal (2002: 411-412) ⁶³. La comunidad, por tanto, debe involucrarse a la hora de honrar a los guerreros, a la hora de conceder privilegios y prestigio a aquellos que combaten, pero quienes se sacrifican en el campo de batalla lo hacen en gran medida por motivos individuales.

Esa mentalidad “individualista” es muy similar a la que encontramos en Homero, como pone de manifiesto el discurso de Sarpedón (*Il.* 12.310-328). Y aquí radica la clave más significativa de la parénesis tirteica: en la práctica tiene profundas raíces homéricas. Varios autores han incidido ya hace tiempo en la idea de que Tirteo –y la lírica arcaica en general– pertenece a una tradición literaria muy vinculada a Homero ⁶⁴: Tigerstedt afirma que “desde un punto de vista estrictamente literario, Tirteo no es un poeta original. Sus poemas están llenos de repeticiones, iteraciones y préstamos semi-digeridos tomados de la fuente común de la épica homérica, de la que hace uso libremente” (1965: 48); para Snell, Tirteo aprovecha muchos mensajes y expresiones homéricas a la hora de recrear sus propias situaciones, reproduce contextos formularios, y en general comparte con Homero tradiciones e ideas comunes (1969); Latacz afirma que la parénesis tirteica no es una nueva creación, sino la intensificación de una tradición ya existente en Homero (1977: 1-2).

En efecto, podemos encontrar antecedentes épicos a casi todas las exhortaciones militares que hemos descrito en Tirteo. Por ejemplo, la necesidad de resistir firme ante el enemigo, tal vez la exhortación más específicamente tirteica, está abundantemente atestiguada en los poemas homéricos ⁶⁵: las huestes troyanas no consiguen resistir –“οὐδ’ μίμνον”– ante el empuje de Diomedes (*Il.* 5.94); Menelao y Antíloco aguantan ante Eneas –“παρ’ ἀλλήλοισι μένοντε”– y consiguen hacerle retroceder (*Il.* 5.572); Héleno afirma que los troyanos resistirán y combatirán –“μαχησόμεθ’ ἀνθι μένοντες”– a los aqueos (*Il.* 6.84); ante la cólera de Zeus, ninguno de los grandes héroes aqueos consigue resistir –“οὔτε μενέτην”–, sino que retroceden todos (*Il.* 8.79); los aqueos, en desbandada por el campamento y perseguidos por Héctor, se detienen junto a las naves y resisten allí –“παρὰ νηυσὶν ἐρητύοντο μένοντες”– (*Il.* 8.345; cf. 15.367); Diomedes exhorta a Odiseo a aguardar a Héctor y resistir su ataque –“ἀλλ’ ἄγε δὴ στέωμεν καὶ ἀλεξώμεσθα μένοντες”– hasta rechazarlo (*Il.* 11.348), y más tarde Atenea, disfrazada de Deífobo, emplea las mismas palabras para engañar a Héctor y hacerle aguardar el ataque de Aquiles (*Il.* 22.231); los Ayantes afirman haber resistido

⁶³ Un interesante fragmento de Jenófanes (frg. 2) corrobora esta visión tirteica sobre el modo en que los hombres buscan la gloria individual en el deporte o las competiciones (2.1-11), se muestran orgullosos y consiguen distinciones como la *proedría*. Pero el poeta reacciona contra ese modo de pensar: la sabiduría es un bien mayor para la comunidad, aunque la opinión de la gente esté engañada al respecto y prefiera las exhibiciones de fuerza: “si hay en la ciudad un buen púgil o un atleta distinguido en el pentatlón, en la lucha o en la carrera ... no por ello estará mejor gobernada (τοῦνεκεν ἂν δὴ μᾶλλον ἐν εὐνομίῃ πόλις εἴη); y poco placer puede dar a una ciudad el que un atleta venza junto a las riberas del río de Pisa, pues esto no enriquece las arcas de la ciudad (οὐ γὰρ παίνει ταῦτα μυχρὸς πόλεως)” (frg. 2.15-22). Por tanto, aunque los individuos busquen las victorias personales, éstas en nada aprovechan a la ciudad.

⁶⁴ Consultar especialmente Gercke (1921: 350), Schachermeyr (1932: 136ss.), Bowra (1930: 257ss.; 1938: 51ss.), Kirk (1962), Tigerstedt (1965), Snell (1969), Latacz (1977: 1-20).

⁶⁵ Latacz apunta que, aunque “resistir” es el tema central del frg. 11 de Tirteo, es probable que se haya inspirado en pasajes de la épica homérica (1977: 8), pasajes como los que enumeramos aquí. Snell opina que el conocido pasaje tirteico del fragmento 11.31ss., el “pasaje hoplita”, emplea deliberadamente el texto homérico (*Il.* 13.131ss., 16.215ss.) como fuente de inspiración (1969: 47-48).

siempre en el feroz combate, el uno al lado del otro –“μίμνομεν ὅξυν Ἄρηα παρ’ ἀλλήλοισι μένοντες”– (Il. 17.721).

Las similitudes no acaban ahí: la expresión tirteica “εὖ διαβάς” aparece en Il. 12.458, aunque se refiere al momento en el que Héctor se afianza sobre sus piernas para arrojar un gran pedrusco contra las puertas del muro aqueo, mientras que la acción de morderse el labio se muestra en la *Odisea* hasta en tres ocasiones (1.381, 18.410, 20.268), aunque como una demostración de admiración, y no de resolución ⁶⁶. Las escenas de combate de la *Ilíada* aportan, en definitiva, sobrados contextos que muestran a los guerreros resistiendo de modo individual o colectivo el ataque del enemigo, lo que indica que esta acción no es específicamente tirteica. Además, la mayor parte de esos contextos son descripciones, por lo que tenemos la confirmación expresa de que las huestes homéricas realmente eran capaces de resistir; en el caso de las tirteicas, sólo conservamos la exhortación, pero no una prueba de su verificación en la práctica.

La épica homérica contiene también numerosas exhortaciones a los soldados para que muestren *valor* y coraje en el combate, de las maneras más diversas: modos específicamente homéricos son las provocaciones –“¡Aqueas, que no aqueos!”, “¡Sed hombres!” ⁶⁷–, pero en general hay más tendencia a invocar aquellos elementos depositarios de la valentía, como el corazón ⁶⁸ y, de modo más parecido a Tirteo, el ánimo –*thymós*, *θυμός*–, que se incita en el pecho ⁶⁹ y que en algunos casos actúa por sí mismo para motivar al guerrero (Il. 7.152, 12.307) (Snell 1969: 9-20). También al modo tirteico, Homero contiene exhortaciones a evitar la huida (Il. 15.564), y especialmente a no temer a la muerte: “Si uno de vosotros herido de disparo o de golpe cercano alcanza la muerte y el hado, ¡muerto quede! (τεθνάτω) ¡No es una ignominia para quien defiende la patria quedar muerto! (οὐ οἱ αἰεὶς ἀμυνομένῳ περὶ πάτρης τεθνάμεν)”, exclama Héctor en Il. 15.494 ss. También encontramos en Homero el tema tirteico de la muerte del soldado anciano: Príamo anticipa la vergüenza de su propia muerte, y afirma que “cuando los perros mancillan la cabeza canosa, el canoso mentón y las vergüenzas de un anciano asesinado, eso es lo más lamentable para los míseros mortales”; en ese mismo pasaje, el anciano rey exalta la belleza de la juventud, mucho más adecuada para el combate: “al joven todo le sienta bien, aun muerto por obra de Ares y desgarrado por el agudo bronce, cuando yace; aun muerto, todo lo que de él aparece es bello”. Ambos pasajes pueden compararse, respectivamente, con los fragmentos 10.21-27 y 10.27-30 de Tirteo.

Por último, en Homero no sólo encontramos también alusiones a una cierta “disciplina” colectiva y a la necesidad de obedecer (Il. 2.203-205), sino especialmente exhortaciones a combatir, a lanzarse a la lucha: “¡Combatid junto a las naves en masa compacta!” –“ἀλλὰ μάχεσθ’ ἐπὶ νηυσὶν ἀολλέες” (Il. 15.494)–, o “¡luche cada cual contra los troyanos con coraje y valor!” –“τίς ἄλκιμον ἦτορ ἔχων Τρώεσσι μαχέσθω” (Il. 16.209)–, o “¡que cada uno recuerde y luche con su

⁶⁶ Aquiles transmite esa misma resolución haciendo rechinar sus dientes al armarse para combatir (Il. 19.365). Latacz analiza el significado y transmisión de este *topos* sobre los labios (1977: 7-9), y considera que debe de tratarse de una experiencia directa en el caso de Tirteo, con un significado diferente al homérico: la expresión tirteica está cargada de un sentido de “concentración” que no encontramos en Homero.

⁶⁷ “Ἀχαιῖδες οὐκέτ’ Ἀχαιοὶ” (Il. 2.235, 7.96); “ὦ φίλοι ἀνέρες ἔσστε” (Il. 5.529, 6.112, 8.174, 11.287, 15.487, 561, 661, 734, 16.270, 17.185).

⁶⁸ ἄλκιμον ἦτορ, “corazón valeroso”: Il. 5.529, 16.209, 264, 17.111, 20.169, 21.571-572.

⁶⁹ ἐνὶ στήθεσιν: Il. 2.142, 3.395, 4.205, 6.51, 11.804, 13.468, 16.691.

rival!” —“τις ὑμείων μεμνημένος ἀνδρὶ μαχέσθω” (Il. 19.153)—. Por supuesto, hay exhortaciones mucho más complejas y elaboradas, que recriminan la pasividad de los soldados mediante insultos o metáforas provocativas, o trazan un esbozo de un posible plan de ataque⁷⁰. No faltan tampoco los ánimos para avanzar al encuentro del enemigo⁷¹, ni las referencias a la patria y a la familia, mucho más significativas: es frecuente incitar a los hombres a luchar “περὶ πάτρης” (Il. 12.243, 15.496, 17.157), “περὶ παίδων” (Il. 8.57, 15.663) o “περὶ γυναικῶν” (Il. 8.57, 18.265), convirtiéndolos en salvadores de la ciudad —“πόλιν καὶ ἄστυ σωώσης” (Il. 17.144, 18.265)—. Como hemos visto, todas y cada una de estas exhortaciones tiene un claro paralelo en Tirteo.

Con respecto a la noción del patriotismo y las obligaciones hacia la comunidad, los poemas homéricos están completamente inundados de referencias plenamente “tirteicas” a la defensa y exaltación de la patria, que van desde el simple orgullo patriótico por los éxitos propios al imperativo de su salvaguarda sacrificando los intereses personales —despreciando el botín o los regalos, por ejemplo—, pasando por las incesantes muestras de nostalgia y anhelo de regreso. Greenhalgh muestra que, aunque la exhortación homérica ha sido a menudo minimizada por algunos como si estuviese reducida a la familia, las tierras y los hogares nativos, la parénesis tirteica, que tradicionalmente se considera como “el verdadero amor patriótico” (Starr 1991: 308), hace hincapié en realidad en los mismos elementos: familia, tierra y bienes. Todavía en Esquilo encontramos una exhortación similar a liberar “a los hijos, a las esposas, a los templos de los dioses ancestrales y a las tumbas de los padres” (Pers. 403-405); y aún con motivo de la primera batalla del Pireo, en el año 404, Jenofonte pone en boca de Trasíbulo que la victoria les devolverá “la patria, los hogares, la libertad, los honores, los hijos, para quienes los tengan, y las mujeres” (Hell. 2.4.17.3-4). Este tipo de motivaciones, supuestamente homéricas y abandonadas en cuanto el mundo de la *pólis* se abre camino, permanecen en realidad vivas a lo largo de las épocas Arcaica y Clásica. Por tanto, “no hay ningún contraste cualitativo entre estos conceptos expresados por Homero y por Tirteo” (Greenhalgh 1972: 535).

El tratamiento de lo “colectivo” y lo “común” muestra, por tanto, significativos paralelos en la épica y la lírica: el “bien común” —ξυνὸν ἐσθλόν— que Tirteo exalta en el fragmento 12.15 recoge hasta cierto punto una tradición homérica; los poemas muestran una conciencia muy acentuada de las repercusiones que las acciones de los líderes tienen en la comunidad, y en especial de los males que pueden derivarse de sus equivocaciones: la irreflexión conduce a un “mal común” —ξυνὸν κακόν (Il. 16.262)—, del mismo modo que el rapto de Helena ha supuesto una “enorme calamidad para su padre, su ciudad y todo el pueblo” —“πατρί τε σῶ μέγα πῆμα πόλῃ τε παντί τε δήμῳ” (Il. 3.50)—, verso en el que se inspira el fragmento 12.15 de Tirteo. Como señala Snell, la “expresión ‘ciudad y *démos*’ tiene reminiscencias de pasajes homéricos” (1969: 22).

A juzgar por todo lo expuesto, da la impresión de que las exhortaciones tirteicas no son muy diferentes de las homéricas, pero no sólo en forma, sino incluso en contenido. Sin embargo, las similitudes nunca se han querido llevar demasiado lejos: Tirteo ha sido siempre considerado como perteneciente a un mundo diferente de Homero; para Cartledge, ahí radica precisamente la dificultad de este poeta lírico, que a su juicio está tratando de expresar una nueva mentalidad a través de una antigua tradición poética, o más exactamente, de “verter un nuevo vino espiritual en

⁷⁰ Provocaciones: Il. 4.241-249; 13.232-238; 16.627-631. Plan de ataque: Il. 12.75-79; 14.370-377; 15.294-299.

⁷¹ Por ejemplo, el reto que Héctor lanza entre ambos ejércitos —“ἴτω ἐκ πάντων πρόμος ἔμμεναι Ἑκτορι δῖῳ” (Il. 7.75)—. Ver también Il. 17.254 y 20.355.

viejas vasijas lingüísticas” (1977: 25-26; cf. Snell 1969: 37ss.); para muchos autores, tras los ecos homéricos se esconden la nueva *pólis* ciudadana y el ejército hoplita, lo que convierte la parénesis tirteica en una tradición re-elaborada y adaptada a un nuevo contexto. En realidad, como comprobamos, el presunto “abismo” entre ambos poetas y entre sus respectivos mundos no es tal, y las similitudes no sólo afectan a la forma, sino probablemente también al contenido de unas exhortaciones militares que inciden en los mismos valores y en las mismas ideas. Este parentesco debe hacernos reflexionar sobre la supuesta falange hoplita y la supuesta solidaridad “democrática” de la parénesis tirteica.

Calino y Alceo

Más allá de Arquíloco y Tirteo, entramos nuevamente en un cierto vacío de información, y no hay demasiados testimonios útiles sobre el combate a lo largo del siglo VII. Sólo de modo superficial se han referido algunos autores a los fragmentos de Calino y Alceo, exasperantemente escasos, por otra parte. Cronológicamente, Calino parece ser un contemporáneo de Tirteo, mientras que Alceo pertenecería a una generación posterior, viviendo a caballo entre los siglos VII y VI, por lo que sus fragmentos han servido en ocasiones para afianzar la imagen de la temprana falange arcaica (Podlecki 1969: 76-79).

Ya Webster (1958: 215) afirmaba que el sistema de combate que puede entreverse en el único fragmento extenso de Calino era una falange, mientras que Lorimer incidía en la presencia del escudo argivo y, al modo tirteico, en su exhortación a combatir con la lanza singular (1947: 120). En Alceo, se han enfatizado sus menciones a los carios y su armamento, pero también su conocido abandono del escudo, noticia que transmitirían Heródoto (5.95) y Estrabón (13.1.38), y el fragmento de las armas del banquete (frg. 357), que supuestamente reflejaría un equipamiento “hoplita”:

“Resplandece la gran sala con el bronce, y en honor de Ares está adornado todo el techo con relucientes cascos (λάμπραισιν κυνίαισι), de los cuales cuelgan blancos penachos de crines de caballo (λευκοὶ ἵππιοι λόφοι), adorno para las cabezas de los hombres; las brillantes grebas de bronce (χάλκισι λάμπραι κνάμιδες), defensa contra el poderoso dardo (ἄρκος ἰσχύρω βέλεος), ocultan, colocadas en derredor, los clavos, y hay corazas de lino nuevo (θόρακές τε νέω λίνω) y cóncavos escudos arrojados al suelo (κοίλαι τε καὶ ἄσπιδες βεβλήμεναι). Al lado, espadas calcidias (παρ δὲ Χαλκίδικαι σπάθαι), junto a muchos cinturones y túnicas (παρ δὲ ζώματα πόλλα καὶ κυπάσσιδες). No hay que olvidar esto, cuando nos hemos alzado para esta empresa”.

En la práctica, muchas de estas asociaciones están apenas basadas en referencias textuales secundarias: las supuestas menciones de Calino a la lanza singular se apoyan en el argumento de la terminología, que debería desecharse por su fragilidad, mientras que las referencias de Alceo a los carios sólo tienen validez si se concede credibilidad a la noticia herodotea sobre este pueblo (1.171), en la que les convierte en inventores del armamento “hoplita”; por diversas razones, esa tradición encontró eco en Lorimer (1947: 107-108) y Snodgrass (1964: 184-185), aunque parece un tanto rebuscado emplear a Alceo como testimonio de la falange basándose tan sólo en una mención circunstancial a un pueblo al que un autor dos siglos posterior vincularía de modo arbitrario con un tipo de armamento. Las armas del fragmento 357 tampoco están exentas de problemas, pues Alceo no menciona lanzas, por ejemplo, mientras que el abandono del escudo tampoco permite una identificación positiva del escudo argivo, como comentábamos en relación con Arquíloco.

Tanto Calino como Alceo muestran una combinación de sistemas de combate que en ocasiones poco tienen que ver con la falange: ambos inciden en la existencia de proyectiles –Calino (*ἀκοντίζω*, 1.5; *ἀκόντων*, 1.14); Alceo (357.6-7)–, muestran un armamento heterogéneo⁷², y en el caso de Calino, sus exhortaciones siguen también los patrones homéricos: incita a luchar por la patria y la familia (1.7-9), a avanzar (1.9-11), a mostrar valor (1.1), y a no temer a la muerte (1.8-9, 1.12-15). Tampoco ellos son un claro testimonio de una falange “hoplita” plenamente desarrollada, pues, como afirma Snodgrass, “que estos hombres combatieron en algo que pudiese parecerse a una falange hoplita es tal vez poco probable” (1964: 183).

TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS. LA FALANGE EN LAS PINTURAS VASCULARES

Como hemos visto en capítulos anteriores, cuando los teóricos de la “Revolución hoplita” trataban de aportar testimonios arqueológicos sobre la introducción de la falange hoplita en Grecia, se centraban casi de forma exclusiva en las escenas de una serie de pinturas en vasos corintios de mediados del siglo VII a.C. Estas escenas, pertenecientes al estilo cerámico protocorintio y fechadas entre *ca.* 675 y 630, supuestamente representan la progresiva evolución hacia la falange: el pintor da la impresión de estar ensayando diversas soluciones para poder ilustrar con éxito una formación cerrada, y en el camino va venciendo una serie de viejas convenciones pictóricas en el trato de la figura humana y la perspectiva⁷³. A los problemas para identificar correctamente el armamento y la táctica estos autores añaden, por tanto, las dificultades derivadas del propio desarrollo estilístico de la pintura vascular y su capacidad para representar la realidad de modo fidedigno.

No obstante, pueden hacerse unas observaciones a esta interpretación de las escenas protocorintias. Si analizamos con atención las piezas disponibles, hacemos una primera constatación: en realidad los testimonios se reducen únicamente a cuatro pinturas, todas ellas pertenecientes al mismo autor, el Pintor MacMillan (Hurwit 2002: 7-8): el aríbalo MacMillan, el aríbalo de Berlín, el Vaso Chigi y la enócoe de Eritras; fuera de esos testimonios no hay ningún elemento que recuerde siquiera de lejos a una falange. Por tanto, hay algo peculiar en este pintor o en su grupo, pues, como afirma Salmon, “no hay duda de que el Pintor Macmillan reflexionó mucho sobre el problema de representar una falange” (1977: 88). El vacío que encontramos a su alrededor implica que las formas y contenidos que este pintor estuviese tratando de ilustrar, fuesen las que fuesen, no son extensibles al resto de la pintura vascular arcaica, ni tan siquiera al resto de la pintura protocorintia. Ello convierte a sus pinturas en testimonios aislados, exactamente igual que la poesía de Tirteo.

El famoso Vaso Chigi (Fig. 14) es sin duda el que más atención ha recibido. Esta pequeña enócoe de apenas 26 centímetros de altura, encontrada en una tumba de corredor etrusca en Monte Aguzzo y fechado *ca.* 640 a.C., posee cuatro frisos decorados, de los que el central –de unos 5,2 centímetros e interrumpido por el asa– muestra la escena que ha sido objeto de discordia durante décadas: un enfrentamiento entre dos grupos de soldados que, aparentemente, combaten en líneas ordenadas. Este friso, verdaderamente único en toda la historia de la pintura griega, ha sido

⁷² Snodgrass (1964: 180-181; 1965a: 113; 1965b: 437), Pritchett (1985a: 35), Storch (1998: 5).

⁷³ Lorimer (1947: 81-83), Salmon (1977: 86-90), Schwartz (2002: 49-55).

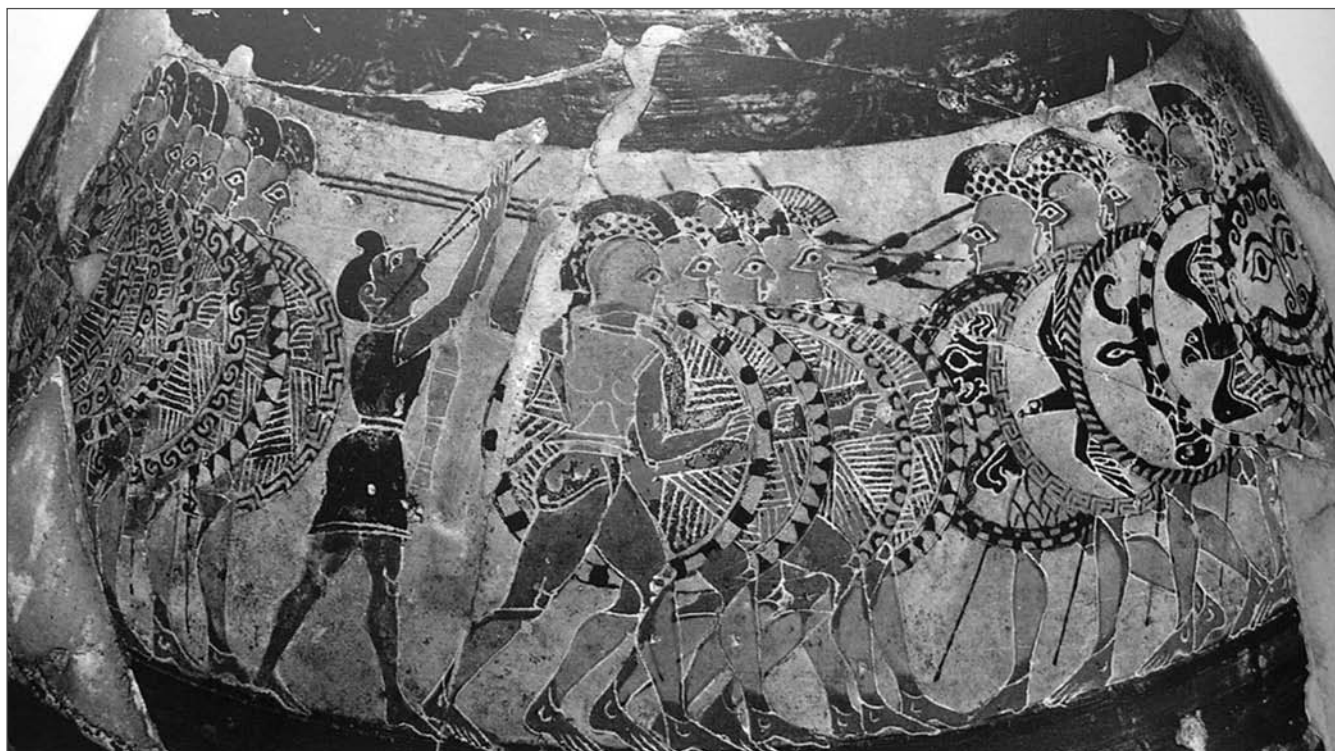


Fig. 14a. Vaso Chigi, ca. 640 a.C.

Posiblemente una de las piezas más controvertidas de la pintura vascular arcaica, el Vaso Chigi no ha dejado a nadie indiferente. La aparente uniformidad del equipamiento y la densidad y el orden de las formaciones ha llevado a generaciones de estudiosos a afirmar que se trataba de la primera representación de una falange hoplita.

considerado prácticamente por unanimidad como la ilustración más fidedigna de una falange “hoplita” ⁷⁴.

Lorimer estableció los que desde entonces se han considerado como elementos clave de esa identificación: en primer lugar, la existencia de escudos argivos y lanzas de combate, armamento propio de la panoplia “hoplita” (1947: 81-83); en segundo lugar, la presencia de un *auletés*, que en virtud de una cita de Tucídides (5.71), se ponía en relación con el orden y la disciplina en el avance, valores necesarios en una formación cerrada que trata de moverse al unísono (1947: 95) ⁷⁵; y en tercer lugar, el aparente orden y regularidad de las líneas, asimilables a los de una falange clásica.

⁷⁴ Entre otros, Nilsson (1928: 240), Andrewes (1974: 33), Kiechle (1963: 270), Detienne (1968: 121), Greenhalgh (1973: 85-86), Snodgrass (1964: 138; 1965a: 110; 1999: 58, 68), Cartledge (1977: 19; 1996b: 710), Salmon (1977: 87), Murray (1980: 123, 125-126), Anderson (1991: 18), Jarva (1995: 119), Osborne (1998: 197), Morgan (2001: 25), Schwartz (2002: 51-53), Hurwit (2002: 14, n.47). Este es otro de los escasos consensos existentes en torno a la falange arcaica.

⁷⁵ Esa asociación también ha hecho fortuna: tanto Detienne (1968: 122-123) como Snodgrass (1999: 68), Salmon (1977: 89-90) y Osborne (1998: 209), entre otros muchos autores, utilizan al *auletés* casi como un criterio para identificar una falange en la imagen del Vaso Chigi.

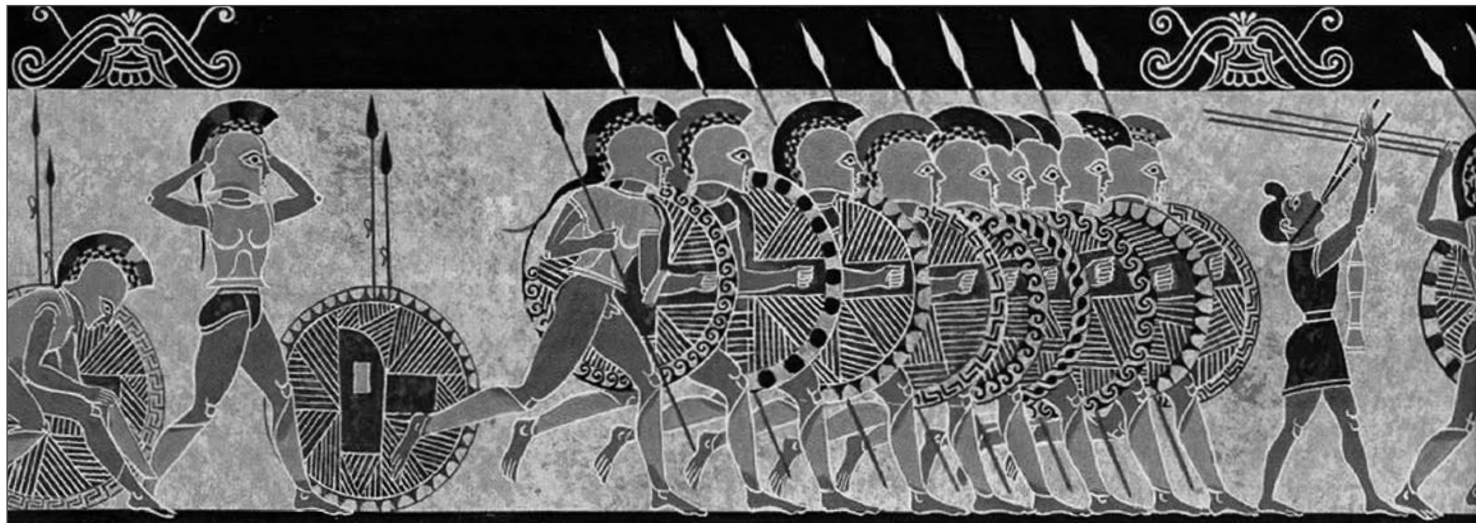


Fig. 14b. Vaso Chigi, ca. 640 a.C.

En esta ilustración, Peter Connolly desarrolla toda la escena contenida en el friso, lo que permite apreciar sus diferentes acciones: dos grupos de guerreros armados se atacan mutuamente en el centro, mientras que a ambos lados corren hacia ellos nuevos refuerzos; en el bando izquierdo, un tañedor de *aulós* llama al combate, mientras que en el extremo hombres todavía desarmados se aprestan para entrar en acción.

La imagen, sin embargo, no está exenta de problemas: en primer lugar, los soldados no portan una sola lanza de combate, sino dos —una en posición de ataque y la otra todavía nivelada como reserva—; segundo, existen más piernas que las correspondientes a las cabezas identificables, lo que pone en entredicho la idea de una formación ordenada; y tercero, en realidad la escena no muestra varias líneas en profundidad, sino tan sólo dos, una primera línea de combate en vanguardia de cada ejército y una segunda de refuerzo que corre a la lucha desde ambas retaguardias⁷⁶. Estos detalles ponen en entredicho en la práctica la imagen de la falange, pero sus defensores argumentaron en contra de esas evidencias, rechazándolas por diversos motivos: consideraron que la acumulación de miembros y armas se debía al cierto grado de idealización o heroización que mostraría la pintura (Lorimer 1947: 104-107; Schwartz 2002: 52), y que se trataría por tanto de piernas y lanzas “fantasma” (Lorimer 1947: 83); para otros autores, en cambio, se trataba de una transición hacia la falange, en la que los elementos clásicos no estaban todavía fijados⁷⁷. Van Wees (1994b: 141-142, 143; 2004: 172-174), sin embargo, ha propuesto la opción a mi juicio más razonable: la escena no representa hoplitas ni falange, sino el tipo de combate que encontramos constantemente retratado en los poemas homéricos, abierto, móvil y diverso.

El resto de escenas del Pintor Macmillan han recibido, comparativamente, muchísima menos atención: el aríbalo Macmillan (Fig. 17) fue considerado por Salmon como un precedente en la evolución pictórica hacia la falange (1977: 88), y por Lorimer como “una falange hoplita en acción”, aunque con un método narrativo diferente al del Vaso Chigi (1947: 102-104); sin

⁷⁶ Hurwit (2002: 14-16), Snodgrass (1999: 58), van Wees (2000a).

⁷⁷ Salmon (1977: 87; 1984: 73-74), Latacz (1977: 34), Storch (1998: 3).



embargo, la imagen no muestra formaciones en realidad, sino una serie de parejas combatiendo en una línea extensa, y aunque el armamento es bastante uniforme por lo que respecta a los escudos y cascos, todos ellos argivos y corintios respectivamente, la mayoría de los guerreros lleva, nuevamente, dos lanzas. En segundo lugar, el aríbalo de Berlín (Fig. 15) muestra una escena más parecida a la del Vaso Chigi, con los guerreros organizados en grupos y un armamento de nuevo uniforme, que Lorimer interpreta como “dos fuerzas de hoplitas” (1947: 84) y Salmon como una representación “inconfundible” de una falange (1977: 87). Pero una vez más no hay filas formadas en profundidad, sino grupos que se atacan de modo disperso, como si se tratase de situaciones diferentes. La enócoe de Eritras (Fig. 16), por último, muestra la uniformidad de equipamiento y la disposición en grupo que permiten identificar esta pieza como obra del mismo pintor que las restantes (Akurgal 1992; Hurwit 2002: 7-8), pero algunos detalles merecen atención: en primer lugar, al menos dos de los soldados de la escena poseen dos lanzas; segundo, de nuevo encontramos un grupo que se enfrenta a otro, no formaciones en profundidad; y tercero, ese grupo no forma en realidad una línea, sino que avanzan sin aparente orden, como pone de manifiesto el confuso solapamiento de los escudos.



Fig. 15. Aríbalo de Berlín, *ca.* 650 a.C.

Se han esgrimido muchos argumentos para considerar esta escena como una precursora del Vaso Chigi, no sólo por la existencia de líneas más o menos cerradas de soldados, sino también por la homogeneidad del armamento. No obstante, no todos los autores aceptan la idea de que la imagen represente una falange en combate; el hecho de que la acción esté fraccionada en diversos grupos que parecen actuar de modo independiente resta credibilidad a esta hipótesis.

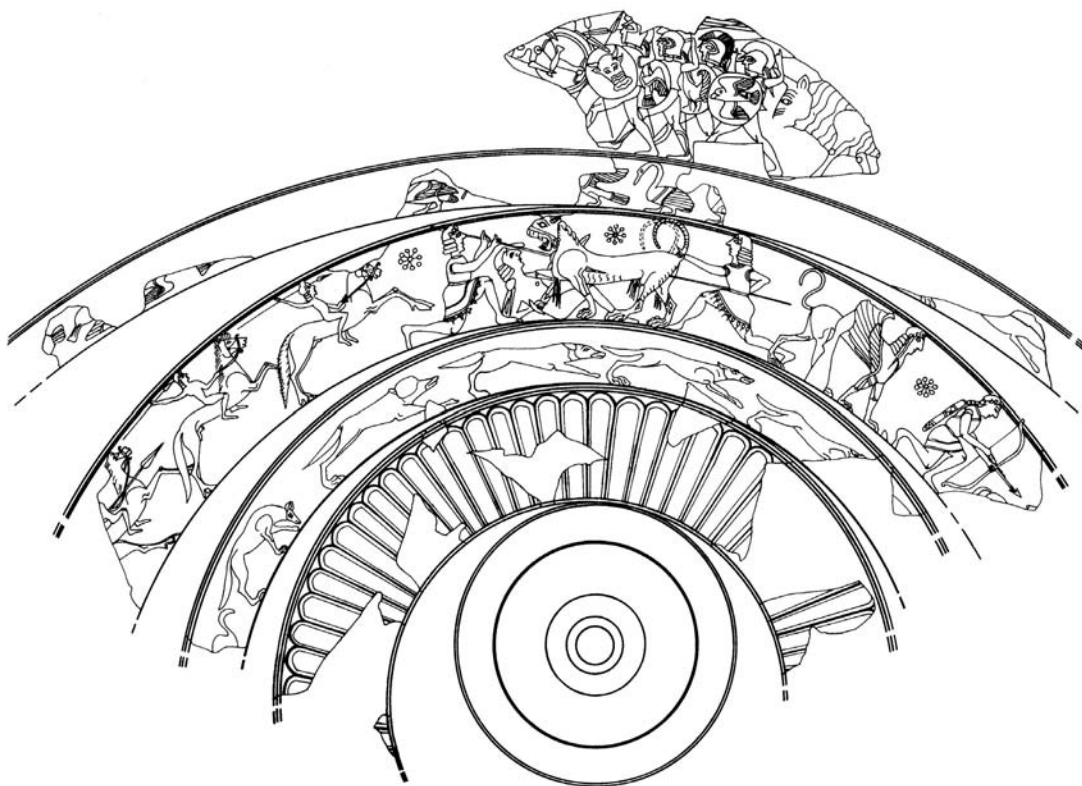


Fig. 16a y b. Enócoe de Eritras, ca. 650 a.C.

Sobre estas líneas. Desarrollo de los diferentes frisos de la enócoe encontrada recientemente en el yacimiento minorasiático de Eritras, y que reproduce todos los temas que se encuentran en el Vaso Chigi: la caza, la equitación y el combate.

Bajo estas líneas. El detalle del friso superior permite identificar una escena de combate entre guerreros de armamento pesado y uniforme, que se puede poner en relación con escenas similares en otros vasos del denominado Pintor Macmillan.





Fig. 17. Aríbalo MacMillan, *ca.* 640 a.C..

El hecho de encontrar un armamento uniforme, consistente en lanzas, cascos corintios y escudos circulares, ha permitido incluir esta escena dentro de la evolución pictórica hacia la representación de una falange en acción. Sin embargo, los combatientes están enfrentados en realidad en parejas, en las cuáles el individuo de la derecha resulta vencedor. Más que una escena de combate, la imagen parece representar la persecución de un enemigo derrotado y en fuga.

A juzgar por todas estas consideraciones, la identificación de una falange en estas pinturas resulta un ejercicio cuando menos optimista, de ahí que incluso sus defensores se hayan decantado finalmente por establecer una evolución entre las diferentes escenas, como si la técnica de representación fuese mejorando progresivamente hasta desembocar en el Vaso Chigi. Pero hay muchas dificultades en torno a este reducido grupo de pinturas; aparte de las dudas que surgen sobre el armamento y la disposición de los guerreros que ya hemos mencionado, es llamativo que tanto su temática como su método narrativo sean únicos: no existe una escena similar en todo el período arcaico, pero tampoco encontraremos nada remotamente parecido en las pinturas de Época Clásica. ¿No es extraño que, si verdaderamente se trató de un logro en la plasmación de la perspectiva, éste no volviese a repetirse nunca más en el arte vascular griego? Si el Pintor MacMillan verdaderamente trataba de experimentar con sus pinturas y consiguió desarrollar una técnica capaz de capturar la profundidad y cohesión de una falange, y si el Vaso Chigi fue el estadio final de esa evolución, es sorprendente que la técnica no se incorporase a la experiencia general de los pintores de su época, sino que simplemente desapareciese.

Por tanto, tengo la impresión de que, o bien se ha exagerado la novedad de la técnica, o bien no hay técnica en absoluto, ni búsqueda de perspectiva o de profundidad. Es preciso interpretar las escenas de acuerdo con otras claves. Hurwit afirma que “la particular combinación de escenas en un vaso podría tener un valor paradigmático” (2002: 2)⁷⁸, y Hanfmann apunta que el objetivo de las pinturas es contar una historia, por lo que “los personajes, el tiempo y el espacio son los tres mayores desafíos” (1957: 71) a la hora de hacerlo; cada período, por tanto, buscará soluciones diferentes para trabajar con esas tres variables, y por lo que respecta a la Época Arcaica, encontramos una aparente expansión en la diversidad y la riqueza de las escenas: “en ocasiones se amplía el número de actores, y en otras el número de acciones que conforman la escena”, pero

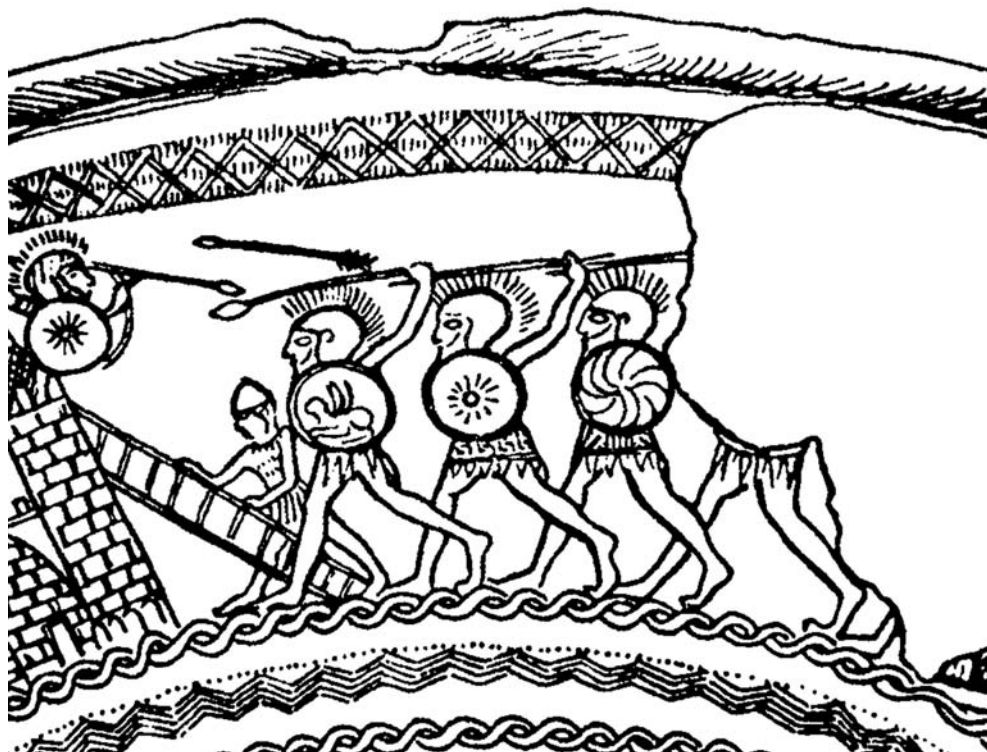
⁷⁸ Hurwit cita bibliografía actualizada sobre otros autores que comparten esa idea (2002: 2, n.7).



Fig. 18a y b. Copa Fenicia de Amatus, siglo XI a.C.

Sobre estas líneas. El grabado del interior de esta copa fenicia muestra diversas escenas relacionadas con la vida cotidiana. La banda exterior representa acciones de combate, que incluyen arqueros, caballería, carros, e incluso arqueros montados. En la parte central de esa banda, un grupo de guerreros asedian una ciudad y tienden escalas para salvar la muralla.

En la página de la derecha. El detalle de la ilustración permite reconocer las extraordinarias similitudes del grupo de guerreros asaltantes con los soldados de las escenas griegas, tanto por el uso de escudos circulares como por la posición de ataque y, especialmente, su formación en "línea". Se trata, por tanto, de un recurso iconográfico que no es exclusivo de la pintura griega.



todos esos recursos están encaminados a un objetivo: “el artista arcaico quería mostrar no sólo que mucha gente tomaba parte en la historia, sino que lo hacía de diferentes maneras y en diferente grado” (1957: 74).

Esta explicación narrativa resulta fundamental a la hora de entender la escena principal del Vaso Chigi. En primer lugar, la abundancia de piernas podría ser un simple recurso para indicar la presencia de más hombres que los visibles⁷⁹. Segundo, la extraordinaria proximidad de ambos ejércitos cuando los soldados parecen ir a arrojar sus jabalinas podría poner de manifiesto otro recurso narrativo, destinado a evocar una mayor distancia en la mente del espectador; en ello ya reparó W. Helbig, quien afirmó que “es obvio que los dos contingentes han sido colocados tan próximos únicamente para evitar dejar un espacio en blanco entre medias” (1911: 38). Tercero, las supuestas filas traseras podrían representar en realidad acciones diferentes, narradas secuencialmente dentro del mismo friso para dar una sensación de unidad. Hans van Wees ha propuesto recientemente (2000a: 139) que la escena “yuxtapone grupos de hoplitas en diferentes estadios de preparación para la batalla: armándose, comenzando a correr, elevando las lanzas, y atacando”⁸⁰.

⁷⁹ Probablemente se trata del mismo recurso que los pintores griegos empleaban a la hora de representar los caballos de una cuadriga cuando ésta aparecía de perfil: sobre la silueta del primer caballo mostraban diversas extremidades de los restantes, que se encontraban detrás. Ver ilustraciones al respecto en Greenhalgh (1973).

⁸⁰ Van Wees añade que el *auletés* no estaría marcando el paso de la falange, al modo que describe Tucídides, sino llamando al combate: parece soplar el instrumento con toda la fuerza de sus pulmones, y no hay señales de otro *auletés* en la “falange” contraria (2000a: 139); la idea puede resultar extraña o poco convincente, pero la presencia de otro *auletés* en el aríbalo de Peracora (Fig. 9) supone un argumento a favor, pues no hay modo de interpretar el combate representado en ese vaso como una falange.

Hay un interés narrativo que recorre no sólo la escena del combate, sino todos los frisos del vaso (Hurwit 2002: 16-19), de modo que se intenta contar con pocos recursos una historia compleja. De acuerdo con esta perspectiva, las presuntas escenas de falanges podrían descomponerse en acciones separadas, con lo que las formaciones desaparecerían y darían paso a un combate aparentemente más abierto, más móvil y más diverso. Casualmente, esa es la misma lectura que Ahlberg hace de las pinturas geométricas (1971), con lo que nos encontramos con una imagen bastante coherente no sólo dentro de las representaciones vasculares, sino también de los textos homéricos y líricos: como afirma van Wees, “esta no es la historia de una batalla hoplita clásica, sino el tipo de narración que uno encuentra repetidamente en la *Iliada*” (2000a: 139).

Por tanto, hay una coincidencia narrativa en la literatura y en la pintura, tendente a describir un combate abierto y diverso. Da la sensación de que las escenas que parecen mostrar un combate cerrado en líneas ordenadas podrían interpretarse de modo alternativo como una manera convencional de representar una masa de soldados; del mismo modo que Homero y la poesía lírica ponen en marcha sus propios mecanismos para enfatizar la presencia de una masa anónima aunque activa de combatientes, la pintura busca sus propios recursos y un lenguaje particular. En definitiva, ¿qué otros modos existen de representar una masa de guerreros cuando las posibilidades estéticas están limitadas por el espacio y la bidimensionalidad? De ello podrían dar testimonio, por ejemplo, la escena de combate de una copa de plata fenicia (Fig. 18), o la formidable unidad compacta de la famosa Estela de los Buitres (Fig. 19). Cualquiera de esas escenas podría –con algunos retoques en el armamento– pasar por una escena griega de las que hemos analizado: de hecho, los soldados que aparecen en la copa fenicia son extraordinariamente similares en actitud y distribución a los guerreros del Vaso Chigi, mientras que la formación que aparece en la estela sumeria plantea los mismos problemas que la escena griega –múltiples armas y brazos–, pero consigue dar una mayor impresión de cohesión. ¿Deberíamos por ello hablar de una “falange sumeria”?

Estas consideraciones nos llevan de vuelta al segundo de los problemas que anunciábamos al comienzo de este apartado: la necesidad de elaborar unos conceptos firmes y rigurosos sobre los dos elementos clave, la falange y el hoplita. A ese intento dedicaremos el capítulo siguiente.

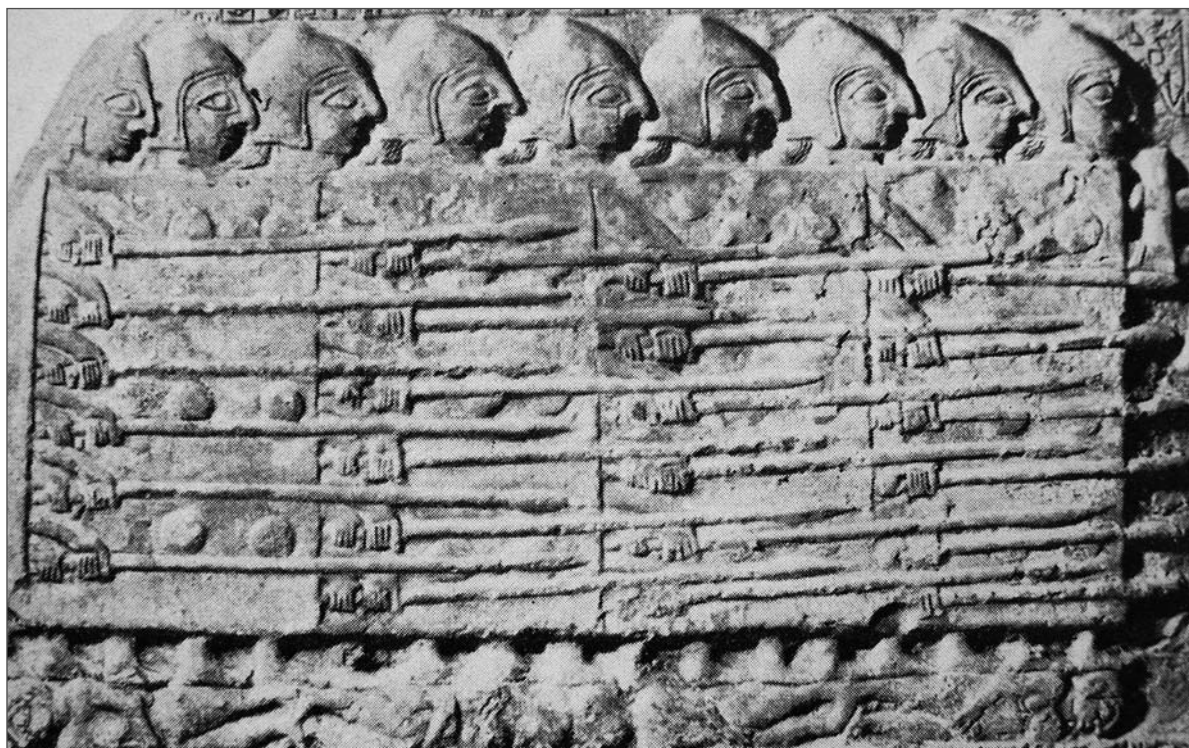


Fig. 19. Estela de los Buitres, *ca.* 2600 a.C.

La extraordinaria densidad de la formación y la aparente homogeneidad del armamento en este relieve sumerio han llamado la atención de generaciones de estudiosos. Dotados de lanza, casco y escudos rectangulares, estos guerreros, más de 2000 años anteriores al Vaso Chigi, avanzan en una sólida línea como una apisonadora, conformando una representación tal vez más apropiada para una falange que cualquiera de las imágenes griegas de época Arcaica.

CAPÍTULO IV

EL HOPLITA Y LA FALANGE UNA CUESTIÓN DE CONCEPTO

La investigación acerca de las transformaciones militares de la Grecia arcaica se ha reducido a menudo a un debate sobre el momento de introducción de la falange hoplita. Al menos desde Helbig, grandes autores han tratado de identificar una formación cerrada o un armamento concreto en los dispersos fragmentos literarios y las escasas representaciones vasculares preservadas, pero los esfuerzos no han atenuado la polémica entre partidarios y detractores de una determinada identificación. Y mientras, complejos procesos históricos —el presunto declive de las aristocracias, la consolidación de la *pólis*, la apertura al exterior del mundo griego— se han hecho depender de la posibilidad de encontrar una falange en un pasaje poético o en la escena de una cerámica.

Cuando las cuestiones de identificación son tan importantes, la definición conceptual debería ser siempre un paso inicial obligado. Sin embargo, por lo que respecta a los dos elementos fundamentales de la ecuación militar arcaica, el hoplita y la falange, pocos autores han llevado a cabo un estudio conceptual que determine su auténtica naturaleza; como resultado, a la noción más o menos general, un tanto vaga, que existe sobre ellos, cada investigador añade una visión personal, y aplica ambos términos a los contextos o significados que cree más oportunos. Dada la ausencia de criterios compartidos, la consecuencia es, naturalmente, la falta de consenso y una cierta confusión.

Por supuesto, existen definiciones sobre el hoplita, como veremos; la mayoría de ellas hace hincapié en la relación con el escudo argivo, o lo identifican como un soldado griego de infantería pesada dotado de una panoplia determinada. Algo similar sucede con la falange, cuyas definiciones más comunes aluden a la necesidad de una formación cerrada, a la utilización de armamento “hoplita”, a la cohesión y a la disciplina; así, una vez identificada en las fuentes, esas nociones de “falange” y “hoplita” pueden ser extrapoladas a los escenarios y épocas más diversos.

Es posible —y necesario—, sin embargo, alcanzar una noción más elaborada de ambos conceptos, que parta del análisis de las fuentes literarias griegas. En mi opinión, recuperar el concepto que los propios griegos tenían sobre la falange y el hoplita es el primer paso para una mejor comprensión de su naturaleza; como veremos, no se trataba de conceptos planos o simples, sino de nociones complejas cargadas de significados culturales diversos. Ambos tuvieron, además, un tiempo y un lugar muy específicos en la historia griega, mucho más limitados de lo que se suele pensar.

LA FIGURA DEL HOPLITA

Algunos autores han reflexionado sobre la naturaleza del “hoplita”, e incluso se han planteado si Homero habría podido conocerlo (Jarva 1995: 118). La respuesta a una pregunta de ese calado exigiría una mínima definición de aquello que se pretende analizar, el término “*hoplitēs*”. Sin embargo, pocos se detienen en ello, pues para la mayoría de los autores su significado se da por sobreentendido.

Es probable que existan dudas en torno a la falange, pero hay una unanimidad absoluta en el mundo académico acerca del hoplita: ya sea de modo explícito o implícito, por unos criterios o por otros, todos los estudiosos del tema sitúan hoplitas en la Época Arcaica. Algunos se han limitado a situar cautelosamente “ancestros” del hoplita clásico en la poesía de Tirteo (Anderson 1991: 16), pero la mayoría acepta su presencia en la poesía lírica y en la pintura vascular. El armamento suele ser el principal criterio de identificación, especialmente a partir de que Snodgrass afirmase que los escudos con blasón que aparecen en las cerámicas pueden identificarse sin reservas con escudos argivos (1964: 61-63); es probable que no haya una absoluta seguridad acerca de si la táctica representada en el aríbalo de Berlín o el aríbalo Macmillan es o no una falange, pero ningún autor tiene la menor duda de que los cascos corintios, las lanzas, las corazas y los escudos argivos representan hoplitas. Así pues, un conjunto específico de armas, que conocemos como “panoplia hoplita”, se convierte en criterio para identificar a un hoplita en los textos o en las pinturas.

Dentro de esa panoplia, la clave es sin duda el escudo argivo. La relación de este tipo de escudo con el hoplita clásico se apoya en dos argumentos: por un lado, en la tradicional creencia de que “*hóplon*” era el término con el que se denominaba al escudo, cuestión que abordaré de inmediato; y por otro lado, en el determinismo militar asociado a las cualidades de su doble abrazadera, que trataré en el capítulo siguiente. La idea que subyace a esta identificación es que el nuevo armamento que aparece en Grecia a partir de mediados del siglo VIII va a caracterizar a un nuevo tipo de soldado, el hoplita, quien a su vez conducirá a una nueva táctica, la falange (Bryant 1990: 497-498). No existe un acuerdo definitivo sobre el estatus social de ese hoplita, pero parece haber un cierto consenso entre los especialistas en su condición de campesino propietario de nivel medio ¹.

Así pues, ¿qué realidades designaban los griegos como “hoplita”? ¿Son válidos los criterios al uso para identificarlos? ¿Justifican esos criterios una definición amplia de este concepto?

ESCUDO ARGIVO, HOPLITA Y “HÓPLON”

El primer paso debe ser clarificar el origen del término. Existe un consenso más o menos generalizado en torno a la idea de que el hoplita tomaría su nombre del escudo argivo, denominado supuestamente “*ὅπλον (hóplon)*”, y considerado por muchos su arma más característica. La mayoría de autores han aceptado sin más esta explicación, aparentemente sencilla y lógica ².

¹ Entre otros, Nilsson (1928: 246), Andrewes (1974: 34), Snodgrass (1965a: 115; 1980: 101-102), Cartledge (1977: 23), Donlan (1997: 45-47), Holladay (1982: 99), Jameson (1992: 158), Hanson (1996: 290-292; 1999a).

² Entre ellos, Adcock: “los hoplitas son tropas que toman su nombre del escudo” (1967: 3); Hammond: “... el soldado de infantería pesada griego, el ‘hoplita’, como fue llamado por su escudo” (1967: 110); “... la guerra hoplita, así llamada por el *hóplon* o escudo redondo...” (1982: 340); Murray: “El escudo, la original arma de la que el hoplita tomó

El vínculo es tan fuerte entre los académicos que, como afirman Lazenby y Whitehead, “los libros de texto y las obras de referencia sobre la guerra lo muestran con monótona regularidad como afirmando un simple hecho” (1996: 27). Pero hay algo que no encaja en esa relación entre el hoplita, el término *hóplon* y el escudo argivo, pues se basa en, al menos, dos asunciones que podemos considerar erróneas: primera, que “*hóplon*” era el vocablo más común en griego para referirse al escudo argivo, y segunda, que el término “hoplita” deriva realmente de él.

Por lo que respecta a la segunda, esta tradición hunde sus raíces en una referencia textual antigua: Diodoro afirmaba explícitamente en 15.44.3 que “antiguamente (*πρότερον*) los hoplitas fueron llamados de ese modo por su escudo (*ἀπὸ τῶν ἀσπίδων ὀπλῖται καλούμενοι*), del mismo modo que los peltastas habían recibido su nombre del *péltē* (*τότε ἀπὸ τῆς πέλτης πελτασταὶ μετωνομάσθησαν*)”. Este texto, sin embargo, encierra una pequeña trampa: Diodoro afirma que, del mismo modo que los peltastas *—πελτασταὶ—* reciben su nombre del *péltē* *—ἀπὸ τῆς πέλτης—*, los hoplitas *—ὀπλῖται—*, toman el suyo de sus “*aspides*” *—ἀπὸ τῶν ἀσπίδων—*; ¿cómo es posible que el nombre de “hoplitas” provenga del término “*aspis*”? Curiosamente, es el mismo lapsus que comete Pausanias (5.8.10) al referirse a la instauración de la carrera armada en las Olimpiadas, ca. 520 a.C.: afirma que en esas fechas “fue establecida la carrera de hoplitas (*τῶν δὲ ὀπλιτῶν ὁ δρόμος ἐδοκιμάσθη*)”, pero al referirse a los escudos emplea igualmente el término “*aspis*”, y no “*hóplon*”³. Estos fragmentos sugieren que en el entorno del siglo I d.C., cuando Diodoro y Pausanias escriben, los hablantes identificaban —aunque de modo poco sistemático, por lo que se ve— el término “*hóplon*” con el escudo argivo; pero no sirven en absoluto para sostener la creencia de que los hoplitas tomaran su nombre de él.

Lazenby y Whitehead sugirieron de modo muy convincente que los hoplitas no debían su nombre al escudo —“*hóplon*”—, sino al conjunto de las armas —*ὅπλα*, “*hópla*”— (1996: 33). Pero aún podemos ser más precisos: el estudio de los usos de “*hóplon/-a*” en la literatura pone de manifiesto que esta familia tenía en origen poco que ver con cuestiones militares, y que el vínculo semántico con el armamento sólo llegó en una época muy avanzada. En efecto, “*hóplon/-a*”, cuya raíz está relacionada con el verbo *ἔπω* (*hépō*), “aplicarse a, ocuparse de” (*LS-J*), con un sufijo *—λο—* (Chantraine 1990), tenía originalmente un significado fundamental de “instrumentos o herramientas”, aquello con lo que se puede realizar una tarea; el plural, mayoritariamente empleado sobre otras formas, se refería de modo genérico al conjunto de herramientas.

Si revisamos la literatura arcaica, descubrimos que el término aparece en Homero en diecinueve ocasiones, y de ellas diecisiete aparecen en plural; en diez casos, “*hópla*” se refiere a los aparejos de un barco, y en tres ocasiones, a herramientas; tan sólo en cuatro casos puede aceptarse el significado de “armas”⁴, pero esas cuatro referencias no pueden rivalizar con los términos homéricos

su nombre...” (1980: 124); Lazenby: “...*hóplon*... había dado casi con seguridad su nombre al hoplita” (1985: 30); Ducrey: “el escudo redondo, llamado *hóplon*, un término genérico cuyo significado debería ser extendido al conjunto de armas y al hoplita propiamente dicho, puesto que era su arma principal” (1985: 49); “el escudo redondo (*hóplon*), a partir del cuál fue denominado el hoplita” (1986: 47, pl. 27); Hanson: “... el *hóplon*..., tan radicalmente diferente de su predecesor de piel que fue de esta pieza de equipamiento de la que el soldado de infantería derivó su nombre” (1990: 27); Anderson: “el gran escudo redondo, el *hóplon* del que el hoplita derivó su nombre” (1991: 15; cf. 272); Mitchell: “los hoplitas tomaron su nombre de su pieza de armamento defensivo más llamativa, un escudo cóncavo y normalmente circular...” (1996: 89); incluso el léxico *LS-J* mantiene que es “el escudo de donde el soldado tomó su nombre de *hoplita*”.

³ 5.8.10.4-5: “τοὺς δὲ δραμόντας ἀσπίσιν ὁμοῦ πρῶτος Δαμάρετος ἐκράτησεν Ἡρακλῆς”.

⁴ *Hópla*: Aparejos de barco: *Od.* 2.390, 2.423, 2.430, 6.268, 10.404, 10.424, 11.9, 12.151, 12.410, 15.288. Herramientas: *Il.* 18.409, 18.412; *Od.* 3.433. Armas: *Il.* 10.254, 10.272, 18.614, 19.21.

más comunes para referirse al equipo militar, ἔντευα (*éntea*) y τεύχεα (*teúchea*), que son muchísimo más abundantes (Trümper 1950: 75-81). Además, el verbo ὀπλίζω (*hoplízō*) aparece en 23 ocasiones, pero de ellas *sólo dos* están específicamente conectadas con el acto de prepararse militarmente –es decir, “armarse”–, mientras que el resto mantienen el significado general, que implica preparar un barco, un carro o incluso una comida⁵. Otros derivados del término parecen alejarse todavía más del ámbito militar: ὀπλότερος/ὀπλότατος (*hoplóteros/hoplótatos*) normalmente se traduce como “más joven” o “el más joven”, respectivamente; y ὀπλή (*hoplé*) se refiere a la pezuña o el casco de una res⁶. Por otra parte, los dos usos en singular del sustantivo “*hóplon*” (*Od.* 14.346; 21.390) se refieren en realidad a una cuerda. De hecho, la primera vez que este término en singular puede relacionarse directamente con el escudo argivo es en Jenofonte (*Hell.* 2.4.25), a comienzos del siglo IV a.C.; hasta entonces, esta familia de términos no parece estar próxima al significado por el que más se le conoce.

Más allá de Homero, las escasas apariciones de este término en la literatura arcaica parecen reproducir los usos que hemos visto en la épica: predominio del plural, y significados genéricos como “herramientas” e incluso como “aparejos de barco”⁷. En Hesíodo encontramos un único caso que parece mostrar un significado militar (*Theog.* 853), pero a partir de entonces se abre un gran paréntesis que no se cerrará hasta comienzos del siglo V, cuando, curiosamente, el significado de “*hópla*” como “armas” comience a recuperarse y cobre importancia frente a los demás⁸.

Todo ello nos lleva a pensar que a lo largo de toda la Época Arcaica la familia “*hóplon/-a*” ha mantenido un significado genérico, poco específico, y poco relacionado con el ámbito militar; el vínculo entre este término y el escudo argivo simplemente no existía: Arquíloco se refiere a su escudo como “*ἄσπίς* (*aspís*)” en el famoso fragmento 5, lo mismo que Alceo (frg. 179 col.2.6; 357.8); si asumimos que los escudos a los que los poetas se refieren son del tipo argivo –lo cuál, por desgracia, es imposible verificar–, entonces existiría una relación entre ese escudo y el vocablo “*aspís*” mucho más fuerte que con “*hóplon*”, al menos durante la Época Arcaica, aunque también en épocas posteriores: llamativamente, las confusiones de Diodoro y Pausanias parecen sugerir también esa más estrecha relación entre en término “*aspís*” y el escudo argivo. Por ese motivo, habría sido mucho más lógico que el término que designase a un soldado portador de escudo fuese “*ἄσπιστής* (*aspistés*)”, que se encuentra ya en Homero (*Il.* 4.90, 4.201, 4.221, 5.577, 8.155, 8.214, 11.412, 13.680, 16.490, 16.541, 16.593)⁹, y no “*ὀπλίτης* (*hoplítēs*)”. El vínculo entre “*hóplon*” y el escudo argivo, por tanto, no puede detectarse durante la Época Arcaica; ello

⁵ *Hoplízō*: “Armarse”: *Il.* 8.55; *Od.* 24.495. “Preparar, disponer”: *Il.* 7.417, 11.86, 11.641, 19.172, 23.159, 24.190; *Od.* 2.20, 2.289, 4.429, 4.574, 6.73, 9.291, 9.311, 9.344, 10.116, 12.292, 14.526, 16.453, 17.288, 23.143.

⁶ *Hoplóteros*: *Il.* 2.707, 3.108, 4.325, 14.267, 14.275; *Od.* 19.184, 21.370; *Hoplótatos*: *Il.* 9.58; *Od.* 3.465, 7.58, 11.283, 15.364; *Hoplé*: *Il.* 11.536, 20.501.

⁷ *Hópla*: “Aparejos”: Hes. *Op.* 627; Archil. frg. 106.3; *Hymn.Hom.Apol.* 405, 457; *Hymn.Hom. Bac.* 27, 33.

Hoplóteros/hoplótatos: Hes. *Theog.* 137, 333, 478, 821, 946; frgs. 10a.54, 26.31, 35.13, 175.2, 221.7; *Hymn.Hom.Ven.* 23; *Hymn.Hom.Cer.* 116; *Hymn.Hom.Merc.* 386; Pin. *Pyth.* 6.41; *Isthm.* 6.6, 8.18; Bacchyl. *Epin.* 11.71.

Hoplé: Hes. *Op.* 489; *Hymn.Hom.Merc.* 77; Semon. frg. 28.1; Hecat. frg. 324b 12; Pin. *Pyth.* 4.226.

⁸ *Hópla*: “Armas”: Pin. *Pyth.* 10.14; *Nem.* 1.51, 7.25, 8.27, 9.22, 10.14; frg. 106.6; Simon. *Epig.* 6.215.2; Bacchyl. *Dub.* 62b.10; *Dyth.* 18.33. Ver *IG I3* 1, sobre los clerucos de Salamina (Meiggs & Lewis 1988: 14).

⁹ El término se pierde durante toda la Época Arcaica hasta que reaparece en Eurípides (*Heracl.* 277; *El.* 443; *HF* 1192; *Ion* 198; *LA* 1069).

implica que, si asumimos la propuesta de Lazenby y Whitehead de que “hoplita” está más relacionado con el plural, esa conexión no habría podido producirse hasta que “*hópla*” pasó decididamente a significar “armas” en la literatura, lo cuál no aconteció hasta el entorno del 500 a.C., como pronto. Y por si fuera poco, a continuación comprobaremos que el propio término “hoplita” no apareció hasta *ca.* 470 a.C.

Todo ello debilita, en mi opinión, la supuesta identidad entre el escudo argivo, el hoplita y el término “*hóplon*”, porque mientras que los términos y su significado militar sólo se generalizaron a partir de la Época Clásica, el escudo redondo de doble abrazadera se encontraba presente en Grecia desde al menos dos siglos y medio antes. Así pues, si en algún momento la importancia del escudo argivo pudo provocar que se denominase a su portador a partir de un término relacionado con la armas, eso tuvo que producirse por fuerza a partir de la Época Clásica; sin embargo, el vínculo tampoco existía en la Época Arcaica, cuando supuestamente aparecieron por vez primera los soldados de infantería pesada llamados a revolucionar la guerra, la sociedad y la política griegas.

EL HOPLITA EN LA LITERATURA Y LA EPIGRAFÍA

Como hemos visto, el significado relacionado con el armamento de la familia léxica de la raíz “*hopl-*” se convierte en predominante en el entorno del 500; incluso entonces, su vinculación explícita con el escudo argivo sería muy discutible, al menos hasta que Jenofonte emplease por vez primera el término “*hóplon*” con ese significado en un contexto claro. Ello nos lleva a concluir que, en el caso de que existiese un término “*hoplítēs*” en la literatura griega arcaica, carecería por fuerza de cualquier significado militar hasta al menos los comienzos del siglo V a.C.; pero el análisis de los textos corrobora estas conclusiones: “*hoplítēs*” no aparece en la literatura griega hasta *ca.* 470 a.C.

Snodgrass (1964: 204; 1980: 152) sugirió que el término debía de estar ya en uso para la fecha de la primera “carrera en armas” en Olimpia (*ca.* 520 a.C.), basándose en la cita de Pausanias sobre el “*hoplitôn drómos*” que ya hemos comentado (5.8.10); Wheeler suscribiría más tarde esta posibilidad (1991: 134). No obstante, hay dos observaciones básicas que hacer a esta idea: la primera es que el nombre de la carrera —el *δρόμος ἐνοπλος* (*drómos énoplos*)— se encuentra en una fuente seis siglos posterior al evento, y no podemos asumir sin más que la carrera recibiría el mismo nombre en el siglo VI a.C.; puesto que ignoramos en realidad la denominación con la que se conocería a la prueba en el momento de su creación, no existe una conexión necesaria con el término “*hóplon*” o con sus derivados. La segunda observación es que, como ya hemos comentado, Pausanias comete el mismo error que Diodoro, pues, al tratar de explicar el “*hoplitôn drómos*” (5.8.10.2), afirma que los corredores portaban “escudos”, pero emplea el término “*aspís*” (5.8.10.4) en lugar de “*hóplon*”.

Los primeros textos que recogen este término en toda la literatura griega son, hasta el estado actual de nuestros conocimientos, la *Ístmica* I de Píndaro (1.23) y los *Siete contra Tebas* de Esquilo (466 y 717) (Lazenby & Whitehead 1996; Echeverría 2006b):

Isthm. 1.21-23: “Claro brilla su valor en los desnudos estadios (ἐν τε γυμνοῖσι σταδίοις) y en las carreras armadas (ὀπλίταις δρόμοις) que hacen sonar los escudos (ἄσπιδοδούποισιν)”.

Sept. 465-467: “El blasón de su escudo (ἄσπις) no es humilde: un guerrero armado (ἄνθρωπος ὀπλίτης) que asciende los peldaños de una escala arrimada a una enemiga torre, con intención de destruirla”.

Sept. 717: “Es preciso que un guerrero (ἄνδρ' ὀπλίτην) no aprecie ese consejo”.

La obra de Esquilo tiene una fecha reconocida del 467 a.C., mientras que la composición de Píndaro se ubica de modo aproximado en el entorno del 470 a.C. (Lazenby & Whitehead 1996: 32); eso arroja una fecha coherente bien entrado el siglo V a.C. A partir de entonces, el término irá extendiéndose lentamente, y lo encontraremos en la obra de grandes autores clásicos: Heródoto muestra el término en 17 ocasiones (3.120.14, 4.160.13, 5.111.2 (S), 6.117.10 (S), 7.158.16, 7.173.10, 7.202.3, 7.217.6, 8.38.7, 8.95.4, 9.12.1, 9.17.7, 9.28.12, 9.29.3, 9.29.4, 9.30.4, 9.63.10)¹⁰, y encontramos cuatro casos en los *Heraclidas* de Eurípides (694, 699, 729, 800), fechada *ca.* 430 a.C.:

694: “¿Cómo vas a aparecer con los hoplitas (ὀπλίταις) sin armas (τευχέων ἄτερ)?”.

698-699: “Cuanto antes descuelga de su clavo una armadura (ὀπλίτην κόσμον) para mí”.

729: “¿Deberé acaso guiar a un hoplita (τὸν ὀπλίτην)?”.

800-801: “Cuando ya ambos bandos hubimos dispuesto en formación (ἀντετάξαμεν) el ejército (ὀπλίτην στρατὸν), desplegándolo cara a cara (κατὰ στόμ’ ἐκτείνοντες)...”.

Contemporáneo a estas fechas, encontramos también el término en dos inscripciones atenienses, la primera de ellas un edicto sobre las donaciones debidas al dios Apolo, con fecha *ca.* 430, y la segunda, la conmemoración de una expedición a Melos que fija el número de tropas para cada barco, con una fecha que oscila entre el 430 y el 416:

“χρυσμβάλλεσθαι δὲ τ- / [ὁ]ς ἡπιπ[έ]ας δ[ύ]ο δραχμὰ καὶ τὸς [hopλίτας δραχμὲν]”

Entréguese a los jinetes dos dracmas, y a los hoplitas un dracma

IG I³.1.138.1-2

“πλευσάντο]ν δὲ ἐν ταύταις ταῖς] ναυσὶν Ἀθε- / [ναίων ἄνδρες ἐν ἐκάστει] τει νεῖ πέντε μὲν [ἐ]χς ἐθελοντο- / [ν ἐπιβατον, ἐπὶ τοῦτοις δ]ὲ ὀπλίταις τεττ[αρά]κοντα ἐν ἐκά- / [στει τει νεῖ ἐχς ἴσο κατὰ] φυλάς, τοχ[σόται δέ]κα πελταστ[α]- / [ὶ δέκα ἐχς ἴσο ἑκάστοι Ἀθε]ναίων [καὶ τον χρυσ]μμ<ά>χον”

Navegaron los atenienses en esas naves con cinco *epibatai* escogidos en cada nave, y además de ellos 40 hoplitas en cada nave, igual número por cada tribu, y diez arqueros y peltastas en igual número de los atenienses y de los aliados

IG I³.1.60.14-18

Poco tiempo más tarde, Tucídides va a registrar un aumento espectacular en el número de apariciones, que ascenderán a 180¹¹, mientras que a lo largo de la década de los años veinte del siglo V a.C. encontraremos nuevamente el término en Eurípides (*Andr.* 458, 760, 1123; *Supp.* 585):

¹⁰ En adelante, los casos en singular aparecerán marcados con una “S”.

¹¹ Este es el catálogo completo:

1.27.2.9, 1.29.1.4, 1.47.2.2, 1.49.1.2, 1.49.3.4, 1.57.6.4, 1.60.2.1, 1.61.1.3, 1.61.4.3, 1.64.2.3, 1.105.3.2, 1.106.2.2, 1.107.2.7, 1.113.1.4, 2.13.6.1, 2.13.7.3, 2.20.4.4, 2.22.2.7, 2.23.2.3, 2.25.2.3, 2.31.2.3, 2.31.2.6, 2.33.1.4, 2.56.2.1, 2.58.3.2, 2.66.2.2, 2.79.1.2, 2.79.2.4, 2.79.3.2, 2.80.1.5, 2.80.2.2, 2.80.4.2, 2.87.6.2, 2.102.1.5, 3.17.4.1, 3.18.4.1, 3.75.1.4, 3.87.3.1, 3.91.1.4, 3.91.3.4, 3.98.4.2, 3.100.2.3, 3.102.4.2, 3.105.1.3, 3.107.1.6, 3.107.3.7, 3.112.6.2, 3.114.4.3, 4.8.7.3, 4.8.9.2, 4.9.1.8, 4.9.2.5, 4.9.4.2, 4.13.3.2, 4.26.7.5, 4.31.1.3, 4.31.1.6, 4.31.2.2, 4.33.1.4, 4.33.2.1, 4.38.5.2, 4.42.1.3, 4.47.3.4, 4.53.1.2, 4.53.2.5, 4.54.1.2, 4.55.1.5, 4.56.1.7, 4.67.1.3, 4.67.5.5, 4.68.5.6, 4.70.1.9, 4.72.1.6, 4.72.2.1, 4.72.2.2, 4.78.1.2, 4.80.5.2, 4.90.4.5, 4.93.3.4, 4.94.1.1, 4.100.1.3, 4.101.3.5, 4.113.2.2, 4.123.4.4, 4.124.1.4, 4.124.3.6, 4.125.2.4, 4.129.2.4, 4.129.3.5, 4.129.4.3, 5.2.1.2, 5.2.2.2, 5.8.4.2, 5.10.9.5, 5.12.1.3, 5.31.5.1, 5.47.6.5 (S), 5.49.1.7, 5.49.1.8 (S), 5.49.3.1, 5.52.2.3, 5.55.4.3, 5.57.2.4, 5.57.2.6, 5.58.1.5, 5.61.1.1, 5.75.5.2, 5.84.1.7, 5.84.2.1, 6.7.2.2, 6.17.5.2, 6.20.4.1, 6.22.1.1, 6.25.2.5, 6.31.2.2,

Andr. 458-459: “Pero ahora apareces como un terrible guerrero (γοργὸς ὀπλίτης) contra una mujer, y me das muerte”.

759-760: “Pues por favor de los dioses mandamos (ἄρχομεν) en Ftía sobre multitud de jinetes (ἵππικοῦ τ’ ὄχλου) y muchos guerreros (πολλῶν θ’ ὀπλιτῶν)”.

1121-1123: “Tomó del pórtico las armas (τεύχη) colgadas de un clavo y erguido sobre el altar apareció como un terrible guerrero (γοργὸς ὀπλίτης)”.

Supp. 584-585: “Al combate debe lanzarse todo guerrero (πάντ’ ἄνδρ’ ὀπλίτην) y conductor de carro (ἀρμάτων ἐπεμβάτην)”.

También Aristófanes (*Eq.* 1369; *Vesp.* 359) recogerá este término en estas fechas:

Eq. 1369-1371: “Cuando un hoplita (ὀπλίτης) está ubicado en el catálogo (ἐντεθεὶς ἐν καταλόγῳ), ninguno cambiará su inscripción por influencia, sino que quedará inscrito (ἐγγεγράφεται) como estaba al principio”.

Vesp. 359-561: “Pero ahora hombres armados (ἄνδρες ὀπλῖται) con sus armas (ξύν ὅπλοις) están encargados de vigilar las salidas”.

Al año 420 pertenece una inscripción ática que recoge el tratado firmado por Atenas con los argivos, mantineos y eleos, mencionado por Tucídides (5.47.8).

“ἔαν δὲ πλέονα βόλεται χρόνον τει στρατιᾷ χρῆσθαι ἢ πόλις / [ἢ μεταπεμφσάμενε, διδότω σῖτον τει μὲν ἠοπλίται καὶ φσιλοι καὶ τοχσότει τρεῖς ὀβολ.]ὸς Αἰγίν- / [αἰὸς τετς ἐμέρας ἑκαάστες, τοι δὲ ἠιππεῖ δραχμὲν Αἰγιναιῶν”

Si la ciudad, tras mandarlo llamar, decide servirse por mayor tiempo del ejército, entréguese como paga a cada hoplita, *psílos* y arquero tres óbolos eginetas por cada día, y un dracma egineta a cada jinete.

IG I³.1.83.22-24

En la década siguiente, los 410s, de nuevo hay menciones a hoplitas en Eurípides (*HF* 190; *Phoen.* 1096, 1191):

HF 190: “Un hombre armado (ἄνθρωπος ὀπλίτης) es esclavo de sus armas (δοῦλός ἐστι τῶν ὀπλῶν)”.

Phoen. 1095-1096: “Tu hijo situó jinetes apostados contra los jinetes (ἐφέδρους ἵπποτας μὲν ἵππόταις ἔταξ), y hoplitas contra los guerreros (ὀπλίτας δ’ ἀσπιδηφόροις ἔπι)”.

1190-1192: “Al verlo, los carros se apartaron, y los jinetes y hoplitas (ἵππῆς ὀπλῖται) acumularon sus lanzas y armas (ὅπλα ξυνῆψαν ἔγχρη) entre los argivos”.

También Aristófanes reproduce algunas referencias al término en estas fechas (*Av.* 402, 448; *Lys.* 394, 590, 1143):

Av. 400-402: “Vuelve a la fila de nuevo (εἰς τάξιν πάλιν), y tras doblegarte, sosiega tu ánimo más allá de tu cólera, como un guerrero (ὥσπερ ὀπλίτης)”.

6.31.2.4, 6.37.1.8, 6.43.1.7, 6.58.1.3, 6.67.2.2, 6.69.2.5, 6.70.3.3, 6.96.3.6, 6.98.4.2, 7.1.5.3, 7.6.2.1, 7.17.2.1, 7.17.3.5, 7.19.3.4, 7.19.3.6, 7.19.3.8, 7.19.4.4, 7.19.4.7, 7.19.5.4, 7.20.1.5, 7.20.2.3, 7.25.4.1, 7.26.1.5, 7.30.3.2, 7.31.1.3, 7.31.2.3, 7.31.5.7, 7.33.1.3, 7.35.1.2, 7.37.2.4, 7.42.1.5, 7.44.2.4, 7.50.1.6, 7.51.2.5, 7.51.2.6, 7.51.2.8, 7.53.3.5, 7.54.1.3, 7.58.4.3, 7.63.2.1 (x2), 7.64.1.3, 7.67.2.4, 7.75.5.6, 7.77.4.5, 7.78.2.3, 8.1.2.4, 8.23.4.7, 8.24.3.1, 8.25.1.2, 8.25.2.1, 8.30.2.3, 8.62.2.3, 8.65.1.3, 8.71.2.4, 8.92.4.3, 8.92.6.1, 8.92.9.3, 8.92.10.1, 8.92.10.6, 8.93.1.3, 8.93.3.2, 8.94.1.4, 8.100.3.5, 8.108.4.3.

Aparte, encontramos también el término ὀπλιταγωγοί (*hoplitagōgoi*) en cuatro ocasiones (6.25.2.4, 6.31.3.8, 8.25.1.5, 8.30.2.4) y el verbo ὀπλιτεύω (*hopliteúō*) en dos (6.91.4.4, 8.73.4.5).

448-449: “¡Escuchad, ciudadanos! Que los hoplitas (τοὺς ὀπλίτας), tomando al punto sus armas (ἀνε-
λομένους θῶπλα), se dirijan de nuevo a sus casas”.

Lys. 393-494: “Demóstrato propuso reclutar hoplitas (ὀπλίτας καταλέγειν) de entre los Zacintios”.

589-590: “En primer lugar, engendramos a nuestros hijos y los enviamos como hoplitas (κακπέμψα-
σαι παῖδας ὀπλίτας)”.

1143-1144: “Marchó Cimón con 4.000 hoplitas (σὺν ὀπλίταισι τετρακισχίλοις) y salvó Lacedemonia
entera”.

Por último, dos nuevas inscripciones, la primera una estela sepulcral que recoge las bajas ate-
nienses por tribus correspondientes al año 409, y la segunda un tratado ateniense con los selim-
brios del año 408:

“ὁπλ[ῖται]”

Hoplitas

IG I³.2.1191.60

“ὤμοσαν Ἀθηναῖοι οἱ στρατηγοὶ / [καὶ οἱ τριέραρχοι] καὶ οἱ ὁπλῖται καὶ εἴ τι- / [ἄλλος Ἀθηναῖον] παρὴν καὶ
Σελυμβ[ρ]ῖανοι π- / [ᾧ]ντε[ς] ὅτι Ἀλ[κ]ιβ[ιά]δες εἶπε...”

Juraron los estrategos, trierarcos y hoplitas de los atenienses, así como cualquier otro ateniense pre-
sente, y todos los selimbrios; y dijo Alcibíades...

IG I³.1.118.28-31

El término continuará mostrando una elevada frecuencia de uso a lo largo del siglo IV, pues
lo encontramos en Jenofonte en ciento ochenta y seis ocasiones ¹², en Éforo en dos ocasiones ¹³,
en Platón en trece ocasiones ¹⁴, en Aristóteles en otras trece ocasiones ¹⁵, y en la oratoria en al

¹² Catálogo completo:

Hell. 1.1.34.4, 1.2.3.1, 1.2.7.3, 1.2.9.2, 1.2.16.3, 1.3.3.1, 1.3.6.3 (x2), 1.4.21.2, 2.4.6.7, 2.4.9.2, 2.4.10.9,
2.4.12.2, 2.4.25.5, 2.4.29.2, 2.4.33.2, 2.4.34.2, 3.2.2.10, 3.2.3.4, 3.2.4.2, 3.4.14.6, 3.4.20.6, 3.4.23.6, 3.5.19.2,
3.5.20.3, 4.1.9.3, 4.1.19.4, 4.1.21.2, 4.2.5.9, 4.2.16.2, 4.2.17.2, 4.3.5.3, 4.3.15.9, 4.4.16.4, 4.4.16.7, 4.5.11.7,
4.5.12.3, 4.5.12.7, 4.5.13.2, 4.5.13.8, 4.5.14.2, 4.5.15.2, 4.5.15.3, 4.5.17.8, 4.6.9.1, 4.6.9.7, 4.6.10.3, 4.6.11.4,
4.6.11.8, 4.8.28.5, 4.8.35.6, 4.8.39.7, 5.1.2.2, 5.1.10.3, 5.1.10.7, 5.1.12.4, 5.1.22.5, 5.2.14.5, 5.2.21.3, 5.2.26.3,
5.2.27.4, 5.2.38.1, 5.3.5.3, 5.3.6.3, 5.4.9.3, 5.4.9.5, 5.4.22.1, 5.4.40.2, 5.4.40.3, 5.4.44.1, 5.4.45.4, 6.1.8.10,
6.1.19.4, 6.2.18.2, 6.2.37.3, 6.4.13.6, 6.5.13.4, 6.5.16.5, 6.5.21.3, 6.5.27.9, 6.5.31.3, 7.1.13.3, 7.1.17.4, 7.1.41.9,
7.2.20.2, 7.2.20.5, 7.2.20.6, 7.2.21.3, 7.4.5.6, 7.4.29.10, 7.4.36.3, 7.5.14.6, 7.5.20.4, 7.5.23.7, 7.5.24.9, 7.5.25.3,
7.5.25.6.

An. 1.1.2.5, 1.2.3.2, 1.2.3.3, 1.2.3.5 (x2), 1.2.3.7, 1.2.6.5, 1.2.9.5, 1.2.9.7, 1.2.9.8, 1.2.9.10, 1.2.26.1, 1.4.3.3,
1.4.3.6, 1.4.5.2, 1.5.13.3, 1.5.14.3, 1.6.4.4, 1.6.5.1, 1.8.9.3, 3.3.8.2, 3.4.3.4, 3.4.19.5, 3.4.28.1, 3.5.8.3, 4.1.6.3,
4.1.26.2, 4.1.27.1, 4.2.21.2, 4.3.23.4, 4.4.20.3, 4.4.22.2, 4.6.20.2, 4.6.26.1, 4.7.3.2, 4.8.15.2, 5.2.4.2, 5.2.7.1,
5.2.8.2, 5.2.8.5, 5.2.10.2, 5.2.11.2, 5.2.14.3, 5.2.16.3, 5.2.19.2, 5.2.21.4, 5.4.23.1, 5.4.24.2, 5.4.25.1, 5.6.15.1,
6.2.16.2, 6.2.16.3, 6.2.16.4, 6.3.4.3, 6.3.6.7, 6.5.27.2, 7.1.15.5, 7.1.23.2, 7.3.40.3, 7.3.44.2, 7.3.45.3, 7.4.6.2,
7.4.22.2, 7.6.43.3, 7.7.50.2, 7.8.15.3.

Mem. 3.4.1.8 (S), 3.5.19.3, *Oec.* 8.4.5 (S), 8.5.1 (S), 8.6.3, 8.6.5; *Cyr.* 6.3.23.1, 7.1.24.7, 7.5.3.3, 8.5.11.1,
8.5.12.1, 8.5.12.3, 8.5.13.1; *Ages.* 1.31.6, 2.3.2; *Lac.* 11.2.3, 11.4.3; *Vect.* 2.2.4; *Eq.Mag.* 7.2.1, 7.2.6, 7.3.4, 7.13.1;
Ath.Pol. 1.2.7.

¹³ Frg. 115.3; 196.65.

¹⁴ *Resp.* 552a10; *Criti.* 119b3; *Leg.* 663e8, 706c1, 707a3, 755e7, 833b4, 833c7, 943a7, 943b1 (x2), 947c7; *Epist.*
328d5.

¹⁵ *Ath.Pol.* 24.3.11, 61.1.4, 61.1.5, 61.4.4, 61.5.3; *Pol.* 1270a30, 1305b33, 1326a23; *Frg.* 1.15.98.14, 8.44.431.8,
8.44.432.7, 8.44.498.6, 8.44.519.6.

menos treinta y nueve ocasiones¹⁶, aunque para este estudio nos basta con considerar los testimonios del siglo V (Echeverría 2006b), que nos ofrecen información suficiente para sostener nuestras conclusiones.

A juzgar por estas evidencias, por tanto, observamos una clara evolución cronológica: el término va incrementando su presencia en las fuentes a lo largo del siglo V, y se convierte en un concepto habitual para los historiadores y oradores del siglo IV. Tenemos una fecha coherente de aparición en torno al 470 a.C., en Esquilo y Píndaro, aunque naturalmente no podemos asumir que las fechas de aparición en la literatura sean las fechas reales de creación del término; es probable que se encontrase en uso con cierta anterioridad al momento en que se puso por vez primera por escrito, de modo que, si los primeros testimonios datan del 470, podríamos retrotraernos a las Guerras Persas como contexto más adecuado para su aparición. Tras estas primeras referencias, se abriría un paréntesis de unas décadas, hasta que en el entorno del 430 se recupera nuevamente y comienza a emplearse con creciente regularidad, en Eurípides y Aristófanes; esta fecha es una vez más bastante consistente, con los ejemplos de Eurípides y la epigrafía, y tal vez de Heródoto. El último cuarto del siglo V asistiría a una rápida expansión en el empleo del término, en Tucídides y Jenofonte, e incluso se crearían nuevos vocablos relacionados, el verbo *ὀπλιτεύω* (*hopliteúō*), el sustantivo *ὀπλιταγωγοί* (*hoplitagōgoi*) y el adjetivo *ὀπλιτικός* (*hoplitikós*), todos ellos en Tucídides (Echeverría 2005a).

Sin embargo, hay también otros aspectos a los que debemos prestar atención. Es muy llamativo que las primeras apariciones del término sean en función adjetival: el término “*hoplitēs*” nace como un calificativo construido con determinados sustantivos, el *ὀπλίτης δρόμος* (*hoplitēs drómos*) de Píndaro (*Isthm.* 1.23) y el *ἀνὴρ ὀπλίτης* (*anēr hoplitēs*) de Esquilo (*Sept.* 466, 717); esa tendencia se conservará en la poesía, pues la encontraremos todavía décadas después en Eurípides, que se refiere a un *ὀπλίτην κόσμον* (*hoplitēn kósmōn*) (*Heracl.* 699), a un *ὀπλίτην στρατὸν* (*hoplitēn stratōn*) (*Heracl.* 800), y por supuesto al mismo *ἀνὴρ ὀπλίτης* (*anēr hoplitēs*) de Esquilo (*Supp.* 585; *HF* 190), así como en Aristófanes (*ἀνὴρ ὀπλίτης*, *Vesp.* 359). Pero hacia el entorno del 430, junto a las funciones adjetivales encontramos ya la nominal, que funciona como un sustantivo normal y tiene sus propios adjetivos; esa será la construcción predominante en Heródoto —en 16 de los 17 casos, aunque queda todavía un resto de la forma adjetival en su prosa, en 6.117.10 (*ἀνὴρ ὀπλίτης*)— y la epigrafía (*IG* I³.1.138.1, 1.60.15, 1.83.23, 2.1191.60, 1.118.29), pero también lo encontramos en Eurípides (*Heracl.* 694, 729; *Andr.* 458, 760, 1123; *Phoen.* 1096, 1191) y Aristófanes (*Eq.* 1369; *Av.* 402, 448; *Lys.* 394, 590, 1143). Por tanto, parece haber una forma predominantemente poética, perifrástica, que utiliza el término como adjetivo, de la cuál surgiría, tal vez por abreviación, la forma nominal; esta última se va a ir haciendo cada vez más corriente en la poesía y predominará sin paliativos en la prosa, pues ni en Tucídides ni en Jenofonte quedarán ya rastros de la forma adjetival. Además, el sustantivo parece generalizarse en plural, pues de todas las apariciones que hemos registrado en los autores del siglo V —más de 200 en forma nominal—, apenas nueve están en singular¹⁷.

¹⁶ Lisias (15 ocasiones): *In Andoc.* 46.4; *In Agor.* 80.5, 82.2; *In Alcib. I* 7.3, 8.1, 10.1, 11.7, 22.3; *In Alcib. II* 5.8, 7.3, 7.4, 11.4; *Pro Mant.* 13.5; *In Diogit.* 5.3; *Peri tou me Kat.* 4.3.

Isócrates (4 ocasiones): *De Bigis.* 13.3; *Panegy.* 144.3; *De Pace* 48.4, 86.6.

Demóstenes (17 ocasiones): *Phil. I* 40.2; *Phil. II* 14.3; *Phil. III* 48.4, 49.4; *Peri Synt.* 9.5, 10.7; *Peri ton Symm.* 13.4; *De Cor.* 90.9, 115.8, 115.11, 116.2, 215.3, 234.5; *De falsa Leg.* 183.3, 230.8; *Meid.* 133.8; *In Timoc.* 216.7.

Esquines (3 ocasiones): *De falsa Leg.* 140.4, 151.2; *In Ctes.* 98.3.

¹⁷ Eur. *Heracl.* 729; *Andr.* 458, 1123; Ar. *Eq.* 1369; *Av.* 402; Hdt. 5.111.2, 6.117.10; Th. 5.47.6.5, 5.49.1.8.

Por tanto, en las fuentes textuales encontramos un término que nace en el primer tercio del siglo V y se desarrolla extraordinariamente en el curso de unas pocas décadas; significativamente, ello implica una clara coincidencia cronológica con la evolución semántica de la familia léxica a la que pertenece, pues recordemos que la raíz “*hopl-*” mostraba un giro hacia un significado militar en torno al 500, mientras que acabamos de comprobar que el término “*hoplítēs*” apareció hacia el 470 en la literatura. Por otra parte, el término se muestra inicialmente en forma adjetival, posiblemente de tradición poética, pero con el tiempo se impone y generaliza la forma nominal, tal vez una abreviación de la construcción anterior; el sustantivo muestra a su vez una marcada tendencia al plural: los historiadores clásicos se referirán consistentemente a los hoplitas como un colectivo.

GUERREROS ARCAICOS

La consecuencia fundamental de este estudio es que, a juzgar por las fuentes de que disponemos, el término “*hoplítēs*” no existía en la Época Arcaica. Este es un hecho llamativo, pues la historiografía moderna se ha acostumbrado a identificar hoplitas en los textos y pinturas vasculares de ese período. Sin embargo, la ausencia del vocablo en la literatura griega hasta el siglo V debería llevarnos a considerar que, o bien la realidad que el término designa todavía no existía, con lo que no habría necesidad de una palabra específica, o bien esa realidad existía pero recibía otro nombre; la primera opción implica que significante y significado irían ligados y ambos surgirían a la vez en el siglo V, mientras que la segunda opción desvincula ambos factores, y permite plantear la posibilidad de que un tipo de guerrero similar al hoplita clásico estuviese activo durante la Época Arcaica, aunque designado con otros nombres. No se trata, no obstante, de un mero argumento *ex silentio*; en mi opinión, la evolución semántica de la familia léxica a la que pertenece aporta una clave externa muy reveladora, y apunta como hemos visto de modo coherente hacia el siglo V.

Por tanto, si el término que designa al que muchos consideran el soldado griego por excelencia no existía en la Época Arcaica, ¿cómo denominaban los griegos a sus guerreros antes de que “*ὀπλίτης*” hiciese su aparición hacia el 470?

Si nos remontamos a la épica, para comenzar por el principio, encontramos que Homero carecía de un término específico para referirse al soldado o combatiente, y recogía en cambio una gran variedad de vocablos genéricos que hacían referencia a diversas cualidades y por tanto variaban en función del contexto; muchos de ellos no tenían un significado estrictamente militar, sino que la situación concreta de la narración permitía deducir ese significado con mayor o menor fiabilidad. Hay diferentes vocablos para referirse de modo general a las tropas o las huestes, el más importante sin duda “*λαός* (*laós*)”¹⁸, que suele hacer referencia al pueblo en armas y se encuentra en innumerables fórmulas y contextos; pero en sentido similar actúan *πλῆθος/πληθύς* (*plēthos/plēthys*), *ῥμιλος* (*hómilos*), *οὐλαμός* (*oulamós*) y *ἔθνος* (*éthnos*)¹⁹, todos ellos haciendo referencia a la multitud o la muchedumbre de modo genérico. Otros términos generales con los que designar a las tropas son los numerosos étnicos del poema –*Ἀχαιοί*, *Δαναοί*, *Τρῶες*, *Λύκιοι*, *Δάρδανοι*,

¹⁸ Ejemplos en los dos primeros cantos de la *Iliada*: 1.10, 16, 54, 117, 126, 226, 263, 313, 375, 382, 454; 2.25, 85, 86, 99, 105, 115, 120, 163, 179, 191, 243, 254, 280, 365, 438, 450, 580, 664, 675, 708, 773, 799, 809, 818...

¹⁹ *πλῆθος/πληθύς*: *Il.* 2.143, 278, 488. *ῥμιλος*: *Il.* 3.22, 36, 340, 449, 4.86, 126, 209, 302, 446, 490, 516. *οὐλαμός*: *Il.* 4.251, 273. *ἔθνος*: *Il.* 3.32.

Μυρμιδόνες, Βοιωτοί, Λοκροί, Φθιοί, Ἐπειοί, Πύλιοι ...—, aunque su naturaleza militar depende fuertemente del contexto. Por último, el término στρατός (*stratós*) puede referirse al campamento, pero también al ejército ²⁰, mientras que πέζοι (*rézoi*) designa de modo general a la infantería, aunque en contraposición a los jinetes ²¹.

Otros términos homéricos podían estar más relacionados con la noción de “guerrero” o “soldado”, pero de nuevo se trataba de palabras comunes que sólo adquirirían ese sentido de modo contextual. Es el caso de ἀνὴρ (*anēr*), que tiene una presencia abrumadora en los poemas, y que en muchas ocasiones puede interpretarse en un significado militar ²²; el contexto es decisivo para poder interpretar la palabra “hombre” como “soldado”, y por tanto algunas referencias pueden ser discutibles, pero hay otras en las que el sentido militar es mucho más evidente, como en la construcción “στίχας ἀνδρῶν (*stíchas andrōn*)” ²³ o “φάλαγγες ἀνδρῶν (*phálanges andrōn*)” (*Il.* 19.158-159). En la misma situación se encuentran términos como κοῦρος (*koûros*) ²⁴, νεός/νεότερος (*neós/neóteros*) ²⁵, ἑταῖρος (*hetaîros*) ²⁶ y ἐπίκουρος (*epíkouros*) ²⁷; por lo que respecta a los dos primeros, muchos contextos narrativos permiten interpretar a los “jóvenes” como “guerreros”, pero los dos últimos tienen un significado militar mucho más consistente y fiable.

En otro nivel se encuentran los diversos adjetivos que hacen referencia a la noción de “enemigo” —δήιος (*dēios*), δυσμενής (*dysmenēs*) o ἐναντίος (*enantíos*) ²⁸— y que pueden construirse con diferentes sustantivos o aparecer ellos mismos sustantivados. No nos resulta extraño hablar de “el enemigo” en sentido genérico, y en muchas ocasiones es el único modo en que los poemas se refieren a los bandos en combate. Y por último, aunque en una franca minoría, encontramos algunos términos específicamente militares, como αἰχμητής (*aichmētēs*), ἀσπιστής (*aspistēs*) o τοξότης (*toxótēs*) ²⁹, que se derivan de armas o partes concretas del equipamiento.

²⁰ *Il.* 1.10, 53, 229, 2.207, 4.76, 179, 209, 5.495, 6.104, 8.472, 9.78, 11.212, 658, 13.117, 357, 14.84, 15.296, 18.509.

²¹ *Il.* 2.810, 4.231 (S), 274, 298, 5.13 (S), 204 (S), 8.59, 9.329 (S), 11.150 (x2), 230 (S), 341 (S), 529, 721 (S), 724, 12.59, 13.385 (S), 17.612 (S), 23.133, 24.438 (S).

²² Al menos en *Il.* 2.122, 131, 362, 368, 554, 611, 701, 768, 798, 805, 837, 3.49, 166, 167, 185, 196, 226, 241, 429, 4.86, 231, 250, 251, 273, 306, 445, 447, 457, 472, 492, 498, 519, 5.118, 166, 172, 244, 332, 456, 483, 488, 533, 541, 558, 641, 746, 779, 6.7, 99, 453, 521, 7.13, 8.61, 96, 214, 256, 296, 390, 9.317, 327, 520, 10.40, 100, 204, 221, 222, 330, 338, 358, 395, 470, 487, 11.188, 203, 248, 264, 288, 540, 745, 759, 12.47, 48, 57, 110, 378, 13.118, 131, 170, 232, 239, 263, 304, 346, 461, 499, 746, 15.279, 328, 359, 533, 615, 715, 16.170, 215, 306, 492, 521, 558, 570, 600, 603, 17.82, 140, 148, 158, 400, 466, 505, 510, 740, 19.153, 159, 167, 168, 214, 232, 20.47, 97, 113, 137, 157, 355, 379, 21.16, 155, 536, 22.84, 458, 23.242, 24.288, 684.

²³ *Il.* 3.196, 4.231, 250, 5.166, 746, 8.390, 11.188, 203, 264, 540, 12.47, 48, 15.279, 615, 17.505, 510.

²⁴ Como “soldado” al menos en *Il.* 2.510, 562, 3.82, 183, 4.393, 9.68, 86, 12.196, 13.95, 14.505, 17.758.

²⁵ Como “soldado” al menos en *Il.* 4.324, 8.102, 11.503, 13.95.

²⁶ Término muy abundante, encontramos un significado militar como “seguidor” en *Il.* 1.179, 183, 307, 345, 349, 2.417, 3.32, 47, 378, 4.113, 294, 373, 501, 523, 532, 5.574...

²⁷ Como “aliado” en *Il.* 2.130, 803, 815, 3.188, 451, 456, 4.379, 5.473, 477, 478, 491, 6.111, 227, 7.348, 368...

²⁸ δήιος: *Il.* 2.544, 9.317, 10.358, 12.57, 15.533, 17.148, 22.84, 24.684. δυσμενής: *Il.* 5.488, 6.453, 10.40, 100, 221, 395, 13.263, 17.158, 19.168, 232, 24.288. ἐναντίος: *Il.* 13.106, 20.97.

²⁹ αἰχμητής: *Il.* 1.152, 290, 2.543, 846, 3.49, 179, 4.87, 5.197, 602, 706, 6.97, 278, 7.281, 8.33, 464, 472, 11.739, 12.128, 419, 13.171, 16.493, 17.588, 740, 22.269. ἀσπιστής: *Il.* 4.90, 201, 221, 5.577, 8.155, 214, 11.412, 13.680, 16.490, 541, 593. τοξότης: *Il.* 11.385.

De modo muy llamativo, encontramos una situación similar en la Época Arcaica. Los términos colectivos son prácticamente idénticos: στρατός, λαός, ἔθνος y πέζοι³⁰, y aparecen también nuevas designaciones, como la poética βίην ὑπέροπλον (*bíēn hypéropilon*) de Mimnermo (9.3). También podemos distinguir en la lírica un segundo grupo de indefinidos, cuyo significado militar depende fundamentalmente del contexto; en primer lugar, numerosos *étnicos*: Arquíloco se refiere a los “amos de Eubea” –δεσπύται Εὐβοίης (3.5)–, pero también a los tracios –Σαΐων τις (5.1)–, los carios –Κάρ (216)– y los naxios –Ναξίων (89.6)–; Calino a los cimerios –Κιμμερίων (5a)– y tréres –Τρήρας (4)–, Tirteo a los mesenios –Μεσσηνίων (23.6)– y Mimnermo a los lidios –Λυδῶν (14.3)–; en todos esos casos, el étnico equivale metafóricamente a un ejército o a un contingente. Más individualizados, aunque igualmente indefinidos, son los términos κοῦρος, νεός/νεότερος y τις (*tis*)³¹; la lírica emplea una gran variedad de indefinidos con significado militar, como ἀμφότεροι (*amphóteroi*, Tyr. 19.14) o ἀλλήλοι (*allēloi*, Tyr. 19.16), e incluso hace referencia a las distinciones de edad –παλαιότερος/γεραιούς (*palaióteros/geraioús*, Tyr. 10.19-20, 22)–. El término predominante, sin embargo, sigue siendo ἀνὴρ, que en la lírica es el modo más común de referirse a un soldado³²; esta tradición todavía encontrará eco en la Época Clásica, comenzando por el propio Esquilo³³.

Con un significado militar más claro encontramos diversas menciones a los “aliados” (ἐπίκουροι, Arch. 15, 216; Stesich. S105.1), a los compañeros (ἐταῖροι, Arch. 168.3) y a los “enemigos” –θῆριος, δυσμενής y ἐχθρός (*echthρός*)³⁴, y por último, una serie de términos referidos al armamento y que se ajustan mucho mejor a la noción de “guerrero”: αἰχμητής es otra vez el más abundante³⁵, pero aparecen vocablos relacionados con un armamento pesado –πάνοπλοι (*pánoploi*, Tyr. 11.38) y ἑνοπλοι (*énoploi*, Carm. Pop. 11.1)– o ligero –el enigmático γυμνήτες (*gymnētēs*) de Tirteo (11.35)–, aparte de los poco comunes κορυστής (*korustēs*, Alcm. 1.1.5) y λευστήρ (*leustēr*, Tyr. 19.2). Como podemos comprobar, hay una gran variedad de vocablos, pero la mayoría son poco específicos, cuando no directamente indefinidos.

La conclusión que podemos extraer de este análisis es que en la Época Arcaica no existía un término específico para referirse al soldado de infantería, sino una variedad de designaciones que respondían tal vez a la escasa profesionalización de la función militar. El término más próximo a esa noción específica podía ser quizá αἰχμητής, pero el modo más común de referirse al soldado era sin duda mediante el genérico e indeterminado ἀνὴρ, y por ello merece una mayor atención.

Como hemos visto, hay casos en los que este término basta por sí solo para expresar la noción de “guerrero”, aunque dependiendo del contexto; pero hay también otras muchas ocasiones en las que el griego trata de eliminar la ambigüedad añadiéndole algún tipo de adjetivo que delimite su

³⁰ στρατός: Arch. 88; Callin. 5a; Ibyc. 56; Alc. 382.2; Sapph. 16.1. λαός: Arch. 94.3, 89.9; Tyr. 11.13, 12.24. ἔθνος: Tyr. 19.3. πέζοι: Sapph. 16.1.

³¹ κοῦρος: Carm. Pop. 10.2, 11.1. νεός/νεότερος: Tyr. 10.15, 10.22, 11.10. τις: Arch. 5.1; Tyr. 11.29; Cal. 1.9.

³² Arch. 15, 89.8; Callin. 1.6, 1.13, 1.18, 4; Tyr. 10.2, 10.18, 10.22, 11.3, 11.4, 11.18, 11.30, 11.33, 12.10, 12.16, 12.20, 12.21, 19.13, 19.17; Mimn. 17; Stesich. S22.6; Ibyc. S151.21; Alc. 350.5, 357.4, 382.1.

³³ Supp. 500, 528, 937; Pers. 60, 85, 235, 243, 915, 920, 927, 993; Sept. 42, 57, 114, 314, 324, 347, 397, 412, 432, 436, 466, 478, 502, 505 (x2), 509, 519, 544, 568, 644, 651, 717; Ag. 445, 642, 660, 804, 1627.

³⁴ θῆριος: Arch. 89.3, 139.5; Tyr. 11.30. δυσμενής: Arch. 6, 128.2; Tyr. 12.21; Mimn. 14.8. ἐχθρός: Arch. 23.15, 128.3.

³⁵ Arch. 24.13, 91.5, 324.3; Tyr. 19.13, 5.6; Carm. Conv. 15.1; Stesich. 45 col.2.2; Simon. Epig. 7.442.3, 7.514.4.

significado: se forma así una perífrasis muy corriente en la literatura de la época. En Homero, por ejemplo, encontramos infinidad de construcciones de este tipo, referidas a etnias –Δάρδανος ἀνὴρ (2.701, 16.807), Ἀχαιοὺς ἀνὴρ (3.167, 226), Σίντιες ἄνδρες (1.594), Ἀρκάδες ἄνδρες (2.611)–, a oficios –αἰπόλος ἀνὴρ (2.474, 4.275), ἄρματοπῆγός ἀνὴρ (4.485), θρυτόμος ἀνὴρ (11.86), ἱητρός ἀνὴρ (11.514)–, e incluso a cualidades –δεινὸς ἀνὴρ (11.654), δειλὸς ἀνὴρ (13.278), ἐσθλὸς ἀνὴρ (Il. 16.600, 19.122, 23.112)–; al mortal se le denomina βροτὸς ἀνὴρ (*brotós anēr*, 5.361, 604, 18.362, 19.22), mientras que para el hombre corriente hay expresiones como τις ἀνὴρ (*tis anēr*, 1.144, 2.553, 6.487, 521, 9.341, 10.204, 222, 341, 13.222, 14.484, 19.11) y δήμου ἀνὴρ (*demou anēr*, 2.198).

La ambigüedad inherente a la palabra ἀνὴρ, por tanto, permite adaptarla a contextos diferentes, marcados y especificados con la ayuda de un adjetivo relacionado; y el militar es sin duda uno de esos contextos: en Homero, un comandante puede ser denominado ἀρχὸς ἀνὴρ (*archós anēr*, Il. 1.144), mientras que el soldado que resiste en el combate es un μενέχαρμος ἀνὴρ (*menécharmos anēr*, Il. 14.376); el enemigo puede designarse como δῆιος ἀνὴρ, δυσμενὴς ἀνὴρ y ἐναντίος ἀνὴρ, y el amigo como ἐταῖρος ἀνὴρ³⁶. Sin embargo, el grado de definición de la naturaleza militar de la perífrasis puede ser todavía mayor, y podemos encontrar construcciones como ἀνὴρ αἰχμητῆς, ἀνὴρ κορυστῆς, ἀνὴρ ἀσπιστῆς, ἀνδρῶν χαλκεοθωρήκων, ἄνδρας δολιχεγχεῖας, ἀνέρες ἵπποκορυσται ο ἀνέρες ἀγχιμαχηταί³⁷. El caso de νέοι μαχηταί (*néoi machētaí*, Il. 8.102) indica que este tipo de perífrasis no son una posibilidad exclusiva del término ἀνὴρ, pero la extraordinaria abundancia de éste último parece mostrar una tendencia, o al menos una cierta preferencia, por él.

En la lírica sucede exactamente lo mismo: de todas las menciones militares del término ἀνὴρ, Calino se refiere de modo genérico a un κρατερόφρονος ἀνδρὸς (1.18) y a los Τρήερας ἄνδρας (4), mientras que Tirteo habla de un ἄνδρα παλαιότερον (10.22) y un ἀνὴρ διαβᾶς (12.16), y Mimnermo de unos Παίονας ἄνδρας (17); en estos casos, el significado militar viene dado por el contexto, pero sirven para corroborar la existencia en la lírica de este tipo de construcciones. Por supuesto, otros casos tienen un significado militar mucho más claro, como las referencias de Tirteo a un δῆιον ἄνδρα (11.30), a los δυσμενέων ἀνδρῶν (12.21), y especialmente a unos ἀνδράσιν αἰχμηταῖς (19.13); Arquíloco, por su parte, menciona a un ἐπίκουρος ἀνὴρ (15), y Alceo a un ἄνδρα μαχαίταν (350.5).

A la luz de todos estos casos, es inevitable reparar en el ἀνὴρ ὀπλίτης de Esquilo, y su continuación en Eurípides, Aristófanes y Heródoto (6.117.10). La curiosa función adjetival que habíamos descrito más arriba para las primeras menciones del término “ὀπλίτης” cobra ahora un mayor sentido como herencia y continuación de una larga tradición literaria. A lo largo de toda la Época Arcaica, el sustantivo ἀνὴρ se ha construido con diversos adjetivos para designar realidades diferentes; en el plano militar, la variedad de perífrasis existente pone de manifiesto la relativa utilidad que este tipo de expresiones tenía en un momento en que la lengua griega no ha creado todavía términos específicos para designar realidades que no se encuentran muy claramente diferenciadas.

³⁶ δῆιος ἀνὴρ: Il. 9.317, 10.358, 12.57, 15.533, 17.148, 22.84, 24.684. δυσμενὴς ἀνὴρ: Il. 5.488, 6.453, 10.40, 100, 221, 395, 13.263, 17.158, 19.168, 232, 24.288. ἐναντίος ἀνὴρ: Il. 20.97. ἐταῖρος ἀνὴρ: Il. 16.170, 17.466.

³⁷ ἀνὴρ αἰχμητῆς: Il. 3.49, 4.86-87, 11.738-739, 17.740. ἀνὴρ κορυστῆς: Il. 4.457, 8.256, 16.603. ἀνὴρ ἀσπιστῆς: Il. 8.214. ἀνδρῶν χαλκεοθωρήκων: Il. 4.447-448, 8.61-62. ἄνδρας δολιχεγχεῖας: Il. 21.155. ἀνέρες ἵπποκορυσται: Il. 2.1, 24.677. ἀνέρες ἀγχιμαχηταί: Il. 2.604.

Las propias obras de Esquilo ilustran este argumento: si atendemos exclusivamente a perífrasis de significado militar, encontramos unos *ἄνδρας πολεμίους* (Pers. 243), pero también un *ναυβάτης ἀνὴρ* (Pers. 375), *ἄνδρες λοχαγέται* (Sept. 42), *δοχμολόφων ἀνδρῶν* (Sept. 114), *γυμνὸν ἄνδρα* (Sept. 432), *ἐχθρὸς ἀνὴρ* (Sept. 509), *ἄνδρα τευχιστήν* (Sept. 644), *ἀνδρὶ στρατηγῷ* (Ag. 1627), *δορυσθενὴς ἀνὴρ* (Choe. 160), *ἀνδρὶ τευχισφόρῳ* (Choe. 627), *πολέμαρχος ἀνὴρ* (Choe. 1072), *παγούχος ἀνὴρ* (Eum. 296). De todos esos casos, sin duda el *ἀνὴρ τευχιστής* de Sept. 644 y el *ἀνδρὶ τευχισφόρῳ* de Choe. 627 son los que más próximos se encuentran en significado al *ἀνὴρ ὀπλίτης* de Sept. 466 y 717, un “guerrero armado”, lo que indica claramente que no se trata de una expresión aislada o casual. No es ilógico suponer, por tanto, que cuando la familia léxica de “*hopl-*” evolucionó hacia un significado militar en el entorno del 500, surgiese entonces un nuevo apelativo para referirse de un modo genérico a un hombre provisto de un equipamiento militar, a un “hombre armado”. Ese adjetivo, inicialmente similar a otros existentes y heredados de la tradición, terminaría por sustantivarse y extenderse como el modo más común para designar al soldado de infantería de época Clásica.

CONCLUSIONES. EL SIGNIFICADO DE “HOPLÍTĒS”

Si aceptamos este análisis, podríamos contemplar las tradicionales discusiones sobre la presencia de hoplitas en Tirteo o en las pinturas vasculares desde otra perspectiva: el término no existiría a lo largo de la Época Arcaica, mientras que los diversos testimonios literarios ofrecen un amplio abanico de denominaciones genéricas e indeterminadas entre las que destacan *anēr* y *aichmētēs*; cuando finalmente apareció, el término “*hoplītēs*” continuaría una tradición literaria que lo empleaba como un adjetivo calificativo, pero en origen no podría vincularse al sustantivo “*hóplon*”, puesto que este término no designaba inicialmente al escudo argivo, sino más bien a una referencia general al armamento, “*hópla*”.

Teniendo todo esto en cuenta, ¿está justificado, por tanto, el empleo del término para referirse a guerreros de la Época Arcaica? La respuesta depende, una vez más, de las realidades militares que pensemos que se esconden tras ese nombre. A este respecto, podemos hacer dos observaciones: la primera es que los griegos no aplicaron el término “*hoplītēs*” a épocas pasadas de modo generalizado, como nosotros hacemos, sino que lo emplearon de modo coherente para designar realidades contemporáneas al propio concepto; aun en los pocos casos en los que lo hicieron, el empleo del término no constituye una prueba sólida, pues, como afirma Raaflaub, los historiadores griegos “describieron el pasado con las palabras y conceptos políticos de su propia época; sin confirmación independiente no podemos saber si esas palabras y conceptos fueron realmente empleados en el tiempo descrito” (2000b: 251). Y la segunda es que su significado más común y extendido como “soldado de infantería pesada” no se ajusta exactamente a la realidad militar de la Época Arcaica. Si atendemos a estos dos criterios, la eventual aplicación del término “*hoplītēs*” para designar a soldados arcaicos estaría seriamente en entredicho. Veamos estas dos ideas en detalle.

Si regresamos a las fuentes del siglo V y atendemos a los contextos internos, es decir, los momentos históricos en los que los autores griegos situaban la presencia de hoplitas, puede haber varias posibilidades dependiendo del tipo de texto. La tragedia se refiere casi exclusivamente a un tiempo mitológico que evidentemente no aporta información histórica: en Sept. 717, por ejemplo, se trata de Eteocles que acude a combatir contra su hermano Polinices, en Heracl. 694, 699, 729 se trata del héroe Yoloa, mientras que las menciones de las *Fenicias* se refieren al combate entre tebanos y argivos en las puertas de Tebas; el resto de referencias no hacen mención a contexto alguno.

Pero los demás casos ilustran mayoritariamente eventos históricos. Y de todos ellos, únicamente tres hacen referencia a la Época Arcaica: en 4.160.13, Heródoto menciona hoplitas en una expedición de Arcesilao, hijo de Bato de Cirene, contra los libios; en 3.120.14 se refiere a los efectivos, 15 hoplitas, que ayudaron a Polícrates a alzarse con la tiranía en Samos; y en 6.58.1.3, Tucídides habla de hoplitas participando en la procesión de las Grandes Panateneas el día del asesinato de Hiparco. La mayoría de las menciones de Heródoto se refieren al siguiente período cronológico, las Guerras Persas: la visión del ateniense Epicelo en Maratón es un gigantesco “hoplita” (6.117.10); los contingentes ofrecidos por Gelón de Siracusa a la alianza griega incluyen hoplitas (7.158.16), igual que las tropas griegas enviadas al paso de Tempe (7.173.10), y el ejército griego en las Termópilas (7.202.3, 7.217.6); por último, el mayor número de referencias herodoteas aluden a los griegos en la batalla de Platea (9.12.1, 9.17.7, 9.28.12, 9.29.3, 9.29.4, 9.30.4, 9.63.10).

A la Pentecontecía se refieren algunas menciones dispersas, la primera de ellas la de Píndaro (*Isthm.* 1.23) a un “ejército hoplita” en época de Heródoto de Tebas, en el entorno del 470; a continuación encontramos la referencia de Aristófanes a la expedición de Cimón al Monte Itome en 464 con 4.000 hoplitas atenienses (*Lys.* 1143). Y entonces llegarían las diversas menciones de Tucídides: este autor sitúa hoplitas entre los peloponesios enviados a Egina en 459 (1.105.3.2), entre las tropas atenienses en Mégara ese mismo año (1.106.2.2), entre los lacedemonios destacados en la Dóride en 458 (1.107.2.7), en la expedición ateniense a Beocia que concluye en la primera batalla de Coronea en 447 (1.113.1.4), en la campaña de Epidamno en 435 (1.27.2.9, 1.29.1.4), en la batalla de Sibota en 433 (1.47.2.2, 1.49.1.2, 1.49.3.4), y por último en la costosa expedición ateniense contra Potidea en 432 (1.57.6.4, 1.60.2.1, 1.61.1.3, 1.61.4.3, 1.64.2.3). Finalmente, el grueso de menciones en Tucídides –hasta 165–, de Aristófanes –6 ocasiones– y de las diversas inscripciones áticas aluden a eventos contemporáneos de la Guerra del Peloponeso, y constituyen en términos porcentuales y con diferencia el grupo más numeroso de todos los referidos al siglo V. Por tanto, tal y como lo emplearon los autores clásicos, el término designaba mayoritariamente realidades contemporáneas, e incluso pertenecientes casi exclusivamente a la Guerra del Peloponeso; las escasas extrapolaciones al pasado eran únicamente excepciones aisladas.

Al hablar de su pasado remoto, por tanto, los griegos del siglo V no parecían establecer una conexión entre las realidades militares que trataban de describir y aquellas que formaban parte de su propio mundo; ello puede ser un factor importante a la hora de dilucidar cuál podría ser el significado real del término “*hoplítēs*” en la Época Clásica. En Heródoto encontramos activa una noción que, en términos sociales, es amplia y general, que se colará en las obras de Eurípides y Aristófanes, y que imperará completamente en Tucídides y Jenofonte: el hoplita como soldado de infantería pesada, dotado de escudo, casco y coraza; es la noción más familiar para nosotros, y se convirtió en la más común a finales del siglo V. Pero no es la única, y posiblemente no fuese tampoco la noción original; un significado alternativo, más estricto, con un mayor contenido social e ideológico, es identificable en ocasiones en estas fuentes.

En efecto, algunas referencias del término “*hoplítēs*” conllevaban fuertes connotaciones sociales, que parecen indicar que el individuo armado en cuestión era un personaje con un cierto estatus dentro de la comunidad. Si seguimos un orden cronológico, comenzamos por la mención de Píndaro (*Isthm.* 1.23), que está referida a un evento deportivo que puede identificarse con confianza con un escenario aristocrático por excelencia, las competiciones atléticas; inmediatamente después, Esquilo (*Sept.* 466, 717) se referiría a héroes mitológicos que, en el contexto de la tragedia, actuaban como “guerreros de estatus”, líderes en su faceta de defensores de la comunidad (van Wees 1992); cuatro décadas más tarde, Eurípides todavía conservaría en los *Heraclidas*

el significado esquileo del hoplita como un “guerrero de estatus” al representar a Yolao vistiendo sus armas para dirigirse al combate (694, 699 y 729). Pero hay otros casos: en 9.29.3, Heródoto contrastaba a los ciudadanos espartanos en Platea con el resto de fuerzas lacedemonias –periecos e hilotas– denominándolos “hoplitas”; Aristófanes recogía la protesta de Lisístrata por la función de las mujeres atenienses, que tenían hijos y los enviaban como hoplitas al servicio de la comunidad (*Lys.* 590), y más tarde mencionaría a los hoplitas que acompañaron a Cimón al Monte Ito-me en 464 a.C. y que, según la mayor parte de los estudiosos, eran ciudadanos (*Lys.* 1143).

Tucídides, por su parte, dentro ya del contexto de la Guerra del Peloponeso, se refirió en diversas ocasiones a ciudadanos atenienses como “hoplitas”: por ejemplo, al mencionar a los hombres del demo de Acarnas en 2.20.4.4, o a los ciudadanos del puerto del Pireo durante los acontecimientos del 411 (8.92.4.3, 8.92.9.3, 8.92.10.1, 8.92.10.6, 8.93.1.3, 8.93.3.2, 8.94.1.4) –a los que incluso presentaría organizados en asamblea (8.92.6.1)–; también distinguía a los ciudadanos frente a otros grupos y tropas, en especial a los hoplitas ciudadanos de los hoplitas metecos (2.13.6.1, 2.13.7.3, 2.31.2.3), y con motivo de la peste que asolaría la ciudad se refirió a las víctimas entre el cuerpo ciudadano como “hoplitas” (3.87.3.1); las tropas de Cleón en Anfípolis estaban compuestas “exclusivamente por ciudadanos (τῶν Ἀθηναίων καθαρὸν)” (5.8.2.5), y sabemos que en esa ocasión el ateniense sólo contaba con hoplitas propios y aliados, y carecía de cobertura de otro tipo de tropas; por último, se refirió a los hoplitas del catálogo –ἐκ καταλόγου– al menos en 4 ocasiones (6.43.1.9, 7.20.2.3, 7.31.5.7, 8.24.3.1), algo que también hizo Aristófanes (*Eq.* 1369 y *Lys.* 394).

No es necesario continuar más allá, con los testimonios del siglo IV, para darnos cuenta de que no existía tan sólo una noción estrictamente militar del “hoplita”, sino que el término dejaba traslucir en ocasiones ciertas distinciones de tipo social e ideológico: el hoplita se convertía en un “soldado-ciudadano”, en un individuo integrado políticamente y distinto de otros grupos sociales de la ciudad, en su dimensión militar. Si quisiéramos establecer una distinción cronológica entre ambas nociones –la estricta de sentido social por un lado, y la general de sentido militar por otro–, es posible sugerir que con el paso del tiempo se produjo una evolución desde el significado estricto hacia el significado general: las primeras referencias, no sólo Píndaro y Esquilo sino también Eurípides, Aristófanes y Heródoto, eran bastante unánimes al dar prioridad al significado del hoplita como “soldado-ciudadano” frente al hoplita como “soldado de infantería pesada”. Así pues, es probable que ese sentido estricto fuese el originario, y que a medida que la Guerra del Peloponeso generase unas nuevas necesidades y realidades militares el significado militar comenzase a ser predominante y las distinciones socio-políticas iniciales se fueran haciendo menos evidentes, aunque siguiesen presentes en ocasiones. El término nació, por tanto, para designar al soldado-ciudadano, al “guerrero de estatus” que, parafraseando a Odiseo en *Il.* 2.202, contaba para algo en la ciudad.

Refiriéndose a la época de formación de la *pólis*, Lin Foxhall afirmaba que “sea lo que sea en lo que los hoplitas se convirtiesen en el siglo V, en este período eran algo diferente” (1997: 131). Personalmente tengo la impresión de que esa afirmación es correcta: los guerreros de la Época Arcaica no parecían conformar una realidad similar a los soldados de infantería pesada, tropas versátiles embarcadas en todo tipo de expediciones y misiones, en que los hoplitas se convertirían a finales del siglo V; en cambio, parecen estar más cerca del “guerrero de estatus” que plantea van Wees y que se atisba en el propio origen del término.

LA FALANGE EN LA ÉPOCA ARCAICA

Al contrario de lo que sucedía en el caso de “*hoplitēs*”, el término “*phálanx*” es verdaderamente antiguo en la literatura griega, pues lo encontramos en gran abundancia en Homero; aunque menos frecuente, sigue estando atestiguado a lo largo de la Época Arcaica, hasta que resurge en el siglo V con unos nuevos usos y tal vez un nuevo significado. Al parecer, proviene de la raíz indoeuropea **bhel-*, que significa “hincharse, crecer”, con un peculiar sufijo nasal *-ng* (Chantraine 1990); la tradición etimológica antigua resaltó los diversos significados que podía encerrar³⁸, aunque en la mayor parte de los casos hacía referencia a un fragmento o segmento alargado y sólido de cualquier material, en ocasiones de forma cilíndrica³⁹. Naturalmente, el sentido militar derivaría de esta noción básica a través de una metáfora relacionada con su forma rectangular (Chantraine 1990); van Wees considera que el término hacía por tanto referencia a “segmentos” del ejército (1986: 195).

Los usos a los que aparece destinado en la literatura arcaica no son, sin embargo, excesivamente concluyentes acerca del grado en el que las *phálanges* homéricas y arcaicas reproducirían físicamente la metáfora del “segmento alargado”; por ello, la mera existencia del término no es un argumento suficiente para establecer el tipo o la forma de la táctica, aunque esta metáfora etimológica jugaría sin duda un papel importante en la conservación del término frente a otros posibles en Época Clásica. Dado que la etimología no es de gran ayuda para dilucidar la naturaleza, forma o función de las *phálanges* homéricas y arcaicas, es preciso acudir a las fuentes. La clave será comprobar si los usos textuales ponen de manifiesto alguna similitud con la falange clásica, y si pueden justificar por tanto el empleo del término para referirnos a formaciones en masa anteriores al siglo V.

EL TÉRMINO “PHÁLANX” EN LAS FUENTES LITERARIAS ARCAICAS

Hay diversos y excelentes estudios sobre el concepto de “*phálanx*”, y a ellos remito para completar los puntos que voy a desarrollar a continuación⁴⁰; mi intención es comprobar si a través de los usos y contextos literarios se puede llegar a obtener alguna idea de su naturaleza y su función.

Por lo que respecta a Homero, el término aparece en total en 34 ocasiones, todas ellas en la *Iliada*; significativamente, en todos los casos salvo uno⁴¹ la palabra se encuentra en plural, por lo que la épica se refiere constante y consistentemente a “falanges”, y no a una única y monolítica formación⁴². La primera impresión, así pues, es que los poemas distinguen una pluralidad de

³⁸ Consultar las referencias a autores clásicos en Lammert (1938: 1625) y Chantraine (1990).

³⁹ Latacz (1977: 53); Singor (1991: 26-27).

⁴⁰ Especialmente, Lammert (1938); Latacz (1977); Pritchett (1985a); Singor (1991); van Wees (1986; 1988; 1994a; 1994b; 1997b).

⁴¹ *Il.* 6.6: “*Τρώων ἑῆζε φάλαγγα*”. El singular podría explicarse por motivos métricos, ya que el contexto no permite llegar a ninguna conclusión satisfactoria.

⁴² Singor llama la atención sobre este hecho, y señala que los diversos argumentos que se han aducido sobre la etimología del término no consiguen explicarlo (1991: 27). Las propuestas de van Wees están sin duda encaminadas a ello, centrándose en la idea de las “*phálanges*” como “segmentos” o “porciones”, que encaja mucho mejor con su teoría sobre el combate homérico (1986; 1988). En plural: *Il.* 2.558, 3.77, 4.254, 281, 332, 427, 5.93, 96, 591, 6.83, 7.55, 141, 8.279, 11.90, 148, 215, 344, 503, 567, 12.415, 13.90, 126, 145, 718, 806, 15.408, 448, 16.280, 394, 563, 17.285, 19.152, 158.

formaciones, diversas y diferenciadas, evolucionando por el campo de batalla. Sin embargo, se puede aducir que la existencia de estos contingentes separados no implica necesariamente que realicen acciones diferentes –aunque eso sería lo presumible–: el plural es inclusivo, y los diferentes contingentes parecen estar siempre embarcados en la misma actividad, actuando al unísono; es cierto que en ningún momento se da el caso en los poemas de que se describa una acción de unas falanges mientras que otras estén realizando otra diferente, pero, ¿verdaderamente actúan de modo simultáneo?

Las “*phálanges*” aparecen en 12 ocasiones como sujeto de la oración ⁴³, y los verbos que las acompañan indican el tipo de acciones que pueden realizar: pueden “estar” o “alzarse” frente al enemigo –ἵστημι (*hístēmi*, *Il.* 2.558, 13.126)–, y en un nivel anímico pueden incluso “conmoverse” por alguna situación a su alrededor –κινέω (*kinéō*, *Il.* 16.280)–; pero la mayoría de las acciones pone de manifiesto su movilidad: las falanges pueden “avanzar” o “moverse” –κίνυμαι (*kinymai*, *Il.* 4.281, 332, 427)–, seguir a los líderes por el campo de batalla –ἑπομαι (*hépomai*, *Il.* 5.591, 11.344)– y también “reunirse” o “encontrarse” para el combate –ὁμιλέω (*homiléō*, *Il.* 19.158)–. Sin embargo, esas iniciativas no siempre son conjuntas, pues en ocasiones las formaciones pueden “atropellarse” o “empujarse” unas a otras durante la lucha –κλονέω (*klonéō*)–, como sucede a las huestes troyanas puestas en fuga por Diomedes (*Il.* 5.93), y de nuevo por Agamenón (*Il.* 11.148); en *Il.* 15.448, Clito muere sobre su carro atravesado por una saeta de Teucro, por encontrarse en el lugar en el que “con más intensidad se atropellaban las huestes (πολὺ πλεῖσται κλονέοντο φάλαγγες)”. Estas situaciones ponen de manifiesto que las “*phálanges*” pueden actuar de modo individual en determinados contextos, especialmente en una huida, donde los diferentes contingentes buscan salvarse y abandonan cualquier posibilidad de una acción conjunta.

Esta impresión se refuerza si atendemos a los casos en los que el término aparece como objeto directo de una acción; ello ocurre en 20 ocasiones ⁴⁴, y los verbos relacionados son muy elocuentes: los líderes del bando propio pueden “empujar”, “incitar” o “estimular” a sus tropas –ὀτρύνω (*otrýnō*, *Il.* 4.254, 13.90); ἐποτρύνω (*epotrýnō*, *Il.* 6.83)–, y también “fortalecerlas” o “afirmarlas” –κρατύνω (*kratýnō*, *Il.* 11.215, 12.415, 16.563)–, pero el enemigo puede ser mortalmente peligroso para ellas: aparte de “contenerlas” o “rechazarlas” –ἀνείργω (*aneírgō*, *Il.* 3.77, 7.55); ἐρητύω (*erētýō*, *Il.* 11.567)–, o simplemente “inspeccionarlas” –ἐπείρομαι (*epéiromai*, *Il.* 13.806)– a la busca de alguna brecha, el enemigo puede también “atropellarlas” –κλονέω (*klonéō*, *Il.* 5.96)–, “diezmarlas” –ὀλέκω (*olékō*, *Il.* 8.279, 19.152)– y “aniquilarlas” –ἀλαπάζω (*alapázō*, *Il.* 11.503)–, y todavía más, puede “romperlas” –ῥήγνυμι (*rhēgnymi*, *Il.* 7.141, 11.90, 13.718, 15.408)–, “dehacerlas” –ἐπικείρω (*epikeírwō*, *Il.* 16.394)– y “dispersarlas” –κεδάννυμι (*kedánnymi*, *Il.* 17.285)–. Estos casos ponen de manifiesto que las “*phálanges*” son unidades que pueden separarse unas de otras y actuar hasta cierto punto de modo individual.

Si las acciones son indicativas de movilidad e independencia de las “*phálanges*” entre sí, los adjetivos pueden aportar mayor información al respecto. Los especialistas enfatizan normalmente los casos en los que las formaciones son descritas como “apretadas”, “compactas” –πυκιναὶ (*pykinai*, *Il.* 4.281, 5.93, 13.145)–, como si ello fuese testimonio de su cohesión y densidad. Pero no son los únicos calificativos con los que aparecen construidas: son también etiquetadas de “sombrias”,

⁴³ *Il.* 2.558, 4.281, 332, 427, 5.93, 591, 11.148, 344, 13.126, 15.448, 16.280, 19.158.

⁴⁴ *Il.* 3.77, 4.254, 5.96, 6.83, 7.55, 141, 8.279, 11.90, 215, 503, 567, 12.415, 13.90, 718, 806, 15.408, 16.394, 563, 17.285, 19.152.

“oscuras” –*κύνεαι* (*kyáneai*, *Il.* 4.281)–, “poderosas” –*καρτεραί* (*karterai*, *Il.* 5.592, 13.90, 127)– e incluso “erizadas” –*πεφρικυῖαι* (*pephrikyíai*), de escudos y lanzas (*σάκεσιν τε καὶ ἔγχεσι*, *Il.* 4.282)–; por otra parte, el poeta distingue unas falanges “últimas” –*πυμάτας* (*pymátas*, *Il.* 4.254)– y unas “primeras” –*πρώτας* (*prōtas*, *Il.* 16.394)–, lo que indica que no todas marchan a la vez o en la misma posición formando un único frente lineal, sino que avanzan a ritmos distintos, y conforman un frente irregular y profundo. Finalmente, las formaciones troyanas “se desparraman” –*προχέομαι* (*prochéomai*)– a través de un puente construido por el dios Apolo para salvar el dique de la muralla aquea, y penetran a través de la brecha “en batallones” –*φαλαγγηδόν* (*phalangēdón*, *Il.* 15.360)–; es lógico suponer que las huestes no podrían conservar una formación regular y un frente lineal al tratar de lanzarse por una pasarela estrecha, y la imagen más plausible es la de las tropas troyanas apelotonadas y en confusión.

Si dejamos a Homero y nos adentramos en otras fuentes literarias a lo largo de la Época Arcaica, el panorama es muy similar, aunque la frecuencia del término cae de modo significativo: apenas encontramos *cuatro* menciones en más de dos siglos. Los testimonios conservados muestran unos usos muy parecidos a los homéricos: en Hesíodo, los titanes “fortalecen sus falanges (*ἐκαρτύναντο φάλαγγας*)” (*Theog.* 676) y más tarde Fobos y Deimos “atropellan las apretadas formaciones de guerreros (*ἀνδρῶν πυκινὰς κλονέουσι φάλαγγας*)” (*Theog.* 935); en Tirteo, el guerrero valiente hace retroceder a las “feroces falanges de enemigos (*δυσμενέων ἀνδρῶν φάλαγγας τρηχέας*)” (12.21), mientras que en Mimnermo, de nuevo un guerrero anónimo “atropella a las apretadas falanges (*πυκινὰς κλονέοντα φάλαγγας*)” (14.3). Aparte del hecho significativo de que Mimnermo se refiere a falanges de *jinetes* –*Λυδῶν ἵππομάχων*–, algo completamente novedoso, estos escasos testimonios muestran los mismos rasgos que hemos detectado en Homero: el término aparece siempre en plural, y los verbos inciden en el movimiento y la descomposición de la formación. Estos breves fragmentos refuerzan la impresión de que “*phalanx*” se emplea en la poesía en un sentido general, no técnico: no se refiere a una unidad concreta, con un número determinado de efectivos o una formación táctica específica, sino que es un modo amplio de designar a las tropas.

Los usos de este término conservados en la literatura, por tanto, no guardan ninguna similitud con la definición clásica de una falange: frente a la unidad coherente y cohesionada, los textos sugieren diversos contingentes que suelen actuar en connivencia, pero que también pueden hacerlo de modo independiente; frente a la formación ordenada y en hileras, encontramos unidades que avanzan presentando un frente irregular, y que no se encuentran constreñidas a asumir una formación concreta, sino que se amoldan a las circunstancias del combate; y frente a la lentitud y aparente rigidez de la disposición táctica clásica, la épica y la lírica muestran unidades móviles que evolucionan con rapidez y cierta iniciativa propia por el campo de batalla.

Si el término “*phalanx*” no parece representar en la Época Arcaica la idea clásica de una falange, ¿que otras opciones literarias quedan para apoyar la presunta existencia de una formación cerrada en este período? La posibilidad de que la falange clásica haya estado escondida bajo otras denominaciones diferentes en los poemas homéricos y en la lírica ha llevado a diversos autores a estudiar las evidencias disponibles de combate en masa⁴⁵; no vamos a entrar en detalle en las conclusiones de esos estudios, pues nos basta constatar que la mayoría de ellos aceptan numerosos testimonios positivos de formaciones en masa en Homero. Sin embargo, “no toda formación de infantería en masa implica una falange en su sentido griego clásico” (Wheeler 1991: 127).

⁴⁵ Latacz (1977); Pritchett (1985a); Singor (1991; 1999); van Wees (1986; 1988; 1994a; 1994b; 1996).

Describir la imagen compleja de una falange –formación, masa, orden, cohesión– mediante una única expresión no es sencillo, y menos cuando vemos que el término aparentemente destinado a ello se emplea en otros usos diferentes. Es interesante tratar de comprobar cómo podrían los griegos designar esa disposición táctica de modo fidedigno, o si tan siquiera existía una denominación común y universal para este fenómeno.

Así pues, como un complemento a los numerosos trabajos que ya han abordado la cuestión, me ocuparé especialmente de aquellas expresiones o términos que podrían transmitir de modo más exacto la imagen y la idea de una falange en las fuentes arcaicas, como una alternativa al insuficiente término “*phálanx*”.

Naturalmente, el punto de partida debe ser analizar cómo se referían los griegos de Época Clásica a la falange, y tratar de contrastar esa información con los testimonios literarios arcaicos. Sin embargo, lo primero que nos sorprende es que *ningún autor del siglo V* se refiere a la formación militar como “*phálanx*”, ni en singular ni en plural: Heródoto menciona el término en una ocasión (3.97.12), pero lo hace en su sentido etimológico como “tronco” o “madero”; ninguno de los restantes autores recoge este vocablo en su acepción militar, lo cual es llamativo, pues solemos considerar este momento como la época clásica de la falange hoplita. ¿Sería posible considerar, entonces, que esa falange tampoco existe todavía en el siglo V? ¿Qué tipo de formaciones de combate podemos encontrar y qué denominaciones tienen?

Las primeras referencias explícitas a la falange hoplita clásica se encuentran en Jenofonte. Este autor parece recuperar el término a comienzos del siglo IV, tomándolo posiblemente de la tradición épica, el único lugar en el que había quedado conservado en su acepción militar; pero Jenofonte da un nuevo sentido y unos nuevos usos a la palabra, y, como veremos a continuación, se convierte de hecho en el auténtico forjador del concepto de “falange” que hemos heredado. Teniendo en cuenta este hecho, procederé de la siguiente manera: en primer lugar, esbozaré las características del nuevo concepto de “falange” que define Jenofonte; a continuación, trataré de aplicar esa noción a las formaciones de combate que encontramos en el siglo V –especialmente en Heródoto y Tucídides–, para comprobar si la táctica estaba ya activa en esas fechas aunque todavía no hubiese recibido su nombre posterior; y por último, regresaré a la Época Arcaica, para descubrir si en la literatura de los siglos VII y VI a.C. puede detectarse algún fenómeno militar semejante.

LA FALANGE DE JENOFONTE

Jenofonte inaugura el siglo IV recuperando definitivamente un término que va a tener a partir de entonces un considerable éxito: en sus escritos, el término “*phálanx*” aparece en más de sesenta ocasiones para designar a la formación compacta de infantería pesada griega. Puede parecer un número reducido de referencias, pero cobran toda su dimensión si se contrastan con el vacío del siglo V. Esa recuperación no va a ser instantánea ni fácil, pues como veremos, Jenofonte no definirá un concepto completamente “técnico” y estricto, sino que en ocasiones lo aplicará a usos “irregulares”. Por estos dos motivos –recuperación de un término perdido, y aplicación a nuevos usos–, consideraré a Jenofonte como el creador de la “falange” como concepto historiográfico.

El primer elemento significativo de la noción de falange de Jenofonte es que, rompiendo con una tradición de siglos, muestra el término predominantemente en singular: de los casos referidos a la infantería griega, cincuenta y seis son en singular, frente a únicamente cinco en

plural⁴⁶; Jenofonte rompe claramente con la idea poética de las “*phálanges*” épicas, que estaba más relacionada con unidades o contingentes dispersos, y parece reivindicar una única formación, coherente y unitaria, aunque escindida en tropas, sectores y diversas subunidades que pueden tener una cierta autonomía de acción; por primera vez, aunque se trate de un compuesto, la falange se concibe como una unidad táctica.

En términos generales, Jenofonte denomina como “*phálanx*” al cuerpo de soldados griegos de infantería pesada formados en líneas, que suele ocupar el centro del campo de batalla y jugar el papel más representativo en el combate. Encontramos el término en todas las grandes batallas del primer tercio del siglo IV: Cunaxa (*An.* 1.8.17.4, 1.8.18.2), Nemea (*Hell.* 4.2.13.4, 4.2.18.8), Coronea II (*Hell.* 4.3.17.5, 4.3.18.5, 4.3.20.3), Acarnania (*Hell.* 4.6.9.1), Olinto I (*Hell.* 5.2.40.4) y II (*Hell.* 5.3.6.4), Tespias (*Hell.* 5.4.42.6), Corcira (*Hell.* 6.2.21.2), Leuctra (*Hell.* 6.4.10.3, 6.4.12.2) y Mantinea II (*Hell.* 7.5.22.2, 7.5.23.7, 7.5.25.3). Aunque esté compuesta por unidades o contingentes, que Jenofonte denomina de modos diversos –*λόχοι* (*lóchoi*), *τάξεις* (*táxeis*), *φύλαι* (*phýlai*), *συντάγματα* (*syntágmata*)–, la falange es consistentemente una, incluso en aquellos pasajes en los que no se emplea el singular: en Nemea (*Hell.* 4.2.13.4), Jenofonte utiliza el plural para referirse a las falanges de cada ciudad aliada que toma parte en la batalla, por tanto una por cada ciudad; en Cunaxa (*An.* 1.8.17.4), emplea el dual para hacer todavía más clara la idea de que hay *dos* falanges, una por cada bando, igual que sucede en *Ages.* 2.9.6 y *Eq.Mag.* 8.23.1.

En la *Ciropedia* (6.4.18.4), Jenofonte se pregunta si es posible “combatir en falanges y en torres (*φάλαγγα καὶ πύργους*)”, pero el significado táctico del término queda más claro en la *Anábasis* (4.6.6.4; cf. 4.3.26.5), cuando hace referencia a la maniobra de “poner al ejército en formación (*ἐπὶ φάλαγγος γένοιτο τὸ στράτευμα*)”. Los textos de Jenofonte ponen directamente en relación con la falange adjetivos como “profunda” –*βαθεῖα* (*batheía*, *Hell.* 2.4.34.7, 4.2.13.4, 4.2.18.7; *Lac.* 11.6.6)–, “compacta” –*πυκνήν* (*pyknēn*, *An.* 2.3.3.2)– o “sólida” –*ισχυρότερα* (*ischyrotéra*, *Ages.* 6.4.6)–; pero también describen las más diversas acciones: se puede “hacer” una falange –*ποιέω* (*poiéō*, *Hell.* 4.2.13.4, 4.2.18.7, 6.5.19.1)–, y también “conducir” –*ἄγω* (*ágō*, *Hell.* 3.4.23.5; *Ages.* 1.31.5, 2.11.10)– y “girar” –*ἐξελίσσω* (*exelíssō*, *Hell.* 4.3.18.5; *Ages.* 2.11.10; *Lac.* 11.9.6)–; por su parte, la falange puede “extenderse” –*ἀποτείνω* (*apoteínō*, *Hell.* 5.2.40.5), *ἐκτείνω* (*ekteínō*, *Hell.* 7.5.22.2)–, “desbordar” –*ἐκκυμαίνω* (*ekkymaínō*, *An.* 1.8.18.2)–, “dispersar” –*ἀποσκοδάννυμι* (*apokedánnymi*, *Hell.* 5.4.42.6)–, “dar media vuelta” –*ἀναστρέφω* (*anastrephō*, *Hell.* 6.2.21.2, 6.5.18.7)– e incluso “huir” –*φεύγω* (*pheýgō*, *Hell.* 7.5.25.3)–; sus integrantes pueden “correr” desde ella –*τρέχω* (*tréchō*, *Hell.* 4.3.17.4; *Ages.* 2.10.5: *ἀπὸ τῆς φάλαγγος*)–, “perseguir” desde ella –*ἐπιδιώκω* (*epidiōkō*, *Hell.* 4.6.9.1: *ἀπὸ τῆς φάλαγγος*)–, y “avanzar delante” de ella –*πρόεμι* (*próeimi*, *An.* 2.1.6.4)–.

Sin embargo, como ya hemos advertido, el término, aunque mayoritariamente destinado a designar esta formación táctica griega, no es todavía un concepto “técnico” en sentido estricto, pues muestra una serie de usos “irregulares”: por ejemplo, Agesilao forma su caballería de cuatro en fondo “como una falange (*ἵππεῖς ὥσπερ φάλαγξ ἐπὶ τεττάρων παρατεταγμένοι*)” (*Hell.* 3.4.13.10), y la misma disposición asume la caballería espartana en Mantinea II –“*πολέμιοι ἀντιπαρετάξαντο ὥσπερ*

⁴⁶ Singular: *Hell.* 2.4.26.3, 2.4.34.7, 3.4.13.10, 3.4.23.4, 4.2.18.8, 4.3.17.5, 4.3.18.5, 4.3.20.3, 4.6.9.1, 5.2.40.4, 5.3.6.4, 5.4.42.6, 6.2.21.2, 6.4.10.3, 6.4.12.2, 6.5.18.8, 6.5.19.1, 6.5.19.2, 7.5.22.2, 7.5.23.7, 7.5.25.3; *An.* 1.2.17.2, 1.2.17.5; 1.8.18.2, 2.1.6.4, 2.3.3.2, 3.3.11.5, 3.4.23.3, 4.3.26.5, 4.6.6.4, 4.8.9.4, 4.8.10.2, 4.8.10.3, 4.8.10.5, 4.8.11.4, 4.8.12.1, 6.5.7.3, 6.5.9.3, 6.5.9.4, 6.5.23.2, 6.5.25.2, 6.5.27.1, 7.3.48.3; *Hier.* 6.7.2; *Ages.* 1.31.5, 2.10.5, 2.11.10, 2.13.2, 2.15.3, 6.4.6; *Lac.* 11.8.5, 11.8.7, 11.9.7, 12.3.1; *Eq.Mag.* 4.3.5; *Eq.* 8.12.3.

Plural: *Hell.* 4.2.13.4; *An.* 1.8.17.4; *Ages.* 2.9.6; *Lac.* 11.6.6; *Eq.Mag.* 8.23.1.

ὀπλιτῶν φάλαγγα” (*Hell.* 7.5.23.7)–; la flota ateniense puede aparecer también avanzando “en falange” (*Hell.* 6.2.30.3), y, lo que es más llamativo todavía, es posible también designar a las formaciones persas con ese término (*An.* 1.10.10.2, 4.8.12.5, 4.8.16.4, 4.8.17.3, 6.5.7.5) ⁴⁷. Jenofonte no es absolutamente coherente en la aplicación del término, pero cuando se refiere a infantería griega, su significado sí es bastante estricto y ajustado; da la impresión, por tanto, de que, una vez definido un concepto para designar a la infantería pesada griega, puede aplicarlo a otras realidades tácticas.

Más allá del término por sí mismo, Jenofonte utiliza muchos otros mecanismos para referirse a la formación de infantería griega, que nos ayudarán a definirla de modo más completo. El más común de ellos es el empleo del verbo *τάσσω* (*tássō*), el sustantivo *τάξις* (*táxis*) y los numerosos derivados de ambos, sin duda la familia léxica más común en griego para referirse a la formación y organización de las tropas en el campo de batalla.

Τάσσω y sus derivados más habituales, como *συντάσσω*, *παρατάσσω* y los formados con “ἀντι-”, es el verbo más corriente en griego para designar la acción de desplegar unas tropas o situarlas en posición de combate, y está presente en la mayoría de las batallas de Jenofonte: Pireo I (*Hell.* 2.4.11.5, 2.4.12.1, 2.4.12.3, 2.4.15.3) y II (*Hell.* 2.4.34.2, 2.4.34.6), Cunaxa (*An.* 1.8.14.3), Nemea (*Hell.* 4.2.18.5, 4.2.19.5 (x2), 4.2.21.4), Coronea II (*Hell.* 4.3.15.1), Lequeo I (*Hell.* 4.4.9.3, 4.4.9.8, 4.4.9.11) y II (*Hell.* 4.5.14.1), Acarnania (*Hell.* 4.6.11.4), Olinto I (*Hell.* 5.2.41.2), Corcira (*Hell.* 6.2.20.2, 6.2.21.1), Olimpia (*Hell.* 7.4.29.8, 7.4.30.2) y Mantinea II (*Hell.* 7.5.21.3, 7.5.21.5, 7.5.22.11, 7.5.23.7) ⁴⁸. Su relevancia es tal que Jenofonte designa a los soldados a menudo como “οἱ συνεταγμένοι (los formados juntos)” (*Hell.* 3.3.7.3; *An.* 4.2.21.3, 4.3.5.1) o “οἱ παρατεταγμένοι” (*An.* 4.6.25.3, 4.8.3.3, 5.2.13.3), y a cada contingente como “σύνταγμα” (*Hell.* 5.2.20.6).

Sin embargo, este verbo tiene dos importantes inconvenientes: en primer lugar, hace referencia al despliegue de un ejército, pero a menos que vaya acompañado de otro tipo de indicadores, no aporta ningún indicio de la naturaleza de esa formación; y en segundo lugar, no transmite una noción específica y exclusivamente referida a la infantería griega, sino que puede aplicarse a realidades militares muy diversas: Jenofonte lo emplea para referirse al orden de marcha de los mercenarios griegos por Asia (*An.* 3.3.6.2), al modo en que forma en el campo de batalla la caballería griega, y al modo en que se despliega en el mar la flota griega; por último, puede referirse también a la infantería y a la caballería persas ⁴⁹.

⁴⁷ En la *Ciropeia* aparecen hasta 30 menciones al sustantivo “falange” aplicado a los persas (1.6.43.10, 3.3.62.1, 6.1.53.3, 6.3.2.7, 6.3.21.12, 6.3.22.3, 6.3.23.3, 6.3.22.4, 6.3.25.4, 6.3.29.1, 6.3.32.3, 6.3.34.2, 6.3.34.5, 6.3.36.1, 7.1.5.5, 7.1.6.7, 7.1.7.3, 7.1.7.8, 7.1.22.7, 7.1.23.3, 7.1.24.2, 7.1.26.6, 7.1.30.2, 7.1.30.4, 7.1.39.5, 7.5.2.5, 7.5.3.1, 7.5.3.4, 7.5.5.1, 7.5.5.6, 8.5.15.2, 8.5.15.3), pero dado que Jenofonte reconstruye de modo literario la vida de un rey persa un siglo y medio anterior a él mismo, no parece que el término designe de modo objetivo una formación concreta, sino que trata de hacer las descripciones inteligibles para un lector griego. Esta interpretación podría ser también aplicable a los casos de falanges persas en la *Anábasis*. Cf. Raaflaub (2000b: 251).

⁴⁸ Otros casos: *Hell.* 1.1.36.5, 1.2.18.5, 1.3.5.4, 3.2.14.7, 3.2.16.3, 3.5.22.2, 4.3.5.2, 4.3.21.1, 4.5.14.1, 4.8.28.14, 5.2.39.3, 5.2.41.2, 5.4.50.1, 5.4.51.2, 5.4.54.3, 6.5.28.4, 6.5.29.2, 6.5.43.4, 7.1.17.1, 7.1.20.5, 7.2.4.9, 7.4.22.8, 7.4.24.3, 7.4.24.4, 7.5.10.6; *An.* 1.2.15.3, 1.2.16.3, 3.2.37.1, 4.2.7.3, 4.2.21.3, 4.8.9.4, 4.8.10.5, 4.8.11.1, 4.8.11.3, 6.5.7.5; *Hier.* 6.7.2; *Cyr.* 1.6.43.1.

⁴⁹ Caballería griega: *Hell.* 3.4.13.10, 5.2.40.7, 5.3.1.9, 6.4.10.2, 6.4.10.3, 6.5.31.2, 6.5.52.9, 7.5.24.3. Flota griega: *Hell.* 1.1.7.2, 1.5.10.2, 1.5.13.4, 1.5.15.3, 1.6.29.2, 1.6.29.4, 1.6.29.6, 1.6.30.3, 1.6.31.2, 1.6.31.3, 2.1.23.2, 4.3.12.1. Infantería persa: *An.* 1.8.24.1, 1.8.24.4, 1.9.31.3, 1.10.5.5, 1.10.10.4, 2.3.19.5, 4.8.3.3, 4.8.9.3; *Ages.* 1.31.1; *Cyr.* 6.3.23.2. Caballería persa: *Hell.* 3.4.22.7, 3.4.23.5, 4.8.19.3; *An.* 1.7.12.1; *Ages.* 1.31.5.

Por lo que respecta al sustantivo, cuando se aplica a la infantería griega, “*táxis*” muestra una serie de significados diferentes, que parten del sentido básico de la raíz, relacionado con el orden o la ubicación espacial; esos significados van de la noción más general a la más concreta: en primer lugar, puede hacer referencia a un contingente del ejército, una de las unidades que actúan en la falange, y que posiblemente se distinguen por tener sus propios oficiales al mando⁵⁰. En segundo lugar, “*táxis*” puede designar a la “formación”, al orden de batalla, aunque también en sentido amplio y de modo inespecífico; es posiblemente el uso más extendido en Jenofonte⁵¹, y sin duda transmite de modo más intenso la idea de “orden”⁵², del mismo modo que lo hace su derivado “*σύνταξις*” (*syntaxis*, *Hell.* 5.2.37.4, 7.5.22.5). En tercer lugar, el término puede transmitir la idea de “posición”, aunque en ocasiones no hay excesiva precisión espacial, y puede referirse a la posición de un individuo dentro de una unidad o de toda una unidad dentro del campo de batalla⁵³. Por último, algunas traducciones interpretan este término como “fila”, haciendo mención a cada una de las sucesivas líneas longitudinales de soldados que conforman una falange⁵⁴. Este significado es, sin embargo, bastante dudoso: el contexto no justifica necesariamente esta traducción, y en todos los casos el término puede interpretarse sencillamente como “contingentes”; en mi opinión, la idea de las “filas” es mucho más específica, pues transmite una información táctica adicional de enorme relevancia, y exige por tanto mayores argumentos, que no encontramos en el texto de Jenofonte.

Sin embargo, de igual forma que sucedía con el verbo, el sustantivo “*táxis*” muestra también algunos usos “irregulares”, es decir, no específicos de la infantería griega, lo que viene a sumarse a la propia ambigüedad de su significado: en efecto, Jenofonte aplica el término a otro tipo de unidades, que pueden ser de caballería griega (*Hell.* 4.2.5.11, 6.5.30.8; *An.* 4.3.22.1), de caballería persa (*Hell.* 3.4.23.1; *An.* 1.8.21.5, 4.3.17.2; *Ages.* 1.31.1) o de peltastas (*An.* 4.3.22.2); puede referirse también a la “formación” de las tropas persas (*An.* 1.2.16.3, 1.8.8.5, 3.4.14.2, 3.4.16.1), de la caballería griega (*Hell.* 7.2.22.5) e incluso de la flota (*Hell.* 1.5.14.2, 2.1.23.1); indica la “posición” de la caballería persa en el campo de batalla (*An.* 1.8.21.5), y también puede designar la “posición” en sentido metafórico, haciendo referencia al prestigio (*Hell.* 1.1.28.8).

El vocabulario táctico se mueve, por tanto, dentro de una cierta ambigüedad, hasta el punto de que Jenofonte recurre en ocasiones a expresiones perifrásticas para indicar la acción de formar en orden de combate, como por ejemplo “prepararse para la batalla” – “*παρασκευάζεσθαι ὡς μάχης*” (*Hell.* 4.2.18.6), “*διασκευάζεσθαι ὡς εἰς μάχην*” (*Hell.* 4.2.19.4), “*εἰς μάχην παρεσκευάζετο*” (*Hell.* 7.5.21.4)–. El mayor problema reside sin duda en el hecho de que los términos transmiten la noción de “orden”, pero son insuficientes para describir ese orden con mayor precisión: es el caso de

⁵⁰ *Hell.* 3.1.18.4, 3.4.16.3, 6.5.28.6, 6.5.30.4; *An.* 1.5.14.2, 1.8.8.5, 1.8.16.1, 1.8.10.5, 2.3.2.4, 3.1.32.2, 3.5.4.3, 4.4.8.2, 4.5.23.3, 5.4.14.2, 5.4.20.4, 5.4.21.1, 5.8.13.4, 6.5.11.2, 6.5.11.5, 7.3.15.1. Podemos identificar una *πρώτη τάξις* (*prōtē táxis*, *An.* 4.7.2.5), que en su contexto hace referencia claramente a un contingente que se encuentra el primero en una columna de ataque; es interesante comparar este uso con el que, como veremos, dio Tucídides en su obra a la misma expresión.

⁵¹ *Hell.* 5.2.42.1, 5.4.43.3, 6.5.17.5; *An.* 1.7.20.3, 2.1.7.5, 2.2.8.4, 2.2.14.3, 2.3.10.3, 3.2.18.1, 3.2.38.1, 3.4.19.2, 3.4.48.2, 5.1.2.5, 5.2.14.1, 5.5.21.2, 7.1.22.3.

⁵² *An.* 1.2.18.5, 1.8.20.1, 2.2.21.3, 5.4.11.3, 5.4.25.1, 5.8.13.3.

⁵³ *Hell.* 7.5.22.10; *An.* 1.8.4.1, 4.3.29.7.

⁵⁴ Casos posibles pueden ser *Hell.* 6.5.30.4, 7.5.22.10; *An.* 1.8.8.5, 1.8.16.1.

ἄτακτος/ἀταξία (*átaktōs/ataxía*) o de εὐτακτος/εὐταξία (*eútaktos/eutaxía*)⁵⁵, pues no es posible deducir la naturaleza o características exactas de la formación a partir de ellos, aunque hagan hincapié en su condición “ordenada”. Un modo indirecto de transmitir esa misma idea podemos encontrarlo en las diversas referencias a la ruptura de la formación, pues algunos verbos indican la posibilidad de “cortar” una falange –διακόπτω (*diakóptō*, *Hell.* 4.3.18.4, 7.5.23.2; *Ages.* 2.11.8; *An.* 1.8.10.4, 4.8.11.4)–, aunque también es posible para las tropas enemigas “abrirse paso” a través de ella –διαπίπτω (*diapíptō*, *Hell.* 4.3.19.3, 4.3.19.7; *Ages.* 2.11.11)–; si se puede “romper” o “penetrar” de algún modo, es que la formación muestra una cierta disposición táctica conjunta, una coherencia interna, que radica en el orden correlativo de sus contingentes.

A pesar de transmitir claramente la idea de orden, el vocabulario táctico es bastante ambiguo por lo que respecta a los detalles, a la naturaleza exacta de ese orden, de modo que se necesitan otros elementos para completar la imagen de la falange. Y esos elementos los encontramos en las descripciones que muestran su forma una vez desplegada en el campo de batalla, a través de diversos mecanismos: relativos a su orientación longitudinal, a su profundidad y a su densidad.

Con respecto a la disposición de las tropas en un frente longitudinal, podemos encontrar testimonios indirectos en las diversas referencias a los flancos de la formación –κέρας (*kéras*, *Hell.* 4.2.18.9, 4.2.19.7, 6.5.16.9, 7.4.23.2, 7.5.22.6; *An.* 1.10.9.3, 1.10.9.5)⁵⁶–, que implican una metáfora visual: para un eventual testigo ocular, la formación se extiende en sentido longitudinal resultando un rectángulo muy estrecho y alargado, de ahí que pueda distinguirse un sector o flanco derecho –τὸ δεξιὸν κέρασ ο τὸ δεξιὸν⁵⁷– y un flanco izquierdo –τὸ εὐώνυμον κέρασ ο τὸ εὐώνυμον⁵⁸–, en los que normalmente encontramos acciones diferentes y que se comportan de modo relativamente independiente; es posible incluso distinguir los extremos que se encuentran más allá de los flancos –οἱ ἔσχατοι (*Hell.* 6.2.21.1)–, y hacer referencia al “extremo de la falange” –τὸ ἄκρον τῆς φάλαγγος (*Hell.* 6.2.21.2)– o a las tropas “en el extremo derecho” –οἱ μὲν ἐν δεξιᾷ ἔσχατοι (*Hell.* 4.4.11.8)– o en el izquierdo –οἱ δ' ἐπὶ τοῦ εὐώνυμου ἔσχατοι (*Hell.* 2.4.13.4-5, 4.3.16.7; *Ages.* 2.9.9-10)–. La distinción de los flancos en la formación griega viene en ocasiones acompañada de la diferenciación de un “centro” –μέσον (*mésōn*, *Hell.* 2.4.13.1; *An.* 1.2.17.2, 1.8.6.1)– que refuerza la impresión de un extenso frente longitudinal. En el mismo sentido actúan las ocasionales descripciones de los diversos contingentes griegos dispuestos en la falange en orden sucesivo, y enumerados desde un flanco hasta el otro, como encontramos en las batallas de Cunaxa (*An.* 1.8.4-7), Nemea (*Hell.* 4.2.16-17), Coronea II (*Hell.* 4.3.15-16; *Ages.* 2.9-11) y Lequeo I (*Hell.* 4.4.9), entre otras.

Ninguno de estos términos tiene un sentido o específico, sin embargo, ni forman parte de un vocabulario “técnico” riguroso, pues podemos encontrar dispersas por las obras de Jenofonte otras aplicaciones que nada tienen que ver con la infantería pesada griega: hay menciones a los *kérata*

⁵⁵ ἄτακτος: *Hell.* 4.8.18.2, 4.8.19.2; *An.* 1.8.2.2, 3.4.20.1, 5.4.21.4, 5.8.21.4. ἀταξία: *Hell.* 3.1.9.9; *An.* 3.1.39.1, 3.2.29.6, 5.8.13.2. εὐτακτος: *Hell.* 5.3.17.7; *An.* 2.6.15.1, 3.2.30.3, 6.6.35.4. εὐταξία: *An.* 1.5.8.3, 3.1.38.6.

⁵⁶ La expresión “ἐκ πλαγίου” (*ek plagíou*, *Hell.* 4.5.15.6, 6.5.26.6) también hace referencia al flanco de la formación, desde la perspectiva del atacante.

⁵⁷ τὸ δεξιὸν κέρασ: *Hell.* 2.4.30.7, 5.2.41.6, 7.1.31.3; *An.* 1.8.4.2, 1.8.13.6; *Lac.* 11.9.5. τὸ δεξιὸν: *Hell.* 2.4.13.3, 4.2.18.4, 4.3.16.5, 4.3.16.7, 4.4.9.9, 5.2.40.7, 6.4.14.6; *An.* 1.8.5.3, 4.8.14.3; *Ages.* 2.9.8, 2.9.9.

⁵⁸ τὸ εὐώνυμον κέρασ: *Hell.* 7.5.24.7; *An.* 1.8.5.1, 1.10.6.5, 1.10.9.2. τὸ εὐώνυμον: *Hell.* 2.4.30.8, 4.2.18.2, 4.3.16.8, 4.4.9.13, 4.6.9.6, 5.2.40.2, 6.4.14.5, 7.5.25.9; *An.* 1.8.5.3, 1.8.13.3, 1.8.20.6, 4.8.14.3; *Ages.* 2.9.10.

de la infantería persa ⁵⁹, y también de las flotas griegas dispuestas en orden de batalla ⁶⁰; hay también referencias al “centro” de la formación de infantería persa ⁶¹, y en Cunaxa el historiador ateniense utiliza la misma descripción del orden sucesivo de los contingentes para el ejército persa ⁶².

Por lo que respecta a la profundidad, Jenofonte emplea diversos mecanismos: en ocasiones parece tratar de distinguir una “primera fila”, a través de términos como *οἱ προτεταγμένοι* (*Hell.* 2.4.15.3), *οἱ πρωτοστάται* (*Hell.* 2.4.16.2) o *οἱ πρότοι* (*Hell.* 3.5.20.4, 4.2.22.4); sin embargo, no se trata de términos muy indicativos, pues hacen referencia de modo genérico a la ubicación espacial, y el hecho de estar situados “los primeros” no implica necesariamente que haya una formación concreta en funcionamiento ⁶³; por otra parte, Jenofonte también los utiliza para referirse a peltastas –*οἱ πρότοι* (*Hell.* 5.4.44.5)– y a persas –*οἱ πρωτοστάται* (*Cyr.* 6.3.24.2)–.

Encontramos también referencias más directas a la profundidad, no sólo a través del término griego –*βάθος* (*báthos*, *Hell.* 2.4.11.8, 2.4.12.2, 6.4.12.4, 7.5.24.1)–, sino también mediante cifras concretas de filas o “escudos”: en la primera batalla del Pireo, el ejército de los Treinta forma con una profundidad “no inferior a los cincuenta escudos (*οὐκ ἔλαττον ἢ ἐπὶ πεντήκοντα ἀσπίδων*)” (*Hell.* 2.4.11.8), la misma que mostrarán los tebanos en Leuctra (*Hell.* 6.4.12.5); los propios tebanos habían rechazado en Nemea una formación en dieciséis escudos –*εἰς ἑκκαίδεκα* (*Hell.* 4.2.18.7)– y habían decidido hacer su falange “muy profunda” –*βαθεῖαν παντελῶς ἐποίησαντο τὴν φάλαγγα* (*Hell.* 4.2.18.7-8)–; los espartanos forman en una profundidad de doce escudos en Leuctra –*εἰς δώδεκα* (*Hell.* 6.4.12.4)–; los atenienses de Trasíbulo en el Pireo I se disponen en profundidad “no superior a diez hoplitas” –*οὐ πλέον ἢ εἰς δέκα ὀπλίτας* (*Hell.* 2.4.12.2)–; en una escaramuza cercana a la ciudad de Mantinea, Agesilao despliega su ejército en una profundidad de “nueve o diez escudos (*ἐπ’ ἐννέα ἢ δέκα ἀσπίδων*)” (*Hell.* 6.5.19.4); diversos ejércitos forman en profundidad regular de ocho escudos –*ἐπ’ ὀκτώ* (*Hell.* 2.4.34.3, 3.2.16.3, 6.2.21.1; *An.* 7.1.23.3)–, y los mercenarios griegos al servicio de Ciro, por último, forman de cuatro en fondo en unas maniobras de exhibición antes de su marcha hacia Persia –*ἐπὶ τεττάρων* (*An.* 1.2.15.3)–. Estas referencias son de enorme relevancia, pues por vez primera las descripciones transmiten detalles exactos y rigurosos que nos permiten visualizar la falange y percibir de modo tangible su orden: la profundidad en escudos pone de manifiesto que los soldados se suceden en columnas ordenadas, uno detrás de otro, en un número establecido y fijo, y ello nos permite dibujar el enorme y alargado rectángulo con gran precisión. También es posible hacer la falange “más profunda” –*ἰσχυροτέραν τὴν φάλαγγα ἐποιεῖτο* (*Hell.* 6.5.19.1, 7.5.22.7)–, así como “doblar” la profundidad –*διπλόω* (*diplōō*, *Hell.* 6.5.19.2)–; las deliberaciones de los espartanos en Nemea, tratando de decidir la profundidad más adecuada para la batalla –*εἰς ὅσους δέοι τάττεσθαι πᾶν τὸ στράτευμα*” (*Hell.* 4.2.13.3)–, ponen finalmente de manifiesto que se trataba de una variable de considerable importancia.

⁵⁹ *Hell.* 3.2.16.1; *An.* 1.8.9.2, 1.8.13.4, 1.8.23.2, 1.9.31.4, 4.8.12.4. La *Ciropedia* está completamente inundada de referencias a los flancos de la infantería persa.

⁶⁰ Por ejemplo, en la formación de las escuadras peloponesias y ateniense en la batalla de las Arginusas (*Hell.* 1.6.29.3, 1.6.30.1, 1.6.31.5, 1.6.33.5).

⁶¹ Especialmente en la batalla de Cunaxa (*An.* 1.8.12.3, 1.8.13.2, 1.8.13.4, 1.8.21.6, 1.8.22.2, 1.8.23.1).

⁶² *An.* 1.8.9-10.

⁶³ Por poner un ejemplo, Jenofonte se refiere a los *πρότοι* en *Hell.* 5.1.12.4, pero afirma explícitamente que estos soldados están combatiendo “sin que haya formación” –*ἄτε οὐδενὸς ἀθροῦς ὄντος*–.

Sin embargo, la profundidad no es un factor exclusivo de la falange griega, y Jenofonte emplea el mismo vocabulario para referirse a realidades diferentes: habla de la “profundidad” –βάθος– de la caballería persa (*Hell.* 3.4.13.12), que en una escaramuza en Frigia contra Agesilao forma con un frente no superior a doce, pero con una profundidad “mucho mayor” –ἐπὶ πολλῶν–; en ese mismo encuentro, la caballería griega forma de cuatro en fondo –ἐπὶ τεττάρων (*Hell.* 3.4.13.10)–, y de seis en fondo en Mantinea II –ἐφεξῆς (*Hell.* 7.5.24.1)–; por último, las flotas griegas en las Arginusas forman en una sola línea de combate –ἐπὶ μιᾶς (*Hell.* 1.6.29.6, 1.6.29.8 y 1.6.31.4)–.

Por último, Jenofonte no introduce demasiadas referencias acerca de la densidad de la formación, y éstas tampoco son realmente específicas de la falange griega: habla de una “formación densa” –τὸ ἄθρόον (*tó hathróon*, *Hell.* 4.1.19.2)–, y emplea el adjetivo “ἄθροοι” –*hathróoi*, “denso, apretado”– para referirse a las tropas griegas en un par de ocasiones (*Hell.* 4.4.11.10, 6.2.21.1, 6.2.22.4, 6.4.10.1), pero al parecer la densidad no excluye la existencia de un cierto desorden –σὺν πολλῷ ὄχλῳ (*Hell.* 4.4.11.10)–. No obstante, el verbo ἄθροίζω muestra usos muy irregulares, pues aparece referido a la caballería griega (*Hell.* 5.4.44.3) y a la infantería persa (*An.* 1.10.5.5) de modo indistinto; en la mayor parte de los casos, además, el verbo significa tan sólo “congregar” o “reunir”.

Podemos concluir, así pues, que el concepto de “falange”, la unidad táctica de infantería pesada griega, es un invento de Jenofonte: él es quien da nombre, define y caracteriza de modo más completo y detallado una formación que se encuentra todavía en su época en proceso de consolidación, y sometida a una constante y rápida evolución. Jenofonte la sitúa explícitamente en todas las grandes batallas campales del primer tercio del siglo IV, y la describe como una formación coherente pero compuesta, integrada por multitud de contingentes ensamblados; su disposición en el campo de batalla y las decisiones tácticas que se toman a lo largo de la lucha refuerzan la impresión de que se trata de una unidad, aunque no se puede excluir la posibilidad de que sus diferentes componentes actúen con iniciativa propia. Lleva asociado un rudimentario vocabulario táctico –el verbo τάσσω, las referencias a los flancos, etc.–, que no es completamente específico de la falange, sino que Jenofonte puede emplearlo en realidades diferentes, y que transmite únicamente una idea aproximada de “orden”, pero sin capacidad para precisar su naturaleza. Jenofonte describe la falange como un extenso frente longitudinal en el que pueden distinguirse diferentes sectores –los flancos y el centro–, que tiene una profundidad variable pero uniforme; los soldados forman columnas de diversa longitud –entre cuatro y cincuenta “escudos”–, lo que a su vez indica que existen filas también uniformes. Esta disposición en cuadrícula, donde los soldados ocupan posiciones regulares, es lo que define el rectángulo extremadamente delgado que caracteriza a una falange clásica.

Jenofonte representa, por tanto, un episodio fundamental dentro de una larga evolución conceptual: avanzando progresivamente hacia un vocabulario cada vez más técnico, más riguroso, más específico, trata de definir del modo más exacto posible las realidades tácticas de su época. El concepto de falange se encuentra todavía, por tanto, en fase de definición, y aunque da la impresión de que Jenofonte lo emplea con propiedad y con cierto rigor cuando se refiere a la infantería pesada griega, existe todavía un margen de ambigüedad que le permite trasladar la *imagen* de la falange –un rectángulo ordenado en filas y columnas, con una extensión y una profundidad establecidas, y una cierta densidad– a otros contextos, como las flotas, la caballería o la infantería persa, sin que resulte extraño a sus lectores. En gran medida, el concepto de falange es todavía una metáfora de la formación ordenada, un esquema abstracto de una disposición táctica, que puede ser por tanto encarnado en tropas de diferente naturaleza.

LAS FORMACIONES DE COMBATE EN EL SIGLO V A.C.

Si una vez definidos estos criterios regresamos al siglo V para tratar de analizar las realidades militares que encontramos en él, de inmediato nos encontramos con la primera sorpresa: aunque el siglo V es el siglo de Maratón y Platea, de Coronea I, Enófita, Potidea, Olpas, Soligea, Delio, Anfípolis, Mantinea I, Río Anapo, Mileto y Pireo —entre otras muchas batallas campales entre ejércitos griegos—, ningún autor de esta época denomina a las formaciones de combate griegas como “falange”, ni emplea este término en su acepción militar en ningún momento: el concepto, simplemente, todavía no existe. Privados del término fundamental, por tanto, es preciso comprobar cómo denominan estos autores a las disposiciones tácticas que actuaron en esas batallas, y hasta qué punto pueden parecerse al primer testimonio explícito y completo que poseemos de ella, el aportado por Jenofonte. Como veremos a continuación, se tratará mayoritariamente de términos no específicos, muy generales, y que no aportan verdaderos detalles descriptivos sobre la naturaleza real de la formación.

Al igual que sucedía en Jenofonte, la forma más habitual de referirse a la disposición táctica en el siglo V es mediante el verbo *τάσσω*, su sustantivo *τάξις*, y sus múltiples derivados. El verbo *τάσσω* (*tássō*) —y especialmente su derivado *ἀντιτάσσω* (*antitássō*)— indica que las tropas están colocadas ordenadamente sobre el campo de batalla, mostrando una disposición concreta y no simplemente distribuidas al azar; por ejemplo, pueden designarse los contingentes como *οἱ παρατεταγμένοι* (*hoi paratetagménoi*, Th. 4.96.3.4, 5.72.4.6) o *οἱ ἐπιτεταγμένοι* (*hoi epitetagménoi*, Th. 5.72.3.7). Es extremadamente frecuente en la literatura, y lo encontramos en los relatos de batallas como Maratón, Citerón, Platea, Micala, Olpas, Esfacteria, Soligea, Delio, Mantinea y Río Anapo⁶⁴. No obstante, tampoco en el siglo V este verbo transmite información concreta sobre la disposición de que se trata, y algunos de sus usos revelan que no es una designación específica o “técnica”: en Esquilo, por ejemplo, el verbo se aplica a guerreros individuales, no a formaciones (*Sept.* 408, 527, 570, 621); por otra parte, puede aparecer también referido al ejército persa⁶⁵, a los lidios (Hdt. 1.80.7), a los escitas (Hdt. 4.134.1-2, 4.134.3), y, por último, a las flotas, ya sean griegas o persas⁶⁶.

El sustantivo *τάξις* (*táxis*) tampoco ofrece una información más concreta; como ya veíamos en el caso de Jenofonte, no tiene un único significado en las fuentes, sino varios posibles, que van del sentido espacial más general al más específico: en primer lugar, como contingente, se asimila en ocasiones con los regimientos tribales atenienses⁶⁷; en segundo lugar, como formación en sentido

⁶⁴ *Maratón*: Hdt. 6.111.1, 6.111.6, 6.111.11, 6.112.1, 6.113.3. *Citerón*: Hdt. 9.21.1. *Platea*: Hdt. 9.27.35, 9.28.5, 9.28.9-10, 9.28.18, 9.28.27, 9.28.28, 9.28.30, 9.29.2, 9.31.2, 9.31.6, 9.46.6, 9.48.12, 9.49.11, 9.54.4, 9.61.3, 9.69.2. *Micala*: Hdt. 9.99.4, 9.102.2, 9.102.4, 9.102.16. *Olpas*: Th. 3.107.4.4, 3.107.4.6. *Esfacteria*: Th. 4.32.3.2, 4.33.1.4. *Soligea*: Th. 4.43.3.2. *Delio*: Th. 4.93.3.4, 4.93.4.6, 4.94.1.2. *Mantinea*: Th. 5.66.1.2, 5.67.2.2, 5.68.3.5. *Río Anapo*: Th. 6.67.1.2, 6.67.1.5, 6.67.1.6, 6.67.2.1, 6.67.2.6, 6.70.4.2. *Otras menciones*: Hdt. 5.102.8, 5.109.5, 5.109.14, 5.110.2, 5.110.3, 5.110.5; Th. 6.102.1.3, 7.6.2.3.

⁶⁵ Hdt. 1.80.14, 1.80.15, 1.80.19, 1.103.4, 1.191.2, 1.191.4, 3.155.22, 3.155.24, 3.155.31, 3.157.9, 7.218.11, 9.31.6, 9, 11, 13, 16, 21, 23, 30, 9.32.2, 9, 15, 16, 9.33.1, 9.63.7. En 7.87, Heródoto designa incluso el orden de los contingentes en la columna de marcha de Jerjes.

⁶⁶ *Flota persa*: Aesch. *Pers.* 366. *Flota griega*: Aesch. *Pers.* 381; Hdt. 6.8.2, 6.8.8, 6.8.11, 8.1.1, 8.70.2, 8.76.7, 8.86.5, 8.89.10; Th. 2.90.1.4, 3.78.1.6, 8.104.1.2.

⁶⁷ Hdt. 7.212.7; Th. 2.79.6.1, 3.87.3.2, 8.69.1.4.

genérico, hace referencia al orden de combate⁶⁸; en tercer lugar, como posición, puede referirse tanto a un sentido específico —es decir, de un hombre dentro de la formación o con respecto a los compañeros— como general —de un contingente dentro del campo de batalla—⁶⁹; y por último, puede significar también “fila”, posiblemente el uso más próximo a nuestra noción de falange, aunque estos casos dependen fuertemente del contexto⁷⁰. Sin embargo, de igual modo que sucedía con la forma verbal, el sustantivo tiene también unos usos “irregulares” que evidencian su significado genérico e inespecífico: Esquilo también designa la posición de las tropas persas como “*táxis*” (*Pers.* 298), y Heródoto emplea el término para representar “filas” en el ejército persa (9.31.8); puede estar también referido a la formación de una flota (Hdt. 6.14.8), e incluso indicar una hilera, como los remeros en un barco (Aesch. *Pers.* 380).

Por lo que parece, a “*tássō/táxis*” le falta una noción más detallada, más específica, pues los escritores del siglo V presuponen que hay un orden en la disposición de las tropas sobre el campo de batalla y de los soldados en ellas, pero no aclaran de qué tipo de orden se trata. Otros verbos se emplean a menudo como sinónimos en esa noción ambigua e inespecífica de “formación”, por ejemplo *ἵζω* (*hízō*), *κοσμέω* (*kosméō*), *παρακρίνω* (*parakrínō*), y especialmente *ἵστημι* (*hístēmi*) y *καθίστημι* (*kathístēmi*)⁷¹, cuyo significado de “alzarse” o “situarse” carece de cualquier información táctica relevante. También estos verbos evidencian su condición genérica al aparecer en ocasiones referidos al ejército persa⁷². Por tanto, para la gran mayoría de las batallas del siglo V, historiadores como Tucídides carecen de un vocabulario técnico que describa la naturaleza de la formación táctica griega, y deben recurrir a expresiones perifrásticas: en Potidea, los atenienses “se preparan como para la batalla (*παρασκευαζομένους ὡς ἐς μάχην*)” (Th. 1.62.5.2); en Olpas, “ambos ejércitos formaron para combatir (*ἐτάσσοντο ἀμφοτέροι ὡς ἐς μάχην*)” (Th. 3.107.3.4), al igual que los invasores peloponesios en el Ática —“*ὡς ἐς μάχην ταξάμενον*” (Th. 2.20.1.3)—, los argivos en Mantinea —“*παρετάξαντο ὡς ἐς μάχην*” (Th. 5.65.1.2)—, y los atenienses en Espartolo —“*ὡς ἐς μάχην καθίστανται*” (Th. 2.79.3.1)—, Río Anapo —“*παρασκευάζοντο ὡς ἐς μάχην*” (Th. 6.67.1.2)— y Río Erineo —“*ὡς ἐς μάχην ξυνετάσσετο*” (Th. 7.81.4.5)—; en Delio los ejércitos “se colocan en orden” o “en posición” —“*ὡς τάξιν καθίστασθαι*” (Th. 4.93.2.3-4), “*καθεστῶτων δὲ ἐς τὴν τάξιν*” (Th. 4.94.2.1)—, como más tarde los espartanos en Mantinea —“*καθίσταντο ἐς κόσμον*” (Th. 5.66.2.3-4)—. Da la impresión, por tanto, de que estas expresiones son el único recurso disponible cuando el relato histórico exige una mayor precisión en los detalles tácticos pero el vocabulario existente es insuficiente para aportarla.

Hay otros modos de incidir con mayor claridad en la idea de “orden” de la que el verbo *tássō* carece; uno de ellos es precisar mediante algún término complementario el sentido de la acción, y en las fuentes ese término suele ser *κόσμος* (*kósmos*). Desde la propia épica homérica, “*kósmos*”

⁶⁸ Hdt. 9.21.11, 9.26.2; Th. 2.84.2.1, 4.72.2.3, 4.93.2.3, 4.94.2.1, 4.125.2.4, 5.8.2.2, 5.66.1.5, 5.67.1.2, 5.68.1.1, 5.70.1.5, 6.34.4.12, 7.5.3.6, 7.30.2.7, 7.78.1.2. Este uso pone de manifiesto la existencia de una cierta noción de “orden”, aunque sin detallar su naturaleza.

⁶⁹ Hdt. 7.104.21, 7.219.8, 9.26.6, 9.26.34, 9.27.31, 9.27.32, 9.47.2, 9.48.1, 9.48.5, 9.57.4.

⁷⁰ Hdt. 6.111.14, 9.25.4, 9.25.6, 9.31.8, 9.71.15 (dudoso); Th. 5.68.3.8.

⁷¹ *ἵζω*: Hdt. 6.77.4 (en la batalla de Sepea). *κοσμέω*: Hdt. 7.212.7 (en las Termópilas). *παρακρίνω*: Hdt. 9.98.10 (en Mícale). *ἵστημι*: Hdt. 9.28.13, 14, 16, 21, 22, 25, 9.46.5, 9.48.1. *καθίστημι*: Th. 1.62.5.2, 2.79.3.1, 4.33.1.6, 4.93.2.3-4, 4.93.3.2, 4.94.2.1, 5.66.2.3-4, 5.67.1.1, 5.67.1.5, 5.68.3.7, 6.69.1.6.

⁷² *ἵζω*: Hdt. 3.11.1. *κοσμέω*: Hdt. 3.13.2, 9.31.8-9. *ἵστημι*: Hdt. 9.31.7, 9.31.10, 9.31.19.

resalta la existencia de un orden concreto en las formaciones de combate⁷³, aunque una vez más ese orden no llega a detallarse, o bien se da por sentado; en el siglo V, el empleo mayoritario es más bien en sentido negativo, evidenciando la falta de orden, como por ejemplo en las Termópilas, donde Leónidas trata de evitar que los griegos se retiren *ἀκόσμως* (*akósmōs*), “de modo desordenado” (Hdt. 7.220.25). Existe un extraordinario vínculo entre “*kósmos*” y “*táxis*”, hasta el punto de que muestran usos similares: Tucídides menciona diversos casos de *ἀταξία* (*ataxía*) en ejércitos griegos (Th. 2.92.1.4, 5.10.6.6, 6.72.3.2, 7.43.7.2), y describe algunas formaciones como *ἀτακτότερον* (*ataktóteron*, Th. 6.97.4.1) o *ἀτάκτως* (*atáktōs*, Th. 6.53.2.2), haciendo referencia al “desorden” en la disposición táctica. No obstante, tampoco este caso está exento de usos “irregulares”, pues la expresión puede también estar referida al ejército persa *ἀκόσμως* (Aesch. Pers. 470)—, a su flota *ἀκόσμως* (Aesch. Pers. 422)—, e incluso a la flota griega (Aesch. Pers. 400), a la que Heródoto describe en Salamina navegando “con orden y en formación (*σὺν κόσμῳ καὶ κατὰ τάξιν*)” (8.86.4).

Como veíamos en Jenofonte, el orden puede también enfatizarse mediante referencias a la “ruptura” de la formación, lo que indica la existencia de algún tipo de disposición ordenada que se deshace en algún momento del combate. Los autores del siglo V, sin embargo, emplean un verbo diferente de los utilizados por Jenofonte: el verbo *ρήγνυμι* (*rhēgnymi*) y sus derivados, que se emplean con ese sentido al menos desde Homero⁷⁴; en el siglo V, tanto Sófocles —*ἐκρήξει μάχη* (Aj. 775)— como Heródoto (6.113.4, 6.113.7) y Tucídides (4.96.6.2-3, 6.70.2.3) lo utilizan en alguna ocasión; este último incluso lo emplea para describir el modo en que los flancos de la formación pueden llegar a perder contacto entre sí (5.73.1.2). Pero, una vez más, la acción de “romper” un contingente no aclara en absoluto la naturaleza de la formación.

Hasta este punto, podemos comprobar que las fuentes del siglo V muestran, por lo que respecta a la terminología, una situación enormemente similar a la descrita en Jenofonte: las expresiones más comunes son a menudo genéricas y ambiguas, carecen de un significado específico o “técnico” que podamos identificar con la infantería griega —al contrario, pueden emplearse para ejércitos no griegos e incluso para flotas—; y no aportan detalles tácticos concretos, pues indican la existencia de un cierto orden pero dejan la naturaleza de ese orden en la más completa oscuridad. En ocasiones, las propias fuentes no parecen ponerse de acuerdo a la hora de caracterizar el sistema de combate de la época. En efecto, algunos pasajes en la literatura parecen hacer hincapié en la importancia de la disciplina y la formación, como el del exiliado espartano Demarato, que exalta el valor de sus compatriotas en el combate colectivo resaltando su norma de resistir y no huir (Hdt. 7.104), pero ese énfasis no es siempre unánime ni constante: Aristodemo, que abandonaría la fila en Platea (Hdt. 9.71), es citado a menudo como ejemplo de la censura que entre los griegos merecía el abandonar la posición y poner así en peligro a la línea; pero en realidad, de acuerdo con Heródoto, Aristodemo no fue censurado por abandonar la formación, sino porque su valor, que para Heródoto era el más digno de mención de todo el ejército griego⁷⁵, era fruto de la desesperación y el deseo de morir, y no de la búsqueda de fama o prestigio entre sus conciudadanos,

⁷³ *κοσμέω*: Il. 2.476, 554, 655, 704, 727, 806, 3.1, 11.51, 12.87, 14.379, 388; por otra parte, diversos líderes aparecen denominados como “organizadores de las huestes (*κοσμήτορες λαῶν*)” (Il. 1.16, 375, 3.236).

⁷⁴ Il. 6.6, 7.141, 11.90, 13.718, 15.408. Los usos militares de este verbo prácticamente desaparecen durante la época Arcaica, y están ausentes en Tirteo, Calino o Arquíloco; como excepción, Estesícoro contiene en un fragmento una referencia aislada —*ρήξιγόνορα*, frg. S88 col.1.21—.

⁷⁵ “*ἄριστος ἐγένετο μακρῷ Ἀριστόδημος κατὰ γνώμας τὰς ἡμετέρας*” (9.71.7-8).

motivos completamente legítimos. Era la causa escondida tras su comportamiento lo que produjo el rechazo, no el hecho concreto de abandonar la línea ⁷⁶.

Así pues, como sucedía con Jenofonte, es preciso acudir a otro tipo de recursos, especialmente aquellas descripciones o relatos más complejos que nos permitan visualizar de algún modo la naturaleza exacta de la formación griega del siglo V. En esas descripciones destacamos igualmente tres variables: la disposición táctica en un frente longitudinal, la profundidad de la formación, y la densidad de las filas.

Por lo que respecta a la disposición de la formación en una orientación longitudinal, los textos muestran modos diversos de transmitirlo. En primer lugar, mediante las abundantes referencias a los flancos de la formación: los historiadores nombran a menudo los *κέρατα* (*kérata*) de un ejército ⁷⁷, y distinguen con claridad un flanco derecho –τὸ δεξιὸν κέρας ⁷⁸– y un flanco izquierdo –τὸ εὐώνυμον κέρας ⁷⁹–, que a menudo están separados por varios cientos de metros; e incluso puede ir más allá de los flancos y llegar a los “extremos” –τὰ ἔσχατα (Th. 4.96.2.1), ἔσχατον (Th. 5.67.1.7), τὸ κέρας ἄκρον (Th. 3.107.4.7) ⁸⁰–. Al igual que sucedía en Jenofonte, esa distinción parece claramente indicativa de una disposición en torno a un eje longitudinal. Por supuesto, este vocabulario tampoco está exento de usos “irregulares”, pues tanto Esquilo (*Pers.* 399) como Heródoto (6.8.4, 8.76.5, 8.85.2) y Tucídides (8.104.2.2) distinguen “*kérata*” en las formaciones de las flotas griegas.

Un complemento a las referencias a los flancos es la existencia de una “parte central” (*μέσον*, *méson*) ⁸¹; tanto en Maratón (Hdt. 6.111-113) como en Platea (Hdt. 9.28), Heródoto distingue el centro de los flancos en la formación griega, lo que pone de manifiesto la gran extensión del frente. En esa misma línea, los historiadores introducen en ocasiones descripciones en las que se nombran los contingentes dispuestos en orden sucesivo, uno al lado de otro, de uno a otro extremo: Tucídides distingue un “primer contingente desde el flanco (ἡ πρώτη φυλὴ τοῦ κέρως)” (Th. 6.101.6.1), y en todas las grandes batallas del siglo V –Maratón (Hdt. 6.111.5-7), Platea (Hdt. 9.28), Micalé (Hdt. 9.102), Delio (Th. 4.93.4.1-4), Mantinea (Th. 5.67), Río Anapo (Th. 6.67.1)– encontramos esa técnica narrativa. No obstante, Heródoto la aplica una vez más a la flota griega (6.8.4-12).

⁷⁶ Heródoto lo afirma explícitamente: los griegos deciden tras la batalla que, a pesar de que Aristodemo ha realizado grandes hazañas, ha estado movido por la humillación recibida en las Termópilas, y que por ello debe ser otro, Posidonio, el que ostente el galardón de haber sido el más valiente, pues “había sido un hombre valiente *a pesar de no querer morir* (οὐ βουλόμενον ἀποθνήσκειν ἄνδρα γεέσθαι ἀγαθόν)” (9.71.16); Heródoto señala que por esa ambición suicida Aristodemo fue el único de los caídos que no recibió honores.

⁷⁷ Hdt. 6.111.15, 6.113.5, 6.113.8, 9.26.4, 9.26.28, 9.26.31, 9.26.37, 9.28.3, 9.102.6; Th. 1.62.6.2, 3.107.4.3, 3.107.4.7, 4.93.4.5, 4.94.1.3, 4.96.5.4, 4.134.1.4, 5.67.2.1, 5.71.2.2, 6.101.6.1, 8.25.3.2. Tucídides también menciona ataques “desde el flanco” –ἐκ πλαγίου (4.33.1.6, 7.6.2.3)–.

⁷⁸ Hdt. 6.111.2, 6.111.4, 9.28.6, 9.46.1, 9.47.8, 9.50.4-5; Th. 3.108.2.1, 4.43.2.1, 4.43.4.3, 4.43.5.2, 4.44.2.1, 4.93.4.1, 5.67.1.6, 5.67.2.2, 5.71.1.10, 5.71.3.5, 6.67.1.2, 6.101.4.3, 6.101.5.4. También aparece simplemente como τὸ δεξιόν (Th. 3.108.1.3, 4.96.4.2, 5.10.4.2, 5.10.8.4, 5.10.9.1, 5.71.1.6, 5.71.3.7, 5.72.3.2, 5.73.1.3, 6.67.2.7).

⁷⁹ Hdt. 6.111.7, 9.28.30; Th. 4.43.4.2, 5.10.3.5, 5.10.8.2, 5.67.1.1; 5.67.2.8, 6.70.2.2, 7.6.3.1. También τὸ εὐώνυμον (Hdt. 9.47.9; Th. 3.107.4.7, 3.107.4.8, 4.43.5.3, 4.93.4.4, 4.96.3.1, 4.96.5.3, 5.71.1.5, 5.71.3.1, 5.73.2.1, 6.101.4.4, 6.101.6.2).

⁸⁰ Hay combinaciones: ἔσχατον τὸ εὐώνυμον (Th. 3.107.4.8), ἔσχατοι τὸ εὐώνυμον κέρας (Th. 5.67.2.8).

⁸¹ Hdt. 6.111.13, 6.113.2, 6.113.7; Th. 4.93.4.2, 4.96.3.2, 5.9.7.1, 5.10.7.1, 5.72.4.2, 6.67.1.3.

Por lo que respecta a la profundidad de la formación, este factor es relevante cuando la descripción aporta detalles concretos sobre un orden específico; ello puede llevarse también a cabo de diversos modos: al menos en dos ocasiones, Tucídides se refiere a la existencia de una “primera fila” —ἐν τῷ πρώτῳ ζυγῷ (Th. 5.68.3.4-5), ἡ πρώτη τάξις (Th. 5.68.3.8)—; por supuesto, ello por sí mismo no es necesariamente indicativo de una falange, ya que la masa puede estar dispuesta de modo anárquico tras la primera fila, pero Tucídides también se refiere de modo explícito a la “profundidad” (βάθος, *báthos*) (Th. 5.68.3.5), y en ocasiones incluso describe esa profundidad de modo muy concreto: los tebanos forman en Delio en columnas de veinticinco escudos en fondo —ἐπ’ ἀσπίδας δὲ πέντε μὲν καὶ εἴκοσι (Th. 4.93.4.6)—, los siracusanos en Río Anapo en dieciséis escudos en fondo —ἐφ’ ἐκκαίδεκα (Th. 6.67.2.2)—, y otros ejércitos en columnas de ocho en fondo —ἐπὶ ὀκτώ (Th. 4.94.1.1, 5.68.3.7, 6.67.1.5, 6.67.1.6)—. Tucídides es, significativamente, el único historiador del siglo V que utiliza esta técnica descriptiva (van Wees 2004: 185ss.), y lo más probable es que se haya creado en estas fechas⁸². Como sucedía en Jenofonte, el relato alcanza un nivel de detalle que nos permite vislumbrar una formación ordenada, un rectángulo del que deducimos que, al menos por lo que respecta a la profundidad, los soldados no están colocados al azar, sino uno detrás de otro, en hileras de capacidad fija. No obstante, la expresión también puede aplicarse a las naves: la flota peloponesia, por ejemplo, sale al encuentro de la escuadra de Formión en formación de cuatro en fondo —ἐπὶ τεσσάρων ταξάμενοι τὰς ναῦς (Th. 2.90.1.4-5)—.

Por último, por lo que respecta a las referencias a la densidad de la formación, siempre se trata de valores aproximativos, no concretos, y mucho menos con un sentido “técnico”: las tropas pueden ser descritas como “agrupadas” o “compactas” —ἀθρόοι (*hathróoi*, Hdt. 6.112.9; Th. 6.70.3.4, 6.70.4.1)—, y también se recupera el viejo adjetivo πυκνός/πυκινός (*pyknós/pykinós*) que encontrábamos en Homero, aunque su uso está mucho más limitado que en la épica: los focenses compactan sus tropas lo más posible —πυκνῶσαντες ὡς μάλιστα (Hdt. 9.18.5)— para defenderse del ataque de la caballería persa, mientras que en Mantinea Tucídides afirma que los soldados tratan de hacer la formación “lo más compacta posible” —τὴν πυκνότητα (5.71.1.8)—. La línea puede ser denominada también como una “masa impenetrable” —ξύγκλησις (*xýnklēsis*, Th. 5.71.1.8)—, y esa acción de cerrar estrechamente las filas —συγκλείω (*synkleíō*)— aparece en momentos de extraordinario peligro para las tropas, como la retirada espartana en Esfacteria —ξύγκλησαντες (Th. 4.35.1.2-3)⁸³—.

En definitiva, el vocabulario griego referido a la disposición táctica de las tropas en el siglo V es poco riguroso, poco técnico, y poco descriptivo; carece de un significado táctico específico, pues no se limita a la infantería griega, sino que se emplea en situaciones y contextos diversos. Hay gran ambigüedad e inexactitud en los detalles: ni los verbos para designar la acción de “formar”, ni los diversos recursos para caracterizar el orden nos permiten hacernos una idea exacta de la naturaleza del frente de batalla. Sin embargo, en todas y cada una de esas características se aproximan bastante a la descripción de Jenofonte: el empleo del verbo “τάσσω” para designar el despliegue de un

⁸² Una referencia en la fragmentaria obra de Aristófanes, *Los Babilonios*, fechada comúnmente ca. 426 a.C., se considera el testimonio más antiguo de esta técnica descriptiva: “Colocados todos en fila, tres escudos en fondo” (“ἴσταςθ’ ἐφεξῆς πάντες ἐπὶ τρεῖς ἀσπίδας”, frg. 66.1). Este autor la utiliza también en *Lisístrata*, donde bromea acerca del asedio ateniense a Cleomenes en la Acrópolis, “durmiendo de diecisiete en fondo delante de las puertas” (“ἐφ’ ἑπτακαίδεκα ἀσπίδων πρὸς ταῖς πύλαις καθεύδων”, *Lys.* 282).

⁸³ La acción también se describe en Mantinea —ξύγκλησαι (Th. 5.72.1.7, 5.72.3.5)—, pero por el contexto entendemos que lo que se pretende es que los escritas, separados del resto del ejército espartano por la orden del rey Agis, “conecten” nuevamente con el cuerpo principal.

ejército en formación de combate y las ambigüedades derivadas de su sentido genérico; el sustantivo “*táxis*” y sus diferentes significados, incluida la dudosa traducción como “fila”, enormemente dependiente del contexto y carente de refuerzos sólidos; la incidencia en la idea del orden mediante derivados como “*akósmōs*” o “*atáktōs*”, así como las referencias a la ruptura de la línea mediante el verbo “*rhēgnými*” –aunque, como veíamos, Jenofonte no empleará ya este verbo y buscará otros de significado más específico–; la descripción de la formación griega como un gran frente longitudinal mediante las referencias a los flancos y al centro, así como las descripciones de los contingentes sucesivos; las precisas indicaciones sobre la profundidad como una variable numérica homogénea, y los intentos por representar de modo individualizado la primera línea; y por último las indicaciones sobre la densidad de la formación. La impresión resultante de este análisis es que las fuentes del siglo V están describiendo una falange, tal y como Jenofonte la caracterizará unas décadas más tarde, pero sin llamarla todavía por su nombre.

Tucídides es sin duda una pieza fundamental en la evolución de un concepto que, heredado de la tradición poética, se reinventa a comienzos del siglo IV para designar una realidad táctica que se encuentra a todas luces en proceso de consolidación. La formación griega de combate no se encuentra tan detalladamente descrita en Heródoto, apenas una generación antes que Tucídides, aunque algunos elementos clave, como la descripción de un extenso frente longitudinal, se encuentran ya presentes en él; Heródoto es mucho menos sistemático en el empleo del vocabulario, y sus usos y significados son menos específicos. Esa secuencia “Heródoto – Tucídides – Jenofonte” nos permite detectar una evolución en el concepto de “falange” y en la propia descripción de fenómenos militares, que tiende hacia una progresiva especialización del vocabulario, cada vez más técnico, más depurado y más detallado. Y a la inversa, cuanto más nos acercamos a la Época Arcaica, menor parece el grado de exactitud y detalle de la terminología militar.

¿“FALANGE ARCAICA”?

Como hemos visto, el término “*phálanx*” se encuentra presente en la literatura arcaica, aunque da la impresión de que el concepto clásico que Jenofonte elaborará de modo tan concienzudo en sus obras, y que aparecerá también en las fuentes del siglo V, es mucho más difícil de detectar: no hay referencia alguna al verbo “*tássō*” o sus derivados; no existe un vocabulario específico para designar a los contingentes o a los soldados; no encontramos tampoco indicaciones sobre el orden, la posición o la formación, ni menciones a los “flancos” o al “centro”⁸⁴; las fragmentarias exhortaciones líricas no aportan información alguna sobre la disposición concreta de las tropas, ya sea en un frente longitudinal o de cualquier otra forma; no hay indicaciones sobre extensión, profundidad, o densidad... Conclusión: ninguno de los elementos que nos permiten caracterizar y definir a la falange clásica se encuentran en la lírica arcaica.

No se trata de una cuestión meramente lingüística –es decir: el problema no radica en que la lengua griega no haya encontrado todavía la manera de describir de modo fidedigno una realidad

⁸⁴ Un pasaje en la *Iliada* (13.306-329) muestra a Idomeneo y Meriones decidiendo si entrar en el combate “a la derecha de todo el campo, por el centro o la izquierda”; a pesar de las apariencias, sin embargo, la escena no recrea los flancos ordenados de una formación, sino la distribución espacial de unas tropas que el poeta considera muy numerosas en un espacio relativamente limitado –el campamento aqueo, asediado en ese momento por los troyanos–. El hecho de que Idomeneo decida entrar en combate por el lado izquierdo, al ver los demás frentes cubiertos por héroes aqueos, es en realidad un elemento más a favor de la movilidad de las tropas homéricas.

táctica concreta—, ni tampoco literaria —es decir: no se trata de que no haya textos suficientes en el período arcaico como para encontrar este tipo de expresiones—. En mi opinión, el concepto clásico de “falange”, con todas sus características y condicionantes, no existe en la Época Arcaica: no hay nada parecido a las formaciones tácticas clásicas en la poesía de Tirteo o Calino. En sentido estricto, la falange es un concepto creado en el siglo IV, cuyo funcionamiento puede retrotraerse con cierta seguridad al siglo V; tiene poco que ver, por tanto, con la Época Arcaica.

CONCLUSIONES. EL COMBATE EN ÉPOCA ARCAICA

A juzgar por lo expuesto en este capítulo, habría que concluir que ni la poesía lírica ni las pinturas vasculares son argumentos determinantes a favor de la presencia de la falange en la Época Arcaica; al contrario, estos testimonios presentan numerosos puntos oscuros: por un lado, tanto Arquíloco como Tirteo y Calino muestran tipos diversos de combate entremezclados en un sistema abierto y móvil, carecen de una terminología específica para el armamento, los soldados o las formaciones, y evidencian una significativa ausencia de los conceptos fundamentales —“hoplita” y “falange”—; por otro lado, las pinturas vasculares plantean problemas de interpretación, pues el optimismo derivado de la identificación del armamento y de la aparente cohesión de los grupos de combatientes en escenas como la del Vaso Chigi hacen olvidar la presencia de las dos lanzas, la profusión de miembros sin dueño, las dificultades narrativas, etcétera. Así pues, sugiero que tanto el hoplita como la falange son —tanto material como conceptualmente hablando— realidades propias de la Época Clásica, surgidas a lo largo del siglo V y expandidas en el IV, y que por tanto reflejan los condicionantes sociales, políticos, económicos e ideológicos de ese período.

El concepto de “hoplita” surge a comienzos del siglo V para designar al “guerrero de estatus” heredero de los soldados aristocráticos del período precedente; el término pone de manifiesto en sus primeros usos las tradiciones literarias —función adjetival, construcción perifrástica— y los matices sociales —guerreros ciudadanos, individuos de plena participación en las instituciones— con los que nace, y que con el tiempo irán quedando en un segundo lugar; ya en Tucídides, la distinción social da paso a un concepto mucho más genérico, basado únicamente en un criterio militar, con lo que el hoplita pasa a ser un “soldado de infantería con armamento pesado”; ese será el significado que predominará ya en Jenofonte y pasará a la literatura posterior, aunque el concepto original todavía pueda aparecer en ocasiones aisladas. Por ello, “deberíamos mostrarnos vacilantes a la hora de aplicar el término a períodos anteriores del armamento griego” (Snodgrass 1964: 204).

La falange, por contra, es un término antiguo que experimenta una tardía y completa reelaboración; sus usos originales en plural para designar “segmentos” o contingentes del ejército en la épica darán paso a un silencio casi absoluto durante cerca de dos siglos, hasta que Jenofonte cree un nuevo concepto a partir del viejo término poético: en singular, referida a la infantería pesada griega y tratada de modo coherente como una unidad, la falange aparecerá caracterizada por su disposición longitudinal en un extenso frente y una profundidad homogénea de varias líneas; los soldados se encuentran dispuestos en posiciones específicas, y la organización en retícula le confiere su aspecto rectangular característico. Muchos de estos elementos se encuentran ya activos, aunque embrionarios, en las narraciones de Tucídides y Heródoto, por lo que la táctica puede retrotraerse al siglo V, aunque nunca más allá. Al igual que en el caso del hoplita, el empleo

del término “falange” para referirnos a las formaciones de infantería de la Época Arcaica debería considerarse anacrónico.

Por tanto, si aplicamos estos conceptos, habría que concluir, en primer lugar, que ni la falange ni el hoplita existían en sentido estricto durante la Época Arcaica. Naturalmente, encontramos un “guerrero de estatus” durante esos siglos, un individuo que participa plenamente en las instituciones de la comunidad, y que disfruta de una posición de cierta holgura económica y cierto prestigio social; la función militar es uno de sus campos de participación, pero no es ni mucho menos exclusivo, sino que a su lado combaten individuos procedentes de diferentes extracciones y grupos sociales, individuos que posteriormente no reciben el mismo reconocimiento por su función. Y por lo que respecta a la táctica de combate, la masa es la que lleva el peso de la lucha, pero esa masa no parece mostrar signos de una organización o disposición regular, sino que más bien se articula de modo abierto, dando rienda suelta a la iniciativa de sus diferentes unidades y contingentes.

En pocas palabras, hay una lenta evolución hacia la falange a lo largo de la Época Arcaica, que sólo culmina en el siglo V; en ese proceso de siglos, el combate en masa que surge en el período Geométrico va a ir ganando progresivamente orden, rigidez y uniformidad, hasta culminar en la formación rectangular, basada en filas y columnas, que encontramos en Tucídides. Todo acontece, por tanto, a un ritmo mucho más lento del esperado, y podríamos sintetizarlo del siguiente modo:

Como hemos visto, los testimonios arqueológicos parecen coincidir en señalar que el combate de la Época Oscura se basa en una combinación de lucha de proyectiles y lucha cuerpo a cuerpo: los diversos tipos de armas arrojadas ocupan un lugar privilegiado entre los restos encontrados, y se suceden sin interrupción en las escenas de combate de la cerámica geométrica (Ahlberg 1971); las espadas, por otra parte, son todavía relativamente abundantes, y ponen de manifiesto la existencia de un combate de proximidad que no es incompatible con las flechas, las hondas y las jabalinas. El entorno del 700 es, por tanto, un rico mosaico de armamento en expansión, en experimentación, en diversificación: diferentes tipos de cascos metálicos se introducen en Grecia a partir de paralelos asiáticos; se extiende la producción de hojas de espada y lanza, tanto en hierro como en bronce; a los tipos tradicionales de escudo, rectangulares o circulares en madera y piel, se suman ahora la variedad argiva, redonda y de doble abrazadera, y la beocia, con escotaduras, fabricados en madera y con recubrimiento de bronce; aparecen nuevos tipos de protectores corporales en metal, como la coraza de campana o las grebas; y las diferentes modalidades de proyectiles –arcos y flechas, hondas, jabalinas y dardos– se expanden considerablemente⁸⁵. A comienzos de la Época Arcaica, por tanto, el armamento es enormemente variado, y no hay pruebas de una panoplia específica.

Dentro de la variedad de armas ofensivas, el elemento que más llama la atención es la utilización de las *dos* lanzas; los testimonios, tanto arqueológicos como literarios, son unánimes en este aspecto: lanzas de varios tamaños se han encontrado en las tumbas geométricas, y la interpretación más habitual les concede diferente uso, sirviendo las más grandes como arma de combate y las más pequeñas como proyectiles (Courbin 1968: 72; Snodgrass 1964: 136ss.). Por otra parte, los guerreros de las pinturas vasculares aparecen sistemáticamente representados con dos lanzas (Anderson 1991: 17-20); el número de casos es abrumador, con ejemplos que van desde la cerámica geométrica a la clásica (Figs. 20-21), y poseen también dos lanzas los guerreros de las escenas más famosas de la pintura protocorintia –el aríballo de Berlín (Fig. 15), la enócoe de Eritras (Fig. 16),

⁸⁵ Courbin (1968), Snodgrass (1964; 1999), Jarva (1995), Lorimer (1947; 1950).

el aríbalo MacMillan (Fig. 17), el aríbalo de Siracusa (Fig. 10) y el Vaso Chigi (Fig. 14)–. Los poemas homéricos, por último, están inundados de referencias a ellas: Paris se adelanta a combatir llevando en las manos “dos lanzas encastradas de bronce (δοῦρε δὺν κεκορυθμένα χαλκῷ)” (*Il.* 3.18); al armarse para el combate, Agamenón toma dos lanzas (*Il.* 11.43), al igual que Idomeneo (*Il.* 13.241) y Patroclo (*Il.* 16.139); también tienen dos lanzas en su equipamiento Néstor (*Il.* 10.76) y Sarpedón (*Il.* 12.298); el peonio Arteropeo, incluso, es ambidiestro y maneja sus dos lanzas a la vez (*Il.* 21.145, 162-168); Odiseo es evocado varias veces portando dos lanzas (*Od.* 1.256, 12.228, 22.101, 22.125), y dos lanzas pide cada vez que se aproxima el momento de combatir (*Od.* 16.295, 18.377).

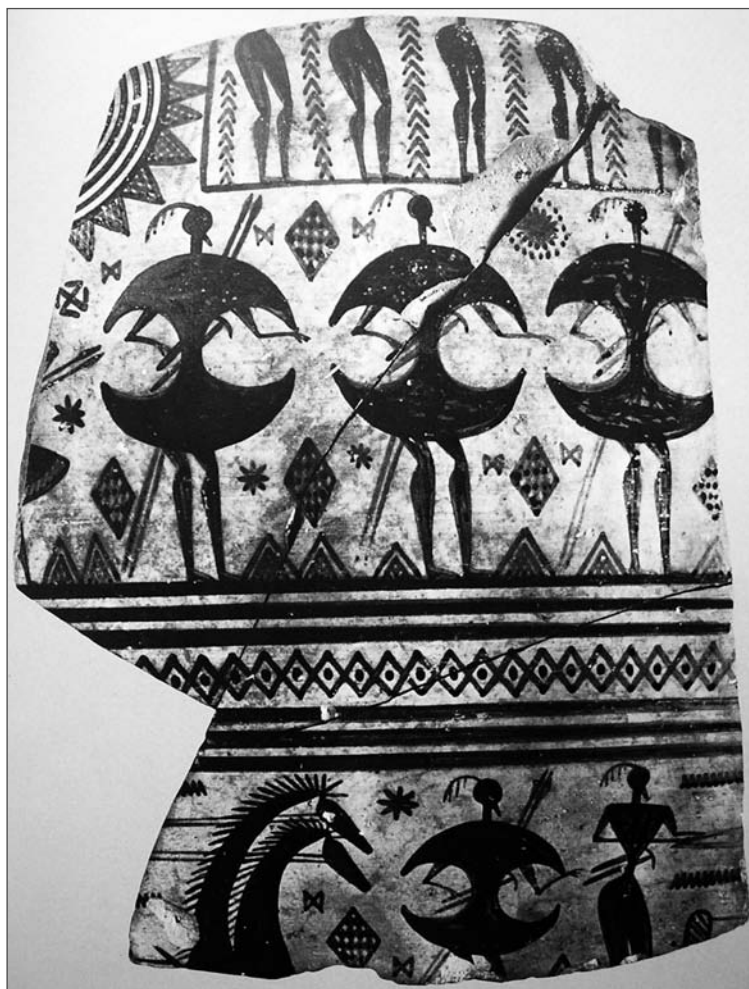
Sin embargo, la aparente incompatibilidad de las dos lanzas con el equipamiento “hoplita” que se suponía predominante ya en este momento ha llevado a algunos autores a interpretar las lanzas representadas en las pinturas vasculares de modo diverso: se ha propuesto que podría tratarse de “lanzas fantasma”, destinadas a sugerir al espectador que el soldado posee una segunda lanza, pero que esta se encuentra en realidad como reserva, en manos de su sirviente (Lorimer 1947: 83); también se ha propuesto que las pinturas serían poco realistas, tratándose más bien de escenas idealizadas (Lorimer 1947: 104-107); se ha indicado que el pintor podría estar representando en una sola imagen dos momentos sucesivos de la acción, en la que el guerrero lleva la lanza en reposo mientras se aproxima y luego la arroja; e incluso que podría tratarse de un simple recurso para transmitir la idea de multitud (Anderson 1991: 19). La pieza que ha generado mayor estupefacción ha sido sin duda el Vaso Chigi, pues aunque los expertos lo consideran una representación fidedigna de una falange hoplita, la gran mayoría de los guerreros representados en él lleva dos lanzas⁸⁶. A pesar de todas estas críticas, la tradición literaria coincide con la pictórica a la hora de representar este fenómeno; como afirma Anderson, “la explicación más simple, que los soldados llevan realmente dos lanzas, parece la más aceptable” (1991: 19).

El guerrero arcaico temprano, por tanto, emplea diversas armas ofensivas, que incluyen lanzas arrojadas; porta diferentes tipos de escudo, a juzgar por las pinturas vasculares; puede llevar o no elementos defensivos como la coraza, el casco o las grebas, y cuando aparecen pertenecen a tipos diversos. El armamento es, por tanto, muy variado, y las panoplias son muy poco uniformes; como afirma Hijmans, “es curioso que en la cerámica Geométrica se combinan en ocasiones los escudos y los arcos, algo para lo que no hay evidencias claras en la *Iliada*, mientras que en la *Iliada* las lanzas y los arcos aparecen combinados en algunos casos, algo para lo que no parece haber paralelos pictóricos en la cerámica Geométrica” (1976: 346). La literatura y la arqueología a menudo coinciden, pero en otras ocasiones ofrecen una información complementaria.

Este armamento, unido al análisis de las escenas de combate en los poemas homéricos y las pinturas vasculares (Ahlberg 1971), pone de manifiesto que la lucha no se lleva a cabo mediante una única táctica posible –ya sea la falange o cualquier otra–, sino más bien mediante una combinación de modelos a larga y corta distancia, con proyectiles y cuerpo a cuerpo. Como hemos visto a lo largo de estos capítulos, Homero aparece en la tradición historiográfica moderna como el prototipo del combate a larga distancia mediante proyectiles, mientras que Tirteo y la lírica posterior se consideran representativos del combate cuerpo a cuerpo en la falange; esa distinción, sin embargo, debería ser revisada, pues del mismo modo que numerosas investigaciones desde los años setenta han puesto de manifiesto el peso del combate en masa cuerpo a cuerpo en Homero⁸⁷, la lírica muestra referencias inequívocas a la lucha de proyectiles.

⁸⁶ Consultar Lorimer (1947), Snodgrass (1964: 198-199), Anderson (1991: 18-19), Hurwit (2002).

⁸⁷ Latacz (1977), Pritchett (1985a), van Wees (1986; 1988; 1994a; 1994b).



a

Fig. 20. Cerámicas Geométricas

He aquí algunos ejemplos de pinturas geométricas que muestran guerreros con dos lanzas:
a. Crátera ática, *ca.* 750 a.C.; *b.* Ánfora ática, *ca.* 725 a.C.;

En página siguiente:

c. Pie tetrápodo, *ca.* 725-700 a.C.; *d.* Ánfora de Benaki, ánfora de cuello ática, *ca.* 700 a.C.



b



Fig. 20. Cerámicas Geométricas

Todos estos casos, extraordinariamente antiguos, muestran un motivo que resulta bastante común dentro de la iconografía geométrica: independientemente del tipo de escudo o demás elementos defensivos, los guerreros llevan siempre dos lanzas.



En las fuentes arcaicas encontramos menciones a modos “no-hoplitas” de combate —es decir, con formaciones abiertas, armamento variable y relativo peso de la lucha a distancia mediante proyectiles—. Homero es una fuente inagotable de este tipo de evidencias, relativas a distintos tipos de “tropas ligeras” que envuelven las gestas de los héroes: hay menciones a arqueros individuales, como Pándaro (*Il.* 6.85ss.), París (*Il.* 3.16-18) o Teucro (*Il.* 8.266-272), pero también a tropas de arqueros, como los locrios de Áyax Oileo, que son también honderos (*Il.* 13.714-718); los aqueos en general aparecen a menudo arrojando “flechas, dardos y piedras” —τῶ δ' ἐπετοξάζοντο κάρη κομόωντες Ἀχαιοὶ ἰοῖσιν τε τιτυσκόμενοι λάεσσιν τ' ἔβαλλον (*Il.* 3.79-80)— y, más a menudo, lanzando piedras y manejando hondas⁸⁸, o simplemente arrojando

⁸⁸ *Il.* 12.154-177, 287, 16.774. Pritchett recoge hasta 15 ocasiones en las que un héroe agrede o se defiende de otro con piedras (1991: 3-5).

dardos y jabalinas⁸⁹ (Hijmans 1976:348). Así pues, la masa de guerreros realiza funciones muy diversas en el campo de batalla, entre las que se encuentran aquellas que suelen adscribirse a la infantería ligera de época posterior (van Wees 1986; 1988; 1994a; 1994b; 1995a; 1996; 2004).

Estas manifestaciones continúan claramente expuestas en la lírica arcaica: cuando Tirteo, tras dirigirse a los guerreros espartanos e infundirles ánimo en la batalla incitándoles a que cierren filas ante el enemigo (11.1-34), cambia repentinamente de interlocutor –“ὕμεις δ’”, “y vosotros” (11.35)–, queda claro que ya no se está refiriendo a los hijos del “linaje de Heracles invencible” (11.1), a los que “portan armadura completa (τοῖσι πανόπλοισιν)” (11.38), sino que se dirige a *otros* hombres: los γυμνήτες (*gymnētes*), posiblemente “tropas ligeras”. Hay una serie de indicios claros sobre la existencia de modos de combate distintos a la falange hoplita y la presencia de tropas muy heterogéneas –arqueros, escaramuzadores, honderos, caballería– en los campos de batalla a lo largo de la Grecia arcaica: Tirteo habla de lanzadores de piedras en el fragmento 19.2⁹⁰ y también en 19.19⁹¹, y en otro punto anima a cada soldado a que, “sosteniendo el escudo, no quede fuera del alcance de los dardos (μη δ’ ἐκτὸς βελέων ἐστάτω ἀσπίδ’ ἔχων)” (frg. 11.28); Alcman relata la muerte de dos jóvenes, uno por una flecha y otro por una piedra⁹²; las grebas que Alceo describe expuestas en la sala del banquete son una “defensa contra el poderoso dardo (ἄρκος ἰσχύρω βέλεος)” (frg. 357.6-7); Arquíloco menciona el combate con hondas y arcos en la llanura de Eubea (frg. 3), así como la lucha con dardos y flechas en varios fragmentos (98.5, 98.18-20, 139.6)⁹³; Calino también habla de la lucha a distancia con armas arrojadas en dos fragmentos (1.5, 1.14-15)⁹⁴. Muchos años después, Píndaro todavía menciona a un hombre herido “por una piedra disparada de lejos (χερμάδι τηλεβόλῳ)” (*Pyth.* 3.49)–.

La impresión resultante, en mi opinión, es que el combate de proyectiles es el contexto en el que se desarrollan las acciones que describen los poetas, exactamente del mismo modo que sucedía en Homero. Resulta claro que el armamento es tan variado como sus usos prácticos en la lucha, pero la terminología empleada en la literatura es muy poco específica; la lanza, por ejemplo, posee múltiples designaciones en la poesía arcaica –*αἰχμή*, *δόρυ*, *ἔγχος*, *μελίη*– que son muy difíciles de atribuir a tipos concretos: en la práctica, todas ellas pueden hacer referencia en algún momento a armas arrojadas, por ejemplo en Tirteo (5.6, 19.9, 19.13), en Mimnermo (14.4), o en

⁸⁹ βέλος: *Il.* 4.129, 465, 498, 5.18, 104, 106... ὅσπερ: *Il.* 4.118, 125, 134, 196, 206, 213, 217... ἰός: *Il.* 3.80, 4.94, 116...

⁹⁰ El verso es el siguiente: “[τ]ῆράς τε λίθων κα[ι]”; puede aventurarse una traducción como “... a los lanzadores de piedras ...” a partir de la reconstrucción de Snell –λευστ[ῆράς τε λίθων–.

⁹¹ “αἱ δ’ ὑπὸ] χερμαδίων βαλλόμεναι μ[εγάλων”, “alcanzados por las grandes piedras”; el verso siguiente revela que lo que se ve alcanzado por las piedras son los cascos –κ[όρυ]θες– La reconstrucción es de Wilamowitz, pero no afecta a la palabra clave –χερμαδίων–.

⁹² Frg. 1.23-32. El fragmento es algo confuso.

⁹³ Todos ellos han sido reconstruidos por Peek: 98.5: “[...]ων δούρατ’ ἐκπ[...] –Peek reconstruye ἐκπίπτουσι ο ἐκπέμψαι χερῶν– “[Arrojan] las lanzas” o “[envían de sus manos] las lanzas”; 98.18-20: “[...]μειπτή· πολλὰ δ’ ἐρρύ[η] / [...]φαρέτραι δ’ οὐκέτ’ ἔκρυψαν βέλεα / [...]σαν ἰῶν· οἱ δ’ ἐπε[...]”, “... y muchas eran disparadas ... / los carcajs ya no guardaban [dardos] ... / ... de las flechas ...”; 139.6: “[...]ν ἀκόντων δοῦπον οὔ [τι δεδιώς]”, “... sin [temer] el ruido de los dardos ...”.

⁹⁴ En este caso, el sentido de los versos es inequívoco: 1.5: “καί τις ἀποθνήσκων ὕστατ’ ἀκοντισάτω”, “y cada uno al morir arroje su último dardo”; 1.14-15: “πολλάκι δηϊοτήτα φυγὼν καὶ δοῦπον ἀκόντων ἔρχεται, ἐν δ’ οἴκῳ μοῖρα κίχεν θανάτου”, “A menudo regresa tras rehuir la batalla y el ruido de los dardos, y en su casa le alcanza el destino de la muerte”.

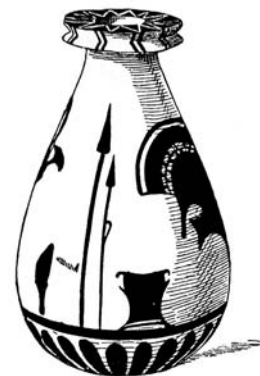


Fig. 21. Cerámicas Arcaicas

El modelo se transmite a los períodos posteriores de la pintura vascular; de entre los ejemplos que encontramos en el siglo VII a.C., podemos destacar:

- a. Aríbalo de Lequeo, *ca.* 690-680 a.C.;
- b. Aríbalo protocorintio, *ca.* 640 a.C.;
- c. Alabastro protocorintio, *ca.* 640 a.C.

El guerrero con dos lanzas pierde rigidez, deja de ser un mero motivo iconográfico, y se convierte en protagonista de complejas escenas de combate. El alabastro protocorintio (c) es especialmente significativo, pues indica que las dos lanzas forman parte del “equipo” habitual del guerrero arcaico (Ver un caso similar en el Vaso Chigi, Fig. 14b) ⁹⁵.

⁹⁵ La pervivencia del guerrero con dos lanzas puede rastrearse hasta los comienzos de la época Clásica, y valgan como ejemplo las siguientes pinturas: Lekane del Pintor KX, Iáliso, *ca.* 585-570 a.C. (Museo de Rodas 5008; Boardman 1997: pl.20); Crátera corintia, Cerveteri, *ca.* 550 a.C. (Museo Gregoriano Etrusco 16448; Ducrey 1985: 98); Enócoe ática, *ca.* 550 a.C. (Musée Vivienel 124; Ducrey 1985: 226); Ánfora ática de figuras negras, *ca.* 550-540 a.C. (Museo del Louvre F12); Ánfora ática de Exekias, Vulci, *ca.* 525 a.C. (Museo Gregoriano Etrusco 344; Ducrey 1985: 59); Enócoe ática de figuras negras, *ca.* 520-515 a.C. (Museo del Louvre F118); Hidria ática de figuras negras, Pintor del grupo de Leagro, *ca.* 510 a.C. (Metropolitan Museum 56.171.29; Noble 1966: 17, pl. 110-111); Lécito ático, *ca.* 510 a.C. (Museo de Delos B6137.546; Ducrey 1985: 280).

Anacreonte (frg. 382). Por otra parte, en los campos de batalla arcaicos encontramos en acción muchos tipos diferentes de guerreros, como el misterioso “ejército con escudos de cuero (στερφω-τῆρα στρατὸν)” mencionado por Íbico (frg. 337). Las armas arrojadizas serán parte integrante del equipamiento de los héroes míticos a lo largo de toda la Época Arcaica, como demuestran las menciones de Estesícoro a la jabalina de Meleagro –ἄκοντι (frg. 179b)⁹⁶–, a las flechas de Heracles (frg. S15), a un arco curvado –ἀγκυλοτόξοι (S88.9)– o al arco de Orestes (frg. 217); Diógenes Laercio (1.78) atribuye a Pítaco de Mitilene la máxima de que “es preciso marchar contra el hombre malvado llevando un arco y un carcaj lleno de flechas (ἔχοντα τόξα καὶ ἰοδόκον φαρέτραν)”.

En las largas décadas de investigación moderna, diversos autores han reconocido la importancia de estos indicios, y algunos han convenido que las descripciones más extensas de poetas como Tirteo o Calino parecen mostrar tipos diversos de combate, que incluyen la lucha de proyectiles o la mezcla de soldados más o menos equipados⁹⁷. Sin embargo, ninguno de estos autores ha llegado a plantear en profundidad los efectos que ese tipo de testimonios puede tener en la imagen tradicional del combate arcaico como basado en la falange hoplita; en ese sentido, Hans van Wees (1994b: 141-143; 2004: 172-174) ha sugerido la posibilidad de que la Época Arcaica conserve en realidad sistemas de combate basados en formaciones más abiertas, menos rígidas, y en una gran heterogeneidad y diversidad de soldados y armas. Los proyectiles, las armas arrojadizas y la lucha a distancia no desaparecen de los campos de batalla griega con la llegada del nuevo armamento a lo largo del siglo VII, sino que se mantienen vivos y activos a lo largo de todo el período, y más allá incluso durante la Época Clásica: la poesía de Esquilo, por ejemplo, está inundada de referencias a dardos, flechas y hondas (*Sept.* 158, 298-300, 544, 676), que seguirán jugando un papel considerable en las batallas campales del siglo V, cuando la falange parece haberse asentado como táctica fundamental: antes de la batalla de Mantinea (418 a.C.), los espartanos inician un ataque cuesta arriba contra las posiciones enemigas, avanzando “hasta situarse bajo el alcance de las piedras y dardos (μέχρι μὲν λίθου καὶ ἀκοντίου βολῆς ἐχώρησαν)” (Th. 5.65.2.2); más tarde, en Río Anapo (415 a.C.), abrieron la batalla “los lanzadores de piedras, los honderos y los arqueros de uno y otro bando (αὐτῶν ἐκατέρων οἱ τε λιθοβόλοι καὶ σφενδονῆται καὶ τοξόται)” (Th. 6.69.2.2); y todavía en la batalla del Pireo (403 a.C.), Trasíbulo afirma que la posición de sus tropas en lo alto de una elevación es ventajosa para arrojar con comodidad sus proyectiles (Xen. *Hell.* 2.4.15).

Por tanto, a juzgar por las fuentes contemporáneas, el combate no consiste en el choque de dos formaciones monolíticas, sino en las diversas alternativas y escaramuzas de dos masas organizadas pero no ordenadas, que alternan el combate a larga distancia mediante proyectiles con el combate cuerpo a cuerpo en función de las circunstancias de la lucha, y que se mueven con relativa soltura por el campo de batalla; la diversidad, la heterogeneidad, la movilidad y la apertura son sin duda los rasgos predominantes. En una lenta evolución, esas formaciones van poco a poco especializándose, homogeneizándose y solidificándose, dando paso a mediados del siglo V a una unidad ordenada, integrada por diversos contingentes, más rígida, pero que no ha desterrado del todo la movilidad y la iniciativa individual. La falange clásica constituye un peldaño más en el proceso

⁹⁶ Sin embargo, Simónides se refiere a ella como “lanza” –δοῦρι (frg. 564)–, lo que ejemplifica la ambigüedad terminológica a la que aludíamos.

⁹⁷ Sobre todo, Snodgrass (1964: 181-182; 1980: 174; 1999: 79-80), Salmon (1977: 91), Pritchett (1985a: 37-41, 44; 1985b: 15-19), Wheeler (1991: 130), Anderson (1991: 15-16), Storch (1998: 5). Los primeros comentarios al respecto, sin embargo, se encuentran ya en la obra de Helbig (1911: 18-24).

que conducirá poco después a la falange macedonia, en la que los valores de rigidez, solidez, cohesión e inmovilidad van a alcanzar su máxima expresión.

En definitiva, hemos observado una clara continuidad de las tradiciones homéricas en los primeros compases de la poesía lírica arcaica, lo que debe llevarnos a reflexionar sobre el supuesto abismo que se ha dibujado entre ambos géneros. En realidad, la épica se relacionaba con el resto de géneros líricos en contextos similares, y deberían por tanto concebirse como solapados e interrelacionados, no como cronológicamente sucesivos o excluyentes entre sí; no en vano, “los poetas épicos no componían en el vacío” (Dalby 1997: 200-205). En realidad, Homero y Tirteo se encontraban más próximos de lo que se piensa, tanto en la forma como en el contenido y los valores de sus poemas; pero no porque la eventual falange tirteica pueda retrotraerse hasta la épica, sino porque, al contrario, la diversidad y movilidad del combate homérico encuentran una llamativa continuidad en los primeros compases del siglo VII. Los dos mundos separados por un abismo deberían dar paso, por tanto, a un solo mundo en transición, con más similitudes que diferencias, con más elementos de continuidad que de ruptura.

¿Combate “abierto” o “cerrado”? ¿Combate “individual” o “colectivo”? Esa es, en mi opinión, la cuestión fundamental del “abismo” militar establecido entre Homero y Tirteo, la esencia de los dos “mundos” que tradicionalmente se han dibujado para los orígenes de la Época Arcaica griega. No solamente se ha atribuido un modelo a cada uno de esos autores –abierto e individual a Homero, cerrado y colectivo a Tirteo–, sino que se ha elaborado una imagen muy rígida de lo que significan esos modelos: el combate individual parece radical y absolutamente opuesto al colectivo, pues concedemos a la masa una iniciativa conjunta, un movimiento homogéneo y una acción sincrónica imposibles de hallar en los combatientes aislados; y sin embargo, estas cualidades son muy difíciles de llevar a la práctica. ¿Cómo se comporta en realidad la masa en combate?

“Es vital reconocer”, afirma John Keegan refiriéndose la batalla de Agincourt de 1415, “que las acciones de la infantería, incluso aquellas realizadas en la más cerrada de las formaciones cerradas, no son en última instancia combates de masa contra masa, sino la suma de muchos combates entre individuos, una contra uno, uno contra dos, tres contra cinco” (2004: 100). Keegan opta, por tanto, por reconocer al individuo que conforma la masa, y decide preservar su integridad, su iniciativa y su individualidad. Ello supone asumir que, aunque sometidos a un plan común o integrados en una estructura compleja, los soldados son en última instancia piezas irrepetibles de un rompecabezas, y que su comportamiento, regido por factores personales, es altamente impredecible.

Por supuesto, otros autores han incidido en la naturaleza “individual” del combate colectivo en la guerra griega de falanges: ya Frazer había reaccionado contra el símil deportivo sobre la batalla hoplita, por el que las falanges se embestían mutuamente como dos equipos de rugby (1942: 15-16); más tarde, Cawkwell enfatizaría las posibilidades reales de acción e iniciativa individual en la guerra clásica (1978: 150-157; 1989), y por último Peter Krentz señaló que la batalla se decidía como consecuencia de “muchos combates individuales, separados pero íntimamente relacionados” (1985a: 56; *cf.* 1994). Sin embargo, una cosa es incidir en el factor individual en la lucha, y otra muy distinta reducir el combate colectivo a una serie de acciones personales, aisladas y yuxtapuestas, como si no tuviesen nada que ver unas con otras.

Es posible que se haya establecido un vínculo excesivamente rígido entre formación y tipo de combate, de modo que se asume generalmente que la formación abierta implica combate individual, y la formación cerrada, combate colectivo; el problema es que, mientras que parece bastante claro en qué consiste el combate individual, hasta el momento no hay la menor idea –o,

más exactamente, hay multitud de ideas divergentes— de cómo podía llevarse a cabo un combate en masa. La frase de Keegan implica que tal vez no se pueda contemplar la masa en combate como una unidad, que actúa y reacciona a la vez; la masa es una suma de individuos, y por tanto, no podemos adjudicarle una voluntad única. Desde una perspectiva estrictamente material, el grado de disciplina y sincronización para ello es del todo punto irrealista, pues la iniciativa personal —en dosis controladas— es un factor fundamental, necesario, e incluso estimulado, en el combate.

Por supuesto, la dinámica del combate depende hasta cierto punto del armamento que se utiliza: “la profundidad de la ‘zona de combate’ está determinada por el alcance efectivo de las armas predominantes, que en batallas de infantería es siempre comparativamente corto, y en combate cuerpo a cuerpo, muy corto” (Keegan 2004: 104; *cf.* Strauss & Ober 1992: 5). El armamento antiguo destinado al cuerpo a cuerpo, por tanto, implica que debe haber un delicado equilibrio en las distancias: los contendientes deben estar lo suficientemente cerca como para poder herir al enemigo, pero mantenerse a la vez lo suficientemente lejos como para poder manejar las armas libremente y no exponerse demasiado. Ese delicado equilibrio es el resultado de la valoración instantánea de infinidad de variables circunstanciales.

Pero no tenemos la menor idea del peso que el cuerpo a cuerpo tenía —en términos de tiempo total— en una batalla, y aunque tendemos a considerarlo excluyente con la lucha a distancia mediante proyectiles, no habría que desdeñar la posibilidad de que ambos sistemas en realidad se combinaran. En líneas generales, pensamos que los ejércitos antiguos acudían de inmediato al cuerpo a cuerpo, y que el intercambio de proyectiles era una fase breve, secundaria del combate; creemos también que la lucha a distancia es un síntoma de “primitivismo”, y que el paso del tiempo va eliminando progresivamente esos métodos, concediendo la preeminencia al choque muscular, a la colisión física entre masas de soldados. Pero nuestras fuentes son extremadamente ambiguas a ese respecto: todavía Apiano (*Mith.* 195-196) describe cómo Sila se lanzó a la carrera al “*espacio entre ambos ejércitos* (ἀνὰ τὸ μεταίχμιον)” en la batalla de Orcómeno, cuando los ejércitos llevaban combatiendo “mucho tiempo (ἐς πολὺ)”, y también cómo César (*BCiv.* 2.15.104) hizo lo propio en Munda, saltando delante de la formación y acercándose al enemigo —“*προῦδραμε τῆς τάξεως ἐς τοὺς πολεμίους*”— hasta encontrarse a una distancia de diez pies. Estos testimonios hacen referencia al siglo I a.C., y supuestamente representan el término de largos siglos de evolución militar; pero en ellos, aunque el combate lleva en marcha ya largo tiempo, los ejércitos están separados todavía por una considerable distancia que debe ser salvada a la carrera, y que permite todavía el lanzamiento de proyectiles: César, por ejemplo, recibió en Munda doscientos dardos en su escudo —“*διακόσια αὐτῷ δόρατα ἐπιβλήθηται*”—. ¿Qué hacer, entonces, con evidencias de este tipo?

En última instancia, las armas las porta y utiliza el individuo, y por mucho que se intente racionalizar o mecanizar, es su psicología personal —iniciativa, intereses, valores morales, cualidades, autoconciencia, etcétera— la que determina el uso momentáneo que hace de ellas; en ese sentido, el combate es siempre individual. Sin embargo, cuando nos situamos en una batalla campal, esa individualidad se encuentra inserta, perdida y confundida en un mar de individualidades que están actuando a la vez; aunque no exista una voluntad explícita de hacerlo, la mera proximidad obliga a los individuos a relacionarse en un espacio reducido, a tenerse en cuenta, a vigilarse, y por tanto a interactuar. Esa interacción puede hacerse de modo caótico, cuando los intereses personales prevalecen y la valoración que se hace de los intereses o presencias ajenas no tiene ningún peso en las decisiones tomadas, o bien de modo ordenado, cuando los intereses personales se someten —al menos teóricamente— a un interés colectivo. Por tanto, la mera proximidad física de los

compañeros no basta; de hecho, la proximidad puede llegar a ser un estorbo en determinadas circunstancias, ya sea en un plano físico –impide utilizar las armas de modo eficaz– o ideológico –el compañero puede robar protagonismo–.

La transformación táctica, por tanto –el paso de un combate *individualista* (no “individual”) a uno *integrado* (no “colectivo”)–, implica ante todo una transformación mental, que puede conllevar un proceso más o menos lento. Dentro de esa evolución, puede llegar un momento en el que la posibilidad de encontrar apoyo y asistencia en los demás se convierta en una necesidad; ello puede suceder circunstancialmente –dentro de un combate, debido a situaciones puntuales– o evolutivamente –cuando la progresiva transformación mental siga su curso–. En cualquier caso, el resultado es que esa dinámica interdependiente terminará por poner en marcha otro proceso: poco a poco las posiciones individuales se irán fijando, volviéndose progresivamente más rígidas, pues la eficacia del combate dependerá cada vez más de la proximidad y asistencia del compañero; de este modo, cuanto mayor peso se conceda a la participación colectiva, más estáticas serán las formaciones, impidiendo al individuo abandonarlas o sobresalir.

La Época Arcaica griega ilustra en gran medida esa evolución. En el entorno del 700, los valores individualistas predominan ligeramente sobre los colectivos; Homero, Tirteo, Arquíloco y Calino ponen de manifiesto que la masa es omnipresente en las acciones militares, pero su grado de cohesión, integración e interdependencia no ha alcanzado todavía la madurez. Durante los dos siglos siguientes, ese sistema evolucionará de modo muy lento, preservando tradiciones e ideologías, con lo que predominarán métodos de combate basados en la movilidad, la autonomía de los contingentes, y el prestigio y el honor del individuo. Al llegar la Época Clásica, algunos estados darán pasos decisivos hacia la implantación de modelos más cerrados de combate, donde la posición individual dentro de un colectivo ordenado comience a tener cierta importancia, pero las posibilidades de movilidad e independencia serán todavía elevadas. La evolución no alcanzará su cima hasta la llegada de la falange macedonia, posiblemente el último estadio en la colectivización e integración del combate, donde el factor individual se encuentra definitiva y radicalmente sometido a los intereses de la formación.

No creo, por tanto, que al mirar hacia los orígenes del proceso debamos identificar dos mundos separados por un abismo, al menos por lo que atañe a la esfera militar. Puede ser más fructífero postular un mundo en constante evolución y transición, que permanentemente se reinventa y rehace a sí mismo.

CAPÍTULO V

DETERMINISMO TECNOLÓGICO

ESCUDO ARGIVO, FALANGE HOPLITA Y SUPERIORIDAD MILITAR

Como ya hemos mencionado en otras ocasiones, el “determinismo tecnológico” es una perspectiva teórica que en líneas generales asume que la evolución de las tácticas y técnicas militares viene determinada por el cambio en la tecnología, es decir, en el armamento: la introducción de una nueva pieza genera automáticamente la adaptación de la táctica a esa nueva herramienta. Se suele dar por sentado que las características de una determinada arma son idóneas y específicas para una determinada táctica, de modo que la adopción de esa pieza conduce a una rápida y *mecánica* adaptación; ello implica que el arma sólo tiene una función posible, y la capacidad de reconocer y aplicar esa única función es universal y está al alcance de cualquiera. Esa capacidad suele cifrarse en términos de *superioridad*, de modo que, para los deterministas, las superiores características de las nuevas piezas de armamento, evidentes por sí mismas, bastan para hacer obsoletas a las viejas. Este cambio militar se presenta como la causa principal de las transformaciones sociales, políticas y económicas, de modo que la tecnología se convierte en el fundamento del devenir histórico.

Sin embargo, ¿qué hay de cierto en el “determinismo tecnológico”? Adelantándonos a las conclusiones de este capítulo, deberíamos decir que muy poco. Para empezar, la consideración de la tecnología militar como causa del cambio histórico no es algo privativo de la Historia Antigua o de la “Revolución hoplita” que estamos analizando aquí, sino que es un modelo interpretativo asumido por gran parte de la Historia Militar como disciplina (Black 1998: 871); es un planteamiento teórico, un modo de interpretar el cambio, y por tanto no es un hecho histórico o una realidad objetiva, sino una postura ante la Historia. Como tal el determinismo es relativo, y por tanto puede ser erróneo, o estar escasamente fundamentado: ni la superioridad tecnológica ni el impacto de la tecnología en los procesos de cambio histórico son verdades universales e incontestables.

Al parecer, la Historia Militar muestra una cierta tendencia al determinismo. Para Alex Roland, “una característica de la historiografía sobre la tecnología y la guerra es que a menudo es más determinista que cualquier otra disciplina” (1995: S89). Roland cita a continuación numerosos ejemplos de autores que centran sus investigaciones sobre cultura y civilización en el cambio tecnológico (1995: S89-91), y específicamente en el cambio tecnológico militar; ¿por qué es eso así? Posiblemente haya que reconocer que “los temas militares pueden parecer más deterministas que los de otras ramas de la tecnología porque la propia guerra y los factores que determinan su desenlace a menudo aparecen como deterministas” (Roland 1995: S91). La atribución de una

organización militar concreta a un tipo determinado de sociedad (Black 1998: 873), al modo en que Esquilo caracterizó a los griegos a través de la lanza, y a los persas a través del arco (*Pers.* 239 ss., 278, 729, 817, 926), es un ejemplo claro de perspectiva determinista. Por tanto, hay algo en cómo vivimos o percibimos la guerra que fortalece su consideración como algo decisivo y determinante.

El determinismo tecnológico es, en mi opinión, intrínsecamente sospechoso: parte, en líneas generales, de un rechazo hacia lo militar, pues se hace, paradójicamente, desde una perspectiva anti-militarista (Roland 1995: S84-S89): el determinismo encuentra la guerra profundamente desagradable, y considera a los estudiosos de la guerra como belicistas peligrosos que juegan a la estrategia “como Napoleones encubiertos” (Roland 1995: S84). Pero “lo más llamativo ... es que su preocupación o incluso su repulsa se introdujeron en sus escritos históricos *como algo dado*, como una premisa, sin pruebas ni argumentos” (Roland 1995: S88; cursiva añadida). Esta no es ninguna exageración: la respuesta generalizada a la simplicidad y a las inconsistencias del determinismo es una cierta ausencia de crítica. Rolan encuentra un ejemplo en la obra de William McNeill, *The Pursuit of Power*¹: “los lectores no parecen haber estado demasiado preocupados por las inconsistencias ... o su superficial definición de términos”; y continúa: “la razón, se puede sospechar, es que la mayoría simpatizan con los sentimientos de McNeill ... Si se destruyen los iconos adecuados, hay poco interés en debatir puntos de lógica o de uso. En lugar de ello, los lectores tienden a mostrarse de acuerdo con las conclusiones y hacer oídos sordos ante las inconsistencias” (1995: S87). El análisis de la historiografía demuestra que esa situación es común a todo determinismo tecnológico aplicado a cualquier época histórica.

En este capítulo vamos a abordar algunas de las inconsistencias del determinismo tecnológico²: la omnipresencia de la máquina y la eliminación del factor humano, la naturaleza decisiva del armamento en la guerra, la identidad establecida entre armamento y táctica, y, muy especialmente, la idea de la superioridad. Vamos a centrarnos en la “Revolución hoplita” de comienzos de la Época Arcaica, aunque siempre en contraste con otras experiencias militares del Mundo Antiguo.

Nuestro objetivo no es invalidar o anular el determinismo tecnológico; en el fondo, existe una relación entre el soldado y el arma, del mismo modo que hay una relación esencial y primaria entre el ser humano y la tecnología. También en el fondo las armas contribuyen a definir el aspecto de la guerra, y por tanto las relaciones del ser humano con el medio, e incluso pueden ayudar a ganar guerras y a transformar sociedades. Pero el análisis detallado de la información histórica pone de manifiesto la especial y a menudo irracional relación que el ser humano mantiene con la tecnología, y específicamente con la tecnología militar, lo cuál a su vez pone en tela de juicio la limpieza y consistencia de los argumentos deterministas: no toda arma es intrínsecamente superior, ni existe un único uso táctico para ella, y por supuesto, las armas no pueden explicar por qué las sociedades cambian, ni por qué cambian como lo hacen.

¹ 1982, *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force, and Society since AD 1000*, Chicago.

² Fundamentalmente aquellas que más tienen que ver con el objeto de nuestro estudio, es decir, con la idea de una “revolución” tecnológica militar como fundamento del cambio histórico.

LA SUPERIORIDAD TECNOLÓGICA DEL ARMAMENTO GRIEGO

El determinismo no es una tendencia exclusivamente militar, sino aplicable a toda la disciplina de la Historia, y por tanto la Época Arcaica griega no es un caso único de determinismo tecnológico en la historia pre-industrial, sino que hay otros, como el del carro mesopotámico de la Edad del Bronce, y el del arco largo inglés de fines de la Edad Media ³; incluso hay casos de “revoluciones militares” en las que la introducción de una pieza específica de armamento determinaría un profundo cambio social, político y cultural: la introducción de la pólvora y sus efectos en la denominada “revolución del 1500” es un ejemplo recurrente ⁴, pero también lo es el estribo y la aparición de la sociedad feudal (Roland 1995: S90-S91).

Desde los comienzos de su elaboración teórica, la “Revolución hoplita” ha hecho gravitar el peso del cambio político en la adopción de un nuevo armamento, que a su vez conducía a la adopción de una nueva táctica; a continuación, vinculaba el arma y la táctica entre sí y justificaba el proceso del cambio militar recurriendo a una explicación de mecanicismo tecnológico: el único criterio de adopción del nuevo armamento que la teoría ha planteado en todas estas décadas ha sido la idea nada definida de la “superioridad”; para la gran mayoría de los especialistas –defensores o no de la teoría– el equipamiento hoplita y la falange eran superiores al armamento y las tácticas precedentes ⁵.

La idea de la superioridad, por tanto, se presentaba como un criterio suficiente para justificar la introducción y aceptación de tecnología o tácticas nuevas; Lorimer, Andrewes y Holladay fueron, de hecho, más allá, y aludieron a una auténtica “carrera armamentística”. Pero pocos de estos autores llegaron a explicar en qué consistía esa superioridad; el escudo hoplita y la falange eran, al parecer, superiores a sus homólogos precedentes, pero ¿superiores en qué y para qué? Explicaciones como que la falange era más efectiva en las llanuras, o que la formación cerrada con tropas pesadas era intrínsecamente más efectiva que la formación abierta con tropas ligeras, o que

³ DeVries (1997: 456-464), Raudzens (1990: 405-406).

⁴ DeVries (1997: 464-469), Roland (1995: S85-S87).

⁵ Nilsson: la falange “probó su superioridad” (1928: 244), haciendo que “las viejas tácticas quedasen obsoletas” (1929: 2); Lorimer: “cuando un nuevo ingenio militar ha sido *probado con éxito* por una potencia, debe ser *necesariamente adoptado* por las demás comunidades que puedan acabar encontrándose en uso por la primera” (1947: 108; cursiva añadida); Andrewes: “en el desarrollo militar, ningún estado puede permitirse el lujo de quedar atrasado, y si una ciudad adoptaba nuevas armas y tácticas el resto debía hacer lo mismo en defensa propia” (1974: 38); Snodgrass: el combate hoplita es “superior” a la lucha con espadas y proyectiles (1964: 180); Murray: la adopción de la falange es un “avance militar decisivo” (1980: 120); Finley: “sus ventajas sobre la mucho más abierta organización de los guerreros aristocráticos eran tantas que para finales del siglo VII la falange se había convertido en la formación habitual en el mundo griego” (1970: 101); Salmon: “la falange era evidentemente superior a una chusma aristocrática” (1977: 84, n.1); Holladay: “la introducción inicial del modo de combate hoplita debe haber sido debida a su *efectividad*”; “las lecciones de la *superioridad hoplita* se vieron confirmadas en Maratón y Platea”; “el deseo de un grupo de derrotar a otro y ganar algún tipo de ventaja a corto plazo ha prevalecido siempre el final, y ha facilitado la introducción de terribles innovaciones” (1982: 99-100; cursiva añadida); Jameson: “el número y la posesión de riqueza y de *equipamiento militar superior*” por parte del campesinado medio de comienzos de época arcaica “debió de haber afectado el equilibrio político en la comunidad” (1992: 158; cursiva añadida); Osborne: la falange “había empezado a poner en tela de juicio la efectividad de la caballería” (1998: 209-210); Bryant: “el dominio en las tareas del combate es básicamente una cuestión de *superioridad en el armamento* y las habilidades físicas” (1990: 488); la falange era un sistema de combate “singularmente efectivo” (1990: 498).

el armamento hoplita ofrecía más protección a costa de una menor movilidad, son en realidad argumentos circulares que no se apoyan en pruebas independientes, sino tan sólo en la propia idea de la superioridad. En este panorama, sólo unos pocos autores se han mostrado abiertamente en contra del determinismo; Pritchett, por ejemplo, consideraba “un error concluir que la introducción de un tipo [de escudo] marcó el comienzo del combate en masa o la introducción de la táctica hoplita” (1985a: 31), y criticaba las ideas de Lorimer por la indefinición de los conceptos militares que manejaba (1985a: 42-43); sin embargo, su observación de que “el progreso técnico en el armamento no es sinónimo de una nueva formación de combate” (1985a: 44) ha pasado hasta ahora desapercibida.

La superioridad se ha afirmado a menudo sin que existiesen estudios detallados sobre la efectividad real del armamento griego o de la falange en combate. No hay análisis cuantitativos de las bajas en relación con el armamento empleado, ni cualitativo de los tipos de armas implicados, y por tanto nos encontramos ante una afirmación apriorística. Hay dos cuestiones inmediatas que deberían ser aclaradas: primero, la *forma* –¿Qué quiere decir “superior”? ¿Superior en qué sentido? ¿En qué facetas concretas?–, y segundo, la *función* –superior, ¿para hacer qué? ¿Con qué objetivo o finalidad?–. Vamos a adentrarnos en ambas en las páginas siguientes.

LA PIEDRA ANGULAR. LA DOBLE ABRAZADERA DEL ESCUDO ARGIVO

El mayor énfasis en el cambio tecnológico del 700 a.C. se ha puesto en la introducción del escudo argivo. Su diseño parecía constituir una auténtica innovación: doble abrazadera en lugar de una única asa central, gran superficie circular, borde reforzado y plano, cuerpo cóncavo y corazón de madera recubierto de una fina lámina de bronce ⁶. Sin embargo, esas cualidades se han interpretado tradicionalmente desde una perspectiva determinista ⁷: la circularidad y la concavidad se proponían como cualidades imprescindibles para contrarrestar el enorme peso y mejorar la maniobrabilidad, y la doble abrazadera se convirtió en el factor decisivo para favorecer el combate en formaciones cerradas, pues el peculiar modo de sostener el escudo ofrecía sólo una protección parcial a su portador, mientras que cubría también al compañero de la izquierda; para estar completamente protegidos, por tanto, los “hoplitas” se necesitaban los unos a los otros, favoreciendo la mayor cohesión e integridad de la línea.

Sin embargo, esta argumentación sólo explica la pretendida idoneidad del escudo para la formación cerrada, pero no justifica su supuesta “superioridad” frente a otras armas. Los especialistas no consiguen ponerse de acuerdo acerca si era un arma superior o no: los defensores de la superioridad intrínseca del escudo argivo (Hanson 1991b: 67-71) se apoyan sobre todo en la idea de una mayor protección, aunque se ha hecho también hincapié en sus inconvenientes; por otra parte, existe una acusada tendencia a juzgar las características del escudo y la doble abrazadera siempre en relación con la falange: para la gran mayoría de los investigadores, el escudo argivo era un arma superior porque se adaptaba mucho mejor que otros a la formación cerrada, no porque sus cualidades fuesen superiores a las de otros escudos; la evaluación del escudo argivo se hacía siempre con la falange en la mente (Schwartz 2002).

⁶ Snodgrass (1964), Lorimer (1950), Hanson (1990: 69 ss.).

⁷ Lorimer (1947), Detienne (1968), Cartledge (1977: 13; 1996b: 692), Osborne (1996: 209-210).

No existe demasiado consenso acerca de cuáles son verdaderamente las cualidades “superiores” del escudo argivo; al margen de su relación con la táctica, son pocas las auténticas innovaciones de este arma con respecto a otras en uso en la época. De hecho, muchos investigadores han incidido en la extraordinaria combinación de ventajas –mayor protección, concavidad– e inconvenientes –peso excesivo, escasa maniobrabilidad– que ofrece este modelo, y han cifrado en ese equilibrio de cualidades positivas y negativas su absoluta idoneidad para la formación cerrada. Por otra parte, el elemento determinante del escudo, la doble abrazadera, puede tener connotaciones positivas –facilita el agarre, equilibra el peso, favorece la falange– o negativas –ofrece tan sólo protección parcial–, dependiendo de quién lo describa.

Las características que habitualmente se señalan en relación con la mayor efectividad del escudo argivo son la forma circular, la amplitud, la concavidad, la presencia de un borde protector, y la doble abrazadera. Sin embargo, como veremos, ninguna de esas cualidades era exclusiva del escudo argivo, y algunas ni siquiera constituyeron una novedad cuando este modelo apareció en el 750 a.C.

Con respecto a la *circularidad*, es evidente que este rasgo no era en absoluto novedoso en el siglo VIII: tanto la arqueología como las pinturas vasculares de la época representan con claridad diferentes versiones de escudos circulares (Figs. 22-23)⁸. En Homero podemos encontrar algunas referencias a ellos: algunos son denominados específicamente *εὐκυκλοι* (*eúkykloi*) “circulares”; Agamenón posee un escudo con diez círculos de bronce y más de una veintena de umbos decorativos (*Il.* 11.332-335); el escudo de Sarpedón posee unas varillas internas que recorren “el contorno (*περὶ κύκλου*)” (*Il.* 12.297); el de Eneas tiene dos círculos supuestamente concéntricos⁹ –*διὰ δ' ἀμφοτέρους ἔλε κύκλους* (*Il.* 20.280)–; por otra parte, la fórmula *ἀσπίδα πάντοσ' εἶσῃν* (*aspída pántos' eîsēn*) suele identificarse con un escudo circular, que lógicamente es “igual por todas partes”, y la expresión *ὀμφαλόεσσα* (*omphalóessa*), “abollonado”, puede hacer referencia a un umbo central, lo que probablemente puede sugerir también una forma circular¹⁰. Snodgrass ha clasificado convenientemente los tipos de escudo circular que pueden distinguirse en uso desde el Bronce Final, todos ellos con una sola asa central, realizados en piel, madera o bronce, y con diferentes elementos decorativos –prótomos, umbos, acanaladuras concéntricas con una muesca en forma de “V”– (1964: 37-57). Todos están convenientemente atestiguados por diversas fuentes.

El escudo argivo era igualmente circular, lo que hace difícil distinguirlo incluso en las pinturas vasculares. Para los defensores de la superioridad del escudo circular, sin embargo, esta forma ofrecía “un uso más económico de la superficie, eliminando las cuatro esquinas de un rectángulo que aportan escasa protección adicional a costa de un incremento en el peso” (Hanson 1991b: 69). Estas consideraciones sobre el aprovechamiento del espacio no parecían preocupar excesivamente a los griegos a la hora de escoger la forma de su escudo, y la prueba es la variedad de

⁸ Lorimer (1947; 1950), Snodgrass (1964; 1999), Ahlberg (1971). Ver también Figs. 10, 14, 15, 16, 17, 20b, 20d, 21b.

⁹ Bernabé interpreta este escudo, basándose en una ingeniosa explicación filológica, como un escudo en forma de “8” (1998: 42-43); en realidad, esta propuesta explica de modo mucho más satisfactorio que la lanza de Aquiles “separe” –*ἐλε*– los dos círculos, algo bastante complicado si se trata de círculos concéntricos.

¹⁰ *εὐκυκλος/κύκλος*: *Il.* 5.453, 797, 11.32-37, 12.294-297, 426, 13.715, 14.428, 20.280-281. *ἀσπίδα πάντοσ' εἶσῃν*: *Il.* 3.347, 356, 5.300, 7.250, 11.61, 434, 12.294, 13.157, 160, 405, 803, 17.7, 43, 517, 20.274, 21.581, 23.818. *ὀμφαλόεσσα*: *Il.* 4.448, 6.118, 8.62, 11.259, 424, 457, 12.161, 13.264, 16.214, 19.360, 22.111.



Fig. 22. Figurillas de plomo de Esparta, ca. 700-635 a.C.

Estas figurillas, halladas en el santuario de Ártemis Ortia de Esparta, muestran diversos diseños de escudos circulares. No es posible afirmar taxativamente que los diferentes diseños pudieron ser otra cosa que motivos decorativos, y por tanto correspondientes a modelos de escudos reales, pero atestiguan al menos la diversidad de tipos posible a comienzos del siglo VII a.C. Siguiendo la hipótesis de Snodgrass (1964), además, muchos de ellos podrían ser identificados con escudos de una sola asa gracias a la presencia de un umbo central.

formas diferentes que encontramos en las pinturas vasculares: rectangulares, con escotaduras, en forma de media luna, en forma de ocho, etc. (Figs. 24-26) ¹¹ (Snodgrass 1964: 57-61). El círculo ofrecía posiblemente algunas ventajas para el portador, pero eran más bien ventajas contextuales; de lo contrario, no podría explicarse la preferencia de otros pueblos de la Antigüedad —egipcios y romanos entre ellos— por escudos de otras formas. La circularidad, por tanto, no es un elemento de innovación en sí mismo.

La *amplitud* del escudo argivo podría ser otra característica relevante. Los restos de ejemplares conservados indican que su diámetro oscilaba entre los 80 y los 100 cm ¹², posiblemente en función de la longitud del antebrazo del portador; esas dimensiones ofrecían una gran superficie protectora, que podía cubrir de modo efectivo al soldado desde la barbilla a los muslos cuando lo

¹¹ Ver también Figs. 1, 2, 3, 9, 20a, 20b, 20c, 21a.

¹² Snodgrass (1964: 61-67), Blyth (1982), Connolly (1998b).

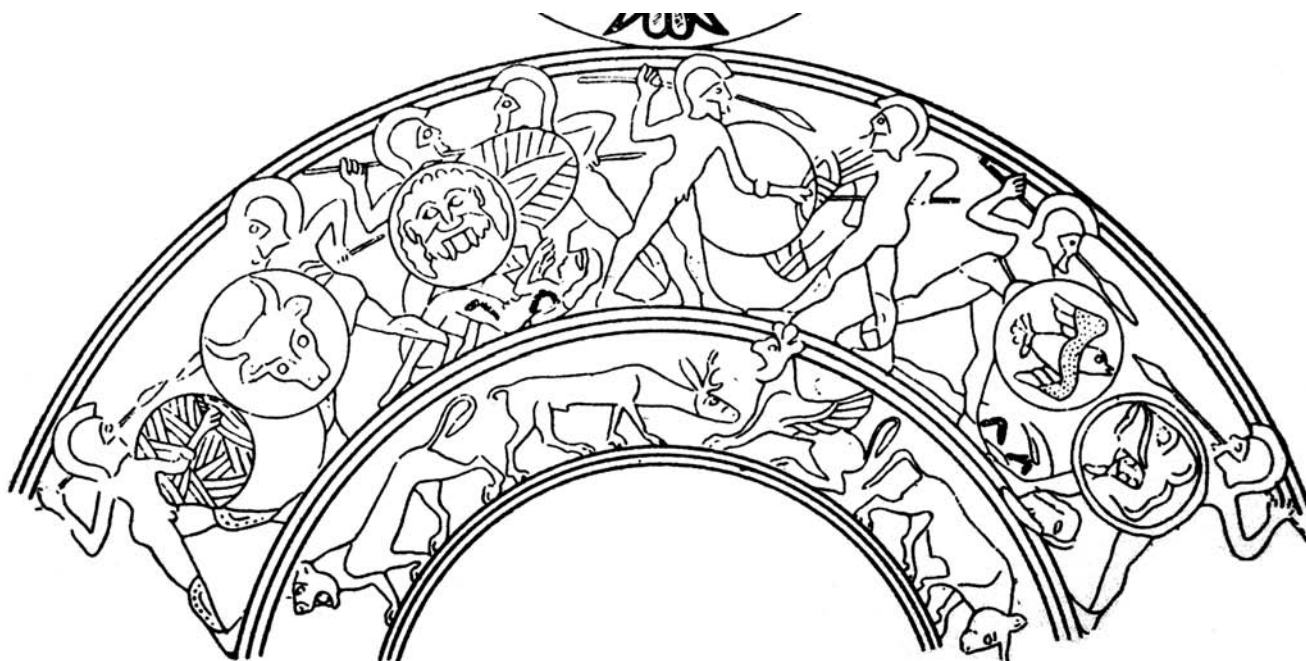


Fig. 23. Arifalo de Gela, ca. 650 a.C.

Esta escena aporta nuevos ejemplos de escudos circulares. Algunos de ellos muestran claramente la doble abrazadera, además de una gran variedad de blasones y motivos decorativos. Entre ellos podemos destacar el forro interno del escudo del extremo izquierdo, formado por una especie de entramado de tiras, y la peculiar forma ovalada del guerrero de la derecha en la segunda pareja comenzando por la izquierda. Otros ejemplos de escudos circulares encontramos en las Figuras 10, 14, 15, 16, 17, 20b, 20d y 21b.

sostenía en posición de combate¹³. En cambio, no hay excesivos testimonios fiables sobre las dimensiones reales de los escudos circulares de época Geométrica, por la falta de restos conservados: es demasiado aventurado deducir el diámetro de los escudos a partir del tamaño de los umbos —que en cualquier caso oscilan entre los 8 y los 30 cm de diámetro (Snodgrass 1964: 39-41)—, y los ejemplares de bronce encontrados en la Cueva Idea en Creta han sido interpretados como votivos por sus reducidas dimensiones —34,5 y 27 cm de diámetro— (Snodgrass 1964: 53). Los poemas homéricos califican algunos escudos como “amplios”¹⁴, y si aceptamos el adjetivo ἀμφίβροτος (*amphibrotos*) en su traducción tradicional —“que cubre al mortal por todas partes”¹⁵— tendríamos otra referencia a la existencia de escudos amplios en la *Iliada*; pero esos adjetivos no aportan

¹³ Hanson (1991b), van Wees (2000a).

¹⁴ εὐρύς (*eurys*): *Il.* 11.527, 13.552, 608, 17.132. Aunque en todos los casos aparece aplicado al sustantivo “σάκος (*sákos*)”.

¹⁵ ἀμφίβροτος: *Il.* 2.389, 11.32, 12.402, 20.281. Bernabé, sin embargo, desestima esta traducción y relaciona este adjetivo con el micénico “a-pi-qo-to”, que en las tablillas aparece aplicado a mesas con forma de “8”; proponiendo una etimología relacionada con el verbo ἀμφιβαίνω (*amphibainō*) este autor considera que este escudo corresponde al modelo en forma de “8” que aparece en algunas representaciones micénicas (1998).



Fig. 24. Vaso de los Guerreros, *ca.* 1230 a.C.

La banda central de este vaso del período micénico final muestra una hilera de soldados armados con lanzas y cubiertos con cascos de cuernos. El elemento más llamativo de su equipamiento es, sin embargo, el peculiar escudo en forma de media luna, similar al *pelte* de época Clásica, más de 800 años posterior.



Fig. 25. Ánfora beocia Subgeométrica, *ca.* 680 a.C.

La escena de este ánfora combina diversos tipos de escudo en una misma acción: a la izquierda de la misma, un guerrero con escudo circular (similar a los escudos de las figurillas de plomo de Esparta, Fig. 22), y a la derecha, un conductor de carro con escudo cuadrado. El más peculiar, sin embargo, es el escudo del guerrero central, un escudo ovalado con doble escotadura y un poderoso reborde que sobresale en ambos lados. La convivencia de diversos tipos de escudo era perfectamente posible.



Fig. 26. Pito, ca. 620-610 a.C.

La escena que decora el cuello de este pito procedente de Esparta muestra la convivencia de diferentes tipos de escudo: un guerrero sostiene un escudo circular, mientras que su oponente, en primer plano, emplea un escudo de doble escotadura, similar el que abraza el guerrero caído. Las protuberancias del borde en las escotaduras recuerdan al modelo, más antiguo, de la Fig. 25. Otros ejemplos de escenas en las que se muestran escudos de diverso tipo son las Figuras 1, 2, 3, 9, 20a, 20b, 20c y 21a.

una medida objetiva y exacta. Tampoco se pueden extraer medidas exactas de las representaciones tardogeométricas, aunque la mayor parte de los ejemplos pictóricos de modelos circulares parecen cubrir al soldado desde la cabeza hasta la cintura (Ahlberg 1971; Lorimer 1947; 1950), lo que sugeriría un diámetro próximo también a los 80 cm (Figs. 20b, 20d, 22).

Por otra parte, Snodgrass estima que los fragmentos de un escudo de bronce con decoración de círculos concéntricos y escotadura en "V" —denominado "tipo *lambda*"—, de mediados del siglo VIII, podría alcanzar un diámetro original de 83 cm (1964: 55 y pl. 24), mientras que los restos de un escudo de bronce hallados en una tumba del siglo VI sugieren un diámetro en torno a los 70 cm (1964: 54). Por tanto no está fuera de lo posible que las medidas de los escudos circulares se aproximasen bastante al límite inferior del escudo argivo, por lo que la variación de amplitud tampoco sería excesiva. Aunque el escudo argivo va a optar definitivamente por diámetros amplios, una variación de unos 10 cm con respecto a los modelos precedentes no supone una innovación ni ofrece ninguna ventaja adicional que podamos considerar como superior.

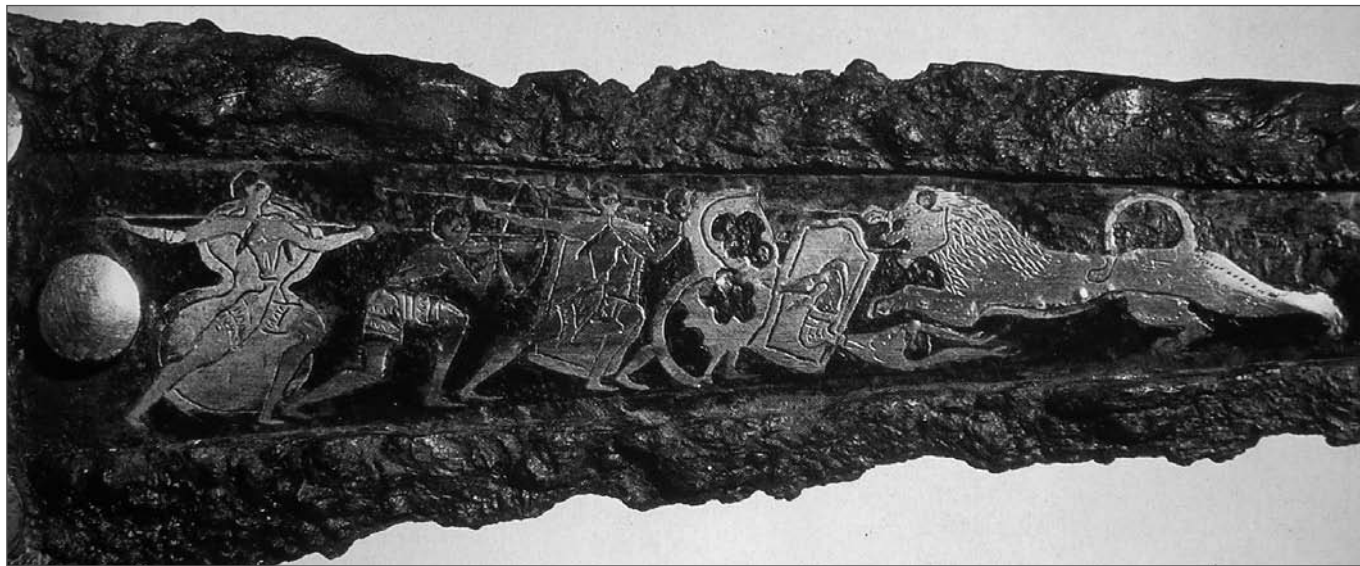


Fig. 27. Puñal micénico, siglo XVI a.C.

La decoración de este puñal de bronce muestra una escena de cacería. En ella, varios guerreros tratan de abatir a un león protegiéndose con diversos tipos de escudos. Entre ellos destaca la figura central, que sostiene un escudo en forma de “8” con el que cubre su cuerpo por completo. La representación del arma de perfil permite apreciar su extraordinaria concavidad, que permitía al guerrero ocultarse en el interior.

Aparentemente, la *concavidad* podría ser una innovación del escudo argivo, aunque no se suele reparar en ella como característica individual, sino más bien como un elemento referido al combate en masa. Los testimonios materiales que certifican el modo en que el cuerpo del escudo se curva, a modo de cuenco poco profundo, para dar cabida al brazo que lo sostiene son tan abundantes que no es necesario repetirlos aquí; los testimonios literarios son menos frecuentes, posiblemente porque esta era una cualidad dada por sobreentendida, aunque muy significativos, como cuando los atenienses capturados en Sicilia fueron forzados a entregar su dinero a los vencedores, recogiendo en escudos vueltos hacia arriba (Th. 7.82.3); no hay referencias homéricas a la concavidad de los escudos, pero sí en Tírteo (11.24, 19.7) y Mimnermo (13a), donde se habla de un escudo “hueco” –κοῖλη ἀσπίς (*koilē aspís*)–, aunque no es posible afirmar con seguridad que se refieran al escudo argivo. Las ventajas individuales de la concavidad frente a las estructuras planas no son del todo evidentes, aunque podemos considerar que un escudo cóncavo era más consistente ante ataques en los bordes, y más firme y sólido en su cuerpo central para resistir embestidas frontales y un cierto grado de presión sin quebrarse (Blyth 1982: 17-20); da la impresión de que una forma cóncava fortalecía la sensación de protección, por el modo en que los bordes del escudo se curvaban para formar una especie de “caparazón” en torno al soldado, por lo que se mantendría en otras variedades posteriores de escudos griegos, como el macedonio ¹⁶.

¹⁶ Asclepiodoto (5.1.2) consideraba que era un escudo “no demasiado hueco” –οὐ λίαν κοῖλη–, pero los testimonios pictóricos permiten reconstruir una cierta forma cóncava (Connolly 1998a; 1998b).

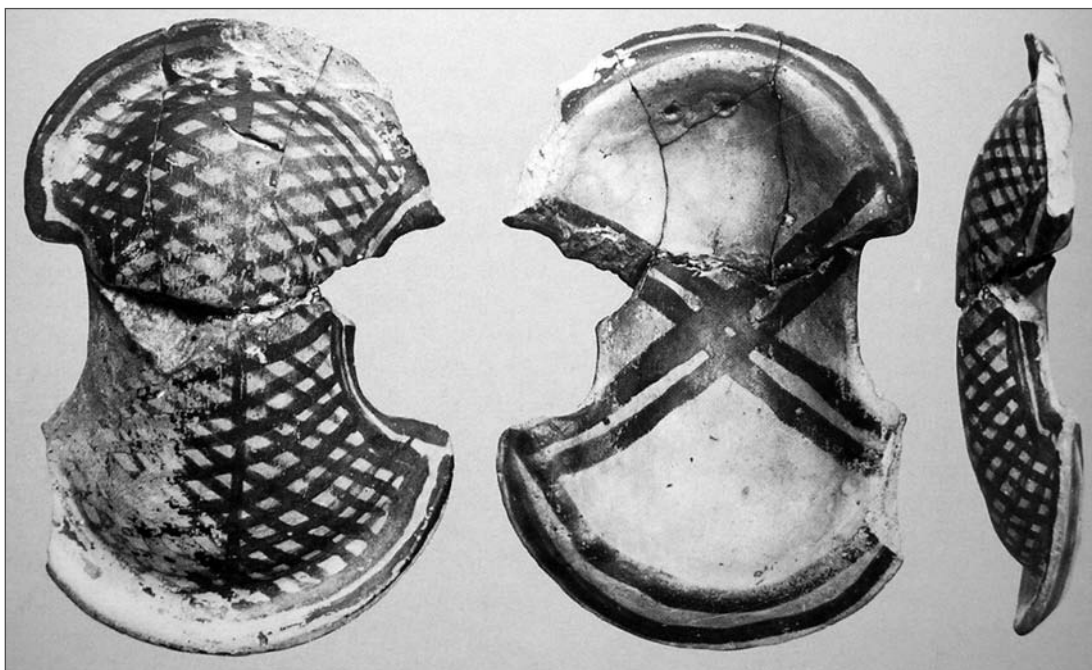


Fig. 28a y b. Escudos beocios

La concavidad no era un rasgo privativo del escudo argivo. Los escudos de doble escotadura, denominados “beocios”, mostraban también un abombamiento en forma de cuenco, que se observa claramente en estas imágenes:

arriba: Modelos de escudos beocios en terracota, *ca.* 700 a.C.;

a la derecha: Ánfora ática, Vulci, *ca.* 540-530 a.C.;

Ver también Fig. 21a ¹⁷.



¹⁷ Otros ejemplos donde se aprecia la concavidad del escudo beocio: Ánfora ática de Exekias, Vulci, *ca.* 540 a.C. (Munich, Museum Antiker Kleinkunst 1470; Ducrey 1985: 215); Ánfora ática de Exekias, Vulci, *ca.* 525 a.C. (Museo Gregoriano Etrusco 344; Ducrey 1985: 59); Hidria ática de figuras negras, Vulci, *ca.* 520 a.C. (British Museum; Lane 1971: pl. 47); Ánfora de cuello ática de figuras negras, *ca.* 520-510 (Museo del Louvre F201); Hidria ática de pinturas negras, Pintor del grupo de Leagro, *ca.* 510 a.C. (Metropolitan Museum 56.171.29; Noble 1966: 17, pl. 110-111).



Fig. 28c. Escudos beocios
Figurilla en bronce de soldado, *ca.* 500 a.C.



Fig. 29. Copa de Siana, *ca.* 575-550 a.C.

Una de las imágenes más conocidas de la pintura arcaica, esta copa de tipo Siana muestra un guerrero danzante que normalmente se interpreta como un “hoplita”. Sin embargo, el guerrero sostiene un escudo ovalado de doble escotadura, similar a los de las Figuras 25 y 26, en cuyo interior puede apreciarse claramente la doble abrazadera. En el contorno de la pieza se observa también un grueso borde protector tachonado, que seguramente reforzaba la estructura ¹⁸.

¹⁸ Los casos de representaciones artísticas que muestran el borde protector de los escudos beocios son muy numerosos; por ejemplo: Lekane del Pintor KX, Iáliso, *ca.* 585-570 a.C. (Museo de Rodas 5008; Boardman 1997: pl. 20); Ánfora ática, *ca.* 575 a.C. (Boston, Museum of Fine Arts 21.21; Ducrey 1985: 203); Ánfora de cuello ática de figuras negras, *ca.* 540-530 a.C. (Museo del Louvre F226); Enócoe ática de figuras negras, *ca.* 520-515 a.C. (Museo del Louvre F118); Ánfora ática de figuras negras, Vulci, *ca.* 520-510 a.C. (Museo del Louvre F222); Ánfora ática del Pintor de Munich, Vulci, fines siglo VI a.C. (Museum antiker Kleinkunst, Munich 1410; Ducrey 1985: 11); Lécyto ático, *ca.* 510 a.C. (Museo de Delos B6137.546; Ducrey 1985: 280); Copa de Douris, copa ática de figuras rojas, Cerveteri, *ca.* 490 a.C. (Kunsthistorisches Museum Viena 3695; Ducrey 1985: 49); Estáttera de plata beocia, Tebas, mediados siglo V a.C. (Staatliches Münzkabinett Berlin 464/1891; Ducrey 1985: 53).

Pero, una vez más, la concavidad no era un rasgo exclusivo del escudo argivo: representaciones micénicas del escudo en forma de “8” ponen de manifiesto que se trataba de un escudo profundo y hueco, capaz de cubrir al soldado casi por completo, aunque no era cóncavo al modo del escudo argivo –como un cuenco–, sino más bien con una ligera forma cónica (Fig. 27); por otra parte, algunos vasos y piezas artísticas –como las miniaturas en terracota del Museo Británico y la figurilla en bronce de Dodona– muestran claramente la concavidad del escudo beocio (Fig. 28a-c; ver también Fig. 21a). Por tanto, la estructura hueca no era un rasgo excesivamente innovador en el 700 cuando se introdujo el escudo argivo, sino que se trataba de una cualidad posiblemente compartida por diversos modelos y ciertamente con una larga tradición en Grecia.

El *borde exterior* del escudo argivo o ἵτις (*itus*) era, aparentemente, un elemento verdaderamente novedoso; se trataba de una corona plana que protegía el borde circular del escudo de posibles tajos o mellas mediante un recubrimiento de bronce (Blyth 1982; Connolly 1998b); el *itus* rechazaría los tajos dirigidos contra el borde, y ayudaría a mantener ensambladas las diversas partes del armazón de madera. Sin embargo, la idea no era del todo nueva, pues los escudos circulares de bronce de épocas anteriores estaban igualmente protegidos contra golpes en sus bordes por la propia lámina de metal (Lorimer 1947: 108, n.2), ni tampoco parece exclusiva del escudo argivo: las representaciones vasculares sugieren que el escudo beocio, por ejemplo, mostraba también una banda protectora idéntica (Fig. 29; ver también Figs. 25-26); también en este caso las reproducciones votivas del Museo Británico y la figurilla de Dodona que acabamos de mencionar corroboran esa impresión. Por tanto, como innovación no apareció vinculada a un modelo de escudo específico, sino que posiblemente se generalizó como elemento de protección para algunos tipos de escudos de madera dentro de la gran variedad que estaban en uso en ese momento. Puede tratarse de una novedad, en efecto, pero no parece un factor de peso para adoptar un nuevo modelo de escudo, ni justifica su eventual superioridad.

El único rasgo auténticamente innovador del escudo argivo, por tanto, residía en su *doble abrazadera*. Snodgrass considera que se trataba de “dispositivos originales griegos” (1964: 66), y en efecto no hay noticias de un sistema de agarre similar en otros escudos anteriores en el Mediterráneo: el *πόρπαξ* (*pórpax*) era una banda metálica central destinada al antebrazo, y el *ἀντιλαβή* (*antilabē*) una tira de piel adosada al borde para la mano; de este modo, el escudo se sostenía mediante dos puntos de apoyo que permitían distribuir y equilibrar mejor su considerable peso¹⁹. Al parecer hay constancia de otros tipos de escudo con múltiples asas, como unos ejemplares urarteos pertenecientes al siglo VII, o unos escudos armenios fechados en el siglo VIII (Snodgrass 1964: 66-67); sin embargo, estos escudos poseen tres asas en lugar de dos, y su disposición en la cara interna es muy diferente a la del *pórpax* y el *antilabē* en el escudo argivo: en lugar de en el centro, el asa principal parece situarse en una línea radial más cerca del borde, mientras que las dos asas restantes se disponen paralelas a la principal; para Snodgrass, era imposible sostener un escudo mediante ese mecanismo, por lo que consideraba que se trataría en realidad de un escudo de una sola asa, con asideros secundarios para pasar por ellos un telamón. Si no existen, por tanto, paralelos a la doble abrazadera del escudo argivo en la arqueología, nos encontramos entonces ante una auténtica innovación.

Pero ello no implica que fuese un elemento exclusivo del escudo argivo, ni tampoco que entrañase algún tipo de superioridad con respecto a los modelos precedentes de una sola asa. Por lo que respecta a la exclusividad, las pinturas vasculares muestran que el escudo beocio también podía

¹⁹ Snodgrass (1964: 61 ss.), Blyth (1982), Connolly (1998b).



Fig. 30. Ánfora ática de figuras negras, *ca.* 530-520 a.C.

Heracles combate contra la reina de las Amazonas, y además de su equipamiento habitual, porta un escudo de doble escotadura, en cuya cara interna se aprecian con claridad las dos asas características del escudo argivo. Aunque durante mucho tiempo se ha mantenido que éste era un rasgo exclusivo del escudo circular, las pinturas vasculares demuestran que podría tratarse de una innovación extendida a otros modelos.

tener doble abrazadera en ocasiones: diversas escenas vasculares presentan a los soldados sosteniendo escudos de doble escotadura de modo inequívoco mediante el sistema de las dos asas (Fig. 30; ver también Fig. 29), exactamente lo mismo que encontramos en la figurilla de bronce de Dodona (Fig. 31). Snodgrass consideraba este hecho como un “anacronismo extremo” (1964: 60), aunque no ofrecía ningún argumento para ello; es cierto, no obstante, que puede encontrarse alguna escena en la que el escudo beocio aparece sostenido mediante una única asa central²⁰, y también lo es que las representaciones de escudos beocios con doble abrazadera son relativamente tardías –todas

²⁰ En realidad se trata de un único caso, el arfbalo de Lequeo (Fig. 21a), aunque podrían plantearse dudas sobre la fiabilidad de esa ilustración, por el modo tan rudimentario que el pintor tiene de solucionar la difícil perspectiva del escudo.

de fines del siglo VI—. Pero ello nos indica que la doble abrazadera pudo haberse generalizado a otros modelos de escudo a lo largo de la Época Arcaica, de modo que en el entorno del 500 el escudo argivo no sería el único dotado de *pórpax* y *antilabé*. El hecho de que hubiese otros escudos con doble abrazadera debería ser tenido en cuenta por aquellos que defienden la conexión entre las asas y la falange: pudo tratarse de una auténtica innovación en el 700, pero si aceptamos que la doble abrazadera es fundamental para la formación cerrada —algo muy dudoso, como veremos—, entonces deberíamos considerar la posibilidad de que para el 500 a.C. hubiese falanges griegas armadas con escudos beocios.

Ninguna de sus características individuales, por tanto, hacían al escudo argivo inmediatamente superior a los tipos precedentes: muchas de ellas no eran siquiera innovaciones en el entorno del 700; otras en realidad eran cualidades secundarias que no mejoraron sustancialmente el uso o manejo del arma; otras, por último, podían ser verdaderas innovaciones —como, posiblemente, el *itus*, y con mayor seguridad, la doble abrazadera—, pero como hemos visto no constituyeron un elemento claro de superioridad. Así pues, ni la circularidad, ni la amplitud, ni la protección metálica del borde, ni siquiera la doble abrazadera, tomadas individualmente y separadas de sus potenciales usos, justifican por sí mismas la etiqueta del escudo argivo como “superior” frente a otros modelos precedentes o posteriores, y mucho menos la creencia en su adopción automática o su rápida difusión.

Como ya hemos dicho, la mayor parte de los argumentos sobre la superioridad de la doble abrazadera se referían a su adecuación a la formación cerrada, y tan sólo en contadas ocasiones se hacía mención a algún rasgo de superioridad individual. De hecho, hablar del escudo argivo como arma aislada implicaba para muchos hacer referencia a sus inconvenientes: solía hacerse hincapié en su escasa maniobrabilidad, por un lado, y en su excesivo peso, por otro.

La *escasa maniobrabilidad* estaría, en principio, relacionada con la doble abrazadera: algunos autores consideraban que el escudo argivo era demasiado voluminoso, y que ese nuevo sistema de agarre no facilitaba excesivamente su manejo²¹. Sin embargo, todo parece indicar que las dos asas estaban destinadas precisamente a facilitar la portabilidad y maniobrabilidad del escudo²²: el asa principal, situada en el centro, ofrecía un punto de apoyo firme en la zona del codo, y hacía que el peso se distribuyera de modo uniforme, especialmente a la hora de girar el escudo u orientarlo en diferentes posiciones con simples movimientos del antebrazo; ello permitía que un soldado pudiese adoptar una mayor variedad de posturas defensivas y ofensivas. El escudo argivo, por tanto, no parece diseñado para mantenerse estático en posición defensiva, sino para utilizarlo activamente en el combate: con dos puntos de apoyo, se podía emplear el escudo también para golpear al enemigo²³.

Para Hanson, sin embargo, “muchos no aciertan a apreciar lo molesto que un escudo de un metro podía llegar a ser, sostenido por el antebrazo de un hombre de en torno a 1,65 de altura y cargado con hasta 22 kgs. de armas en su cabeza, espalda y piernas, y manejando una lanza de

²¹ Cartledge (1977: 20), Hanson (1991b: 67).

²² Snodgrass (1965: 85), Salmon (1977: 85, n.6), Greenhalgh (1973: 73), Krentz (1985a: 60-61).

²³ Van Wees (2004: 168-169). En un pasaje del *Ajax*, Sófocles parece describir esta posibilidad de movimiento circular del escudo, al afirmar que el arma se debe sostener “*haciéndola girar* mediante el asidero sutilmente cosido (*διὰ πολυρράφου στρέφειν πόρπακος*)” (575-576). Aunque denomina el escudo como *σάκος* por ser el arma característica de Áyax en la tradición épica, el sentido del verbo *στρέφω* (*stréphō*) parece referirse a un movimiento de giro, que además se realiza con un escudo dotado de “*pórpax*”; es posible, por tanto, que Sófocles recree una imagen extraída de su propia realidad.

Fig. 31. Figurilla en bronce de soldado,
ca. 500 a.C.

Esta vista inferior de la figurilla de guerrero encontrada en el santuario de Dodona corrobora la impresión que obtenemos de las pinturas vasculares: los escudos de doble escotadura también solían llevar un sistema de doble abrazadera, idéntico al del escudo argivo. De este modo, el arma puede proyectarse de un modo más estable hacia delante (ver Fig. 28c), y un simple giro del antebrazo permitiría variar su posición, ofreciendo mayores posibilidades defensivas y ofensivas²⁴.



más 2,4 metros y doble punta” (1991b: 81 n.14); el factor decisivo en ese resultado era el peso del escudo, que se ha estimado en unos siete u ocho kilos²⁵. En efecto, es un peso excesivo para sostenerlo con la firmeza necesaria durante un largo tiempo, y existen testimonios literarios que parecen corroborar esa impresión (Hanson 1990: 66-68). Sin embargo, pueden hacerse al menos dos observaciones: la primera, que el propio escudo argivo permitía contrarrestar el peso, pues el borde interior del escudo podía, aprovechando la concavidad del cuerpo central, hacerse descansar en el hombro, lo que permitiría aliviar la carga del escudo temporalmente²⁶. La segunda observación es que los escudos de una sola asa podían llegar a ser igual de pesados, y eran incluso más difíciles de maniobrar: las reconstrucciones modernas del escudo romano republicano arrojan pesos de en torno a los 8-10 kgs., pero ello no era un obstáculo para su empleo sistemático en las legiones romanas²⁷.

En conclusión, el peso no era en sí mismo un factor limitador a la hora de emplear el escudo argivo, y por supuesto no influía en absoluto en la definición de su supuesta superioridad; la doble abrazadera, en cambio, es hasta el momento el único elemento verdaderamente innovador de este arma, y podía implicar una cierta ventaja sobre los modelos de una única asa a la hora de sostenerlo y manejarlo; aún así, al analizarlo de modo independiente y sin relación con la formación

²⁴ Otros ejemplos de escudos beocios con doble abrazadera: Enócoe ática de figuras negras, *ca.* 520-515 a.C. (Museo del Louvre F118); Lécito ático, *ca.* 510 a.C. (Museo de Delos B6137.546; Ducrey 1985: 280); Ánfora ática de figuras negras, Vulci, *ca.* 520-510 (Museo del Louvre F222).

²⁵ Hanson (1990: 65; 1991b: 69), Blyth (1982: 17-18).

²⁶ Hanson (1990; 1991b), Connolly (1998b).

²⁷ La Asociación Cultural Celtibérica Tierraquemada es una de las pocas organizaciones españolas que ha tratado de llevar a cabo reconstrucciones científicas fidedignas del armamento romano tardorepublicano. En 2003, realizaron dos modelos siguiendo las instrucciones de Polibio (6.23.2 ss.), uno de tres capas encoladas que alcanzó los 5 kgs, y otro de dos que llegó a los 4 kgs; el material utilizado fue contrachapado de pino, y se ha estimado que empleando listones de madera de pino los pesos finales hubiesen rondado los 9,2 kgs y 6,9 kgs respectivamente. A pesar de ello, fue necesario colocar una escarpia en los modelos reconstruidos para poderlos hacer descansar en las juntas de la cota de malla y reducir así la fatiga. Agradezco a José Ignacio de la Torre, asesor científico de la Asociación y co-director de la excavación del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense en Numancia, esta información.

cerrada, algunos lo consideran un elemento negativo. La razón es que los inconvenientes de la doble abrazadera y del peso se ajustan mucho mejor a la teoría que vincula el escudo argivo con la formación cerrada: esas cualidades negativas sólo podrían ser contrarrestadas con una posición estática en una formación cerrada en la que el movimiento individual no era tan necesario y el soldado se encontraba protegido por sus compañeros; la escasa movilidad encontraría una respuesta en la falange.

DETERMINISMO Y ESCUDO ARGIVO

Así pues, el argumento determinista parte de las cualidades individuales del escudo argivo, pero no se centra realmente en ellas; en cambio, le interesa más la especial combinación de rasgos positivos y negativos que, en teoría, poseía este arma. La reconstrucción más común que se hace de las características deterministas del escudo argivo²⁸ parte de la base de que era un arma demasiado pesada, voluminosa y difícil de manejar; esas dificultades se ponen en relación con los inconvenientes derivados del resto de la panoplia –casco y coraza, fundamentalmente–, también muy pesada e incómoda, que reducía la movilidad –y en el caso del casco incluso la visión–. Todo ello impedía, de acuerdo con estos autores, que un soldado pudiese emplear esa panoplia como un guerrero individual y aislado, y hacía necesario que actuase dentro de la cobertura de una formación cerrada. Al mismo tiempo, la doble abrazadera determinaría una mayor dependencia de esa cobertura, porque tan sólo protegía la mitad del cuerpo de su portador, que había de refugiarse entonces en el escudo del compañero de la derecha. Como afirma Mitchell, “nadie habría llevado algo así [la panoplia hoplita] en combate a menos que su vida dependiera de ello” (1996: 89).

Recientemente, una nueva elaboración de la teoría determinista ha propuesto la inversión de los factores en una suerte de “determinismo táctico”: es la falange, previamente existente, la que determina la adopción o adaptación de ciertas armas –como el escudo argivo–, que en realidad se adaptan a las necesidades de la formación cerrada (Hanson 1991b: 63-67, 74-78; Mitchell 1996: 90). En ambos casos –ya sea un determinismo “táctico o “tecnológico”–, el escudo resulta esencial para la formación cerrada, y a la vez determina el uso que se da a las armas ofensivas y el modo en que se desarrollará el combate. Se trata, en definitiva, del arma decisiva.

Pasaremos por alto la significativa paradoja que implica que en unos casos se presente el escudo –y la panoplia en su conjunto– como un arma ineficaz y llena de inconvenientes, mientras que en otros aparezca como un “armamento superior”, pues indica que no existen criterios sólidos a la hora de valorar la importancia del armamento. En cualquier caso, el argumento determinista convierte las “deficiencias” de la panoplia en una causa necesaria para la adopción del combate en masa: “el nuevo casco reducía considerablemente la visión lateral y la capacidad auditiva, mientras que el escudo hoplon (*sic*) era más pesado y se sostenía más pegado al cuerpo” (Bryant 1990: 498); por tanto, “la escasa visibilidad y movilidad que resultaban de este armamento se compensaban combatiendo en formación cerrada” (Murray 1980: 121; *cf.* 124-125). Así pues, según esta fórmula, “panoplia defectuosa” más “doble abrazadera” es igual a “falange”.

²⁸ Lorimer (1947: 76-77, 106-111; 1950: 462), Hanson (1990; 1991b; 1999a), Anderson (1991), Cartledge (1977: 13; 1996b: 692), Osborne (1996: 209-210), Schwartz (2002: 34-40).

La doble abrazadera ocupa el primer lugar en la lista de factores deterministas, pues, por las limitaciones de la protección que ofrece, conduce supuestamente a la adopción de la falange. Como hemos mencionado en varias ocasiones, la firme creencia de que el escudo argivo obligaba a su portador a refugiarse en el escudo del vecino de la derecha, ofreciendo a la vez protección al compañero de la izquierda, proviene de una única fuente en toda la literatura griega: la referencia de Tucídides al comportamiento de la falange espartana en Mantinea (418 a.C., 5.71). La autoridad del historiador ateniense ha bastado para que esta explicación sea asumida como un hecho dado ²⁹.

Sin embargo hay una serie de observaciones que hacen al famoso texto de la batalla de Mantinea. En primer lugar, Tucídides parecía plantear la deriva de los ejércitos como una tendencia universal causada por las deficiencias de protección del escudo, por tanto como una consecuencia automática del diseño de la doble abrazadera; pero en la práctica, la deriva no parece ser un elemento sistemático en las batallas hoplitas de la época: este movimiento no vuelve a aparecer en ninguna batalla terrestre más en toda la narración de Tucídides, ni en Potidea (432, Th. 1.62-63), ni en Espartolo (429, Th. 2.79), Egicio (426, Th. 3.96-98), Olpas (425, Th. 3.107-108), Soligea (425, Th. 4.42-45), Delio (424, Th. 4.96), Anfípolis (422, Th. 5.10), Río Anapo (415, Th. 6.69-70), Epípolas (413, Th. 7.42-50, 7.57-87) o Mileto (412, Th. 8.25); en ninguno de esos casos, ni el texto ni la acción parecen sugerir otra cosa más que el avance recto de ambos ejércitos el uno contra el otro. Mantinea, por tanto, parece ser una excepción a este respecto.

Ello no quiere decir, sin embargo, que la maniobra no existiese; la deriva era un elemento propio de algunas batallas clásicas, y su efecto más evidente es que en ocasiones el flanco derecho de un ejército sobrepasaba el extremo enemigo, posibilitando una maniobra envolvente. Sin embargo, hay suficientes razones para pensar que, cuando esa deriva se producía, se trataba de un acto intencionado: el propio Tucídides reconocía en Mantinea que los ejércitos “hacen, llevan a cabo” –*ποιεῖ*– la deriva; por otra parte, Jenofonte afirma que en la batalla de Nemea (394) los beocios “derivaron hacia la derecha, *con objeto de* sobrepasar el flanco del enemigo (*ἡγρον ἐπὶ τὰ δεξιὰ, ὅπως ὑπερέχουσιν τῷ κέραι τῶν πολεμίων*)” (*Hell.* 4.2.18.8-9), que a continuación los atenienses,

²⁹ Lorimer: “el escudo hoplita sólo daba protección completa a la parte izquierda del torso, con las consecuencias cuando la falange entraba en acción que Tucídides ha hecho familiares” (1947: 77); “en combate cubría sólo la parte izquierda del tronco. La narración de Tucídides sobre la tendencia resultante de dos líneas de hoplitas enfrentadas a sobrepasar el flanco respectivo por la derecha es demasiado familiar como para necesitar ser citada” (1950: 462); Andrewes: “la mitad del escudo de cada hombre se proyectaba hacia la izquierda de su codo izquierdo y cubría el lado derecho del hombre contiguo” (1974: 32); Adcock: “el escudo del hoplita cubre de modo más efectivo su parte izquierda. La derecha puede obtener cierta protección lateral del escudo del compañero de la derecha” (1967: 3); Detienne: “el escudo redondo de doble abrazadera interna permite cubrir mejor al hoplita que combate en la misma línea, al compañero de fila” (1968: 133); Cartledge: el escudo “estaba mejor adaptado para el uso en formación cerrada, preferiblemente tan cerca como la comodidad y la seguridad pudiesen permitir; incluso así la línea tenía la tendencia de derivar hacia la derecha, a medida que cada hombre buscaba poner su vulnerable flanco derecho bajo la protección del escudo de su compañero” (1977: 13); Osborne: “el uso de un escudo semejante sólo tenía sentido si se combinaba con el de una armadura pesada completa o con el combate en filas muy cerradas en el que cada soldado ... podía proteger su flanco derecho con el escudo” (1996: 209); Polignac: “el escudo redondo, desde entonces sujetado mediante una doble abrazadera interna y manejado por el antebrazo y la mano derecha, es en efecto la pieza esencial de la cohesión hoplítica; el apoyo de los escudos, superpuestos unos sobre otros, asegura la protección del conjunto de la línea, y ya no cada escudo la protección individual” (1984: 56-57); Anderson: enfatiza “la idoneidad del escudo para la táctica de la falange, puesto que cubría al compañero de la izquierda tanto como a uno mismo” (1991: 16); Bryant: “la disciplina de formación era un imperativo, puesto que cada soldado recibía protección parcial en el lado derecho del escudo de su vecino” (1990: 498); Schwartz: “era una función esencial del escudo dar cobertura no sólo al portador, sino también al hombre situado al lado” (2002: 43).

conscientes del peligro que eso suponía para su propia línea, decidieron seguir a los beocios (*Hell.* 4.2.18.9-11), y que los espartanos, por último, *reaccionaron* ante este movimiento aparentemente inesperado de sus enemigos e iniciaron un movimiento similar en su propio flanco (*Hell.* 4.2.19.6-7). Se trata a todas luces de una decisión táctica, de un movimiento deliberado.

Tucídides distinguía un “lado desnudo” —τὰ γυμνὰ— en los soldados griegos, y es cierto que la distribución de las armas en los brazos —izquierdo defensivo, derecho ofensivo— generaba una asimetría en la protección. Sin embargo, es muy dudoso que el escudo argivo determinase de algún modo esa situación: por un lado, los hoplitas giraban el torso a la hora de combatir, asumiendo una postura paralela al eje de avance y perpendicular, por tanto, al escudo (van Wees 2000a: 126-134), con lo que el cuerpo quedaba completamente cubierto por el escudo y desaparecían los “lados desnudos”; por otro lado, es ilógico atribuir ese “defecto” al escudo argivo, pues la asimetría es consecuencia de la distribución lateral de las armas, no de las armas en sí, por lo que cualquier escudo, al ser sostenido con un único brazo, generará un “lado desnudo” (van Wees 2004: 168-169).

Por otra parte, es también discutible que la asimetría generase en la práctica la reacción descrita por Tucídides. A mi modo de ver, la idea de la asimetría del escudo y del temor que provoca en los soldados parece una explicación *ad hoc* de Tucídides; ya hemos visto que no recurre más a ese argumento, y que en las narraciones de sus restantes batallas la asimetría no juega ningún papel, ni representa ningún problema para los hoplitas, que se lanzan al combate igualmente. El historiador ateniense trataba de explotar una sensación real y universal en el campo de batalla —el miedo—, pero resulta paradójico que la pusiese precisamente en relación con los espartanos, a los que apenas unas líneas antes (5.70) acababa de describir avanzando confiados y carentes de temor, y cuya reputación de osadía y desprecio del peligro estaba sólidamente asentada en esa época.

La narración de Tucídides pone de manifiesto que la deriva hacia la derecha originó un peligroso desequilibrio en los frentes de ambos ejércitos que amenazó el flanco izquierdo espartano; ello llevó al rey Agis a tratar de corregir la alineación de su falange mediante la atrevida maniobra de fortalecer el extremo en peligro llevando hasta él tropas procedentes del flanco derecho; la maniobra salió mal, y la falange espartana se vio ante el enemigo con un gigantesco hueco en su línea. En última instancia, esa táctica fallida estuvo a punto de costar la derrota a los espartanos, por lo que debe considerarse sin ninguna duda el elemento clave de la batalla; pero el hecho que hizo necesario recurrir a su vez a esa táctica fue la peculiar deriva hacia la derecha de la formación espartana. Así pues, desde el punto de vista de Tucídides, el peculiar desarrollo de la batalla se explica fundamentalmente por la deriva de los espartanos.

Por ello, es posible que Tucídides necesitase explicar de algún modo lo que sucedió en Mantinea; la deriva fue el elemento determinante en la batalla, por lo que precisaba de un argumento que la explicase de modo suficiente, de ahí que buscase una justificación en la asimetría defensiva y el miedo. No pretendo sugerir que Tucídides inventase el argumento, ni tampoco rechazar su testimonio sobre una batalla de la que pudo tener información de primera mano; pero sin duda observó algo peculiar en ella que consideró decisivo en su desarrollo, y tuvo que buscar una explicación adecuada. Tampoco pretendo cuestionar la experiencia militar de Tucídides o su eventual capacidad de reconocer un problema básico del armamento que muchos griegos del momento con seguridad reconocerían, sino tan sólo sugerir que tal vez empleó esa experiencia para elaborar una explicación lógica que se ajustase a las exigentes necesidades de su narración histórica.

La principal consecuencia de este análisis es que, en mi opinión, el fragmento de la batalla de Mantinea, por tanto, no constituye un argumento suficiente para fundamentar el supuesto vínculo entre escudo y falange, por dos motivos fundamentales: primero, por la propia coherencia

interna del texto y la interpretación que se hace de él; segundo, porque los efectos que se atribuyen a la doble abrazadera son bastante cuestionables. No era necesario refugiarse en el escudo del compañero para combatir en masa o formar una falange; el efecto más negativo de la lectura que suele hacerse de Tucídides es la creencia de que el escudo argivo era imprescindible para constituir una formación cerrada, cuando, como afirma Pritchett, “otros escudos distintos de los circulares fueron diseñados para la táctica del combate en masa” (1985b: 22), o dicho de otro modo: hay otros ejemplos de formaciones cerradas a lo largo de la Antigüedad que no emplean el escudo argivo.

IDENTIDAD ENTRE ESCUDO ARGIVO Y FALANGE

La consecuencia fundamental del análisis tradicional sobre las cualidades del escudo argivo ha sido, en definitiva, la identificación absoluta entre armamento y táctica, entre escudo y falange. Son muchos los autores que defienden que, si los diversos “inconvenientes” del escudo argivo hacían necesario el recurso al combate en masa, entonces el soldado griego no podía combatir de modo efectivo alejado de la falange³⁰; hasta tal punto el arma determinaba la táctica, que “la naturaleza del armamento hoplita hace muy difícil para la infantería combatir de modo individual o en terreno accidentado” (Hanson 2000: 206). Eurípides afirmaba que “un hoplita es esclavo de sus armas (ἀνὴρ ὁπλίτης δοῦλός ἐστι τῶν ὅπλων)” (HF 190), idea que se ha empleado a menudo para sostener que “en el campo de batalla, un hoplita aislado era una auténtica contradicción” (Cartledge 1996b: 712).

El hoplita, sin embargo, era un tipo de soldado más versátil de lo que se cree, y el escudo argivo no era un impedimento para realizar diversas tareas fuera de la falange: el ejemplo más recurrente es el de los *epibátai* o “infantes de marina” de época clásica, que eran hoplitas destinados a servir en las cubiertas de las naves, “donde no podía haber formación” (Krentz 1985a: 53; cf. Morrison & Williams 1968: 263-265). Apenas diez por cada barco, está claro que su sistema de combate excluía por completo la posibilidad de formar una falange, dedicándose en cambio al abordaje de las naves enemigas y al combate individual. Tucídides transmite la impresión de que las batallas navales antiguas se desarrollaban casi como batallas terrestres, a medida que los barcos se abordaban unos a otros y el combate se decidía por el enfrentamiento de sus fuerzas de infantería (1.49); esa costumbre explica la presencia de los *epibátai*. Por otra parte, Platón afirma que sus tácticas consistían en ocasiones en realizar desembarcos y regresar a continuación rápidamente a las naves (Leg. 706c), por lo que se trataba de soldados con equipamiento pesado que combatían *fuera* de la falange.

³⁰ Lorimer: “Es la esencia del hoplita que existía únicamente como unidad de la falange; aislado de sus compañeros estaba perdido ... Fuera de la falange, el hoplita no era nada” (1950: 462; cf. 1947: 128); Webster: “El escudo hoplita implica táctica hoplita, hombres en línea que se protegen unos a otros, llevando corazas de bronce y luchando con lanzas de combate. Son esencialmente una línea sólida, no unidades móviles como sus predecesores” (1958: 214-215); Andrewes: “los hoplitas sólo pueden combatir en formación. Defensivamente, la naturaleza del escudo, que acabamos de describir, deja claro que la seguridad del hoplita dependía en la preservación de la línea” (1974: 32); Mitchell: “un hoplita solo no habría tenido mucho sentido” (1996: 89); Schwartz: “Es un hecho fundamentalmente erróneo asumir que un hoplita podía funcionar adecuadamente como un ‘solista’ fuera del orden cerrado de la falange: su refinado equipo estaba diseñado con las necesidades específicas de la falange en mente” (2002: 40). Ver también: Forrest (1966: 90), Osborne (199: 209-210), Bryant (1990: 498).

Pero hay otras evidencias: Atenas, por ejemplo, se habituó a las acciones anfibas a lo largo del siglo V, como lo demuestran las innumerables expediciones navales que a lo largo de la Guerra del Peloponeso fueron enviadas a saquear el territorio lacedemonio; en la gran mayoría de ellas, como la campaña de Formión a Acarnania (Th. 2.102), la de Demóstenes a Etolia (Th. 3.94-98) o los desembarcos en Esfacteria (Th. 4.31-33) y Mitilene (Th. 3.18.4.2), el contingente principal estaba integrado por hoplitas. Tropas hoplitas aparecen también guardando fortalezas o murallas, como las guarniciones atenienses a comienzos de la Guerra del Peloponeso (Th. 2.13), o los defensores de las diversas fortificaciones atenienses y siracusanas en la llanura de Epípolas (Th. 6-7). Y también encontramos hoplitas realizando asedios, como el de Itome (Th. 1.102), Samos (Diod. 12.28.3; Plut. *Per.* 27.3) o Platea (Th. 2.71-78); sólo en los tres primeros libros de Tucídides hay menciones a cerca de 40 ciudades o poblaciones asediadas o conquistadas por hoplitas (Rawlings 2000).

Así pues, los inconvenientes que se atribuyen al armamento son normalmente la única explicación de que un soldado fuertemente armado combatiendo aislado se considere un sin sentido: la limitación sensorial y el peso del equipamiento convertirían el aislamiento en una apuesta muy arriesgada, y obligarían al soldado a refugiarse en la masa; Greenhalgh llegaría al extremo de sugerir que era la falta de protección trasera lo que determinó la formación cerrada (1973: 73). Sin embargo, hay una cierta exageración en todo ello: en primer lugar, el soldado nunca estaba completamente solo, sino que sus compañeros se encontraban relativamente cerca; en segundo lugar, la falta de protección trasera no era exclusiva del hoplita, sino que afectó en realidad a combatientes de todas las épocas. La idea de que un hoplita aislado se encontraba indefenso no es más que un prejuicio historiográfico: todo soldado aislado corre un riesgo, especialmente si se encuentra rodeado, y, aunque el armamento hoplita conlleva unas ciertas limitaciones sensoriales y de movilidad, no son suficientes como para anular su capacidad de combate. Un hoplita, fuertemente protegido y dotado de un arma ofensiva, debía de ser un enemigo temible en cualquier situación; no considero que se encontrase más o menos impedido que cualquier otro soldado pesado.

Hay otros ejemplos de infantería pesada que combatía en formaciones diversas y versátiles, y en una amplia variedad de escenarios: el caso romano es sin duda el primero que viene a la mente, pero la infantería pesada medieval, compuesta por caballeros a pie, puede ser otro ejemplo; este tipo de infantería combatía en masa, pero no en formación cerrada, y a menudo carecían de escudo, destinando ambas manos al manejo de un arma pesada (Keegan 2004: 87-107). La infantería asiria es un caso muy interesante: el equipamiento regular del guerrero asirio a mediados del siglo VIII incluía escudo, casco, lanza, espada corta y coraza metálica de escamas, cuyo peso conjunto no sería muy diferente del de la panoplia griega; sin embargo, eso no impidió a la infantería pesada asiria combatir con temible efectividad en los más diversos contextos, y derrotar a sus enemigos en campo abierto sin formar necesariamente en líneas compactas y cerradas (Rawlings 2000: 247-248). La propia épica griega presentaba a los grandes héroes, armados de modo bastante similar a los soldados griegos posteriores —es decir, con casco, escudo, coraza, lanza y espada, como mínimo—, moviéndose con libertad por el campo de batalla, escasamente preocupados por la incomodidad o las carencias de su armamento (van Wees 1994b: 131-137). Si el armamento no fue una condición determinante para que otros soldados de infantería pesada adoptasen formaciones cerradas de combate, ¿por qué es necesario asumir que el hoplita se encontraba determinado a hacerlo por su escudo? El armamento griego posibilitaba una cierta versatilidad de la infantería pesada que le permitía operar fuera de la falange; el peso o las limitaciones de las armas no determinaban la necesidad de la formación cerrada pues se han exagerado en gran

medida los efectos que podrían derivarse de los “inconvenientes” de la panoplia. Por todo ello, no parece adecuado afirmar una identificación absoluta entre el escudo argivo y la falange hoplita.

Pero aún se podría plantear otro argumento en contra: si analizamos detenidamente el armamento empleado por los soldados griegos a lo largo de su historia, nos damos cuenta de que era bastante variado. Al hablar sobre la evolución del combate a lo largo de la Época Arcaica hacíamos hincapié en la variedad de armas que aparecen en las pinturas vasculares y en los textos: los soldados están armados indistintamente con armas arrojadas, corazas, cascos, escudos o lanzas de diferentes tipos, sin que existan limitaciones u obstáculos a su combinación. Por supuesto, ninguno de esos ejemplos pertenece inequívocamente a una falange, pero al menos corrobora la idea de que al armamento disponible y empleado en la práctica era muy heterogéneo, y no existía una panoplia cerrada o específica. Algunos autores han llegado a la conclusión de que la falange mostraría con seguridad un armamento diverso³¹, y que “el concepto de panoplia no estaba fijado, sino que era un fenómeno fluido” (Jarva 1995: 143); incluso podrían encontrarse diferencias entre las filas: la vanguardia, más expuesta, incorporaría más elementos defensivos, mientras que la retaguardia podría prescindir en ocasiones de la coraza o el casco (Jarva 1995: 143-144, 159-161). Las evidencias arqueológicas y literarias apuntan a la progresiva simplificación de la panoplia con el objeto de aligerar el peso, y a la falta recurrente de elementos del equipamiento en función de motivos como la capacidad adquisitiva o los gustos prácticos y estéticos de su portador.

La heterogeneidad del armamento es un rasgo propio de estructuras militares insuficientemente centralizadas, que carecen de una institución rectora que aporte un equipamiento estandarizado a sus soldados; y eso afecta a todos los ejércitos pre-modernos sin excepción, que no sólo carecen de un grado de organización tal, sino que en muchos casos incentivan y promueven el armamento individual de sus soldados. Ese es el caso de Grecia, donde tradicionalmente cada combatiente debía aportar su propio equipamiento, costado por sus propios medios, como se desprende del texto de una inscripción correspondiente a fines del siglo VI a.C.:

“Resuelto por el pueblo. Si un cleruco de Salamina (τ[ὸς ἐ] Σ[α]λαμ[ῖ]νι κ[ε]ρ[ε]χ[ο]ς)
habita en Salamina ... en Atenas
que pague impuestos y preste servicio militar (τελ[ὲ]ν καὶ στρατ[ε]ύ[ε]σθ[αι]); no alquile
su lote en Salamina, a no ser a un familiar ... tomado en alquiler ...
si lo alquila, que paguen el arrendatario y el
arrendador cada uno ...
al tesoro público. ...
el magistrado, y si no, sea procesado,
y él aporte el armamento (δ[ὲ] [ἡ] ὀπλ[α] π[α]ρ[έ]χ[ε]σθ[αι] αὐτ[ὸ]ς)
por valor de 30 dracmas; y una vez provisto, (τριά[κ]οντα δρ[α]χμ[ῶ]ν] ἡσ[π]ισμ[έ]νον)
que el magistrado verifique las armas ([τ]ὸν ἄρχοντ[α] τὰ ὀπλ[α] κρίν[ει]).
Por el Consejo ...”

IG I³ 1.1.7-12

Las consecuencias de la voluntaria elección del armamento son fáciles de extraer: cada individuo aportaría aquellas armas y aquellos modelos que se ajustasen más a sus preferencias y posibilidades. Las armas, que en sí mismas constituían un símbolo externo de posición social (van Wees 1997a), se guardaban y atesoraban en las casas: Odiseo tiene un auténtico arsenal, que incluye los cuatro escudos, cuatro yelmos y ocho lanzas que Telémaco toma para armar al pequeño ejército

³¹ Bowden (1995: 49), Hunt (1997: 140-141), Jarva (1995: 115-117).

familiar (*Od.* 22.108-111), así como los doce escudos, doce lanzas y doce yelmos que Melantio coge furtivamente para los pretendientes (*Od.* 22.139-146); aunque Odiseo es un hombre rico, su casa contiene cerca de cincuenta armas de diversos tipos, cantidad sin duda exagerada. Home- ro no denomina al arsenal mediante ningún término específico, sino únicamente como “sala” –*θάλαμον* (*thálamon*)–, lo que tal vez indica que se trata de una de tantas habitaciones de la casa. También Alceo se refiere a las armas exhibidas en la casa de un aristócrata de Mitilene (frg. 357), un pequeño arsenal que contiene cascos, grebas, corazas, escudos, espadas y cinturones, en un número indeterminado (Colesanti 1995); el lugar más común para colgar las armas es encima del hogar (Hdt 1.34; Ar. *Ach.* 279), aunque Aristófanes bromea con la escasa utilidad que las armas tienen en casa en época de paz, de modo que puede encontrarse un escudo convertido en tapadera de pozo (frg. 295 Kock) y una coraza empleada como orinal (*Pax* 1228). La impresión resultante, por tanto, es que cada individuo adquiriría sus propias armas, y conformaba una especie de “arsenal doméstico” que no sólo servía para armar al soldado en tiempos de guerra, sino para abastecer a los miembros de la casa y proteger a la familia ante cualquier amenaza.

Esa responsabilidad individual determina que haya dos criterios fundamentales en la adquisición de las armas: por un lado el coste, y por otro, el gusto personal, basado en las características físicas de la pieza. Se ha debatido mucho acerca del coste real que podrían alcanzar las armas, piezas relativamente complejas de fabricar en un mercado artesanal de baja producción³², y la conclusión predominante es que, al menos en Época Clásica, una panoplia no era excesivamente cara en comparación con otros bienes: frente a los 30 dracmas de la panoplia en la inscripción ática, un esclavo podía costar entre 150-180 dracmas, una vaca entre 50-70 y una oveja en torno a 15; las estimaciones derivadas del precio de los materiales arrojan un valor que ronda los 65±10 dracmas para una panoplia completa, con coraza incluida (Jarva 1995: 152). Por tanto, si una panoplia media podía suponer entre una quinta y una cuarta parte de los ingresos anuales de un zeugita ateniense en el siglo V, tendría capacidad adquisitiva suficiente para costearse una panoplia nueva cada año (Jarva 1995: 140-150; van Wees 2001a: 47-48).

Sin embargo, el hecho de que la panoplia fuese relativamente asequible para un campesino medio no quiere decir que todos adquiriesen la panoplia completa: una coraza de lino podía llegar a ser una alternativa, y en todo caso podían eliminarse las grebas y otros protectores corporales metálicos, reduciendo considerablemente el coste y el peso final del equipo; podía optarse, además, por variedades baratas de los diferentes tipos de escudos, espadas o cascos existentes, o eliminar el regatón trasero de la lanza. La necesidad de economizar podía llevar a completar “panoplias reducidas” que bastaban a individuos modestos para cumplir con el expediente en el reclutamiento y el combate.

A menudo, junto al criterio económico pesaban sin duda otro tipo de consideraciones a la hora de adquirir o adoptar una pieza de armamento: las tradiciones locales o familiares podían influir en el gusto o el empleo de determinadas armas, mientras que las condiciones físicas del usuario y sus preferencias en el manejo de sus armas podían determinar variaciones de diseño e incluso de patrón. La personalización de los escudos mediante diferentes blasones, emblemas personales e incluso nombres inscritos o motivos decorativos en el borde es una práctica exhaustivamente atestiguada en las pinturas vasculares (Blyth 1982; Hanson 1990; 1991b), mientras que los cascos y corazas llevaban diferentes adornos, penachos y colgaduras. Las asas internas del escudo podían ser adaptadas a las peculiaridades y dimensiones del antebrazo o a las preferencias

³² Starr (1961: 137), Morris (1987: 197), Connor (1988: 10-11), Jarva (1995: 148-154), van Wees (2004: 52-54).

personales a la hora de sostenerlo; las corazas y los cascos eran piezas que debían adaptarse a la anatomía de sus portadores, por lo que variaban considerablemente en tamaño y forma; el gusto personal podía hacer optar a un soldado por un casco ático abierto y con carrilleras móviles en lugar del casco corintio, o por un casco calcidio o ilirio; se podía escoger entre la espada curva o los diferentes modelos de espadas rectas, habitualmente con un solo filo pero diversas longitudes y grosores; podía también optarse por la infinidad de variedades y dimensiones de las hojas de lanza, o por diferentes tipos de madera para el asta, o por diferentes formas y metales para el regatón trasero.

Las posibilidades reales del armamento eran enormes, y la variedad disponible de diferentes mecanismos y diseños también lo era; por ello, las posibilidades de homogeneidad de equipamiento en la falange eran muy reducidas. La capacidad adquisitiva era sin duda un elemento importante, pero no se puede subestimar el impacto de las preferencias personales, derivadas de una miríada de prejuicios o gustos individuales, de las pequeñas manías personales o de la progresiva adaptación de la herramienta como consecuencia del uso, lo que implica tener en cuenta la experiencia derivada de otros combates anteriores. Por último, el prestigio y la exhibición podían ser otro factor añadido, que provocaría la elección de metales preciosos en lugar del bronce o el hierro, y la decoración mediante diversos motivos y elementos ornamentales, como colgaduras, dibujos, aderezos, grabados, etc. Tucídides describe cómo en los preparativos de la expedición a Sicilia los atenienses se embarcaron en una competición por el armamento y el vestido (6.31.3); sólo el deseo de exhibición puede explicar el desmedido peso de la coraza de Demetrio Poliorcetes, que rondaba los 20 kilos (Plut. *Demetr.* 21), o la del tirano Agatocles, tan pesada que nadie podía manejarla (Diod.Sic. 19.3.2). Como afirma van Wees, las armas no sólo eran un elemento de exhibición y prestigio, sino también un mecanismo para intimidar al enemigo mediante una imagen terrorífica (2004: 53), por lo que la elección de los diversos tipos, colores, materiales y adornos de las armas estaba destinada a generar ese efecto de exhibición y terror, pero buscaban además hacerlo de un modo individualizador, respetando la personalidad del soldado en el campo de batalla.

A la luz de todas estas consideraciones, por tanto, es muy difícil mantener la creencia en una panoplia cerrada y definida, transmitida sin variaciones a lo largo de los siglos de guerra griega. Da la impresión, en cambio, de que los griegos acudían con armas muy diversas a la batalla, acordes con su estatus, su riqueza, sus preferencias y su experiencia. Si la panoplia no es una ni única, las características de las armas pueden variar y las propias armas pueden sustituirse por otros modelos –incluso el escudo argivo–, entonces el fundamento del determinismo se debilita en varios puntos, pues no existe el vínculo rígido y exclusivo entre el armamento y la táctica: o bien se abandona el argumento determinista y se acepta una falange con multitud de armas posibles, o bien se conserva el argumento y se reconoce entonces que el combate arcaico no es una falange en absoluto.

SUPERIORIDAD OFENSIVA. LA LANZA DE COMBATE

Es necesario evaluar también la capacidad ofensiva de la lanza de combate griega dentro del argumento determinista de la superioridad. En la mayor parte de los casos se asume simplemente que la lanza era el arma ofensiva fundamental del soldado griego, y que combatía toda la batalla con ella, aunque no hay una idea exacta de cómo se las arreglaban los griegos para combatir cuerpo a cuerpo con un arma de cerca de dos metros de longitud.

Es cierto que los propios griegos consideraban la lanza como su arma de ataque por excelencia, y a pesar de la presencia de otras armas ofensivas el predominio de la lanza es una constante en toda la literatura griega: es el arma fundamental en Homero, aunque en bastantes ocasiones es posible arrojarla o manejarla indistintamente; Arquíloco exalta su importancia (frg. 2), y mantiene su predominio en la poesía de Tirteo (frg. 11.25, 11.29, 11.34) y Calino (frg. 1.10); Esquilo la convierte en una famosa metonimia que identifica al pueblo griego frente al invasor persa (*Pers.* 239 ss., 278, 729, 817, 926), y a lo largo de toda la Época Clásica las narraciones de los historiadores pondrán de manifiesto su presencia y su empleo en las principales batallas campales del período. En consecuencia, a pesar de que la espada era también parte ocasional del equipamiento, normalmente asumimos que las falanges no avanzaban una contra otra más que con sus lanzas preparadas.

Sin embargo, los análisis sobre el armamento han reparado muy poco en ella, y no hay tampoco estudios sobre su efectividad en combate. Por supuesto, algunos trabajos hablan de la lanza, pero habitualmente desde la perspectiva de sus características físicas; el más importante es sin duda el de Snodgrass (1964: 115-136), que trató de establecer algunas directrices fidedignas para la distinción sistemática de las lanzas arrojadizas y las de acometida (1964: 136-139). Otros trabajos se han limitado a enumerar esas características³³, pero la mayoría simplemente ignoran la lanza en las consideraciones sobre la introducción y difusión de la panoplia³⁴.

Hanson ha revisado las características de la lanza de combate griega, pero trata de comprobar su adaptación a la táctica de la formación cerrada, y se ha centrado básicamente en una única característica: la presencia de regatón (1991b: 71-74); para Hanson, este refuerzo metálico serviría de contrapeso a la punta, y podría servir como arma secundaria para rematar a enemigos caídos, o incluso como arma principal en caso de que el asta se rompiera. Su idea es presentar el regatón como una innovación destinada a mejorar la efectividad de la lanza *dentro* de la falange, pero minimiza el peligro que una punta metálica de 40 cm en el extremo trasero de la lanza implicaba para los compañeros de las filas posteriores (1991b: 71-72); por otra parte, en Homero encontramos unas lanzas con regatón hincadas en tierra en torno al campamento de Diomedes (*Il.* 10.153), lo que no favorece precisamente la idea de la innovación.

Para comprobar el argumento determinista, la clave es dilucidar si la lanza era verdaderamente la posibilidad más efectiva para el combate en formaciones cerradas. Aparentemente, las conclusiones deberían ser negativas: un asta de más de dos metros rematada en dos puntas metálicas es un arma poco maniobrable en las distancias cortas, limitada en cuanto a sus posibilidades y bastante peligrosa para los compañeros circundantes (Helbig 1911: 4). La hoja de la lanza no permite realizar ataques de tajo, por lo que los movimientos ascendentes o descendentes que podrían realizarse con una espada corta están descartados; la posibilidad de herir al contrincante se reduce, entonces, a ataques de penetración, que por sí mismos implican una fuerza y una contundencia mucho menores que un tajo, el cuál aprovecha el peso y la inercia del arma, además del recorrido mucho más largo del brazo. Un asta de esas dimensiones sólo puede ser sostenida en dos posturas diferentes para poder lanzar un ataque penetrante: con la mano hacia arriba, tratando de alcanzar la garganta en un movimiento descendente, y con la mano hacia abajo, buscando el vientre o los genitales en un movimiento recto; en ambos casos, la integridad de los compañeros de las filas posteriores está seriamente amenazada, pues el único modo de cobrar impulso para el impacto es llevar rápidamente el arma hacia atrás, aunque sin una idea muy exacta de en qué dirección.

³³ Anderson (1970; 1991), Cartledge (1977), Hanson (1990: 83-88).

³⁴ Adcock (1967), Ducrey (1985), Snodgrass (1999).

Fig. 32. Pie ático geométrico, ca. 775-750 a.C.

La escena central de este pie de estilo geométrico representa un motivo bastante recurrente: dos guerreros se enfrentan en un duelo, y ambos tratan de derrotar al rival agarrando la cimera de su casco. El arma con el que se enfrentan es la espada, que normalmente aparece envainada y al cinto de los guerreros geométricos, pero que con toda seguridad era el arma preferida para culminar una lucha cuerpo a cuerpo



Pero aún hay más: si la lanza se sostiene por el centro del asta (*Il.* 3.78, 7.56), algo necesario para mantenerla equilibrada en la mano, todavía sobresale más de un metro por ambos extremos, lo que quiere decir que esa debe de ser la distancia mínima con respecto al enemigo si se pretende herirle con ella. No quiero llevar este argumento demasiado lejos, pero un metro de asta implica que los contendientes no pueden estar en contacto físico directo: debe de haber un espacio entre ellos, pues de lo contrario no hay distancia suficiente para poder clavar la punta. Aparentemente, por tanto, la lanza es en realidad un arma defensiva: trata de mantener al enemigo a distancia, en lugar de buscar el cuerpo a cuerpo más próximo, y su empleo se reduce a esperar el momento más oportuno para asestar un golpe decisivo, más o menos como actuaría el aguijón de un escorpión.

Por otra parte, aquellos pueblos que verdaderamente combatían cuerpo a cuerpo y buscaban el contacto directo no empleaban la lanza como arma principal, sino la espada. El *gladius* es sin duda el ejemplo más característico, pues hacia finales de la época republicana las legiones se equipan básicamente con la espada corta de doble filo, denominada “ibérica” por Polibio (6.23.6), y sólo conservan la lanza como arma arrojadiza. Una variedad de espada corta, de un solo filo, aparecía en ocasiones vinculada a los hoplitas espartanos —*ξύλη* (*xylē*, Xen. *An.* 4.7.16, 4.8.25)—, y que daría pie a algunas de las tradiciones sobre su valor y su desprecio del riesgo: los espartanos añadían un paso a la reducida longitud de sus espadas (Plut. *Mor.* 241f), lo que les acercaba más que nadie al enemigo (Plut. *Mor.* 191e, 217e). Ellos representan, por tanto, el mayor vínculo de la espada con el combate cuerpo a cuerpo entre los griegos, y evidencian también que los restantes pueblos helénicos no frecuentaban habitualmente esa extraordinaria proximidad ³⁵.

³⁵ Para una discusión sobre los diversos términos en griego para denominar los diferentes tipos de espadas, consultar Quesada (1994).

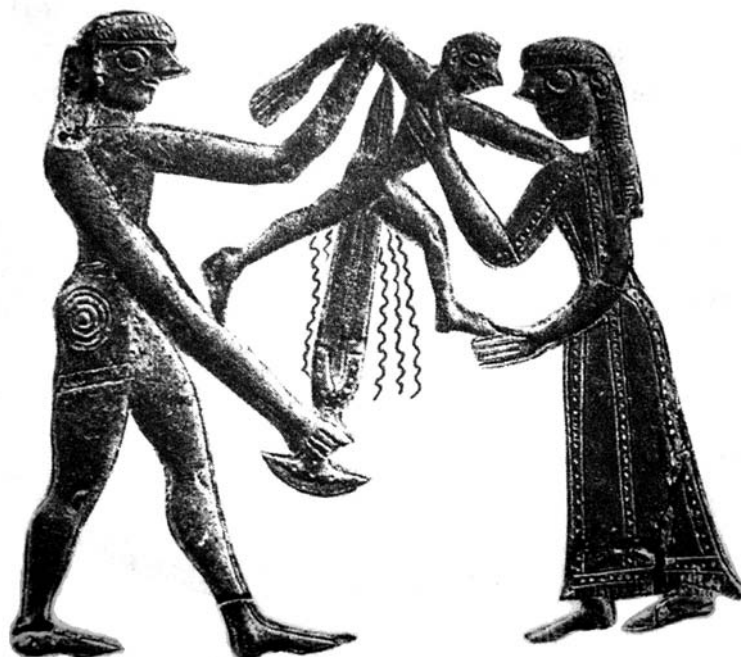


Fig. 33. Pito de Mikonos, *ca.* 670 a.C.

Este gran pito metálico muestra una serie de placas que describen diferentes momentos de la toma de Troya por los griegos. Las escenas destacan por su crudeza, todas ellas centradas en los asesinatos y pillajes cometidos por los asaltantes. En la ilustración, dos de esos paneles (*arriba*: Panel 14; *debajo*: Panel 16) muestran a los guerreros griegos empleando sus espadas para acabar con los habitantes de la ciudad.



Paradójicamente, la espada –*ξίφος, xíphos*– está atestiguada tanto en la literatura como en las pinturas vasculares griegas (Anderson 1991: 25-26): en los vasos, la espada aparece colgada del costado o como parte del equipo, y sólo en algunas excepciones se muestra esgrimida y en uso (Figs. 32-33; ver también Figs. 1, 3, 21a, 30); en Homero es un arma bastante habitual (*Il.* 1.194, 210, 220, 2.45, 3.18, 272, 334, 361, 367, 4.530, etc.), aunque no es protagonista en las principales escenas de combate; Arquíloco la menciona al referirse a los Abantes eubeos (frg. 3); también aparece en Tirteo (11.30, 11.34) y en Alceo (frg. 350.2), y a comienzos de la Época Clásica en Píndaro (*Nem.* 7.27, 10.6). Pero para Tucídides es un arma que carece de relevancia, y que sitúa únicamente en manos de pueblos no griegos, como los ródopes (2.96.2, 2.98.4) o los tracios (7.27.1).

Los griegos, por tanto, mantienen una peculiar relación con el arma que mejores servicios podría prestar en el cuerpo a cuerpo, y prefirieron decantarse por la lanza, un arma que mantenía una considerable distancia con el enemigo y encerraba una serie de claros inconvenientes para el combate en formación cerrada. Siguiendo la teoría determinista, no obstante, habría otra manera de evaluar la efectividad de la lanza como arma ofensiva: su capacidad para causar bajas. La mortalidad derivada del combate en falanges sólo había recibido una atención superficial hasta los años ochenta, pues las famosas cifras de Maratón –192 atenienses (Hdt. 6.117.1)– y Platea –159 espartanos, tegeatas y atenienses (Hdt. 9.70.5)– habían generalizado la idea de que el combate griego aseguraba una reducida proporción de bajas, concentradas especialmente tras el derrumbe y la huida de uno de los bandos; sin embargo, se daba por sentado que el motivo de esas cifras era la efectividad del armamento defensivo³⁶. Un breve trabajo de Peter Krentz reunió de modo sistemático información cuantitativa de las principales batallas de Época Clásica, desde Platea a Leuctra (1985b). A pesar de las dificultades derivadas de las fuentes, muchas de ellas posteriores en décadas y siglos a los acontecimientos e inexactas en cuanto a los detalles numéricos, Krentz reunió datos lo suficientemente fiables como para concluir que, en condiciones normales, el bando vencedor registraba un promedio de un 5% de bajas, mientras que el bando vencido ascendía hasta el 14% (1985b: 19-20).

Aun excluyendo, hipotéticamente, la intervención de otros tipos de armas y asumiendo que todas esas bajas se hubiesen producido por la acción exclusiva de las lanzas, debemos concluir que su capacidad ofensiva no era excesivamente elevada. Evidentemente, una pronta retirada impedía que las batallas se convirtiesen en masacres, pues “cualquier otro procedimiento hubiese supuesto una pérdida desastrosa para la población ciudadana de los estados implicados” (Ridley 1979: 512); y por otra parte, como el propio Krentz apunta, “en el pequeño mundo de la ciudad griega, la muerte de incluso un 5% de los hoplitas enviados a combatir parecería una pérdida significativa” (1985b: 20; cf. Brulé 1999). Al margen de consideraciones tácticas o estratégicas, el potencial destructivo de la lanza –número de bajas por unidades de tiempo–, con las limitaciones descritas más arriba, se mantiene en cifras bastante modestas. Por tanto, si lo que los griegos pretendían en sus batallas era causar pérdidas a sus enemigos, no escogieron la mejor herramienta para ello.

El número de bajas de las batallas helenísticas puede aportarnos el necesario contraste; lejos de los moderados porcentajes de la Época Clásica, los encuentros de los siglos III-I a.C. generaron matanzas no contempladas hasta entonces. Con la “rudimentaria” tecnología antigua, los soldados de Alejandro se las arreglaron para exterminar a entre 15.000 y 18.000 mercenarios griegos y

³⁶ Cawkwell (1979: 166), Murray (1980: 278), Holladay (1982: 97).

cerca de 20.000 persas en Gránico, unos 20.000 mercenarios griegos y entre 50.000 y 100.000 persas –es imposible ofrecer cifras exactas– en Issos, otros 50.000 persas en Gaugamela, y tal vez cerca de 20.000 en Hidaspes; en apenas cuatro encuentros, Alejandro había aniquilado en torno a 200.000 hombres únicamente en batallas campales, de los cuáles más de 40.000 eran griegos (Hanson 1999b: 179-180). La carnicería continuó en los siglos siguientes: tal vez unos 20.000 muertos en Ipsos (301), 30.000 en Heraclea (280), 15.000 en Rafia (217), 9.000 en Cinoscéfalas (197), más de 20.000 en Pidna (168) (Hanson 1999b: 201). En Cannae, las heterogéneas tropas de Aníbal masacraron a cerca de 50.000 legionarios romanos (Hanson 1992). Para Hanson, “las batallas hoplitas de época clásica generaron tal vez entre un 15 y un 20% de bajas combinadas de ambos bandos en el campo de batalla; las de época helenística, de 30 a 40%; y en los encuentros de las legiones, tal vez entre un 50 y un 80% de los participantes moriría en un sólo día” (1999b: 201).

La reducida mortalidad de Época Clásica frente a las matanzas de períodos posteriores pone de relieve que los logros o las limitaciones de la tecnología militar antigua no bastan para explicar las cifras de bajas, y que la capacidad destructiva de un ejército depende en la práctica de infinidad de factores, y no sólo de las cualidades ofensivas del armamento; la capacidad de movilizar grandes masas de hombres, por ejemplo, es un factor muy relevante. Por otra parte, la evolución de los diversos tipos de tropas y de las tácticas contribuyen también de modo decisivo: la época helenística asistió a una escalada en la utilización de tropas cada vez más diversas y en la realización de movimientos más complejos³⁷. En la relación entre la capacidad ofensiva y la capacidad defensiva de los ejércitos helenísticos, el progresivo abandono de elementos protectores para favorecer la movilidad de las tropas fue sin duda otro factor fundamental en el incremento del número de bajas.

Por tanto, aunque la lanza se mantuvo como arma principal en Grecia y ha servido para fundamentar la supuesta superioridad de la panoplia y la táctica griegas y el argumento determinista sobre su introducción y su difusión, sus inconvenientes en el combate en formaciones cerradas son significativos. La lanza es una prueba de que no siempre se aplica la mejor herramienta para realizar una tarea, y de que a la hora de evaluar la capacidad de combate de un arma no siempre se recurre al pragmatismo; la historia de la falange en Época Clásica, por su parte, pone de manifiesto que, aun con herramientas inadecuadas, la tarea puede llevarse a cabo de todos modos.

LA PANOPLIA SUPERIOR DE LOS GRIEGOS

El análisis de las características individuales del escudo argivo, y de su combinación con otras armas, para su adecuación a una táctica concreta de combate en formación cerrada debería permitirnos rechazar los principales argumentos deterministas. En primer lugar, la doble abrazadera del escudo argivo no determinó una carencia congénita de protección y por tanto una necesidad táctica. Hemos comprobado que el potencial defensivo de este escudo residía más bien en sus amplias posibilidades de maniobra, y por tanto en el uso práctico que se le concedía en el campo de batalla (van Wees 2000a). El escudo no tenía unas carencias defensivas especiales, y por tanto no determinaba el uso del resto de armas ni la formación cerrada, pues en el fondo la doble abrazadera no hacía al escudo argivo incompatible con una formación abierta (Krentz 1985a: 53).

³⁷ Hanson (1999a; 1999b), Meissner (*e.p.* 1; *e.p.* 2).

Por otra parte, si se relacionan con usos prácticos concretos, sus cualidades eran ciertamente ventajosas: la circularidad, por ejemplo, ofrecía protección uniforme al portador, únicamente si el escudo se empleaba girándolo con frecuencia (Blyth 1982); la concavidad aportaba una mayor sensación de protección, pero junto con el *itus* favorecía también una mayor robustez que sólo era ventajosa si el escudo estaba destinado a sufrir presiones en su estructura; la amplitud ofrecía una mayor superficie de protección, pero únicamente si se iba a desarrollar un tipo de lucha en el que predominase la necesidad de defenderse sobre la de atacar; la doble abrazadera, por último, favorecía la movilidad y maniobrabilidad del escudo, pero únicamente si lo que se pretendía era emplearlo de forma activa en la defensa o en el ataque. El escudo argivo, sin embargo, tenía también algunos “inconvenientes”: era un modelo pesado y rígido, que se rompía con relativa facilidad, y extremadamente delgado, indefenso ante la penetración directa de proyectiles. Las características del arma, por tanto, establecían unos límites básicos de lo que se podía y no se podía hacer con ella, pero seguía existiendo un amplio abanico de posibilidades; la combinación de ventajas e inconvenientes era, entonces, una cuestión condicionada por el uso: según sus características, un arma ofrecería ciertas ventajas e inconvenientes para una función, y una combinación diferente para otra.

En conclusión, un escudo de estas características podía ser empleado en una gran variedad de funciones de combate diversas, y no específicamente en el combate estático en formación cerrada. El argumento determinista carga un excesivo peso en las características del escudo, como si en ellas residiese la explicación de la falange, cuando su análisis pone de manifiesto que ni se trataba de un armamento intrínsecamente superior ni estaba especialmente dotado para la función a la que se le destinó. A pesar de todo, siguió siendo la clave determinista de la teoría de la “Revolución hoplita”, convirtiendo sus cualidades en un caldo de cultivo para el combate en masa: su combinación de “ventajas” e “inconvenientes”, que hacían que un hoplita aislado fuese un sinsentido y que sólo pudiesen contrarrestarse con la formación cerrada, justificaba la idea de que había un cambio psicológico fundamental, al pasar del individualismo aristocrático a la solidaridad democrática; así, la falange se idealizó como una formación solidaria, homogénea e integrada (Detienne 1968: 133-134). De ahí a la reforma política hay tan sólo un paso.

LA SUPERIORIDAD TÁCTICA DE LA FALANGE HOPLITA

Las teorías deterministas acerca del armamento no tienen otro objeto, como ya hemos visto, que resaltar la necesaria y automática aparición de una nueva táctica en formación cerrada y cimentar la creencia en su superioridad³⁸. El argumento de la superioridad es complejo, y se asienta en cimientos que en ocasiones son difíciles de identificar: por un lado, es una *consecuencia* de las cualidades del armamento, a menudo un efecto simplemente mecánico; pero, por otro lado, es también una *causa*, pues en ella se fundamenta la posterior difusión y generalización de la táctica.

Ya hemos comentado en diversas ocasiones que la “superioridad” es necesariamente una comparación relativa, una valoración que sólo puede ser contextual, pues depende del objeto y de los términos de la comparación. La falange, sin embargo, se ha presentado tradicionalmente como

³⁸ Ver nota 5, p. 195.

una táctica exitosa y efectiva que sustituiría de modo definitivo los mecanismos precedentes de lucha. Su éxito, sin embargo, podía admitir diversos niveles o grados: desde aquellos que han defendido su superioridad universal –una reducida minoría–, pasamos a aquellos –la mayoría– que han defendido su superioridad exclusivamente frente a modelos de combate abierto, basándose en los aparentes éxitos que la falange tendría ante ejércitos aristocráticos tradicionales y en los posteriores triunfos contra los persas; otros, en cambio, han defendido que la falange se convirtió en un modo enormemente efectivo para saldar las diferencias entre las propias comunidades griegas, pues permitía la celebración de un choque decisivo sobre el escenario que era objeto de disputa, la tierra; por último, se ha defendido la efectividad de la falange como institución organizadora interna, a la hora sistematizar el reclutamiento, racionalizar la función de los soldados ciudadanos en el campo de batalla y dotar de cohesión e identidad al cuerpo cívico. En todos esos niveles, la falange no sólo era indispensable, sino que era incluso “superior” a otros sistemas.

Sin embargo, del mismo modo que la valoración que se hacía del escudo argivo tenía permanentemente la falange en mente, también la valoración que se hace de la falange tiene la *pólis* en mente: la falange es un instrumento clave en la reconstrucción de los procesos que conducen a la aparición y formalización de la ciudad-estado, de modo que muchos análisis del papel militar de la falange han estado a menudo condicionados por esa imagen del isomorfismo entre táctica y estructura política, entre falange y *pólis*. A nivel ideológico, tal vez sería posible aceptar ese isomorfismo, teniendo siempre en cuenta las numerosas salvedades y excepciones, pero emplearlo para explicar la aparición y difusión de la nueva táctica es, a mi modo de ver, un camino inadecuado.

FUNDAMENTOS DE LA SUPERIORIDAD. ARGUMENTOS

La superioridad de la falange como táctica de combate es un requisito dentro de la argumentación de la teoría de la “Revolución hoplita”, pero también es un punto enormemente frágil en ella, pues a menudo carece de fundamentos firmes, y se basa en gran medida en el mecanicismo determinista; es decir: se asume como un hecho dado. A menudo se asume simplemente que, si la falange se encontraba extendida por toda Grecia, ello debe de significar con toda seguridad que se había demostrado universalmente superior a otras posibilidades tácticas. De este modo, basándose en el determinismo, el mecanicismo o el apriorismo, la falange se postula en muchos casos como la clave para entender la guerra arcaica y la naciente *pólis*. Tan sólo excepcionalmente, otras experiencias bélicas de la Época Arcaica se emplean como argumento que pueda justificar la consideración de la falange como una táctica superior. Esos argumentos son fundamentalmente tres: el reclutamiento de mercenarios en el extranjero, el éxito de las colonias griegas frente a las amenazas indígenas, y la dinámica de guerras fronterizas entre comunidades griegas. Veámoslos por separado.

El mercenariado griego arcaico

La presencia de mercenarios griegos en Egipto y Asia a lo largo de la Época Arcaica se suele considerar un indicio a favor de la efectividad de la táctica griega: su superioridad llevaría a los ricos monarcas orientales a reclutar mercenarios griegos como arma decisiva para ganar sus batallas; como afirma Griffith, “la infantería griega era mejor que cualquier otra que Oriente pudiera producir” (1935: 3). Para Baker, “a pesar de las dificultades que plantea la existencia del mercenariado

en época arcaica, la situación es reveladora del hecho de que el hoplita y la formación de combate en falange, progresivamente puesta a punto en Grecia desde los siglos VIII y VII, fueron reconocidos por su superioridad técnica y táctica más allá de los límites del mundo griego” (Baker 1999: 240). Holladay reafirma “la efectividad de los hoplitas griegos o carios en servicio en el Próximo oriente, en Babilonia y en Egipto”, y considera que los monarcas orientales estaban “impresionados por su efectividad” (1982: 100); su confianza en la superioridad de los soldados griegos le lleva a realizar la curiosa puntualización de que los dinastas orientales “no se contentaron con la obtención o fabricación del equipamiento hoplita” (1982: n.37), observación que pone de manifiesto una postura fuertemente determinista. Recientemente, Trundle ha argumentado insistentemente a favor de la idea de que los mercenarios griegos eran hoplitas, y que su modo de combatir se adecuaba a su armamento y a la táctica que supuestamente dominaba en la Grecia continental: la falange (2004) ³⁹.

Sin embargo, ¿qué nos cuentan las fuentes exactamente? Los testimonios literarios sobre el servicio militar griego en el extranjero son diversos; apenas disponemos de unas pocas evidencias contemporáneas, mientras que los historiadores clásicos dejaron mayor constancia del paso de soldados griegos por Oriente. Dentro de los testimonios contemporáneos, en primer lugar, Arquíloco se ha considerado tradicionalmente como un mercenario ⁴⁰, por el énfasis que pone en su modo de vida basado en su lanza (frgs. 1 y 2), el desprecio por las tradiciones militares ciudadanas (frg. 5), y algunas menciones dispersas a *epikouroi* (frgs. 15 y 216), término tradicionalmente traducido como “mercenario”; el hermano de Alceo, Antiménidas, sirvió aparentemente en Asia (frg. 350); y se conserva la denominada “canción de Hibrias”, supuestamente compuesta por un mercenario cretense de época de los primeros reyes persas (*Carm. Conv.* 26). Entre los historiadores clásicos, Heródoto describió la presencia de mercenarios griegos en Egipto, los “hombres de bronce” (2.152.4) que llegarían por vez primera durante el reinado de Psammético I (664-610) y participarían en diversas campañas en Siria y Nubia, así como en las luchas intestinas por el trono; al parecer, los grafitos dejados por soldados griegos en los colosos de Abu Simbel pertenecen a este período (Meiggs & Lewis 1969: n° 7). Los jonios y carios que habían servido con Psammético fueron asentados en las proximidades de la desembocadura del Nilo, de modo que continuaron sirviendo a los reyes posteriores: ya en el siglo VI, Apries reclutó cerca de 30.000 de ellos para su guerra con Amasis (Hdt. 2.163); décadas más tarde, un capitán de mercenarios de origen cario, Fanes de Halicarnaso, se pasaría al servicio de Cambises (Hdt. 3.4), y Heródoto le atribuiría un gran papel en la conquista persa de Egipto; el propio Cambises incorporó a los mercenarios griegos de Egipto a su ejército, pero a continuación los despidió (Hdt. 3.25) ⁴¹.

A simple vista, lo que más llama la atención es la escasez y el limitado peso de las fuentes contemporáneas: la condición de Arquíloco como mercenario carece de excesivo apoyo, especialmente si se tiene en cuenta que el término *epikouros* no significa “mercenario” en Época Arcaica, sino simplemente “aliado” ⁴², y si su énfasis en la ganancia obtenida con la lanza se pone en relación más con actividades de saqueo y pillaje que con un servicio a cambio de pago; el poema de Hibrias podría interpretarse en la misma línea, aunque su fecha es en realidad poco concluyente;

³⁹ Consultar también Webster (1958: 215), Lorimer (1947: 120-121), Snodgrass (1986: 51-52).

⁴⁰ Parke (1933: 3-4), Podlecki (1969: 74-76), Snodgrass (1980: 174).

⁴¹ Parke (1933: 4-6), Boardman (1975), Braun (1982a; 1982b).

⁴² Lavelle (1992; 1997; 2002), Trundle (2004: 10-21); cf. Podlecki (1969: 75).

el fragmento de Alceo sobre el servicio de su hermano queda, por tanto, un tanto aislado⁴³. Las fuentes posteriores son un poco más reveladoras, pero incluso en esos casos no hay nada en ellas que pueda cimentar la conclusión de que esos mercenarios combatían en falange: es cierto que Heródoto afirma que Psammético unificaría Egipto gracias a ellos (2.152.5), pero no menciona ninguna falange, y haberlo hecho tampoco sería una prueba definitiva; el mero éxito en la campaña no justifica que se deba por fuerza a alguna táctica en particular. El resto de fuentes no hace mención alguna a la táctica.

El reclutamiento de mercenarios griegos por parte de los monarcas orientales no tiene por qué justificarse mediante una táctica novedosa; desde luego, no es ese el motivo por el que los griegos comenzaron a reclutar peltastas tracios⁴⁴, por ejemplo, y las consideraciones tácticas no parecían preocupar tampoco a los cartagineses cuando reclutaban ingentes cantidades de mercenarios íberos, celtas o itálicos. En mi opinión, la mera disponibilidad de una oferta de soldados listos para el servicio, que poseían cierta experiencia de combate y aportaban su propio equipamiento, bastaba para cualquier dinasta con capital suficiente y un problema doméstico o externo lo suficientemente serio. Existe un cierto consenso en torno a la idea de que la evolución de las comunidades arcaicas pudo generar un flujo de excluidos, marginados o exiliados por motivos políticos, sociales o económicos, lo que pudo originar el mercenariado⁴⁵; de este modo, Grecia ofrecía a cualquier monarca adinerado una oferta de soldados disponibles, que tenían la ventaja de una cierta “profesionalidad” o experiencia, frente al amateurismo tradicional tanto del reclutamiento ciudadano griego como de las levás forzadas de las monarquías orientales. La experiencia, por tanto, era un grado muy valorado, pero el dinero era una condición necesaria⁴⁶.

La comparación con fenómenos posteriores de mercenariado griego en Oriente no es tampoco válida como argumento. Por supuesto, los Diez Mil combatieron en Cunaxa en formación cerrada (*An.* 1.8.18.2), y se desplegaron también en falange en las diversas ocasiones en las que se vieron forzados a hacerlo durante su larga huida hacia el mar⁴⁷; también los mercenarios griegos dirigidos por Memnón y al servicio de los persas formaron en falange en Gránico, y podemos presumir que seguirían haciéndolo en encuentros subsiguientes⁴⁸. Pero la extrapolación de este fenómeno, tan particular del siglo V en adelante, a la Época Arcaica no es una solución aconsejable, especialmente cuando existen dudas sobre el modo en que los propios griegos continentales combatían en esos siglos, como ya hemos visto.

En conclusión, la creencia de que los mercenarios griegos en Época Arcaica debían de combatir en falange carece de apoyo suficiente en las fuentes, y parece basarse más bien en el prejuicio derivado del argumento determinista: si llevaban el nuevo equipamiento “hoplita”, entonces por fuerza *debían* de combatir en falange. Trundle afirma que el predominio de la guerra “hoplita” y del *éthos* “hoplita” en las ciudades griegas obligaba a que todo soldado griego estuviese determinado por cuestiones de estatus; de este modo, “es improbable que los primeros mercenarios

⁴³ Braun (1982a), Trundle (2004: 27-39).

⁴⁴ Best (1969), Lissarrague (1990), Trundle (2004: 47).

⁴⁵ Griffith (1935: 1-2), Kaplan (2002), Trundle (2004: 40-44, 63-68).

⁴⁶ Griffith (1935: 1-3), Aymard (1967), Trundle (2004: 21-24).

⁴⁷ *An.* 1.2.17.2, 1.2.17.5, 2.1.6.4, 2.3.3.2, 3.3.11.5, 3.4.23.3, 4.3.26.5, 4.6.6.4, 4.8.9.4, 4.8.10.2, 4.8.10.3, 4.8.10.5, 4.8.11.4, 4.8.12.1, 6.5.7.3, 6.5.9.3, 6.5.9.4, 6.5.23.2, 6.5.25.2, 6.5.27.1, 7.3.48.3.

⁴⁸ Parke (1933), Nussbaum (1969), Baker (1999), Trundle (2004: 47-54).

griegos fuesen otra cosa que hoplitas, y no hay nada que lo contradiga en las fuentes” (2004: 51); en mi opinión, la cuestión debería enfocarse exactamente al revés: no hay nada en las fuentes que demuestre que esos mercenarios *eran* hoplitas o combatían en falange; el peso de la prueba, a mi modo de ver, recae en quienes pretenden afirmar esa conexión.

Falange hoplita y colonización

El segundo argumento se basa en el éxito de la colonización griega en regiones muy diversas del Mediterráneo a lo largo de la Época Arcaica; en teoría, la falange que los colonos llevarían desde Grecia serviría para cimentar la superioridad militar griega en unos contextos indígenas hostiles con los recién llegados: Tracey Rihll llega, incluso, a vincular este argumento con el anterior, al afirmar que “cuando los griegos llegaron por vez primera, los nativos carecerían de experiencia en las tácticas griegas y serían una presa fácil. La supremacía militar griega es obvia a partir de la extensión de sus conquistas y su popularidad como mercenarios” (Rihll 1995: 90)⁴⁹. El argumento se apoya, por tanto, en dos premisas: primera, que los griegos encontraron abierta hostilidad en todos los ámbitos que frecuentaron, por lo que se vieron forzados a imponerse por medio de la fuerza (Rihll 1995); y segunda, que la falange era una táctica superior frente a la que nada podían hacer las tropas indígenas. A primera vista, da la impresión de que nos encontramos ante un argumento circular: del mismo modo que la superioridad de la falange serviría para explicar el éxito de la colonización, el éxito de la colonización sirve para justificar la superioridad de la falange.

Sin embargo, no está claro que los griegos encontraran una abierta hostilidad indígena en todos los frentes que colonizaron; la mayor parte de los especialistas reconocen que la colonización contempló relaciones muy diversas con la población local en sus diferentes áreas, y que el empleo de la fuerza armada no era siempre necesario⁵⁰. En ocasiones encontramos una evidente coexistencia entre griegos y nativos, basada en relaciones de intercambio y beneficio mutuo⁵¹, y hay regiones que contemplaron una cierta estabilidad y mayores signos de convivencia y helenización de la población indígena, como la Magna Grecia (Boardman 1975: 194-197); por otra parte, las leyendas sobre las fundaciones de algunas colonias, como el caso de Cirene (Hdt. 4.158), hacen referencia a la colaboración de los líderes nativos con los recién llegados (Graham 1982a), y es seguro que las poblaciones locales obtendrían grandes beneficios de la presencia griega. Por supuesto, hay multitud de noticias que apuntan a abusos cometidos por los colonos contra la población nativa, como la esclavitud o la expropiación de tierras y recursos —es el caso de los sicilios nativos de Siracusa, esclavizados por los colonizadores corintios (Hdt. 7.155)—⁵², pero también parece haber casos en los que la colonia se encontraba en una relación de dependencia con respecto a los poderes locales, y en ciertos contextos llegaron a surgir poblaciones mixtas en regiones periféricas (Graham 1982a: 147-148). En definitiva, “las relaciones a largo plazo entre una colonia y la población nativa local estuvieron casi destinadas por definición a alcanzar algún tipo de estabilidad” (Graham 1982a: 156), y deberíamos poder “huir del tópico que presenta a

⁴⁹ Ver también Murray (1980: 103-104), Osborne (1998: 206-211)

⁵⁰ Boardman (1975), Graham (1982a; 1982b), Domínguez Monedero (1993: 115-116).

⁵¹ Por ejemplo Massalia; ver Osborne (1997b: 263, 265), Graham (1982a: 141).

⁵² Graham (1982a: 156), Oliva (1992: 109).

los griegos como conquistadores brutales de los territorios sobre los que se asientan” (Domínguez Monedero 1993: 114).

La convivencia era, hasta cierto punto, una cuestión de grado: era posible cuando existían recursos y espacio para todos, mientras que la escasez conducía a las fricciones y el enfrentamiento. Cirene aporta el ejemplo más conocido: a comienzos del siglo VI, Bato II favoreció la llegada de nuevos colonos, lo que provocó el alzamiento de los libios, que se enfrentarían a la colonia apoyados por el faraón egipcio Apries. Pero Cirene se impuso en ambos frentes en una espectacular victoria; Heródoto describe con especial detalle el exceso de confianza de los egipcios, que no se habían enfrentado a los griegos hasta entonces y los menospreciaban (Hdt. 4.159.6). El conflicto, por tanto, no estalló hasta que la presión de la inmigración griega generó tensiones por el suelo o los recursos (Hdt. 4.159.13-14), lo que implica que la convivencia anterior permitía un cierto margen de conflicto, siempre que no fuese excesivo. La victoria griega se ha achacado a la táctica en falange, del mismo modo que en las luchas posteriores entre Arcesilao y sus hermanos Heródoto mencionaría hoplitas cireneos en un nuevo encuentro contra los libios (4.160.3).

También de modo violento pudo haberse saldado la ocupación de Tasos por colonos procedentes de Paros, aparentemente tras el enfrentamiento con la población tracia que ocuparían previamente la isla. No obstante, el único testimonio contemporáneo de ese conflicto son algunas referencias dispersas de Arquíloco a la isla y al sufrimiento experimentado en ella (frgs. 21-22, 102, 228). El primer intento por fundar Abdera en Tracia también se vio frustrado por la oposición nativa (Hdt. 1.168), aunque no fue el único asentamiento que pudo tener problemas con la población indígena, pues Tracia y el Ponto parecen ser las regiones más hostiles a la colonización (Graham 1982a: 118-130). Por último, tenemos el caso de los focenses emigrados al Mediterráneo occidental tras la caída de Focea, y la batalla de Alalía, suscitada por el pillaje y los saqueos focenses en el entorno, que condujeron a una alianza entre etruscos y cartagineses (Hdt. 1.166).

Los éxitos griegos en esos casos parecen justificar la creencia en el empleo de alguna táctica nueva, pero es preciso contemplar el fenómeno desde una perspectiva más amplia: en primer lugar, en caso de conflicto los griegos no siempre conseguían imponerse, por lo que su táctica militar, si es que empleaban la misma en todos los ámbitos de la Gran Colonización, no aseguraba la victoria; es, por ejemplo, el caso de Cumas, arrasada por los campanos en el siglo V⁵³, o de Cícico, destruida por los cimerios (Str. 1.61). En segundo lugar, el caso de Cirene (Hdt. 4.160) pone de manifiesto que la intervención indígena podía tener lugar en ocasiones dentro del contexto de luchas internas en la propia colonia (Graham 1982a: 137); a menudo eran los propios griegos los que creaban ese “ambiente hostil”: Megara Hyblea, por ejemplo, se fundó después de que los colonos megarenses fueran expulsados por los calcidios de Leontinos, pero en tiempos de Gelón de Siracusa serían nuevamente expulsados (Th. 6.4); los corintios expulsaron también a los eretrios que habían colonizado Corcira (Str. 6.269); en Sicilia encontramos varias destrucciones y conflictos entre griegos, como la destrucción de Siris por Síbaris, Crotona y Metapontio, la destrucción de Síbaris por Crotona (Hdt. 5.44-45), y el conflicto entre Locris y Crotona⁵⁴; la ciudad de Lámpsaco trataría también de obstaculizar las actividades de Milcíades en el Quersoneso tracio (Hdt. 6.37.1, 38.2). Las tensiones entre los propios griegos suponían una parte considerable de la

⁵³ Diod. 12.76.4; Dion.Hal. *Ant.Rom.* 15.6.4; Str. 5.243.

⁵⁴ Graham (1982b: 193-195), Domínguez Monedero (1993: 244-246).

inestabilidad militar de las colonias, pero las guerras que surgirían entre ellas, donde supuestamente todas emplearían una táctica similar, no son el mejor escenario en el que probar la superioridad de la falange.

Y en tercer lugar, ninguno de estos testimonios aporta una evidencia clara de que las colonias empleasen la falange: ninguna fuente la menciona de modo explícito, aunque es dudoso que la aparición del término “falange” en fuentes muy posteriores a los acontecimientos pudiese constituir una prueba en sí misma; lo mismo sucede con la referencia de Heródoto a los “hoplitas” Cireneos en el conflicto entre Arcesilao y sus hermanos (4.160.3): tampoco constituye una prueba sólida, ya que Heródoto aplica un término familiar para él a realidades del pasado que no conoce (Raaflaub 2000b: 251). En general, la explicación herodotea para la victoria de Cirene sobre los egipcios es bastante cuestionable: el exceso de confianza del faraón Apries y el menosprecio hacia los griegos por no haber tenido encuentros previos con ellos no puede ser otra cosa más que una excusa para justificar la derrota, pues Heródoto parece olvidar que los egipcios ya habían tenido contacto anteriormente con los griegos en su propia tierra, por la llegada de mercenarios.

Las fuentes de que disponemos sobre la colonización no sostienen la idea de que existiese una táctica concreta que fuese aplicada sistemáticamente en las relaciones hostiles con las poblaciones nativas: el contexto de hostilidad y enfrentamiento puede matizarse de diversos modos, como hemos visto, pero el argumento militar es más concluyente. Los griegos fundaron ciudades en ámbitos enormemente diversos del Mediterráneo, entrando en contacto con pueblos y culturas que seguramente tendrían diferentes modos de combatir; aun cuando el asentamiento desembocase finalmente en lucha armada, cosa que no siempre sucedía, el éxito no estaba asegurado, y a menudo la colonia podía experimentar diversas fases de inestabilidad en las que las relaciones con las otras colonias eran un factor decisivo de tensiones. La cuestión fundamental, en definitiva, es si la rígida falange griega podía ser el sistema de combate más adecuado para garantizar el éxito militar en los diversos contextos coloniales. Más adelante veremos que no; como sucedía en el caso del mercenariado griego, el peso de la prueba recae, una vez más, en los que defienden la presencia de la falange por las costas de todo el Mediterráneo.

Definición territorial y guerras fronterizas

El tercer argumento a favor de la superioridad de la falange plantea la existencia de una temprana dinámica de guerras fronterizas entre las comunidades griegas, y defiende que la defensa de los intereses territoriales precisaba de una táctica que pudiese dirimir de modo más eficaz los conflictos; la falange sería el sistema ideal para ello, una táctica económica y decisiva, que buscaba un único enfrentamiento y que solía escoger como escenario las mismas llanuras que eran objeto de la disputa. No se trata tanto del “hambre de tierras” postulado por Weber (1944: 332), como de una dinámica de expansión territorial que entraría finalmente en conflicto con los intereses confluyentes de las comunidades vecinas. Como afirma Cartledge, “la guerra se hizo más frecuente a medida que cada comunidad buscó garantizarse para sí la mayor cantidad posible de tierra compatible con su conveniente utilización y defensa” (1977: 21). La referencia de Platón al permanente estado de guerra entre las ciudades griegas a causa de tensiones fronterizas (*Leg.* 626a), y las diversas tradiciones que hacen referencia a conflictos muy antiguos entre comunidades vecinas parecen apoyar esta conclusión. Esa dinámica de conflictos fronterizos se puso en relación con los procesos de definición religiosa de las comunidades y la erección de marcadores sacros en forma de santuarios extra-urbanos (Polignac 1984: 54-56), y ha

terminado por convertirse en un pilar sólido de la actual reconstrucción sobre la aparición de la ciudad-estado ⁵⁵.

Supuestamente, las tensiones territoriales encontrarían una adecuada respuesta en la falange, pues el énfasis en las llanuras cultivables “explica por qué en un país montañoso como Grecia se desarrolló una forma de combate que era únicamente adecuada para lugares llanos: servía para establecer fronteras donde los territorios de dos *pólis* coincidían en una llanura” (Bowden 1995: 48). La batalla de Hisias (ca. 699 a.C.) constituiría un ejemplo del modo en que la falange transformaría las relaciones entre vecinos: la derrota espartana sólo sería explicable como “una consecuencia de su fracaso al adaptarse al sistema hoplita” (Cartledge 1977: 25); la adopción de la nueva táctica por los argivos les daría una ventaja militar en su enfrentamiento con sus enemigos ⁵⁶.

En sentido estricto, el patrón de guerras fronterizas como factor de definición territorial puede resultar excesivamente teórico, y su naturaleza universal y aplicable a todas las ciudades griegas es sin duda cuestionable, pues las posibilidades de relación entre comunidades son muy diversas ⁵⁷; pero, aun aceptando la existencia de ese patrón, la cuestión que nos ocupa es si la falange era un requisito necesario en esos conflictos, es decir: si verdaderamente era el método más eficaz para zanjar las disputas armadas, y si lo era, por qué habría que concluir por ello que era una táctica superior a cualquier otra. Hasta cierto punto, teniendo en cuenta los condicionantes de la tecnología militar antigua, cualquier sistema de combate podía llegar a ser válido si lo que se trataba era de zanjar una disputa en términos de igualdad: la adopción de la falange por parte de los dos bandos conduciría al mismo empate táctico en el que se encontrarían los contendientes sin ella, por lo que daría igual un sistema más abierto o más cerrado.

Algunos autores han tratado de superar de este modo la idea tradicional de las “paradojas” de la guerra griega, especialmente el empleo de una táctica para llanuras en un país en el que las superficies extensas y libres de obstáculos escasean ⁵⁸: la falange se presenta como una respuesta, una adaptación de la *pólis* a su contexto geográfico, pero se ajusta a la vez a un “código” de comportamiento militar regido por estrictas normas caballerescas. No es este el momento de abordar la cuestión del “ritualismo” de la guerra griega, una noción agonística con escaso fundamento en las fuentes (Krentz 2002; van Wees 2004), pero nos basta con identificar su papel en este complejo debate: la *pólis* generaría un protocolo militar específico, el combate ritualizado en falanges, para zanjar sus disputas territoriales. Dentro de la propuesta tradicional, por tanto, el empleo de la falange por ambos bandos es casi un requisito.

Si tenemos en cuenta el complejo panorama de relaciones y tensiones entre las comunidades arcaicas, podemos aceptar que el conflicto con los grupos vecinos pudo contribuir a definir los límites espaciales e ideológicos de la naciente *pólis*; sin embargo, otra cuestión muy diferente es afirmar que esos conflictos se dirimieron obligatoriamente con el empleo de la falange. Como afirma Cartledge, “no hay ninguna razón militar que justifique que el combate cuerpo a cuerpo, mucho

⁵⁵ Bryant (1990: 496), Oliva (1992), Morris (1994), Raaflaub (1993: 51, 77; 1997a: 51-57; 1997b: 22-26; 1997c: 182; 1999a: 131; 2004a: 35; 2005: 270), Plácido (1991; 1993a).

⁵⁶ Andrewes (1974), Salmon (1977: 92-93), Parker (1991: 44-46); *contra*: Kelly (1970).

⁵⁷ En el caso de Atenas, Raaflaub sostiene que, a lo largo del siglo VI, “el poder, la voluntad o la capacidad de la polis ateniense para actuar de modo comunal de cara al exterior son en gran medida desconocidas en época anterior a los pisistrátidas; prefirieron confiar en recursos militares privados, y su política exterior fue en gran medida cautelosa y basada en vínculos personales” (1998a: 16).

⁵⁸ Adcock (1967: 5-6), Cartledge (1977: 18; 1996b: 695-696), Holladay (1982: 94-95), Ober (1991).

menos la variedad hoplita, pudiese haber sido considerado como el método óptimo para alcanzar esos objetivos” (1977: 22). Como ya hemos dicho, si se trataba de cerrar una disputa en igualdad de condiciones, la táctica concreta a emplear era completamente irrelevante, y hubiese dado igual solucionarla mediante el recurso a campeones escogidos, como sucedió entre Esparta y Argos en su conflicto arcaico por la llanura de la Tireátide (Hdt. 1.82). Y si lo que se pretendía era buscar algún tipo de ventaja sobre el enemigo y evitar el combate en igualdad de términos, la falange hubiese estado acompañada por una multitud de soluciones militares más, como el empleo sistemático de tropas ligeras, la ocupación de los pasos montañosos, la colonización efectiva de las regiones disputadas, y un largo etcétera.

Por tanto, en mi opinión la superioridad de la falange es bastante problemática dentro de este debate sobre la territorialidad: la propuesta es una construcción teórica, y por tanto carece de fuentes que presenten explícitamente a la falange cumpliendo esa función, o que tan siquiera avalen la idea de que los griegos empleaban el combate de modo intencionado para zanjar sus disputas, como si se tratase de un “arbitraje militar”; en efecto, nada garantizaba que el perdedor se plegase al veredicto del campo de batalla, y de hecho los testimonios disponibles apuntan precisamente en dirección opuesta (Lendon 2000): el resultado del enfrentamiento entre los campeones de Esparta y Argos, por ejemplo, tuvo un desenlace poco concluyente que no puso fin a la disputa; los ejércitos tuvieron que intervenir, de modo que la batalla no pudo evitarse, y el conflicto no se cerró aunque la victoria cayese momentáneamente del lado espartano (Hdt. 1.82).

La falange no era en sí misma un método más efectivo para dirimir una disputa, sino un sistema de combate con una serie de ventajas e inconvenientes contextuales; el hecho de que los choques se llevasen a cabo en las llanuras tampoco es un dato específicamente relevante a favor de una táctica concreta, sino más bien la consecuencia de una “elección ideológica” que trataba de ser a la vez socialmente viable y ahorrativa en términos materiales y humanos. La propuesta territorial, por tanto, no plantea en realidad un panorama de tensiones fronterizas que encontrarían un modo más efectivo de solución en la falange, sino que parte de la idea preconcebida de la superioridad de la falange y le encuentra adecuado acomodo en un contexto concreto. La cuestión es que, por un lado, la ecuación seguiría funcionando, tal y como está planteada, si en lugar de la falange se introdujese otra formación cualquiera, y que, por otro lado, una dinámica de enfrentamientos equilibrados entre falanges no constituye una prueba de la supuesta superioridad de esta táctica.

FUNDAMENTOS DE LA SUPERIORIDAD. FACTORES

La consecuencia final de estas discusiones es que los argumentos que se emplean para defender la superioridad táctica de la falange —al margen del argumento armamentístico— son poco concluyentes, y pueden dejar paso a otras explicaciones más plausibles. Estos argumentos planteaban la adecuación de la falange a diversos contextos históricos de la Época Arcaica para justificar la superioridad, pero también se han propuesto factores internos de la propia falange con idéntico objetivo: dejando al margen las consideraciones armamentísticas, que ya hemos comentado, se ha hecho gravitar la mayor efectividad de la falange en su potencial militar para causar mayores bajas que otras tácticas, en su capacidad para incorporar mayores efectivos y crear por tanto ejércitos más grandes y poderosos, y, muy especialmente, en la cohesión e integridad de su formación, que supuestamente la convertiría en un arma irresistible e invencible para sus potenciales enemigos.

Podemos descartar sin más el primero de esos factores; como ya hemos analizado antes, la capacidad de generar bajas con el armamento hoplita era relativamente reducida, no sólo por los condicionantes derivados de las armas, sino especialmente por la multitud de factores ideológicos que tomaban parte en la batalla. La táctica de la falange no mejoraba en absoluto las expectativas de crear más bajas, pues mediante el sistema de establecer varias filas en profundidad estaba en cierto modo reduciendo el número de soldados activos: si la profundidad media de una falange eran ocho escudos (Pritchett 1971: 134-143), eso quería decir que sólo una octava parte de las fuerza implicadas estaba realmente combatiendo. Por otra parte, la necesidad de mantener la formación y evitar el individualismo convertían a la falange en una estructura lenta, un tanto rígida y poco maniobrable, por lo que tenía un mayor potencial defensivo que ofensivo: la línea trataba de evitar que el enemigo abriese brechas, antes incluso de intentar provocarlas ella misma. Si lo que se pretendía, por tanto, era causar mayores bajas al enemigo, la falange no era la formación más adecuada, y las cifras existentes dan testimonio de ello (Krentz 1985b; Brulé 1999).

Analícemos, por tanto, los siguientes factores.

Mayores Efectivos

Algunos autores han señalado que la introducción de la falange posibilitó la incorporación de un mayor número de soldados, por lo que las comunidades griegas se encontraron con que podían movilizar ejércitos mucho mayores que hasta entonces, lo que en teoría aumentaba sus posibilidades de victoria; para ellos, la falange implicaba un mayor número de efectivos⁵⁹. Storch (1998: 2-3), por ejemplo, simplemente supone que la mera disponibilidad del armamento, que haría que un mayor número de individuos accediesen a él, provocaría la automática incorporación de más tropas al ejército; así, el incremento del número de efectivos se considera algo positivo y *automático*.

La cuestión, sin embargo, es que este argumento era necesario dentro de la estructura teórica de la “Revolución hoplita” para justificar la idea del cambio social y político; en efecto, Detienne afirma que gracias a la falange “el ejercicio del poder político estuvo desde entonces garantizado para un mayor número” de individuos (1968: 120), mientras que Greenhalgh asegura que “el mayor número de efectivos requerido por la falange y el menor grado de habilidad y entrenamiento implicaban que la clase militar tuvo que hacerse menos exclusiva que antes” (1973: 151): la integración de más efectivos provocaría que una base social más amplia tuviese acceso a la función

⁵⁹ Kromayer & Veith: “El *progreso* se produjo sobre todo porque consiguió la posibilidad de que un número siempre creciente de combatientes obtuviese el armamento completo” (1963: 22; cursiva añadida); Andrewes: “el método hoplita *necesita* una base más amplia, un mayor número de combatientes entrenados y acostumbrados a actuar como un equipo, y no a exhibir sus habilidades individuales” (1974: 34; cursiva añadida); Greenhalgh: la falange “necesitaba más hombres” (1973: 74); Finley: las ventajas de la falange fueron incrementadas mediante “el simple sistema de incrementar la leva” (1970: 101); Cartledge: “la guerra hoplita exige por definición poner en el campo de batalla el mayor número posible de efectivos en un momento dado” (1977: 23); Starr: “los aristócratas de cualquier estado eran demasiado escasos para aportar los recursos humanos necesarios para una falange” (1991: 334); “tal vez un tercio de la población masculina adulta podía servir en la guerra. Un sector más amplio de la ciudadanía debía estar motivada para enfrentar los peligros del combate” (1992: 21-22); Bryant: la creciente importancia de la infantería hoplita se fundamentaba, entre otros motivos, en el mayor número de efectivos (1990: 497); Osborne: “el combate en filas apretadas *implica* que el número de soldados es importante” (1998: 210; cursiva añadida); Raaflaub: “los ejércitos hoplitas eran más efectivos cuanto mayor fuese el número de combatientes implicado” (2006: 405).

militar, lo que les permitiría transformar radicalmente su posición política. La supuesta capacidad de la falange de aumentar el reclutamiento se convertía así en un requisito para la revolución. Por otra parte, el creciente reclutamiento podía ponerse en relación con el patrón de guerras territoriales: la existencia de mayores necesidades defensivas explicaría la adopción de la falange (Cartledge 1977: 21-22); sin embargo, el vínculo de la táctica con ese supuesto contexto de enfrentamientos fronterizos tan sólo aporta una justificación a una eventual necesidad de efectivos, pero no explica cómo podía la falange aumentar por sí misma el reclutamiento.

En realidad, no hay nada en los testimonios antiguos que permita suponer que la falange tenía esa mayor capacidad de reclutamiento; por otra parte, ningún autor moderno ofrece la más mínima justificación, aparte del supuesto de que “la línea de combate debía ser lo más fuerte y extensa posible. Si no era lo suficientemente extensa podía ser sobrepasada en los flancos, y si no era lo suficientemente fuerte podía romperse” (Greenhalgh 1973: 74). Como veremos, esa explicación es completamente insuficiente, y parece que nos encontramos ante una suposición apriorística, *necesaria* para el argumento determinista. La creciente necesidad de efectivos es tan sólo una propuesta teórica, tomada de Aristóteles y derivada de la creencia de que la falange era por fuerza un sistema de combate que privilegiaba la cantidad y que funcionaba mediante la constante incorporación de nuevos soldados. En la práctica, ni la capacidad de la falange para ampliar el reclutamiento ni la hipotética necesidad de esos mayores efectivos encuentran un adecuado apoyo en las fuentes. ¿Por qué?

En primer lugar, porque afirmar que un ejército trata de reclutar el mayor número posible de efectivos podría aplicarse no sólo a la falange, sino a cualquier ejército a lo largo de la historia. En cualquier batalla, el factor numérico puede producir efectos físicos, pues aumenta las posibilidades de rodear o simplemente arrollar al enemigo: en la batalla de Olpas, por ejemplo, los peloponesios eran más numerosos que los atenienses y “sobresalían” de ellos posiblemente por ambos extremos, lo que les permitió rodear el flanco derecho ateniense (Th. 3.107-108). Pero puede tener también efectos psicológicos: la superioridad numérica, especialmente si es muy evidente, puede desmoralizar a un ejército hasta el punto de anular su capacidad de combate. Por poner un ejemplo, las tropas jonias del ejército de Dercílidas huyeron a la vista del ejército de Tisafernes y Farnabazo en Meandro (397, Xen. *Hell.* 3.2.17), con toda probabilidad por la superioridad numérica persa.

Los ejércitos antiguos empleaban dos criterios básicos en el reclutamiento: en primer lugar, movilizaban el número de efectivos que consideraban adecuado para realizar la tarea. En la expedición de Soligea (426) tomaron parte cerca de 2.000 hoplitas, aunque se pretendía atacar Corinto y se esperaba que hubiese combate (Th. 4.42.1); en Potidea (232) había 3.000 hoplitas atenienses, aunque estaba en juego la principal ciudad de la Calcídica y los intereses de Atenas en la zona (Th. 1.61); en Coronea I (447), los atenienses habían marchado con apenas 1.000 hoplitas hacia Beocia, aunque la región estaba al borde de la revuelta tras al menos una década bajo control de Atenas (Th. 1.113); Pericles manda una expedición de castigo contra Sición con apenas 1.000 hoplitas (Th. 1.111); hay otros 1.000 hoplitas atenienses en la primera campaña naval ateniense contra el Peloponeso al comienzo de la guerra (Th. 2.23), 2.000 en una expedición a la Calcídica en 429 (Th. 2.79), y apenas 400 *epibátai* en la expedición de Formión a Acarnania en el invierno de 428-427 (Th. 2.102-103); podríamos enumerar muchísimos ejemplos más, pero los mencionados bastan para percatarnos de que las ciudades no siempre hacían una leva masiva, sino que el reclutamiento trataba de ajustarse a las necesidades o las expectativas concretas de la misión. Por ello, las grandes movilizaciones se reservaban para situaciones especialmente importantes, como las expediciones de castigo atenienses contra Megara (Th. 2.31) o la campaña de

Delio (Th. 4.90.1); no era necesario ni posible que los atenienses hiciesen cada año y en cada campaña el esfuerzo realizado en Maratón ⁶⁰.

“Los ciudadanos son un bien precioso” (Ridley 1979: 512); el reclutamiento, por tanto, no buscaba movilizar automáticamente al mayor número posible de hombres, sino que variaba según el contexto y los objetivos. Pero aun en el caso de que fuese así, no es la táctica lo que determina o posibilita una mayor o menor capacidad de movilización, sino dos factores esenciales: los mecanismos concretos de reclutamiento, por un lado, y las limitaciones logísticas, por otro. De este modo, las ciudades reclutaban el mayor número de efectivos que eran capaces de reunir; y este es el segundo criterio de movilización, complementario del anterior.

Con respecto a los mecanismos, instituciones y criterios de reclutamiento, es preciso tener en cuenta que los sistemas antiguos, aun en el caso de la Atenas clásica o de Esparta, eran bastante poco efectivos; hasta que en Atenas se impuso el listado de ciudadanos por tribus y más tarde los grupos de edad (Christ 2001), es bastante probable que la movilización viniese determinada por relaciones, vínculos y obligaciones personales, más que por algún imperativo o institución pública (Greenhalgh 1973: 151-153); la centralización y progresiva maduración de la *pólis* permitirían generar sistemas más eficaces de reclutamiento, que pondrían en el campo de batalla a un número cada vez mayor de efectivos. Sin embargo, hasta que esos sistemas cuajaron –más bien tarde, y no de modo generalizado–, los ejércitos confiaban en los vínculos y la iniciativa privada, lo que implicaba que el potencial de la campaña habría de medirse en función del potencial de las redes de clientelismo y amistades de los líderes locales, lógicamente reducido.

Por lo que respecta a las limitaciones logísticas derivadas de la movilización, se trata de un factor habitualmente olvidado, pero de una importancia fundamental. Los gastos de una campaña militar antigua podían llegar a ser astronómicos, en función del material empleado, el tiempo invertido y la leva realizada: los nueve meses de campaña en Samos (440) pudieron costar a los atenienses entre 1.200 y 1.400 talentos de plata (Hanson 1999b: 110), mientras que en Potidea, los atenienses dilapidaron prácticamente todos los fondos de su cuantioso tesoro (Kagan 1969); una expedición naval ateniense de 100 naves durante apenas un mes podía costar cerca de 1.400.000 dracmas –cerca de 230 talentos–, mientras que la gigantesca expedición a Sicilia supuso para los atenienses un coste de más de 20 millones de dracmas –unos 3.300 talentos– (Hanson 1999b: 122).

Pero no se trataba únicamente de la tecnología cada vez más sofisticada de la guerra –naves, catapultas y máquinas de asedio, herramientas y materias primas–, o de los pagos a las tropas –auxiliares, mercenarios, etc.–, sino de las simples necesidades vitales, comida y bebida en cantidades suficientes, de miles de seres vivos. El sistema tradicional de la *pólis* se basaba en el abastecimiento individual: cada soldado llevaba sus raciones personales, provisiones para tres días ⁶¹ que formaban parte de su equipaje de campaña –básicamente pan, queso y cebollas (Ar. Pax 367, 528)–, pero esto era insuficiente para las campañas más extensas de fines del siglo V; cuando las provisiones se acababan, el ejército trataba de sobrevivir del terreno (Ridley 1979: 521), hasta que las posibilidades de subsistencia se agotaban y regresaba. Normalmente, un ejército grande no podía mantenerse en campaña demasiado tiempo con esa logística tan rudimentaria, como pone de manifiesto la duración de las expediciones peloponésicas en suelo ático durante la Guerra Arquidámica, que se prolongaban durante apenas unas pocas semanas hasta que el ejército acababa sus

⁶⁰ Mobilizaciones masivas en Atenas: van Wees (2004: 45-46, 102-103; 2006b: 373-374).

⁶¹ Ar. Ach. 107, 197; Pax 312; Vesp. 243; Plut Mor. 349a.

alimentos (Th. 2.23.3; cf. Kagan 1974: 57); la invasión de 430 “duró más que ninguna otra”, según Tucídides, pero fueron tan sólo 40 días (2.57.2). Por su parte, la colosal expedición ateniense contra Megara en 431 –para la que se destinó una fuerza terrestre que, unida a una flota que regresaba de Acarnania, “fue con seguridad el mayor ejército que reunió Atenas” (Th. 2.31.2; cf. Kagan 1974: 63-64)–, duró apenas unos días, pues “arrasaron la mayor parte del territorio y se retiraron” (Th. 2.31.2.7). Esas necesidades no harían sino aumentar en las décadas siguientes: el ejército reclutado por Ciro el Joven –unos 30.000 hombres– debía recorrer unos 2.600 kilómetros hasta el corazón de Mesopotamia, pero sólo poseía víveres para 13 días como máximo (Gabrielli 1995); las estimaciones más modestas establecen que en un solo día, el ejército de Alejandro en Asia podía consumir 250 toneladas de grano y forraje para los animales, y más de 260.000 litros de agua (Hanson 1999b: 177). Por tanto, hasta que no surgieron nuevos sistemas de abastecimiento, mantener un número elevado de soldados en el campo de batalla era sencillamente imposible.

Así pues, criterios teóricos y prácticos condicionaban la movilización de grandes cantidades de hombres, de modo que no puede sostenerse que la falange favoreciese ese objetivo de modo automático. Y en cualquier caso, ¿por qué habría de ser la falange la causante? En las batallas antiguas, que se combatían en distancias relativamente reducidas, el incremento de recursos humanos se traducían lisa y llanamente en la extensión de los flancos para evitar ser rodeado; la alternativa, que consistía en acumular hombres en profundidad, también era viable, pero limitaba las posibilidades de victoria –como sucedió en Cannae–; sencillamente, cualquier disposición táctica aceptaba esas modificaciones, de modo que no se necesitaba una falange para ello.

En segundo lugar, ¿dónde se encuentra el límite numérico que distinguía a la masa homérica de la falange? O dicho de otro modo: ¿cuál es el número mínimo de soldados necesarios para conformar una falange? La cuestión tiene un enfoque erróneo, pues no es el número lo que hace a la falange: tenemos evidencias indirectas de falanges pequeñas, integradas por un reducido número de soldados. Los grandes ejércitos aliados que vemos activos a lo largo de los siglos V y IV estaban formados por contingentes procedentes de las diferentes ciudades: en Soligea (426) había tropas aliadas de Mileto, Andros y Cáristo en el bando ateniense (Th. 4.42); en Delio (424), el ejército beocio estaba formado por tropas procedentes de las ciudades de la federación, y se menciona expresamente en el texto a las tropas de Tebas, Tespias, Orcómenos, Copais, Coronea, Haliarto y Tanagra (Th. 4.93); en Mantinea (418), había espartanos, tegeatas, arcadios, corintios, beocios, locrios y focidios en el bando lacedemonio (Th. 5.64), y mantineos, arcadios, argivos, cleonenses, orneatas y atenienses en el bando aliado (Th. 5.67); idéntica situación encontramos en Nemea (394, Xen. *Hell.* 4.2.9-20), Coronea (394, Xen. *Hell.* 4.3.17-19) o Leuctra (371, Xen. *Hell.* 6.4.8-15), así como en la gran aventura panhelénica de Platea (479, Hdt. 9.28-30). Existe la clara posibilidad de que esos contingentes nacionales actuaran hasta cierto punto como unidades independientes, es decir, con iniciativa e intereses propios durante la batalla: aunque la precipitada retirada nocturna en Platea fue posiblemente la causa del desmembramiento del ejército griego, lo cierto es que la mañana de la batalla los diferentes sectores combatieron por separado (Hdt. 9.60 ss.); en Nemea, los beocios emprendieron un movimiento de deriva sin contar con los atenienses, que tuvieron que decidir en ese momento si continuaban su marcha recta o seguían a sus aliados (Xen. *Hell.* 4.2.18); los casos en los que una falange “multinacional” se fragmentaba pero algunos de sus fragmentos seguían combatiendo hablan en el mismo sentido –Delio (Th. 4.96), Mantinea (Th. 5.72.3-4), Mileto (Th. 8.25), Nemea (Xen. *Hell.* 4.2.20-22)–. Por tanto, los ejércitos griegos en formación estaban constituidos en realidad por multitud de pequeñas falanges ensambladas, y no por un único cuerpo indivisible.

Por otra parte, si apartamos a esos contingentes nacionales de los grandes ejércitos aliados, ¿qué posibilidades tenían entonces de formar una falange grande? Snodgrass afirma que “si una *pólis* era pequeña podría producir un ejército efectivo de tamaño muy pequeño” (1986: 52); parece lógico pensar que las ciudades pequeñas combatirían con sus pequeñas falanges cuando luchasen en sus guerras locales; Micenas aportó 80 hoplitas a las Termópilas (Hdt. 7.202) y 300 a Platea (Hdt. 9.28), y no es el único caso: en Platea había 600 hoplitas orcomenios, 200 lepreatas, 300 hermioneos, 200 cefalonios y 500 eginetas (Hdt. 9.28). Si asumimos que estaban presentes en esa batalla aproximadamente dos tercios de las fuerzas totales movilizables por cada ciudad –aunque el porcentaje sería mayor en el caso de los espartanos y atenienses–, nos encontramos con multitud de micro-*póleis* que no podían poner en combate ni siquiera 1.000 hoplitas, algunas de ellas tan sólo una fracción de esa cantidad. Si alguna de esas comunidades sufría algún conflicto local con alguna ciudad vecina, es lógico asumir que mandaría a su infantería pesada a combatir, en la medida en que sus posibilidades demográficas se lo permitiesen. Pero contamos también con el ejemplo de Esparta: bajo la amenaza del temible ejército de Epaminondas a las puertas mismas de la ciudad (362 a.C.), el rey Arquidamo salió al encuentro de los tebanos con una tropa de apenas 100 hombres (Xen. *Hell.* 7.5.12.4); tras formarlos en orden de combate, hizo avanzar la pequeña falange en un suicida ataque cuesta arriba, haciendo retroceder a los tebanos, que contaban con superioridad numérica y posición ventajosa (Xen. *Hell.* 7.5.12.4-8). La falange podía asumir diversos tamaños, por tanto, pero ello no afectaba al planteamiento del combate, que seguía siendo exactamente el mismo.

Cohesión y Disciplina

Peter Krentz afirmó que “una falange sin una formación en orden cerrado era posible” (1985a: 55), pero sin duda esa opinión no es la más habitual entre los especialistas, que normalmente hacen mucho mayor hincapié en la imperiosa necesidad de orden y disciplina de la falange. El modo en que Aristóteles resaltaba la cualidad de la cohesión por encima de otros valores, cuando afirmaba que “en la guerra los cruces de canales, incluso los más pequeños, dividen a las falanges (*ἐν τοῖς πολέμοις αἱ διαβάσεις τῶν ὀχετῶν, καὶ τῶν πάνυ σμικρῶν, διασπῶσι τὰς φάλαγγας*)” (*Pol.* 1303b 12-14), y que “sin cohesión son inútiles los hoplitas (*ἄνευ μὲν γὰρ συντάξεως ἄχρηστον τὸ ὀπλιτικόν*)” (*Pol.* 1297b 19-20), ha influido de modo decisivo en esta perspectiva. El orden y la disciplina han sido rasgos enfatizados por multitud de autores⁶², hasta el punto de que la falange se considera una estructura táctica rígida, irrompible e indivisible⁶³; la descripción de Tucídides del avance espartano en Mantinea, al ritmo de los *auloi* “según era su costumbre (*ὁμοῦ ἐγκαθεστῶτων*) para avanzar en orden y sin que sus filas se abrieran (*ἵνα ὁμαλῶς μετὰ ῥυθμοῦ βαίνοντες προσέλθοιεν καὶ μὴ διασπασθεῖν αὐτοῖς ἡ τάξις*)?” (*Th.* 5.70), se suele relacionar con el *au-letés* que aparece en el Vaso Chigi (Fig. 14), y ambos testimonios se convierten casi en un criterio para identificar a una falange⁶⁴ por la imagen de orden y cohesión que ofrecen de ella. La disciplina se convierte en un factor decisivo para lograr el adecuado orden en las filas, y conseguir que la masa de hombres funcione y se mueva como una unidad (Hanson 2005a: 21-23). Desde esta

⁶² Helbig (1911: 9), Meyer (1965: 513), Nilsson (1929: 2), Detienne (1968: 119-120, 122), Greenhalgh (1973: 74, 146), Snodgrass (1980: 102-104), Polignac (1984: 56-57), Cartledge (1977: 16); Osborne (1996: 175).

⁶³ Lorimer (1947: 95), Greenhalgh (1973: 74, 146).

⁶⁴ Lorimer (1947: 95), Detienne (1968: 122-123).

perspectiva, por tanto, la cohesión de la masa de soldados constituye la clave de la efectividad y la superioridad de la falange, y se presenta como una condición necesaria en ella, derivada de las inadecuadas cualidades del armamento “hoplita”, que generan una mayor dependencia de la proximidad y asistencia de la masa. Esa necesidad de cobertura y apoyo colectivo se convertiría en un imperativo sobre el que se fundamentaría la introducción de la falange, transformación que se suponía revolucionaria en contraposición con el combate individual que supuestamente predominaba en el entorno del 700. Para dar consistencia a esa hipótesis habría que identificar testimonios contemporáneos que indicasen ese giro hacia una formación más cohesionada, cerrada y ordenada, pero lo cierto es que apenas los hay.

Los denominados “pasajes hoplitas” de Homero han sido propuestos a menudo como un testimonio de la presencia de formaciones cerradas en los poemas épicos⁶⁵; hasta tal punto llega la convicción de que describen una falange que durante mucho tiempo se consideraron interpolaciones en el texto homérico⁶⁶, pues eran incompatibles con la imagen generalizada que existía sobre el predominio del combate singular. Más adelante, al invertirse la interpretación dominante sobre el combate homérico, sirvieron precisamente para demostrar la existencia de la falange en Homero⁶⁷. Estos pasajes (*Il.* 13.130-135, 16.210-217) describen la extraordinaria densidad de las tropas griegas: los soldados entrechocan sus armas —*ἔγχεα δ' ἐπτύσσοντο θρασειάων ἀπὸ χειρῶν σειόμεν*—, están colocados escudo junto a escudo y hombro con hombro —*ἀσπίς ἄρ' ἀσπίδ' ἔρειδε, κόρυς κόρυιν, ἀνέρα δ' ἀνὴρ*—, y la proximidad es tanta que hasta los penachos de los cascos se tocan —*ψαῦον δ' ἰππόκομοι κόρυθες λαμπροῖσι φάλοισι νεόντων*—; los batallones están “compactos”, “apretados” —*πυκνοί*—, y los escudos y yelmos “se ajustaban” unos con otros —*ἄραρον*— como se ajustan las piedras de un muro.

Pocas décadas más tarde, Tirteo recrearía una imagen enormemente similar de una formación compacta (*frg.* 11.29-34); el parecido con los pasajes homéricos es muy intenso, especialmente en el modo en que las armas se juntan y entrechocan —*ἐπ' ἀσπίδος ἀσπίδ' ἐρείσας, ἐν δὲ λόφῳ τε λόφῳ καὶ κυνέην κυνέῃ*—, aunque el texto tirteico, una exhortación al combate en lugar de una descripción, alude a un contexto narrativo ligeramente diferente. Por último, la épica muestra otros muchos testimonios de la presencia de una masa activa de combatientes (Latacz 1977: 178-187), y aunque en ellos ya no se enfatiza la cohesión, también han servido para terminar de conformar esa imagen del combate masivo homérico como un combate en formación cerrada, todavía más reforzado si cabe gracias a las similitudes con Tirteo.

Pero lo cierto es que no hay ninguna otra evidencia literaria que sostenga la idea de la cohesión y el orden de la formación en masa durante la Época Arcaica, y aún estos pasajes, bastante escasos, son poco concluyentes⁶⁸. En primer lugar, si tomamos los “pasajes hoplitas” de Homero y el pasaje de Tirteo en sentido literal, el grado de cohesión de la masa de soldados aqueos es sin duda exagerado: podemos aceptar que los hombres entrechoquen los escudos y se empujen unos a otros, pero parece de todo punto inaceptable que incluso los cascos se toquen; el grado de compactación que sería necesario para que un grupo de hombres tocara sus cabezas entre sí anularía

⁶⁵ Cartledge (1977: 20), Starr (1966: 62), Latacz (1977).

⁶⁶ Helbig (1911: 3), Lorimer (1947: 114).

⁶⁷ Latacz (1977), Bowden (1995: 54).

⁶⁸ Tirteo también puede referirse a la trabazón de escudos en el fragmento 19.7 —*κοίλῃς ἀσπίσι φραζάμ[ενοι]*—, y tal vez haga una mención al combate en formación cerrada en 11.11 —*παρ' ἀλλήλοισι μένοντες*—. Sin embargo, el griego no tiene por qué interpretarse necesariamente en ese sentido, sino que admite visiones alternativas.

por completo cualquier movimiento colectivo que tratasen de llevar a cabo. Por otra parte, como descripción de una falange no es tampoco adecuada, pues no hay noticia de ninguna falange clásica en la que sus soldados mantengan una distancia tan reducida entre sí: las diversas estimaciones sobre el espacio lateral entre combatientes en una falange, a pesar de la polémica⁶⁹, oscilan entre los 50 centímetros y los 1,5 metros, pero el hecho de tocar las cabezas implicaría que esa distancia se anularía por completo. Y no tenemos testimonio alguno de una falange en la que el espacio entre soldados sea igual a cero.

Por tanto, ha sido preciso buscar alternativas. Latactz comparaba esta disposición con el *synaspismós* de la falange macedonia (1977: 63-66), mientras que Helbig había propuesto mucho tiempo antes que los “pasajes hoplitas” hacían en realidad referencia al momento específico de la colisión, pues llamaba la atención sobre el hecho de que, antes de ese momento, la cohesión no era necesaria (1911: 5-8), y que después nunca se mantenía (1911: 16-18). Esta debe ser, sin duda la clave: los pasajes muestran una masa compacta y sólida, pero únicamente en el momento de prepararse para entrar en combate. En uno de ellos, los aqueos se reorganizan para resistir el asalto troyano a las naves, y las huestes se compactan en torno a los Ayantes (*Il.* 13), mientras que en el otro los mirmidones entran finalmente en combate una vez que Patroclo ha conseguido persuadir a Aquiles (*Il.* 16); sin embargo, esa cohesión no se aprovecha en el combate subsiguiente, pues las huestes y los héroes se fraccionan y reanudan su dinámica habitual de combate móvil y oportunista. Los “pasajes hoplitas”, por tanto, reflejan tan sólo una espontánea y temporal acumulación de fuerzas⁷⁰.

Por último, es preciso analizar la capacidad real que la cohesión tiene de transmitir la idea del “orden”, según Aristóteles el factor fundamental a la hora de identificar a la falange; para ello debemos revisar el papel que juega el conocido símil que compara a la formación con un muro (*Il.* 16.212). A pesar de constituir un recurso visual muy efectivo, esta imagen pierde gran parte de su fuerza si se pone en relación con otros símiles que Homero pone en relación con las formaciones de soldados: en *Il.* 4.422-429, las tropas que avanzan en sucesivos contingentes se comparan con olas que rompen embravecidas en la costa (*cf.* 13.795, 15.381); en *Il.* 12.375, los licios avanzan “semejantes a la tenebrosa borrasca”, y más tarde los troyanos siguen a Héctor “como la llama o el huracán” (*Il.* 13.39); los mirmidones avanzan “como lobos carnívoros” hacia el combate (*Il.* 16.156), y como tales acosan más tarde a los troyanos (*Il.* 16.352); los soldados de Áyax son una nube que sigue sus pasos (*Il.* 4.275), y las huestes aqueas son sucesivamente miradas de moscas (*Il.* 2.469), enjambres de abejas (*Il.* 2.87), bandadas de pájaros (*Il.* 2.459), y hojas y flores incontables (*Il.* 2.468, 9.51). Por supuesto, las diferentes imágenes transmiten diferentes cualidades de la masa en acción, pero al menos aquellas que inciden de modo inequívoco en la cohesión y abundancia de la masa –los enjambres de moscas y abejas, las olas, las nubes, las bandadas de pájaros– aportan una visión muy diferente a la del muro: implican masas de hombres compactas y unidas, pero no *ordenadas*. No basta la superposición de escudos para formar la fila organizada de una falange.

La presencia de la masa, de un abundante número de soldados, e incluso la disposición compacta, no bastan como testimonios de una falange; la cohesión quiere decir, ante todo, “multitud”, pero no necesariamente “orden”. Por otra parte, se podría cuestionar la idea de que un mayor número de soldados implica necesariamente una mayor cohesión, y que ésta implique por

⁶⁹ Cawkwell (1989), Holladay (1982), Pritchett (1971: 144-154), van Wees (2000a).

⁷⁰ Consultar especialmente van Wees (1986: 290-292, 297-300; 1988: 5-10; 1994a: 3-9; 1997b: 685-687).

extensión un mayor orden. En efecto, las tropas pueden ser abundantes pero combatir en un orden relativamente abierto, como van Wees sugiere para el combate homérico (1986; 1988; 1994a; 1994b; 1996); los persas que combatieron en Maratón y Platea, por otra parte, eran numéricamente superiores a los griegos, y aunque debieron de luchar en formaciones más o menos cerradas, no podemos asumir que se tratase de filas ordenadas o cohesionadas. La necesidad de compactar las tropas y crear formaciones más cerradas puede ser también consecuencia de una decisión táctica, como en Cannae, o de los condicionantes físicos del campo de batalla, como el desfiladero de las Termópilas —donde los persas “no pudieron sacar provecho de su número” (Hdt. 7.211.8-9)—, o el estrecho pasaje por el que tuvieron que deslizarse las tropas del cónsul Flaminio en el Lago Trasimeno (Polyb. 3.83-84). La batalla medieval de Agincourt, por último, nos ofrece un ejemplo del modo en que se puede producir una accidental compactación de las tropas, cuando los arqueros ingleses apostados en los flancos forzaron a la infantería francesa a acumularse en el centro para evitar los mortíferos disparos, perdiendo así su ventaja numérica y viéndose obligados a atacar en una columna compacta; pero nada de ello les obligó a formar líneas ordenadas, sino que siguieron comportándose como una masa, enormemente cohesionada y compacta, pero totalmente desorganizada (Keegan 2004); lo mismo sucedió a los persas en las Termópilas (Hdt. 7.211).

Los testimonios contemporáneos a la presunta introducción de la falange no contribuyen a sostener, por tanto, la imagen de un combate basado en formaciones cerradas en las que la cohesión es el factor decisivo: o bien no hay pruebas suficientes de esa cohesión, o bien se trata de una mera compactación de efectivos que queda muy lejos del orden de la falange. La cohesión tampoco puede emplearse como argumento a favor de la superioridad de esta táctica.

¿SUPERIORIDAD A TODA COSTA?

La mayor efectividad de la falange hoplita frente a otras tácticas precedentes en Grecia ha tratado de ser argumentada de modos diversos: unas veces mediante el análisis de sus efectos —el supuesto éxito de los mercenarios griegos, la imposición de los colonos griegos sobre la población nativa, los conflictos fronterizos entre las comunidades griegas—, y otras veces mediante referencias a sus cualidades o características —la capacidad de causar mayor número de bajas, la integración de un mayor número de efectivos, la cohesión—. Pero pocas veces se ha tratado de comprobar si ese juicio *a priori* sobre la superioridad de la falange verdaderamente está confirmado por las narraciones que conservamos sobre las batallas, campañas y expediciones antiguas, y un análisis de ese tipo exige que no nos contentemos con el engañoso veredicto de Maratón o Platea, sino que precisa de un abanico más amplio de testimonios. Así pues, acudir a los propios textos antiguos y encontrar en ellos a las falanges es la clave para comprender su funcionamiento, pues la superioridad de la falange debería demostrarse combatiendo.

Si la falange era verdaderamente una táctica superior, ¿sobre qué otras tácticas ejercía su supuesta superioridad? La primera respuesta que puede aventurarse es que era superior a las formaciones abiertas de infantería ligera que supuestamente la habrían precedido y que en Época Clásica se le habrían enfrentado en diversos escenarios; en esos contextos, la mayor parte de los autores cree que la mera disposición táctica de la falange bastaba para derrotar a un ejército de tropas ligeras. Pero no es eso lo que los historiadores antiguos dan a entender: en Etolia en 426, Demóstenes perdió a 120 hoplitas de una fuerza de 300 en manos de los lanzadores de dardos etolios. Tucídides describe vívidamente el modo en que los etolios evitaban el cuerpo a cuerpo con la infantería

pesada ateniense y avanzaban o retrocedían para mantener una distancia desde la que lanzar sus proyectiles con seguridad (Th. 3.97.3); los atenienses resistieron mientras sus arqueros se mantuvieron activos, pero una vez que éstos acabaron sus proyectiles, quedaron desguarnecidos, de modo que rompieron filas y huyeron, siendo masacrados en la persecución (Th. 3.98).

Al año siguiente, las tropas ligeras atenienses, dirigidas una vez más por Demóstenes, ensayaron esta táctica contra los hoplitas espartanos acantonados en Esfacteria, con idéntico resultado: los espartanos estaban “deseosos de llegar al cuerpo a cuerpo (*βουλόμενοι ἐς χεῖρας ἐλθεῖν*)”, pero se lo impedían los constantes disparos de los lanzadores de dardos atenienses, pues “disparándoles desde ambos lados, los mantenían a distancia, además de que los hoplitas atenienses no avanzaban contra ellos, sino que se mantenían quietos” (Th. 4.33.2). Burlándose de las convenciones del combate de infantería, Demóstenes siguió hostigando a los espartanos con constantes avances y retiradas, hasta que el enemigo retrocedió y fue poco a poco aniquilado (Th. 4.33-36). Sólo la intervención de los estrategos atenienses detuvo la matanza, y la oferta de tregua reveló que de los 420 hoplitas espartanos habían muerto 128, y el resto fue hecho prisionero y conducido a Atenas; en cambio “del bando ateniense no fueron muchos los muertos” (Th. 4.38).

Los sucesos de Esfacteria y Etolia se repitieron años más tarde en Anfípolis (422), donde la falange ateniense fue obligada a retirarse con grandes pérdidas al verse rodeada por los peltastas y tropas ligeras de Cleáridas (Th. 5.10), y también en Lequeo, donde una mora espartana fue aniquilada por los peltastas de Ifícrates (Xen. *Hell.* 4.5.11-17). En todos esos casos, la infantería ligera hizo valer su mayor movilidad, y rehusó en todo momento el cuerpo a cuerpo con la falange: manteniéndola a distancia y acosándola en constantes ataques, acabó con su capacidad de resistencia y la obligó a retirarse o deshacerse con la consiguiente debacle; el propio Tucídides es consciente de esos factores, y los describe detalladamente en su narración de Esfacteria (4.34-36). Estos encuentros pueden demostrar lo que unas tropas ligeras bien dirigidas podían hacer a una falange: le impedían hacer valer su mayor peso y la consistencia de su formación, y todo ello con escaso riesgo y pocas bajas. La lección parece clara: las pesadas filas de hoplitas tenían sin duda las de perder frente a un enemigo que atacase con proyectiles y eludiese el cuerpo a cuerpo, como pone de manifiesto la muerte de los espartanos en Termópilas o el constante hostigamiento que padecieron los Diez Mil en su camino hacia el mar desde el interior de Persia.

Si no se trataba de la infantería ligera, ¿era entonces la falange superior a la caballería? Teniendo en cuenta las limitaciones de la caballería antigua, incapaz de llevar un armamento excesivamente pesado, y el relativo retraso con el que empezaron a crearse contingentes específicos en Grecia (Spence 1993; Bugh 1988), no extraña que las oportunidades de que pudieron disponer para enfrentarse a la falange fuesen desaprovechadas: en Delio y Río Anapo, por ejemplo, los contingentes de caballería permanecieron inactivos en los flancos, mientras las falanges se enfrentaban entre sí (Th. 4.96 y 6.69-70, respectivamente). Un caballo es aparentemente incapaz de penetrar en una formación sólida (Keegan 2004: 96, 155; Rahe 1981: 85-86), por lo que la cohesión de la falange protegía a los hoplitas de un eventual ataque frontal de la caballería; sin embargo, los jinetes podían explotar su mejor baza, la movilidad, y habitualmente lograban hacerlo con fatales efectos. Los atenienses hostigaron duramente a los peloponesios durante las invasiones anuales con sus contingentes de caballería (Th. 2.22), y todo parece indicar que la escasez de caballos fue lo que desequilibró la balanza de la expedición ateniense a Sicilia en favor de Siracusa, pues los siracusanos aprendieron progresivamente a emplear estas fuerzas de modo más eficaz (Kagan 1981); Jenofonte describe también cómo la caballería podía lanzar sucesivos ataques y retiradas para hostigar a una falange (*Hell.* 5.2.42, 5.3.4), exactamente igual que lo hacían las tropas ligeras.

Al parecer, la falange no podía combatir adecuadamente contra enemigos móviles que rehuieran el contacto; Tucídides afirma que los lacedemonios de Esfacteria no pudieron hacer valer su mayor experiencia (4.33.2), y que finalmente les entró el pánico, pues “no estaban acostumbrados a esa clase de enfrentamientos” (4.34.2). En realidad, una falange sólo podía funcionar contra enemigos estáticos, es decir, contra ejércitos que, o bien tuviesen sus mismas características de lentitud y relativa rigidez, o bien se adaptasen tácticamente a esas características, que fue exactamente lo que hicieron los persas en Maratón y Platea. Su única probabilidad, por tanto, residía en que el enemigo, ya fuesen tropas ligeras o caballería, actuase como una falange; es decir: que formase un frente sólido, tratase de cerrar filas y acudiese al choque frontal; en esa situación, las armas pesadas de la falange podrían tener cierta ventaja.

La superioridad de una táctica, en definitiva, no puede establecerse *a priori* con argumentos teóricos, ni puede apoyarse en otra cosa que no sea su funcionamiento práctico en el campo de batalla; e incluso en ese caso, las circunstancias cambiantes del combate provocan que el comportamiento varíe, y con él las posibilidades reales de victoria. El análisis de las batallas clásicas demuestra que no existe una noción absoluta de la superioridad táctica, sino que se trata de un concepto relativo, que no sólo depende de las propias fuerzas sino también de las fuerzas enemigas, y que consiste en un adecuado análisis de las diversas posibilidades existentes para enfrentar esos dos bloques con las mayores expectativas posibles de victoria. Y si no hay modo de afirmar la superioridad rotunda y absoluta de la falange, entonces el argumento determinista se debilita.

LA DIFUSIÓN DEL ARMAMENTO Y LA TÁCTICA. CUESTIONES DE SUPERIORIDAD

A pesar de todo lo dicho hasta ahora, la idea de la superioridad sigue proponiéndose como un factor decisivo incluso en el último paso del largo proceso de la renovación tecnológica: la difusión y generalización de una nueva arma o una nueva táctica. Hay pocos académicos que afirmen explícitamente que la tecnología militar o las tácticas se extiendan por el mero hecho de ser superiores, pero ese pensamiento está implícito en aquellos autores que, tras hablar de la mayor efectividad del armamento “hoplita” o de la falange, asumen a continuación que esos elementos se extendieron automáticamente por toda Grecia: del mismo modo que la superioridad posibilitó que esa tecnología se impusiese sobre la precedente, así también esa misma superioridad posibilitaría que fuese introducida en nuevas regiones y adoptada por pueblos diversos. Sin embargo, la capacidad universal de reconocer la superioridad se combina en última instancia con una irresistible necesidad de emulación, y el resultado es una “carrera armamentística”: para Lorimer, “cuando un nuevo ingenio militar ha sido *probado con éxito* por una potencia, debe ser *necesariamente adoptado* por las demás comunidades que puedan acabar encontrádoselo en uso por la primera” (1947: 108; cursiva añadida); Andrewes afirmaba que “en el desarrollo militar, ningún estado puede permitirse el lujo de quedar atrasado, y si una ciudad adoptaba nuevas armas y tácticas *el resto debía hacer lo mismo en defensa propia*” (1974: 38; cursiva añadida); para Salmon, “todos los estados griegos adoptaron el nuevo estilo de combate, pues hubiese sido *suicida* no hacerlo” (1977: 96; cursiva añadida); también Holladay creía que “el deseo de un grupo de derrotar a otro y ganar algún tipo de ventaja a corto plazo ha prevalecido siempre al final, y ha facilitado la introducción de terribles innovaciones” (1982: 99-100).

Esas afirmaciones, sin embargo, son en gran medida ideas apriorísticas sobre el alcance del armamento “hoplita” y la falange, pues carecen de fundamentos sólidos, tanto textuales como arqueológicos: el escudo argivo va apareciendo en diversos lugares de Grecia a partir del 700, pero no hay evidencias fiables de la falange que sostengan la supuesta inmediatez de su difusión; según Cartledge, “no había ninguna razón militar para que, una vez que un estado se hubiese ‘vuelto hoplita’, sus competidores debieran haberle seguido automática y necesariamente” (1977: 18). Por otra parte, el determinismo puede diseñar argumentos teóricos sobre la dispersión de la tecnología militar, pero es incapaz de explicar la realidad de esa dispersión, el hecho de que la tecnología tenga fronteras en la práctica, y que haya contextos en los que una nueva arma nunca se introduzca.

La idea de la superioridad en la difusión implica considerar el campo de batalla como un “laboratorio”, o una especie de “campo de pruebas” para la nueva tecnología o las nuevas tácticas; sin embargo, ¿puede verdaderamente aplicarse la idea del “laboratorio” al campo de batalla antiguo? Tucídides afirmaba que “la guerra es un maestro violento (*ὁ δὲ πόλεμος ... βίαιος διδάσκαλος*)” (3.82.2.7-9), pero no se refería en absoluto a las enseñanzas tecnológicas derivadas del combate, sino al modo en que la condición humana se degrada y deteriora por los conflictos, especialmente cuando se trata de sangrientas guerras civiles como la que está describiendo, la *stásis* de Corcira. No obstante, la idea de que las lecciones del campo de batalla se aprenden a costa del sufrimiento sigue teniendo un gran atractivo: Rihll propone, por ejemplo, que la adopción de la falange en Etruria se debió de aprender “dolorosamente en el campo de batalla” (1995: 91), aunque, por supuesto, no tiene ninguna prueba o testimonio de ello.

Naturalmente, el combate constituía un cierto aprendizaje: hay una experimentación inherente en el modo en que un hombre prueba un arma y ejercita su uso hasta que encuentra la forma que mejor se adapta a sus gustos o necesidades, y en última instancia toda experiencia, ya sea positiva o negativa, conlleva lecciones vitales para aquél que quiera extraerlas y reflexionarlas. Pero el combate como experiencia es una cosa, y la experimentación sistemática, controlada o institucionalizada, que es lo que la idea del “laboratorio” implica, es otra muy distinta; de hecho, las posibilidades de que las condiciones para un adecuado aprendizaje de la experiencia —mente abierta a las nuevas ideas o situaciones, análisis consciente y constante de las características de las armas y tácticas empleadas, estudio sistemático y comparativo de los efectos que esas armas y tácticas generan, capacidad de extraer conclusiones útiles, disponibilidad a aplicarlas— se den en el campo de batalla son escasas, pues en las incontrolables condiciones del combate cualquiera de esas condiciones puede fallar, y habitualmente la primera es la capacidad de valorar o enjuiciar de modo objetivo. Pero aun en el caso de que se den las circunstancias ideales para hacer una evaluación sopesada y sensata de la situación, la capacidad de extraer conclusiones de ella y de —mucho más importante todavía— aplicarlas chocará frontalmente con la compleja psicología humana, que se resiste con todas sus fuerzas a todo aquello que rompa con las ideas preconcebidas (Dixon 1991; Keegan 2004).

Al analizar la aplicación del armamento “hoplita” a la táctica en falange, hablábamos de la posibilidad de que no existiese un armamento uniforme y homogéneo, y mencionábamos la infinidad de factores que influían en la elección de un determinado tipo, una determinada forma o un determinado uso; no se puede negar el peso de la experiencia en esa elección, pero: por un lado, se trata primeramente de una experiencia individual, que sólo secundariamente tiene un cierto impacto colectivo —muy reducido, además, y limitado al círculo más próximo—, y por otra parte, es probable que las preferencias personales determinadas por la tradición y una miríada de detalles psicológicos tengan al final más peso que la experiencia en las elecciones de objetos caros como las armas, así como de los usos a los que se van a destinar.

En la guerra antigua, posiblemente el único ámbito con una cierta experimentación y que se apoyaba en una investigación que aplicaba criterios y conocimientos científicos fuese la tecnología de asedio (Marsden 1969; 1971; Meissner 1999). Tanto las diversas máquinas empleadas para el lanzamiento de proyectiles, como las murallas, torres y puertas construidas para mantener esos ingenios fuera, se asentaban en una base matemática, y aplicaban de modo sistemático el principio científico de la experimentación: las ingeniosas medidas y contramedidas que observamos en el asedio peloponesio de Platea (Th. 2.75-78, 3.20-24) se apoyaban, sin duda, en la observación del enemigo, en el ensayo de diversas soluciones y en el aprendizaje de los errores. Pero, a pesar de todo, las variedades armamentísticas empleadas en el asedio eran pocas –fundamentalmente balística, arietes y torres–, y no siempre se empleaban del modo más conveniente.

La experimentación consciente y sistemática con el armamento no parece haber sido una constante en los ejércitos antiguos, aunque ni siquiera es una constante en los modernos. Sin embargo, aunque aceptásemos que el campo de batalla era realmente un especializado banco de pruebas para el armamento y las tácticas de los antiguos, ello por sí mismo no basta para justificar la idea de que sus enseñanzas eran inmediata y automáticamente aprendidas: en la práctica, la emulación no funciona de modo directo y mecánico, y las “carreras armamentísticas” son raras en el mundo pre-moderno. Si la superioridad y la necesidad de emulación verdaderamente guiasen la difusión y extensión de la tecnología militar, todo ejército derrotado debería incorporar de inmediato las armas o tácticas del vencedor: dolorosamente conscientes de la superioridad de algún nuevo factor, los vencidos extraerían una inmediata lección y lo adoptarían para no cometer el “suicidio” de quedar atrasados en esa carrera; de acuerdo con este argumento, los persas, los tracios, los itálicos y siciliotas que alguna vez fueron derrotados por los griegos deberían haber adoptado de inmediato la falange, el escudo argivo y la lanza, los griegos a su vez tendrían que haber incorporado la falange macedonia, la sarissa y el escudo con telamón tras Queronea, y los propios macedonios deberían haber asumido la formación manipular, el *scutum*, el *pilum* y el *gladius* tras Cinoscéfalos y Pidna. Pero no fue así: a pesar de Maratón, de las Termópilas y de Platea, los persas mantuvieron su propio armamento y sus propias tácticas a lo largo de más de 150 años, sufriendo continuos reveses en manos de los monarcas y harmostas espartanos en Asia Menor, hasta que una versión evolucionada de la falange les haría pedazos en Gránico, Issos y Gaugamela; a pesar del exterminio de unidades griegas enteras en Queronea, las ciudades helenas ni siquiera se plantearon que la sarissa larga y el pequeño escudo suspendido de una correa pudieran ser mejores que su gran escudo circular y su lanza de acometida. Poco importaba que la falange macedonia fuese un espectáculo terrorífico de contemplar (Plut. *Aem.* 19.3), o que fuera irresistible contra cualquier formación (Polyb. 18.29.1); los griegos mantuvieron su propio sistema hasta la conquista romana.

Algunos ejemplos son enormemente claros: la falange oblicua podría considerarse la única innovación significativa que se produjo en la guerra griega en cerca de dos siglos, pero, al margen de que los especialistas no logran ponerse de acuerdo sobre la naturaleza exacta de la nueva táctica⁷¹, tampoco hay evidencias suficientes de ella en posteriores batallas griegas; de hecho, el resultado incierto de Mantinea II (362) parece arrojar una sombra sobre el uso que Epaminondas pudo hacer de su propia creación apenas nueve años después de Leuctra (Hanson 1999c). La historia griega posterior demuestra que, aunque en ese caso había una lección potencial que aprender, nadie pareció prestar atención ese día.

⁷¹ Una muestra de ese debate lo encontramos en Hammond (1997: 357-365) y Hanson (1999c).

Otro ejemplo podríamos encontrarlo en la evolución de la guerra griega a lo largo del siglo IV: desde finales de la Guerra del Peloponeso podemos detectar un proceso de progresiva profesionalización de los mandos y ejércitos griegos, una vez que el vínculo entre estatus y función militar que había caracterizado a la *pólis* clásica se hace menos firme; entonces se comienza a reclutar de modo sistemático infantería mercenaria o procedente de clases bajas mediante pago (Hanson 1999a: 321-425; 1999b: 126-213). Sin embargo, aunque los especialistas coinciden en que ese sistema favoreció una guerra más efectiva, móvil y profesional, los romanos sólo llegaron a ese estado a fines del siglo II, cerca de 200 años más tarde que los griegos, y merced únicamente a la desestructuración de su sistema de reclutamiento como consecuencia de las incesantes campañas de los siglos precedentes (Hanson 2005b; 2005c; Rosenstein 1999), y no por un deseo de emulación. Las innovaciones no atraviesan fronteras con la facilidad que se les supone, y pueden pasar décadas y siglos sin que se produzca el esperado flujo tecnológico o táctico, a pesar de que el contacto intelectual y físico exista –como es el caso de Grecia y Roma desde al menos comienzos del siglo III a.C.–.

Las condiciones que Reece plantea para la modernización de un Estado atrasado (1969: 33) podrían aplicarse, en mi opinión, al caso de la guerra griega como los fundamentos de una teoría general sobre la transmisión de la tecnología militar en el Mundo Antiguo; en definitiva, la adopción de hasta la más pequeña innovación técnica ha demostrado necesitar un clima de opinión favorable al progreso tecnológico en general y a la pieza concreta en particular, un capital suficiente para invertir, una población material y mentalmente capaz de absorber los nuevos productos, y un abastecimiento suficiente de las materias primas necesarias. La expansión de la tecnología no es un proceso mecánico o automático, sino un complejo juego de probabilidades en el que los factores ideológicos y psicológicos desempeñan un papel fundamental.

Así pues, ¿la difusión de la falange se debió verdaderamente a que era una táctica “superior”? Como hemos visto, los dos elementos de esta cuestión –difusión de la falange y superioridad– precisan amplias matizaciones. En mi opinión, la actual visión sobre el proceso mecánico de difusión de la falange es una reconstrucción artificial que carece de fuentes en las que apoyarse, y que en última instancia se basa únicamente en la idea preconcebida de su superioridad.

CONCLUSIÓN. REFLEXIONES SOBRE EL DETERMINISMO

Desde su definición e introducción dentro del paradigma de la “Revolución hoplita”, el argumento determinista ha tratado de explicar en términos de mecanicismo militar un complejo panorama de transformaciones militares, sociales y políticas; el resultado ha sido una secuencia sencilla, directa y lógica de causas y efectos lineales, que comienzan con la introducción de una innovación en el modo de sostener un escudo y culminan unos pocos años más tarde en la democracia. Sin embargo, a pesar de su tranquilizadora sencillez, que presenta el cambio histórico como una fórmula matemática, el argumento determinista ha fracasado sin duda a la hora de identificar el papel jugado por el ser humano en el proceso: el determinismo no puede explicar la relación del hombre con la tecnología, la mirada de factores psicológicos que influyen en el modo en que ordena el mundo, establece prioridades y realiza elecciones.

La tendencia al militarismo que encontramos en diversas sociedades –estructuras materiales e ideológicas que giran en torno al ejercicio de la guerra– no debe conducir a una visión determinista

del cambio histórico en la que el factor militar sea el hilo conductor o la causa explicativa. El determinismo no es un hecho histórico, sino un planteamiento historiográfico, una interpretación teórica, una visión subjetiva no sólo del propio funcionamiento de la guerra, sino también del proceso de cambio histórico. George Raudzens apunta que la falta de definición de los principales conceptos históricos que manejamos es una de las causas de ese determinismo: “Un empleo divergente [de los conceptos] conduce a una cierta anarquía interpretativa, a medida que cada uno emplea la palabra como base para un número creciente de perspectivas enfrentadas, lo que obstaculiza una comunicación efectiva” (1989b: 77; *cf.* 1990: 405).

El modo que el ser humano tiene de asomarse al mundo provoca que conceda especial importancia a unos eventos sobre otros, como causantes de un mayor número de efectos duraderos en los sucesos posteriores, y de ahí que hablemos de “momentos decisivos”, de “puntos de inflexión” o de “hitos que cambiaron la historia”; las grandes fuerzas del devenir histórico siguen moviéndose lenta y progresivamente por debajo, pero nos gusta creer —es más práctico y fácil— que un acontecimiento pueda por sí mismo cambiar esos flujos. En ese sentido, la guerra es posiblemente el factor más determinista de cuantos actúan en la Historia, por su capacidad para alterar el curso de los acontecimientos y crear realidades nuevas; sin embargo, el impacto histórico de la guerra —es decir, a nivel de la memoria y la narración— radicará en la práctica en nuestra conciencia de su carácter decisivo. El determinismo, por tanto, es una postura ante la realidad y la Historia, un modo de interpretar, en clave tecnológica y mecánica, lo que sucede a nuestro alrededor.

Como hemos comprobado, el determinismo —ya sea tecnológico o táctico— se asienta en una serie de puntos clave: en primer lugar, en la sobrevaloración de la tecnología como potencial agente histórico, y en la noción de la “superioridad” de la nueva tecnología sobre la vieja; ello implica que el cambio tecnológico se concibe como “progreso”. Segundo, en la consideración del progreso tecnológico como algo intrínsecamente positivo, que se presenta como algo no sólo deseable, sino también inmediatamente comprensible para cualquiera: Holladay se plantea, por ejemplo, cómo pudieron los griegos renunciar a las ventajas militares “obvias” que podía haberles aportado el empleo sistemático de tropas ligeras (1982: 100-102); para él es incomprensible que individuos ilustrados como Pericles o Epaminondas no se percatasen del potencial militar que encerraba la mayor movilidad de estas unidades.

Y en tercer lugar, se apoya en la imagen del campo de batalla como “laboratorio”, en el que los soldados experimentan constante y conscientemente con el armamento a la búsqueda de modelos y tipos más eficientes. El modo en que Hanson presenta la relación entre el armamento griego y la falange podría ser un ejemplo de esta tendencia: las armas se adaptan progresivamente a la táctica en un largo proceso de experimentación que va depurando sus cualidades individuales y mejorando su funcionamiento conjunto (1991b: 74-78). Esta perspectiva desestima una serie de factores fundamentales, como la resistencia al cambio o el apego a lo conocido y lo tradicional, y aplica nuestro concepto de tecnología a una mentalidad antigua que posiblemente concibiese una relación muy diferente entre el hombre y las máquinas y que no deificaba el progreso como nosotros hacemos. Esa idea de una constante y consciente experimentación, más allá del simple perfeccionamiento que supone la experiencia y la práctica, no parece creíble, y se me antoja anacrónica.

La imagen del “laboratorio” aplicada al campo de batalla no está, por tanto, exenta de problemas: implica una perspectiva “científica” de la guerra que no es real en la práctica, como si todo lo que sucede en un combate pudiese reducirse a variables controlables, medibles y racionales, y como si la actitud de los mandos fuese siempre la de “ensayar científicamente” con sus nuevos ingenios. Tal vez pueda encontrarse esa actitud en algunos campos de batalla modernos, pero sin

duda es muy difícil –por no decir imposible– de hallar en los antiguos. El “laboratorio” construye una peligrosa imagen “científica” de la guerra, una imagen que trata de ordenar y racionalizar algo que es fundamentalmente caos irracional; es ante todo un intento por lavar la propia guerra de sus impurezas, por hacer un discurso histórico limpio y aséptico.

La “superioridad” es un concepto poco útil en términos de disciplina histórica: es relativo y circunstancial, depende por completo del contexto, y a menudo no se detallan los términos o la base que permiten esa comparación, por lo que induce a confusión; su aplicación es a menudo descuidada y poco sistemática, y, en el caso de la tecnología militar, se basa en impresiones apriorísticas de las capacidades y el potencial de una serie de realidades que no se han visto en acción. En el caso griego, la tecnología armamentística antigua no es lo suficientemente sofisticada como para constituir una verdadera diferencia en el campo de batalla; las variaciones técnicas son menores, pequeñas innovaciones en apenas cuatro tipologías básicas –proyectiles, armas de tajo, armas de penetración y armas de impacto–, que no constituyen excesivas ventajas o inconvenientes. Y por supuesto, no determinan por sí mismas el modo de combate, aunque contribuyan a definirlo; como afirma Pritchett, “el *aspís* redondo no puede emplearse como criterio para la guerra hoplita” (1985b: 23). Por lo que respecta a la falange hoplita, su capacidad de alterar y transformar la guerra ha sido sin duda sobrevalorada: en la práctica, la falange funcionó mayoritariamente contra otras falanges; con el tiempo se demostró que otros tipos de combate eran potencialmente muy peligrosos para ella; y fracasó sin duda en la auténtica prueba de superioridad: el enfrentamiento repetido contra otros modelos de combate; es dudoso que la falange griega hubiese podido conquistar el Mediterráneo como lo hizo la legión, pues carecía de su asombrosa capacidad de adaptación.

El arma no es el único factor relevante en el combate, sino que hay otros elementos que participan en él y contribuyen a establecer su desarrollo y su desenlace. El componente psicológico es fundamental en ocasiones, por el modo en que las ideas, prejuicios y creencias sostienen la capacidad de lucha. Hanson afirma que las falanges que combatían en su propio suelo tenían las de ganar (1990; 1996; 1999a; 1999b), y la historia griega parece corroborar ese hecho, pues hay un ingrediente extra de motivación cuando se están defendiendo los campos, casas y personas que conforman el hogar. La guerra griega ha conservado también casos de tropas completamente operativas que se vienen repentinamente abajo por un golpe psicológico, como sucedió a los atenienses en Delio, al ver aproximarse los refuerzos beocios (Th. 4.96), o al flanco izquierdo corintio en Soligea, al contemplar el derrumbe definitivo de su flanco derecho (Th. 4.44); también los siracusanos emprendieron la retirada al venirse abajo su flanco derecho en Río Anapo (Th. 6.70.2), igual que los espartanos en Leuctra (Xen. *Hell.* 6.4.14.5-6). Incluso era posible que la línea se derrumbase antes de llegar el primer choque, antes de combatir: es lo que les sucedió a los aliados peloponesios en Nemea (Xen. *Hell.* 4.2.20.5-6) y a los argivos en Mantinea I (Th. 5.72.4.6-9), en Coronea II (Xen. *Hell.* 4.3.17.8-9), y de nuevo en la “batalla sin lágrimas” (Xen. *Hell.* 7.1.31.7-8). El miedo, puro y simple, puede anular cualquier disposición táctica y cualquier eventual superioridad armamentística.

“Es importante recordar”, advierte Roland, “que el término ‘tecnología’ es un producto del siglo XVII, y ‘científico’ un producto del XIX. Aunque los fenómenos que ahora llamamos ‘ciencia’ y ‘tecnología’ han existido a lo largo de la historia de la humanidad, no fueron comprendidos en épocas pasadas en el mismo sentido en que nosotros los entendemos. Lo mismo sucede con la ciencia y la tecnología militar. Aunque ahora vemos esos campos como desiderata de la guerra moderna, los antiguos profesionales no lo hicieron. Es bien probable que hayan desarrollado lo que ahora llamaríamos ciencia y tecnología, pero raramente consideraron esos campos como la

fueron la fuente principal del poder militar” (1995: S97). Es decir: la tecnología no ha tenido siempre la misma importancia a la hora de explicar la realidad o los fenómenos históricos; de hecho, nuestra propia perspectiva sobre la tecnología se asienta en el cambio radical de mentalidad operado en el mundo occidental tras las dos guerras mundiales.

El desarrollo tecnológico militar entró en una escalada desde finales del siglo XIX, y comenzó a generar interés y expectación académica en esa época, en la que el arma concreta se convirtió en el factor decisivo para interpretar el curso y desenlace de una guerra (Hacker 1994: 775-777). Las guerras mundiales, sin embargo, catapultaron la tecnología a la primera fila de la causalidad histórica: “La gran ironía sobre el tradicional conservadurismo militar hacia el cambio tecnológico es que cambió radicalmente después de la IIGM” (Roland 1995: S94; cf. Hacker 1994: 768-769, 787, 812-813). Esa transformación culminaría en los años sesenta con la aparición de la “nueva historia militar”, una corriente historiográfica que, junto con otras ciencias sociales –sociología, antropología, historia de la tecnología–, trataba de integrar el estudio tecnológico y militar en su contexto social (Hacker 1994: 787-824). Así pues, no es casualidad que la primera definición elaborada del determinismo tecnológico aplicado a la Época Arcaica griega –un artículo de H.L. Lorimer en 1947– apareciese a finales de la década de los años cuarenta, cuando la tecnología se había convertido en una clave decisiva para interpretar la realidad.

Por ello, la tendencia de la historia militar al determinismo tecnológico no es sólo una cuestión interpretativa, sino ante todo *narrativa*: el historiador está marcado por el defecto congénito de la subjetividad, de modo que trata constantemente de contrarrestar esa carencia con un lenguaje lo más objetivo y científico posible (Keegan 2004: 31); eso es más necesario todavía en cuestiones militares, que se basan en la precisión y exactitud en los detalles temporales, espaciales y numéricos (Keegan 2004: 30). De este modo, la Historia intenta hacer un discurso objetivo, limpio e incuestionable, que resulte tan veraz como cualquier otro discurso científico; y el recurso principal es dar prioridad al elemento predecible –la máquina– sobre el elemento impredecible –el ser humano–.

Se ha llegado a plantear la posibilidad de si las carencias de la historia militar podrían achacarse a la falta de experiencia de combate por parte de los académicos. Hanson es uno de los autores que más ha incidido en “la creciente distancia material e ideológica entre soldados y profesores” (1997: 379), criticando –con razón– que el desconocimiento lleva a algunos especialistas a minimizar factores que resultan esenciales para el soldado, desvirtuando así sus interpretaciones. Sin embargo, la experiencia es el caballo de batalla de la Historia, y no sólo de la historia militar; si la experiencia es necesaria para reconstruir la Historia, entonces deberíamos olvidarnos de todo lo que pueda decirse, reflexionarse o escribirse sobre períodos anteriores a 1900. John Keegan, uno de los historiadores militares más conocidos y respetados, no oculta su falta de experiencia directa en combate: “Nunca he estado en una batalla; no he estado cerca de una, ni tampoco la he oído desde lejos o he contemplado sus secuelas ... He leído sobre batallas, por supuesto, y hablado sobre batallas, he dado conferencias sobre batallas y, en los últimos cuatro o cinco años, he visto batallas en marcha –o aparentemente en marcha– en la pantalla del televisor. He visto también una gran cantidad de batallas más antiguas de este siglo en los noticiarios, algunas muy convincentes y auténticas, así como una gran cantidad de películas e imágenes estáticas de batallas, fotografías, pinturas y esculturas de diverso grado de realismo. Pero nunca he estado en una batalla” (2004: 15). Más importante todavía, Keegan ha reflexionado también sobre la fragilidad de la experiencia directa a la hora de reconstruir un evento militar (2004: 128-133), el modo en que la subjetividad nubla la capacidad de distinguir los detalles y en que el tiempo termina por modificarlos de modo sustancial, y cómo el caos del combate puede alterar

y limitar la percepción, como le sucedió al ateniense que aseguró haber visto a un gigante barbado que salía en su ayuda en mitad de la lucha en Maratón (Hdt. 6.117). La falta de experiencia militar puede ser un inconveniente, ciertamente, pero el tenerla no garantiza un buen trabajo de interpretación histórica.

El resultado, en cualquier caso, es que existe una “retórica de la historia militar”, un modo muy concreto de narrar acontecimientos militares regido por una serie de convenciones: uniformidad en el comportamiento humano, movimiento abrupto y discontinuo, caracterización extrema de los personajes, simplificación excesiva del comportamiento colectivo, concentración absoluta en la acción y escasa incidencia en los resultados; esas convenciones están destinadas a recrear una argumentación lo más aséptica y mecánica posible (Keegan 2004: 36-46, 62-73).

La tecnología es sin duda el ingrediente idóneo para llevar ese discurso “científico” a cabo: en comparación con el discurso histórico corriente, la narración tecnológica es más técnica, más atractiva, más convincente; pero es también más limpia, aséptica, mecánica y lógica: como demuestran los estudios cognitivos sobre el lenguaje militar, cargado de perífrasis y tabúes, es más fácil hablar de máquinas que de personas (Keegan 2004: 20, 31-32). El determinismo elimina el componente humano del escenario: “no sólo ha inhibido cualquier progreso en la comprensión de la historia militar premoderna en general, sino que, muy a menudo y muy fácilmente, ha eliminado a los soldados particulares y a sus jefes de la ecuación militar e histórica, sustituyéndolos por una explicación tecnológica y determinista” (deVries 1997: 455); de este modo se evita la subjetividad, la experiencia y las contradicciones del comportamiento humano: “los soldados de infantería, aunque estén bien entrenados y armados, resueltos y listos para matar, siguen siendo agentes erráticos de muerte. A no ser que estén dirigidos de modo centralizado, escogerán, tal vez de modo erróneo, sus propios blancos, abrirán y cerrarán fuego de modo individual, aplazarán sus objetivos por el fuego enemigo, se distraerán por los heridos a su alrededor, se rendirán al miedo o la excitación, y dispararán demasiado alto, demasiado bajo o demasiado desviado” (Keegan 2004: 229).

El determinismo ignora sistemáticamente una recomendación fundamental: “ninguna historia militar debería obviar nunca el factor humano; son hombres, después de todo, quienes luchan, hieren, matan y mueren; son sólo los hombres los que merecen nuestra atención, incitan nuestra imaginación, ganan nuestra empatía” (Hanson 1991a: 3). En el fondo, la explicación tecnológica debería facilitar la comprensión global del comportamiento humano en combate, pues “los hombres son la materia prima de cualquier ejército ... para luchar contra el enemigo” (Regan 2004: 259). Pero en lugar de un complemento, la tecnología se considera una causa suficiente.

El argumento determinista, por tanto, es un intento por hacer una historia lógica y directa, la búsqueda de una explicación racional a una experiencia irracional. Pero, cuando hay especialistas que reconocen su ignorancia e impotencia ante la enormidad de la guerra (Keegan 2004: 15, 18), ¿no resulta pretencioso tratar de explicarla de modo absoluto? Y hacerlo, además, mediante el recurso a algo tan limitado y relativo como son las transformaciones tecnológicas. “Las batallas son algo extremadamente confuso”, afirma Keegan (2004: 63); y, tal vez precisamente por eso, el determinismo no es en realidad más que el “producto de una intuición” (Raudzens 1989a: 131) ⁷².

⁷² Es obligatorio hacer referencia a los trabajos del antropólogo Pierre Lemonnier, que ha reflexionado de modo profundo sobre el modo en que la tecnología se relaciona con la mentalidad y la cultura en una sociedad. Sus obras, citadas en la bibliografía, han llegado a mis manos demasiado tarde, no obstante, como para reflejarse en este trabajo.

CAPÍTULO VI

SOLDADOS Y CIUDADANOS

LA GUERRA GRIEGA Y LA POLÍTICA INTERNA DE LA CIUDAD-ESTADO

Las fuentes transmiten la impresión unánime de que la guerra ocupaba un lugar central en las comunidades griegas. Las ciudades estaban llenas de recordatorios de las glorias militares de generaciones pasadas, las historias locales eran un rosario de acciones bélicas contra las poblaciones vecinas; combatir no era sólo una necesidad para la supervivencia de la comunidad, sino también uno de los principales métodos de adquisición de bienes, y puede entenderse incluso como una actividad económica en si misma (Rihll: 1995). Pero la guerra es también un factor ideológico fundamental: Kurt Raaflaub afirma que “los logros militares eran contemplados [por los griegos] como el único modo de adquirir fama eterna. Los aspirantes a líderes ... estaban inevitablemente condicionados a pensar en la guerra y el éxito militar como el mejor camino hacia la cima” (2001: 313); así pues, “la primacía [en los valores éticos] pertenece claramente al combate. Desde el principio, las ‘gestas de los hombres’ fueron entendidas en términos de guerra. Proezas heroicas en el campo de batalla, éxito y victoria en la guerra: esos fueron los caminos más seguros hacia la gloria en el canto y en la historia escrita posterior” (2001: 322).

En gran medida, la cultura griega estaba construida, en el plano de sus valores, sobre la guerra y sobre una mentalidad militar, de ahí las exaltaciones guerreras de Homero, la fascinación de Alceo por las armas que decoran la sala del banquete (frg. 357), o la exclamación de Tirteo sobre la bondad de la muerte en combate (frg. 10.1-2). La lírica arcaica expresa de modo inmejorable el binomio que la guerra formaba para los griegos junto con la vida cívica, la una como sustento y apoyo de la otra, y la atracción que la guerra ejercía en ellos como fuente y fundamento de sus valores más esenciales: el valor, el vigor físico, la juventud, el esfuerzo, la belleza. Se convirtió también en la explicación de fenómenos políticos o sociales, y en la justificación de cambios radicales: Aristóteles, por ejemplo, justificaba las medidas de Licurgo y el surgimiento de la constitución espartana recurriendo a las Guerras Mesenias; de hecho, consideraba que ese tipo de crisis y transformaciones “suceden especialmente en tiempos de guerra (*καὶ μάλιστα ἐν τοῖς πολέμοις τοῦτο γίνεται*)” *Pol.* 1306 b36-1307 a2). No sólo eso: la guerra era también un eficiente marcador del prestigio y el poderío de una ciudad; aunque Tucídides advierte que no hay que dejarse engañar por los símbolos externos o físicos del poder (1.10), el tamaño y la potencia de las murallas actuaban como medidores del estatus respectivo de las comunidades (Adam 1993: 15), mientras que las restantes manifestaciones arquitectónicas y escultóricas constituían recordatorios permanentes y monumentales de la gloria y el esplendor de la comunidad cifrados en términos militares (Raaflaub 2001).

Por lo tanto, la guerra se presenta como el cimiento sobre el que se construía no sólo la vida cotidiana, sino también la escala de valores y prejuicios del hombre griego, y parece encontrarse en la base de su mentalidad, en el modo en que contemplaba, entendía y ordenaba el mundo que le rodeaba. Ello podría llevarnos a hablar de un “militarismo” griego, no sólo por la evidente y constante interrelación entre función militar, estatus social y participación política, sino también porque la guerra era, aparentemente, “conceptualmente indisociable de la sociedad griega en su conjunto” (Cartledge 1977: 12; 1996b: 681).

Kurt Raaflaub afirma que la libertad –en su definición tradicional, ligada a las oligarquías griegas– era parte integral de una visión *limitada* de la ciudadanía: el ciudadano era aquel individuo económicamente independiente que podía dedicar su tiempo a ocupaciones liberales y al servicio a la comunidad; es decir, aquel que era “verdaderamente libre en todos los aspectos” (1983: 528). Esa faceta económica del individuo libre implica que, para los oligarcas, la libertad residía en el natural ejercicio de “actividades libres”, que tradicionalmente eran la agricultura y la guerra (Raaflaub 1983: 531); lo militar, por tanto, formaba parte de la identidad del aristócrata griego. Así pues, tomar parte activa en la defensa de la comunidad y ejercitar los valores militares era sin duda el criterio fundamental que definía el estatus en la sociedad griega; no en vano, “desde el principio, los ‘hechos de los hombres’ fueron entendidos en términos militares” (Raaflaub 2001: 322).

El mundo académico ha coincidido también a la hora de atribuir a la guerra un papel fundamental en la cultura griega: para Nilsson, “la guerra era una ocupación casi constante en los estados antiguos, y el servicio militar, una responsabilidad impuesta sobre los ciudadanos” (1929: 1); Momigliano afirma que “la guerra era una realidad siempre presente en la vida griega ... Los griegos llegaron a aceptar la guerra como un hecho natural, como el nacimiento y la muerte, sobre lo que nada podía hacerse”¹; de Romilly considera que “el régimen de las ciudades en la Grecia clásica parece haber reunido todas las condiciones para mantener un estado de guerra recíproca casi perpetuo ... La guerra no es sólo, en la Grecia de las ciudades, una función normal, sino un estado normal” (1968: 207); para Garlan, “[la guerra] estaba tan generalizada y era tan perenne que parecía estar fuera de la iniciativa humana y caer en el dominio de la naturaleza o de los dioses” (1975: 17-18)². La guerra ha asumido para la investigación académica, por tanto, un papel absolutamente predominante en la explicación de procesos de cambio y del surgimiento de nuevas realidades. Es, en definitiva, el elemento clave en la interpretación del origen de la *pólis*.

Sin embargo, hay un matiz que conviene señalar: las fuentes antiguas transmiten la impresión de que la guerra era un elemento socio-político fundamental, pero las afirmaciones que acabamos de recoger completan significativamente esa idea de preeminencia con una de frecuencia; la guerra no sólo era muy importante, sino que era también muy frecuente; da la impresión, de hecho, de que su importancia radicaba precisamente en su extraordinaria asiduidad. Así pues, entendida en un sentido extenso que incluye todos los fenómenos de violencia intra- y extra-comunitaria, la guerra inundaba aparentemente todos los ámbitos y dimensiones de la ciudad-estado, y actuaba no sólo como causa de su aparición y desarrollo, sino también como herramienta para su conservación, pues el ejercicio de la fuerza era la regla básica que gobernaba *de facto* las relaciones entre los individuos.

¹ 1966, “Some observations on the causes of war in ancient historiography”, en *Studies in Historiography*, 120.

² Otros autores: Connor (1988: 3-5), Finley (1999: 85-90), Garlan (1999a: 17-22).

Esta perspectiva “militarista” ha recibido numerosas críticas procedentes de diferentes ámbitos en los últimos años; cada vez más estudiosos cuestionan la supuesta frecuencia de la guerra griega, y resaltan en cambio su extrema brevedad: Connor afirma que “juzgar la frecuencia de la guerra a partir de su prominencia en la literatura sería cometer la falacia historiográfica de confundir la representación literaria con el hecho histórico” (1988: 6); Frank Frost ha demostrado que el expediente militar de ciudades como Atenas no era tan impresionante como aparentaba, y que las comunidades permanecían en paz más tiempo del que solemos pensar (1984); V.D. Hanson ha insistido repetidamente en la brevedad de la guerra griega, reducida normalmente a un encuentro frontal y decisivo (1990; 1999a); para Kurt Raaflaub, las guerras se convertirán progresivamente en mecanismos para determinar el prestigio, y no la existencia, de las comunidades griegas (1997a: 56), y consistirán en “cortos estallidos de violenta actividad separados por largos intervalos de calma” (1997d: 46). Para estos autores, el conflicto y la tensión son rasgos básicos y permanentes de las relaciones entre comunidades griegas, pero la guerra real sólo implica una fracción reducida de dichas relaciones; de hecho, la conflictividad interna es mucho más relevante para el conocimiento de la temprana ciudad-estado, y esa tensión, caracterizada por los partidismos y las lealtades personales y de grupo, puede contribuir a reducir y minimizar la guerra (Manicas 1982: 681).

El conflicto anida verdaderamente en los cimientos de la *pólis*, en sus dos dimensiones fundamentales: interna y externa. A nivel interno, la ciudad se caracteriza por una dinámica de permanente tensión entre elementos encontrados: entre sistemas políticos –aristocracia frente a tiranía, oligarquía frente a democracia–, entre facciones políticas –o mejor, entre facciones personalistas con intereses divergentes³–, entre estructuras cívicas –las basadas en el *génos* como unidad organizativa frente a las basadas en el *démos*⁴–, entre dinámicas centrípetas y centrífugas –la tensión centro-periferia (Plácido 1991: 432)–, entre intereses particulares y colectivos... A nivel externo, la configuración de los límites de una comunidad frente a las circundantes es un reto que en ocasiones debe llevarse a cabo a través del ejercicio de la violencia: la definición del territorio y sus fronteras aproximadas⁵, el enfrentamiento con las poblaciones nómadas o semi-nómadas que permanecen en la periferia de los territorios⁶, la fundación de colonias en territorios hostiles⁷... La creación de ejércitos ciudadanos, por tanto, se convierte en un elemento integrador, en la medida en que compromete a los diferentes grupos en la defensa de un territorio y de unos intereses comunes.

Es necesario reconsiderar el papel de la guerra dentro de la cultura y la sociedad griegas; ni su frecuencia ni su importancia pueden ser ya argumentos suficientes para explicar las peculiaridades de la política o la ideología en la *pólis*. Las tensiones y el conflicto son factores decisivos

³ Manicas (1982: 680 ss). Para este autor, “hay buenas razones para justificar la percepción, tan persistentemente reflejada en la teoría política griega, de que la *stasis* era el problema fundamental” (1982: 681).

⁴ Plácido (1991: 432-33; 1993: 34-5), Osborne (1985: 73).

⁵ Jeffery (1976: 41), Cartledge (1977: 21-22), Snodgrass (1993b: 37-38), Raaflaub (1993: 78; 1997a: 52-53). En los últimos años, sin embargo, han surgido críticas a la idea de que la fijación de las fronteras a través de los mencionados procesos de competencia y rivalidad origina una *pólis* territorialmente definida y estática: Peter Manicas rechaza esta concepción de la *pólis* como “territorialmente inelástica”, y considera que podía expandirse más allá de “ciertos límites” sin alterar su naturaleza de modo fundamental (1982: 678, n. 20).

⁶ Plácido (1991: 425; 1993: 27).

⁷ Rihll (1995: 88 ss.), Oliva (1992: 109-110), Boardman (1980).

en la configuración de los marcos de integración y exclusión de las ciudades, y por tanto en la definición de sus elementos de identidad, pero la guerra es un fenómeno diferente, que asume otro tipo de formas, implica otro tipo de procedimientos y conlleva otro tipo de efectos. En este capítulo nos centraremos en dos aspectos complementarios de la guerra y la política: por un lado, el modo en que los valores y la participación militar contribuyen a definir los criterios de ciudadanía; y por otro lado, las formas en las que las alternativas políticas pueden recurrir a la guerra como herramienta, a la manera descrita por Clausewitz.

INTRODUCCIÓN. LA CIUDADANÍA COMO PARTICIPACIÓN MILITAR

Puesto que la guerra y la formación de ejércitos se han considerado tradicionalmente casi como un “acto fundacional” de la *pólis*, ésta era concebida como una comunidad de ciudadanos cuya principal característica era ejercer la función militar; es decir: los ciudadanos eran artesanos, comerciantes, oradores o campesinos sólo de manera secundaria; su ocupación principal era ser soldados, pues esa función era la base de su integración en la comunidad, la esencia de su identidad como miembro participativo, y el elemento de legitimación fundamental de su posición⁸. La comunidad reflejaba esa esencia militar en múltiples aspectos, pues se afirma que las instituciones y estructuras de la *pólis*, o bien nacían de necesidades militares, o bien reflejaban estructuras militares, o bien se creaban con objetivos militares: el reclutamiento de ejércitos gentilicios (Plácido 1991: 422); la designación de los líderes por un criterio de habilidad militar⁹, con la aparición de las magistraturas militares arcaicas¹⁰; la creación de instituciones como la *fratría* o la *tribu*¹¹; la faceta militar de la *asamblea* como reunión del pueblo en armas; las diferentes “clases” sociales con distintas funciones militares; determinadas formas de gobierno, como la *tiranía*, o “constituciones”, como la *espartana*... En esos elementos –y en muchos otros más–, las ciudades griegas reflejaban el fundamental papel que la guerra tenía para su organización, y que las convertía en “comunidades de soldados”¹².

Un hecho fundamental, sin embargo, es que los propios griegos consideraban la guerra como la base de su participación e integración en la comunidad: los individuos que integraban las *asambleas homéricas* –y las *arcaicas*, por añadidura– eran fundamentalmente los soldados¹³; muchos términos que designaban realidades militares tenían también significado en la esfera social,

⁸ “La clase guerrera se hizo más extensa, hasta el punto de que, particularmente en Esparta, fue identificada con el cuerpo ciudadano propiamente dicho” (Robertson 1997: 151); cf. Cartledge (1977; 1996b: 694, n. 32), Hansen (1993: 7 ss.), Raaflaub (1993: 44).

⁹ Van Wees (1992), Donlan (1997: 42), Snodgrass (1980: 98).

¹⁰ Drews (1983: 116-124), Fröhlich (1999: 128-134).

¹¹ Andrewes (1961), Sealey (1976: 22-23), Plácido (1991: 427), Snodgrass (1980: 26).

¹² De ahí la identidad establecida entre la *pólis* y la *falange*, como ya hemos comentado: Meyer (1965: 516), Nilsson (1928: 245; 1929: 1), Detienne (1968: 131), Snodgrass (1986: 51; 1994: 19), Cartledge (1977: 21-22). En contra, M.H. Hansen: “la *falange* no era isomórfica con la *pólis*” (1993: 18).

¹³ Raaflaub (1997b: 13, 19; 1997d: 43), Ostwald (1986: 23), Whitehead (1986: 23).

confundiéndose a menudo ambos campos, como por ejemplo *laós* y *stratós*, que inicialmente poseían un significado militar, pero que a menudo designaban al pueblo en general (Pind. *Pyth.* 2.87; *Ol.* 9.95; Aesch. *Eum.* 683, 762) (Raaflaub 1993: 50; 1997d: 43). Por último, y más importante, la poesía arcaica resaltaba la virtud guerrera en un ciudadano por encima de cualquier otra cosa ¹⁴, transmitiendo la idea de que sólo un individuo que combatiese por el grupo, que arriesgase su vida y luchase valientemente por los intereses comunes, era un miembro digno de la comunidad. Ya hemos analizado en otros capítulos el sentido de las exhortaciones militares de la lírica arcaica: para Calino, es “honorable” –τιμῆν– y “glorioso” –ἀγλὸν– luchar por la tierra y por la familia (frg. 1.6-8); para Tirteo, es “hermoso” –καλὸν– morir combatiendo en la vanguardia por la tierra paterna (frg. 10.1-2), el mismo adjetivo que emplea Alceo (frg. 400); Simónides honra a los caídos por Grecia en las guerras persas como defensores de la libertad (*Epig.* 7.512.3-4), y para Píndaro, los “mejores hombres” –ἄριστοι– son los que combaten en vanguardia, arriesgando su juventud –ἀλικίαν– (*Isthm.* 7.34-36). Como ya hemos dicho, esos valores estaban ya presentes en Homero (van Wees 1996: 13-29), y aparecían también en los prosistas y dramaturgos de la Época Clásica, con lo que asistimos a un concepto fuertemente arraigado en la mentalidad griega: un hombre prueba su valía en la guerra, lo que permite decidir si es un individuo apto o no para la ciudad. Para los griegos, la guerra no era sólo, por tanto, el fundamento de la estima de un individuo en la comunidad, sino incluso el criterio de integración social, pues la incorporación de nuevos grupos al cuerpo ciudadano se explicaba aparentemente mediante ese recurso (Arist. *Pol.* 1303a 3-10).

Basándose en este supuesto predominio de la guerra como criterio de integración política en las fuentes griegas, algunos autores han llevado el argumento un paso más allá, y han terminado por establecer una identidad absoluta entre ciudadanía y función militar: partiendo de la base de que la participación militar es una característica del ciudadano –es decir, que el ciudadano es a la vez soldado–, se pasa a afirmar que esa participación militar es el fundamento de su identidad ciudadana –es decir, que *el soldado es ciudadano*–: como afirma Snodgrass, “todos los ciudadanos por encima de un determinado nivel de propiedad estarían obligados a servir en el ejército de la polis, ... y haciendo eso se asegurarían unos determinados derechos mínimos como ciudadanos” (1986: 51). Los procesos por los que se llega a esta conclusión y las razones que se han esgrimido para defenderla son muchos y bastante complejos.

En primer lugar, esta postura implica creer que las guerras son siempre asuntos comunales que involucran a un ejército ciudadano en la defensa del territorio (Raaflaub 1993: 77; 1997a: 53); se supone que, si la guerra estalla por el control de la tierra, sus propietarios deben estar listos para defenderla, involucrándose en una actividad comunal que serviría además como un elemento favorecedor de la integración, la cohesión y la solidaridad del cuerpo ciudadano ¹⁵. Para muchos, por tanto, toda guerra es un asunto público, pues en esa suposición subyace como base la idea de que la *pólis* es una asamblea de guerreros que encuentra en el ejercicio de la función militar el origen y la legitimación de su posición dentro de la sociedad. De esta forma, la ciudad se identifica con el ejército al nivel de su misma esencia, pues son guerreros los que la constituyen

¹⁴ Robertson (1997: 148 ss.), Lazenby (1991: 106), Bowie (1990).

¹⁵ Raaflaub (1993: 54; 1997a: 52-3). Paul Cartledge rechaza la idea de los ejércitos gentilicios, pues considera que ese habría sido “un método insatisfactorio de defender el territorio nacional *al completo*” (1977: 23; cursiva añadida). La idea de que toda comunidad se involucra en la guerra está latente en ese argumento.

—es decir, que los soldados son ciudadanos—¹⁶. Este argumento, por tanto, se asienta en la visión de la *pólis* como una comunidad de guerreros, en la que la función militar es un elemento prioritario, para justificar la conclusión de que los ciudadanos han sido antes —de algún modo— soldados, o mejor, que su condición de soldados es lo que legitima su condición como ciudadanos.

Un segundo argumento a favor de esta postura se basa en la aparición en algunas ciudades a lo largo de la Época Arcaica de estructuras de división social basadas en criterios timocráticos: para algunos autores, la pertenencia a una de las distintas “clases” timocráticas está basada principalmente en la posesión de armamento, con lo que las armas se convertían en un criterio económico de integración y distribución social. A eso se refieren multitud de especialistas cuando afirman que el ciudadano era “aquel que podía costearse las armas para participar en el ejército”¹⁷. Esta idea del fundamento militar de la estructura timocrática suele ir vinculada a otra: que dichas estructuras nacen *con el objetivo* de organizar la participación ciudadana en el ejército; es decir, con una finalidad primordialmente militar¹⁸. La integración de nuevos sectores sociales en el ejército haría necesaria una regulación de los criterios de acceso a la ciudadanía, que comenzaría por establecer los límites en la esfera militar. De este modo, y una vez más, la posesión de armas —ser soldado— daría acceso y legitimaría la plena participación política —ser ciudadano—.

¹⁶ Nilsson: “La *pólis* griega no es concebible en su idiosincrasia sin el ejército hoplita” (1929: 6); Ehrenberg: “La *pólis* derivó del pueblo en armas; ese fue esencialmente el estado de los ciudadanos. ... No había que hablar de servicio militar obligatorio; era al contrario: la capacidad de servir constituyó al ciudadano completamente cualificado” (1960: 80); Detienne: “La falange tiende a instituirse como una especie de república de iguales; se adecua perfectamente a la primera representación de la ciudad donde cada ciudadano se define como un elemento semejante a todos los otros, como una ‘unidad intercambiable’. El modelo político y el modelo guerrero son aquí perfectamente homólogos” (1968: 140); Vidal-Naquet: “Hubo sin duda un tiempo ... en el que la asamblea era en primer lugar la asamblea de los guerreros” (1968: 161-162). Y más recientemente Raaflaub: “... memoria de un pasado en el que la asamblea naturalmente consistía en aquellos hombres que servían en el ejército” (1997d: 43); “Desde sus más tempranos comienzos, la *pólis* griega evolucionó como una comunidad de campesinos y combatientes” (1997e: 92).

¹⁷ Nilsson: “Por las exigencias económicas que la táctica hoplita impuso a los hombres se explica, como es sabido, el origen de la timocracia. Al principio no se trata de una limitación del voto o del derecho político en general, sino de una limitación del servicio militar; porque el servicio en la falange hoplita sólo podía ser impuesto a aquél que fuese capaz de proporcionarse el armamento” (1928: 247); “Originalmente, la timocracia no se fundamenta en la propiedad como tal, sino en la capacidad de realizar el servicio militar” (1929: 3); Detienne: “La nobleza pierde el privilegio de defender al grupo social en beneficio de todos aquellos que son capaces de procurarse a sus expensas el equipamiento de hoplita; el ejercicio del poder político es desde entonces asegurado a un mayor número” (1968: 120); “Todos los propietarios de un lote de tierra, suficiente como para pagar las armas del hoplita, tienen acceso a la función militar y a la función política” (1968: 129); De Romilly: “Que los ciudadanos hayan sido o no clasificados según la forma de su participación en la guerra ..., o que les hayan sido regulados sus derechos civiles a partir de esa participación —por ejemplo, concediendo el derecho de ciudadanía solamente a aquellos que pudiesen equiparse ...—, son sólo variaciones de detalle” (1968: 210); Cartledge: “La participación en la falange estaba abierta en principio a todos los que pudiesen proveerse de su propio *hopla*” (1977: 23); “La constitución atribuida a Solón en calidad de legislador extraordinario en el 594 asignaba el poder político sustancialmente en base a la función militar” (1996b: 706); Lazenby: “En muchos estados, si no en todos, los pobres estaban excluidos porque no podían permitirse comprar el relativamente caro equipamiento requerido” (1991: 105); “Aquellos que no podían permitirse tal servicio [militar], estaban excluidos de los plenos derechos cívicos” (1991: 106); Christ: “A medida que la falange hoplita creció en importancia durante el periodo Arcaico, la mayor parte de las ciudades-estado griegas probablemente hicieron el servicio militar obligatorio para aquellos que podían permitirse el armamento ofensivo y defensivo” (2001: 398); “En el siglo V, un individuo [hoplita] debía ser lo suficientemente rico como para permitirse el equipamiento hoplita, que era caro” (2001: 405).

¹⁸ van Effenterre (1970: 3 ss.), Rhodes (1993a: 138), Foxhall (1997: 129), Raaflaub (1997d: 42; 2006: 409-423), Ste. Croix (2004).

Y aún existe un tercer argumento: la participación en el ejército, afirman, daría a amplios sectores sociales una nueva conciencia de “clase”, convirtiéndose en un sector que emplearía su función militar como elemento de presión para forzar cambios políticos orientados a su integración; el resultado, nuevamente, es que la condición de soldado se presenta como anterior a la de ciudadano, y que el soldado conseguiría su ciudadanía a través del ejercicio de la función militar¹⁹. El argumento anterior contemplaba el proceso casi como automático –la regulación timocrática de la ciudadanía reconoce sin más la condición ciudadana de aquellos que puedan costearse el armamento–, pero en este hay una participación activa por parte de los “sectores guerreros”: el sistema no reconoce automáticamente esa incorporación, por lo que la fuerzan mediante presiones y conflictos. Esta idea es la base de la teoría tradicional de la “Revolución hoplita”. La clave radica en una “toma de conciencia”, que provoca que la condición militar esté radicalmente unida a la identidad ciudadana que se obtenga de ella. La participación en el ejército actúa como el fundamento de la integración social y política, y la nueva “clase ciudadana” tratará de mantener el simbolismo legitimador de su condición de soldados a través de elementos externos de exhibición que representen ante los demás esa identidad –la posesión de armas–, con lo que el círculo se cierra.

Estos argumentos tienen en gran medida su fundamento en la propia mentalidad griega expresada en las fuentes de Época Arcaica y Clásica –una mentalidad fuertemente militarizada, como hemos visto–, pero aparecen sistematizados y desarrollados en Aristóteles. Ya hemos comentado las aportaciones aristotélicas a las interpretaciones modernas sobre el origen de la *pólis*, y en especial su hincapié en el fundamento militar de la comunidad, las instituciones y la participación cívica (pp. 93-103). Aquí nos interesa únicamente resaltar que los tres argumentos que acabamos de describir se encuentran representados en su pensamiento: uno, que la *pólis* es una comunidad de guerreros –en Aristóteles, sólo los guerreros deben conformar el gobierno–; dos, que las clases timocráticas se basan en la posesión de armamento –en Aristóteles, el gobierno se sucede entre los grupos sociales en función del tipo de armamento que poseen–; y tres, que el ejercicio de la función militar es la herramienta que permite a nuevos grupos forzar su integración en la ciudadanía –en Aristóteles, el poder de los hoplitas les permite participar en el gobierno de la ciudad–.

Esta visión académica, construida sobre el pensamiento de Aristóteles, entraña dos grandes problemas: por un lado, el binomio “función militar - participación política” se plantea como una

¹⁹ Nilsson: “Entonces los hoplitas, que libraban las batallas por la ciudad, tuvieron que reclamar y mantener un significado político adecuado” (1928: 246); “Y como [los hoplitas] decidían el destino del Estado en el campo de batalla, era natural que se les concediese decidir sus destinos también en la asamblea popular” (1929: 2); Jeffery: “La adopción de este estilo de combate [la falange hoplita] ca. 675-650 dio a la clase media de ciudadanos, que formaban la mayor parte de las filas, más contacto con la clase superior, ... fortaleciendo sobre todo la reclamación de la clase media de una mayor participación en la dirección de los asuntos de la ciudad” (1976: 41); Salmon: “La adopción de la táctica de la falange ... convirtió a revolucionarios potenciales ... en revolucionarios reales, al darles una nueva fuerza militar” (1977: 95); “Lo que la reforma [militar] hizo fue dar peso político a aquellos que habían carecido de él antes” (1977: 101); Holladay: “¿Por qué permitieron [las aristocracias] esa situación de cambio hacia un predominio hoplita en el que ‘no-aristócratas’ acomodados tenían que ser admitidos a compartir la línea de combate y, consecuentemente, el poder político? Seguramente esto sólo puede explicarse por el desarrollo técnico de las nuevas armas y armaduras, que no puede ser ignorado” (1982: 99); Manicas: “La innovación de la falange hoplita conllevó una identificación del ciudadano y el soldado, y así situó las funciones política y militar en la misma persona” (1982: 681); Rhodes: “A medida que las comunidades se desarrollaron, hubo un incremento en el número de hombres que poseían tierras y combatían por su comunidad, y que reclamaban reconocimiento en ella” (1997: 6); Raaflaub: “Militarmente, los *thetes* que no cumplían el censo hoplita eran de escasa significación. ¿Por qué, entonces, deberían haber contado políticamente?” (1997d: 42; cf. 1997d: 43).

secuencia causal –el ciudadano lo es *porque* es soldado–; por otro, deriva en un argumento circular, en el que cada uno de los dos elementos se emplea como fundamento del otro. Por último, se afirma la exclusividad del fenómeno: para estos autores, *sólo* el soldado es ciudadano, y por añadidura, *sólo* el ciudadano es soldado; ello implica, por un lado, que no hay más vías que la militar para acceder a la ciudadanía, y por otro, que nadie más que un ciudadano puede ejercer la función militar. De esta forma termina de cerrarse la identidad entre ciudadanía y función militar.

La idea de que la guerra era un elemento decisivo en la identidad del ciudadano griego se apoya en gran medida en tres argumentos fuertemente arraigados: primero, que la función militar era un privilegio que los ciudadanos cumplían de buen grado, conscientes no sólo de su importancia a nivel político o social, sino también del prestigio y el honor colectivo derivados de ella; segundo, que las necesidades bélicas conllevaban la creación de estructuras organizativas destinadas a racionalizar la clasificación socio-política de los diversos grupos de la comunidad, surgiendo así sistemas timocráticos de fuerte inspiración militar; y tercero, que el ejercicio de esa función militar era una de las claves fundamentales de acceso a la ciudadanía. Todos estos argumentos tienen una larga tradición: la función militar era un privilegio deseable, en gran medida por los derechos políticos a los que daba acceso; ello determina que, cuando grupos nuevos intentasen acceder a la ciudadanía a través de ese camino, las comunidades tuviesen que establecer marcos más estrictos y rigurosos de integración –las estructuras timocráticas–; aquellos que ejercían esa función tendrían en sus manos un poderoso instrumento de cambio político, una palanca con la que ejercer las presiones adecuadas para renovar el sistema. La “revolución” se asentaba, por tanto, en el feliz y armónico matrimonio entre ciudadanía y función militar, entre asamblea y falange.

LA GUERRA. ¿VIRTUD CIUDADANA O PROBLEMA CÍVICO?

La imagen del soldado-ciudadano que acude a defender a la ciudad, presente en la literatura griega –especialmente en la lírica arcaica–, representa una celebración del valor militar como uno de los componentes esenciales del carácter del ciudadano, y hace suponer que el ciudadano acudía de buen grado para aprovechar la *oportunidad* de servir con su vida a la comunidad. Este era uno de los pilares de la ciudadanía, pues el servicio militar se concebía como un derecho y un privilegio, que los diferentes grupos sociales se apresurarían a satisfacer, pues suponía la clave de su participación e identidad ciudadana. Varios datos, sin embargo, pueden matizar esa impresión.

Ya en los años sesenta, Anthony Snodgrass propuso que la incorporación al servicio militar no debía de haber supuesto una experiencia agradable ni deseable para los campesinos griegos, y que ello debió de llevarse a cabo de modo forzado. Snodgrass basaba su suposición en que las guerras del momento no comprometían en absoluto a esos sectores ni representaban ninguno de sus intereses (1965: 114-115), y la idea ha tenido algunos seguidores: Walter Donlan también suponía que la capacidad coercitiva de las aristocracias introduciría en el ejército a unas masas de campesinos inicialmente poco interesados e incluso reacios a combatir (1997); Victor D. Hanson ha situado la única explicación para la participación masiva de campesinos en los ejércitos ciudadanos arcaicos –al contrario de lo que suponía Snodgrass– en la defensa de la tierra²⁰. Aunque

²⁰ Consultar especialmente 1990; 1991a; 1991b; 1996; 1999a.

esas perspectivas sean minoritarias en el mundo académico y la mayoría de los investigadores siga manteniendo que el reclutamiento y la participación son algo voluntario y deseado, sería conveniente tener en cuenta la posibilidad de que pudiese existir un rechazo a ambos.

Matthew Christ (2001) ha mostrado que el reclutamiento militar en Atenas a partir del siglo V, lejos en ocasiones de ser voluntario, era a menudo forzado y obligatorio; de hecho, existían mecanismos para combatir los frecuentes intentos de evasión de las responsabilidades militares por parte de los ciudadanos. El servicio militar y el reclutamiento eran, por tanto, fuente de tensiones y conflictos en la ciudad; el motivo que Christ aduce para ello es que la obligatoriedad intrínseca de la participación militar entraba en serio conflicto –al menos en Atenas– con la libertad personal de los individuos que la ciudad se esforzaba en potenciar (2001: 398). Por tanto, “no debemos sobreestimar la disponibilidad de los atenienses a presentarse como voluntarios” (Christ 2001: 399), pues la conscripción obligatoria fue necesaria incluso en momentos de euforia militar y entusiasmo nacional, como es el caso de la expedición a Sicilia en 415 (Th. 6.24, 6.26.2, 6.31.3). El hecho de que los atenienses, tras establecer el sistema de reclutamiento por clases de edad a mediados del siglo IV, ideasen soluciones para evitar que los grupos de edad que ya habían participado en alguna expedición reciente volviesen a hacerlo inmediatamente (Christ 2001: 411, 418-19) indica a las claras el cuidado con el que trataban de manejar una fuente de potenciales protestas y tensiones ²¹.

Es necesario tener también en cuenta el fenómeno de los “cobardes”, los individuos que no daban muestras de valor en el combate y se retiraban abandonando a sus compañeros, cuya presencia pone de manifiesto la parte oscura del reclutamiento ciudadano. La épica homérica rechazaba categóricamente a estos individuos, pues los que huyen “no alcanzan gloria ni vigor” (Il. 5.529-532), carecen de “honor y corazón” (Il. 7.96-100) y son tomados por mujeres (Il. 2.235, 8.163, 20.252-255); la tradición los denominaría “tembladores” –τρέσαντες (*trésantes*)–, y no serían bien considerados en la comunidad: las referencias a ellos son despectivas (Tyrt. 11.14; Plut. *Ages.* 30.2-4), eran rechazados por sus conciudadanos (Xen. *Lac.* 9.4-5) y su actitud conllevaba seguramente la pérdida de derechos cívicos (Th. 5.34.2; Hdt. 7.231), cuando no directamente la condena a muerte (Lys. 13.12). Sin embargo, estas referencias indican su existencia, un problema real que afectaba a todas las ciudades en el campo de batalla y en el interior de los muros: no en vano, muchas batallas se resolvían por la retirada repentina de una porción del ejército, casi sin haber combatido ²², y muchas ciudades caían en manos enemigas traicionadas por los propios ciudadanos conjurados ²³.

Que la población fuese reticente a involucrarse en una guerra o a participar directamente en ella no debería de sorprendernos; no en vano, se trataba de combatir, matar y *morir*. La literatura antigua no dudó en señalar los sinsabores del combate (van Wees 2001b: 39; 2004: 3-5): el campo de batalla era un lugar inhóspito, dominado por la confusión, el griterío y el polvo ²⁴; para Homero, era un lugar destructivo y terrible que provoca el llanto ²⁵; para Tirteo, la guerra era

²¹ Ridley (1979: 511); *Contra*: G. Bugh: “Incluso en la época de Jenofonte, la persuasión parece haber sido el método habitual de reclutamiento, en lugar de las amenazas de la acción legal” (1988: 38).

²² Ya hemos mencionado la tendencia de los argivos a las retiradas anticipadas, en Mantinea I (Th. 5.72.4.6-9), Nemea (Xen. *Hell.* 4.2.20.5-6), Coronea II (Xen. *Hell.* 4.3.17.8-9) y en la “Batalla sin Lágrimas” (Xen. *Hell.* 7.1.31.7-8).

²³ Aen.Tact. 18-20; Foxhall (1995: 142-143); Osborne (1987: 154).

²⁴ Lazenby (1991: 94), Hanson (1990: 96-104, 185-193).

²⁵ Ver las numerosas citas recopiladas por van Wees (1996: 4-13).

causante de “muchas lágrimas” –πολυδάκρυος (*polydákruos*, 11.7)–, “terrible” –ἀργάλεος (*argáleos*, 11.8)–, “funesta para los mortales” –βροτολοιγός (*brotoloigós*, 19.4)– y “amarga” –ὄξύς (*oxýs*, 20.15)–; Esquilo habló del “amasijo de sangre y la matanza (πέλανος αἵματοσφαγῆς)” y de las “montañas de cadáveres (θῖνες νεκρῶν)” que sobrevendrían en Platea (*Pers.* 816 ss.), y Jenofonte describió el campo de batalla de Coronea dominado por la sangre, los cuerpos de amigos y enemigos mezclados y desfigurados, y los restos de armas esparcidos en terrible confusión (*Ages.* 2.14). Hanson afirma, con su peculiar estilo narrativo, que “la guerra es simplemente la batalla; la batalla es únicamente combatir; combatir es siempre matar y morir, ni más ni menos” (1991a: 11), pero hasta cierto punto parafrasea a Jenofonte cuando dice que los hoplitas que se enfrentaron en Coronea, “trabando sus escudos, empujaron, combatieron, mataron y murieron”²⁶. El soldado griego no amaba el campo de batalla, pero toda la ideología que sostenía su concepción del mundo, del orden y de la realidad le incitaba a tomar parte en la guerra como una muestra de valía personal.

La cuestión es cómo conciliar todo ese panorama de conscripciones obligatorias, amenazas de desertión y traición, y rechazo a la guerra, con las exaltaciones belicistas y la celebración del valor militar que recorre toda la literatura griega. En el fondo, son las dos caras de una misma moneda. El reconocimiento del sufrimiento que supone la guerra era un sentimiento básico, y tal vez una actitud natural en el hombre, especialmente “en aquél que la ha experimentado”, como decía Píndaro (frg. 110). Por ello, toda la cultura griega, centrada en la exaltación de la guerra, en la celebración de los valores militares y en la exhortación al combate y a la imitación de los modelos guerreros, colaboraba para vencer ese rechazo inicial.

En el fondo, aunque la tradición historiográfica ha interpretado las exhortaciones guerreras de la épica homérica y la lírica arcaica como manifestaciones de una mentalidad cívica que trataba de establecer el paradigma de comportamiento ciudadano, cabe la fundada sospecha de que no fuesen otra cosa que eso, exhortaciones, necesarias y repetidas en la literatura arcaica para convencer a los ciudadanos de que debían actuar de modo valiente por el bien de la comunidad; y ello tal vez quiera decir que, en la práctica, eso no sucede. Si esta suposición es correcta, la imagen tradicional de exaltación del valor marcial aparecería un tanto oscurecida, pues el concepto de ciudadanía no podría construirse sobre una función que despertase tal rechazo; lo militar, por tanto, no tendría peso efectivo en la creación o incorporación de ciudadanos, pero sí en el reconocimiento cívico y en la estima social derivados de esa función. Sobre ello volveremos más adelante.

LAS ESTRUCTURAS TIMOCRÁTICAS Y LA FUNCIÓN MILITAR

El segundo argumento era el fundamento militar de las estructuras timocráticas. Como hemos comentado, para algunos autores la división del cuerpo cívico en diferentes “clases” con diferentes responsabilidades militares se entendía como una clasificación militar, e incluso se consideraba la posibilidad de que la causa última y genuina de la implantación de dichas reformas fuese la necesidad de una mayor eficiencia en el reclutamiento y la movilización del ejército ciudadano. Sin embargo, dejando de lado las actuales críticas que algunos especialistas hacen al

²⁶ *Hell.* 4.3.19.5-6: “καὶ συμβαλόντες τὰς ἀσπίδας ἐωθοῦντο, ἐμάχοντο, ἀπέκτεινον, ἀπέθνησκον”.

propio fenómeno de las divisiones timocráticas, considerándolas construcciones artificiales y teóricas ²⁷, el análisis no sólo de las fuentes antiguas, sino también de la historiografía moderna puede ofrecer una visión alternativa sobre el sentido de las estructuras timocráticas y su relación con el mundo de lo militar. Y podemos resumir esa visión en tres puntos.

¿LAS ARMAS O LA TIERRA?

El primer punto es que el criterio que rige la asignación de un individuo a una “clase” timocrática –y por tanto todo el armazón de la estructura timocrática en sí– no es la posesión de armamento, sino la tierra. En efecto, las “clases” solonianas, por abordar el ejemplo más conocido, se basaban en criterios agrícolas y en la posesión de una extensión determinada de superficie cultivable, y los límites entre ellas, en un número determinado de unidades de producción agraria (Arist. *Ath.Pol.* 7.4; Poll. *Onom.* 8.129 ss.). Esta es, con mucho, la idea más extendida entre los investigadores actuales, y la que se considera más fidedigna, pues incluso se propone una etimología agraria para al menos dos de los términos con los que se nombran las “clases”, zeugitas y thetes. Sin embargo, muchos autores, aun reconociendo la propiedad de la tierra como el fundamento de la estructura timocrática, afirman que “la posesión de la panoplia y el ser hoplita determinaron el estatus y la pertenencia a la comunidad”, porque “naturalmente combatieron en el ejército de la *pólis* todos aquellos que poseían el equipamiento” (Raaflaub 1999a: 135 y 136). Por tanto, hay una cierta ambigüedad en los criterios, porque tanto la tierra como la posesión del armamento se afirman como fundamento de la participación y la identidad ciudadana.

Las fuentes antiguas no llegan a establecer nunca una conexión explícita entre las “clases” agrarias y las diferentes funciones militares –por ejemplo, entre el zeugita y el hoplita (Rosivach 2002a: 33); esa conexión es una propuesta de una serie de autores del siglo XIX, que asignaron a cada “clase” soloniana una sección del ejército en la que servir, identificaron a los zeugitas con los hoplitas que se incorporaron a la ciudadanía en época de Dracón, y aportaron, finalmente, una etimología militar para el término “zeugítēs” ²⁸. Rosivach considera que ese tipo de atribuciones se hicieron con seguridad “con las centurias romanas en mente” (2002a: 33), y basándose en una reducidísima y hasta cierto punto contradictoria información textual, que trataremos de recoger a continuación. Los textos disponibles se agrupan en torno a dos ideas diferentes:

Por un lado, aquellos que afirman que la pertenencia a cualquiera de las clases timocráticas estaba determinada exclusivamente por la producción –es decir, por la propiedad de la tierra–; esta idea la encontramos en las entradas para “*hippás*” y “*hippádas*” en los léxicos de Hesiquio y la *Suda*, así como en Aristóteles (*Ath.Pol.* 7.3-4), en Pólux (*Onom.* 8.130) ²⁹:

²⁷ Raaflaub considera que “la tradición acerca de las clases propietarias [atenienses] en verdad plantea serios problemas” (1999a: 138, n. 48 y 49, con bibliografía actualizada); los límites económicos de las diferentes “clases” son, en su opinión, bastante arbitrarios. Para un análisis detallado de su postura ante la cuestión de las clases timocráticas solonianas, consultar Raaflaub (1997d y 2006).

²⁸ August Böckh, Gustav Gilbert y Conrad Cichorius, entre otros. Rosivach ofrece una síntesis de las teorías de estos autores (2002a: 33 ss.; cf. Whitehead 1981: 283 ss.)

²⁹ Pólux vincula los niveles de renta con un número determinado de medidas de producción agraria para sólidos –*ξηρά* (*xērá*)– y líquidos –*ὕγρὰ* (*hygrá*)–, y con una contribución “en metálico” a los asuntos públicos –*εἰς τὸ δημόσιον*–.

“Lo dividió [el cuerpo ciudadano (ἡ πολιτεία)] en cuatro grupos en función de su fortuna (τιμήματα διείλεν εἰς τέτταρα τέλη)”.
Ath.Pol. 7.3.1

“Había cuatro niveles de renta (τιμήματα δ' ἦν τέτταρα): el de los *pentakosiomedimnoi*, el de los *hippeis*, el de los *zeugitai* y el de los *thetai* (πεντακοσιομεδίωνων ἵππεων ζευγίων θητών)”.
Poll. Onom. 8.130.1

Por otro lado, aquellos que vinculan el poder con la posesión de armamento: Tucídides (8.97.1) y en el propio Aristóteles —en cinco ocasiones: en el contexto de la legislación de Dracón (*Ath.Pol.* 4.2-3)³⁰; en el episodio del 411 en Atenas (*Ath.Pol.* 33.1); en sus reflexiones sobre la “*politeia*” (*Pol.* 1265b 28-29) y más tarde sobre las democracias (*Pol.* 1279b 2-4 y *Pol.* 1297b 1-2)—.

“Decretaron confiar los asuntos a los cinco mil (τοῖς πεντακισχιλίοις ἐψηφίσαντο τὰ πράγματα παραδουναί); serían los que de ellos se procurasen las armas (αὐτῶν ὅποσοι καὶ ὅπλα παρέχονται)”.
Th. 8.97.1-5-6

“Fue concedida la ciudadanía a los que se procuraban las armas (ἀπεδόδοτο μὲν ἡ πολιτεία τοῖς ὅπλα παρεχομένοις)”.
Arist. Ath.Pol. 4.2.1-2

“Disolvieron a los Cuatrocientos y entregaron los asuntos a los Cinco Mil de entre los que poseían las armas (καὶ τὰ πράγματα παρέδωκαν τοῖς πεντακισχιλίοις τοῖς ἐκ τῶν ὀπλων)”.
Arist. Ath.Pol. 33.1.8-9

“El gobierno se forma a partir de los que tienen armas pesadas (ἐκ γὰρ τῶν ὀπλιτευνόντων)”.
Arist. Pol. 1265b 28-29

“Por ello, en este régimen político estar a favor de la guerra es la opción más poderosa, y participan en él los que poseen armas (μετέχουσιν αὐτῆς οἱ κεκτημένοι τὰ ὅπλα)”.
Arist. Pol. 1279b 2-4

“Es preciso, en cambio, que el régimen político esté formado únicamente a partir de los que tienen las armas (δεῖ δὲ τὴν πολιτείαν εἶναι μὲν ἐκ τῶν τὰ ὅπλα ἐχόντων μόνον)”.
Arist. Pol. 1297b 1-2

Pueden invocarse otras referencias más o menos indirectas, como Plutarco, Luciano, o un escolio a los *Caballeros* de Aristófanes:

“Organizó en segundo lugar a los capaces de criar un caballo (τοὺς ἵππον τρέφειν δυναμένους), o bien obtener trescientas medidas (ἢ μέτρα ποιεῖν τριακόσια), y a estos los denominó caballeros (καὶ τούτους ἱππάδα τελούντας ἐκάλον)”.
Plut. Sol. 18.1.6-8

“¿Cómo? Pero si ni siquiera fui inscrito en el catálogo por no tener armas (διὰ γὰρ τὸ μὴ ἔχειν ὅπλα οὐδὲ προϋγράφην ἐν τῷ καταλόγῳ)”.
Lucian. Tim. 51.1-2

“A estos les llamaban ‘caballeros’ (ἵππεῖς αὐτοὺς ὀνόμαζον) por ser capaces cada uno de ellos, si tenían necesidad de caballos, de criarlos (εἰ αὐτοῖς χρεία γένοιτο ἵππων, ἕκαστον αὐτῶν τρέφειν)”.
Sch. in Ar. Eq. 627.7-8

³⁰ Es significativo que, tanto en esta cita como en *Ath.Pol.* 7.3.1, el concepto clave sea el mismo —ἡ πολιτεία—, que en cada caso tiene significado diferente.

Si unimos ambas ideas –la posesión de tierras por un lado y de armamento por otro–, tenemos el caldo de cultivo para la confusión, pues aparentemente, tanto Aristóteles como el resto de autores parecen afirmar los dos principios a la vez como fundamento de la participación política. No obstante, la observación inicial se cumple: Aristóteles no vincula en ningún momento la pertenencia a una “clase” timocrática con el ejercicio de una función concreta en el ejército³¹. En realidad, todo el fragmento de la *Política* (1297b 16-25) en el que Aristóteles asigna el poder a los que poseen las armas parece más bien una construcción teórica (Rosivach 2002a: 35). Por otra parte, el fragmento de la *Constitución de los Atenienses* (4.2.1-2) que parece coincidir con la *Política*, no se refiere a ninguna “clase” timocrática en concreto, sino en general “a los que pueden procurarse las armas”, y lo mismo puede decirse del resto de fragmentos de Aristóteles y Tucídides. Además, aunque en *Ath.Pol.* 7.3.1 Aristóteles describe las diferentes “clases” solonianas y sus respectivas atribuciones, no habla en ningún momento de funciones militares, sino de posesión de la tierra y producción agraria. Hesiquio y la *Suda* siguen esta misma línea.

Como mucho, lo que estos autores afirman, incluido Aristóteles, es que el criterio de pertenencia a la “clase” de los *hippeis* radicaba en la capacidad de criar un caballo –*ἵπποτροφεῖν* (*hippotropheîn*)– (Arist. *Ath.Pol.* 7.4.4; Plut. *Sol.* 18.1.6-8; Poll. *Onom.* 8.130; *Sch. in Ar. Eq.* 627.7-8), pero habría dos observaciones que hacer. La primera: en realidad, las fuentes dudan entre las dos opciones –criterio agrario o militar–, y prefieren transmitir ambas, por precaución (Bugh 1988: 25); Aristóteles introduce la frase con un “algunos dicen” –*ἐνιοί φασι*– que indica que no comparte esa idea; de hecho, su propia opinión es que “es mucho más lógico (*εὐλογώτερον*) que [los caballeros] estuviesen definidos por las medidas de producción (*τοῖς μέτροις διηρηθῆσθαι*), como los *pentakosiomedimnoi* (*καθάπερ τοὺς πεντακοσιομεδίμνους*)” (*Ath.Pol.* 7.4.12-13). Plutarco enumera ambas opciones, separándolas por la conjunción “o” (*Sol.* 18.1.7); Pólux las repite, sin optar por ninguna (*Onom.* 8.130), igual que el escolio a Aristófanes (5-8). La segunda observación es que, aun suponiendo que la cría de un caballo fuese verdaderamente el criterio de pertenencia a una “clase”, no puede deducirse directamente que esa cría tuviese fines militares o implicase la participación en el ejército (Bugh 1988: 23-24). Tanto Luciano como Hesiquio y la *Suda* son referencias demasiado tardías como para ser verdaderamente significativas, y parecen ser depositarias de una tradición antigua, sistematizada por Aristóteles, pero que carece de sentido para ellos.

En conclusión, Aristóteles no vincula –ni tampoco el resto de la tradición– las “clases” solonianas con la función militar, aunque relacione, un tanto arbitrariamente, la función militar con el poder; cuando habla de las “clases” timocráticas se refiere únicamente a la posesión de la tierra, y sólo menciona la posesión de armas cuando habla del acceso al poder o de la participación cívica. La idea de que las clases timocráticas representan distintos niveles de participación militar no está, por tanto, avalada por las fuentes, y se trata más bien de un paso dado por una serie de estudiosos de fines del XIX que mezclaron ambas categorías, inicialmente separadas en Aristóteles. De este modo, la idea sólidamente asentada de que la pertenencia a una “clase” timocrática se basaba en la propiedad de la tierra dio lugar a otra idea –que cada una de esas “clases” desempeñaba una función militar–, lo que en última instancia condujo a la consideración de que la pertenencia a las “clases” se basaba en la posesión de armamento. Como hemos podido comprobar, ese proceso argumentativo se consigue mezclando las afirmaciones de las fuentes, y podríamos reconstruirlo así: si el cuerpo ciudadano fue dividido en cuatro grupos (Arist. *Ath.Pol.* 7.3.1; Poll. *Onom.* 8.130), y los que poseían las armas fueron integrados en ese cuerpo ciudadano

³¹ Para ampliar esta idea, consultar Bugh (1988: 25), Rosivach (2002a: 36), van Wees (2001b; 2006b).

(Arist. *Ath. Pol.* 4.2.1-2), entonces, puesto que el poder pertenece a los que tienen las armas (Thuc. 8.97.1.5-6; Arist. *Ath. Pol.* 33.1.8-9; *Pol.* 1297b 1-2; *Pol.* 1279b 2-4), entonces la posesión de armas debe de ser el criterio empleado para la división timocrática soloniana. Los nombres de algunas de esas “clases”, especialmente de los “caballeros”, serían un factor de peso a la hora de atribuirles funciones militares concretas.

Rosivach concluye que “la tradición académica que identifica zeugitas y hoplitas está basada, como hemos visto, en suposiciones no justificadas y en argumentos defectuosos” (2002a: 39). Sin embargo, aunque los propios August Böckh, Gustav Gilbert y Conrad Cichorius hayan sido olvidados en las discusiones sobre la Grecia Arcaica, sus ideas han tenido un gran impacto en la historiografía moderna, y han terminado por imponerse como el modo habitual de interpretar no sólo las estructuras timocráticas arcaicas, sino la propia condición militar del ciudadano griego ³².

TIMOCRACIA Y ORGANIZACIÓN MILITAR

El segundo punto alternativo es que las estructuras timocráticas no tienen en realidad ninguna relación directa con la organización militar de las *póleis* arcaicas –al menos ninguna relación *causal* directa–. En un estudio sobre el expediente militar ateniense anterior a Clístenes, Frank Frost pone de relieve un catálogo de expediciones “sorprendentemente modesto” (1984: 292) para un estado como Atenas, y afirma que la estructura soloniana de “clases” censitarias, “como lista para la movilización, no habría reclutado el cuerpo ciudadano en ningún orden lógico para propósitos militares; sólo habría servido para excluir a los thetes” (1984: 284). La idea está clara: si la estructura timocrática soloniana se creó para mejorar la eficacia del ejército y el reclutamiento, no tuvo demasiado éxito; según Frost, a lo largo del siglo VI, una vez acometida la reforma e implantadas las clases timocráticas, la gran mayoría de las escasas empresas militares atenienses siguieron siendo iniciativas privadas, a menudo vinculadas a personajes de relieve o a los conflictos que condujeron a la tiranía de Pisístrato (Frost 1984: 290 ss.); en ninguna de esas empresas la estructura en “clases” parece relevante en el reclutamiento (Rosivach 2002a: 36, 39).

La creación de las “clases” timocráticas no tuvo ningún efecto directo en el campo de batalla, en cómo se organizaba y llevaba a cabo la guerra. Tenemos un significativo ejemplo en la “clase” de los *hippeis*. Aunque la tradición académica vincularía desde muy pronto este grupo timocrático con la aparición de una temprana caballería militar ³³, las fuentes parecen apuntar en otra dirección: en realidad Atenas no organizaría un cuerpo adecuado de caballería hasta el siglo V (Spence 1993: 9-17); de hecho, en ninguna parte en la Grecia Central y el Peloponeso hay una caballería organizada antes de fines del siglo V ³⁴, y aun en los estados tradicionalmente ecuestres, como Tesalia o Macedonia, no hay evidencias de caballería militar más allá del siglo VI (Spence 1993: 1-33).

³² Consultar Rosivach (2002a: 38-39), Bugh (1988: 25, n. 91 para bibliografía), van Wees (2006b: 360-367),

³³ Martin, A. 1886, *Les Cavaliers Athéniens*, Paris; Gilbert, G. 1893, *Handbuch der griechischen Staatsalterthümer*.

³⁴ Bugh parece aceptar la existencia de la caballería militar ateniense al menos desde el siglo VI (1988: 4 ss.), y para ello se basa en la tradición de las naucrarías que aparece en Pólux (*Onom.* 8.108), y en los múltiples vínculos que la tiranía pisistrática mantendría con Tesalia y con el mundo ecuestre; en su opinión, “durante las tiranías de Pisístrato e Hipias, los hijos de los propietarios ricos de Atenas, los *hippotrophoi* por naturaleza, hicieron probablemente servicio en la caballería” (1988: 35-36). Rosivach responde a esa teoría que la tradición de las naucrarías es bastante dudosa, y que no hay mención alguna a la caballería en ninguna batalla anterior a mediados del siglo V; Rosivach termina

El retraso en la implantación de una caballería militar efectiva puede deberse a múltiples razones; aunque se ha invocado la ausencia de estribo como la causa principal, la potencia de la caballería helenística de Alejandro y sus sucesores, y posteriormente de la Roma imperial, contradice esa idea³⁵; otros factores, de tipo tecnológico, militar y topográfico incluso³⁶, han debido de jugar también un papel.

Sin embargo, el factor ideológico es probablemente el más significativo (Bugh 1988: 36-37): el servicio que mayor gloria reportaba en la Grecia arcaica era la participación en la infantería pesada. Los griegos tenían una antigua tradición que exaltaba al guerrero a pie y rechazaba a los que combaten de otro modo³⁷, y que se justificaba en una mera cuestión de riesgos: en última instancia, el jinete podía alejarse rápidamente del peligro si las cosas iban mal, pero el infante tenía menos posibilidades, pues su seguridad dependía de la sensación de protección que daba la masa, y la huida en solitario era una invitación al enemigo; se suponía, por tanto, que el combate a pie era el que más riesgos conllevaba y por ello más oportunidades concedía para probar la valía personal. En definitiva, el predominio de la infantería pesada elevó numerosos prejuicios acerca de otros modos de combatir³⁸, lo que derivó en un obstáculo ideológico para la implantación de una caballería organizada.

La clave radica en distinguir entre “caballería militar” y “tradición ecuestre”. Grecia experimentó un intenso florecimiento de las aristocracias ecuestres a comienzos del Arcaísmo, y la cría de caballos se convirtió en sinónimo de riqueza, honor y estatus; la tradición ecuestre se encontraba viva en casi todas las *póleis* arcaicas, incluida Esparta u otras ciudades del Peloponeso (Bugh 1988: 1-9), y algunas ciudades basaban su fama en la cría de caballos, como Tebas (Pind. *Ol.* 6.86), Cálcis (Str. 10.1.8.15-19) o Eretria (Arist. *Pol.* 1306a 35-36). No obstante, que las aristocracias tendiesen a la *hippotrophía*, a la cría de caballos, no equivale a decir que tuviesen una caballería militar: “Que había *hippeis* no puede negarse, pero que esos ‘caballeros’ perteneciesen a un cuerpo de caballería todavía carece de apoyo unánime” (Bugh 1988: 3). La *hippotrophía*, aunque permite considerar la posibilidad del uso del caballo en la guerra, no obliga a la existencia de una caballería militar organizada. De hecho, Glenn Bugh (1988: 23-32) apunta que el empleo militar del caballo sería contrario a los intereses de las aristocracias criadoras, que arriesgarían en combate su más preciada posesión, símbolo de su riqueza y su estatus, y que por ello preferirían cumplir sus obligaciones militares como infantes (1988: 37-38); ello puede ponerse en relación,

de forma bastante convincente: un cuerpo militar tan reducido como prevé Pólux –apenas 96 jinetes– no podría servir en ningún caso como criterio para la pertenencia a ninguna clase política o social (2002a: 41). Consultar también van Wees (2004: 176-177; 2006b: 354-355).

³⁵ Consultar Spence (1993: 43 ss.) para una discusión sobre la cuestión del estribo.

³⁶ Spence (1993: 19-30, 42), Bugh (1988: 27-32).

³⁷ Podemos citar de pasada los numerosos fragmentos que exaltan a los que luchan “entre los combatientes de vanguardia” –*ἐνὶ προμάχοισι* (Tyr. 10.1, 10.21, 10.30, 11.4, 11.12, 12.16, 12.23; Mimn. 14.6; Ibyc. 17.1; Simon. *Epig.* 7.512.4; Pind. *Isth.* 7.35; *IG* I.2, 1240)–, y el rechazo que cabalgar produce entre los que combaten a pie, ejemplificado en algunas citas de Jenofonte, para quien “los más incapaces de cuerpo y los menos deseosos de honor estaban entre los jinetes (*οἱ τοῖς σώμασιν ἀδυνατώτατοι καὶ ἥκιστα φιλότιμοι ἐπὶ τῶν ἵππων ἦσαν*)” (*Hell.* 6.4.11.5-6); afirma además que “nadie en una batalla ha muerto ni mordido ni cocado por un caballo (*ὑπὸ μὲν γὰρ ἵππου ἐν μάχῃ οὐδεὶς πώποτε οὔτε δηχθεὶς οὔτε λακτισθεὶς ἀπέθανεν*), sino que son los hombres los que hacen lo que sucede en las batallas” (*An.* 3.2.18.4-6); incluso cuenta la anécdota de cómo un veterano de los Diez Mil le ridiculizó por ir montado a caballo (*An.* 3.4.47.1-3).

³⁸ Connor (1988: 20-21), Hanson (1999a: 231-234), van Wees (1995a).

finalmente, con la extendida idea de que los jinetes de Época Arcaica podían acudir al campo de batalla a caballo, pero solían desmontar a continuación para combatir a pie³⁹. De esta forma, es posible separar a los *hippeis* de Solón de cualquier identificación con una caballería militar, lo que implica que su establecimiento a comienzos del siglo VI no tuvo necesariamente consecuencias en los modos de reclutamiento y organización militar.

Otro argumento similar afecta a los *zeugitai*, la “clase” soloniana que supuestamente constituiría la fuente para el reclutamiento de los “hoplitas”. La tradicional identidad entre zeugitas y hoplitas se apoya fundamentalmente en la supuesta etimología militar del término “*zeugitēs*”, que significaría “el uncido”, haciendo referencia de modo metafórico –a través de la imagen del yugo, *ζεῦγος* o *ζυγός*⁴⁰– a la posición hombro con hombro de los hoplitas en la falange⁴¹. Sin embargo, esta etimología ha suscitado polémica, pues para algunos autores la variación vocálica de los términos *zeugos* y *zygós* sí es relevante, y las referencias textuales aportadas parecen escasas y tardías⁴²; para ellos, el vínculo entre zeugitas y hoplitas es erróneo y no aparece mencionado en ningún momento en las fuentes; como afirma Rosivach, “merece la pena repetir que en las fuentes antiguas los hoplitas atenienses nunca son llamados *zeugitas*, ni los *zeugitas*, hoplitas” (2002a: 37). La metáfora militar del yugo se encuentra ya en Homero (*Il.* 13.701-708), pero el único testimonio explícito lo encontramos en Tucídides, que denomina a la primera fila de la falange en Mantinea “*το πρῶτον ζυγόν*” (5.68.3.4-5), por lo que es posible plantearse si ese uso militar no estaría influenciado más bien por el término *zeugitēs*, en lugar de lo contrario (van Wees 2006b: 353-354). En definitiva, Bugh acierta cuando afirma que, si la intención de la reforma soloniana era establecer las divisiones sociales y la estructura adecuada para el reclutamiento, en lugar de recurrir a una metáfora agraria, habrían denominado a la tercera “clase” directamente con un término militar, como sugiere el ejemplo de la segunda “clase” (1988: 26-27)⁴³. Por otra parte, van Wees sugiere que el yugo se convertiría en un término “técnico” para designar a la fila de la falange en la literatura helenística, pero que ese uso está por completo ausente de la literatura clásica (2006b: 353).

La etimología agraria de *zeugitēs*, como “poseedor de una yunta”, tiene mucho mayor apoyo en las fuentes, y es más coherente con el sentido general de la reforma timocrática, a pesar de tener también sus propios problemas: el sufijo *-tēs* es un sufijo de agente, por lo que el *zeugitēs* sería “el que está uncido” o “el que hace algo con una yunta”, y no necesariamente “el que posee una yunta”⁴⁴; por otra parte, la cita de Pólux en la que se basa la etimología agraria (*Onom.* 8.132) es un pasaje dudoso, de difícil lectura y que parece referirse más a impuestos que a criterios de pertenencia a las “clases” (Rosivach 2002a: 39-41). Sin embargo, aunque existan problemas

³⁹ Greenhalgh (1973), Anderson (1965: 351; 1975: 184-186), Cartledge (1996b: 703).

⁴⁰ Para Whitehead, la variación “eu/u” en estos términos carece de relevancia (1981: 286, n. 21).

⁴¹ Ya hemos mencionado más arriba que ese vínculo había sido establecido por autores como August Böckh, Gustav Gilbert y Conrad Cichorius, entre otros. Recientemente, la idea ha sido apoyada por Whitehead (1981: 285-286), Rhodes (1993a: 138), Hanson (1999a: 111), Ste. Croix (2004: 49-51) y Raaflaub (2006: 405-410).

⁴² Bugh (1988: 26-27, n. 98), Rosivach (2002a: 36-38).

⁴³ Bugh sugiere que el término más adecuado hubiese sido “hoplitas”, pero de acuerdo con el análisis que hemos realizado en capítulos precedentes, eso no es posible, pues el término todavía no existía en época de Solón. No obstante, cualquier otra alternativa –por ejemplo *αἰχμηταί*, *ἄσπισται*, *πεζοί*– hubiese tenido idéntico efecto (van Wees 2006b: 355).

⁴⁴ Whitehead (1981: 283-285), Rosivach (2002a: 39-41), van Wees (2006b: 354).

de variación vocálica en la transmisión del fragmento de Pólux (Rosivach 2002a: 41), ello no constituye un verdadero impedimento para que el significado real del término *zeugítēs* sea más coherente en un contexto agrario que en uno militar (van Wees 2006b: 354-360).

En conclusión, existen dudas razonables sobre la supuesta relación de las “clases” timocráticas, especialmente las solonianas, con la organización militar. Como hemos visto, el establecimiento de una “clase” censitaria no tenía necesariamente efectos en el campo de batalla —a juzgar por los casos de la caballería y la infantería pesada, que poco tienen que ver con la fijación de las “clases” de los *hippeis* y los *zeugitai*—, y su significado debería buscarse mejor en necesidades de tipo agrario, contexto en el que incluso los nombres de las cuatro “clases” tienen más sentido ⁴⁵.

LEGISLACIÓN Y TIMOCRACIA

Aún hay un tercer punto posible para separar las estructuras timocráticas de las funciones militares, y que atañe a los “códigos legislativos” que, supuestamente, pusieron en funcionamiento esas organizaciones censitarias. A lo largo de la Época Arcaica se desarrolló en algunas partes de Grecia un nuevo fenómeno de “codificación” de la ley, que suele considerarse como un elemento de madurez de las comunidades arcaicas (Snodgrass 1986: 52). En algunas ocasiones, el conocimiento que se posee de esas legislaciones es indirecto, a través de información textual —como sucede con las leyes de Dracón, Solón o Licurgo—, mientras que sólo unos pocos “códigos” —Gortina o Dreros— han dejado testimonios directos; la tradición ha conservado el nombre de algunos *nomothetai* o legisladores, mientras que ha olvidado el de otros ⁴⁶. Algunos autores, sin embargo, desconfían de ese tipo de tradiciones, de las atribuciones de los “códigos” legislativos a personajes individuales, y de las noticias semi-legendarias que llegan de la mayoría de ellos, por no hablar de la supuesta unidad y coherencia de los “códigos” (Sealey 1994: 25-29).

La aparición de las estructuras timocráticas suele englobarse dentro del mismo fenómeno, un complejo proceso de reorganización de las comunidades arcaicas en el que la evolución e interacción de los grupos sociales generó tensiones y desafíos que se intentaron afrontar a través de compendios legislativos que preveían una reforma de las instituciones comunitarias. No todos los códigos que se conocen originaron una estructura timocrática; además, el criterio de riqueza era antiguo en los sistemas de organización social, y por tanto, no era necesario llegar a un avanzado grado de formalización para que los criterios timocráticos se encontrasen operativos y articulasen en la práctica las relaciones sociales en una comunidad (Raaflaub 2006).

Sin embargo, el hecho fundamental es que la legislación arcaica, estuviese relacionada con la creación de estructuras censitarias o no, no versaba sobre la estructura militar: en efecto, sus textos no tenían como objetivo reformar, mejorar o crear las instituciones militares, ni contenían disposiciones acerca de la organización de las tropas o el reclutamiento; en cambio, solían llevarse a cabo en contextos de crisis agrarias —por lo que conllevaban repartos de tierras y la definición del

⁴⁵ Aunque no nos hemos centrado en ello, el término *thes* posee también un significado agrario, como grupo de jornaleros agrícolas a modo de “infra-clase” rural (Rosivach 2002a: 34, n. 10 y 11; van Wees 2006b: 351). Lo mismo puede argumentarse sobre los *pentakosiomedimnoi* (Rosivach 2005; van Wees 2006b: 354).

⁴⁶ Para una introducción a las legislaciones y códigos arcaicos, consultar Jeffery (1976: 41-44, 145-146, 188-190), Snodgrass (1980: 118 ss.; 1986: 52-53), Gagarin (1986), Sealey (1994: 25-58) y Osborne (1997a).

entramado de lotes y propiedades—, y legislaban sobre aspectos de la convivencia interna —derecho “público” y “privado”, la conservación y el cumplimiento de la ley, y el castigo de agravios y ofensas— (Gagarin 1986; Raaflaub 2000a: 42-48). Aristóteles, al describir las medidas propuestas por el legislador Faleas de Calcedonia, clasificó genéricamente las normas de los *nomothétai* en tres tipos: uno, las destinadas a la prohibición de la posesión de más tierra que la fijada en la ley; dos, las destinadas a la prohibición de la venta de las propiedades; y tres, las destinadas a fortalecer la preservación de los lotes de tierra originales (*Pol.* 1266b). Por supuesto, Aristóteles construyó esta clasificación en función de su idea principal, que la clave de todas las revueltas civiles era la propiedad de la tierra ⁴⁷, lo que implica que asentó el tópico de que las legislaciones arcaicas surgían de la *stásis*.

Los códigos aparecieron como una manera de gestionar y solucionar las disputas internas y conceder una cierta estabilidad al cuerpo social; explicaciones que parten de amenazas externas, de las necesidades de delimitación de las fronteras, o que en general contemplan causas ajenas a la comunidad, tienen en la práctica un efecto más reducido. Es en el interior, en las tensiones y oposiciones existentes dentro de la comunidad, donde hay que poner el acento (Manicas 1982: 688; cf. *Pl. Leg.* 628a). Las reformas militares se encuentran en un segundo plano, y más bien parecen consecuencias indirectas de la implantación de los “códigos” legislativos que causa o parte de los mismos.

Si tuviésemos que reconocer un cierto peso de lo militar en alguna reforma constitucional arcaica, no sería desde luego en la reforma de Solón, sino más bien en la de Clístenes, pues la implantación de un nuevo sistema de tribus y demos afectó de raíz a toda la estructura organizativa ateniense, es decir, a los marcos e instituciones a través de los cuáles se regulaba la participación de los ciudadanos en los asuntos de la comunidad ⁴⁸; sin embargo, y aunque se trata de un momento de especial amenaza externa para Atenas, estaría por ver el papel real de las motivaciones militares frente al peso que las tensiones internas —la expulsión de los tiranos, las luchas de poder entre las facciones aristocráticas— parecen tener en el proceso (Sealey 1976: 144 ss.) ⁴⁹.

⁴⁷ *Pol.* 1266a 37-38: “A algunos les parece que lo más importante es dejar convenientemente ordenado lo referente a las propiedades (τὸ περὶ τὰς οὐσίας), pues afirman que en torno a esto se producen todas las *stáseis* (περὶ γὰρ τούτων ποιεῖσθαι φασι τὰς στάσεις πάντας)”. El “algunos” se refiere a “particulares, filósofos y políticos (αἱ μὲν ἰδιωτῶν αἱ δὲ φιλοσόφων καὶ πολιτικῶν)” (*Pol.* 1266a 31-32), que incluye, creo yo, a los legisladores arcaicos.

⁴⁸ Sobre la relación entre las medidas de Clístenes y la reforma del ejército ateniense, ver Siewert (1982).

⁴⁹ Al describir las reformas de Clístenes, Heródoto no hace mención alguna al ejército, sino únicamente a la implantación de las nuevas tribus (5.66, 5.69); por su parte, Aristóteles profundiza en las medidas de Clístenes, pero todas ellas son, aparentemente, políticas y sociales. Únicamente especifica que transferiría la función de las antiguas naucrarías a los demos (*Ath. Pol.* 21.5.1-3); dada la problemática naturaleza de las naucrarías, que no despiertan demasiada confianza entre los especialistas (Bugh 1988: 4 ss.), esta referencia parece más bien una reconstrucción del propio Aristóteles. No hay, por tanto, una relación sólida entre la reforma y el ejército en las fuentes, pero tanto Heródoto como Aristóteles describen la situación de tensión que se vivía en Atenas por el enfrentamiento entre Clístenes e Iságoras: “Una vez eliminada la tiranía (καταλυθείσης δὲ τῆς τυραννίδος), se enfrentaron entre sí (ἐστασίαζον πρὸς ἀλλήλους) Iságoras hijo de Teisandro, que era amigo de los tiranos (φίλος ὢν τῶν τυράννων), y Clístenes, del linaje de los Alcmeónidas” (Arist. *Ath. Pol.* 20.1.1-3); “estos hombres [Iságoras y Clístenes] se enfrentaron por el poder (ἐστασίασαν περὶ δυνάμειος)” (Hdt. 5.66.2.1). Es llamativo que ambos empleen el mismo verbo para referirse al enfrentamiento entre Iságoras y Clístenes, *στασιάζω* (*stasiázō*), que refuerza la idea de las luchas internas —y no las amenazas externas— como clave de las reformas.

En conclusión, la relación entre las estructuras timocráticas y la esfera de lo militar es bastante tenue. El fundamento de las “clases” censitarias y el criterio de integración en ellas no es la participación militar, ni la posesión de armas, sino la tierra; las armas, la participación en el ejército, y en general los aspectos que rodean al ámbito de lo militar se ven, por supuesto, afectados por estas transformaciones, pero podríamos afirmar que los fenómenos militares se desarrollan como consecuencia de procesos sociales, económicos, políticos e ideológicos anteriores, y que pocas veces lo que sucede en el campo de batalla afecta directamente a las estructuras de organización y administración de la ciudad. “El propósito principal de la división en clases era establecer en adelante unos requisitos económicos mínimos para la participación política” (Bugh 1988: 32); es decir: unos requisitos *económicos* —que no militares— para participar *en la asamblea* —y no para reformar el ejército o mejorar el reclutamiento—. Por tanto, “los dos sistemas, militar y agrícola, deben ser diferenciados ... No hay evidencia suficiente que indique que las ‘clases’ censitarias solonianas aportaron los medios para determinar la responsabilidad militar ni para el servicio hoplita ni para la caballería ... Sostengo que la constitución de Solón fue económica y política, no militar” (Bugh 1988: 33-34). Es el mejor resumen de lo que he intentado exponer ⁵⁰.

FUNCIÓN MILITAR Y CIUDADANÍA

Aún existe un tercer argumento para justificar la supuesta importancia de la guerra en la cultura griega. Como hemos visto, la “Revolución hoplita” plantea que la implantación a lo largo del siglo VII de una nueva táctica militar permitiría a nuevos grupos sociales integrados masivamente en el ejército ejercer presiones desde su nueva posición de fuerza para obtener privilegios políticos; esta teoría implica una conciencia de grupo por parte de los nuevos soldados, y una dinámica “revolucionaria”. La idea suele tener, sin embargo, dos niveles diferentes de aplicación —a menudo mezclados indistintamente—: un nivel específico, por el que son *sólo* los “hoplitas”, que se incorporan a la falange, los que obtienen representación política; y un nivel general, por el que *todo individuo* que combate por la ciudad consigue de este modo forzar su participación en ella.

De acuerdo con John Salmon, “lo que la reforma [militar del siglo VII a.C.] hizo fue dar peso político a aquellos que habían carecido de él antes” (1977: 101); como ya hemos comentado, esta idea —y otras similares— convierte la participación militar en clave y causa de la integración ciudadana, pero se asienta en un prejuicio sorprendentemente extendido: que sólo los ciudadanos de pleno derecho participaban en el ejército; sólo puede sostenerse la idea de que combatir da derechos de ciudadanía si se trata de una actividad exclusiva y restringida, pues de lo contrario, cualquiera que participase en una campaña debería poder acceder a esos privilegios: de ahí que, según la perspectiva tradicional, el acceso de nuevos grupos al ejército sólo pueda entenderse en contextos de emergencia, donde una aristocracia desbordada por las necesidades militares decidiría sacrificar su exclusividad ciudadana, y que sea necesario el recurso a la idea de “revolución”, pues se

⁵⁰ Un artículo póstumo de G.E.M. de Ste. Croix (2004) ha reabierto el debate del origen y significado de las “clases” solonianas, reforzando nuevamente el argumento militar. Sin embargo, aunque este trabajo ha dejado impronta en los trabajos de van Wees (2006b) y Raaflaub (2006), no ha llegado a tiempo de influir en la perspectiva que presento aquí.

entiende que sólo una transformación violenta podría hacer saltar por los aires la estructura de las comunidades aristocráticas arcaicas, haciendo a las elites olvidar sus prejuicios e integrar en el ejército a unos nuevos sectores sociales.

Sin embargo, es posible buscar alternativas a este planteamiento; frente a esta noción militarista de la ciudadanía pueden oponerse dos argumentos: por un lado, no todos los ciudadanos desempeñaban las mismas funciones militares, sino que el peso podía recaer especialmente en algunos sectores; y por otro lado, la participación militar no estaba limitada exclusivamente a los ciudadanos, sino que otros sectores sociales llevaban a cabo funciones en el ejército, sin que ello tuviese repercusión alguna en su situación política o social.

Acercas del primer argumento, brevemente mencionaremos que, al parecer, no siempre se reclutaban *todos* los ciudadanos para las expediciones militares, sino que el peso solía recaer en algunos grupos concretos: van Wees (2006b: 371 ss.) ha argumentado recientemente acerca de la posibilidad de que en Atenas el servicio en el ejército fuese obligatorio para las tres clases solonianas más altas, pero simplemente voluntario para los *thetes*; por tanto, aunque “los requisitos de propiedad para el servicio militar no prohibían activamente a nadie servir” (2006b: 371), en la práctica la distribución de funciones podía conllevar que unos determinados sectores sociales fuesen llamados a las armas más a menudo —o con mayor responsabilidad— que otros. Ya hemos mencionado en capítulos anteriores que lo más habitual era que las ciudades reclutasen únicamente los efectivos suficientes para realizar la tarea requerida, pero es muy probable que las fuerzas expedicionarias para campañas distantes saliesen en el siglo V del catálogo de ciudadanos, a los que se sumarían fuerzas voluntarias de *thetes* (van Wees 2006b: 374).

Matthew Christ describe los diferentes mecanismos de reclutamiento existentes en Atenas, y pone de manifiesto los errores y carencias de unos sistemas que tendían a cargar excesivamente a unos sectores sociales frente a otros (2001); Aristóteles explica el éxito de las propuestas de Efialtes recurriendo a los defectos del sistema de reclutamiento: las reformas de 462 salieron adelante al encontrarse la “clases” más elevadas diezgadas por las guerras, ya que el reclutamiento a través de las listas de ciudadanos —ἐκ καταλόγου— había recaído siempre en ellas (*Ath. Pol.* 26.1). No es necesario tomar al pie de la letra esta explicación aristotélica, pues puede tratarse de una construcción teórica, pero indica claramente que el reclutamiento no era siempre total, sino selectivo; por tanto, incluso dentro del cuerpo de ciudadanos la función militar recae a menudo en determinados grupos, y lo hace en virtud de criterios sociales, económicos e ideológicos.

DESCLASADOS EN EL EJÉRCITO

Es el segundo argumento el que nos interesa especialmente. Las fuentes clásicas están completamente salpicadas de referencias, más o menos explícitas, a la presencia de “no-ciudadanos” en las expediciones militares; el estatus y la condición reales de estos individuos varían, y son difíciles de precisar en ocasiones, pero el rasgo común es que se trata de hombres que se encuentran *fuera* de los marcos que definen la participación y la integración en la comunidad: metecos, esclavos, ciudadanos de segunda o desclasados, individuos dependientes. Su presencia es indiscutible, y aunque su naturaleza sea un tanto oscura por la escasa transparencia de las fuentes cuando hablan de ellos, combatieron junto a los hoplitas en los mismos campos de batalla.

Dejando a un lado la naturaleza social de estos grupos, podemos encontrar en acción tipos de tropas diferentes a los hoplitas, especialmente tropas ligeras. Las fuentes suelen hacer referencia a ellas de modo genérico con el término *ψιλοί* (*psiloi*); los testimonios de la presencia de *psiloi* en las

grandes batallas de la época Clásica son bastante numerosos ⁵¹: en Platea (479, Hdt. 9.22.1, 9.29-31, 9.60.3), en las invasiones atenienses de la Megáride (Th. 2.31.2), en Esfacteria en 425 (Th. 4.32.2), en Delio en 424 (Th. 4.90, 94), en Mantinea en 418 (Th. 5.65.1), en Siracusa en 415 (Th. 6.69.2), o en Nemea en 394 (Xen. *Hell.* 4.2.16, 17) ⁵². Las fuentes no suelen aportar cifras exactas de las tropas ligeras, y cuando lo hacen no son demasiado dignas de crédito; las aportadas por Heródoto (9.29.1-30; cf. 9.28.2) para la batalla de Platea son sorprendentes: 35.000 soldados de infantería ligera en el contingente espartano –siete por cada hoplita ⁵³–, y 34.500 en el resto de contingentes griegos –uno por cada hoplita–, lo que hace un total de 69.500 efectivos, a los que Heródoto suma los 1.800 tespieos que “tampoco llevaban armas pesadas” –“ὅπλα δὲ οὐδ’ οὗτοι εἶχον” (9.30.9)– ⁵⁴.

Los metecos eran también reclutados en determinadas ocasiones, especialmente en Atenas, como el propio Pericles reconoce en un discurso ante los atenienses en 432 –en este caso para la flota (Th. 1.143.1)– y en otro discurso pronunciado ante la inminente invasión peloponesia en 431 –en este caso entre las tropas de infantería (Th. 2.13.7)–; Duncan-Jones ha interpretado esos testimonios como prueba de que debieron existir hasta unos 12.000 hoplitas metecos en la Atenas de Pericles (1980: 103-104), pero este autor considera que ello carecería de impacto en la guerra, pues “no hay evidencia real de que Atenas emplease hoplitas metecos en combate en un nivel significativo” (1980: 102). Es cierto que no son muchas las oportunidades en las que encontramos metecos combatiendo, pero sí hay varias referencias a su presencia y su participación en las expediciones atenienses: por ejemplo, en la invasión de Megara del 431 (Th. 2.31.1, 31.2), y más tarde en la flota enviada a Lesbos para someter la rebelión de Mitilene (Th. 3.16.1), y en una leva masiva con ocasión de la campaña de Delio (424, Th. 4.90.1).

⁵¹ Hans van Wees apunta que “la infantería ligera fue considerablemente menos marginal en la batalla real de lo que parece en las antiguas percepciones y narraciones de la batalla” (1995a: 162). A continuación, desarrolla un catálogo de evidencias textuales que es recomendable consultar (163-164).

⁵² Hay también tropas ligeras en la expedición del ateniense Trasilo a la zona de Pírgela en 408/7 (Xen. *Hell.* 1.2.2-3, 1.2.4-13), entre los contingentes que los Treinta Tiranos opondrían a la ofensiva de Trasíbulo en 403 (Xen. *Hell.* 2.4.12), en la posterior defensa del Pireo contra el ejército de Pausanias y Lisandro (Xen. *Hell.* 2.4.33), y entre los defensores de Corinto contra los tebanos en 369 (Xen. *Hell.* 7.1.19).

⁵³ Lazenby se muestra cauteloso con estas cifras, basándose en la extensión aproximada de la llanura de Platea, tal vez insuficiente para más de 100.000 griegos más unos 120.000 persas y aliados (1985: 101-102; cf. Connolly 1981: 29); sin embargo, considera que “es poco probable que hubiese verdaderamente 35.000 *hilotas* en Platea”, pues su “valor militar no era probablemente muy alto” (1985: 102; cursiva añadida). Frente a esto deben hacerse dos observaciones: en primer lugar, Heródoto no afirma en ningún momento que se tratase de hilotas, sino que los denomina *psiloi*, “infantería ligera”, y los distingue de los hoplitas espartanos: “Estos, *excepto los siete formados en torno a cada uno de los espartíatas* (πλὴν τῶν ἐπὶ περὶ ἑκάστον τεταγμένων Σπαρτιήτησι), eran hoplitas (ἦσαν ὀπλίται)” (9.29.1). Tal vez 35.000 hilotas sean demasiados, pero es Lazenby quien identifica a los “no-hoplitas” espartanos con hilotas; la única posibilidad para tal identificación radica en la descripción de las tumbas después de la batalla; Heródoto establece que hubo tres: una para los *irenos*, otra para los “demás espartíatas”, y la tercera para los hilotas (9.85.2). En segundo lugar, la afirmación sobre el valor militar de los hilotas es un prejuicio difícilmente demostrable; de hecho, cuando los persas lanzaron el ataque decisivo sobre el ala espartana en retirada, en ese grueso contingente de unos 50.000 hombres se encontraban las tropas ligeras (Hdt. 9.61.2), por lo que es lógico suponer que desempeñarían algún papel en el combate.

⁵⁴ Pueden distinguirse también tropas de honderos y lanzadores de piedras (Pritchett 1991: 1-67), individuos pertenecientes a los sectores más bajos de la sociedad; para Pritchett, su efectividad en combate era reducida, y, aunque los manuales tácticos helenísticos solían aconsejar su disposición delante de la falange, en la práctica estas tropas se adaptaban a las necesidades concretas del terreno y el enemigo, actuando al comienzo de la batalla, mientras los ejércitos estuviesen aproximándose, y retirándose después para ceder el sitio a la falange y proteger sus flancos.

También era posible el reclutamiento de extranjeros para las flotas: ante la asamblea de los Peloponesios, los corintios afirmaron que “el poderío de Atenas es más mercenario que propio (ὡνητὴ γὰρ μᾶλλον ἢ οἰκεία)” (Th. 1.121.3.3), y que ofreciendo más dinero serían capaces de arrebatar a los atenienses sus “remeros extranjeros (τοὺς ξένους αὐτῶν ναυβάτας)”, un riesgo del que Pericles era consciente (Th. 1.143.1). En plena campaña siciliana (414-413), Nicias confesaría que los esclavos y los extranjeros desertaban por un mejor sueldo (Th. 7.13.2), mientras que algunos ciudadanos habían llegado a persuadir a los trierarcas para que reclutasen a esclavos en su lugar, lo que, según Nicias, “ha minado la valía de nuestra escuadra (τὴν ἀκρίβειαν τοῦ ναυτικοῦ ἀφῆρηται)” (Th. 7.13.2.13); más tarde, cuando la situación de los atenienses se volvió insostenible en Sicilia, Nicias exhortaría a los marineros a preservar el placentero sentimiento de “ser considerados atenienses, aunque no lo fuerais (Ἀθηναῖοι νομιζόμενοι καὶ μὴ ὄντες)” (Th. 7.63.3.6).

Los esclavos también combatían, especialmente como remeros (Th. 8.15.2; Xen. *Hell.* 1.6.24, 1.12). El reclutamiento de esclavos para servir en las flotas parece un fenómeno extendido en la Época Clásica, y Aristóteles consideraba que ello no debía convertirse en un problema, pues “es preciso que ellos no sean parte de la ciudad (οὐθὲν γὰρ αὐτοὺς μέρος εἶναι δεῖ τῆς πόλεως)” (Pol. 1327b 9), es decir, su servicio no conllevaba su integración política. Uno de los casos más conocidos es el de los esclavos de Maratón, que Pausanias asegura que fueron enterrados con los hoplitas de Platea (1.32.3, 7.15.7): la mayor parte de los especialistas se inclina a pensar que se trataba de meros asistentes para el cuidado de los pertrechos y equipajes⁵⁵, ya que las menciones de esclavos en labores de ese tipo son muy abundantes; sin embargo, Pausanias asegura que “combatieron (ἐμαχέσαντο)”, y que, de hecho, esa fue la primera vez que lo hicieron (1.32.3.9-10). Aunque posiblemente su participación fuese reducida y tal vez no actuarían integrados en la falange con el resto de ciudadanos, la posibilidad de que los atenienses hubiesen recurrido a armar a sus esclavos en un momento de especial peligro para la ciudad no sería algo descabellado⁵⁶.

Los grandes ejércitos clásicos hacían uso de tropas de peltastas. Las primeras menciones literarias a este tipo de tropa pertenecen a la Guerra del Peloponeso, en Delio (Th. 4.93.3) y en Esfacteria (Th. 4.28.4, 4.32.2); se ha tratado también de situarlos en el siglo VI, al menos en Atenas⁵⁷. A lo largo de la Época Clásica encontramos peltastas en todas las campañas, expediciones y empresas militares recogidas en las fuentes⁵⁸. Desde la experiencia de Esfacteria, Esparta recurrió también a este tipo de tropas, y aparecen entre los contingentes de Brasidas (Th. 4.111.1,

⁵⁵ Por ejemplo, Ridley (1979: 510), Burn (1962: 242).

⁵⁶ J. Notopoulos afirma que los esclavos debieron de combatir integrados “en las filas de los regimientos tribales” (1941: 353), es decir, mezclados con los ciudadanos atenienses. Esta observación es sorprendente y merecería una mayor atención, aunque despierta ciertos recelos. Notopoulos señala que los esclavos supervivientes serían liberados, basándose en Pausanias (7.15.7) y en el posible precedente de Clístenes, mencionado por Aristóteles (Pol. 1275b 37). Idéntico destino tendrían los hilotas de Brasidas (Th. 4.80.5, 5.34.1).

⁵⁷ En base, sobre todo, a algunas representaciones en cerámicas, fechadas entre 550-490 a.C., y a la ampliamente aceptada teoría del reclutamiento de mercenarios tracios por parte de Pisístrato (Best 1969: 5-7). Lavelle ha puesto en entredicho esta idea de modo muy persuasivo (1992).

⁵⁸ Xen. *Hell.* 1.2.3; 2.4.12; 2.4.33; 3.2.2-4; 4.6.7; 4.6.11; 5.1.10-12; 5.2.14; 5.4.14; 5.4.54; 6.1.19; 6.2.10; 6.5.17; 6.5.23; 7.4.22. Posiblemente, la acción más famosa en la que participaron peltastas sea la destrucción de una mora del ejército espartano, dirigidos por el ateniense Ifícrates cerca de Corinto (390, Xen. *Hell.* 4.5.11-17) –casi una reproducción de lo que había sucedido a los espartanos en Esfacteria–, aunque este general emplearía tropas de peltastas en otras campañas y escenarios –en Arcadia (Xen. *Hell.* 4.4.16), en Abido (Xen. *Hell.* 4.8.34), en Corcira y Acarnania (Xen. *Hell.* 6.2.37).

4.123.4), en Anfípolis (Th. 5.10.9-10), en Mantinea (Th. 5.67.1), en las campañas espartanas en Asia Menor (Xen. *Hell.* 3.2.2.7, 3.2.16.4, 3.4.16.5, 3.4.23.7, 4.1.3.5, 4.1.21.3) y bajo el mando de Agesilao (Xen. *Hell.* 4.2.5.10, 5.4.39), Cleómbroto (Xen. *Hell.* 5.4.59), y diferentes harmostas espartanos –Teleutias (Xen. *Hell.* 5.3.3-6), Fébidas (Xen. *Hell.* 5.4.42-44)–; pero hay también peltastas en ambos bandos en las batallas de Coronea (Xen. *Hell.* 4.3.15-16), Leuctra (Xen. *Hell.* 6.4.9), y Mantinea (Xen. *Hell.* 7.5.25).

Los espartanos recurrieron también al empleo de “no-ciudadanos”, pues su ejército “no siempre era lo suficientemente grande para sus necesidades” (Finley 1968: 150): los *ὑπομειόνες* (*hypomeíones*, Xen. *Hell.* 3.3.6.6), posiblemente espartanos de segunda clase que combatían integrados en la falange; los periecos, que los especialistas consideran parte integral del ejército regular espartano, y que están presentes en todas las grandes batallas (Lazenby 1985: 15); los mal conocidos *mothakes*, que posiblemente fuesen ex-ciudadanos que habían perdido sus derechos y que eran restituidos a la ciudadanía mediante adopción o integración en alguna familia ciudadana (Lazenby 1985: 20); y los misteriosos *skiritai*, posiblemente periecos de diferente condición (Lazenby 1985: 10) que actuaban como tropa ligera en tareas de escaramuza (Xen. *Hell.* 5.4.52-53; *Lac.* 12.3, 13.6); sin embargo, Tucídides afirma (5.67.1) que estaban presentes en Mantinea –unos 600 en número (Th. 5.68.3)– y tenían reservado el flanco izquierdo en la falange lacedemonia, lo que significa, en primer lugar, que podían combatir como infantería pesada, y en segundo lugar, que su presencia en las batallas era habitual, pues tenían un lugar asignado que ocupaban siempre –*αἰεὶ* (Th. 5.67.1)–.

Por último, también participaban en el ejército espartano los esclavos, pues hay menciones a la presencia de hilotas junto a las tropas regulares (Hdt. 7.229.1; Th. 4.8.9), pero no sólo en labores de asistencia al equipaje, sino también en el combate: esa es, al menos, la impresión que se desprende de la referencia de Heródoto a los hilotas muertos en Platea y enterrados junto a los espartanos (9.85.2). También encontramos la conocida tropa de hilotas que serviría bajo Brasidas a partir de 424, y que al término de su servicio sería liberada (Th. 4.80.5, 5.34.1); hay hilotas en Sepea (Hdt. 6.80.1, 81), en Termópilas (Hdt. 7.229.1), en Mantinea⁵⁹, y después en Sicilia (413, Th. 7.19.3, 58.3). John Lazenby, sin embargo, rechaza esa idea, y considera que los hilotas eran apartados de las armas, argumentando además que no desempeñaban ningún papel en los combates (1985: 30).

Habría que mencionar también a los “ex-hilotas” –*neodamódeis*⁶⁰–, presentes en Mantinea (Th. 5.67.1), en la campaña de Agis en Eubea (Th. 8.5.1), en Sicilia (Th. 7.19.3, 58.3), y posteriormente en algunas de las campañas asiáticas –con Tibrón en 399 (Xen. *Hell.* 3.1.4) y con Lisandro poco después (Xen. *Hell.* 3.4.2)– y en Coronea (Xen. *Hell.* 4.3.15). Acerca de su equipamiento hay pocas noticias: Tucídides afirma que los espartanos fueron multados por Elis por haber enviado hoplitas a Lépreo durante la tregua sagrada de las Olimpiadas en 424 (5.49.1); si, como afirma Lazenby, esos hoplitas eran los *neodamódeis* de Brasidas (1985: 47), asentados en Lépreo por esas fechas, entonces es posible que también fuesen soldados de armamento pesado. Otra diferencia con los hilotas era que, mientras que éstos eran liberados después de su servicio, los *neodamódeis* obtenían la libertad antes (Lazenby 1985: 47).

⁵⁹ Tucídides afirma por dos veces que los lacedemonios acudieron a la campaña de la Argólida en 418 “con todas sus tropas, incluidos los hilotas (*ἐστράτεον αὐτοὶ καὶ οἱ Εἰλωτὲς πανδημεῖ*)” (5.57.1; cf. 5.64.2).

⁶⁰ Tucídides los menciona por vez primera en 5.34.1 en relación con su asentamiento en Lépreo en 424, y explica su nombre como “ser ya libre” (7.58.3.7, “*ἐλεύθερον ἤδη εἶναι*”).

Así pues, las campañas militares griegas estaban inundadas de no-ciudadanos, de individuos de todas las condiciones, e incluso de esclavos y extranjeros, que tenían un papel activo en el ejercicio de la función militar. Duncan-Jones afirma que “cualquiera que sea el modelo demográfico que empleemos para extraer el número total de ciudadanos hoplitas, las implicaciones de las cifras tal y como se muestran parecen ser las mismas: los ciudadanos suponen sólo un 60% de los hoplitas, y los demás en torno al 40%” (1980: 101). Los testimonios son abrumadores en la Época Clásica, el momento en el que las narraciones históricas son más detalladas y la diferenciación social en algunas ciudades es también mayor; ello debería servir para debilitar el vínculo entre función militar y ciudadanía, pues los ejércitos cívicos estaban compuestos en un elevado porcentaje por no-ciudadanos cuya situación no variaba en absoluto como consecuencia del servicio.

A pesar de estas evidencias, la respuesta más común suele ser la idea de la exclusividad de la función militar: un criterio de efectividad obligaría a las comunidades a confiar su defensa exclusivamente a las tropas de infantería pesada; el resto de tropas carecerían de relevancia en el combate, y su acción resultaría ineficaz ante la apisonadora de la falange. A eso se refiere Lazenby cuando afirma que “los proyectiles –flechas, piedras y jabalinas– desempeñaron claramente una pequeña parte en los encuentros campales, e incluso la caballería era irrelevante: el combate era predominantemente cuerpo a cuerpo entre hoplitas que usaban sus largas lanzas” (1985: 37); es la idea que defiende Holladay, para quien la ineficacia de las tropas ligeras está fuera de toda duda (1982: 98-103); y también parece corroborarla Raaflaub al establecer que “las tropas montadas o ligeras, si no es que no estuvieron involucradas en absoluto, desempeñaron un papel menor” (1999: 133). La ciudad, por tanto, no podría confiar su protección a “tropas ligeras” –es decir, “no-campesinos”–, individuos no comprometidos con la tierra o con las obligaciones ciudadanas (Raaflaub 1999a: 136-137) ⁶¹.

Sin embargo, a la vista de los numerosos casos en que los griegos acudían a la guerra habiendo reclutado a metecos, esclavos, extranjeros y simples residentes, y ante el testimonio de las decenas de campañas y batallas cruciales en las que las tropas no-hoplitas tuvieron un papel relevante, creo que estas objeciones carecen de sentido. Ya hemos desarrollado nuestra opinión sobre las ideas de efectividad y superioridad en el ámbito militar; con todo, si la efectividad era lo que determinaba la elección de una tropa u otra, entonces es necesario explicar la presencia de todos esos no-hoplitas y no-ciudadanos de otros modos, o bien reconocer que ese criterio es en realidad poco sólido: Esfacteria (425) y Léqueo (390) demostrarían lo que un contingente bien dirigido de tropas ligeras podía hacer ante una tropa de infantería pesada; la clave, por tanto, no es desterrar a las tropas ligeras del campo de batalla –algo que los griegos, como hemos visto, estuvieron muy lejos de hacer–, sino evitar caer en el error de emplearlas como si fuesen hoplitas, es decir: en formación cerrada y tratando de oponerse cuerpo a cuerpo a una falange.

Dos conclusiones pueden extraerse de este análisis: primera, que el campo de batalla no era el dominio exclusivo de los hoplitas, sino un escenario para muchos actores. Todos ellos tenían cabida y un papel que desempeñar. No era en el campo de batalla donde los hoplitas ejercían su exclusividad, sino en la ciudad, en los mecanismos de toma de decisiones y de reconocimiento de los méritos. Y segunda, que el ejercicio de la función militar no conllevaba ningún cambio en las vidas de miles de desclasados y excluidos de las ciudades griegas: seguían careciendo de conciencia de grupo, de participación en las instituciones, y en algunos casos de bienes o riquezas, pero

⁶¹ A favor de la exclusividad: Duncan-Jones (1980: 105); Hanson (1990; 1991b; 1991c; 1999a; y especialmente 1996).

aún así empuñaban los remos o tomaban armas propias o prestadas y acudían al campo de batalla junto a sus vecinos más privilegiados. Por tanto, la mera presencia de todos esos no-ciudadanos invalida la idea de exclusividad *en la práctica*: si la identificación del ciudadano con la ciudad pretendía apartar a los no-ciudadanos del campo de batalla, sin duda no lo consiguió ⁶².

CONCLUSIÓN. “A LOS CAÍDOS EN COMBATE HONRAN DIOSES Y HOMBRES” ⁶³

Esta aproximación a la ciudadanía griega antigua a través de la lente de la función militar nos permite extraer algunas conclusiones: la primera, que la participación militar no era tanto un criterio de ciudadanía como una expresión o símbolo de la misma, y también un privilegio y obligación derivados de ella. Para Snodgrass, “era a través de la guerra que el individuo *expresaba* su estatus económico así como su lealtad política” (1980: 130; cursiva añadida), lo que implica que la ciudadanía, que es un concepto abstracto, debía ser representada a través de una serie de elementos materiales o de acciones visibles; así, las funciones cívicas actuaban de elemento de exhibición de estatus de un modo tan efectivo como los objetos de lujo o de ocio.

En realidad, el verdadero criterio de ciudadanía no residía en las funciones, que son expresión del estatus, sino en la posesión de tierra cultivable, que era el auténtico cimiento de ese estatus; la cualificación para servir en el ejército ciudadano o ejercer cualquier otra función cívica se medía en términos de propiedad de tierra, que aportaba el nivel económico necesario para justificar la participación; la gran mayoría de especialistas actuales están de acuerdo en ese punto ⁶⁴. Por lo tanto, el empleo de la función militar como causa para explicar el acceso a la ciudadanía –por ejemplo, en la teoría de la “Revolución hoplita”– debería ser revisado: en realidad, las armas no son más que la expresión de un poder que se asienta en otros cimientos y se expresa de otras maneras.

Algunos autores prefieren hablar de diferentes grados de ciudadanía, semejantes a los diferentes grados de participación militar y de integración en las instituciones. Muchos de ellos asumen que existía una correspondencia entre el nivel de integración ciudadana y el nivel de participación militar, es decir, entre el estatus ciudadano y el papel concreto en el ejército. Esta idea lleva finalmente a la noción de exclusividad: sólo los individuos pertenecientes a un determinado estatus social y político podían ejercer una determinada función militar. Sin embargo, ya hemos visto que esa situación no se cumplía en la práctica, pues individuos de diferentes categorías sociales podían desempeñar el mismo papel en el ejército; es decir: que a un nivel de ciudadanía no le correspondía necesariamente en la práctica una función militar concreta. Los *hypomeiones*, *neodamódeis* y periecos espartanos demuestran, por un lado, que los hoplitas no eran necesariamente ciudadanos, y por otro, que el servicio hoplita no siempre conllevaba la ciudadanía; lo mismo se deduce del caso de los hilotas de Brasidas, que tras su servicio no fueron

⁶² Seguimos a K. Raaflaub (1994: 138-145) y H. van Wees (2004).

⁶³ Heráclito (frg. 24): “ἀρηιφάτους θεοὶ τιμῶσι καὶ ἄνθρωποι”. Para una interpretación filosófica de este fragmento dentro del pensamiento de Heráclito, consultar Kirk (1949).

⁶⁴ Por ejemplo: Plácido (1993: 31-32, 41), Manicas (1982: 680), Snodgrass (1965a: 438; 1965b: 114; 1980: 102; 1993: 34), Ridley (1979: 519), Cartledge (1977: 19), Hanson (1990: 29; 1991b: 77; 1999a).

elevados a la categoría de ciudadanos, sino liberados (Th. 5.34.1); incluso los metecos podían servir como hoplitas para la ciudad, pero sin que su participación se tradujese en integración política y derechos cívicos (Th. 2.13.7.3, 2.31.2, 4.28.4, 5.8.2, 7.57.2).

Parece claro, por tanto, que a un nivel de ciudadanía no le corresponde en la práctica un grado concreto de participación militar, pero tal vez sí en ámbito ideológico: en la estructura ideológica que sustenta las jerarquías, las relaciones y las funciones en la *pólis*, a cada segmento de la sociedad le corresponderían unas funciones y deberes, que debía realizar como consecuencia de su estatus, pero también como legitimación y exhibición del mismo. Así, los ciudadanos plenos tenían, dentro de la ideología ciudadana, un puesto asignado en la falange en calidad de soldados de infantería pesada, pues esa es la función que les correspondía por su estatus. Esa norma determinaba el comportamiento de los ciudadanos a la hora de ejercer sus funciones, pero no siempre conseguía imponerse a las necesidades prácticas. Ideológicamente, por tanto, Aristóteles tendría razón: el poder pertenece a los que tienen las armas, y éstos obtienen el poder gracias a ellas; pero en la práctica, eso no siempre es posible: las armas no siempre dan acceso a la ciudadanía; de hecho, casi nunca lo hacen.

Ha existido una dependencia e identidad excesivas entre los fenómenos políticos y los militares, y es necesario comenzar a separarlos: Raaflaub, por ejemplo, afirma que no puede negarse la importancia del factor militar, pero que su papel como el único o principal agente del cambio político es cuestionable (1997a: 53); Hanson considera que, puesto que la panoplia hoplita “representó un importante adelanto tecnológico, y no táctico, debe ser entonces contemplada como un fenómeno puramente militar, antes que político o social” (1991b: 77), mientras que van Wees apunta que “las ambiciones políticas de la clase hoplita deben de haber surgido independientemente de su papel militar” (1995a: 169). Lo cierto es que no está muy claro a qué nos referimos cuando hablamos de “integración” o “participación” política; la plena integración y participación política en una *pólis* griega sólo se logró en la Atenas del 450, consecuencia de las especiales circunstancias de la democracia ateniense (Raaflaub 1997e: 98), mientras que el resto de ciudades difícilmente conseguirían en toda su historia alcanzar una situación ni remotamente similar. Pero incluso el caso ateniense fue una integración tardía, fruto de un proceso lento y con constantes retrocesos (Raaflaub 1997d: 49; 1997e: 98). Tampoco está muy claro qué papel jugaron los propios interesados en su proceso de integración: cuando habla de los *thetes* en las reformas de Efialtes, Raaflaub considera perfectamente posible que fueran “arrastrados a una posición de poder por factores en gran parte más allá de su control y su deseo” (1997e: 99). ¿Qué queremos decir, entonces, cuando afirmamos que la participación en el ejército favoreció la integración de sectores inicialmente desclasados en las instituciones de la ciudad-estado? Habría que analizarlo con cierto detenimiento.

La idea de un grupo social con conciencia política es difícil de argumentar y de definir; para van Wees, de hecho, “las clases bajas no tenían fuertes ambiciones políticas” (1995a: 165). Como hemos visto, las principales reivindicaciones de los sectores más bajos de la sociedad griega no han sido, históricamente, de tipo político, sino más bien de tipo social o económico: repartos de tierras, protestas contra los abusos y la opresión, necesidades de subsistencia, etc.; es decir: el tipo de factores que motivaron las legislaciones arcaicas. La concesión de derechos políticos podía convertirse, entonces, en una moneda de cambio en la búsqueda de la paz social: el propio Aristóteles reconoce que es posible conceder ciertos privilegios políticos al pueblo para mantenerlo tranquilo (*Pol.* 1270a 18-19, 1272a 29-39). El *démos* estaba en ocasiones más interesado en obtener participación política que reconocimiento social, y de hecho en la ciudad griega “iguales derechos de ciudadanía podían no depender de la igualdad social” (Meiksins Wood 1996: 128).

Otra conclusión fundamental es que la guerra era un fenómeno esencialmente social e ideológico; es decir: tanto sus motivaciones profundas como sus estructuras de organización y sus objetivos radican ante todo en aspectos relacionados con la sociedad y la ideología⁶⁵. Ello tiene repercusiones decisivas en el modo de interpretar el papel que la guerra y lo militar pudieron tener en la conformación de la ciudadanía antigua: la clave, en mi opinión, de los grandes problemas que suscita este tema –la supuesta exclusividad de la función militar frente a la realidad de una participación casi global de la sociedad; el supuesto predominio de valores militares en la organización social frente a la realidad en la que predomina lo económico y lo ideológico, etc.– es entender ese papel en términos sociales e ideológicos, no tanto políticos o estrictamente militares.

Por ejemplo, la supuesta exclusividad ciudadana en el ejercicio de la función militar debería revisarse desde una perspectiva ideológica: en la *pólis* no se produjo una exclusión real de las funciones, sino del reconocimiento cívico y de los méritos públicos. Es decir: de acuerdo con la estructura ideológica, los ciudadanos debían realizar una función militar como contrapartida a su condición ciudadana, por lo que en el plano ideológico esa función les correspondía en exclusiva; la realidad implicaba unas necesidades diferentes, y en la práctica sectores sociales inferiores eran incorporados también a funciones inicialmente destinadas a los ciudadanos; así, la estructura ideológica se veía forzada a eliminar esa incongruencia, que le obligaría a aceptar a esos individuos en el seno de la plena ciudadanía, recurriendo a minimizar, desacreditar, infravalorar o, directamente, ignorar su participación. Algunos autores cuestionan la existencia de este prejuicio: Holladay, por ejemplo, se pregunta si “¿no es *grotescamente improbable* pensar que fue el prejuicio y el interés político propio de las clases hoplitas lo que evitó el entrenamiento de una fuerza de infantería ligera procedente de la clase de los *thetes*?” (1982: 102; cursiva añadida), mientras que Pritchett afirmaría tajantemente que “fue el hoplita ciudadano, y no el peltasta mercenario, el que ganó o perdió el día en Leuctra, Mantinea y Queronea” (1974: 117). Su rechazo, sin embargo, carece de fundamento.

Hemos comprobado que el papel de las tropas no-hoplitas en las guerras griegas antiguas era de considerable importancia: su presencia estaba asegurada desde el siglo VIII, y están presentes en todas las grandes batallas y expediciones. Para Hans van Wees, “la infantería ligera, si está adecuadamente entrenada, podría ser altamente efectiva, incluso contra hoplitas” (1995a: 162), y, en efecto, los encuentros de Esfacteria y Léqueo –por no hablar de la aniquilación de los hoplitas atenienses en manos de etolios armados únicamente con jabalinas, en 426 (Th. 3.97-98)– parecen corroborar esta impresión. Hanson también es partidario de la efectividad de las tropas ligeras, pero incide en la clave de la cuestión: estas tropas resultaban útiles si se empleaban como escaramuzadoras en combate a distancia, y no en primera línea como si se tratase de infantería pesada (1998: 74 ss.); lo esencial, por tanto, era utilizarlas mediante tácticas adecuadas a sus características.

Fue el “chovinismo” –por emplear el vocabulario de Hanson– de las clases ciudadanas el que apartó a los no-ciudadanos del reconocimiento a sus funciones y, por tanto, de la integración; para van Wees, “la Historia de Grecia ... es una historia ideológicamente teñida, desarrollada para legitimar, retrospectivamente, los cambiantes equilibrios del poder. Veremos que en realidad no estaba de ningún modo claro que un grupo social en particular ... contribuyese más que los demás a la protección de la comunidad. La mayoría de los hombres, durante la mayor parte del

⁶⁵ Ridley (1979), Connor (1988). Si hay alguna esfera en la que la guerra actúe de modo más contundente y directo, esa es la esfera social (Raaflaub 1997a: 57; Ridley 1979: 508).

tiempo, jugaron un papel de cierta significación en la guerra” (1995a: 156; *cf.* 162, 170-171). Por lo tanto, nos encontramos con que se produce un rechazo ideológico, pero no a nivel práctico, en el campo de batalla, sino fundamentalmente en el reconocimiento social, y por tanto, en la narración: “Si nuestras fuentes sugieren otra cosa –y habitualmente lo hacen–, es porque la política interfiere en la visión clara del campo de batalla” (van Wees 1995a: 157).

Sin embargo, ese filtro de exclusión ideológica no fue siempre efectivo, y en ocasiones una información fragmentada nos llega como un eco. Para van Wees, “Heródoto y Tucídides en realidad crearon la impresión de que la infantería ligera no tenía importancia dando su presencia por hecho y preocupándose raramente de especificar su papel o su cantidad” (1995a: 164-165); para Hanson, “la deliberada dependencia del combate cuerpo a cuerpo explica otro universal objeto de desprecio en la literatura griega: aquellos que combaten de lejos, los escaramuzadores o peltastas ligeramente armados, el lanzador de jabalinas, el hondero y sobre todo, el arquero” (1990: 15; *cf.* 1999a, 232). De lo que se trataba, por tanto, era de excluir a los no-integrados de las narraciones, lo que equivalía a expulsarlos de cualquier posibilidad de recuerdo y memoria, privándoles de reconocimiento: en palabras de van Wees, “de Homero a Aristóteles, los poetas y escritores realizaron de modo sesgado sus narraciones sobre las guerras pasadas y presentes para atribuir un papel militar decisivo a aquellos que se encontraban en el poder” (1995a: 153).

En Homero, por ejemplo, la narración de las batallas está completamente dominada por los grandes héroes, como si jugaran idéntico papel predominante en el combate en sí; en la práctica, los estudios recientes han demostrado que la protagonista era una masa indiferenciada de soldados comunes, y que la imagen tradicional es una mera convención narrativa que actúa como el “zoom” de una cámara: enfocando a los personajes de relieve y olvidando al resto (Latacz 1977: 78 ss.; Cartledge 1996b: 689; van Wees 1986; 1988; 1992; 1994a y 1994b; 1995a; 1996). No obstante, el poeta desvela en un par de ocasiones los motivos de esa exclusión. En su famosa reprimenda a Tersites, Odiseo exclama: “¡Infeliz! Siéntate sin temblar y atiende a los demás, que son más valiosos (*φέρτεροί*). Tú eres un inútil, y careces de coraje (*ἀπτόλεμος καὶ ἄναλκις*); *nunca se te tiene en cuenta ni en el combate ni en la asamblea* (*οὔτε ποτ' ἐν πολέμῳ ἐναρίθμιος οὔτ' ἐνὶ βουλῇ*)” (*Il.* 2.200-202); Homero considera que los hombres comunes como Tersites no son *ἐναρίθμιος* –es decir, que no se les tiene en cuenta– en ninguna de las dos dimensiones básicas del ciudadano pleno: la asamblea y el ejército. La segunda ocasión la brindan las exhortaciones de los dos Ayantes cuando, en plena defensa del muro aqueo, animan a los soldados a resistir: “¡Amigos, ya seáis unos destacados, otros los mediocres y otros los peores entre los argivos, *pues no todos los hombres son iguales en la guerra!* (*ἐπεὶ οὐ πῶ πάντες ὁμοιοὶ ἀνέρες ἐν πολέμῳ*)” (*Il.* 12.269-271). Imagino que los Ayantes no dirigirían esta confesión a cualquier otro héroe, sino que se aplicaría exclusivamente a los soldados comunes, que carecían de la excelencia de los aristócratas.

La literatura arcaica y clásica está salpicada de algunas referencias a este prejuicio clasista y elitista, como cuando Alceo, citando al espartano Aristodamo, afirmaba que “el hombre es sus bienes (*χρήματ' ἄνθρω*), y ningún pobre es ni noble ni honrado (*πένιχρος δ' οὐδ' εἰς πέλειτ' ἔσλος οὐδὲ τίμιος*)” (*Frg.* 360), o cuando Heráclito sentenciaba que “a los caídos en combate honran dioses y hombres (*ἀρηιφάτους θεοὶ τιμῶσι καὶ ἄνθρωποι*)” (*frg.* 24D), pues la guerra era un asunto de honor que correspondía a unos pocos escogidos; la tragedia conserva algunas menciones a la cobardía del arco y su inferioridad frente a la lanza (*Aesch. Pers.* 226-280, 725, 813, 1601-3; *Eur. HF* 157-163) mientras que algunos prosistas dejan entrever ideas similares: Tucídides limita la acción de las tropas ligeras en la batalla de Río Anapo a un breve intercambio de disparos que terminarían en desbandada, y no considera verdaderamente iniciada la batalla hasta que se dio la

señal a los hoplitas (6.69.2); Aristóteles, por último, afirma cuando habla de los remeros que “es preciso que ellos no sean parte de la ciudad” (*Pol.* 1327b 9).

Todo ello debe hacernos reflexionar: la participación militar y política estaba regulada por el estatus y el prestigio social, determinante también para el reconocimiento social e ideológico y la incorporación a la memoria colectiva. Así pues, debemos tratar de diferenciar dos planos: por un lado, el de la realidad del campo de batalla, y por otro, el de la estructura ideológica; mientras que el imperativo de exclusión no podía cumplirse a rajatabla en la práctica, sí podía aplicarse con éxito en los criterios que regían el reconocimiento y la asignación del mérito y la elaboración de la memoria colectiva. La ciudadanía como participación militar es, por tanto, un espejismo de nuestras fuentes.

En este punto cobra sentido la tradición griega que asignaba el poder a los que tienen las armas, que hemos encontrado en Tucídides y Aristóteles pero que parece ser mucho más antigua⁶⁶: en una sociedad militarista como la griega, el ejercicio de la función militar era un elemento de prestigio; naturalmente, ejercían esa función los que poseían las armas, de ahí que, por el prestigio que obtenían del combate, mereciesen detentar el poder; el círculo se completaba realizando su función en el ejército de modo continuado, para mantener y justificar ese poder. En definitiva, se trata de una cuestión ideológica, en la medida en que nos referimos a una escala de valores y una jerarquía social, con sus correspondientes privilegios y obligaciones, basados en el prestigio derivado de las acciones y servicios realizados en beneficio de la comunidad; y “ningún servicio era más importante que combatir por la propia ciudad en la guerra” (van Wees 1995a: 154).

Así, la realidad es representada a través de los elementos materiales que la identifican: el todo –la pertenencia al grupo– se expresa a través de la parte –la posesión del arma–. En los textos de Aristóteles, Pólux y Plutarco que hemos comentado más arriba, se establece una relación directa entre un grupo social y su principal atributo material: los “caballeros”, por ejemplo, con sus caballos, y los ciudadanos, con sus armas; el objeto llega a entenderse como elemento característico del grupo social –lo que obliga a establecer una relación de exclusividad para que esa correspondencia funcione–, y pasa a convertirse en su “símbolo” –el objeto evoca en la mentalidad colectiva al grupo que representa–; y de ahí surgen las dos ideas que terminan por completar el argumento: por un lado, que la posesión de ese objeto indica la pertenencia a ese grupo; y por otro, que la clave del acceso al grupo está en la posesión del objeto. Pero ninguna de ellas se verifica en la práctica, y no resisten un análisis cuidadoso.

Aristóteles afirmaba que “el ciudadano se define, en una palabra, por ningún otro rasgo mejor que por la participación en las decisiones y en el gobierno (*τῷ μετέχειν κρίσεως καὶ ἀρχῆς*)” (*Pol.* 1275a 22-23). Lejos de ser meros soldados sentados en las asambleas y los tribunales, los ciudadanos griegos no se definían exclusivamente por el ejercicio de una sola de sus funciones, sino por el amplio conjunto de sus obligaciones y privilegios; la ciudadanía, por tanto, era la coincidencia de una serie de elementos –el acceso a la justicia comunitaria, la propiedad de la tierra, la participación en la asamblea, el ejercicio de cargos y magistraturas, la integración en el ejército (Davies 1997: 33)– entre los que se encontraba, como uno más, la participación militar (Raaflaub 1996: 152; 1997a: 53, 57; 1997f: 11; 1999a: 134, 140; 2005: 270).

“En *póleis* que estuviesen menos permanentemente amenazadas y en las que el ejército jugase un papel menos crucial, el factor militar probablemente tuvo un impacto menor” (Raaflaub

⁶⁶ La encontramos en Homero por todas partes, pero puede estar ejemplificada en las palabras de Sarpedón (*Il.* 12.319-321), que justifica el disfrute del poder y los privilegios a través de una excelencia en el combate (van Wees 1992: 31, 78-89, 274-276).

1999a: 140); el autor está hablando de la Atenas de fines del siglo V, una potencia fuertemente militarizada por unas instituciones democráticas, décadas de gobierno de un imperio marítimo y largos años de un enfrentamiento sin fin con todas las grandes potencias de la Grecia continental. Ninguna otra *pólis* griega podría reproducir el panorama de tensiones militares, expediciones y campañas que acompañaron a la Atenas de esa época, con lo que podemos deducir que, en términos generales, lo militar “tuvo un impacto menor”, en efecto. Esta afirmación aporta, además, otra idea: el concepto concreto de ciudadanía depende también de la visión que una sociedad tenga sobre sí misma; el predominio de lo militar como rasgo y criterio básico de la ciudadanía griega ha sido, en gran medida, la consecuencia de la visión que los griegos tenían sobre sí mismos.

CONCLUSIÓN

GUERRA, SOCIEDAD Y POLÍTICA EN LA GRECIA ARCAICA DE LA “REVOLUCIÓN HOPLITA” A LA “EVOLUCIÓN DE LA CIUDADANÍA”

La teoría de la “Revolución hoplita” ha dejado una profunda huella en el modo en que concebimos e imaginamos la Época Arcaica griega. No sólo ha definido unos procesos y elementos de cambio que transformarían el panorama cultural de Grecia para siempre, sino que también ha establecido sus causas –el cambio tecnológico-militar–, sus consecuencias –la cristalización de la *pólis* y la evolución hacia la democracia–, y sus diversos ritmos –“revolucionario” en unos casos, progresivo en otros–. Con el paso del tiempo y las generaciones de estudiosos, ha contribuido a establecer algunos de los pilares en los que se basa nuestra reconstrucción de las comunidades arcaicas, especialmente la idea de los “dos mundos” entre Homero y Tirteo, pero también el determinismo tecnológico y el vínculo entre transformaciones militares y transformaciones políticas. Sin embargo, como hemos tratado de mostrar en este estudio, la investigación ha desarrollado en las últimas décadas una serie de alternativas a la teoría, ofreciendo la posibilidad de reabrir un debate apasionante y fundamental. El esquema de los “dos mundos” es tal vez el que ha soportado una revisión más intensa. La arqueología ha contribuido de modo decisivo al conocimiento de este período, y el resultado de la ingente información arqueológica ha sido transformar la imagen que existía sobre el final de la Época Oscura, un siglo VIII a.C. que en gran medida se reconstruía a partir de la información de los poemas épicos, y que por ello se ha dado en llamar “mundo homérico”.

La conclusión de los arqueólogos es que ese mundo homérico podría estar más cerca de la Grecia de la *pólis* de lo que se piensa, lo que significa que o bien rebajamos a Homero hasta el siglo VII a.C., o bien elevamos la *pólis* hasta el siglo VIII a.C.. El resultado de estos debates no es especialmente relevante aquí, pues cualquiera de las dos opciones implica un abrupto cambio de perspectiva con respecto a los planteamientos de la “Revolución hoplita”; lo verdaderamente interesante es que la Arqueología derriba esa imagen de depresión y pobreza material del mundo homérico, y, sobre todo, de su simplicidad social e institucional, revelando estructuras muy próximas a la futura *pólis*. No obstante, percibimos también que la evolución general de las estructuras e instituciones de las comunidades arcaicas es más lenta y progresiva de lo imaginado: en materia de formalización del Estado, asistimos a fenómenos de regionalismo, individualismo y clientelismo fuertemente arraigados, que obstaculizan la implantación de una “vida pública” verdaderamente efectiva; en materia militar, la iniciativa privada y los sistemas de reclutamiento a través de redes personales y clientelares predominan todavía durante mucho tiempo sobre la alternativa “oficial” de ejércitos “nacionales” integrados por “ciudadanos”; en

materia política, las instituciones no son todavía los mecanismos que dirigen las “reglas” del funcionamiento del Estado, sino herramientas en manos de individuos ambiciosos que actúan por intereses particulares.

El “motor de cambio” en el ámbito político, social y militar en la Época Arcaica es la interminable competencia entre aristócratas —líderes, facciones, familias— por obtener las mayores cuotas de autoridad y poder: Foxhall afirma que “la *pólis* en la Grecia arcaica era poco más que un empate entre los miembros de la elite que la dirigía” (1997: 119); Antonaccio, por otra parte, considera que “en Grecia, las distintas estructuras de autoridad, desde la *basileia* a la tiranía y la aristocracia, son en gran medida posiciones adquiridas en lugar de heredadas. Estas figuras de autoridad son todas ‘*big men*’, personas cuyo estatus depende de su habilidad para atraer y mantener seguidores a través del talento personal, los banquetes y las ofrendas de regalos, a lo largo del período histórico ... El nacimiento por sí mismo no garantiza la posición, sino que la competencia por la autoridad es la norma” (1994: 409-410). El caso de los Alcmeónidas es un ejemplo ilustrativo del modo en que una familia poderosa disputa por el poder con todos los medios a su alcance, y ejerce con ello una influencia significativa en la evolución política de su ciudad (Anderson 2005: 186-189); la Mégara de Teognis representa, por otra parte, el modelo de la interminable lucha aristocrática por el prestigio y el estatus, marcada por las relaciones de amistad y alianza frente a las traiciones y maniobras de las facciones rivales, aunque llevada al extremo de la máxima desconfianza (van Wees 2000b) ¹.

Dentro de su incansable búsqueda de prestigio, la cultura aristocrática ejercía un permanente efecto “heroizador”, lo que implicaba deformar y exagerar no sólo las narraciones, sino también la vida real: en los poemas épicos, los héroes hablan y se relacionan con los dioses, y en la vida real los nobles establecían genealogías que se retrotraían a ancestros divinos; en los poemas, los héroes se trasladan en carros, y en la vida real los nobles criaban caballos y exhibían sus carros... Por supuesto, la deformación era mucho más corriente y sencilla en la literatura, donde los héroes siempre comen carne, hablan y actúan de modo excelente, poseen palacios admirables inundados de riquezas, y se cubren con bronce, plata y oro en sus armas y sus ropas; a tal punto llega la deformación que es verdaderamente difícil encontrar un “hombre común” en Homero (Geddes 1984).

Con su renuncia a la tiranía, Solón trataba de mostrar que la competición aristocrática era una dinámica saludable para la comunidad, en la medida en que mantenía igualadas y controladas las fuerzas de los diferentes líderes (Anderson 2005: 206-208); sus reformas, por otra parte, pusieron de manifiesto los conflictos por el poder que existían en Atenas, protagonizados por una reducida elite de hombres poderosos: el análisis de las “clases” solonianas ha demostrado que se trataba en realidad de sectores muy ricos, especialmente las tres clases superiores, dotadas no sólo de la tierra sino también de la mano de obra necesaria para generar esos niveles de producción (Foxhall 1997: 129-132; van Wees 2001a). Como afirma Foxhall, “los *télē* ofrecen una perspectiva de la *pólis* ateniense vista desde su cúspide” (1997: 132), y conforman una estructura destinada a privilegiar y mantener a los grupos más altos, que acapararán los mecanismos de participación en la comunidad y las dignidades derivadas de ellos.

En cierto modo, podríamos considerar las *hetairētai* de Época Clásica como la herencia de las “facciones” aristocráticas arcaicas; su funcionamiento en crisis como la “revolución” oligárquica del 411 pone de manifiesto que operaban como asociaciones de individuos con intereses comunes,

¹ Consultar también Starr (1986; 1991; 1992), (1980: 60 ss.), Forrest (1966: 55) y Plácido (1993a).

y que se movían fundamentalmente en ambientes políticos (Sealey 1960: 155-156). Su presencia en la Época Arcaica está garantizada, aunque posiblemente con un grado de organización diferente: Lavelle opina, por ejemplo, que estos grupos constituían la “guardia de *corps*”, los *doryphóroi* al servicio de los tiranos (1992); sin embargo, las facciones estaban claramente activas en procesos como el enfrentamiento entre Megacles y Licurgo (Hdt. 1.59-60), el ascenso de Pisístrato (Hdt. 1.61-64) y las posteriores disputas entre Clístenes e Iságoras (Hdt. 5.66-69; Arist. *Pol.* 1275b; *Ath.Pol.* 13.5). En definitiva, las tensiones entre estos individuos poderosos y sus grupos de seguidores constituyen la explicación más plausible a la *stásis* arcaica (Murray 1990b); Heródoto se refiere a esos enfrentamientos con el verbo *στασιάζω* (*stasiázō*, 1.59.14, 1.60.6), y a los seguidores de cada facción como *στασιῶται* (*stasiōtai*, 1.60.2, 1.61.10). Para Fisher (2000), cuestiones emocionales como el orgullo, la envidia y odios de diversa motivación –religión, clase, etnia, riqueza– jugaron un papel decisivo en la dinámica de enfrentamientos personales en las comunidades arcaicas; como afirma Sealey, “la soberanía de la asamblea no fue el resultado de una lucha de clases de los hombres comunes, que acudían a la Asamblea, contra la aristocracia, que trabajaba a través del Consejo; tuvo lugar por los conflictos entre líderes políticos, que atraían a sus seguidores entre la gente común” (1976: 25).

Esa competencia aristocrática se produjo en un contexto en el que las instituciones “públicas” y los marcos que constituían el “Estado” estaban todavía en proceso de consolidación. Aunque la “Revolución hoplita” dibuja unas comunidades con un avanzado grado de desarrollo estatal para fines del siglo VII, lo cierto es que existían todavía factores disgregadores y fuerzas centrífugas que complicaban la estabilización de la *pólis*.

Uno de esos factores era la lentitud en los procesos de unificación de los territorios de las ciudades-estado; aunque se supone que el sinecismo y la incorporación de la *chōra* se habían producido ya para los comienzos de la Época Arcaica ², y que por ello las comunidades emprendían guerras territoriales –entendidas como empresas públicas– con el fin de fijar y estabilizar las fronteras frente a las aspiraciones de los vecinos, lo cierto es que la situación admite algunas puntualizaciones: por un lado, Homero desconoce ese patrón de guerras territoriales (Jackson 1995: 71), lo mismo que el resto de la literatura arcaica; en cambio, expediciones de botín y saqueo, guerras privadas por cuestiones de prestigio, y venganzas por ofensas recibidas, aparecen por todas partes en los poemas homéricos (van Wees 1992; 1997b). Por otro lado, en los casos mejor conocidos –como el de Atenas– hay evidencias que apuntan al hecho de que las aristocracias locales conservaron durante mucho tiempo un cierto grado de autonomía, lo que indica que el regionalismo era una fuerza activa a lo largo de la Época Arcaica; algunos estudios muestran que las diversas regiones del Ática tardaron un tiempo considerable en integrarse en una única entidad administrativa, y que en todo ese proceso los intereses de las familias poderosas locales servían de factor articulador de ámbitos territoriales que en la práctica funcionaban de modo independiente ³; las narraciones sobre la Atenas arcaica están sembradas de familias que tenían una base regional y que empleaban la ciudad como palestra en la que dirimir sus diferencias, y hay porciones del territorio ático que tan sólo se incorporaron a la *pólis* en una época muy avanzada –por ejemplo, la Diacria, después del acceso de Pisístrato al poder (Hdt. 1.61.2, 1.62.2, 6.102-103)–.

A la compleja evolución de la integración territorial habría que añadirle también la aparente debilidad de ciertas instituciones públicas, como las magistraturas. Aristóteles comenta que “los

² Aristóteles retrotrae el sinecismo ático a la época de Teseo (*Ath.Pol.* 2-3).

³ Sealey (1960: 165-169, 172-174), Kinzl (1989), Raaflaub (1998a: 16).

cargos principales estaban en manos de algunos (διὰ τὸ μεγάλας ἀρχὰς ἐγχειρίζεσθαι τισιν) (Pol. 1305a 16), pero las limitaciones en el acceso no son tan significativas como las restricciones en sus competencias: la mayor parte de las magistraturas tenían una duración reducida, habitualmente un año, y se trataba de privilegios que sólo podían disfrutarse una vez en la vida, o bien al cabo de mucho tiempo; solían ser cargos colegiados, por lo que las responsabilidades y las capacidades estaban repartidas y compartidas entre varios individuos que, de hecho, se vigilaban y controlaban unos a otros; y tendían a especializarse en funciones específicas, determinando un reparto de tareas que hiciese imposible en la práctica la acumulación de excesivo poder en manos de un único hombre (Fröhlich 1999). Los magistrados mantenían conflictivas relaciones con la ciudadanía, por el simple hecho de que se trataba de ciudadanos elegidos temporalmente para el desempeño de una función, pero que antes y después de ese ejercicio eran individuos iguales al resto; esta carencia de autoridad era inversamente proporcional al grado de consolidación de las instituciones públicas, y en ámbitos como la dirección de expediciones o campañas militares podía tener una gran importancia. Por otra parte, el resultado de las elecciones no determinaba las relaciones de poder existentes, sino que era consecuencia de ellas (Anderson 2005: 181-182).

Otro factor de disgregación era el empleo de prácticas violentas a la hora de dirimir disputas políticas, que eran de por sí indicativas de la incapacidad del “Estado” para controlar el comportamiento cívico de los individuos y ejercer un monopolio sobre los instrumentos de coerción⁴; las elites tenían a menudo mano libre para emplear las herramientas que considerasen oportunas con el fin de lograr sus objetivos, y ello no excluía el chantaje, la amenaza, la agresión física o la coacción. La venganza por motivos personales será un factor de enfrentamiento interno y externo en las comunidades a lo largo de toda la Época Arcaica, y la ideología que la sostiene se mantendrá en los siglos siguientes aunque la práctica efectiva se abandone progresivamente (Lendon 2000: 12-13).

Así pues, la actividad política se llevaba a cabo en gran medida a través de “facciones” que en ocasiones podían identificarse con las “asociaciones masculinas” o *hetaireiai*⁵; esas facciones se basaban en el principio de lealtad a un individuo, o en la existencia de intereses afines, pero en cualquier caso se regían por normas internas, y no por un código de conducta política consensuado y establecido. El asociacionismo y el clientelismo eran la espina dorsal de las agrupaciones políticas, pero jugaban también un gran papel en la estructura social, que a menudo se organizaba en torno a unidades de familiares y clientes (Donlan 1985: 304), mientras que las auténticas “instituciones oficiales” –fratrías, tribus– parecen cuajar lentamente a lo largo de los siglos (Donlan 1985: 308).

Estos factores ponen de manifiesto que el “Estado” griego arcaico se encontraba todavía inmerso en la tensión entre la integración y la disgregación, entre los intereses colectivos y los particulares. Pero hay otro modo de incidir en esta idea, y es poniendo de manifiesto la pujanza y relevancia de la iniciativa privada en esta *pólis* temprana.

En primer lugar, Robin Osborne (1997b) ha llamado la atención sobre el hecho de que una gran parte de las fundaciones de colonias llevadas a cabo durante los siglos VII y VI a.C. no son iniciativas públicas, como se creía, sino empresas privadas: los poemas homéricos están llenos de aventureros y pueblos enteros que vagabundean en busca de lugares de asentamiento (Osborne 1997b: 256-257); el intento del espartano Dorieo en Sicilia (Hdt. 5.42-47) y el asentamiento del

⁴ Anderson (2005: 182-183), van Wees (2000b), Fisher (2000).

⁵ Bremmer (1990: 135-137), Sealey (1960: 155-156, 165-175).

ateniense Milcíades en el Quersoneso tracio (Hdt. 6.34-36) son ejemplos de empresas conducidas por un líder carismático. Osborne concluye que “la ‘empresa privada’ ... debería ser considerada como responsable de la gran mayoría de los asentamientos del siglo VIII y VII” (1997b: 268), lo que implica que los aristócratas arcaicos tuvieron un gran peso en este fenómeno. También existía iniciativa privada en la organización intra-comunitaria, como por ejemplo en la construcción de obras o monumentos públicos, campo que dependía en gran medida del evergetismo de las elites, pero que proveía a la ciudad de algunos recintos necesarios –templos, espacios públicos, fuentes, caminos– cuando el “Estado” no era todavía lo suficientemente fuerte como para impulsarlos por sí mismo. Otras actividades que favorecían la integración de la comunidad, como cultos, festivales o competiciones, eran también patrocinados en ocasiones por individuos a título personal.

Por lo que respecta al ámbito militar, encontramos también una clara iniciativa privada: por ejemplo, el énfasis que Homero pone en las huestes formadas por *hetaíroi* (Andrewes 1961: 135-137) encaja a la perfección con la propuesta de que los contingentes estaban en realidad integrados por un líder y sus seguidores, vinculados entre sí por relaciones personales (van Wees 1986; 1988; 1994a; 1994b); durante la Época Arcaica predominaban los ejércitos privados⁶, y ya hemos comentado el peso que podrían tener en realidad las guerras comunales por la obtención y control de la tierra; en realidad, es posible sugerir que las guerras comunales coexistieron con las guerras “privadas” a lo largo de la Época Arcaica, y que una gran parte de los conflictos transmitidos por las fuentes –surgidos por motivos a menudo personales–, sería interpretada por las generaciones posteriores de griegos como comunales⁷; en esa línea, Frank Frost ha mostrado que la mayor parte del expediente militar ateniense en los siglos VII y VI a.C. consistió en conflictos locales saldados con ejércitos privados y aristocráticos (1984: 285-292).

La guerra probablemente estaba basada en expediciones personales en busca de botín y en aventuras particulares para la obtención de riquezas o prestigio, y no tanto en conflictos “nacionales” entre ejércitos “ciudadanos”⁸. Raaflaub sugiere que podría definirse una especie de “protocolo” a medida que el nivel de amenaza y desafío fuese incrementándose: las expediciones privadas conducirían a “represalias semi-públicas”, cuando la autoridad comunal permitiese una ayuda a mayor escala, y ello finalmente derivaría hacia una guerra comunal “entre los ejércitos de las dos *póleis*”. En su opinión, por tanto, “las expediciones privadas se incrementan en escalada hasta desembocar en guerras comunales” (1997b: 3). También el mercenariado arcaico constituiría inicialmente una empresa particular, cuando una serie de individuos decidiesen dar finalmente el paso de convertir las expediciones ocasionales en un modo de ganarse la vida (Lavelle 1997). Es posible proponer, por ello, que la movilización de ejércitos ciudadanos no se produjo hasta el último cuarto del siglo VI (Anderson 2005: 183, 213 y n.98), mientras que las flotas serían incluso más tardías, constituidas hasta entonces por naves y tripulaciones financiadas por particulares (Haas 1985).

La fragilidad de las instituciones comunitarias y la importancia de la iniciativa privada constituyen, por tanto, el contexto en el que se produjeron las supuestas transformaciones militares apuntadas por la teoría de la “Revolución hoplita”: la introducción de un nuevo armamento,

⁶ Snodgrass (1965a: 120), Greenhalgh (1973: 151), Anderson (2005: 183). *Contra*: Cartledge (1977: 22-23).

⁷ Raaflaub (1997a: 52). Para una imagen más detallada de las expediciones militares de comienzos del Arcaísmo como actividades privadas, consultar los trabajos de Rihll (1995) y van Wees (1992: 191-199; 2004).

⁸ Finley (1964: 46, 63), Jackson (1995: 68-70, 71-75).

la reforma del modo de combate y la aparición de una nueva táctica y un nuevo tipo de soldado. Pero en este estudio hemos tratado de mostrar que existen visiones alternativas a la “reforma militar” y la “introducción de la falange”, y que la limpia secuencia de eventos prevista por la teoría no funciona con tanta eficacia en la práctica; el combate no evoluciona a lo largo de la Época Arcaica de modo lineal y simple, y la primera clave la encontramos en la propia guerra homérica.

En efecto, las nuevas perspectivas sobre el combate homérico han transformado nuestra imagen de la Grecia del siglo VIII, completándola y enriqueciéndola. La épica debe ser considerada como un género literario sometido a los dictados de una ideología concreta, con sus valores, ideas e intereses, que aborda los temas con unos objetivos propios y tiende por ello a mostrar una “visión selectiva” de la realidad, una dinámica “deformadora”, y un espíritu “propagandístico”. En Homero, la narración está puesta al servicio de los intereses de “clase” del grupo dirigente, las elites aristocráticas; estos grupos buscan promocionarse a través de la plasmación de su mundo de valores e ideas en composiciones que se enmarcan en el contexto de eventos colectivos, contribuyendo de este modo a la definición de una serie de elementos de identidad y exhibición social.

La guerra que a primera vista presentan los poemas épicos seguía esa línea de pensamiento: la “deformación”, tanto literaria como ideológica, buscaba reafirmar el papel dominante de las elites dentro de la sociedad de la época, creando modelos éticos y de pensamiento con los que la audiencia se pudiese identificar y que pudiese imitar. Y de ese interés exclusivista nacerían los numerosos “espejismos” del combate homérico: el predominio de un puñado de héroes en la lucha, los elementos heroizantes presentes en los objetos y en el comportamiento, la recreación de un código ético que busca la excelencia en todas sus manifestaciones, la exclusión de los elementos no-aristocráticos de la sociedad –limitados a un papel secundario y pasivo–, etc.

Los últimos estudios han mostrado que el combate era un asunto de masas dinámicas y activas, dirigidas por una serie de jefes de posición y estatus poco claro, pero a pesar de todo la guerra continuaría siendo un mecanismo de gestión de intereses y objetivos primeramente individuales. Las tropas carecían de organización centralizada, y su jerarquía estaba basada en el prestigio; la unidad básica era el líder militar con su pequeña banda de seguidores, grupos que operaban con extraordinaria movilidad y autonomía y que conformaban un modelo de batalla abierto, posibilista y cambiante. Por supuesto, el héroe participaba de esta actividad, e incluso tenía un papel importante y destacado, pero a los valores tradicionales del honor y la excelencia había sumado ya formas nuevas de pragmatismo ético, que le llevarían a anteponer su supervivencia a cualquier otro valor, y que le dictarían una visión menos idealista de los valores heroicos propios de su “clase”.

Este es exactamente el código ético y el sistema de combate que encontramos en la Época Arcaica: contingentes basados en el liderazgo individual y las relaciones personales, batallas abiertas donde predominaba la movilidad y el empleo de proyectiles, oportunismo e instinto de conservación, armamento variado, heterogéneo y flexible... La tradición griega dejó memoria de una serie de antiquísimos enfrentamientos militares que han sido motivo de debate académico, como las Guerras Mesenias (Parker 1991), la Guerra Lelantina o las campañas espartanas en el Peloponeso; la mayor parte de estos eventos encierra elementos legendarios y semi-míticos, y extraer información histórica de ellos es muy complejo. La famosa batalla de Hisias, en la que los espartanos fueron supuestamente derrotados por el ejército argivo, constituye un ejemplo: la victoria argiva se explicaba por la presencia de la falange hoplita en el bando vencedor, pero si se cuestiona la historicidad de esta batalla –como proponen Kelly (1970) y Starr (1965: 268)–, la

temprana introducción de la falange pierde apoyo, lo que a su vez debilita la teoría militar del ascenso de Fidón; en cualquier caso, aun aceptando que la batalla tuvo realmente lugar, ¿es necesario postular la presencia de la falange para justificar la victoria argiva?

La Época Arcaica asistió a una lenta evolución militar que condujo progresivamente hacia formaciones cada vez más estáticas, más integradas y más rígidas; algunos autores han propuesto que la falange no alcanzó su forma definitiva hasta el siglo V⁹, pero en mi opinión el proceso de cambio sería en la práctica tan gradual que ni siquiera para la Época Clásica habría llegado a completarse del todo: será necesario esperar a Filipo de Macedonia y sus sucesores para encontrar una formación de infantería que actúe decididamente como una unidad con absoluta cohesión y extrema rigidez. Y si se acepta esta propuesta, el fenómeno de la “Revolución hoplita”, privado de hoplitas, de falanges y de conflictos entre “clases” sociales, pierde algunos de sus pilares fundamentales.

La permanente fijación de numerosos autores en los orígenes de la *pólis* pone de manifiesto que se trata todavía de un ámbito polémico de la historia griega, capaz aún de depararnos muchas sorpresas y de aportar muchas novedades. No obstante, hay dos hechos fundamentales: por un lado, “*pólis*” es un concepto académico inventado a fines del siglo XIX (Davies 1997: 26), y por otro lado, “cualquier intento por tratar ‘el nacimiento de la *pólis*’ como un evento datable está en peligro de compactar una larga historia en un espacio demasiado corto” (Parker 1996: 21). Para Greg Anderson, existe una “rigidez metodológica” en los estudios historiográficos, que, en su opinión, “parece estar en consonancia con una reticencia general entre los historiadores del mundo griego a formular un aparato conceptual que esté plenamente adaptado a los peculiares ritmos y cadencias de la vida política en la temprana *pólis*” (2005: 176); Anderson se refiere fundamentalmente a los conceptos que empleamos para referirnos al mundo antiguo —“ciudadanía”, “estado”, “público-privado”, “constitución”, “derechos”—; pero cuando afirma que su trabajo es un intento por “regresar a las cuestiones fundamentales” (2005: 177), y que procura por todos los medios emplear evidencias contemporáneas a los fenómenos que estudia, está yendo sin duda mucho más lejos, apuntando la necesidad de revisar la historia de la Época Arcaica desde un nuevo comienzo. Es un sentimiento similar al que manifiesta Davies cuando apuesta por una “emancipación” teórica que conduzca a una “suave separación de Aristóteles”, pues en su opinión “la influencia, consciente o inconsciente, de su modelo sobre la aparición de la *pólis* a partir de la casa y la villa ha sido importante pero de poca ayuda” (1997: 26).

Victor Ehrenberg afirmó hace décadas que la formalización de la *pólis* era por fuerza un proceso lento y progresivo (1937: 147), algo que ya habían apuntado Helbig (1911: 8-9), Meyer (1965: 514-515) y Nilsson (1928: 245; 1929: 1-2) antes que él, y que más tarde secundarían también Snodgrass (1964; 1965a), Finley (1970: 99-102), Murray (1980: 64-65) o Polignac (1984: 64-65). La teoría de la “Revolución hoplita” chocaba frontalmente contra esta noción, proponiendo una breve fase inicial de abruptos cambios estructurales y a continuación un largo período de relativo inmovilismo; ello podía suponer una inconsistencia en los planteamientos de aquellos autores que, como Nilsson o Snodgrass, abogaban por el proceso lento pero defendían a la vez la transformación militar, pero cada autor encontró la fórmula personal que le permitió combinar ambas ideas sin mayores problemas. No obstante, las propuestas más recientes apuntan

⁹ Van Wees (2000a: 155-156; 2004), Krentz (2002: 25, 34-37).

precisamente a que el proceso fue mucho más progresivo de lo esperado, no sólo porque se partía de un contexto inicial –el “mundo homérico”– más similar a la *pólis* de lo propuesto hasta entonces, sino también porque la fase de transición se podría dilatar hasta abarcar toda la Época Arcaica, de modo que la *pólis* plenamente desarrollada no sería un fenómeno del siglo VII, sino más bien del siglo VI o V.

La guerra también experimentaría un lento proceso de evolución, claramente alejado de la abrupta “reforma militar” planteada por la teoría de la “Revolución hoplita”; la Época Clásica asistiría a una progresiva transformación que terminaría por extender y profesionalizar el gran negocio de la guerra: el desarrollo de la flota ateniense y de las campañas anfibias, el surgimiento de un mando militar más preocupado por la táctica y la logística, el impacto de la tecnología, el reclutamiento y la financiación, la ruptura definitiva entre ciudadanía y servicio militar... Todas esas transformaciones se han interpretado a menudo como el fin de un sistema de combate que surgiría con la falange hoplita en el entorno del 650 a.C., y de hecho los propios griegos reconocían la repentina aceleración experimentada por las técnicas militares a partir del siglo V, como ponen de manifiesto las palabras de Demóstenes: “creo que nada se ha transformado y ha avanzado más que las cosas de la guerra (οὐδὲν ἡγροῦμαι πλέον ἢ τὰ τοῦ πολέμου κεκινῆσθαι καπι-δεδοκέναι)” (*Phil.* 3.47 ss.). Pero eso no implica que una falange introducida en una fecha temprana haya permanecido más de dos siglos congelada hasta que las especiales circunstancias del siglo V la transformasen de modo definitivo, sino más bien que las tácticas de combate y el armamento no fueron ajenos al lento discurrir en el que se fue desarrollando la *pólis* a lo largo de la Época Arcaica.

El combate en masa evolucionó lentamente desde la época homérica hasta el siglo V, combinando la lucha cuerpo a cuerpo con la lucha a distancia, empleando armamento diverso –desde las panoplias pesadas a las jabalinas y los proyectiles, con las diferentes posibilidades en las formas y funciones de los escudos, cascos, corazas, lanzas o espadas–, y concediendo una cierta prioridad a la movilidad y los espacios abiertos sobre la cohesión y la rigidez de una posición estática. Del mismo modo, el triángulo de funciones formado por el ejército, la política y la agricultura evolucionó para generar un “ciudadano-soldado-campesino” que, aunque no estaba solo en el campo de batalla, en la asamblea ni en la granja, era el único que recibía un reconocimiento pleno por su participación, el único que, como el héroe homérico, “contaba para algo” en la comunidad. Para Hanson, esta “ecuación triádica compartida por un amplio grupo –el ciudadano que vota, el soldado hoplita, y el pequeño productor de alimentos–” sería a lo largo de la Época Arcaica “el pegamento que mantuvo unidas a la mayoría de las ciudades-estado griegas, la característica verdaderamente distintiva de la *pólis*” (1996: 291). Sin embargo, aunque en mi opinión no haya hoplitas en esos siglos, la condición ciudadana y militar no estuviese extendida a un grupo tan amplio, y el fenómeno no pueda ser generalizado a la mayoría de las ciudades-estado, la extraordinaria naturaleza del “ciudadano-soldado-campesino” griego es en la práctica el resultado de una progresiva “convergencia” entre diversos círculos:

1. Aquellos que podían o debían luchar.
2. Aquellos que tenían acceso directo a la justicia comunitaria en lugar de la familiar.
3. Aquellos que podían poseer, comprar o heredar la tierra.
4. Aquellos que podían votar y hablar en la asamblea.
5. Aquellos que podían ocupar magistraturas o sacerdocios oficiales (Davies 1997: 33).

Es sin duda una extraordinaria coincidencia, resultado de un desarrollo progresivo.

La teoría de la “Revolución hoplita” parece un tanto desacreditada en la actualidad. Raphael Sealey fue el primero en afirmar que “el silencio de las fuentes es tan impresionante que debería hacernos dudar de los presupuestos de la teoría ‘hoplita’; esto es, debería hacernos dudar de que la introducción de la táctica hoplita, extendiendo la carga del servicio militar entre una clase relativamente amplia de campesinos acomodados, condujo a esa clase a exigir una participación en el poder político” (1976: 56). Poco después, Frank Frost estableció que se trataba de “uno de los grandes *no-acontecimientos* de la Historia” (1984: 293, cursiva añadida)¹⁰; más tarde, Ian Morris afirmaría que “no hay ningún tipo de evidencia que sostenga la teoría de que hubo una reforma hoplita” (1987: 198); por último, Raaflaub advertiría de que “el concepto de ‘revolución hoplita’ es una construcción moderna” (1993: 80), “un esquema que debe ser expulsado de los libros de texto” (1997a: 53).

En mi opinión, la teoría de la “Revolución hoplita” debe ser conocida, estudiada y comprendida; y sólo entonces, una vez distinguidos sus argumentos de sus prejuicios y valoradas sus aportaciones en relación con sus errores, proponer alternativas. Sin embargo, y por lo que respecta al ámbito militar, considero que hay pocas ideas que rescatar: la falange y el hoplita podrían ser en realidad fenómenos tardíos; el combate colectivo es más antiguo de lo que se piensa y no conlleva necesariamente transformaciones políticas; las armas interactúan con los usuarios y las funciones en un proceso complejo y para nada lineal; la función militar no es un pasaporte para acceder a la participación, la integración o los privilegios cívicos; el campo de batalla no siempre –de hecho, casi nunca– está regido por criterios de lógica, pragmatismo o funcionalidad, sino más bien por emociones subjetivas, irracionalidad e instinto; la experiencia de combate conlleva una cierta idea de solidaridad y camaradería, pero no un sentimiento de identidad o una conciencia de “clase”.

Como construcción teórica, la “Revolución hoplita” ofreció durante décadas una explicación sencilla, directa y accesible a un conjunto de procesos históricos cuya complejidad sigue todavía despertando inquietud y admiración. El tiempo ha demostrado, a mi entender, que esa sencillez y accesibilidad eran sólo aparentes, el espejismo resultante de una argumentación que trataba de privilegiar un esquema completamente lineal de “causa-efecto”. La monocausalidad y el determinismo han actuado a largo plazo como factores “corrosivos”, que han terminado por desgastar la teoría desde el interior de la misma, restando consistencia y credibilidad a sus pilares fundamentales. Considero que ha llegado el momento –aunque las declaraciones de Sealey, Frost o Raaflaub demuestran que ese momento había llegado ya hace veinte años– de buscar alternativas, primero parciales y a continuación cada vez más globales, que vayan construyendo desde sus cimientos una nueva imagen de la Época Arcaica y sus cruciales procesos de cambio y evolución.

¹⁰ “The ‘hoplite revolution’ must be listed among the great non-events of history”.

BIBLIOGRAFÍA

1. EDICIONES DE TEXTOS GRIEGOS

ALCEO:

LOBEL, E. & PAGE, D.L. (ed.) 1955, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Clarendon Press, Oxford.

ALCMÁN:

PAGE, D.L. (ed.) 1962, *Poetae Melici Graeci*, Clarendon Press, Oxford.

ANACREONTE:

PAGE, D.L. (ed.) 1962, *Poetae Melici Graeci*, Clarendon Press, Oxford.

ANTOLOGÍA GRIEGA:

BECKBY, H. (ed.) 1965-1968, *Anthologia Graeca*, 4 vols., Heimeran, Munich.

ARISTÓFANES:

COULON, V. & VAN DAELE, M. (eds.) 1963-1967, *Aristophane*, 5 vols., Les Belles Lettres, Paris.

ARISTÓTELES:

Política: ROSS, W.D. (ed.) 1957, *Aristotelis politica*, Clarendon Press, Oxford.

Ἀθηναίων Πολιτεία: OPPERMANN, H. (ed.) 1928, *Aristotelis Ἀθηναίων πολιτεία*, Teubner, Leipzig.

ARQUÍLOCO:

WEST, M.L. (ed.) 1971, *Iambi et Elegi Graeci*, vol. 1, Clarendon Press, Oxford.

BAQUÍLIDES:

IRIGOIN, J. (ed.) 1993, *Bacchylide. Dithyrambes, Épinicies, Fragments*, Les Belles Lettres, Paris.

CALINO:

WEST, M.L. (ed.) 1972, *Iambi et Elegi Graeci*, vol. 2, Clarendon Press, Oxford.

DIODORO SÍCULO:

VOGEL, F. & FISCHER, K.T. (eds.) 1964, *Diodori Bibliotheca Historica*, 5 vols., Teubner, Leipzig.

ESQUILO:

MURRAY, G. (ed.) 1955, *Aeschyli Tragoediae*, 2nd edn., Clarendon Press, Oxford.

ESTRABÓN:

MEINEKE, A. (ed.) 1969, *Strabonis Geographica*, 3 vols., Teubner, Leipzig.

EURÍPIDES:

MURRAY, G. (ed.) 1966, *Euripidis Fabulae*, Clarendon Press, Oxford.

HECATEO:

JACOBY, F. (ed.) 1957-1969, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, 3 partes, Brill, Leiden.

HELÁNICO:

JACOBY, F. (ed.) 1957-1969, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, 3 partes, Brill, Leiden.

HERÁCLITO:

DIELS, H. & KRANZ, W. (eds.) 1951, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. 1, Weidmann, Berlin.

HERÓDOTO:

LEGRAND, Ph.E. (ed.) 1932-1954, *Hérodote. Histoires*, 9 vols., Les Belles Lettres, Paris.

HESÍODO:

Teogonía: WEST, M.L. (ed.) 1966, *Hesiod. Theogony*, Clarendon Press, Oxford.

Trabajos: SOLMSEN, F. (ed.) 1970, *Hesiodi Opera*, Clarendon Press, Oxford.

HISTORIADORES GRIEGOS (Fragmentos):

JACOBY, F. (ed.) 1957-1969, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, 3 vols., Brill, Leiden.

HOMERO:

Ilíada: ALLEN, T.W. (ed.) 1931, *Homeri Ilias*, Clarendon Press, Oxford.

Odisea: VON DER MÜHLL, P. (ed.) 1962, *Homeri Odyssea*, Helbing & Lichtenhahn, Basel.

ÍBICO:

PAGE, D.L. (ed.) 1962, *Poetae Melici Graeci*, Clarendon Press, Oxford.

JENOFONTE:

MARCHANT, E.C. (ed.) 1961-1970, *Xenophontis Opera Omnia*, 5 vols., Clarendon Press, Oxford.

MIMNERMO:

WEST, M.L. (ed.) 1972, *Iambi et Elegi Graeci*, vol. 2, Clarendon Press, Oxford.

PAUSANIAS:

SPIRO, F. (ed.) 1967, *Pausaniae Graeciae Descriptio*, 3 vols., Teubner, Leipzig.

PÍNDARO:

MAEHLER, H. (post B. SNELL) (ed.) 1971, *Pindari Carmina cum Fragmentis*, Teubner, Leipzig.

PLATÓN:

BURNET, J. (ed.) 1967-1968, *Platonis Opera*, 5 vols., Clarendon Press, Oxford.

*PLUTARCO:**Moralia:*

BABBITT, F.C. (ed.) 1962-1969, *Plutarch's Moralia*, 2 vols., Harvard Univ. Press, Cambridge.

NACHSTÄDT, W. (ed.) 1971, *Plutarchi Moralia*, vol. 2, Teubner, Leipzig.

SIEVEKING, W. (ed.) 1972, *Plutarchi Moralia*, vol. 3, Teubner, Leipzig.

POHLENZ, M. (ed.) 1972, *Plutarchi Moralia*, vol. 3, Teubner, Leipzig.

POLIBIO:

BÜTTNER-WOBST, T. (ed.) 1962-1967, *Polybii Historiae*, vols. 1-4, Teubner, Leipzig.

PÓLUX:

BETHE, E. (ed.) 1967, *Pollucis Onomasticon*, 2 vols., Teubner, Leipzig.

SAFO:

LOBEL, E. & PAGE, D.L. (ed.) 1955, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Clarendon Press, Oxford.

SIMÓNIDES:

PAGE, D.L. (ed.) 1962, *Poetae Melici Graeci*, Clarendon Press, Oxford.

SÓFOCLES:

DAIN A. & MAZON, P. (eds.) 1967-1968, *Sophocle*, 3 vols., Les Belles Lettres, Paris.

SOLÓN:

WEST, M.L. (ed.) 1972, *Iambi et Elegi Graeci*, vol. 2, Clarendon Press, Oxford.

TEÓGNIS:

YOUNG, D. (ed.) 1971, *Theognis*, Teubner, Leipzig.

TIRTEO:

WEST, M.L. (ed.) 1972, *Iambi et Elegi Graeci*, vol. 2, Clarendon Press, Oxford.

TUCÍDIDES:

JONES, H.S. & POWELL, J.E. (eds.) 1942, *Thucydidis Historiae*, 2 vols., Clarendon Press, Oxford.

2. LIBROS Y ARTÍCULOS

AA.VV. 1981, *El Marxismo y los Estudios Clásicos*, Akal, Madrid (traducción española de *Arethusa*, nº 8, 1975).

ADAM, J.P. 1993, "Les composantes d'une fortification grecque", en *Dossier de l'Archeologie*, nº 173 (*À la Decouverte des Forteresses Grècques*), 14-23.

ADCOCK, F.E. 1967, *The Greek and Macedonian Art of War*, University of California Press, Berkeley.

AHLBERG, G. 1971, *Fighting on Land and Sea in Greek Geometric Art*, Svenska Institutet i Athen, Stockholm.

AKURGAL, M. 1992, "Eine protokorinthische Oinochoe aus Erythrai", en *Istanbuler Mitteilungen*, nº 42, 83-96.

- ALBRACHT, F. 1886, *Kampf und Kampfschilderung bei Homer*, Naumburg.
- ALEXANDER, J.A. 1962, "Thucydides and the expedition of Callias against Potidaea, 432 BC", en *AJPh*, nº 83.3, 265-287.
- ALONSO TRONCOSO, V. 1988, *El Genio de Grecia*, Historia 16, Madrid.
- AMIT, M. 1970, "La date de l'alliance entre Athènes et Platées", en *Antiquité Classique*, nº 39, 414-426.
- AMOURETTI, M.C. & RUZE, F. & CHRISTIEN, J. & SINEUX, P. (eds.) 2000, *Le Regard des Grecs sur la Guerre: Mythes et Réalités*, Paris.
- ANDERSON, G. 2003, *The Athenian Experiment. Building an Imagined Political Community in Ancient Attica, 508-490 a.C.*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- 2005, "Before *tyrannoi* were tyrants: rethinking a chapter of early Greek history", en *Classical Antiquity*, nº 24.2, 173-222.
- ANDERSON, J.K. 1961, *Ancient Greek Horsemanship*, University of California Press, Berkeley.
- 1965, "Homeric, British and Cyrenaic chariots", en *AJA*, nº 69.4, 349-352.
- 1970, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon*, Berkeley.
- 1975, "Greek chariot-borne and mounted infantry", en *AJA*, nº 79.3, 175-187.
- 1976, "Shields of eight palms width", en *California Studies in Classical Antiquity*, nº 9, 1-6.
- 1991, "Hoplite weapons and offensive arms", en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 15-37.
- ANDREEV, J.V. 1979, "Könige und Königsherrschaft in den Epen Homers", en *Klio*, nº 61.2, 361-384.
- ANDREWES, A. 1949, "The Corinthian Actaeon and Pheidon of Argos", en *CQ*, nº 43.1/2, 70-78.
- 1959, "Thucydides on the causes of the war", en *CQ*, nº 9.2, 223-239.
- 1961, "Phratries in Homer", en *Hermes*, nº 89, 129-140.
- 1974, *The Greek Tyrants*, Hutchinson, London.
- 1981, "The hoplite katalogos", en SHRIMPTON, G.S. & MCCARGAR, D.J. (eds.), *Classical Contributions: Studies in Honor of M.F. McGregor*, Locust Valley, Austin, 1-3.
- 1982a, "The growth of the Athenian state", en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 360-391.
- 1982b, "The tyranny of Pisistratus", en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 392-416.
- ANNEQUIN, J. 1997, "Métaphore de l'esclavage et l'esclavage comme métaphore", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 109-121.

- ANTONACCIO, C.M. 1994, "Contesting the past: hero cult, tomb cult and epic in early Greece", en *AJA*, nº 98.3, 389-410.
- ARMSTRONG, J.I. 1958, "The arming motif in the *Iliad*", en *AJPh*, nº 79.4, 337-354.
- ARNASON, J.P. & EISENSTADT, S.N. & WITTROCK, B. (eds.) 2005, *Axial Civilizations and World History*, Brill, Leiden.
- ARNOULD, D. 1981, *Guerre et Paix dans le Poésie Grecque: de Callinos à Pindare*, Arno Press, New York.
- AUSTIN, M.M. 1970, *Greece and Egypt in the Archaic Age*, Cambridge.
- AYMARD, A. 1967, "Mercenariat et l'histoire grecque", en AYMARD, A. (ed.), *Etudes d'Histoire Ancienne*, Presses Universitaires de France, Paris, 487-498.
- BAKER, P. 1999, "Les mercenaires", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 240-256.
- BASLEZ, M.F. 1999, "L'impérialisme grec aux Ve et IVe siècles", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 5-15.
- BASSETT, S.E. 1922, "On the use of two spears in Homeric warfare", en *CJ*, nº 18, 104 ss.
- BEKKER-NIELSEN, T. 2001, "Academic science and warfare in the Classical World", en BEKKER-NIELSEN, T. & HANNESTAD, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, nº 22, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Reitzels, Copenhagen, 120-129.
- & HANNESTAD, L. (eds.) 2001, *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, nº 22, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Copenhagen.
- BERNABÉ, A. 1998, "Hom. *amphibrotos* y mic. a-pi-qo-to, ¿un caso de etimología popular?", en *Corolla Complutensis in Memoriam Josephi S. Lasso de la Vega*, Editorial Complutense, Madrid, 39-48.
- BERNARD, N. 2000, *À l'Épreuve de la Guerre. Guerre et Société dans le Monde Grec, Ve et IVe Siècles avant notre ère*, Seli Arslan, Paris.
- BEST, J.G.P. 1969, *Thracian Peltast and their Influence on Greek Warfare*, Groningen.
- BETALLI, M. 1999, "La guerre du Péloponnèse", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 335-354.
- BEYE, Ch.R. 1961, "A new meaning for *naús* in the Catalogue", en *AJPh*, nº 82.4, 370-378.
- 1964, "Homeric battle narrative and catalogues", en *HSCP*, nº 68, 345-373.
- BIANCHI BANDINELLI, R. (dir.) 1982-, *Historia y Civilización de los Griegos, vol. I*, Icaria / Bosch, Barcelona.
- BICKWELL, P. 1970, "The command structure and generals of the Marathon campaign", en *Antiquité Classique*, nº 39, 427-442.
- BIGWOOD, J.M. 1983, "The ancient accounts of the battle of Cunaxa", en *AJPh*, nº 104.4, 340-357.

- BLACK, J. 1998, "Military organisations and military change in historical perspective", en *JMH*, nº 62.4, 871-892.
- BLAMIRE, A. 2001, "Athenian finance, 454-404 B.C.", en *Hesperia*, nº 70.1, 99-126.
- BLÁZQUEZ, J.M. 1989, "Grecia Arcaica", en BLÁZQUEZ, J.M. & LÓPEZ MELERO, R. & SAYAS, J.J., *Historia de Grecia Antigua*, Cátedra, Madrid, 309-408.
- BLOCK, J.H. & LARDINOIS, A. (eds.) 2006, *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches*, Brill, Leiden.
- BLOEDOW, E.F. 1993, "Hermocrates' strategy against the Athenians in 415 BC", en *AHB*, nº 7.4, 115-124.
- 2000, "Why did Sparta rebuff the Athenians at Ithome in 462 BC?", en *AHB*, 14.3, 89-101.
- BLYTH, P.H. 1982, "The structure of the hoplite shield in the Museo Gregoriano Etrusco", en *Monumenti, Musei e Gallerie Pontifice*, nº 3, 5-21.
- 1988a, "Metallurgie des armes de bronze", en Rolley, C. ed., *Techniques Antiques du Bronze*, Université du Borgogne, Dijon, 53-58.
- 1988b, "Metallurgy of bronze armour", en *Praktika tou XII Diethnous Synedriou Klasikes Archaeologias*, vol. 3, Plastiké, Athena, 293-296.
- BOARDMAN, J. 1980, *The Greeks Overseas*, London.
- 1997, *Athenian Black-Figure Vases. A Handbook*, Thames & Hudson, London.
- 1998, *Early Greek Vase-Painting. 11th-6th Centuries BC*, Thames & Hudson, London.
- BOËLDIEU-TREVET, J. 1997, "Brasidas: la naissance de l'art du commandement", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 147-158.
- BOERSMA, J. 2000, "Peisistratos' building activity reconsidered", en SANCISI-WEERDENBURG, H. (ed.), *Peisistratos and the Tyranny. A Reappraisal of the Evidence*, Gieben, Amsterdam, 49-56.
- LE BOHEC-BOUHET, S. 1999, "Les techniques de la guerre au IV^e s.", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IV^e s. av. J.C.*, Errance, Paris, 257-275.
- VON BOTTINI, A. et al. (eds.) 1988, *Antike Helme. Sammlung Lipperheide und andere Bestände des Antikenmuseums Berlin*, Mainz.
- BOUCHER, A. 1912, "La tactique grecque à l'origine de l'histoire militaire", en *REG*, nº 25, 300-317.
- BOUZEK, J. 1983, "The legacy of late Geometric art", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 69-73.
- BOWDEN, H. 1995, "Hoplites and Homer: Warfare, hero cult, and the ideology of the polis", en RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, London, 45-63.
- BOWIE, E. 1990, "Miles ludens? The problem of martial exhortation in early Greek elegy", en MURRAY, O. (ed.), *Symptotica: A Symposium on the Symposium*, Clarendon, Oxford, 221-229.

- BOWRA, C.M. 1930, *Tradition and Design in the Iliad*, Clarendon Press, Oxford.
- 1938, *Early Greek Elegists*, London.
- BRADEEN, D.W. 1947, “The Lelantine War and Pheidon of Argos”, en *TAPhA*, nº 78, 223-241.
- BRAUN, T.F.R.G. 1982a, “The Greeks in the Near East”, en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 1-31.
- 1982b, “The Greeks in Egypt”, en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 32-56.
- BRAVO, G. 1997, *Historia del Mundo Antiguo. Una Introducción Crítica*, Alianza, Madrid.
- BREMMER, J.N. 1990, “Adolescents, symposion and pederasty”, en MURRAY, O. (ed.), *Symptotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 135-148.
- BRIANT, P. (ed.) 1995, *Dans les Pas des Dix-Mille: Peuples et Pays du Proche-Orient vus par un Grec*, Toulouse.
- BROCK, R. 1991, “The emergence of democratic ideology”, en *Historia*, nº 40.2, 161-169.
- BROCK, R. & HODKINSON, S. (eds.) 2000, *Alternatives to Athens. Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece*, Oxford University Press, Oxford.
- BROUT, L. 1990, “The meal at the Hyakinthia: ritual consumption and offering”, en MURRAY, O. (ed.), *Symptotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 162-176.
- BRULÉ, P. 1999, “La mortalité de guerre en Grèce classique: l'exemple d'Athènes de 490 à 322”, en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 51-68.
- & OUHLEN, J. (eds.) 1997, *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes.
- & ——— (eds.) 1999, *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes.
- BRYANT, J.M. 1990, “Military technology and socio-cultural change in the ancient Greek city”, en *Sociological Review*, nº 38.3, 484-516.
- BUCK, R.J. 1981, “Epidaurians, Aeginetans and Athenians”, en SHRIMPSON, G.S. & MCCARGAR, D.J. (eds.), *Classical Contributions: Studies in Honor of M.F. McGregor*, Locust Valley, Austin, 5-13.
- 1987, “Boiotians at Thermopylae”, en *AHB*, nº 1.3, 54-60.
- 1988, “The Sicilian Expedition”, en *AHB*, nº 2.4, 73-79.
- BUCKLER, J. 1985, “Epaminondas and the *embolon*”, en *Phoenix*, nº 39.2, 134-143.
- BUGH, G.R. 1982, “Introduction of the katalogeis of the Athenian cavalry”, en *TAPhA*, nº 112, 23-32,
- 1988, *The Horsemen of Athens*, Princeton.

- BURKERT, W. 1983, "Itinerant diviners and magicians: a neglected element in cultural contacts", en Hägg, R. ed., *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 115-119.
- BURCKHARDT, L.A. 1995, "Söldner und Bürger als Soldaten für Athen", en EDER, W. (ed.), *Die athenische Demokratie im 4. Jahrhundert v. Chr.*, Stuttgart, 107-133.
- 1996, *Bürger und Soldaten: Aspekte der politischen und militärischen Rolle athenaischer Bürger im Kriekswesen des 4. Jahrhunderts v. Chr.*, Stuttgart.
- BURN, A. 1962, *Persia and the Greeks: the defence of the West, c. 546-478 BC*, London.
- BURNETT, A.P. 1983, *Three Archaic Poets: Archilocus, Alcaeus, Sappho*, Cambridge.
- CARAWAN, E. 1998, *Rhetoric and the Laws of Draco*, Clarendon Press.
- CARLIER, P. 1999, "Guerre et paix dans les discours et l'action politiques de Démosthène", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 89-107.
- CARTLEDGE, P. 1977, "Hoplites and heroes: Sparta's contribution to the technique of ancient warfare", en *JHS*, n° 97, 11-23.
- 1979, *Sparta and Laconia, a Regional History, 1300-362 BC*, London.
- 1981, "En torno a la revolución espartana", en AA.VV., *El Marxismo y los Estudios Clásicos*, Akal, Madrid (traducción española de *Arethusa*, n° 8, 1975), 51-72.
- 1993, "Review article: ancient warfare", en *International History Review*, n° 15, 323-328.
- 1996a, "Comparatively equal", en OBER, J. & HEDRICK, C. (eds.), *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey, 175-185.
- 1996b, "La nascita degli opliti e l'organizzazione militare", en SETTIS, S. (ed.), *I Greci: Storia, Cultura, Arte, Società. Vol. II.I, Formazione*, G. Einaudi, Torino, 681-714.
- 1997, "Writing the history of archaic Greek political thought", en FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London, 379-399.
- 1998, "The *machismo* of the Athenian Empire - or the reign of the *phaulus*?", en FOXHALL, L. & SALMON, J. (eds.), *When Men Were Men: Masculinity, Power and Identity in Classical Antiquity*, Routledge, London, 54-67.
- 2000, "Greek political thought: the historical context", en ROWE, Ch. & SCHOFIELD, M. (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Political Thought*, Cambridge University Press, NY, 11-22.
- 2001a, "The effects of the Peloponnesian (Athenian) War on Athenian and Spartan Societies", en MCCANN, D. & STRAUSS, B.S. (eds.), *War and Democracy. A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War*, Sharpe, NY, 104-123.
- 2001b, "The birth of the hoplite: Sparta's contribution to early Greek military organization", en CARTLEDGE, P. (ed.), *Spartan Reflections*, Duckworth, London, 153-166.
- CARTLEDGE, P. (ed.) 2001, *Spartan Reflections*, Duckworth, London.

- CASSIN, E. 1968, "A propos du char de guerre en Mésopotamie", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 297-308.
- CAVANAGH, W.G. 1994, "Surveys, cities and synoecism", en RICH, J. & WALLACE-HADRILL, A. (eds.), *City and Country in the Ancient World*, Routledge, London, 97-118.
- CAWKWELL, G.L. 1978, *Philip of Macedon*, London.
- 1989, "Orthodoxy and hoplites", en *Classical Quarterly*, n° 39.2, 375-389.
- 1995, "Early Greek tyranny and the people", en *CQ*, n° 45.1, 73-86.
- 1997, *Thucydides and the Peloponnesian war*, Oxford.
- CHANDEZON, Ch. 1999, "L'économie rurale et la guerre", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 195-208.
- CHANTRAINE, P. 1958, *Grammaire Homérique*, 2 vols., Klincksieck, Paris.
- 1963, "À propos de Thersite", en *Antiquité Classique*, n° 32, 18-27.
- 1990, *Dictionnaire Étymologique de la Langue Grecque: Histoire des Mots*, 2 vols., Klincksieck, Paris.
- CHRIST, M.R. 2001, "Conscription of hoplites in classical Athens", en *Classical Quarterly*, n° 51.2, 398-422.
- CHUECA, A. 1991, "Los peltastas tracios en el siglo V a.C.", en *Hispania Antiqua*, n° 15, 133-137.
- COBET, J. 1986, "Herodotus and Thucydides on war", en MOXON, I.S. & SMART, J.D. & WOODMAN, A.J. (eds.), *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge University Press, Cambridge, 1-18.
- COLDSTREAM, J.N. 1968, *Greek Geometric Pottery. A Survey of Ten Local Styles and Their Chronology*, Methuen, London.
- 1977, *Geometric Greece*, New York.
- 1983, "Gift exchange in the 8th century BC", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 201-206.
- COLESANTI, G. 1995, "La disposizione delle armi in Alc. 140V", en *RFIC*, n° 123.4, 385-408.
- CONNOLLY, P. 1986, *La Leyenda de Ulises*, Anaya, Madrid.
- 1998a, "Legion versus phalanx", en *Military Illustrated*, n° 124, 36-41.
- 1998b, *Greece and Rome at War*, GreenHill Books, London.
- CONNOR, W.R. 1988, "Early greek land warfare as symbolic expression", en *Past and Present*, n° 119, 3-27.
- COURBIN, P. 1968, "La guerre en Grèce a haute époque d'après les documents archéologiques", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 69-92.

- CRANE, G. 2001, "The case of Plataea: small states and the (re-)invention of political realism", en MCCANN, D. & STRAUSS, B.S. (eds.), *War and Democracy. A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War*, Sharpe, NY, 127-160.
- VAN CREVELD, M. 1989, *Technology and War: From 2000 BC to the Present*, Free Press, New York.
- 1991, *The Transformation of War*, Free Press, New York.
- CRIELAARD, J.P. 1995, "Homer, history and archaeology: some remarks on the date of the Homeric World", en CRIELAARD, J.P. (ed.), *Homeric Questions: Essays in Philology, Ancient History and Archaeology*, Gieben, Amsterdam, 201-288.
- (ed.) 1995, *Homeric Questions: Essays in Philology, Ancient History and Archaeology*, Gieben, Amsterdam.
- CROUWELL, J.H. 1992, *Chariots and Other Wheeled Vehicles in Iron Age Greece*, Amsterdam.
- 1995, "Chariots in Homer and in early Iron Age Greece", en CRIELAARD, J.P. (ed.), *Homeric Questions: Essays in Philology, Ancient History and Archaeology*, Gieben, Amsterdam, 309-312.
- CROWTHER, N.B. 1999, "Athlete as warrior in the ancient Greek games. Some reflections", en *Nikephoros*, nº 12, 121-130.
- DALBY, A. 1997, "Homer's enemies. Lyric and epic in the 7th century", en FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London, 195-211.
- DAVIES, J.K. 1997, "The origins of the Greek polis. Where should we be looking", en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 24-38.
- DAWKINS, R.M. (ed.) 1929, *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta. Excavated and Described by the Members of the British School at Athens, 1906-1910*, MacMillan, London.
- DAWSON, D. 1996, *The Origins of Western Warfare. Militarism and Morality in the Ancient World*, Westview, Oxford.
- DEACY, S. 2000, "Athena and Ares: war, violence and warlike deities", en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 285-298.
- DEMAKOPOULOU, K. et al. (eds.) 1999, *Gods and Heroes of the European Bronze Age*, Thames & Hudson, London.
- DESBOROUGH, V.R. d'A. 1952, *Protogeometric Pottery*, Clarendon Press, Oxford.
- 1972, *The Greek Dark Ages*, London.
- DESCAT, R. 1995, "Marché et tribut: l'approvisionnement des Dix-Mille", en BRIANT, P. (ed.), *Dans les Pas des Dix-Mille: Peuples et Pays du Proche-Orient vus par un Grec*, Toulouse, 99-108.
- DESCOEUDRES, J.P. (ed.) 1990, *Greek Colonists and Native Populations*, Clarendon Press, Oxford.
- DÉTIENNE, M. 1968a, "La phalange, problèmes et controverses", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Paris, Mouton, 119-142.
- 1968b, "Remarques sur le char en Grèce", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Paris, Mouton, 313-319.

- 1967, *Les Maîtres de Verité dans la Grèce Archaïque*, Paris.
- DEVINE, A.M. 1994, "The short sarissa: tactical reality or scribal error?", en *AHB*, nº 8.4, 132.
- DEVOTO, J. 1989, "Pelopidas and Kleombrotos at Leuktra", en *AHB*, nº 3.6, 115-118.
- DIXON, N. 1991, *Sobre la Psicología de la Incompetencia Militar*, Anagrama, Barcelona.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. 1993, *La Pólis y la Expansión Colonial Griega. Siglos VIII-VI*, Síntesis, Madrid.
- 1997, "El tirano y el juicio de la posteridad", en PRESEDO, F.J. & GUINEA, P. & CORTÉS COPETE, J.M. & URÍAS, R. (eds.), *Chaire. II Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo (Sevilla, 18-21 de diciembre de 1995). Homenaje al profesor Fernando Gascó*, Scriptorium, Sevilla, 329-346.
- 2003, "La Grecia arcaica", en GÓMEZ PANTOJA, J. (coord.), *Historia antigua (Grecia y Roma)*, Ariel, Barcelona.
- & PLÁCIDO, D. & GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. & GASCÓ DE LA CALLE, F. (eds.) 1999, *Historia del Mundo Clásico a través de sus Textos, vol. 1: Grecia*, Alianza, Madrid.
- DONLAN, W. 1970a, "Archilochus, Strabo and the Lelantine War", en *TAPhA*, nº 101, 131-142.
- 1970b, "Changes and shifts in the meaning of *demos* in the literature of the Archaic period", en *PP*, nº 135, 381-95.
- 1973a, "The origin of 'kalós kagathós'", en *AJPh*, nº 94.4, 365-374.
- 1973b, "The tradition of anti-aristocratic thought in early Greek poetry", en *Historia*, nº 22.2, 145-154.
- 1980, *The Aristocratic Ideal in Ancient Greece: Attitudes of Superiority from Homer to the End of the Fifth Century BC*, Coronado Press, Lawrence.
- 1985, "The social groups of Dark Age Greece", en *CPh*, nº 80.4, 293-308.
- 1989, "Homeric *temenos* and the land economy of the Dark Age", en *MH*, nº 46.3, 129-145.
- 1997, "The relations of power in the pre-state and early state polities", en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 39-48.
- DREWS, R. 1972, "The first tyrants in Greece", en *Historia*, nº 21, 129-144.
- 1979, "Phoenicians, Carthage and the Spartan *eunomia*", en *AJPh*, nº 100.1, 45-58.
- 1983, *Basileus: the Evidence for Kingship in Geometric Greece*, Yale University Press, New Haven.
- DUCAT, J. 1997, "La cryptie en question", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 43-74.
- 1999, "La société spartiate et la guerre", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 35-50.

- DUCREY, P. 1985, *Guerre et Guerriers dans la Grèce Antique*, Payot, Paris.
- 1997, “Aspects de l’histoire de la guerre en Grèce ancienne, 1945-1996”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 123-39.
- 2002, “Armée et pouvoir dans la Grèce antique, d’Agamemnon à Alexandre”, en CHANIOTIS, A. & DUCREY, P. (eds.), *Army and Power in the Ancient World*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 51-60.
- DUNBABIN, T.J. 1962, *Perachora. The Sanctuaries of Hera Akraia and Limenia. Excavations of the British School of Archaeology at Athens, 1930-1933*, vol. II, Clarendon Press, Oxford.
- DUNCAN-JONES, R.F. 1980, “Metic numbers in periclean Athens”, en *Chiron*, nº 10, 101-109.
- DUSANIC, S. 1997, “Platon, la question méssénienne et les guerres contre les Barbares”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 75-86.
- ECHEVERRÍA, F. 2005a, “El hoplita y la esencia de ‘lo hoplítico’: un caso de terminología militar en la Grecia Clásica”, en *Studia Historica*, nº 23, 75-93.
- 2005b, “Describir la guerra. La narración de los acontecimientos militares en las fuentes griegas”, en ECHEVERRÍA, F. & MONTES, M.Y. (eds.), *Actas del IV Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Antigua, 25 de abril de 2005*, Madrid, 37-52.
- 2005c, “Homero y la guerra en Grecia en época arcaica”, en *Actas del XI Congreso Español de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, Santiago de Compostela, 15-21 de Septiembre 2003*, Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, 455-468.
- 2006a, “Identidad cívica y participación militar en la Grecia Arcaica”, en PLÁCIDO, D. & VALDÉS, M. & ECHEVERRÍA, F. & MONTES, Y. (eds.), *La Construcción Ideológica de la Ciudadanía. Identidades Culturales y Sociedad en el Mundo Griego Antiguo*, Actas de la IV Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo, 15-17 de noviembre de 2004, Editorial Complutense, Madrid, 87-108.
- 2006b, “La identidad del hoplita griego, entre lo militar y lo social”, en ECHEVERRÍA, F. & MONTES, M.Y. (eds.), *Ideología, Estrategias de Definición y Formas de Relación Social en el Mundo Antiguo*, Actas del V Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Antigua, 12-14 de Junio de 2006, Madrid, 123-134.
- EDER, W. 1988, “Political self-confidence and resistance: the role of demos and plebs after the expulsion of the tyrant in Athens and the king in Rome”, en YUGE, T. & DOI, M. (eds.), *Forms of Control and Subordination in Antiquity*, Leiden, 465-475.
- VAN EFFENTERRE, H. 1970, “Clisthène et les mesures de mobilisation”, en *REG*, nº 89, 1-17.
- EHRENBERG, V. 1937, “When did the polis rise?”, en *JHS*, nº 57, 147-159.
- 1960, *The Greek State*, London.
- EMANUELE, P.D. 1989, “The battle of Mytilene: the engagement at the harbour mouth”, en *AHB*, nº 3.5, 91-92.
- ENGELS, D.W. 1980, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, London.

- ÉTIENNE, R. 1999, "Jason de Phères et Philippe II: stratégies de deux *condottieri*", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 276-286.
- EUBEN, J.P. & WALLACH, J.R. & OBER, J. (eds.) 1994, *Athenian Political Thought and the Reconstruction of American Democracy*, Cornell University Press, London.
- EVANS, J.A.S. 1982, "The oracle of the 'wooden wall'", en *CJ*, n° 78, 24-29.
- 1988, "The 'wooden wall' again", en *AHB*, n° 2.2, 25-30.
- EVERSON, T. 2004, *Warfare in Ancient Greece. Arms and Armour from the Heroes of Homer to Alexander the Great*, Stroud, Sutton.
- FALKNER, C.L. 1992, "Thucydides and the Peloponnesian raid on Piraeus in 429 BC", en *AHB*, n° 6.4, 147-155.
- 1995, "The battle of Syme, 411 BC – Thucydides 8.42", en *AHB*, n° 9.3-4, 117-124.
- FEHR, B. 1990, "Entertainment and the *symposion*: the *akletoi* in the archaic period", en MURRAY, O. (ed.), *Sympotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 185-195.
- FERNÁNDEZ NIETO, F.J. (coord.) 2005, *Historia antigua de Grecia y Roma*, Tirant lo Blanch, Valencia.
- FERNÁNDEZ URIEL, P. 1993, *Introducción a la Historia Antigua. 2: El mundo griego*, UNED, Madrid.
- FERRILL, A. 1997, *The Origins of War: from the Stone Age to Alexander the Great*, Oxford.
- FEUGÈRE, M. 1994, *Casques Antiques: Visages de la Guerre de Mycènes à l'Antiquité Tardive*, Paris.
- FEYEL, Ch. 1999, "Aperçu sur le financement de la guerre dans la cité classique", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 209-222.
- FIGUEIRA, Th. 1985, "Herodotus on the early hostilities between Aegina and Athens", en *AJPh*, n° 106.1, 49-74.
- FINLEY, M.I. 1964, *The World of Odysseus*, Chatto & Windus, London.
- 1968, "Sparta", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Paris, Mouton, 143-160.
- 1970, *Early Greece. The Bronze and Archaic Ages*, Chatto & Windus, London.
- 1976, "The freedom of the citizen in the Greek world", en *Talanta*, n° 7, 1-23.
- 1986, *The Use and Abuse of History*, Hogarth Press, London.
- 1991, *Politics in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1999, "La guerre et l'empire", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 85-105.
- FISHER, N. 1998, "Violence, masculinity and the law in Classical Athens", en FOXHALL, L. & SALMON, J. (eds.), *When Men Were Men: Masculinity, Power and Identity in Classical Antiquity*, Routledge, London, 68-97.

- 2000, “Hybris, revenge and stasis in the Greek city-states”, en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 83-123.
- FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.) 1997, *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London.
- FITTSCHEN, K. 1973, *Der Schild des Achilleus (Archaeologia Homerica N1)*, Göttingen.
- FORNIS, C. 2003, “*Mache krates* en la guerra de Corinto: las batallas hoplíticas de Nemea y Coronea (394 a.C.)”, en *Gladius*, nº 23, 141-160.
- 2004, “*To xenikon en Korinthoi*: Ifícrates y la revolución subhoplítica”, en *Habis*, nº 35, 71-86.
- FORREST, W.G. 1966, *The Emergence of Greek Democracy. The Character of Greek Politics, 800-400 BC*, World University Library, London.
- 1980, *A History of Sparta 950-192 BC*, London.
- FOXHALL, L. 1995, “Farming and fighting in ancient Greece”, en RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, London, 134-145.
- 1997, “A view from the top. Evaluating the Solonian property classes”, en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 113-136.
- FRANZ, J. 2000, *Krieger, Bauern, Bürger. Untersuchungen zu den Hoplitzen der archaischen und klassischen Zeit*, Europäische Hochschulschriften, Reihe III, Bd. 925, Frankfurt.
- FRASER, A.D. 1942, “The myth of the hoplite scrimmage”, en *CW*, nº 36, 15-16.
- FRENCH, A. 1993, “A note on the the size of the athenian armed forces in 431 BC”, en *AHB*, nº 7, 43-48.
- FRÖHLICH, P. 1999, “Les magistrats de la guerre”, en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 108-136.
- FROST, F. 1981, “Politics in early Athens”, en SHRIMPTON, G.S. & MCCARGAR, D.J. (eds.), *Classical Contributions: Studies in Honor of M.F. McGregor*, Locust Valley, Austin, 33-39.
- 1984, “The Athenian military before Cleisthenes”, en *Historia*, nº 33, 283-294.
- FUKS, A. 1971, “Thucydides and the stasis in Corcyra: Thuc. III, 82-3 versus [Thuc.] III, 84”, en *AJPh*, nº 92.1, 48-55.
- GABRIEL, R. & METZ, K.S. (eds.) 1991, *From Sumer to Rome: the Military Capabilities of Ancient Armies*, Westport, London.
- GABRIELLI, M. 1995, “Transport et logistique militaire dans l’Anabase”, en BRIANT, P. (ed.), *Dans les Pas des Dix-Mille: Peuples et Pays du Proche-Orient vus par un Grec*, Toulouse, 109-122.
- GABRIELSEN, V. 1994, *Financing the Athenian Fleet. Public Taxation and Social Relations*, John Hopkins University Press, London.
- 2001, “Naval warfare: its economic and social impact on Greek cities”, en BEKKER-NIELSEN, T. & HANNESTAD, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, nº 22, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Reitzels, Copenhagen, 72-89.

- 2002, “The impact of armed forces on government and politics in archaic and classical Greek poleis: a response to Hans van Wees”, en CHANIOTIS, A. & DUCREY, P. (eds.), *Army and Power in the Ancient World*, Franz Steiner, Stuttgart, 83-98.
- GAGARIN, M. 1986, *Early Greek Law*, University of California Press, Berkeley.
- GALLEGO, J. 2005, *Campesinos en la Ciudad. Bases Agrarias de la Pólis Griega y la Infantería Hoplita*, Ediciones Del Signo, Buenos Aires.
- GARCÍA SÁNCHEZ, M. 2005, “Los orígenes de Grecia: la sociedad arcaica y el nacimiento de la pólis”, en FERNÁNDEZ NIETO, F.J. (coord.), *Historia Antigua de Grecia y Roma*, Tirant lo Blanch, Valencia, 61-84.
- GARELLI, P. 1968, “Note sur l'évolution du char de guerre en Mésopotamie jusqu'à la fin de l'Empire assyrien”, en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 291-296.
- GARLAN, Y. 1968, “Fortifications et histoire grecque”, en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 245-260.
- 1975, *War in the Ancient World: A Social History*, London.
- 1992a, “La poliorcétique”, en *Dossiers de l'Archeologie*, n° 172 (*Les Fortifications Grecques de Mycenes à Alexandre*), 28-35.
- 1992b, “La fortification: un fait de civilisation”, en *Dossiers de l'Archeologie*, n° 172 (*Les Fortifications Grecques de Mycenes à Alexandre*), 36-41.
- 1992c, “Textes et fortifications”, en *Dossiers de l'Archeologie*, n° 172 (*Les Fortifications Grecques de Mycenes à Alexandre*), 52-57.
- 1999a, “L'homme et la guerre”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 17-44.
- 1999b, “Les causes de la guerre chez Platon et Aristote”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 69-84.
- GEDDES, A.G. 1984, “Who's who in Homeric society?”, en *CQ*, n° 34.1, 17-36.
- GERCKE, A. 1921, “Der neue Tyrtaios”, en *Historia*, 346-354.
- GILLIS, D. 1971, “The revolt at Mytilene”, en *AJPh*, n° 92.1, 38-47.
- GOLDSWORTHY, A.K. 1997, “The *othismos*, myths and heresies: the nature of hoplite battle”, en *War in History*, n° 4.1, 1-26.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. 1988, “La lírica arcaica como fuente histórica: condicionantes y perspectivas”, en *Estudios Clásicos*, n° 94, 7-22.
- 1998, *Introducción a la Grecia Antigua*, Alianza, Madrid.
- 2001, *Historia de Grecia Antigua*, Akal, Madrid.
- GOMME, A.W. 1937, *Essays in Greek History and Literature*, Clarendon Press, Oxford.
- 1966, *Historical Commentary on Thucydides*, vol. 3, Clarendon Press, Oxford.
- 1969, *Historical Commentary on Thucydides*, vol. 2, Clarendon Press, Oxford.

- 1971, *Historical Commentary on Thucydides*, vol. 1, Clarendon Press, Oxford.
- GOMME A.W. & ANDREWES, A. & DOVER, K.J. 1970, *Historical Commentary on Thucydides*, vol. 4, Clarendon Press, Oxford.
- 1981, *Historical Commentary on Thucydides*, vol. 5, Clarendon Press, Oxford.
- GRAHAM, A.J. 1971, "Patterns in early Greek colonisation", en *JHS*, nº 91, 35-47.
- 1982a, "The colonial expansion of Greece", en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 83-162.
- 1982b, "The Western Greeks", en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 163-195.
- GREEN, P. 1996, *The Greco-Persian Wars*, Berkeley University Press, Berkeley.
- GREENHALGH, P.A.L. 1972, "Patriotism in the Homeric world", en *Historia*, nº 21.4, 528-537.
- 1973, *Early Greek Warfare: Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1980, "The Dendra charioteer", en *Antiquity*, nº 54, 201-205.
- 1982, "The Homeric therapon and oraon and their historical implications", en *BICS*, nº 29, 81-90.
- GRIFFITH, G.T. 1935, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge.
- GRIFFITHS, A. 1995, "Non-aristocratical elements in archaic poetry", en POWELL, A. (ed.), *The Greek World*, Routledge, London, 85-103.
- HAAS, Ch.J. 1985, "Athenian naval power before Themistocles", en *Historia*, nº 34.1, 29-46.
- HACK, H.M. 1978, "Thebes and the Spartan hegemony, 386-382 BC", en *AJPh*, nº 99.2, 210-227.
- HACKER, B.C. 1994, "Military institutions, weapons, and social change: toward a new history of military technology", en *Technology and Culture*, nº 35.4, 768-834.
- HACKETT, J. (ed.) 1989, *Warfare in the Ancient World*, London.
- HÄGG, R. 1983, "Burial custom and social differentiation in 8th century Argos", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 27-31.
- HÄGG, R. (ed.) 1983, *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund.
- HAMEL, D. 1995, "Strategoi on the bema: the separation of political and military authority in fourth-century Athens", en *AHB*, nº 9.1, 25-39.
- HAMILTON, Ch.D. 1970, "Spartan politics and policy, 405-401 BC", en *AJPh*, nº 91.3, 294-314.
- 1999a, "The hellenistic world", en RAAFLAUB, K. & ROSENSTEIN, N. (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, Center for Hellenic Studies, Harvard University Press, Cambridge, 163-192.

- 1999b, “Thucydides on the end of the Peloponnesian War”, en HAMILTON, Ch.D. (ed.), *Polis and Polemos: Essays on Politics, War and History in Ancient Greece*, Claremont, 193-223.
- HAMILTON, Ch.D. (ed.), *Polis and Polemos: Essays on Politics, War and History in Ancient Greece*, Claremont.
- HAMMOND, N.L.G. 1967, *A History of Greece to 322 BC*, Oxford.
- 1982, “The Peloponnese”, en *Cambridge Ancient History*, vol. 3.3, *The Expansion of the Greek World, Eighth to Sixth Centuries BC*, Cambridge University Press, Cambridge, 321-359.
- 1997, “What may Philip have learnt as a hostage in Thebes?”, en *GRBS*, nº 38.4, 355-372.
- HANFMANN, G.M.A. 1957, “Narration in Greek art”, en *AJA*, nº 61.1, 71-78.
- HANNESTAD, L. 2001, “War and Greek art”, en BEKKER-NIELSEN, T. & HANNESTAD, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, nº 22, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Reitzels, Copenhagen, 110-119.
- HANSEN, M.H. 1981, “The number of Athenian hoplites in 431 BC”, en *Symbolae Osloenses*, nº 56, 19-32.
- 1982, “Demographic reflections on the number of Athenian citizens, 451-309”, en *American Journal of Ancient History*, nº 7, 172-189.
- 1993, “Introduction”, en HANSEN, M.H. (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhagen, 7-29.
- 1998, *Polis and City-State. An Ancient Concept and Its Modern Equivalent*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 76, Munksgaard, Copenhagen.
- HANSEN, M.H. (ed.) 1993, *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhagen.
- HANSON, V.D. 1990, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*, Oxford University Press, Oxford.
- 1991a, “Ideology of hoplite battle”, en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 3-11.
- 1991b, “Hoplite technology in phalanx battle”, en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 63-86.
- 1991c, “The future of Greek Military History”, en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 253-256.
- 1992, “Cannae”, en COWLEY, R. (ed.), *Experience of War. An Anthology of Articles from MHQ (the Quarterly Journal of Military History)*, Norton, London, 42-49.
- 1996, “Hoplites into democrats: the changing ideology of Athenian infantry”, en OBER, J. & HEDRICK, C. (eds.), *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey, 289-312.
- 1998, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, University of California Press, Berkeley.

- 1999a, *The Other Greeks. The Family Farm and the Agrarian Roots of Western Civilisation*, University of California Press, Berkeley.
- 1999b, *The Wars of the Ancient Greeks*, Cassell History of Warfare, Cassell, London.
- 1999c, “Épaminondas, la bataille de Leuctres (371 av.J.-C.) et la “révolution” dans la tactique grecque”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 241-260.
- 1999d, “The status of Ancient Military History: traditional work, recent research and on-going controversies”, en *JMH*, n° 63.2, 379-413
- 2000, “Hoplite battle as ancient Greek warfare. When, where and why?”, en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 201-232.
- 2001, “Democratic warfare, ancient and modern”, en MCCANN, D. & STRAUSS, B.S. (eds.), *War and Democracy. A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War*, Sharpe, NY, 3-33.
- 2004, *Matanza y Cultura. Batallas Decisivas en el Auge de la Civilización Occidental*, Turner, Madrid.
- 2005a, “Genesis of infantry, 600-350 BC”, en PARKER, G. (ed.), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, Cambridge, 15-29.
- 2005b, “From phalanx to legion, 350-250 BC”, en PARKER, G. (ed.), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, Cambridge, 30-45.
- 2005c, “The Roman way of war, 250BC - AD300”, en PARKER, G. (ed.), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, Cambridge, 46-58.
- HANSON, V.D. (ed.) 1991, *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London.
- HARRIS, E.M. 1997, “A new solution to the riddle of the *seisachteia*”, en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 103-112.
- 2002, “Did Solon abolish debt-bondage?”, en *CQ*, n° 52.2, 415-430.
- HARRIS, H.A. 1963, “Greek javelin throwing”, en *G&R*, n° 10.1, 26-36.
- HAUBOLD, J. 2000, *Homer's People. Epic Poetry and Social Formation*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HELBIG, W. 1909, “Ein homerischer Rundschild mit einem Bügel”, en *Jahreshefte des Österreichischen Archäologischen Instituts in Wien*, n° 12, 1-70.
- 1911, “Über die Einführungszeit der geschlossenen Phalanx”, en *Sitzungsberichte der Königlich Bayerischen Akademie der Wissenschaften*, Philosophisch-philologische und historische Klasse, n° 12, 3-41.
- HERTZ, R. 1973, “The pre-eminence of the right hand: a study in religious polarity”, en NEEDHAM, R. (ed.), *Right & Left. Essays on Dual Symbolic Classification*, University of Chicago Press, Chicago, 3-31.
- HIJMAN, B.L. 1976, “Archers in the *Iliad*”, en ZADOCKS-JOSEPHUS JITTA, A.N. (ed.), *Festoen*, Groningen, 343-352.

- HILLER, S. 1983, "Possible historical reasons for the rediscovery of the Mycenaean past in the age of Homer", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 9-14.
- HILLINGSØ, K.G.H. 2001, "War in History. Doctrine, leadership and effect on society", en BEKKER-NIELSEN, T. & HANNESTAD, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, n° 22, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Reitzels, Copenhagen, 166-175.
- HODGE, A.T. & LOSADA, L.A. 1970, "The time of the shield signal at Marathon", en *AJA*, n° 74.1, 31-36.
- HODKINSON, S. 1995, "Warfare, wealth, and the crisis of Spartiate society", en RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, London, 146-176.
- HODKINSON, S. & POWELL, A. (eds.) 1994, *The Shadow of Sparta*, Routledge, London.
- & — (eds.) 1999, *Sparta: New Perspectives*, Duckworth, London.
- HOLLADAY, A.J. 1982, "Hoplites and heresies", en *JHS*, n° 102, 94-104.
- HOLLADAY, A.J. & GOODMAN, M.G. 1986, "Religious scruples in ancient warfare", en *CQ*, n° 36.1, 151-171.
- HOLLEY, I.B. 1971, *Ideas and Weapons*, Hamden.
- HOLOKA, J.P. 1997, "Marathon and the myth of the same-day march", en *GRBS*, n° 38.4, 329-354.
- HORNBLOWER, S. 2000, "Sticks, stones and Spartans: the sociology of Spartan violence", en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 57-82.
- HUNT, P. 1997, "Helots at the battle of Plataea", en *Historia*, n° 46, 129-144.
- 1998, *Slavery, Warfare and Ideology in the Greek Historians*, Cambridge.
- HURWIT, J.M. 2002, "Reading the Chigi Vase", en *Hesperia*, n° 71, 1-22.
- JACKSON, A. 1991, "Hoplites and gods", en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 228-249.
- 1995, "War and raids for booty in the world of Odysseus", en RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, London, 64-76.
- JACQUEMIN, A. 1999, "La marine", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IV^e s. av. J.C.*, Errance, Paris, 223-239.
- 2000, *Guerre et Religion dans le Monde Grec (490-322 av.J.C.)*, Sedes, Paris.
- JAMESON, M.H. 1991, "Sacrifice before battle", en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 197-227.
- 1992, "The political and socio-economic structure of the Greek polis", en *SIFC*, n° 85, 153-160.
- 1997, "Women and democracy in fourth-century Athens", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 95-108.

- JARVA, E. 1995, *Archaiaologia on Archaic Greek Body Armour*, Studia Archaeologica Septentrionalia, Societas Historica Finlandiae Septentrionalis, Rovaniemi.
- JEFFERY, L.H. 1962, "The campaign between Athens and Aegina in the years before Salamis (Herodotus VI, 87-93)", en *AJPh*, nº 83.1, 44-54.
- 1976, *Archaic Greece, the City-States, c.700-500 BC.*, E. Benn, London.
- JOHANSEN, K.F. 1966, *Les Vases Sicyoniens. Étude Archéologique*, Bretschneider, Roma.
- JOHNSTON, A. 1983, "The extent and use of literacy", en HÄGG, R. (ed.) 1983, *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 63-68.
- DE JONG, I.J.F. 1995, "Homer as literature: some current areas of research", en CRIELAARD, P. (ed.), *Homeric Questions: Essays in Philology, Ancient History and Archaeology*, Gieben, Amsterdam, 127-146.
- JOST, M. 1999, "Les divinités de la guerre", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IV^e s. av. J.C.*, Errance, Paris, 163-178.
- KAGAN, D. 1969, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, Ithaca.
- 1974, *The Archidamian War*, Ithaca.
- 1981, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Ithaca.
- 1991, *The Fall of the Athenian Empire*, Ithaca.
- 1994, "Athenian strategy in the Peloponnesian War", en MURRAY, W. & KNOX, M. & BERNSTEIN, A. (eds.), *The Making of Strategy. Rulers, States and War*, Cambridge University Press, New York, 24-55.
- 1996, *On the Origins of War and the Preservation of Peace*, Anchor Books, New York.
- KAPLAN, P. 2002, "The social status of the mecenary in Archaic Greece", en GORMAN, V.B. & ROBINSON, E.W. (eds.), *Oikistes: Studies in Constitutions, Colonies and Military Power in the Ancient World*, Brill, Leiden, 229-243.
- KEEGAN, J. 1994, *A History of Warfare*, Alfred A. Knopf, New York.
- 2004, *The Face of Battle. A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*, Pimlico, London.
- KELLY, Th. 1970, "Did the Argives defeat the Spartans at Hysiae in 669 BC?", en *AJPh*, nº 91.1, 31-42.
- 1976, *A History of Argos to 500 B.C.*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- KIECHLE, F. 1963, *Lakonien und Sparta*, C.H. Beck, München.
- KING, C. 1970, "The homeric corslet", en *AJA*, nº 74.3, 294-296.
- KINZL, K.H. 1989, "Regionalism in classical Athens? (or: an anachronism in Herodotus 1.59.3?)", en *AHB*, nº 3.1, 5-9.
- KIRK, G.S. 1949, "Heraclitus and death in battle (fr. 24D)", en *AJPh*, nº 70.4, 384-393.
- 1960, "Objective dating criteria in Homer", en *MH*, nº 17.4, 189-205.
- 1962, *The Songs of Homer*, Cambridge University Press, Cambridge.

- 1968, “War and the warrior in the Homeric poems”, en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Mouton, Paris, 93-118.
- KRENTZ, P. 1985a, “The nature of hoplite battle”, en *CA*, nº 4, 50-61.
- 1985b, “Casualties in hoplite battles”, en *GRBS*, nº 26, 13-29.
- 1991, “The *salpinx* in Greek warfare”, en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 110-120.
- 1994, “Continuing the *othismos* on *othismos*”, en *AHB*, nº 8.2, 45-49.
- 1999, “The strategic culture of Periclean Athens”, en HAMILTON, C.D. (ed.), *Polis and Polemos: Essays on Politics, War and History in Ancient Greece*, Claremont, 55-72.
- 2000, “Deception in archaic and classical Greek warfare”, en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 167-200.
- 2002, “Fighting by the rules. The invention of the hoplite *agón*”, en *Hesperia*, nº 71, 23-39.
- KOZAK, H.J. & HARTMANN, A.V. (eds.) 2001, *War, Peace and World Orders in European History*, Routledge, Abingdon.
- KROMAYER, J. & VEITH, G. 1963, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, C.H. Beck, München.
- KYLE, D.G. 1997, “The first hundred Olympiads: a process of decline or democratization?”, en *Nikephoros*, nº 10, 53-75.
- LAMMERT, F. 1921a, “Schild”, en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, nº 2.3, 420-427.
- 1921b, “Schlachtordnung”, en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, nº 2.3, 436-494.
- 1932, “*Synaspismós*”, en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, nº 2.8, 1328-1330.
- 1938, “Phalanx”, en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, nº 19.2, 1624-1646.
- LANE, A. 1971, *Greek Pottery*, Faber, London.
- LANG, A. 1910, *The World of Homer*, London.
- LANG, M. 1954, “The generation of Peisistratus”, en *AJPh*, nº 75.1, 59-73.
- LANGDON, S. (ed.) 1997, *New Light on the Dark Age*, Columbia.
- LATACZ, J. 1977, *Kampfparänese, Kampfdarstellung und Kampfwirklichkeit in der Ilias, bei Kallinos und Tyrtaios*, Col. Zetemata, nº 66, Munich.
- 1994, “Between Troy and Homer: the so-called Dark Ages in Greece”, en *Storia, Poesia e Pensiero nel Mondo Antico: Studi in onore di Marcello Gigante*, Nápoles, 347-363.
- 1996, *Homer. His Art and His World*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

- 2003, *Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma*, Destino, Barcelona.
- LATACZ, J. (ed.) 1979, *Homer: Tradition und Neuerung*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt.
- 1991, *Zweihundert Jahre Homer-Forschung: Rückblick und Ausblick*, Teubner, Stuttgart.
- LAVELLE, B.M. 1984, "Herodotus on the Argives of Kourion", en *Hermes*, nº 112, 249-252.
- 1989, "*Epikouroi* in Thucydides", en *AJPh*, nº 110.1, 36-39.
- 1992, "Herodotos, Skythian archers, and the *doryphoroi* of the Peisistratids", en *Klio*, nº 74, 78-97.
- 1997, "*Epikouros* and *epikouroi* in early Greek literature and history", en *GRBS*, nº 38.3, 229-262.
- 2002, "The apollodoran date for Archilochus", en *CPh*, nº 97.4, 344-351.
- LAZENBY, J.F. 1985, *The Spartan Army*, Warminster.
- 1991, "The killing zone", en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 87-109.
- 1993, *The Defence of Greece, 490-479 BC*, London.
- 1995, "The *archaia moira*: a suggestion", en *CQ*, nº 45.1, 87-91.
- LAZENBY, J. & WHITEHEAD, D. 1996, "The myth of the hoplite's *hoplon*", en *CQ*, nº 46.1, 27-33.
- LEFEVRE, Fr. 1999, "Delphes et la guerre au IV^e s.", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IV^e s. av. J.C.*, Errance, Paris, 179-194.
- LEJEUNE, M. 1968, "La civilisation mycénienne et la guerre", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce ancienne*, Mouton, Paris, 31-52.
- LEMONNIER, P. 1986, "The study of material culture today: toward an anthropology of technical systems", en *Journal of Anthropological Archaeology*, nº 5, 147-186.
- 1992, *Elements for an Anthropology of Technology*, Ann Arbor, Michigan.
- LENARDON, R.J. 1981, "Thucydides and Hellanikos", en SHRIMPTON, G.S. & MCCARGAR, D.J. (eds.), *Classical Contributions: Studies in Honor of M.F. McGregor*, Locust Valley, Austin, 59-70.
- LONDON, J.E. 1999, "Spartan honor", en HAMILTON, C.D. (ed.), *Polis and Polemos: Essays on Politics, War and History in Ancient Greece*, Claremont, 105-126.
- 2000, "Homeric vengeance and the outbreak of Greek wars", en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 1-30.
- LÉVÊQUE, P. 1993, "El papel de la religión en la génesis de las ciudades", en *Revista de Occidente*, nº 143, 43-60.
- 1997, "*Hipponactea*, ou de quelques esclaves d'Ephèse", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 19-24.

- LÉVÊCQUE, P. & VIDAL-NAQUET, P. 1960, "Epaminondas pythagoricien ou le probleme tactique de la droite et de la gauche", en *Historia*, nº 9, 294-308.
- LÉVY, E. 1983, "*Astu et polis* dans l'*Iliade*", en *Ktema*, nº 8, 55-73.
- 1997, "Libres et non-libres dans le code de Gortyne", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 25-42.
- LEWIS, D.M. 1981, "The origins of the First Peloponnesian War", en SHRIMPTON, G.S. & MCCARGAR, D.J. (eds.), *Classical Contributions: Studies in Honor of M.F. McGregor*, Locust Valley, Austin, 71-78.
- LEWIS, N. 1941, "Solon's agrarian legislation", en *AJPh*, nº 62.2, 144-156.
- LIDDELL HART, B. 1946, *Revolution in Warfare*, Faber and Faber, London.
- 1983, *El Otro Lado de la Colina*, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid.
- 2000, *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, 2 vols., Caralt, Barcelona.
- LISSARRAGUE, F. 1990a, "Around the *krater*: an aspect of banquet imagery", en MURRAY, O. (ed.), *Sympotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 196-212.
- 1990b, *L'Autre Guerrier. Archers, Peltastes, Cavaliers dans l'Imaginerie Attique*, La Découverte, Paris.
- LITTAUER, M.A. 1972, "The military use of the chariot in the Aegean in the late Bronze Age", en *AJA*, nº 76.2, 145-157.
- LLOYD, A.B. (ed.) 1996, *Battle in Antiquity*, Duckworth, London.
- LLOYD, G. 1973, "Right and left in Greek philosophy", en NEEDHAM, R. (ed.), *Right & Left. Essays on Dual Symbolic Classification*, University of Chicago Press, Chicago, 167-186.
- LONGO, O. 1983, "Uomini e navi della flotta ateniese nella seconda metà del V secolo", en *Mus-Pat*, nº 1, 221-249.
- LÓPEZ MELERO, R. & PLÁCIDO, D. & PRESEDO, F. (eds.) 1992, *Historia Universal. Edad Antigua, vol. 1a: Grecia y Oriente Próximo*, Vicens-Vives, Barcelona.
- LORIMER, H.L. 1947, "The hoplite phalanx with special reference to the poems of Archilochus and Tyrtaeus", en *ABSA*, nº 42, 76-138.
- 1950, *Homer and the Monuments*, Macmillan, London.
- LUGINBILL, R.D. 1994, "*Othismos*: the importance of the mass-shove in hoplite warfare", en *Phoenix*, nº 48.1, 51-61.
- 2002, "Tyrtaeus 12 West: Come join the Spartan Army", en *CQ*, nº 52.2, 405-414.
- LURAGHI, N. 2002, "Helots called Messenians? A note on Thuc. 1.101.2", en *CQ*, nº 52.2, 588-592.
- MACKSEY, K. 2001, *Errores Militares de la Segunda Guerra Mundial*, Salvat, Barcelona.
- MANICAS, P. 1982, "War, stasis and greek political thought", en *Comparative Studies in Society and History*, nº 24.4, 673-688.

- MARTIN, A. 1886, *Les Cavaliers Athéniens*, Paris.
- MASSARO, V. 1978, "Herodotos' account of the battle of Marathon and the picture on the Stoa Poikile", en *Antiquité Classique*, nº 47, 458-475.
- MAURER, K. 2002, "Thucydides 7.63.3 on the sailors 'considered' Athenian", en GORMAN, V.B. & ROBINSON, E.W. (eds.), *Oikistes: Studies in Constitutions, Colonies and Military Power in the Ancient World*, Brill, Leiden, 271-283.
- MCCANN, D. & STRAUSS, B.S. (eds.) 2001, *War and Democracy. A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War*, Sharpe, London.
- MCGLEW, J.F. 1993, *Tyranny and political culture in Ancient Greece*, Ithaca.
- MCKECHNIE, P. 1994, "Greek mercenary troops and their equipment", en *Historia*, nº 43.3, 297-305.
- MEIGGS, R. & LEWIS, D. (eds.) 1969, *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the Fifth Century BC*, Clarendon Press, Oxford.
- MEIKSINS WOOD, E. 1996, "Demos versus 'we, the people': freedom and democracy", en OBER, J. & HEDRICK, Ch. (eds.), *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey, 121-138.
- MEISSNER, B. 1999, *Die technologische Fachliteratur der Antike: Struktur, Überlieferung und Wirkung technischen Wissens in der Antike (ca. 400 v. Chr.-ca. 500 n. Chr.)*, Akademie Verlag, Berlin.
- 2002, "Krieg und Strategie bei den Griechen", en *Seminari Romani di Cultura Greca*, nº 5.1, 107-135.
- en prensa 1, "Early Greek strategic and tactical teaching, and literature".
- en prensa 2, "Between values and reality: the experience of war in the Hellenistic period".
- MEYER, E. 1965, *Geschichte des Altertums*, vol. III, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt.
- MEYER, E.A. 1999, "The outbreak of the Peloponnesian War after 25 Years", en HAMILTON, C.D. (ed.), *Polis and Polemos: Essays on Politics, War and History in Ancient Greece*, Claremont, 23-54.
- MICHEL, H. 1990, *La Segunda Guerra Mundial*, 2 vols., Akal, Madrid.
- MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.) 1997, *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London.
- MITCHELL, S. 1996, "Hoplite warfare in ancient Greece", en LLOYD, A.B. (ed.), *Battle in Antiquity*, Duckworth, London, 87-107.
- MOLINA, H. 1979, *Grecia entre los Siglos XII y VI a.C.*, Cincel-Kapelusz, Madrid.
- MONTENEGRO DUQUE, A. & SOLANA SAINZ, J.M. 1987, "La transformación política y social de Grecia en los siglos VIII al VI. De la aristocracia a la tiranía", en MONTENEGRO DUQUE, A. (coord.), *Gran Historia Universal. Vol. 3: El Mundo Griego*, Nájera, Madrid, 158-176.
- MORGAN, C. 1997, "The archaeology of sanctuaries in Early Iron Age and archaic *ethne*. A preliminary view", en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 168-198.

- 2001, "Symbolic and pragmatic aspects of warfare in the Greek world of the 8th to 6th centuries BC", en BEKKER-NIELSEN, T. & HANNESTAD, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, n° 22, Royal Danish Academy of Sciences and Letters, Reitzels, Copenhagen, 20-44.
- MORRIS, I. 1987, *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek City-State*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1988, "Tomb cult and the "Greek renaissance": the past in the present in the 8th century BC", en *Antiquity*, n° 62, 750-761.
- 1994, "The early polis as city and state", en RICH, J. & WALLACE-HADRILL, A. (eds.), *City and Country in the Ancient World*, Routledge, London, 25-58.
- 1996, "The strong principle of equality and the archaic origins of Greek Democracy", en OBER, J. & HEDRICK, Ch. (eds.), *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey, 19-48.
- 1997, "Archaeology and archaic Greek history", en FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London, 1-91.
- 2004, "Equality and the origins of Greek democracy", en ROBINSON, E.W. (ed.), *Ancient Greek Democracy: Readings and Sources*, Blackwell, Oxford, 45-74.
- MORRIS, I. & POWELL, B. (eds.) 1997, *A New Companion to Homer*, Brill, Leiden.
- MORRIS, I. & RAAFLAUB, K.A. (eds.) 1997, *Democracy 2500: Questions and challenges*, Archaeological Institute of America, Colloquia and Conference Papers, n° 2, Dubuque.
- MORRISON, J.S. & COATES, J.F. 1999, "L'équipage de la trière", en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 133-148.
- MORRISON, J.S. & WILLIAMS, R.T. 1968, *Greek Oared Ships*, Cambridge.
- MOSSÉ, C. 1964a, "Le rôle de l'armée dans la révolution de 411 à Athènes", en *Revue Historique*, n° 231, 1-10.
- 1964b, "Classes sociales et régionalisme à Athènes au début du VI^e siècle", en *Antiquité Classique*, n° 33, 401-413.
- MÜLLER, Ch. 1999, "La défense du territoire civique: stratégies et organisation spatiale", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IV^e s. av. J.C.*, Errance, Paris, 16-34.
- MUNN, M. 2002, "Thucydides on Plataea, the beginning of the Peloponnesian War and the 'Attic Question'", en GORMAN, V.B. & ROBINSON, E.W. (eds.), *Oikistes: Studies in Constitutions, Colonies and Military Power in the Ancient World*, Brill, Leiden, 245-269.
- MURRAY, O. 1980, *Early Greece*, Harvester, Brighton.
- 1983, "The symposion as social organisation", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 195-199.
- 1990a, "Symptotic history", en MURRAY, O. (ed.), *Sympotica: A Symposium on the Symposium*, Clarendon, Oxford, 3-13.

- 1990b, “The affair of the Mysteries: democracy and the drinking group”, en MURRAY, O. (ed.), *Symptotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 149-161.
- 1993, “*Polis* and *politeia* in Aristotle”, en HANSEN, M.H. (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhague, 197-210.
- MURRAY, O. (ed.) 1990, *Symptotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford.
- MURRAY, O. & PRICE, S. (eds.) 1990, *The Greek City from Homer to Alexander*, Clarendon Press, Oxford.
- MURRAY, W. & KNOX, M. & BERNSTEIN, A. (eds.) 1994, *The Making of Strategy. Rulers, States and War*, Cambridge University Press, New York.
- NAGY, G. 1979, *The Best of the Achaeans. Concepts of the Hero in Archaic Greek Poetry*, John Hopkins University Press, Baltimore.
- 1992, “Homeric questions”, en *TAPhA*, nº 122, 17-60.
- 1996a, *Homeric Questions*, University of Texas Press, Austin.
- 1996b, *Poetry as Performance: Homer and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 2003, *Homeric Responses*, University of Texas Press, Austin.
- NEEDHAM, R. (ed.) 1973, *Right & Left. Essays on Dual Symbolic Classification*, University of Chicago Press, Chicago.
- NEEFT, C.W. 1987, *Protocorinthian Subgeometric Aryballoi*, Allard Pierson, Amsterdam.
- NIERHAUS, R. 1938, “Eine frühgriechische Kampfform”, en *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, nº 53.1-2, 90-113.
- NILSSON, M.P. 1928, “Die Hoplitentaktik und das Staatswesen”, en *Klio*, nº 22, 240-249.
- 1929, “The introduction of hoplite tactics at Rome: its date and its consequences”, en *JRS*, nº 19, 1-11.
- 1936, *The Age of the Early Greek Tyrants*, Belfast.
- NOBLE, J.V. 1966, *The Techniques of Painted Attic Pottery*, Faber & Faber, London.
- NOTOPOULOS, J. 1941, “The slaves at the battle of Marathon”, en *AJPh*, nº 62.3, 352-354.
- NUSSBAUM, G.B. 1959, “The captains in the army of the Ten Thousand”, en *Classica et Mediaevalia*, nº 20, 16-29.
- 1967, *The Ten Thousand. A Study of Social Organisation and Action in Xenophon's Anabasis*, Brill, Leiden.
- OBBER, J. 1991, “Hopliters and obstacles”, en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The classical Greek battle experience*, Routledge, London, 173-196.
- 1993, “The *polis* as a society. Aristotle, John Rawls and the Athenian social contract”, en HANSEN, M.H. (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhague, 129-160.
- 1996a, “The Athenian revolution of 508/7 BC: violence, authority and the origins of democracy”, en OBBER, J. (ed.), *The Athenian Revolution*, Princeton, 32-52.

- 1996b, “The rules of war in Classical Greece”, en OBER, J. (ed.), *The Athenian Revolution*, Princeton, 53-71.
- 1996c, “Thucydides, Pericles and the strategy of defense”, en OBER, J. (ed.), *The Athenian Revolution*, Princeton, 72-85.
- 1996d, “The nature of Athenian democracy”, en OBER, J. (ed.), *The Athenian Revolution*, Princeton, 107-122.
- 1996e, “The Athenians and their democracy”, en OBER, J. (ed.), *The Athenian Revolution*, Princeton, 123-139.
- 1999, “Les règles de la guerre en Grèce classique”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *La Guerre en Grèce à l'Époque Classique*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 219-240.
- OBER, J. (ed.) 1996, *The Athenian Revolution*, Princeton.
- OBER, J. & HEDRICK, Ch. (eds.) 1996, *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey.
- O'CONNELL, R.L. (1992), “The origins of war”, en COWLEY, R. (ed.), *Experience of War. An Anthology of Articles from MHQ (the Quarterly Journal of Military History)*, Norton, London, 3-11.
- ODGEN, D. 1996, “Homosexuality and warfare in ancient Greece”, en LLOYD, A.B. (ed.), *Battle in Antiquity*, Duckworth, London, 108-168.
- OLIVA, P. 1992, “The polis in early Greek society”, en *SIFC*, nº 85, 105-119.
- OSBORNE, R. 1985, *Demos, the Discovery of Classical Attika*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1987, *Classical Landscape with Figures: The Ancient Greek City and its Countryside*, London.
- 1989, “A crisis in archaeological history? The seventh century BC in Attica”, en *ABSA*, nº 84, 297-322.
- 1992, “Les fortifications rurales”, en *Dossiers de l'Archeologie*, nº 172 (*Les Fortifications Grecques de Mycenes à Alexandre*), 42-51.
- 1997a, “Law and laws. How do we join up the dots?”, en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 74-82.
- 1997b, “Early Greek colonization? The nature of Greek settlement in the West”, en FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London, 251-269.
- 1998, *La Formación de Grecia, 1200-479 a.C.*, Crítica, Barcelona.
- OSTWALD, M. 1986, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law: Law, Society and Politics in Fifth-Century Athens*, Berkeley.
- PARKE, H.W. 1933, *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsus*, Oxford.
- PARKER, G. 2005, “The Western way of war”, en PARKER, G. (ed.), *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, Cambridge, 1-11.

- PARKER, G. (ed.) 2005, *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge University Press, Cambridge.
- PARKER, R. 1996, *Athenian Religion*, Clarendon, Oxford.
- 2000, "Sacrifice and battle", en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 299-314.
- PARKER, V. 1991, "The dates of the Messenian Wars", en *Chiron*, nº 21, 25-47.
- 1993, "Some dates in early Spartan history", en *Klio*, nº 75, 45-60.
- PELLIZER, E. 1990, "Outlines of a morphology of sympotic entertainment", en MURRAY, O. (ed.), *Symptica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 177-184.
- PEMBERTON, E. 2000, "Agones hieroi. Greek athletic contests in their religious context", en *Nikephoros*, nº 13, 111-123.
- PÉREZ, A. 1988, *La Civilización Griega*, Anaya, Madrid.
- PERRIN-SAMINADAYAR, E. 1999, "Si vis pacem, gere bellum. L'aspiration à la paix dans la société athénienne, de la guerre du Péloponnèse à la guerre lamiaque", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux V^e et IV^e s. av. J.C.*, Errance, Paris, 147-162.
- PICARD, O. 2000, *Guerre et Économie des l'Alliance Athénienne (490-322 av.J.C.)*, Sedes, Paris.
- PICCIRILLI, L. 1978, "Solone e la guerra per Salamina", en *ASNP*, nº 3.8.1, 1-13.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D. 1990, "Las transiciones en el mundo antiguo: mecanismo de transformación y criterios de cambio", en *Revista de Occidente*, nº 104, 79-95.
- 1991, "Los marcos de la ciudadanía y de la vida ciudadana en Roma y en Atenas en el desarrollo del Arcaísmo", en *Florentia Iliberritana*, nº 2, 419-434.
- 1993a, "La comunidad de los elegidos", en *Revista de Occidente*, nº 143, 27-42.
- 1993b, "Desvelar la realidad social en las fuentes de tema bélico: el ejemplo de Tucídides", en *Actas II Congreso Peninsular de Historia Antigua* (Coimbra, 1991), Coimbra, 77-81.
- 1993c, "La terminología de los contingentes militares atenienses en la Guerra del Peloponeso. Entre las necesidades estratégicas y la evolución social e ideológica", en *Lexis*, nº 11, 73-108.
- 1993d, *Las Claves del Mundo Griego: 2700-323 a.C.*, Planeta, Barcelona.
- 1994, "Grecia", en ALVAR, J. & PLÁCIDO, D. & BAJO, F. & MANGAS, J., *Manual de Historia Universal, vol. II, Historia Antigua*, Historia 16, Madrid, 219-457.
- 1995, "La definición de los espacios sacros en la formación de la ciudad griega: el caso de Atenas", en *Ilu*, nº 0, 207-216.
- 1997, *La Sociedad Ateniense. La Evolución Social en Atenas durante la Guerra del Peloponeso*, Crítica, Barcelona.
- 2002, "La ciudad griega arcaica: las comunidades, los territorios y el mundo imaginario", en CRESPO, E. & BARRIOS, M.J. (coords.), *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos (21-25 de septiembre de 1999)*, Vol. 3, 5-19.

- PLANT, I.M. 1994, "The battle of Tanagra: a Spartan initiative?", en *Historia*, nº 43.3, 259-274.
- PODLECKI, A.J. 1969, "Three Greek soldier-poets: Archilochus, Alcaeus, Solon", en *Classical World*, nº 63.3, 73-80.
- DE POLIGNAC, F. 1984, *La Naissance de la Cité Grecque*, Éditions de la Découverte, Paris.
- POPOWICZ, E. 1995, "La guerra total en la Grecia Clásica (431-338)", en *Polis*, nº 7, 219-245.
- POTTIER, E. 1901, *Vases Antiques du Louvre. Salles E-G. Le Style Archaïque à Figures Noires et à Figures Rouges Écoles Ionienne et Attique*, Hachette, Paris.
- POSTLETHWAITE, N. 1988, "Thersites in the *Iliad*", en *GR*, nº35.2, 123-136.
- POUILLOUX, J. & KONTOLEON, N.M. & SCHERER, A. & DOVER, K.J. & PAGE, D. & BUHLER, W. & WISTRAND, E. & SNELL, B. & REVERDIN, O. & TREU, M. 1964, *Archiloque*, Fondation Hardt, Genève.
- POWELL, A. (ed.) 1995, *The Greek World*, Routledge, London.
- PRESTIANNI, A.M. 1995, "Il bronzo e la pietra. Strumenti di guerra e tecniche di combattimento nell'*Anabasi* di Senofonte", en BRIANT, P. (ed.), *Dans les Pas des Dix-Mille: Peuples et Pays du Proche-Orient vus par un Grec*, Toulouse, 21-40.
- PRITCHETT, W.K. 1957, "New light on Plataia", en *AJA*, nº 61.1, 9-28.
- 1958a, "New light on Thermopylai", en *AJA*, nº 62.2, 203-213.
- 1958b, "Observations on Chaironeia", en *AJA*, nº 62.3, 307-311.
- 1959, "Toward a restudy of the battle of Salamis", en *AJA*, nº 63.3, 251-262.
- 1965, *Studies in Ancient Greek Topography, vol. I*, University of California Press, Berkeley.
- 1969, *Studies in Ancient Greek Topography, vol. II. Battlefields*, University of California Press, Berkeley.
- 1971, *The Greek State at War, vol. I*, University of California Press, Berkeley.
- 1974, *The Greek State at War, vol. II*, University of California Press, Berkeley.
- 1979a, *The Greek State at War, vol. III*, University of California Press, Berkeley.
- 1979b, "Plataiai", en *AJPh*, nº 100.1, 145-152.
- 1980, *Studies in Ancient Greek Topography, vol. III*, University of California Press, Berkeley.
- 1982, *Studies in Ancient Greek Topography, vol. IV*, University of California Press, Berkeley.
- 1985a, *The Greek State at War, vol. IV*, University of California Press, Berkeley.
- 1985b, *Studies in Ancient Greek Topography, vol. V*, University of California Press, Berkeley.
- 1989, *Studies in Ancient Greek Topography, vol. VI*, University of California Press, Berkeley.
- 1991, *The Greek State at War, vol. V*, University of California Press, Berkeley.
- PROST, F. 1999, "Les combattants de Marathon: idéologie et société hoplitiques à Athènes au Ve s.", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 69-88.

- PROST, F. (ed.) 1999, *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris.
- PUHVEL, J. 1983, "Homeric questions and Hittite answers", en *AJPh*, nº 104.3, 217-227.
- PURCELL, N. 1990, "Mobility and the polis", en MURRAY, O. & PRICE, S. (eds.), *The Greek City from Homer to Alexander*, Clarendon Press, Oxford, 29-58.
- QUESADA SANZ, F. 1993, "Notas sobre el uso del arco y las flechas en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro", en RODRÍGUEZ NEILA, J.F. (coord.), *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, vol. 1, Córdoba, 235-248.
- 1994, "Machaira, kopis, falcata", en DE LA VILLA, J. (ed.), *Dona Ferentes: Homenaje a Francisco Torrent*, Ediciones Clásicas, Madrid, 75-94.
- 1997a, *El Armamento Ibérico. Estudio Tipológico, Geográfico, Funcional, Social y Simbólico de las Armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, 2 vols., Monique Mergoïl, Montagnac.
- 1997b, "Aspectos de la guerra en el Mediterráneo antiguo", en ANTONA DEL VAL, V. & AZCUE BREA, L. & GARCÍA CASTRO, J.A. (coords.), *La Guerra en la Antigüedad. Una Aproximación al Origen de los Ejércitos en Hispania*, Ministerio de Defensa, Madrid, 33-52.
- 1999, "Soldada, moneda, tropas ciudadanas y mercenarios profesionales en el antiguo Mediterráneo: el caso de Grecia", en *Moneda i Exèrcits. III Curs d'Historia Monetaria d'Hispania*, Gabinet Numismàtic de Catalunya, 9-38.
- 2002, "La evolución de la panoplia, modos de combate y tácticas de los iberos", en QUESADA, F. & MORET, P. (coords.), *La Guerra en el Mundo Ibérico y Celtibérico (ss. VI-II a.C.)*, Casa de Velázquez, Madrid, 35-64.
- 2003, "Lavar con sangre la humillación: armas y valores del guerrero en la *Odisea*", en CABRERA, P. & OLMOS, R. (coords.), *Sobre la Odisea: Visiones desde el Mito y la Arqueología*, Polifemo, Madrid, 125-146.
- RAAFLAUB, K.A. 1983, "Democracy, oligarchy and the concept of the 'free citizen' in late fifth century Athens", en *Political Theory*, nº 11.4, 517-544.
- 1991, "Homer und die Geschichte des 8. Jh.s v.Chr.", en LATACZ, J. (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung, Rückblick und Ausblick*, Teubner, Stuttgart, 205-256.
- 1993, "Homer to Solon: The rise of the polis. The written sources", en HANSEN, M.H. (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhagen, 41-105.
- 1994, "Democracy, power and imperialism in fifth-century Athens", en EUBEN, J.P. & WALLACH, J.R. & OBER, J. (eds.), *Athenian Political Thought and the Reconstruction of American Democracy*, Cornell University Press, London, 103-146.
- 1996, "Equalities and inequalities in Athenian democracy", en OBER, J. & HEDRICK, Ch. (eds.), *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey, 139-174.
- 1997a, "Soldiers, citizens and the evolution of the early Greek polis", en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 49-59.

- 1997b, “Politics and interstate relations in the world of early Greek poleis: Homer and beyond”, en *Antichthon*, nº 31, 1-27.
- 1997c, “A historians headache. How to read Homeric society?”, en FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London, 169-193.
- 1997d, “Power in the hands of the people: Foundations of Athenian democracy”, en MORRIS, I. & RAAFLAUB, K.A. (eds.), *Democracy 2500: Questions and Challenges*, Archaeological Institute of America, Colloquia and Conference Papers, nº 2, Dubuque, 31-66.
- 1997e, “The thetes and democracy. A response to Josiah Ober”, en MORRIS, I. & RAAFLAUB, K.A. (eds.), *Democracy 2500: Questions and Challenges*, Archaeological Institute of America, Colloquia and Conference Papers, nº 2, Dubuque, 87-103.
- 1997f, “Greece”, en THOMAS, C.G. (dir.), *Ancient History: Recent Work and New Directions*, Regina Books, Claremont, 1-35.
- 1998a, “The transformation of Athens in the fifth century”, en BOEDEKER, D. & RAAFLAUB, K.A. (eds.), *Democracy, Empire and the Arts in Fifth-Century Athens*, Harvard University Press, Cambridge, 15-41.
- 1998b, “Homer, the Trojan War and history”, en *Classical World*, nº 91.5, 386-403.
- 1999a, “Archaic and Classical Greece”, en RAAFLAUB, K. & ROSENSTEIN, N. (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, Center for Hellenic Studies, Harvard University Press, Cambridge, 129-162.
- 1999b, “The times of Ulysses”, en DEMAKOPOULOU, K. et al. (eds.), *Gods and Heroes of the European Bronze Age*, Thames&Hudson, London, 198-202.
- 2000a, “Poets, lawgivers, and the beginnings of political reflection in Archaic Greece”, en ROWE, Ch. & SCHOFIELD, M. (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Political Thought*, Cambridge University Press, NY, 23-59.
- 2000b, “Zeus Eleutherios, Dionysos the Liberator, and the Athenian Tyrannicides. Anachronistic uses of fifth-century political concepts”, en FLENSTED-JENSEN, P. & NIELSEN, T.H. & RUBINSTEIN, L. (eds.), *Polis and Politics. Studies in Ancient Greek History*, Museum Tusculanum Press, University of Copenhagen, Copenhagen, 249-275.
- 2001, “Father of all, destroyer of all: War in late fifth-century Athenian discourse and ideology”, en MCCANN, D. & STRAUSS, B.S. (eds.), *War and Democracy. A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War*, Sharpe, London, 307-356.
- 2003a, “Stick and glue: the function of tyranny in fifth-century Athenian democracy”, en MORGAN, K.A. (ed.), *Popular Tyranny. Sovereignty and its Discontents in Ancient Greece*, University of Texas Press, Austin, 59-93.
- 2003b, “Die Bedeutung der Dark Ages: Mykene, Troia und die Griechen”, en ULF, Ch. (ed.), *Der neue Streit um Troia. Eine Bilanz*, Beck, 309-329.
- 2004a, “Homer and the beginning of political thought in Greece”, en ROBINSON, E.W. (ed.), *Ancient Greek Democracy: Readings and Sources*, Blackwell, Oxford, 28-40.
- 2004b, *The Discovery of Freedom in Ancient Greece*, University of Chicago Press, Chicago.

- 2005, “Polis, ‘the political’ and political thought: new departures in Ancient Greece, c. 800-500 BC”, en ARNASON, J.P. & EISENSTADT, S.N. & WITTROCK, B. (eds.), *Axial Civilizations and World History*, Brill, Leiden, 253-283.
- 2006, “Athenian and Spartan *eunomia*, or: what to do with Solon’s timocracy?”, en BLOCK, J.H. & LARDINOIS, A. (eds.), *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches*, Brill, Leiden, 390-428.
- en prensa 1, “Homerische Krieger, Protohopliten und die Polis: Schritte zur Lösung alter Probleme”, en MEISSNER, B. & SCHMITT, O. & SOMMER, M. (eds.), *Krieg, Gesellschaft, Institutionen. Beiträge zur einer vergleichenden Kriegsgeschichte*, Akademie Verlag, 229-266.
- en prensa 2, “The breakthrough of Demokratia in mid-fifth-century Athens”.
- en prensa 3, “Warfare in Athenian society”, en SAMONS, L. (ed.), *Cambridge Companion to the Age of Pericles*, Cambridge.
- RAAFLAUB, K.A. (ed.) 2005, *Social Struggles in Archaic Rome. New Perspectives on the Conflict of the Orders*, Blackwell, Oxford.
- RAAFLAUB, K.A. & ROSENSTEIN, N. (eds.) 1999, *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia the Mediterranean, Europe and Mesoamerica*, Center for Hellenic Studies, Harvard University Press, Cambridge.
- RAHE, P.A. 1981, “The annihilation of the Sacred Band at Chaeronea”, en *AJA*, nº 85.1, 84-87.
- RAUDZENS, G. 1990, “War-winning weapons: the measurement of technological determinism in military history”, en *Journal of Military History*, nº 54, 403-433.
- 1989a, “Firepower limitations in modern military history”, en *Journal of the Society for Army Historical Research*, nº 67.271, 130-153.
- 1989b, “Blitzkrieg ambiguities: doubtful usage of a famous word”, en *War and Society*, nº 7.2, 77-94.
- RAWLINGS, L. 2000, “Alternative agonies. Hoplite martial and combat experiences beyond the phalanx”, en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 233-259.
- REBUFFAT, F. 2000, *Guerre et Société dans le Monde Grec (490-322 av.J.C.)*, Sedes, Paris.
- REECE, D.W. 1969, “The technological weakness of the Ancient World”, en *G&R*, nº 16.1, 32-47.
- REGAN, G. 2004, *Historia de la Incompetencia Militar*, Crítica, Barcelona.
- RENFREW, C. & CHERRY, J.F. (eds.) 1986, *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*, Cambridge University Press, Cambridge.
- REQUENA JIMÉNEZ, M. 2005, “La configuración de nuevas estructuras. Tiranos y legisladores”, en FERNÁNDEZ NIETO, F.J. (coord.), *Historia Antigua de Grecia y Roma*, Tirant lo Blanch, Valencia, 85-118.
- RHODES, P.J. 1987, “Thucydides on the causes of the Peloponnesian War”, en *Hermes*, nº 115, 154-165.

- 1993a, *A Commentary on the Aristotelian Athenaion Politeia*, Oxford.
- 1993b, “The Greek *poleis*: Demes, cities and leagues”, en HANSEN, M.H. (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhague, 161-182.
- 1997, “Introduction”, en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 1-8.
- RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.) 1995, *War and Society in the Greek World*, Routledge, London.
- RICH, J. & WALLACE-HADRILL, A. (eds.) 1994, *City and Country in the Ancient World*, Routledge, London.
- RIDLEY, R.T. 1979, “The hoplite as a citizen: Athenian military institutions in their social context”, en *AC*, nº 48, 508-548.
- RIHLL, T. 1995, “War, slavery, and settlement in early Greece”, en RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, London, 77-107.
- ROBERTSON, G.I.C. 1997, “Evaluating the citizen in archaic Greek lyric, elegy and inscribed epigram”, en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 148-157.
- ROBERTSON, N. 1987, “The true meaning of the Wooden wall”, en *CP*, nº 82, 1-20.
- ROBINSON, C.A. 1945, “Athenian politics, 510-486 BC”, en *AJPh*, nº 66.3, 243-254.
- 1946, “The date of Themistocles’ ostracism”, en *AJPh*, nº 67.3, 265-266.
- ROBINSON, E.W. (ed.) 2004, *Ancient Greek Democracy: Readings and Sources*, Blackwell, Oxford.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. 1981, *El Mundo de la Lírica Griega Arcaica*, Madrid.
- RODRÍGUEZ NEILA, J.F. 1993, *Historia Universal Gallach, vol. 3: Antigüedad Clásica I*, Editorial Océano / Instituto Gallach, Barcelona.
- ROEBUCK, C. 1955, “The early Ionian league”, en *CPh*, nº 50.1, 26-40.
- ROGERS, C.J. 1998, “The efficacy of the English longbow: a reply to Kelly deVries”, en *War in History*, nº 5.2, 233-242.
- DE ROMILLY, J. 1968, “Guerre et paix entre cités”, en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 207-220.
- ROLAND, A. 1995, “Science, technology, and war”, en *Technology and Culture*, nº 36.2 Suppl., S83-S99.
- ROSENSTEIN, N. 1990, “War, failure, and aristocratic competition”, en *CPh*, nº 85.4, 255-265.
- ROSIVACH, V.J. 1985, “Managing the athenian fleet, 433-426”, en *AJAH*, nº 10.1, 41-66.
- 2002a, “*Zeugitai* and hoplites”, en *AHB*, nº 16.1-2, 33-43.
- 2002b, “The requirements for the Solonic classes in Aristotle *Ath.Pol.* 7.4”, en *Hermes*, nº 130.1, 36-47.
- 2005, “Notes on the Pentakosiomedimnos’ five hundred *medimnoi*”, en *Classical Quarterly*, nº 55.2, 597-601.

- RÖSLER, W. 1990, "Mnemosyne in the symposion", en MURRAY, O. (ed.), *Symptotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 230-237.
- ROWAN BEYE, Ch. 1961, "A new meaning for 'naus' in the Catalogue", en *AJPh*, nº 82.4, 370-378.
- RUBINSOHN, Z. 1971, "Pheidon of Argos: military reformer or capitalist?", en *Rendiconti Istituto Lombardo*, nº 105, 636-642.
- RUIPÉREZ, M.S. & TOVAR, A. 1978, *Historia de Grecia*, Montaner y Simón, Barcelona.
- RUSSELL, A.G. 1942, "The Greek as a mercenary soldier", en *G&R*, nº 11.33, 103-112.
- RUSSELL, F. 1994, "A note on the Athenian defeat at Notium", en *AHB*, nº 8.2, 35-37.
- RYAN, F.X. 1994, "Thetes and the archonship", en *Historia*, nº 43.3, 369-371.
- SABIN, Ph. 2000, "The face of Roman battle", en *JRS*, nº 90, 1-17.
- SAGE, M.M. 1996, *Warfare in Ancient Greece: A Sourcebook*, Routledge, London.
- SALMON, J. 1977, "Political hoplites?", en *JHS*, nº 97, 84-101.
- 1984, *Wealthy Corinth: a History of the City to 338 BC*, Clarendon, Oxford.
- 1997, "Lopping off the heads? Tyrants, politics and the polis", en MITCHELL, L.G. & RHODES, P.J. (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Routledge, London, 60-73.
- SANCISI-WEERDENBURG, H. 2000, "The tyranny of Peisistratos", en SANCISI-WEERDENBURG, H. (ed.), *Peisistratos and the Tyranny. A Reappraisal of the Evidence*, Gieben, Amsterdam, 1-15.
- SAYAS, J.J. 1988, *Las Ciudades de Jonia y del Peloponeso en el Periodo Arcaico*, Akal, Madrid.
- SCHACHERMEYR, F. 1932, "Tyrtaios", en *RhM*, 129-142.
- SCHWARTZ, A. 2002, "The early hoplite phalanx: order or disarray?", en *Classica et Mediaevalia*, nº 53, 31-64.
- SCHWERTFEGER, T. 1982, "Der Schild des Archilochos", en *Chiron*, nº 12, 253-280.
- SEALEY, R. 1957, "Thucydides, Herodotos, and the causes of war", en *CQ*, nº 7.1/2, 1-12.
- 1960, "Regionalism in archaic Athens", en *Historia*, nº 9.2, 155-180.
- 1975, "The causes of the Peloponnesian War", en *CPh*, nº 70.2, 89-109.
- 1976, *A History of the Greek City-States, ca. 700-338 BC*, University of California Press, Berkeley.
- 1994, *The Justice of the Greeks*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- SEKUNDA, N. & WARRY, J. 2003, *Alexander the Great. His Armies and Campaigns, 334-323 BC*, Osprey Publishing, Oxford.
- SETTIS, S. (ed.) 1996, *I Greci: Storia, Cultura, Arte, Società*, 3 vols., G. Einaudi, Torino.
- SHAY, J. 2000, "Killing rage: physis or nomos - or both?", en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 31-56.
- SHIPLEY, G. 1995, "Introduction: the limits of war", en RICH, J. & SHIPLEY, G. (eds.), *War and Society in the Greek World*, Routledge, London, 1-24.

- SIEWERT, P. 1982, *Die Trittyen Attikas und die Heeresreform des Kleisthenes*, München.
- SINGOR, H.W. 1991, "Nine against Troy. On epic *phalanges*, *promachoi* and an old structure in the story of the *Iliad*", en *Mnemosyne*, nº 44.1-2, 17-62.
- 1995, "*Eni protoisi machesthai*, some remarks on the Ilidiac image of the battlefield", en CRIELAARD, J.P. (ed.), *Homeric Questions: Essays in Philology, Ancient History and Archaeology*, Gieben, Amsterdam, 183-199.
- 2000, "The military side of the Peisistratean tyranny", en SANCISI-WEERDENBURG, H. (ed.), *Peisistratos and the Tyranny. A Reappraisal of the Evidence*, Gieben, Amsterdam, 107-129.
- SNELL, B. 1969, *Tyrtaios und die Sprache des Epos*, Hypomnemata nº 22, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.
- SNODGRASS, A. 1964, *Early Greek Armours and Weapons from the end of the Bronze Age to 600 BC*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- 1965a, "The hoplite reform and history", en *JHS*, nº 85, 110-122.
- 1965b, "L'introduzione degli opliti in Grecia e in Italia", en *Rivista Storica Italiana*, nº 77, 434-444.
- 1971, *The Dark Age of Greece. An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eighth Century BC*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- 1974, "An historical Homeric society?", en *JHS*, nº 94, 114-125.
- 1980, *Archaic Greece: The Age of Experiment*, Dent, London.
- 1983, "Two demographic notes", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 167-171.
- 1986, "Interaction by design: the Greek city-state", en RENFREW, C. & CHERRY, J.F. (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-political Change*, Cambridge University Press, Cambridge, 47-58.
- 1990, "Survey archaeology and the rural landscape of the Greek city", en MURRAY, O. & PRICE, S. (eds.), *The Greek City from Homer to Alexander*, Clarendon Press, Oxford, 113-136.
- 1992, "Les premières fortifications grecques", en *Dossiers de l'Archeologie*, nº 172 (*Les Fortifications Grecques de Mycenes à Alexandre*), 20-27.
- 1993a, "The hoplite reform revisited", en *DHA*, nº 19.1, 47-61.
- 1993b, "The rise of the *polis*. The archaeological evidence", en HANSEN, M.H. (ed.), *The Ancient Greek City-State*, Historisk-Filosofiske Meddelelser, nº 67, Munksgaard, Copenhagen, 30-40.
- 1994, "Archaeology and the study of the Greek city", en RICH, J. & WALLACE-HADRILL, A. (eds.), *City and Country in the Ancient World*, Routledge, London, 1-24.
- 1999, *Arms and Armor of the Greeks*, John Hopkins University Press, New York.
- SORDI, M. (ed.) 1990, *Dulce et decorum est pro patria mori. La morte in combattimento nell'antichità*, en CISA, nº 16, Milán.

- SOURVINOU-INWOOD, C. 1983, "A trauma in flux: death in the 8th century and after", en HÄGG, R. (ed.), *The Greek Renaissance of the 8th Century BC*, Paul Aströms Förlag, Lund, 33-48.
- SPENCE, I.G. 1987, "Athenian cavalry numbers in the Peloponnesian War; *IG I³ 375* revisited", en *ZPE*, nº 67, 167-175.
- 1993, *The Cavalry of Classical Greece. A Social and Military History*, Oxford.
- SPENCER, N. 1995, "Multi-dimensional group definition in the landscape of rural Greece", en SPENCER, N. (ed.), *Time, Tradition and Society in Greek Archaeology. Bridging the Great Divide*, Routledge, London, 28-42.
- SPENCER, N. (ed.) 1995, *Time, Tradition and Society in Greek Archaeology. Bridging the Great Divide*, Routledge, London.
- STARR, Ch.G. 1957, "The early Greek city-state", en *PP*, nº 53, 97-108.
- 1961, "The decline of the early Greek kings", en *Historia*, nº 10, 129-138.
- 1962, "Why did the Greeks defeat the Persians?", en *PP*, nº 17, 321-332.
- 1964, "La storia greca arcaica. Saggio sul metodo di ricostruzione", en *RF*, nº 92, 5-23.
- 1965a, *A History of the Ancient World*, Oxford University Press, Oxford.
- 1965b, "The credibility of early Spartan history", en *Historia*, nº 14, 257-272.
- 1966, "Homeric cowards and heroes", en WALLACH, L. (ed.), *The Classical Tradition: Literary and Historical Studies in Honor of Harry Caplan*, Cornell UP, Ithaca, 58-63.
- 1968, "Ideas of truth in early Greece", en *PP*, nº 23, 348-359.
- 1977, *The Economic and Social Growth of Early Greece, 800-500 BC*, Oxford University Press, Oxford.
- 1986, *Individual and Community. The Rise of the Polis, 800-500 BC*, Oxford University Press, Oxford.
- 1991, *The Origins of Greek Civilization, 1100-650 BC*, Norton & Co., London.
- 1992a, *The Aristocratic Temper of Greek Civilization*, Oxford University Press, Oxford.
- 1992b, "The Athenian century", en COWLEY, R. (ed.), *Experience of War. An Anthology of Articles from MHQ (the Quarterly Journal of Military History)*, Norton, London, 24-32.
- DE STE. CROIX, G.E.M. 1981, "Karl Marx y la historia de la Antigüedad clásica", en AA.VV., *El Marxismo y los Estudios Clásicos*, Akal, Madrid (traducción española de *Arethusa*, nº 8, 1975), 7-35.
- 1983, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Duckworth, London.
- 2004, "The Solonian census classes and the qualifications for cavalry and hoplite service", en HARVEY, D. & PARKER, R. (eds.), *Athenian Democratic Origins and Other Essays*, Oxford, 5-72.
- STORCH, R.H. 1998, "The archaic Greek phalanx, 750-650 BC", en *AHB*, nº 12.1-2, 1-7.
- STRAUSS, B.S. 1983, "Aegospotami reexamined", en *AJPh*, nº 104.1, 24-35.

- 1987, “Athenian democracy: neither radical, extreme, nor moderate”, en *AHB*, nº 1.6, 127-129.
- 1986, *Athens after the Peloponnesian War. Class, Faction and Policy 403-386 BC*, Londres.
- 1996, “The Athenian trireme, school of democracy”, en OBER, J. & HEDRICK, Ch. (eds.), *Demokratia, a Conversation on Democracies, Ancient and Modern*, Princeton University Press, New Jersey, 313-326.
- 1999, “The art of alliance and the Peloponnesian War”, en HAMILTON, C.D. (ed.), *Polis and Polemos: Essays on Politics, War and History in Ancient Greece*, Claremont, 127-140.
- 2000, “Perspectives on the death of fifth-century Athenian seamen”, en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 261-283.
- TAILLARDAT, J. 1968, “La trière athénienne et la guerre sur mer aux Ve et IVe siècles”, en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 183-206.
- TARKOW, Th.A. 1983, “Tyrtaeus 9D: the role of poetry in the new Sparta”, en *Antiquité Classique*, nº 52, 48-69.
- THALMANN, W.G. 1988, “Thersites: comedy, scapegoats and heroic ideology in the *Iliad*”, en *TAPhA*, nº 118, 1-28.
- THOMAS, C.G. 1978, “From *wanax* to *basileus*: kingship in the Greek Dark Age”, en *Hispania Antiqua*, nº 6, 187-206.
- THOMAS, C.G., dir. 1997, *Ancient History: recent work and new directions*, Regina Books, Claremont.
- THOMAS, R. 1995, “The place of the poet in archaic society”, en POWELL, A. (ed.), *The Greek World*, Routledge, London, 104-129.
- THOMPSON, W.E. 1964, “Three thousand Achaean hoplites”, en *Historia*, nº 13, 400-413.
- THORNE, J. 2001, “Warfare and agriculture. The economic impact of devastation in classical Greece”, en *GRBS*, nº 42, 225-253.
- TIGERSTEDT, E.N. 1965, *The Legend of Sparta in Classical Antiquity, vol. 1*, Almqvist & Wiksell, Stockholm.
- TOD, M. 1948, *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, 2 vols., Oxford.
- TORELLI, M. 1993, “Arqueología, mito y rito: una lectura arqueológica de los procesos de formación urbana”, en *Revista de Occidente*, nº 143, 5-26.
- TRITLE, L.A. 1993, “Continuity and change in the Athenian strategia”, en *AHB*, nº 7.4, 125-129.
- 1997, “Hektor’s body: Mutilation of the dead in Ancient Greece and Vietnam”, en *AHB*, nº 11.4, 123-136.
- TRÜMPY, H. 1950, *Kriegerische Fachausdrücke im griechischen Epos. Untersuchungen zum Wortschatze Homers*, Freiburg.
- TRUNDLE, M.F. 1999, “Identity and community among the Greek mercenaries in the Classical World, 700-322 BCE”, en *AHB*, nº 13.1, 28-38.
- 2004, *Greek Mercenaries: from the Late Archaic Period to Alexander*, Routledge, London.

- TUPLIN, Ch.J. 1987, "The Leuctra campaign: some outstanding problems", en *Klio*, nº 69.1, 72-107.
- VANDERPOOL, E. 1955, "New inscriptions concerning Archilochos", en *AJPh*, nº 76.2, 186-188.
- VAUGHN, P. 1991, "The identification and retrieval of the hoplite battle-dead", en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 38-62.
- VERNANT, J.P. (dir.) 1968, *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris.
- VIAL, C. 1999, "Le jugement des auteurs athéniens sur la guerre du Péloponnèse", en PROST, F. (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce Classique. Aspects Sociaux et Politiques de la Guerre aux Ve et IVe s. av. J.C.*, Errance, Paris, 137-146.
- VIAN, F. 1968, "La fonction guerrière dans la mythologie grecque", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Mouton, Paris, 53-68.
- VIDAL-NAQUET, P. 1968, "La tradition de l'hoplite athénien", en VERNANT, J.P. (dir.), *Problèmes de la Guerre en Grèce Ancienne*, Mouton, Paris, 161-181.
- VLASTOS, G. 1955, "On Heraclitus", en *AJPh*, nº 76.4, 337-368.
- DE VRIES, K. 1997, "Catapults are not atomic bombs: towards a redefinition of 'effectiveness' in premodern military technology", en *War in History*, nº 4.4, 454-470.
- WADE-GERY, H.T. 1949, "Hesiod", en *Phoenix*, nº 3.3, 81-93.
- WADE-GERY, H.T. & MERITT, B.D. 1957, "Athenian resources in 449 and 431 B.C.", en *Hesperia*, nº 26.3, 163-197.
- WALLACE, P.W. 1980, "The Anopaia path at Thermopylai", en *AJA*, nº 84.1, 15-23.
- WALLINGA, H.T. 1993, *Ships and Sea Power Before the Great Persian War, the Ancestry of the Ancient Trireme*, Leiden.
- 2000, "The Athenian naukraroi", SANCISI-WEERDENBURG, H. (ed.), *Peisistratos and the Tyranny. A Reappraisal of the Evidence*, Gieben, Amsterdam, 131-146.
- WARDMAN, A.E. 1959, "Tactics and tradition of the Persian Wars", en *Historia*, nº 8, 49-60.
- 1961, "Herodotus on the cause of the Greco-Persian wars", en *AJPh*, nº 82.2, 133-150.
- WARRY, J. 1998, *Warfare in the Classical World: War and the Ancient Civilisations of Greece and Rome*, London.
- WASON, M. 1972, *Class Struggles in Ancient Greece*, H. Fertig, New York.
- WEBER, M. 1944, *Economía y Sociedad. Vol. III: Tipos de Comunidad y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México DF.
- WEBSTER, T.B.L. 1958, *From Mycenae to Homer*, Methuen, London.
- WEES, H. van 1986, "Leaders of men? Military organizations in the *Iliad*", en *CQ*, nº 36, 285-303.
- 1988, "Kings in combat. Battles and heroes in the *Iliad*", en *CQ*, nº 38.1, 1-24.
- 1992, *Status Warriors: War, Violence and Society in Homer and History*, J.C. Gieben, Amsterdam.

- 1994a, “The Homeric way of war - I”, en *GEOR*, nº 41.1, 1-18.
- 1994b, “The Homeric way of war – II”, en *GEOR*, nº 41.2, 131-155.
- 1995a, “Politics and the battlefield: Ideology in Greek warfare”, en POWELL, A. (ed.) *The Greek World*, Routledge, London 153-178.
- 1995b, “Princes at dinner: social event and social structure in Homer”, en CRIELAARD, J.P. (ed.), *Homeric Questions: Essays in Philology, Ancient History and Archaeology*, Gieben, Amsterdam, 147-182.
- 1996, “Heroes, knights and nutters, warrior mentality in Homer”, en LLOYD, A.B. (ed.), *Battle in Antiquity*, Duckworth, London, 1-86.
- 1997a, “Greeks bearing arms. The state, the leisure class and the display of weapons in Archaic Greece”, en FISHER, N. & WEES, H. van (dirs.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, London, 333-378.
- 1997b, “Homeric warfare”, en MORRIS, I. & POWELL, B. (eds.), *A New Companion to Homer*, Brill, Leiden, 668-693.
- 1998, “A brief history of tears: gender differentiation in Archaic Greece”, en FOXHALL, L. & SALMON, J. (eds.), *When Men Were Men: Masculinity, Power and Identity in Classical Antiquity*, Routledge, London, 10-53.
- 1999a, “Tyrtaeus’ *eunomia*: Nothing to do with the Great Rhetra”, en HODKINSON, S. & POWELL, A. (eds.), *Sparta: New Perspectives*, Duckworth, London, 1-41.
- 1999b, “Introduction. Homer and Early Greece”, en DE JONG, I.J.F. (ed.), *Homer, Critical Assessments*, vol. II, Routledge, London, 1-32.
- 2000a, “The development of the hoplite phalanx. Iconography and reality in the seventh century”, en WEES, H. van (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London, 125-166.
- 2000b, “Megara’s mafiosi: timocracy and violence in Theognis”, en BROCK, R. & HODKINSON, S. (eds.), *Alternatives to Athens. Varieties of Political Organization and Community in Ancient Greece*, Oxford University Press, Oxford, 52-67.
- 2000c, “The city at war”, en OSBORNE, R. (ed.), *Classical Greece: 500-323 BC*, The Short Oxford History of Europe, Oxford, 81-110.
- 2001a, “The myth of the middle-class army: Military and social status in ancient Athens”, en BEKKER-NIELSEN, T. & HANNESTAD, L. (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Historisk-Filosofiske Skrifter, nº 22, Copenhagen, 45-71.
- 2001b, “War and peace in Ancient Greece”, en KOZAK, H.J. & HARTMANN, A.V. (eds.), *War, Peace and World Orders in European History*, Routledge, Abingdon, 33-47.
- 2002, “Tyrants, oligarchs and citizen militias”, en CHANIOTIS, A. & DUCREY, P. (eds.), *Army and Power in the Ancient World*, Franz Steiner, Stuttgart, 61-82.
- 2003, “Conquerors and serfs: wars of conquest and forced labour in archaic Greece”, en LURAGHI, N. & ALCOCK, S.E. (ed.), *Helots and their Masters in Laconia and Messenia: Histories, Ideologies, Structures*, Center for Hellenic Studies, Harvard University Press, Harvard, 33-80.

- 2004, *Greek Warfare. Myths and Realities*, Duckworth, London.
- 2006a, “The oath of the Sworn Bands. The Acharnae stela, the oath of Plataea and archaic Spartan warfare”, en LUTHER, A. & MEIER, M. & THOMMEN, L. (eds.), *Das Frühe Sparta*, Franz Steiner, Berlin, 125-164.
- 2006b, “Mass and elite in Solon’s Athens: the property classes revisited”, en BLOCK, J.H. & LARDINOIS, A. (eds.), *Solon of Athens. New Historical and Philological Approaches*, Brill, Leiden, 351-389.
- WEES, H. van & RICH, J. 2001, “Introduction”, en KOZAK, H.J. & HARTMANN, A.V. (eds.), *War, Peace and World Orders in European History*, Routledge, Abingdon, 25-32.
- WEES, H. van (ed.) 2000, *War and Violence in Ancient Greece*, Duckworth, London.
- WELWEI, K.W. 1992, *Athen. Vom neolithischen Siedlungsplatz zur archaischen Grosspolis*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt.
- WEST, M.L. 1990, “The Anacreontea”, en MURRAY, O. (ed.), *Sympotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon, Oxford, 272-278.
- WESTLAKE, H.D. 1985, “The sources of the Spartan debacle at Haliartus”, en *Phoenix*, nº 39.2, 119-133.
- WHATLEY, N. 1964, “On the possibility of reconstructing Marathon and other ancient battles”, en *JHS*, nº 84, 119-139.
- WHEELER, E.L. 1979, “The legion as a phalanx”, en *Chiron*, nº 9, 303-318.
- 1983, “The *hoplomachoi* and Vegetius’ Spartan drillmaster”, en *Chiron*, nº 13, 1-20.
- 1987, “Ephorus and the prohibition of missiles”, en *ThAPA*, nº 117, 157-82.
- 1988, *Stratagem and the Vocabulary of Military Trickery*, en *Mnemosyne*, Suplemento nº 108, Leiden.
- 1991, “The general as hoplite”, en HANSON, V.D. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience*, Routledge, London, 121-172.
- WHEELER, M. 1951, “Aristotle’s analysis of the nature of political struggle”, en *AJPh*, nº 72.2, 145-161.
- WHITEHEAD, D. 1981, “The archaic Athenian *zeugitai*”, en *Classical Quarterly*, nº 31.2, 242-86.
- 1986, *The Demes of Attica, 508/7 - ca. 250 BC: A Political and Social Study*, Princeton.
- 1991, “Who equipped mercenary troops in Classical Greece”, en *Historia*, nº 40, 105-113.
- 1997, “Οἶον τὸ μὲν λυτροῦσθαι”, en BRULÉ, P. & OUHLEN, J. (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce Ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 139-146.
- WHITLEY, J. 1995, “Tomb cult and hero cult. The uses of the past in Archaic Greece”, en SPENCER, N. (ed.), *Time, Tradition and Society in Greek Archaeology. Bridging the Great Divide*, Routledge, London, 43-63.
- WILL, E. 1975, “Le territoire, la ville et la poliorcétique grecque”, en *RH*, nº 253, 297-318.

- WINTER, F.E. 1993, "Les grandes étapes de l'évolution...", en *Dossier de l'Archeologie*, nº 173 (*À la Decouverte des Forteresses Grècques*), 4-13.
- 1993, "Quelques réalisations. La Grèce...", en *Dossier de l'Archeologie*, nº 173 (*À la Decouverte des Forteresses Grècques*), 24-31.
- WORLEY, L.J. 1994, *Hippeis: The Cavalry of Ancient Greece*, Boulder.
- YATES, D. 2005, "The archaic treaties between the Spartans and their allies", en *CQ*, nº 55.1, 65-76.

CATÁLOGO DE BATALLAS CAMPALES GRIEGAS DE ÉPOCA CLÁSICA Y SUS FUENTES *

NOMBRE	FECHA (A.C.)	FUENTES
Sepea	494	Hdt. 6.77-80
Maratón	490	Hdt. 6.111-117; Paus. 1.32.3, 10.20.2; <i>Arist.</i> 5.1-5
Platea	479	Hdt. 9.21.3-23.2, 59-75; Plut. <i>Arist.</i> 18-19
* Eurimedonte	469 ó 466?	Th. 1.100.1
* Tasos	465?	Th. 1.101.1
Esteniclaro	465 ó 460?	Hdt. 9.64
Istmo (Itome?)	465 ó 460?	Hdt. 9.35
* Haliéis	459?	Th. 1.105.1
* Megara I	459?	Th. 1.105.5.1
* Megara II	459?	Th. 1.105.6.6-8
* Tanagra I	457	Th. 1.107.5-108.1; Diod. 11.80; Plut. <i>Per.</i> 10.1-2
* Enófita	457	Th. 1.108.2-3; Frontino <i>Strat.</i> 2.4.11; Polieno <i>Strat.</i> 1.35
* Sición I	457	Th. 1.108.5
* Sición II	454	Th. 1.111.2-3
* Coronea I	447	Th. 1.113
* Samos	440	Th. 1.116.2-3
Potidea	432	Th. 1.62-63
* Fía	431	Th. 2.25.3
* Apole	431	Th. 2.26
* Licia	430-429	Th. 2.69
Espartolo	429	Th. 2.79
* Mitilene I	428	Th. 3.5.2
* Tanagra II	426	Th. 3.91
Etolia	426	Th. 3.96-98
* Río Caicino	426-425	Th. 3.103
Olpas	425	Th. 3.107-108
Esfacteria	425	Th. 4.31-38
Soligea	425	Th. 4.42-45
* Citera	424	Th. 4.54.1-2

* Algunas de las batallas tienen una narración más o menos detallada de los acontecimientos, pero la mayoría de los encuentros son apenas mencionados. He marcado con un asterisco (*) aquellas batallas mencionadas en las fuentes pero sin una descripción detallada. Tucídides, por ejemplo, suele decir de ellas simplemente que “una batalla tuvo lugar” –*μάχη ἐγένετο*–, mientras que Jenofonte emplea todavía expresiones más ambiguas. Es realmente interesante tener en cuenta el contraste entre las batallas narradas y las batallas sólo mencionadas.

NOMBRE	FECHA (A.C.)	FUENTES
* Antandros	424	Th. 4.75
Delio	424	Th. 4.88-101
* Escione	423	Th. 4.131
* Laodocio	423-422	Th. 4.134
Anfípolis	422	Th. 5.6-12
* Heraclea	420-419	Th. 5.51.1
Mantineia I	418	Th. 5.63-74; Diod. 12.79.1-7
Río Anapo	415	Th. 6.62-75; Plut. <i>Nic.</i> 15-16
* Epípolas I	414	Th. 6.97.4
* Siracusa I	414	Th. 6.101.4
* Siracusa II	414	Th. 6.102
* Siracusa III	414	Th. 7.5
Siracusa IV	414	Th. 7.6
Epípolas II	413	Th. 7.42-50, 7.57-87; Plut. <i>Nic.</i> 28-29
* Lisimelia	413	Th. 7.53.3
Río Erineo	413	Th. 7.81
* Mitilene II	412	Th. 8.23.3
* Bolisco	412	Th. 8.24
* Fanas	412	Th. 8.24
* Leuconio	412	Th. 8.24
Mileto	412	Th. 8.25
* Rodas	412-411	Th. 8.55.1
* Metimna	411	Th. 8.100.3
* Lámpsaco	409	Xen. <i>Hell.</i> 1.2.16
* Calcedón	408	Xen. <i>Hell.</i> 1.3.6
* Gaureo	407	Xen. <i>Hell.</i> 1.4.22-23
Pireo I	404	Xen. <i>Hell.</i> 2.4.11-20
Pireo II	403	Xen. <i>Hell.</i> 2.4.32-34
Haliarto	395	Xen. <i>Hell.</i> 3.5.18-20; Plut. <i>Lys.</i> 28-29
Dascilio	395	Xen. <i>Hell.</i> 4.1.17-19
Nemea	394	Xen. <i>Hell.</i> 4.2.9-20; <i>Ages.</i> 7.5; Diod. 14.83.1-2
Prante	394	Xen. <i>Hell.</i> 4.3.4-9 (batalla frustrada)
Coronea II	394	Xen. <i>Hell.</i> 4.3.17-19; <i>Ages.</i> 2.12-14; Plut. <i>Ages.</i> 18-19; Diod. 14.84.1-2
Lequeo I	392	Xen. <i>Hell.</i> 4.4.8-12
Lequeo II	390	Xen. <i>Hell.</i> 4.5.11-18
Acarmania	389	Xen. <i>Hell.</i> 4.6.8-12
Olinto I	382	Xen. <i>Hell.</i> 5.2.40-43
Olinto II	381	Xen. <i>Hell.</i> 5.3.3-6
Tespías	378	Xen. <i>Hell.</i> 5.4.42-46
Tegira	375	Diod. 15.37; Plut. <i>Pel.</i> 16-17
Corcira	373	Xen. <i>Hell.</i> 6.2.20-24
Leuctra	371	Xen. <i>Hell.</i> 6.4.8-15; Diod. 15.55-56; Plut. <i>Pel.</i> 20-23; Paus. 9.13
Eo	370	Xen. <i>Hell.</i> 6.5.26
“Batalla sin Lágrimas”	368	Xen. <i>Hell.</i> 7.1.29-32; Plut. <i>Ages.</i> 33.3ff.
Olimpia	364	Xen. <i>Hell.</i> 7.4.29-32
Cinoscéfalas	364	Plut. <i>Pel.</i> 32.7
Esparta	362	Xen. <i>Hell.</i> 7.5.12-13
Mantineia II	362	Xen. <i>Hell.</i> 7.5.18-27; Diod. 15.84-87; Plut. <i>Ages.</i> 35.1; Paus. 8.11.5-6

ÍNDICE DE FIGURAS

Capítulo II. DEUDAS CON LA ANTIGÜEDAD

Fig. 1 (pág. 74). Crátera ática geométrica, Atenas, *ca.* 760-750 a.C.

Museo del Louvre A519 (Ahlberg 1971: 16, fig. 16)

Fig. 2 (pág. 75). Enócoe de Lambros, Atenas, *ca.* 750 a.C.

Museo del Louvre CA2509 (Ahlberg 1971: 21, fig. 19 ss.)

Fig. 3 (pág. 76). Enócoe de Atenas, 735-720 a.C.

Museo del Ágora P4885 (Ahlberg 1971: 13, fig. 2; Snodgrass 1964: pl. 2)

Fig. 4 (pág. 77). Escudo argivo, Olimpia, siglos VII-VI a.C.

Museo de Olimpia B1921 (Ducrey 1985: 50, fig. 27; Snodgrass 1964: pl. 26)

Fig. 5 (pág. 78). Escudo argivo, Volsinii, siglo IV a.C.

Ilustración de Peter Connolly del ejemplar del Museo Gregoriano Etrusco 12328 (Connolly 1998: 53; Blyth 1982)

Fig. 6 (pág. 79). Copa ática, Chiusi, fines siglo VI a.C.

Museo del Louvre G25 (Ducrey 1985: 122)

Fig. 7 (pág. 80). Tipos de punta de lanza griega, siglos VIII-V a.C.

(Snodgrass 1964: 125, fig. 8)

Fig. 8 (pág. 81). Panoplia de Argos, fines siglo VIII a.C.

(Courbin 1957: p. 367; Ducrey 1985: 56, fig. 36)

Fig. 9 (pág. 83). Aríbalo de Perachora, *ca.* 675-650 a.C.

Peracora (van Wees 2004: fig. 18b; Lorimer 1947: 93; Dunbabin 1962: pl. 57)

Fig. 10 (pág. 84). Aríbalo de Siracusa, *ca.* 660-650 a.C.

Museo de Siracusa (Johansen 1966: pl. 26.5)

Capítulo III. DOS MUNDOS CONTRAPUESTOS

Fig. 11 (págs. 112-113)

a. Frescos de Tera, Santorini, siglo XV a.C.; *b.* Detalle

Museo nacional de Atenas BE 36/1974 (Ducrey 1985: 19)

Fig. 12 (pág. 115). Héroes homéricos

Ilustración de Peter Connolly (1986: 6-7)

Fig. 13 (págs. 116-117)

a. Casco de colmillos de jabalí, siglo XIII a.C.

b. Detalle de su fabricación

Ilustración de Peter Connolly (1986: 29)

Fig. 14 (págs. 139-140-141)

a. Vaso Chigi, Olpe Protocorintio, Veyes, *ca.* 640 a.C.

Museo Nazionale di Villa Iulia 22679 (Ducrey 1985: 65)

b. Ilustración desarrollada de la escena contenida en el friso

(Connolly 1998: 38-39)

Fig. 15 (pág. 141). Aríbalo de Berlin, Rodas, *ca.* 650 a.C.

Museo de Berlin 3773 (Johansen 1966: pl. 32)

Fig. 16 (pág. 142)

a. Enócoe de Eritras, *ca.* 650 a.C.; *b.* Detalle

Museo Arqueológico de Izmir (Hurwitt 2002: fig. 4; Akurgal 1992)

Fig. 17 (pág. 143). Aríbalo MacMillan, *ca.* 640 a.C.

British Museum GR1889.4-18.1 (Johansen 1966: pl. 31; *JHS* 1890: pl. 1-2)

Fig. 18 (pág. 144-145)

a. Copa Fenicia de plata de Amatus, siglo XI a.C.; *b.* Detalle

British Museum (Fittschen 1973: fig. 3)

Fig. 19 (pág. 147). Estela de los Buitres, Lagash, I Dinastía de Ur, *ca.* 2600 a.C.

Museo del Louvre (Ahlberg 1971: 74)

Capítulo IV. EL HOPLITA Y LA FALANGE

Fig. 20 (págs. 184-185). Cerámicas geométricas

a. Crátera ática Geométrica, Atenas, *ca.* 750 a.C.

Museo Nacional de Atenas 4298 (Ducrey 1985: 37)

b. Ánfora ática Geométrica, Atenas, *ca.* 725 a.C.

Museo Nacional de Atenas 894 (Ducrey 1985: 36)

c. Pie tetrápodo Tardogeométrico, Atenas, *ca.* 725-700 a.C.

Museo Kerameikos 407 (Boardman 1998: pl. 66)

d. Ánfora de Benaki, ánfora de cuello ática Tardogeométrica, *ca.* 700 a.C.

Atenas, Benaki 7655 (Boardman 1998: pl. 68)

Fig. 21 (pág. 187). Cerámicas arcaicas

a. Aríbalo de Lequeo, Corinto, *ca.* 690-680 a.C.

Museo de Corinto CP2096 (Snodgrass 1964: pl. 15; Boardman 1998: pl. 171)

b. Aríbalo protocorintio, *ca.* 640 a.C.

Museo del Louvre CA1831 (Johansen 1966: pl. 33)

c. Alabastro protocorintio, Corinto, *ca.* 640 a.C.
 Berlin, Staatliche Museen 3148 (Snodgrass 1980: pl. 13; 1964: pl. 33)

Capítulo V. DETERMINISMO TECNOLÓGICO

Fig. 22 (pág. 198). Figurillas de plomo de Esparta, *ca.* 700-635 a.C.
 (Dawkins 1929: pl. 183)

Fig. 23 (pág. 199). Aríbalo de Gela, *ca.* 650 a.C.
 Museo de Siracusa (Johansen 1966: pl. 34.2)

Fig. 24 (pág. 200). Vaso de los Guerreros, Micenas, Heládico Tardío III, *ca.* 1230 a.C.
 Museo Arqueológico Nacional de Atenas (Vernant 1968: pl. 3)

Fig. 25 (pág. 200). Ánfora beocia Subgeométrica, *ca.* 680 a.C.
 Museo de Munich 2234 (Greenhalgh 1973: 13)

Fig. 26 (pág. 201). Pito, Heroon de Esparta, *ca.* 620-610 a.C.
 (Dawkins 1929: pls. 15-16; Helbig 1911: fig. 4; BSA, nº 12, 288 ss.)

Fig. 27 (pág. 202). Puñal micénico de bronce decorado, Micenas, siglo XVI a.C.
 Museo Nacional de Atenas 394 (Ducrey 1985: 25)

Fig. 28 (págs. 203-204). Escudos beocios
 a. Modelos de escudos beocios en terracota, *ca.* 700 a.C.
 British Museum 1971.11-18.1 (Ducrey 1985: 50)
 b. Ánfora ática, Vulci, *ca.* 540-530 a.C.
 Museo Gregoriano Etrusco 350 (Ducrey 1985: 52)
 c. Figurilla en bronce de soldado, Dodona, *ca.* 500 a.C.
 Berlin, Antikenmuseum, Staatliche Museen Preussischer Kulturbesitz Misc. 7470 (Ducrey 1985: 279;
 vista lateral: van Wees 2004: pl. 4)

Fig. 29 (pág. 205). Copa de Siana, copa ática de figuras negras, *ca.* 575-550 a.C.
 British Museum (Lane 1971: pl. 38)

Fig. 30 (pág. 207). Ánfora ática de figuras negras, *ca.* 530-520 a.C. Heracles contra las amazonas
 Museo del Louvre F218

Fig. 31 (pág. 209). Figurilla en bronce de soldado, Dodona, *ca.* 500 a.C.
 Vista inferior (van Wees 2004: fig. 5c. Foto de Jutta Tietz-Glagow, cortesía del Antikensammlung,
 Staatliche Museen zu Berlin, y de Hans van Wees)

Fig. 32 (pág. 219). Pie ático del período geométrico, *ca.* 775-750 a.C.
 Museo de Ontario 957X245 (van Wees 2004: fig. 12; Ahlberg 1971: pl. 47)

Fig. 33 (pág. 220). Pito de Mikonos, *ca.* 670 a.C.
 a. Panel 14
 Museo de Mikonos (van Wees 2004: fig. 6)
 b. Panel 16

ÍNDICE ANALÍTICO

- abismo, entre Homero y Tirteo 35, 46-47, 51, 67-68, 74, 103, 107, 137, 189, 191, 279.
- Agesilao 169, 173-174, 271.
- Agis 179 n.83, 212, 271.
- agriculturalismo 54-55.
- Alceo 81, 89, 96, 137-138, 152, 161, 186, 216, 221, 225-226, 249, 253, 276.
- amateurismo 56, 82, 160, 226.
- Andrewes, Antony 34-36, 37, 93, 195, 241.
- Anfípolis, batalla de (422 a.C.) 164, 175, 211, 240, 271.
- antilabé* 33, 77, 206, 208; *ver* escudo argivo, doble abrazadera.
- arco 76, 79, 111, 116, 130, 182-183, 186, 188, 194-195, 276.
- aristeía* 65, 124.
- aristocracia 26, 32, 35-36, 39, 41-45, 49, 51-52, 55-56, 58, 59, 61, 62, 68-70, 88-89, 92, 97, 100, 103, 121-122, 149, 163, 216, 223-224, 251, 255 n.19, 256, 267, 276, 280-284; y función militar 31-33, 42, 44-45, 52, 56, 59, 70, 73-76, 93-95, 97, 102, 104-105, 117-119, 125-127, 181, 250; y cría de caballos (*hippotrophía*) 97-98, 260-264, 280.
- arqueros 74-75, 83, 116 n.31, 144, 154-155, 185-186, 188, 239-240, 276.
- Arginusas, batalla de (406 a.C.) 173 n.60, 174.
- argivos 87-88, 155, 162, 176, 230, 235, 246, 257 n.22, 276, 284.
- Argos 35, 80-81, 93, 231.
- Aristófanes 155, 157, 161, 163-164, 179 n.82, 216, 260-261.
- Aristóteles 27, 30, 35, 37, 50, 60, 66, 73, 82, 90, 93-105, 118, 156, 233, 236, 238, 249, 259-261, 266, 268, 270, 274, 276-277, 281, 285; y la guerra 93-96; y la tiranía 102-103; y la sociedad 96-102; como precedente de la "Revolución hoplita" 30, 35, 37, 66, 93, 103-105, 255.
- Arquíloco de Paros 34, 79, 81, 129-131, 137, 152, 160-161, 177 n.74, 181, 186, 191, 218, 221, 228; y el combate hoplita 34, 76, 129-131; y la Guerra Lelantina 76, 129-131; como mercenario 225.
- aspís* 151-153, 202, 246; *ver también* escudo argivo.
- Atenas 37, 60-62, 64-65, 70, 76, 87-92, 94, 98-99, 155, 214-215, 230 n.57, 233-235, 240, 251, 257, 260, 262, 266, 268-270, 274, 278, 280-281.
- atenienses 81, 89, 154, 156, 164, 173, 176, 202, 211, 217, 221, 233-236, 240, 246, 248, 257, 269-270.
- auletés* 84, 139, 145, 236.
- bajas 156, 239-240; guerra hoplita 221-222; guerra helenística 221-222; como criterio de efectividad tecnológica 196, 221-222, 231-232.
- basileús* 26, 109.
- batalla 86-87, 103, 107-110, 113, 117-118, 122-127, 130, 133-134, 136, 145-146, 169-170, 174-176, 178, 186, 188, 190, 211-214, 217-218, 221-222, 224, 231-233, 235-236, 239, 243, 247-249, 255 n.19, 258, 262-265, 267, 269, 271-273, 275-277, 284, 286-287; *ver* combate.
- Beocia 163, 233.
- beocios 211-212, 235, 246.
- caballería 31, 33, 67, 91, 96-97, 103, 144, 169-171, 174, 186, 240-241, 262-265, 272; aristocrática 97, 103-105, 195 n.5, 263-264 (*ver también* aristocracia); persa 170-171, 174, 179.
- Calino de Éfeso 46, 129, 133, 137-138, 160-161, 177 n.74, 181, 186, 188, 191, 218, 253.
- Campeones, batalla de los (*ca.* 550 a.C.) 231.
- campesinos 32, 42, 44, 54-55, 64, 70, 88, 94, 97, 103-104, 150, 195 n.5, 216, 252, 254 n.16, 256, 286-287; y función militar 26, 32, 39-41, 54, 56, 61-62, 64, 68, 70.
- "carrera armamentística" 34, 68, 195, 241, 243.

- carros 47, 59-60, 65, 75-76, 110, 113, 119, 125, 144, 152, 155, 166, 195, 200, 280.
- Cipselo de Corinto 35, 92.
- ciudadanía 35, 48, 61, 63-64, 94-102, 133, 156, 232 n.59, 250, 279, 282-283, 285; y función militar 27-28, 30, 32, 35-37, 40, 44, 49-50, 52, 56-57, 61-64, 69-70, 91-93, 104, 127, 163-164, 181-182, 234, 251-265, 267-278, 286; y riqueza 32, 69, 259-262, 265, *ver también* timocracia.
- clases, sociales 25-27, 30, 32-33, 35-36, 41-45, 49-50, 54-56, 60-61, 66-67, 70, 88, 90, 104-105, 118, 120, 244, 252, 255, 258, 268, 275, 284-285; timocráticas 254-256, 258-268, 280-281; en Aristóteles 97-98; "medias" 32-33, 35, 39, 42, 44, 45, 51, 55-56, 61, 64, 68, 98, 100-101, 104, 109, 255 n.19; "hoplitas" 32-33, 35-39, 41-43, 50, 60, 64, 70, 274-275; "lucha de" 25, 36, 44, 52, 66, 70, 73, 88; conciencia de 26-27, 99, 104, 255, 267, 272, 274, 287.
- clientelismo 39, 279, 282; y función militar 26, 234.
- Clístenes de Atenas 37, 62, 262, 270 n.56, 281; reformas de 62, 266.
- código caballeresco, *ver* combate, ritualizado.
- colonización 49, 52, 55, 224; y falange hoplita 227-229; como empresa privada 103, 282-283; y hostilidad indígena 227-228, 251; interior 55, 231.
- combate, abierto 40, 59-60, 75-76, 87, 105, 107-108, 125, 130, 140, 146, 181-182, 185, 188-189, 195, 222, 224, 230, 239, 284; cerrado 31, 33, 36, 38-40, 42-43, 46-48, 51-52, 55-56, 60, 64-65, 68-69, 75-77, 81-84, 86, 97, 105, 123, 129, 130-132, 138-139, 141, 146, 149, 167, 189, 191, 195-197, 199, 208, 210, 211 n.29, 213-214, 218, 221-223, 226, 230, 236-237, 239, 272; homérico 28, 31, 34, 39, 43, 46-48, 51, 53, 57-61, 64-65, 75, 108-127, 130, 135, 165 n.42, 183, 189, 237, 239, 276, 284; tirteico 46-48, 51, 129, 131-137, 189; aristocrático 31, 33, 38, 56, 74, 115, 118-119, 125-127, 195 n.5; hoplita 33-34, 38-39, 43, 48, 123, 125, 127-147, 195 n.5, 211, 222, 230, 232 n.59; singular 26-27, 31, 34, 36, 38 n.1, 40, 42, 47, 49, 64, 67, 74-75, 82, 107-111, 118-119, 122, 124-125, 188-191, 210, 213, 219, 237; colectivo o en masa 31, 36, 38 n.1, 40, 42-43, 47-51, 58-59, 65, 68, 107-108, 123, 132 n.60, 135, 165, 167-168, 177, 179, 182-183, 186, 189-191, 196, 202, 210, 213-214, 222-223, 235-239, 284, 286-287; ritualizado 26-27, 55, 86-88, 105, 109, 118, 124, 126, 230; tipo "*prómachoi*" 47, 125.
- competición aristocrática, *ver stásis*.
- corintios 227-228, 235, 246, 270.
- Corinto 88, 92 n.2, 98, 233, 269 n.52, 270 n.58.
- Coronea, batalla de (457 a.C.) 163, 175, 233; segunda batalla de (394 a.C.) 169-170, 172, 235, 246, 257 n.22, 258, 271.
- Cunaxa, batalla de (401 a.C.) 169-170, 172-173, 226.
- Delio, batalla de (424 a.C.) 78, 81, 175-176, 178-179, 211, 234-235, 240, 246, 269-270.
- dêmos* 32-33, 35, 37, 39, 41-42, 44-45, 61, 67, 70, 88-89, 105, 121, 136, 251, 266, 274.
- democracia 36, 39, 45, 61-62, 65, 70, 95-97, 100, 102-105, 223; como objetivo de la "Revolución hoplita" 32-33, 36-37, 42-45, 49-50, 52, 56, 60-61, 67, 70, 244, 279; como fenómeno exclusivo de Atenas 62-63, 278.
- Demóstenes (orador) 157 n.16, 286.
- Demóstenes (general) 214, 239-240.
- determinismo 38, 43, 68, 150, 217, 224, 226, 233, 241-242, 244-248, 287; tecnológico 28, 30, 33, 35, 37, 39-43, 45, 48-49, 51-54, 59-60, 67-68, 71, 73-74, 76, 129, 193-194, 195-196, 210, 212-214, 218, 222-223, 279; táctico 51, 68, 210; y el escudo argivo, *ver* escudo argivo.
- Diodoro Sículo 77, 151-153.
- doryphóroi* 92, 281.
- duelos, *ver* combate, singular.
- Éforo 93, 156.
- entrenamiento 39-40, 51, 57, 86, 232, 275.
- Epaminondas 236, 243, 245.
- epibátai* 154, 213, 233.
- epikouroi* 92, 159, 225.
- Epípolas, batalla de (413 a.C.) 81, 211, 214.
- Época Arcaica 25-26, 30, 48-51, 53, 60-63, 65, 67, 71, 73-74, 80-81, 93, 127, 136, 143, 147, 150, 152-153, 158, 160-165, 167-168, 177 n.74, 180-182, 188-189, 191, 194-195, 208, 215, 225-227, 231, 237, 247, 254-255, 264-265, 279-287.
- época "homérica" 51, 74, 108, 110, 122, 286.
- Época Clásica 46, 61, 81-82, 96, 136, 143, 153, 160, 162-163, 165, 168, 181, 187-188, 191, 200, 213, 216, 218, 221-222, 239, 253, 255, 269-270, 272, 280, 285-286; Helenística 222; Oscura 25, 40, 42, 44, 51, 54, 56, 61, 75, 108, 120, 122-123, 182, 279.
- escudo 74-75, 77-78, 80-84, 89, 111, 113-115, 119, 122, 125, 130, 132-133, 137, 141, 143-144, 147,

- 163, 167, 173-174, 179, 182-183, 185-186, 188, 190, 196-217, 222-223, 232, 237-238, 243-244, 258, 286; tipo "Dipylon" 119; tipo beocio 182, 198, 200, 203-209; tipo circular 197-199, 201, 207; forma de "8" 115, 197, 199, 202, 206.
- escudo argivo (o escudo hoplita) 33-34, 37, 39-40, 43, 49, 68, 77-78, 82, 129-132, 137, 139, 149, 150-153, 162, 195-217, 222-224, 242-243; características 77-79, 196-210; doble abrazadera del 33, 37-38, 68, 150, 153, 182, 196-210; y determinismo tecnológico 33, 39, 49, 68, 76-85, 129-131, 132, 137, 196-217; superioridad, *ver* superioridad; idoneidad para la falange 33-34, 39, 43, 51, 78, 81-85, 213-21; y la pintura vascular 77-79, 138-147, 196-210.
- Esfacteria, batalla de (425 a.C.) 175, 179, 214, 240-241, 269-270, 272, 275.
- espada 74-76, 80, 83, 111, 113-114, 116, 119, 130-131, 137, 182, 195 n.5, 214, 216-221, 286.
- Esparta 31, 37, 64, 70, 85, 90, 98, 231, 234, 236, 270; modelo de *pólis* hoplita 31, 37, 70, 85, 252 n.8, 263.
- espartanos 82, 87-88, 93, 173, 176, 188, 212, 219, 221, 234-236, 240, 246, 269-271, 276, 284.
- Esquilo 25, 71, 92-93, 136, 153-154, 157, 160-164, 175-176, 178, 188, 194, 218, 258.
- Estrabón 76-77, 88, 105, 131, 137.
- Eurípides 152 n.9, 154-155, 157, 161, 163-164, 213.
- experimentación 40-41, 43, 51, 57, 60, 67, 122, 127-128, 182, 242-243, 245.
- facciones, *ver stásis*.
- falange, hoplita 25-28, 31-45 (38 n.1), 46-49, 51-53, 57, 59-60, 64-65, 68-70, 74-76, 78, 81-87, 96-97, 102-105, 123, 125, 127-147, 149-150, 165, 181-191, 195-197, 208, 210-217, 218, 221-227, 229-233, 235-246, 254-256, 264, 267, 269-272, 274, 284-287; macedonia 189, 191, 243; "homérica" 40 n.2, 46-48, 51, 53, 122-127, 165-167; superioridad, *ver* superioridad; densidad 174, 179; profundidad 173-174, 179; y el escudo argivo, *ver* escudo argivo; y la panoplia hoplita, *ver* panoplia hoplita; y determinismo 31-45, 78, 81-85, 127-129, 131-132, 137-138, 210, 213-217, 223-241; y tiranía 34, 35, 41.
- falange, en época arcaica 25-28, 31-45, 46-49, 51-53, 57, 59-60, 64-65, 68-70, 74-76, 78, 81-87, 96-97, 102-105, 123, 127-147, 165-168, 180-191; en el siglo V 175-180; en el siglo IV, *ver* Jenofonte, concepto de falange; isomórfica con la *pólis* 32, 37, 39, 50, 52, 57, 69, 224, 252 n.12, 254; introducción de 31-45, 46-53, 60, 64-65, 68, 74, 80, 127-147, 284-285.
- Fidón de Argos 35, 92-93, 285.
- Filipo de Macedonia 285.
- Finley, Moses I. 40-42, 285.
- flancos 82, 172-174, 177-178, 180, 211-212, 233, 235, 240, 246, 269 n.54, 271.
- flota 97, 105, 170-179, 269-270, 283; ateniense 63, 170, 235, 286; persa 175, 177.
- formación 74, 83, 86-87, 107, 118, 131, 133, 146-147, 154, 165-168, 169-183, 185, 188-191, 196, 212-214, 223, 225, 231-232, 235, 237-238, 240, 243, 285; abierta, *ver* combate abierto; cerrada, *ver* combate cerrado.
- Forrest, William G. 43-44.
- función militar, y ciudadanía, *ver* ciudadanía; y exclusividad 32, 35, 39, 42, 44-45, 52, 59, 121, 244, 256, 267-278, 287; y clases timocráticas 262-267; y reconocimiento 63, 127, 182, 255 n.19, 258, 272, 274-277, 286.
- guerra 151, 153, 189, 193-194, 216-217, 224-225, 229, 234, 236, 242-248, 249-252, 256-258, 260, 262-263, 268-269, 272-273, 275-277, 284, 286; hoplita 51-52, 56, 150 n.2, 226, 232 n.59, 246; homérica 25, 51, 60, 64-65, 67, 108-127, 284; helenística 221-222; Lelantina 56, 58, 76, 88, 129-131, 284; Mesenias 64, 85, 249, 284; Persas 62-63, 79, 102, 157, 163, 253; del Peloponeso 86, 163-164, 214, 233-234, 244, 270.
- guerra, y fijación de fronteras 38, 52, 63, 224, 229-231, 233, 239, 251 n.5, 281; como arbitraje 231; como laboratorio tecnológico 242, 245-246; ideológica 51, 55, 86-87, 105, 126; privada 121, 126, 262, 266, 281, 283; pública 63-64, 126, 133, 253, 266, 283; aristocrática 31-33, 36, 38, 42, 56, 70, 117; económica 60; agraria 54-57, 63; como escalada 222, 247.
- Hanson, Victor D. 40, 54-57, 59, 67, 208, 218, 222, 245-247, 251, 256, 258, 274-276, 286.
- Heródoto 87-88, 93, 137, 154, 157, 161, 163-164, 168, 175 n.65, 176-181, 225-226, 228-229, 266 n.49, 269, 271, 276, 281; y la falange hoplita 175-180.
- Hesíodo 44, 54, 152, 167.
- hetairías 109, 280, 282-283; *ver stásis*.
- hilotas 164, 269 n.53, 270 n.56, 271, 273.

hippeis 260-265.

hippotrophía, ver aristocracia, cría de caballos.

Hisias, batalla de (669 a.C.) 93, 128, 230, 284.

Homero 25, 31, 34, 46-48, 50-51, 57-60, 64, 67, 74, 76, 82, 93, 108-110, 113-114, 116-117, 119-124, 127, 130-131, 134-136, 146, 150-152, 158, 161, 165, 167, 177, 179, 183, 185-186, 189, 191, 197, 216, 218, 221, 237-238, 249, 253, 257, 264, 276, 277 n.66, 279-281, 283-284; poemas 38, 46-48, 56-57, 59, 64, 75, 88, 108-111, 119-122, 124, 127, 130, 134, 136, 140, 158-159, 165-167, 183, 189, 199, 237, 279-282, 284; "pasajes hoplitas" 46, 59, 82-83, 122, 130, 133, 134 n.65, 237-238; historicidad 47, 57, 108-110, 120; deformación (o distorsión) poética 47, 59, 64, 119-122, 280, 284.

hoplita 28, 32-45, 50, 56-57, 60, 62-63, 68, 70, 76-78, 84, 91-92, 96-98, 100, 102, 104-105, 122, 127-129, 132, 140-141, 145-146, 149-152, 154-156, 158, 162-164, 173, 181-183, 185, 196, 205, 211-214, 221, 223, 225-229, 233, 236, 239-240, 254-255, 258-259, 262, 264, 267-275, 277, 285-287; concepto 150-158, 162-164; como criterio de falange 33-34, 213-217; como adjetivo 25, 29-46, 48-53, 55-57, 59-71, 74-75, 77, 80-82, 85, 102-103, 111, 122-123, 125, 128-131, 133-134, 137-140, 146, 149-150, 163, 168, 183, 186, 188-189, 195, 210-211, 214, 226, 230-232, 241-242, 246, 254, 267, 273, 286-287.

hoplitēs 150, 152-153, 157-158, 162-163, 165; ver también hoplita.

hóplon/hópla 150-153, 162, 210, 215, 254 n.17.

Ificrates 240, 270 n.58.

Jenófanes de Colofón 134 n.63.

Jenofonte 78, 82, 91-93, 127, 136, 152-153, 156-157, 163, 168-175, 177-181, 211, 240, 257 n.21, 258, 263 n.37; concepto de falange 168-174.

kéras 172, 178; ver flancos.

kléros 55.

lanza 76, 79-80, 82-84, 111, 113-115, 119, 129-132, 136-137, 139-141, 143, 145, 147, 155, 167, 181-188, 194, 197 n.9, 200, 208, 213 n.30, 214-222, 225, 243, 272, 276, 286; características 217-222; efectividad 221-222; dos lanzas 140-141, 181-185, 187.

Latacz, Joachim 40 n.2, 46-49, 53, 58-59, 67, 123, 134, 135 n.66.

legislación 98, 260; códigos arcaicos 55-56, 90, 265-266, 274.

Lequeo, batalla de (391 a.C.) 170, 172, 240, 272, 275.

Leuctra, batalla de (371 a.C.) 78, 128, 169, 173, 221, 235, 243, 246, 271, 275.

Lorimer, Hilda 33-34, 36-38, 66-67, 73, 84, 93, 129-132, 137, 139-141, 195-196, 241, 247.

Macedonia 87, 262, 285.

macedonios 243.

magistratura 86, 94-96, 101, 103, 215, 252, 277, 281-282, 286.

Mantineia, batalla de (418 a.C.) 81, 82, 173, 175-176, 178-179, 188, 211-212, 235-236, 246, 257 n.22, 264, 269, 271; segunda batalla de (362 a.C.) 169-170, 174, 243, 271, 275.

Maratón, batalla de (490 a.C.) 163, 175, 178, 195 n.5, 221, 234, 239, 241, 243, 248; esclavos en 270.

mercenarios 61, 92, 170, 173, 221-222, 229, 234, 239, 244, 270 n.57, 275; arcaicos 224-227, 283.

Mesenia 64, 85.

mesenios 160.

mésos 55, 56; ver clases "medias".

metecos 63; participación militar 164, 268-269, 272, 274.

Meyer, Eduard 27, 29-33, 37, 39, 66, 73, 93, 285.

Milciades 228, 283.

Mimnermo 160-161, 167, 186, 202.

monomaquia, ver combate, singular.

Morris, Ian 48-50, 53, 62, 67, 287.

Murray, Oswyn 40-42, 285.

naucrarias 262 n.34, 266 n.49.

Nemea, batalla de (394 a.C.) 169-170, 172-173, 211, 235, 246, 257 n.22, 269.

Nilsson, Martin 30-37, 39, 66, 73, 93, 110, 250, 285.

Ortágoras de Sición 35, 92.

panoplia hoplita 27, 34, 36, 40, 42, 44, 48, 51-52, 59-60, 68, 75, 77, 80-81, 92, 111, 139, 150, 210-217, 222-223, 259, 274.

peltastas 78, 151, 154, 171, 173, 226, 240, 270-271, 275-276; contra hoplitas 240.

pentakosiomedimnoi 260-261, 265 n.45; ver clases timocráticas.

- Periandro de Corinto 92.,
 Pericles 86, 105, 233, 245, 269-270.
 persas 79, 87, 170, 173, 194, 218, 222, 225-226, 233, 239, 241, 243, 269 n.53.
phálanx 165, 180; en Homero 124, 159, 165-167; en la poesía lírica 167; en la literatura clásica 168-169.
 Pintor Macmillan 138-140, 142-143.
 pintura vascular 114, 119, 146, 150, 158, 162, 181-183, 197-198, 203, 205-207, 209, 215-216, 221, 247; y falange hoplita 34, 60, 69, 138-147, 196-210; y guerra arcaica 74-75, 77, 79; protocorintia 34, 84-85, 128, 138-147, 182, 187.
 Pireo 164, 269 n.52; primera batalla de (404 a.C.) 136, 170, 173, 175; segunda batalla de (403 a.C.) 188.
 Pisístrato de Atenas 35, 37, 92, 98, 103, 262, 270 n.57, 281.
 Platea, batalla de (479 a.C.) 163-164, 175, 177-178, 195 n.5, 214, 221, 235-236, 239, 241, 243, 258, 269-271.
 Platón 156, 213, 229.
 Plutarco 82, 90, 260-261, 277.
 Polibio 86, 209 n.27, 219.
 Polícrates de Samos 92, 163.
pólis 25, 27, 30, 32-33, 37, 42, 44-45, 50, 52-57, 62-65, 67-71, 74, 76, 80, 85, 96-97, 102, 105, 128, 136, 137, 149, 164, 224, 230, 234, 236, 244, 251, 259, 274-275, 278-280, 282; y territorio 65, 281; nacimiento 30-33, 43-44, 48-49, 53, 55-57, 61, 63, 65, 67, 250, 255, 285-286; formalización 31-32, 36, 41, 43, 45, 49-50, 56, 65, 265, 279; obstáculos para su estabilización 280-285; como concepto académico 285; como comunidad de guerreros 30, 31, 66, 69, 252-255.
pórpax 33, 77, 206, 208; *ver* escudo argivo, doble abrazadera.
prómachoi, homéricos 47, 58, 125; tirteicos 46-48, 128, 131; como pre-falange 125.
 proto-falange 40 n.2, 46, 123 n.43.
psíloi 155, 268-269.
 Queronea, batalla de (338 a.C.) 243, 275.
 Raaflaub, Kurt A. 25, 61-65, 67, 162, 230 n.57, 249-251, 259 n.27, 272, 274, 283, 287.
 reclutamiento 42, 216, 224, 226, 233-234, 244, 252, 257-258, 262, 264-265, 267-268, 270, 272, 286; problemas de 256-258; privado 39, 58, 252, 279.
 regionalismo 279-281; *ver también* *pólis*, obstáculos.
 revolución 26-27, 31, 36-45, 49-52, 55, 60, 65, 67, 91, 93, 99, 105, 194 n.2, 195, 233, 256, 267, 280.
 “Revolución hoplita”, teoría de 25-27, 29-72, 73-74, 77, 79, 82, 84-86, 90, 92-93, 97, 102-105, 107, 138, 193-195, 223-224, 232, 244, 255, 267, 273, 279, 281, 283, 285-287; etapas 27, 29; argumentos 26-27; fuentes 73-105; como construcción moderna 25, 287; y tiranía, *ver* tiranía; y *stásis*, *ver stásis*.
 Río Anapo, batalla de (415 a.C.) 175-176, 178-179, 188, 211, 240, 246, 276.
 Salamina, batalla de (480 a.C.) 152 n.8, 177.
 sarissa 114 n.29, 243.
scutum 243.
 Siracusa 84, 163, 227-228, 240, 269.
 siracusanos 179, 240, 246.
skiritai 271.
 Snodgrass, Antony 40-42, 45, 48, 51, 67, 80, 123, 128, 131-133, 137-139, 150, 153, 197-198, 201, 206-207, 218, 236, 253, 256, 273, 285.
 soldado-ciudadano 80, 127, 164, 253-254, 256, 286.
 Solón 37, 89-90, 98-99, 101, 105, 254 n.17, 264-267, 280.
stásis 42, 52, 88, 97-99, 104-105, 242, 251, 266, 281; como competición aristocrática 43, 65, 99, 266, 280-282; como revolución social 90; y *hetairías*/facciones 43, 251, 266, 280-282.
 de Ste.Croix, Geoffrey 44-45, 70, 267 n.50.
 superioridad 30, 33-34, 39, 56, 66, 68, 88, 93, 96, 101, 104-105, 193-196, 217, 222, 233, 236, 239, 241, 243, 245-246, 272; y falange hoplita 31, 33, 42, 56, 68, 223-225, 227, 229-231, 237, 239-241; y escudo argivo 34, 43, 56, 68, 196-210, 222-223; y determinismo, *ver* determinismo.
synaspismós 46, 125, 238; *ver* combate, cerrado.
tássō 170-172, 174-176, 179-180.
táxis 85-86, 170-172, 175-177, 180.
 Teágenes de Mégara 92.
 tebanos 78, 162, 173, 179, 236, 269 n.52.
 Tebas 162-163, 235, 263.
 Termópilas, batalla de (480 a.C.) 163, 176 n.71, 177, 178 n.76, 236, 239-240, 243.
 Tesalia 262.

- thétes* 62-63, 255 n.19, 259-260, 262, 268, 274-275;
ver clases timocráticas
- tierra 32, 36, 38, 49, 52, 54-57, 63, 68, 70, 84, 86-87, 89-90, 98, 118 n.37, 121, 136, 224, 227, 229, 253-256, 265-266, 272, 274, 277, 280, 283, 286; como fuente de riqueza 26, 54; como fundamento de la ciudadanía 40, 54, 64, 259-262, 267, 273.
- timocracia 32, 39, 254-267.
- tiranía 33, 37, 39, 41, 61, 65, 90-93, 102-103, 105, 163, 217, 251-252, 262, 266, 269 n.52, 280-281; y "Revolución hoplita" 30, 34-36, 41-45, 57, 70, 92-93; características 92-93.
- Tirteo 31, 34-35, 46-48, 51, 60, 64, 67, 69, 79, 83, 85-86, 90, 105, 128-129, 150, 160-162, 167, 177 n.74, 181, 202, 218, 221, 237, 249, 253, 257, 279; y la introducción de la falange 31, 34, 46-48, 60, 64, 83, 131-138; exhortaciones 84, 131-134; conexión con Homero 46-48, 64, 83, 134-137, 237; combate tirteico 46-48, 60, 69, 131-137, 181, 183, 186, 189, 191, 237.
- transformación militar 27, 29-31, 33, 37, 40, 51-52, 57, 65, 76, 88, 93, 96-97, 103, 105, 128, 149, 191, 237, 244, 249, 267, 279, 283, 285; repentina 26-27, 38-39, 127-128, 268; progresiva 27, 39-43.
- tropas ligeras 31, 39, 97, 160, 195, 231, 239, 245, 268-272, 175-176; presencia en época arcaica 185-188; marginación táctica y literaria 182, 245; efectividad contra hoplitas 239-241, 272, 275.
- Tucídides 78, 81-82, 92-93, 95-96, 105, 127, 139, 145 n.80, 154-155, 157, 163-164, 168, 171 n.50, 176-180, 181-182, 211-214, 217, 221, 235-236, 239-241, 242, 249, 260-261, 264, 271, 276-277; y la falange hoplita 81-82, 175-180.
- Vaso Chigi 34, 46, 60, 83-84, 128, 138-143, 145-147, 181, 183, 187, 236.
- violencia 44, 58, 69-70, 92-93, 95, 100-101, 103, 121, 127, 228, 242, 250-251; política 69, 100, 104, 282; *ver también stásis*.
- Weber, Max 27, 29-37, 66, 73, 93, 229.
- Wees, Hans van 57-61, 64, 67, 111 n.10, 114 n.26, 118 n.37, 122-126, 140, 145-146, 164-165, 188, 217, 239, 264, 267 n.50, 268, 269 n.51, 274-276.
- zeugitēs* 55, 216, 259-265; identidad con el hoplita 55, 259, 262, 264.

ÍNDICE DE FUENTES CLÁSICAS

En **negrita**, las referencias a las páginas en este libro

FUENTES EPIGRÁFICAS

IG I^a

1240 **263 n.37**.

IG I^b

1.1 **152 n.8**.

1.1.7-12 **214**.

1.60.14-18 **154, 157**.

1.83.22-24 **155, 157**.

1.118.28-31 **156, 157**.

1.138.1-2 **154, 157**.

2.1191.60 **156, 157**.

FUENTES LITERARIAS

Alceo (Alc.)

Frg. 70.12 **89**; 112.10 **96**; 129.19-20 **89**; 179 col.2.6 **152**; 350 **225**; 350.2 **221**; 350.5 **160 n.32, 161**; 357 **137, 216, 249**; 357.4 **160 n.32**; 357.6-7 **138, 186**; 357.8 **79, 152**; 360 **276**; 382.1 **160 n.32**; 382.2 **160 n.30**; 400 **253**.

Alcmán de Esparta (Alcm.)

Frg. 1.1.5 **160**; 1.23-32 **186 n.92**.

Anacreonte (Anac.)

Frg. 36b **81**; 382 **188**.

Anónimos

Carmina Popularia (Carm.Pop.)

Frg. 10.2 **160 n.31**; 11.1 **160**.

Carmina Convivalia (Carm.Conv.)

Frg. 15.5 **160 n.35**; 26 **225**.

Apiano (App.)

Mitridática (Mith.)

195-196 **190**.

Guerra Civil (BCiv.)

2.15.104 **190**.

Aristófanes (Ar.)

Acarnienses (Ach.)

107 **234 n.61**; 197 **234 n.61**; 279 **216**.

Aves (Av.)

402 **155, 157, 157 n.17**; 448 **155-156, 157**.

Avispas (Vesp.)

243 **234 n.61**; 359 **155, 157**.

Caballeros (Eq.)

1369 **155, 157, 157 n.17, 164**.

Lisístrata (Lys.)

282 **179 n.82**; 394 **155-156, 157, 164**; 590 **155-156, 157, 164**; 1143 **155-156, 157, 163, 164**.

Paz (Pax)

312 **234 n.61**; 367 **234**; 528 **234**; 1228 **216**.

Fragmenta (Frg.)

66.1 **179 n.82**; 295 **216**.

Aristóteles (Arist.)

Constitución de Atenas (Ath.Pol.)

2 **88**; 2-3 **281 n.2**; 2-13 **90**; 2.2.1-4 **99**; 2.2.6 **98**; 2.3 **99**; 3 **98**; 4.2-3 **260**; 4.2.1 **94**; 4.2.1-2 **261**, **262**; 4.2.2-8 **94**; 4.5 **98**; 5.1 **99**; 7.3-4 **259**; 7.3.1 **260**, **261**; 7.4 **259**; 7.4.4 **261**; 7.4.12-13 **261**; 13 **98**; 13.5 **281**; 14.1 **92 n.2**; 14.1.1 **103**; 14.1.4-5 **103**; 15.2 **103**; 16.2.4 **103**; 16.5 **103**; 16.7-8 **103**; 20.1.1-3 **266 n.49**; 21.5.1-3 **266 n.49**; 24.3.11 **156 n.15**; 26.1 **268**; 33.1 **260**; 33.1.8-9 **262**; 61.1.4 **156 n.15**; 61.1.5 **156 n.15**; 61.4.4 **156 n.15**; 61.5.3 **156 n.15**.

Política (Pol.)

1252a 2 **100**; 1252b 31-34 **104 n.7**; 1253a 6 **94**; 1253a 29-30 **100**; 1253a 33 **93**; 1253a 34-35 **93-94**; 1256a 29-1256b 7 **97**; 1261a 22-29 **97**; 1261b 1-2 **100**; 1265b 12-15 **98**; 1265b 28-29 **94**, **260**; 1266a 31-32 **266 n.47**; 1266a 37-38 **266 n.47**; 1266a 39-1266b 4 **98**; 1266b **266**; 1266b 14 **98**; 1266b 17-18 **98**; 1266b 26-28 **98**; 1266b 38-39 **99**; 1266b 40-41 **99**; 1267a 9 **98**; 1267b 1-4 **99**; 1267b 5-8 **101**; 1267b 22-1269a 28 **97**; 1267b 22-1268a 15 **98**; 1268a 21-23 **94**; 1268a 27-29 **95**; 1269a-1271b **85**; 1270a 18-19 **101**, **274**; 1270a 29-34 **98**; 1270a 30 **156 n.15**; 1270b 5-6 **98**; 1270b 9 **101**; 1271a 11-12 **101**; 1271a 17-18 **99**; 1272a 29 **101**; 1272a 29-39 **274**; 1272a 39 **101**; 1272a 40 **101**; 1274a 13-14 **102**; 1274b 41 **96**; 1275a 22-23 **95**, **277**; 1275a 24-28 **95**; 1275b **281**; 1275b 18-19 **95**; 1275b 20-21 **96**; 1275b 31-32 **95**; 1275b 37 **270 n.56**; 1276b 1-2 **96**; 1276b 1-4 **97**; 1277a 5 **97**; 1277b 3-7 **95**; 1278a **95**; 1279a 8-16 **99**; 1279a 21 **96**; 1279a 28-30 **119 n.38**; 1279a 37 **100**; 1279a 39-1279b 4 **119 n.38**; 1279b 2-4 **94**, **260**, **262**; 1280a 11-12 **101**; 1280b 39-40 **100**; 1281a 40-1281b 10 **100**; 1281b 26 **101**; 1281b 29-30 **98**; 1281b 31-38 **101**; 1281b 34-38 **100**; 1282a 25-26 **101**; 1283b-1284b **100**; 1286a 7-1286b 7 **100**; 1286b 16-20 **103**; 1289b 27-35 **97**; 1289b 29-32 **94**; 1289b 30-31 **97**; 1289b 33-36 **98**; 1290b 40-1291a 8 **97**; 1291b 15-1292a 38 **102**; 1291b 30-38 **100**; 1292b 22-1293a 11 **102**; 1293b 22-1294a 29 **100**; 1294a 1-3 **101**; 1295a 19-23 **102**; 1295b **98**; 1295b 1-3 **97**; 1295b 4-11 **98**; 1295b 5 **98**; 1295b 25-33 **100**; 1295b 34-1296a 21 **101**; 1296a 13-18 **98**; 1296b 13-34 **97**; 1296b 35-1297a 13 **98**; 1297a 30-31 **94**; 1297b 1 **119 n.38**; 1297b 1-2 **94**, **260**, **262**; 1297b 16-25 **96**, **261**; 1297b 18-20 **104**; 1297b 19-20 **236**; 1297b 22-23 **97**, **102**; 1301a 37-39 **99**;

1301b 26-29 **99**; 1301b 29ss. **101**; 1302a 23ss. **99**; 1302a 31-34 **99**; 1302b-1304b **99 n.5**; 1303a 3-10 **253**; 1303b 12-14 **236**; 1304b 8-18 **100 n.6**; 1304b 19-1307b 25 **99 n.5**; 1305a 7-9 **103**; 1305a 16 **282**; 1305a 22-23 **103**; 1305a 23-28 **92 n.2**; 1305b 33 **156 n.15**; 1306a 35-36 **263**; 1306b 36-1307a 2 **249**; 1308b 12 **101**; 1310b **35**; 1310b 12-14 **103**; 1310b 14-23 **103**; 1310b 27-28 **93**; 1311b 27ss. **88**; 1311a 1-4 **102**; 1313a 39-1313b 32 **102**; 1314a 15-25 **102**; 1315a 31-33 **100**; 1315b 27-29 **92 n.2**; 1317a 24-29 **97**; 1317a 30-31 **102**; 1317a 40-41 **100**; 1317b-1318a **99**, **100**; 1318b 9-27 **104**; 1319a 8-10 **98**; 1321a 5-21 **97**, **105 n.8**; 1321a 8-13 **119 n.38**; 1321a 13 **105 n.8**; 1326a 23 **156 n.15**; 1327b 9 **270**, **277**; 1328a 36-1328b 2 **97**; 1328b 2-15 **94**; 1329a 1-2 **104**; 1329a 2ss. **94**; 1329a 11-12 **94**; 1329a 18 **94**; 1329a 25-26 **104**; 1329a 36-38 **94-95**; 1329b 36-39 **104**.

Económico (Oec.)

1343b 2-6 **82**.

Retórica (Rh.)

1357b 31-33 **92 n.2**.

Fragmenta (Frg.)

1.15.98.14 **156 n.15**; 8.44.431.8 **156 n.15**; 8.44.432.7 **156 n.15**; 8.44.498.6 **156 n.15**; 8.44.519.6 **156 n.15**.

Arquíloco (Archil.)

Frg. 1 **225**; 2 **79**, **129**, **130**, **218**, **225**; 3 **76**, **131**, **186**, **221**; 3.1 **130 n.52**; 3.2 **130 n.52**; 3.3 **129**, **130**; 3.5 **129**, **130**, **160**; 5 **81**, **129**, **152**, **225**; 5.1 **160**; 6 **160 n.34**; 15 **160**, **161**, **225**; 21 **228**; 22 **228**; 23.15 **160 n.34**; 23.19 **130**; 24.13 **160 n.35**; 88 **160 n.30**; 89.3 **160 n.34**; 89.6 **160**; 89.8 **160 n.32**; 89.9 **160 n.30**; 91.5 **160 n.35**; 94.3 **160 n.30**; 96.5 **130**; 98.5 **130**, **186**; 98.18-20 **186**; 98.19 **130 n.52**; 98.20 **130 n.52**; 102 **228**; 106.3 **152 n.7**; 128.2 **160 n.34**; 128.3 **160 n.34**; 139.5 **160 n.34**; 139.6 **130 n.52**, **186**; 153.3 **130**; 168.3 **160**; 216 **160**, **225**; 228 **228**; 229 **130 n.52**; 258 **130**; 324.3 **160 n.35**.

Asclepiodoto (Ascl.)

5.1.2 **202 n.16**.

Bacchylides (Bacchyl.)

Epinicios (Epin.)

11.71 **152 n.7**.

Fragmenta dubia (Dub.)

62b.10 **152 n.8**.

Ditirambo (Dyth.)

18.33 **152 n.8**.

Calino de Éfeso (Callin.)

Frg. 1.1 **138**; 1.5 **138, 186**; 1.6 **160 n.32**; 1.6-8 **253**; 1.7-9 **138**; 1.9 **160 n.31**; 1.9-11 **133, 138**; 1.10 **218**; 1.12-15 **138**; 1.13 **160 n.32**; 1.14 **138**; 1.14-15 **186**; 1.18 **160 n.32, 161**; 4 **160, 161**; 5a **160**.

Demóstenes (Dem.)

Filípicas (Phil.)

1.40.2 **157 n.16**; 2.14.3 **157 n.16**; 3.47 **286**; 3.48.4 **157 n.16**; 3.49.4 **157 n.16**.

Discursos

Peri Synt. 9.5 **157 n.16**; 10.7 **157 n.16**.

Peri ton Symm. 13.4 **157 n.16**.

De Cor. 90.9 **157 n.16**; 115.8 **157 n.16**; 115.11 **157 n.16**; 116.2 **157 n.16**; 215.3 **157 n.16**; 234.5 **157 n.16**.

De falsa Leg. 183.3 **157 n.16**; 230.8 **157 n.16**.

Meid. 133.8 **157 n.16**.

In Timoc. 216.7 **157 n.16**.

Diodoro Sículo (Diod.Sic.)

12.28.3 **214**; 12.76.4 **228 n.53**; 15.44.3 **77, 151**; 19.3.2 **216**.

Diógenes Laercio (Diog.Laert.)

1.78 **188**.

Dionisio de Halicarnaso (Dion.Hal)

Antigüedades Romanas (Ant.Rom.)

15.6.4 **228 n.53**.

Éforo (Ephor.)

FGrH 70 F

115 **93**; 115.3 **156 n.13**; 176 **93**; 179 **92 n.2**; 196.65 **156 n.13**.

Elio Arístides (Aristid.)

Orationes (Or.)

555.31-33 **96 n.3**.

Eneas Táctico (Aen.Tact.)

18-20 **257 n.23**.

Escolios a Aristófanes

Caballeros (Schol. in Ar.Eq.)

627.5-8 **261**; 627.7-8 **260, 261**.

Esquilo (Aesch.)

Persas (Pers.)

25-32 **79**; 52-57 **79**; 60 **160 n.33**; 85 **160 n.33**; 85-86 **79**; 147-149 **79**; 226-280 **276**; 235 **160 n.33**; 239

194, 218; 243 **160 n.33, 162**; 278 **79, 194, 218**; 296 **176**; 366 **175 n.66**; 375 **162**; 380 **176**; 381 **175 n.66**; 399 **178**; 400 **177**; 403-405 **136**; 422 **177**; 470 **177**; 725 **276**; 728-729 **79**; 729 **194, 218**; 813 **276**; 816 **258**; 816-817 **79**; 817 **194, 218**; 915 **160 n.33**; 920 **160 n.33**; 926 **194, 218**; 927 **160 n.33**; 993 **160 n.33**; 1601-1603 **276**.

Siete contra Tebas (Sept.)

42 **160 n.33, 162**; 57 **160 n.33**; 114 **160 n.33, 162**; 158 **188**; 298-300 **188**; 314 **160 n.33**; 324 **160 n.33**; 347 **160 n.33**; 397 **160 n.33**; 408 **175**; 412 **160 n.33**; 432 **160 n.33, 162**; 436 **160 n.33**; 466 **153, 157, 160 n.33, 162, 163**; 478 **160 n.33**; 502 **160 n.33**; 505 **160 n.33**; 509 **160 n.33, 162**; 519 **160 n.33**; 527 **175**; 544 **160 n.33, 188**; 568 **160 n.33**; 570 **175**; 621 **175**; 644 **160 n.33, 162**; 651 **160 n.33**; 676 **188**; 717 **153, 157, 160 n.33, 162, 163**.

Suplicantes (Suppl.)

366-369 **91**; 398-401 **91**; 483-489 **91**; 500 **160 n.33**; 528 **160 n.33**; 605-608 **91**; 621-622 **91**; 937 **160 n.33**; 963-965 **91**.

Agamenón (Ag.)

445 **160 n.33**; 642 **160 n.33**; 660 **160 n.33**; 804 **160 n.33**; 1627 **160 n.33, 162**.

Coéforos (Choe.)

160 **162**; 627 **162**; 1072 **162**.

Euménides (Eum.)

296 **162**; 683 **253**; 762 **253**.

Esquines (Aeschin.)

De falsa Leg. 140.4 **157 n.16**; 151.2 **157 n.16**.

In Ctes. 98.3 **157 n.16**.

Estesícoro (Stesich.)

Frg. S15 **188**; S22.6 **160 n.32**; 45 col.2.2 **160 n.35**; S88 col.1.21 **177 n.74**; S88.9 **188**; S105.1 **160**; 179b **188**; 217 **188**.

Estrabón (Str.)

1.61 **228**; 3.3.6 **77**; 5.243 **228 n.53**; 6.269 **228**; 8.6.20 **88**; 10.1.8.15-19 **263**; 10.1.12 **76, 88, 129**; 13.1.38 **81, 137**.

Eurípides (Eur.)

Andrómaca (Andr.)

458 **154-155, 157, 157 n.17**; 760 **154-155, 157**; 1123 **154-155, 157, 157 n.17**.

Electra (El.)

443 **152 n.9**.

Fenicias (Phoen.)

1096 **155, 157, 162**; 1191 **155, 157, 162**.

Heracles Loco (HF)

157-163 **276**; 190 **155, 157, 213**; 1192 **152 n.9**.

Heraclidas (Heracl.)

277 **152 n.9**; 694 **154, 157, 162, 164**; 699 **154, 157, 162, 164**; 729 **154, 157, 157 n.17, 162, 164**; 800 **154, 157**.

Ifigenia en Áulide (IA)

1069 **152 n.9**.

Ion (Ion)

198 **152 n.9**.

Suplicantes (Suppl.)

585 **154-155, 157**.

Hecateo de Mileto (Hecat.)

Frg. 324b 12 **152 n.7**.

Heráclito de Éfeso (Heracl.)

Frg. 24 **273 n.63, 276**.

Heródoto (Hdt.)

1.34 **216**; 1.59-60 **281**; 1.59-64 **92**; 1.59.5 **92 n.2**; 1.59.14 **281**; 1.60.2 **281**; 1.60.6 **281**; 1.61-64 **281**; 1.61.2 **281**; 1.61.10 **281**; 1.62.2 **281**; 1.64.1 **92 n.2**; 1.65-66 **85**; 1.80.7 **175**; 1.80.14 **175 n.65**; 1.80.15 **175 n.65**; 1.80.19 **175 n.65**; 1.82 **88, 231**; 1.103.4 **175 n.65**; 1.166 **228**; 1.168 **228**; 1.171 **137**; 1.191.2 **175 n.65**; 1.191.4 **175 n.65**; 2.152.4 **225**; 2.152.5 **226**; 2.163 **225**; 3.4 **225**; 3.11.1 **176 n.72**; 3.13.2 **176 n.72**; 3.25 **225**; 3.45.3 **92 n.2**; 3.48-53 **88**; 3.82.4 **35**; 3.97.12 **168**; 3.120.14 **154, 163**; 3.155.22 **175 n.65**; 3.155.24 **175 n.65**; 3.155.31 **175 n.65**; 3.157.9 **175 n.65**; 4.134.1-2 **175**; 4.134.3 **175**; 4.158 **227**; 4.159.6 **228**; 4.159.13-14 **228**; 4.160.3 **228, 229**; 4.160.13 **154, 163**; 5.42-47 **282**; 5.44-45 **228**; 5.55-65 **92**; 5.66 **266 n.49**; 5.66-69 **281**; 5.66.2.1 **266 n.49**; 5.69 **266 n.49**; 5.71 **92**; 5.92 **88**; 5.95 **81, 137**; 5.102.8 **175 n.64**; 5.109.5 **175 n.64**; 5.110.2 **175 n.64**; 5.110.3 **175 n.64**; 5.110.5 **175 n.64**; 5.111.2 **154, 157 n.17**; 6.8.2 **175 n.66**; 6.8.4 **178**; 6.8.4-12 **178**; 6.8.8 **175 n.66**; 6.8.11 **175 n.66**; 6.14.8 **176**; 6.34-36 **282**; 6.37.1 **228**; 6.38.2 **228**; 6.77.4 **176 n.71**; 6.80.1 **271**; 6.81 **271**; 6.102-103 **281**; 6.111 **86**; 6.111-113 **178**; 6.111.1 **175 n.64**; 6.111.2 **178 n.78**; 6.111.4 **178 n.78**; 6.111.5-7 **178**; 6.111.6 **175 n.64**; 6.111.7 **178 n.79**; 6.111.11 **175 n.64**; 6.111.13 **178 n.81**; 6.111.14 **176 n.70**; 6.111.15 **178 n.77**; 6.112 **86**; 6.112.1 **175 n.64**; 6.112.9 **179**; 6.113.2 **178 n.81**; 6.113.3 **175 n.64**; 6.113.4 **177**; 6.113.5 **178 n.77**; 6.113.7 **177, 178**

n.81; 6.113.8 **178 n.77**; 6.117 **248**; 6.117.1 **221**; 6.117.10 **154, 157, 157 n.17, 161, 163**; 6.127.3 **93**; 7.9 **87**; 7.87 **175 n.65**; 7.104 **86, 177**; 7.104.21 **176 n.69**; 7.155 **227**; 7.158.16 **154, 163**; 7.173.10 **154, 163**; 7.202 **236**; 7.202.3 **154, 163**; 7.211 **239**; 7.211.8-9 **239**; 7.212.7 **175 n.67, 176 n.71**; 7.217.6 **154, 163**; 7.218.11 **175 n.65**; 7.219.8 **176 n.69**; 7.220.25 **177**; 7.229.1 **271**; 7.231 **257**; 8.1.1 **175 n.66**; 8.38.7 **154**; 8.70.2 **175 n.66**; 8.76.5 **178**; 8.76.7 **175 n.66**; 8.85.2 **178**; 8.86.4 **177**; 8.86.5 **175 n.66**; 8.89.10 **175 n.66**; 8.95.4 **154**; 8.104.2.2 **178**; 9.12.1 **154, 163**; 9.17.7 **154, 163**; 9.18.5 **179**; 9.21.1 **175 n.64**; 9.21.11 **176 n.68**; 9.22.1 **269**; 9.25.4 **176 n.70**; 9.25.6 **176 n.70**; 9.26.2 **176 n.68**; 9.26.4 **178 n.77**; 9.26.6 **176 n.69**; 9.26.28 **178 n.77**; 9.26.31 **178 n.77**; 9.26.34 **176 n.69**; 9.26.37 **178 n.77**; 9.27.31 **176 n.69**; 9.27.32 **176 n.69**; 9.27.35 **175 n.64**; 9.28 **178, 236**; 9.28-30 **235**; 9.28.2 **269**; 9.28.3 **178 n.77**; 9.28.5 **175 n.64**; 9.28.6 **178 n.78**; 9.28.9-10 **175 n.64**; 9.28.12 **154, 163**; 9.28.13 **176 n.71**; 9.28.14 **176 n.71**; 9.28.16 **176 n.71**; 9.28.18 **175 n.64**; 9.28.21 **176 n.71**; 9.28.22 **176 n.71**; 9.28.25 **176 n.71**; 9.28.27 **175 n.64**; 9.28.28 **175 n.64**; 9.28.30 **175 n.64, 178 n.79**; 9.29-31 **269**; 9.29.1 **269 n.53**; 9.29.1-30 **269**; 9.29.2 **175 n.64**; 9.29.3 **154, 163, 164**; 9.29.4 **154, 163**; 9.30.4 **154, 163**; 9.30.9 **269**; 9.31 **86**; 9.31.2 **175 n.64**; 9.31.6 **175 n.64, 175 n.65**; 9.31.7 **176 n.72**; 9.31.8 **176**; 9.31.8-9 **176 n.72**; 9.31.9 **175 n.65**; 9.31.10 **176 n.72**; 9.31.11 **175 n.65**; 9.31.13 **175 n.65**; 9.31.16 **175 n.65**; 9.31.19 **176 n.72**; 9.31.21 **175 n.65**; 9.31.23 **175 n.65**; 9.31.30 **175 n.65**; 9.32.2 **175 n.65**; 9.32.9 **175 n.65**; 9.32.15 **175 n.65**; 9.32.16 **175 n.65**; 9.33.1 **175 n.65**; 9.46.1 **178 n.78**; 9.46.5 **176 n.71**; 9.46.6 **175 n.64**; 9.47.2 **176 n.69**; 9.47.8 **178 n.78**; 9.47.9 **178 n.79**; 9.48.1 **176 n.69, 176 n.71**; 9.48.5 **176 n.69**; 9.48.12 **175 n.64**; 9.49.11 **175 n.64**; 9.50.4-5 **178 n.78**; 9.54.4 **175 n.64**; 9.57.4 **176 n.69**; 9.60 **235**; 9.60.3 **269**; 9.61.2 **269 n.53**; 9.61.3 **175 n.64**; 9.63.7 **175 n.65**; 9.63.10 **154, 163**; 9.69.2 **175 n.64**; 9.70.5 **221**; 9.71 **177**; 9.71.7-8 **177 n.75**; 9.71.15 **176 n.70**; 9.71.16 **178 n.76**; 9.85.2 **269 n.53, 271**; 9.98.10 **176 n.71**; 9.99.4 **175 n.64**; 9.102 **178**; 9.102.2 **175 n.64**; 9.102.4 **175 n.64**; 9.102.6 **178 n.77**; 9.102.16 **175 n.64**.

Hesíodo (Hes.)

Teogonía (Theog.)

137 **152 n.7**; 333 **152 n.7**; 478 **152 n.7**; 676 **167**; 821 **152 n.7**; 853 **152**; 935 **167**; 946 **152 n.7**.

Trabajos (Op.)

489 **152 n.7**; 627 **152 n.7**.

Fragmenta (Frg.)

10a.54 152 n.7; 26.31 152 n.7; 35.13 152 n.7; 175.2 152 n.7; 221.7 152 n.7.

Homero (Hom.)

Iliada (Il.)

1.10 158 n.18, 159 n.20; 1.16 158 n.18, 177 n.73; 1.37 116 n.30; 1.53 159 n.20; 1.54 158 n.18; 1.117 158 n.18; 1.126 158 n.18; 1.144 161; 1.152 159 n.29; 1.174-175 118; 1.179 159 n.26; 1.183 159 n.26; 1.190 111 n.19, 116; 1.194 111 n.19, 221; 1.210 111 n.19, 221; 1.220 111 n.19, 221; 1.225 121 n.42; 1.226 158 n.18; 1.229 159 n.20; 1.263 158 n.18; 1.290 159 n.29; 1.303 114 n.28; 1.307 159 n.26; 1.313 158 n.18; 1.345 159 n.26; 1.349 159 n.26; 1.353 118 n.34; 1.371 111 n.17, 117 n.32; 1.375 158 n.18, 177 n.73; 1.381 135; 1.382 158 n.18; 1.451 116 n.30; 1.454 118 n.34, 158 n.18; 1.490 118 n.35; 1.505 118 n.34; 1.510 118; 1.559 118 n.34; 1.594 161; 1.766 116 n.30; 2.1 161 n.37; 2.4 118 n.34; 2.5-154 127; 2.25 158 n.18; 2.45 111 n.19, 116, 221; 2.47 117 n.32; 2.85 158 n.18; 2.86 158 n.18; 2.87 238; 2.99 158 n.18; 2.105 158 n.18; 2.115 158 n.18; 2.120 158 n.18; 2.122 159 n.22; 2.130 159 n.27; 2.131 114 n.28, 159 n.22; 2.142 135 n.69; 2.143 158 n.19; 2.163 117 n.32, 158 n.18; 2.179 158 n.18; 2.187 117 n.32; 2.188-197 127; 2.191 158 n.18; 2.197 118 n.34; 2.198 161; 2.198-199 121 n.42; 2.198-206 127; 2.200-202 276; 2.200-206 121 n.42; 2.202 127, 164; 2.203-205 135; 2.207 159 n.20; 2.212-277 121; 2.216-219 121 n.42; 2.235 135 n.67, 257; 2.243 158 n.18; 2.246 121 n.42; 2.248 121 n.42; 2.254 158 n.18; 2.265-269 121 n.42; 2.270-277 121 n.42; 2.272-273 118 n.36; 2.278 158 n.19; 2.280 158 n.18; 2.362 124, 159 n.22; 2.365 158 n.18; 2.368 159 n.22; 2.382 114 n.28; 2.388 75; 2.389 114 n.28, 199 n.15; 2.417 159 n.26; 2.437 117 n.32; 2.438 158 n.18; 2.446 124; 2.450 158 n.18, 158 n.19; 2.459 238; 2.468 238; 2.469 238; 2.474 161; 2.476 177 n.73; 2.510 159 n.24; 2.529 117; 2.529-530 111 n.17; 2.530 114 n.28; 2.542-544 131; 2.543 114 n.28, 159 n.29; 2.544 159 n.28; 2.553 161; 2.554 159 n.22, 177 n.73; 2.558 165 n.41, 166; 2.562 159 n.24; 2.580 158 n.18; 2.604 161 n.37; 2.611 159 n.22, 161; 2.645 114 n.28; 2.650 114 n.28; 2.655 177 n.73; 2.659 114 n.28; 2.664 158 n.18; 2.675 158 n.18; 2.701 159 n.22, 161; 2.704 177 n.73; 2.707 152 n.6; 2.708 158 n.18; 2.727 177 n.73; 2.768 159 n.22; 2.773 158 n.18; 2.798 159 n.22; 2.799 158 n.18; 2.803 159 n.27; 2.805 159 n.22; 2.806 177 n.73; 2.809 158 n.18; 2.810 159 n.21; 2.815 124, 159 n.27; 2.816

117 n.33; 2.818 114 n.28, 158 n.18; 2.830 111 n.17, 117; 2.837 159 n.22; 2.846 159 n.29; 3.1 177 n.73; 3.15-388 75; 3.15-20 111 n.18; 3.16-18 185; 3.18 111 n.19, 114 n.27, 183, 221; 3.19-20 110 n.8; 3.22 158 n.19; 3.29-31 113 n.20; 3.32 158 n.19, 159 n.26; 3.36 158 n.19; 3.47 159 n.26; 3.49 159 n.22, 159 n.29, 161 n.37; 3.50 136; 3.77 165 n.41, 166; 3.78 114 n.28, 219; 3.79-80 75, 185; 3.80 186 n.89; 3.82 159 n.24; 3.83 117 n.33; 3.106 121 n.42; 3.108 152 n.6; 3.127 117 n.32; 3.131 117 n.32; 3.135 114 n.28; 3.137 114 n.28; 3.166 159 n.22; 3.167 159 n.22, 161; 3.179 159 n.29; 3.183 159 n.24; 3.185 159 n.22; 3.188 159 n.27; 3.196 159 n.22, 159 n.23; 3.226 159 n.22, 161; 3.236 177 n.73; 3.241 159 n.22; 3.251 117 n.32; 3.254 114 n.28; 3.252 130 n.54; 3.271 111 n.19; 3.272 111 n.19, 221; 3.317 114 n.28; 3.324 117 n.33; 3.332 117 n.32; 3.334 111 n.19, 221; 3.336 116; 3.338 114 n.28; 3.340 158 n.19; 3.345 114 n.28; 3.346 114 n.28; 3.347 114 n.22, 197 n.10; 3.348 114 n.24, 114 n.28; 3.355 114 n.28; 3.356 114 n.22, 197 n.10; 3.357 114 n.28; 3.358 117 n.32; 3.360 114 n.28; 3.361 111 n.19, 221; 3.367 111 n.19, 114 n.28, 221; 3.378 159 n.26; 3.380 114 n.28; 3.395 135 n.69; 3.429 159 n.22; 3.431 114 n.28; 3.436 114 n.28; 3.449 158 n.19; 3.451 159 n.27; 3.456 159 n.27; 4.76 159 n.20; 4.86 158 n.19, 159 n.22; 4.86-87 161 n.37; 4.87 159 n.29; 4.90 152, 159 n.29; 4.94 186 n.89; 4.113 159 n.26; 4.116 186 n.89; 4.118 186 n.89; 4.125 186 n.89; 4.126 158 n.19; 4.129 186 n.89; 4.134 186 n.89; 4.179 159 n.20; 4.196 186 n.89; 4.201 152, 159 n.29; 4.205 135 n.69; 4.206 186 n.89; 4.209 158 n.19, 159 n.20; 4.213 186 n.89; 4.217 186 n.89; 4.221 152, 159 n.29; 4.225 118 n.35; 4.231 159 n.21, 159 n.22, 159 n.23; 4.241-249 136 n.70; 4.250 159 n.22, 159 n.23; 4.251 158 n.19, 159 n.22; 4.254 165 n.41, 166, 167; 4.273 158 n.19, 159 n.22; 4.274 159 n.21; 4.275 161, 238; 4.281 165 n.41, 166, 167; 4.282 167; 4.294 159 n.26; 4.298 159 n.21; 4.301-309 75; 4.302 158 n.19; 4.306 159 n.22; 4.324 159 n.25; 4.325 152 n.6; 4.332 165 n.41, 166; 4.373 159 n.26; 4.379 159 n.27; 4.393 159 n.24; 4.418-421 113 n.20; 4.422-429 84, 238; 4.427 165 n.41, 166; 4.445 159 n.22; 4.446 158 n.19; 4.446-449 84; 4.447 114 n.24, 159 n.22; 4.447-448 161 n.37; 4.448 114 n.22, 197 n.10; 4.457 159 n.22, 161 n.37; 4.461 114 n.28; 4.465 186 n.89; 4.465-467 111 n.13; 4.472 159 n.22; 4.485 161; 4.490 158 n.19; 4.492 111 n.13, 159 n.22; 4.495 111 n.16; 4.498 159 n.22, 186 n.89; 4.501 159 n.26; 4.503 114 n.28; 4.506 111 n.13; 4.516 158 n.19; 4.519 159 n.22; 4.523 159 n.26;

- 4.530 111 n.19, 221; 4.532 159 n.26; 4.532-538 111 n.14; 4.537 111 n.17; 5.9-21 113 n.21; 5.12-26 110 n.5; 5.13 159 n.21; 5.18 186 n.89; 5.93 165 n.41, 166; 5.94 134; 5.96 130 n.54, 165 n.41, 166; 5.101-106 111 n.11; 5.104 186 n.89; 5.106 186 n.89; 5.106-134 113 n.20; 5.118 159 n.22; 5.166 159 n.22, 159 n.23; 5.172 159 n.22; 5.180 111 n.17; 5.197 159 n.29; 5.204 159 n.21; 5.217-443 113 n.21; 5.240-296 110 n.7; 5.244 159 n.22; 5.282 114 n.28; 5.283-285 111 n.11; 5.293 114 n.28; 5.297-329 110 n.6; 5.300 114 n.22, 197 n.10; 5.332 159 n.22; 5.361 161; 5.453 114 n.22, 197 n.10; 5.456 159 n.22; 5.473 159 n.27; 5.477 159 n.27; 5.478 159 n.27; 5.483 159 n.22; 5.488 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 5.491 159 n.27; 5.495 159 n.20; 5.503-505 75; 5.529 135 n.67, 135 n.68; 5.529-532 257; 5.533 159 n.22; 5.538-539 116; 5.541 159 n.22; 5.558 159 n.22; 5.562 111 n.16; 5.572 134; 5.573 111 n.13; 5.574 159 n.26; 5.577 152, 159 n.29; 5.591 165 n.41, 166; 5.592 167; 5.602 159 n.29; 5.604 161; 5.608-609 113 n.21; 5.615-616 116; 5.617-626 111 n.14; 5.628-669 110 n.7; 5.641 159 n.22; 5.658 114 n.28; 5.680 117 n.33; 5.681 111 n.16; 5.689 117 n.33; 5.706 159 n.29; 5.746 159 n.22, 159 n.23; 5.779 159 n.22; 5.795-798 111 n.15, 114 n.25; 5.796 75; 5.797 114 n.22, 197 n.10; 5.835-867 113 n.21; 5.841-867 110 n.5; 6.6 165 n.41, 177 n.74; 6.7 159 n.22; 6.45-75 111 n.12; 6.51 135 n.69; 6.83 165 n.41, 166; 6.84 134; 6.85 185; 6.97 159 n.29; 6.99 159 n.22; 6.104 159 n.20; 6.111 159 n.27; 6.112 135 n.67; 6.116 111 n.16, 117 n.33; 6.117-118 114 n.23; 6.118 197 n.10; 6.119-236 110 n.8, 110 n.9; 6.124 118 n.35; 6.219 116; 6.227 159 n.27; 6.263 117 n.33; 6.267 114 n.22; 6.278 159 n.29; 6.319 111 n.18, 114 n.28; 6.342 117 n.33; 6.359 117 n.33; 6.369 111 n.16; 6.440 117 n.33; 6.453 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 6.487 161; 6.520 117 n.33; 6.521 159 n.22, 161; 7.13 159 n.22; 7.23-305 75; 7.55 165 n.41, 166; 7.56 219; 7.75 136 n.71; 7.96 135 n.67; 7.96-100 257; 7.113 118 n.35; 7.141 165 n.41, 166, 177 n.74; 7.152 135; 7.158 117 n.33; 7.233 117 n.33; 7.250 114 n.22, 197 n.10; 7.263 117 n.33; 7.281 159 n.29; 7.287 117 n.33; 7.305 116; 7.348 159 n.27; 7.368 159 n.27; 7.417 152 n.5; 8.33 159 n.29; 8.55 152 n.5; 8.57 136; 8.59 159 n.21; 8.60-63 84; 8.61 159 n.22; 8.61-62 161 n.37; 8.62 197 n.10; 8.79 134; 8.87-126 110 n.5; 8.96 159 n.22; 8.102 159 n.25, 161; 8.118-129 113 n.21; 8.155 152, 159 n.29; 8.160 117 n.33; 8.160-167 111 n.11; 8.162 114 n.22; 8.163 257; 8.174 135 n.67; 8.214 152, 159 n.22, 159 n.29, 161 n.37; 8.256 159 n.22, 161 n.37; 8.266-272 111 n.18, 185; 8.279 165 n.41, 166; 8.316-329 113 n.20; 8.320-334 110 n.6; 8.324 117 n.33; 8.345 134; 8.377 117 n.33; 8.390 159 n.22, 159 n.23; 8.445-459 110 n.8; 8.448 118 n.35; 8.464 159 n.29; 8.472 159 n.20, 159 n.29; 8.494 111 n.18, 114 n.28; 8.809-837 110 n.8; 9.51 238; 9.58 152 n.6; 9.68 159 n.24; 9.78 159 n.20; 9.86 159 n.24; 9.94-98 110 n.6; 9.231-240 110 n.5; 9.317 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 9.327 159 n.22; 9.329 159 n.21; 9.341 161; 9.343-360 110 n.6; 9.423 113 n.20; 9.520 159 n.22; 10.11 130 n.54; 10.40 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 10.76 114 n.27, 183; 10.77-78 116; 10.100 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 10.153 218; 10.204 159 n.22, 161; 10.221 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 10.222 159 n.22, 161; 10.254 151 n.4; 10.261-265 117; 10.261-271 117; 10.272 151 n.4; 10.330 159 n.22; 10.338 159 n.22; 10.341 161; 10.358 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 10.395 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 10.442-459 111 n.12; 10.470 159 n.22; 10.487 159 n.22; 11.24-27 111 n.17; 11.32 199 n.15; 11.32-37 114 n.22, 197 n.10; 11.38-39 111 n.15, 114 n.25; 11.43 114 n.27, 183; 11.51 177 n.73; 11.61 114 n.22, 197 n.10; 11.86 152 n.5, 161; 11.90 165 n.41, 166, 177 n.74; 11.122-149 111 n.12; 11.148 165 n.41, 166; 11.150 159 n.21; 11.167 130 n.54; 11.172 130 n.54; 11.188 159 n.22, 159 n.23; 11.203 159 n.22, 159 n.23; 11.212 159 n.20; 11.215 165 n.41, 166; 11.230 159 n.21; 11.248 159 n.22; 11.259 197 n.10; 11.264 159 n.22, 159 n.23; 11.287 135 n.67; 11.288 159 n.22; 11.315 117 n.33; 11.320-322 113 n.21; 11.328-335 113 n.21; 11.332-335 197; 11.341 159 n.21; 11.344 165 n.41, 166; 11.361-368 111 n.11; 11.379-383 111 n.11; 11.385 116 n.31, 159 n.29; 11.412 152, 159 n.29; 11.424 197 n.10; 11.428-458 110 n.7; 11.434 114 n.22, 197 n.10; 11.449-456 111 n.11; 11.457 197 n.10; 11.503 159 n.25, 165 n.41, 166; 11.514 161; 11.527 199 n.14; 11.529 159 n.21; 11.536 152 n.6; 11.540 159 n.22, 159 n.23; 11.567 165 n.41, 166; 11.641 152 n.5; 11.654 161; 11.658 159 n.20; 11.721 159 n.21; 11.724 159 n.21; 11.738-739 161 n.37; 11.739 159 n.29; 11.745 159 n.22; 11.759 159 n.22; 11.804 135 n.69; 12.3-69 110 n.7; 12.47 159 n.22, 159 n.23; 12.48 159 n.22, 159 n.23; 12.57 159 n.22, 159 n.28, 161 n.36; 12.59 159 n.21; 12.75-79 136 n.70; 12.87 177 n.73; 12.105 84; 12.110 159 n.22; 12.128 159 n.29; 12.154-177 185 n.88; 12.161 114 n.22, 197 n.10; 12.196 159 n.24; 12.230 117 n.33; 12.243 136; 12.269-271 276; 12.284 114 n.22; 12.287 185 n.88; 12.294 197 n.10; 12.294-297 114 n.22, 197 n.10; 12.297 197; 12.298 114 n.27, 183; 12.307 135; 12.310-328 91-92, 134; 12.319-321 277 n.66; 12.325 118 n.35;

- 12.375 **238**; 12.378 **159 n.22**; 12.401 **75**; 12.401-402 **111 n.15**, **114 n.25**; 12.402 **199 n.15**; 12.405 **166 n.44**; 12.405-407 **114 n.24**; 12.415 **165 n.41**, **166**; 12.419 **159 n.29**; 12.426 **114 n.22**, **197 n.10**; 12.458 **135**; 13.39 **238**; 13.90 **165 n.41**, **166**, **167**; 13.95 **159 n.24**, **159 n.25**; 13.106 **159 n.28**; 13.117 **159 n.20**; 13.118 **159 n.22**; 13.126 **165 n.41**, **166**; 13.127 **167**; 13.130-135 **82-83**, **130**, **134 n.65**, **237**, **238**; 13.131 **159 n.22**; 13.145 **165 n.41**, **166**; 13.157 **114 n.22**, **197 n.10**; 13.160 **114 n.22**, **197 n.10**; 13.170 **159 n.22**; 13.171 **159 n.29**; 13.178 **114 n.28**; 13.189-190 **111 n.13**; 13.192 **114 n.22**; 13.222 **161**; 13.232 **159 n.22**; 13.232-238 **136 n.70**; 13.239 **159 n.22**; 13.241 **114 n.27**, **183**; 13.263 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 13.264 **114 n.22**, **197 n.10**; 13.270 **118 n.35**; 13.278 **161**; 13.304 **159 n.22**; 13.306-329 **180 n.84**; 13.346 **159 n.22**; 13.348-393 **110 n.6**; 13.357 **159 n.20**; 13.372 **111 n.17**, **117 n.32**; 13.373-383 **111 n.11**; 13.383-385 **111 n.13**; 13.385 **159 n.21**; 13.398 **111 n.17**, **117 n.32**; 13.405 **114 n.22**, **197 n.10**; 13.413-417 **111 n.11**; 13.445-455 **111 n.11**; 13.461 **159 n.22**; 13.462-499 **111 n.14**; 13.468 **135 n.69**; 13.499 **159 n.22**; 13.506-511 **111 n.14**; 13.507 **111 n.17**, **117 n.32**; 13.516-540 **111 n.14**; 13.527 **111 n.13**; 13.549-555 **111 n.14**; 13.550-566 **110 n.6**; 13.552 **199 n.14**; 13.576-595 **111 n.18**; 13.581-597 **110 n.7**; 13.601-642 **110 n.5**; 13.608 **199 n.14**; 13.619-640 **111 n.11**; 13.650-652 **111 n.18**; 13.680 **152**, **159 n.29**; 13.701-708 **264**; 13.714-718 **185**; 13.715 **114 n.22**, **197 n.10**; 13.718 **165 n.41**, **166**, **177 n.74**; 13.746 **159 n.22**; 13.795 **238**; 13.803 **114 n.22**, **197 n.10**; 13.804 **114 n.24**; 13.806 **165 n.41**, **166**; 14.84 **159 n.20**; 14.155 **118 n.35**; 14.267 **152 n.6**; 14.275 **152 n.6**; 14.370-377 **136 n.70**; 14.376 **161**; 14.379 **177 n.73**; 14.388 **177 n.73**; 14.404-405 **111 n.15**, **114 n.25**; 14.412 **114 n.23**; 14.428 **114 n.22**, **197 n.10**; 14.442-450 **111 n.14**; 14.453-458 **111 n.11**; 14.469-475 **111 n.11**; 14.477 **111 n.13**; 14.478-486 **111 n.11**; 14.484 **161**; 14.500-506 **111 n.11**; 14.505 **159 n.24**; 15.279 **159 n.22**, **159 n.23**; 15.294-299 **136 n.70**; 15.296 **159 n.20**; 15.313 **75**; 15.328 **159 n.22**; 15.330 **111 n.17**; 15.359 **159 n.22**; 15.260 **167**; 15.367 **134**; 15.381 **238**; 15.408 **165 n.41**, **166**, **177 n.74**; 15.422-428 **111 n.14**; 15.447-457 **113 n.20**; 15.448 **166 n.43**; 15.487 **135 n.67**; 15.494 **135**; 15.496 **136**; 15.533 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 15.545-559 **111 n.14**; 15.448 **165 n.41**, **166**; 15.561 **135 n.67**; 15.615 **159 n.22**, **159 n.23**; 15.564 **135**; 15.583-590 **111 n.14**; 15.645 **114 n.23**; 15.661 **135 n.67**; 15.663 **136**; 15.715 **159 n.22**; 15.734 **135 n.67**; 16.124 **114 n.22**; 16.139 **114 n.27**, **183**; 16.140-142 **111 n.18**; 16.156 **238**; 16.170 **159 n.22**, **161 n.36**; 16.209 **135**, **135 n.68**; 16.210-217 **83**, **130**, **134 n.65**, **237**, **238**; 16.212 **238**; 16.214 **197 n.10**; 16.215 **159 n.22**; 16.262 **136**; 16.264 **135 n.68**; 16.270 **135 n.67**; 16.280 **165 n.41**, **166**; 16.306 **159 n.22**; 16.313-316 **110 n.6**; 16.335-341 **110 n.5**; 16.352 **238**; 19.360 **197 n.10**; 16.361 **75**; 16.367-369 **75**; 16.394 **165 n.41**, **166**, **167**; 16.419 **116**; 16.426-427 **113 n.20**; 16.426-507 **110 n.5**; 16.490 **152**, **159 n.29**; 16.490-683 **111 n.14**; 16.492 **159 n.22**; 16.493 **159 n.29**; 16.521 **159 n.22**; 16.541 **152**, **159 n.29**; 16.558 **159 n.22**; 16.563 **165 n.41**, **166**; 16.570 **159 n.22**; 16.593 **152**, **159 n.29**; 16.593-600 **110 n.6**; 16.600 **159 n.22**, **161**; 16.603 **159 n.22**, **161 n.37**; 16.616-618 **111 n.11**; 16.627-631 **136 n.70**; 16.691 **135 n.69**; 16.731-763 **110 n.5**; 16.733 **113 n.20**; 16.737-783 **111 n.14**; 16.744-751 **111 n.11**; 16.755 **113 n.20**; 16.773 **75**; 16.774 **185 n.88**; 16.802-803 **111 n.15**, **114 n.25**; 16.803 **75**; 16.807 **161**; 16.829-842 **111 n.11**; 17.1-18.233 **111 n.14**; 17.3 **111 n.16**; 17.7 **114 n.22**, **197 n.10**; 17.43 **114 n.22**, **197 n.10**; 17.82 **159 n.22**; 17.111 **135 n.68**; 17.132 **199 n.14**; 17.140 **159 n.22**; 17.144 **136**; 17.148 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 17.157 **136**; 17.158 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 17.185 **135 n.67**; 17.254 **136 n.71**; 17.285 **165 n.41**, **166**; 17.289 **111 n.13**; 17.314 **111 n.17**, **117 n.32**; 17.400 **159 n.22**; 17.466 **159 n.22**, **161 n.36**; 17.481-483 **113 n.20**; 17.485 **111 n.17**; 17.492-493 **114 n.24**; 17.492-542 **110 n.6**; 17.505 **159 n.22**, **159 n.23**; 17.510 **159 n.22**, **159 n.23**; 17.517 **114 n.22**, **197 n.10**; 17.537-540 **111 n.11**; 17.588 **159 n.29**; 17.612 **159 n.21**; 17.721 **135**; 17.740 **159 n.22**, **159 n.29**, **161 n.37**; 17.758 **159 n.24**; 18.265 **136**; 18.320 **111 n.17**; 18.362 **161**; 18.409 **151 n.4**; 18.410 **135**; 18.412 **151 n.4**; 18.479-480 **114 n.23**; 18.480 **111 n.15**, **114 n.25**; 18.509 **159 n.20**; 18.610 **111 n.17**; 18.614 **151 n.4**; 19.11 **161**; 19.21 **151 n.4**; 19.22 **161**; 19.122 **161**; 19.152 **165 n.41**, **166**; 19.153 **136**, **159 n.22**; 19.158 **165 n.41**, **166**; 19.158-159 **159**; 19.159 **159 n.22**; 19.167 **159 n.22**; 19.168 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 19.172 **152 n.5**; 19.214 **159 n.22**; 19.232 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 19.360 **114 n.22**; 19.365 **135 n.66**; 19.387-389 **111 n.18**; 20.47 **159 n.22**; 20.97 **159 n.22**, **159 n.28**, **161 n.36**; 20.111 **111 n.16**; 20.113 **159 n.22**; 20.137 **159 n.22**; 20.157 **159 n.22**; 20.158-352 **110 n.7**; 20.169 **135 n.68**; 20.201 **152 n.6**; 20.252-255 **257**; 20.268 **135**; 20.274 **114 n.22**, **197 n.10**; 20.275-276 **114 n.23**, **114 n.24**; 20.280-281 **114 n.22**, **197 n.10**; 20.281 **199 n.15**; 20.355 **136 n.71**, **159 n.22**; 20.379 **159 n.22**; 20.382-393 **110 n.6**; 20.388-393 **111 n.11**; 20.419-454 **110 n.7**; 20.448-455 **111 n.11**; 20.463-

472 **111 n.12**; 21.16 **159 n.22**; 21.64-135 **111 n.12**;
21.121-136 **111 n.11**; 21.139-204 **110 n.7**; 21.145
114 n.27, 183; 21.155 **159 n.22, 161 n.37**; 21.162-
168 **183**; 21.183-200 **111 n.11**; 21.536 **159 n.22**;
21.544-598 **110 n.7**; 21.571-572 **135 n.68**; 21.581
114 n.22, 197 n.10; 22.84 **159 n.22, 159 n.28, 161**
n.36; 22.90-409 **75**; 22.111 **197 n.10**; 22.231 **134**;
22.248-369 **110 n.7**; 22.269 **159 n.29**; 20.280 **197**;
22.322-323 **111 n.17**; 22.337-369 **111 n.12**;
22.344-367 **111 n.11**; 22.372-375 **111 n.11**; 22.458
159 n.22; 23.112 **161**; 23.133 **159 n.21**; 23.159 **152**
n.5; 23.242 **159 n.22**; 23.560 **111 n.17**; 23.818 **114**
n.22, 197 n.10; 24.25 **111 n.17**; 21.190 **152 n.5**;
24.288 **159 n.22, 159 n.28, 161 n.36**; 24.391 **118**
n.35; 24.438 **159 n.21**; 24.677 **161 n.37**; 24.684
159 n.22, 159 n.28, 161 n.36.

Odisea (Od.)

1.256 **183**; 2.20 **152 n.5**; 2.289 **152 n.5**; 2.390 **151**
n.4; 2.423 **151 n.4**; 2.430 **151 n.4**; 3.433 **151 n.4**;
3.465 **152 n.6**; 4.429 **152 n.5**; 4.574 **152 n.5**; 6.73
152 n.5; 6.268 **151 n.4**; 7.58 **152 n.6**; 9.291 **152**
n.5; 9.311 **152 n.5**; 9.344 **152 n.5**; 10.116 **152 n.5**;
10.404 **151 n.4**; 10.424 **151 n.4**; 11.9 **151 n.4**;
11.283 **152 n.6**; 12.151 **151 n.4**; 12.228 **183**;
12.292 **152 n.5**; 12.410 **151 n.4**; 14.346 **152**;
14.526 **152 n.5**; 15.288 **151 n.4**; 15.364 **152 n.6**;
16.295 **183**; 16.296 **114**; 16.453 **152 n.5**; 17.288
152 n.5; 18.377 **183**; 19.13 **114**; 19.184 **152 n.6**;
21.370 **152 n.6**; 21.390 **152**; 22.101 **183**; 22.108-
111 **216**; 22.125 **183**; 22.139-146 **216**; 23.143 **152**
n.5; 24.495 **152 n.5**.

Himno a Apolo (Himn.Hom.Apol.)

405 **152 n.7**; 457 **152 n.7**.

Himno a Dionisio (Himn.Hom.Bac.)

27 **152 n.7**; 33 **152 n.7**.

Himno a Hermes (Himn.Hom.Merc.)

77 **152 n.7**; 386 **152 n.7**.

Himno a Afrodita (Himn.Hom.Ven.)

23 **152 n.7**.

Himno a Demeter (Himn.Hom.Cer.)

116 **152 n.7**.

Íbico de Regio (Ibyc.)

Frg. 17.1 **263 n.37**; 56 **160 n.30**; 151.21 **160 n.32**;
337 **186 n.89**.

Isócrates (Isoc.)

Archid. 81 **85**.

De Bigis. 13.3 **157 n.16**.

Panegy. 144.3 **157 n.16**.

De Pace 48.4 **157 n.16**; 86.6 **157 n.16**.

Jenófanes de Colofón (Xenoph.)

Frg. 2 **134 n.63**; 12.1-11 **134 n.63**; 2.15-22 **134**
n.63.

Jenofonte (Xen.)

Helénicas (Hell.)

1.1.7.2 **170 n.49**; 1.1.28.8 **171**; 1.1.34.4 **156 n.12**;
1.1.36.5 **170 n.48**; 1.2.2-3 **269 n.52**; 1.2.3 **270 n.58**;
1.2.3.1 **156 n.12**; 1.2.4-13 **269 n.52**; 1.2.7.3 **156**
n.12; 1.2.9.2 **156 n.12**; 1.2.16.3 **156 n.12**; 1.2.18.5
170 n.48; 1.3.3.1 **156 n.12**; 1.3.5.4 **170 n.48**;
1.3.6.3 **156 n.12**; 1.4.21.2 **156 n.12**; 1.5.10.2 **170**
n.49; 1.5.13.4 **170 n.49**; 1.5.14.2 **171**; 1.5.15.3 **170**
n.49; 1.6.24 **270**; 1.6.29.2 **170 n.49**; 1.6.29.3 **173**
n.60; 1.6.29.4 **170 n.49**; 1.6.29.6 **170 n.49, 174**;
1.6.29.8 **174**; 1.6.30.1 **173 n.60**; 1.6.30.3 **170 n.49**;
1.6.31.2 **170 n.49**; 1.6.31.3 **170 n.49**; 1.6.31.4 **174**;
1.6.31.5 **173 n.60**; 1.6.33.5 **173 n.60**; 2.1.23.1 **171**;
2.1.23.2 **170 n.49**; 2.4.6.7 **156 n.12**; 2.4.9.2 **156**
n.12; 2.4.10.9 **156 n.12**; 2.4.11.5 **170**; 2.4.11.8 **173**;
2.4.12 **270 n.58**; 2.4.12.1 **170**; 2.4.12.2 **156 n.12**;
173; 2.4.12 **269 n.52**; 2.4.12.3 **170**; 2.4.13.1 **172**;
2.4.13.3 **172 n.57**; 2.4.13.4-5 **172**; 2.4.15 **188**;
2.4.15.3 **170, 173**; 2.4.16.2 **173**; 2.4.17.3-4 **136**;
2.4.25 **152**; 2.4.25.5 **156 n.12**; 2.4.26.3 **169 n.46**;
2.4.29.2 **156 n.12**; 2.4.30.7 **172 n.57**; 2.4.30.8 **172**
n.58; 2.4.33 **269 n.52, 270 n.58**; 2.4.33.2 **156 n.12**;
2.4.34.2 **156 n.12, 170**; 2.4.34.3 **173**; 2.4.34.6 **170**;
2.4.34.7 **169**; 3.1.4 **271**; 3.1.9.9 **172 n.55**; 3.1.18.4
171 n.50; 3.2.2-4 **270 n.58**; 3.2.2.7 **271**; 3.2.2.10
156 n.12; 3.2.3.4 **156 n.12**; 3.2.4.2 **156 n.12**;
3.2.14.7 **170 n.48**; 3.2.16.1 **173 n.59**; 3.2.16.3 **170**
n.48, 173; 3.2.16.4 **271**; 3.2.17 **233**; 3.3.6.6 **271**;
3.3.7.3 **170**; 3.4.2 **271**; 3.4.13.10 **169, 170 n.49**;
174; 3.4.13.12 **174**; 3.4.14.6 **156 n.12**; 3.4.16.3 **171**
n.50; 3.4.16.5 **271**; 3.4.20.6 **156 n.12**; 3.4.22.7 **170**
n.49; 3.4.23.4 **169 n.46**; 3.4.23.5 **169, 170 n.49**;
3.4.23.6 **156 n.12**; 3.4.23.7 **271**; 3.5.19.2 **156 n.12**;
3.5.20.3 **156 n.12**; 3.5.20.4 **173**; 3.5.22.2 **170 n.48**;
4.1.3.5 **271**; 4.1.9.3 **156 n.12**; 4.1.19.2 **174**; 4.1.19.4
156 n.12; 4.1.21.2 **156 n.12**; 4.1.21.3 **271**; 4.2.5.9
156 n.12; 4.2.5.10 **271**; 4.2.5.11 **171**; 4.2.9-20 **235**;
4.2.13.3 **173**; 4.2.13.4 **169**; 4.2.16 **269**; 4.2.16-17
172; 4.2.16.2 **156 n.12**; 4.2.17 **269**; 4.2.17.2 **156**
n.12; 4.2.18 **235**; 4.2.18.2 **172 n.58**; 4.2.18.4 **172**
n.57; 4.2.18.5 **170**; 4.2.18.6 **171**; 4.2.18.7 **169, 173**;
4.2.18.8 **169**; 4.2.18.8-9 **211**; 4.2.18.9 **172**;
4.2.18.9-11 **212**; 4.2.19.4 **171**; 4.2.19.5 **170**;
4.2.19.6-7 **212**; 4.2.19.7 **172**; 4.2.20-22 **235**;
4.2.20.5-6 **246, 257 n.22**; 4.2.21.4 **170**; 4.2.22.4
173; 4.3.5.2 **170 n.48**; 4.3.5.3 **156 n.12**; 4.3.12.1
170 n.49; 4.3.15 **271**; 4.3.15-16 **172, 271**; 4.3.15.1

170; 4.3.15.9 156 n.12; 4.3.16.5 172 n.57; 4.3.16.7 172; 4.3.16.8 172 n.58; 4.3.17-19 235; 4.3.17.4 169; 4.3.17.5 169; 4.3.17.8-9 246, 257 n.22; 4.3.18.4 172; 4.3.18.5 169; 4.3.19.3 172; 4.3.19.5-6 258 n.26; 4.3.19.7 172; 4.3.20.3 169; 4.3.21.1 170 n.48; 4.3.23.1 171; 4.4.9.3 170; 4.4.9.8 170; 4.4.9.9 172 n.57; 4.4.9.11 170; 4.4.9.13 172 n.58; 4.4.11.8 172; 4.4.11.10 174; 4.4.16 270 n.58; 4.4.16.4 156 n.12; 4.4.16.7 156 n.12; 4.5.11-17 240, 270 n.58; 4.5.11.7 156 n.12; 4.5.12.3 156 n.12; 4.5.12.7 156 n.12; 4.5.13.2 156 n.12; 4.5.13.8 156 n.12; 4.5.14.1 170; 4.5.14.2 156 n.12; 4.5.15.2 156 n.12; 4.5.15.3 156 n.12; 4.5.15.6 172 n.56; 4.5.17.8 156 n.12; 4.6.7 270 n.58; 4.6.9.1 156 n.12, 169; 4.6.9.6 172 n.58; 4.6.9.7 156 n.12; 4.6.10.3 156 n.12; 4.6.11 270 n.58; 4.6.11.4 156 n.12, 170; 4.6.11.8 156 n.12; 4.6.12.5-6 78; 4.8.18.2 172 n.55; 4.8.19.2 172 n.55; 4.8.19.3 170 n.49; 4.8.28.5 156 n.12; 4.8.28.14 170 n.48; 4.8.34 270 n.58; 4.8.35.6 156 n.12; 4.8.39.7 156 n.12; 5.1.2.2 156 n.12; 5.1.10-12 270 n.58; 5.1.10.3 156 n.12; 5.1.10.7 156 n.12; 5.1.12.4 156 n.12, 173 n.63; 5.1.22.5 156 n.12; 5.2.14 270 n.58; 5.2.14.5 156 n.12; 5.2.20.6 170; 5.2.21.3 156 n.12; 5.2.26.3 156 n.12; 5.2.27.4 156 n.12; 5.2.37.4 171; 5.2.38.1 156 n.12; 5.2.39.3 170 n.48; 5.2.40.2 172 n.58; 5.2.40.4 169; 5.2.40.5 169; 5.2.40.7 170 n.49, 172 n.57; 5.2.41.2 170; 5.2.41.6 172 n.57; 5.2.42 240; 5.2.42.1 171 n.51; 5.3.1.9 170 n.49; 5.3.3-6 271; 5.3.4 240; 5.3.5.3 156 n.12; 5.3.6.3 156 n.12; 5.3.6.4 169; 5.3.17.7 172 n.55; 5.4.9.3 156 n.12; 5.4.9.5 156 n.12; 5.4.14 270 n.58; 5.4.22.1 156 n.12; 5.4.39 271; 5.4.40.2 156 n.12; 5.4.40.3 156 n.12; 5.4.42-44 271; 5.4.42.6 169; 5.4.43.3 171 n.51; 5.4.44.1 156 n.12; 5.4.44.3 174; 5.4.44.5 173; 5.4.45.4 156 n.12; 5.4.50.1 170 n.48; 5.4.51.2 170 n.48; 5.4.52-53 271; 5.4.54 270 n.58; 5.4.54.3 170 n.48; 6.1.8.10 156 n.12; 6.1.19 270 n.58; 6.1.19.4 156 n.12; 6.2.10 270 n.58; 6.2.18.2 156 n.12; 6.2.20.2 170; 6.2.21.1 170, 172, 173, 174; 6.2.21.2 169, 172; 6.2.22.4 174; 6.2.30.3 170; 6.2.37 270 n.58; 6.2.37.3 156 n.12; 6.4.8-15 235; 6.4.9 271; 6.4.10.1 174; 6.4.10.2 170 n.49; 6.4.10.3 169; 6.4.11.5-6 263 n.37; 6.4.12.2 169; 6.4.12.4 173; 6.4.12.5 173; 6.4.13.6 156 n.12; 6.4.14.5 172 n.58; 6.4.14.5-6 246; 6.4.14.6 172 n.57; 6.5.13.4 156 n.12; 6.5.16.5 156 n.12; 6.5.16.9 172; 6.5.17 270 n.58; 6.5.17.5 171 n.51; 6.5.18.7 169; 6.5.18.8 169 n.46; 6.5.19.1 169, 173; 6.5.19.2 169 n.46, 173; 6.5.19.4 173; 6.5.21.3 156 n.12; 6.5.23 270 n.58; 6.5.26.6 172 n.56; 6.5.27.9 156 n.12; 6.5.28.4 170 n.48; 6.5.28.6 171 n.50; 6.5.29.2 170 n.48; 6.5.30.4 171 n.50, 171 n.54; 6.5.30.8 171; 6.5.31.2 170 n.49; 6.5.31.3 156 n.12; 6.5.43.4 170 n.48; 6.5.52.9 170

n.49; 7.1.13.3 156 n.12; 7.1.17.1 170 n.48; 7.1.17.4 156 n.12; 7.1.19 269 n.52; 7.1.20.5 170 n.48; 7.1.31.3 172 n.57; 7.1.31.7-8 246, 257 n.22; 7.1.41.9 156 n.12; 7.2.4.9 170 n.48; 7.2.20.2 156 n.12; 7.2.20.5 156 n.12; 7.2.20.6 156 n.12; 7.2.21.3 156 n.12; 7.2.22.5 171; 7.4.5.6 156 n.12; 7.4.22 270 n.58; 7.4.22.8 170 n.48; 7.4.23.2 172; 7.4.24.3 170 n.48; 7.4.24.4 170 n.48; 7.4.29.8 170; 7.4.29.10 156 n.12; 7.4.30.2 170; 7.4.36.3 156 n.12; 7.5.10.6 170 n.48; 7.5.12.4 236; 7.5.12.4-8 236; 7.5.14.6 156 n.12; 7.5.20.4 156 n.12; 7.5.21.3 170; 7.5.21.4 171; 7.5.21.5 170; 7.5.22.2 169; 7.5.22.5 171; 7.5.22.6 172; 7.5.22.7 173; 7.5.22.10 171 n.53, 171 n.54; 7.5.22.11 170; 7.5.23.2 172; 7.5.23.7 156 n.12, 169, 170; 7.5.24.1 173, 174; 7.5.24.3 170 n.49; 7.5.24.7 172 n.58; 7.5.24.9 156 n.12; 7.5.25 271; 7.5.25.3 156 n.12, 169; 7.5.25.6 156 n.12; 7.5.25.9 172 n.58.

Anábasis (An.)

1.1.2.5 156 n.12; 1.2.3.2 156 n.12; 1.2.3.3 156 n.12; 1.2.3.5 156 n.12; 1.2.3.7 156 n.12; 1.2.6.5 156 n.12; 1.2.9.5 156 n.12; 1.2.9.7 156 n.12; 1.2.9.8 156 n.12; 1.2.9.10 156 n.12; 1.2.15.3 170 n.48, 173; 1.2.16.3 170 n.48, 171; 1.2.17.2 169 n.46, 172, 226 n.47; 1.2.17.5 169 n.46, 226 n.47; 1.2.18.5 171 n.52; 1.2.26.1 156 n.12; 1.4.3.3 156 n.12; 1.4.3.6 156 n.12; 1.4.5.2 156 n.12; 1.5.8.3 172 n.55; 1.5.13.3 156 n.12; 1.5.14.2 171 n.50; 1.5.14.3 156 n.12; 1.6.4.4 156 n.12; 1.6.5.1 156 n.12; 1.7.12.1 170 n.49; 1.7.20.3 171 n.51; 1.8.2.2 172 n.55; 1.8.4-7 172; 1.8.4.1 171 n.53; 1.8.4.2 172 n.57; 1.8.5.1 172 n.58; 1.8.5.3 172 n.57, 172 n.58; 1.8.6.1 172; 1.8.8.5 171; 1.8.9-10 173 n.62; 1.8.9.2 173 n.59; 1.8.9.3 156 n.12; 1.8.10.4 172; 1.8.10.5 171 n.50; 1.8.12.3 173 n.61; 1.8.13.2 173 n.61; 1.8.13.3 172 n.58; 1.8.13.4 173 n.59, 173 n.61; 1.8.13.6 172 n.57; 1.8.14.3 170; 1.8.16.1 171 n.50, 171 n.54; 1.8.17.4 169; 1.8.18.2 169, 226; 1.8.20.1 171 n.52; 1.8.20.6 172 n.58; 1.8.21.5 171; 1.8.21.6 173 n.61; 1.8.22.2 173 n.61; 1.8.23.1 173 n.61; 1.8.24.1 170 n.49; 1.8.21.5 171; 1.8.23.2 173 n.59; 1.8.24.4 170 n.49; 1.9.31.3 170 n.49; 1.9.31.4 173 n.59; 1.10.5.5 170 n.49, 174; 1.10.6.5 172 n.58; 1.10.9.2 172 n.58; 1.10.9.3 172; 1.10.9.5 172; 1.10.10.2 170; 1.10.10.4 170 n.49; 2.1.6.4 169, 226 n.47; 2.1.7.5 171 n.51; 2.2.8.4 171 n.51; 2.2.14.3 171 n.51; 2.2.21.3 171 n.52; 2.3.2.4 171 n.50; 2.3.3.2 169, 226 n.47; 2.3.10.3 171 n.51; 2.3.19.5 170 n.49; 2.6.15.1 172 n.55; 3.1.32.2 171 n.50; 3.1.38.6 172 n.55; 3.1.39.1 172 n.55; 3.2.18.1 171 n.51; 3.2.18.4-6 263 n.37; 3.2.29.6 172 n.55; 3.2.30.3 172 n.55; 3.2.37.1 170 n.48; 3.2.38.1 171 n.51; 3.3.6.2 170; 3.3.8.2 156 n.12; 3.3.11.5 169 n.46, 226 n.47; 3.4.3.4 156 n.12; 3.4.14.2 171; 3.4.16.1 171; 3.4.19.2 171 n.51;

3.4.19.5 **156 n.12**; 3.4.20.1 **172 n.55**; 3.4.23.3 **169 n.46**, **226 n.47**; 3.4.28.1 **156 n.12**; 3.4.47.1-3 **263 n.37**; 3.4.48.2 **171 n.51**; 3.5.4.3 **171 n.50**; 3.5.8.3 **156 n.12**; 4.1.6.3 **156 n.12**; 4.1.26.2 **156 n.12**; 4.1.27.1 **156 n.12**; 4.2.7.3 **170 n.48**; 4.2.21.2 **156 n.12**; 4.2.21.3 **170**; 4.3.5.1 **170**; 4.3.17.2 **171**; 4.3.22.1 **171**; 4.3.22.2 **171**; 4.3.23.4 **156 n.12**; 4.3.26.5 **169**, **226 n.47**; 4.3.29.7 **171 n.53**; 4.4.8.2 **171 n.50**; 4.4.9 **172**; 4.4.20.3 **156 n.12**; 4.4.22.2 **156 n.12**; 4.5.23.5 **171 n.50**; 4.6.6.4 **169**, **226 n.47**; 4.6.20.2 **156 n.12**; 4.6.25.3 **170**; 4.6.26.1 **156 n.12**; 4.7.2.5 **171 n.50**; 4.7.3.2 **156 n.12**; 4.7.16 **219**; 4.8.3.3 **170**; 4.8.9.3 **170 n.49**; 4.8.9.4 **169 n.46**, **170 n.48**, **226 n.47**; 4.8.10.2 **169 n.46**, **226 n.47**; 4.8.10.3 **169 n.46**, **226 n.47**; 4.8.10.5 **169 n.46**, **170 n.48**, **226 n.47**; 4.8.11.1 **170 n.48**; 4.8.11.3 **170 n.48**; 4.8.11.4 **169 n.46**, **172**, **226 n.47**; 4.8.12.1 **169 n.46**, **226 n.47**; 4.8.12.4 **173 n.59**; 4.8.12.5 **170**; 4.8.14.3 **172 n.57**, **172 n.58**; 4.8.15.2 **156 n.12**; 4.8.16.4 **170**; 4.8.17.3 **170**; 4.8.25 **218**; 5.1.2.5 **171 n.51**; 5.2.4.2 **156 n.12**; 5.2.7.1 **156 n.12**; 5.2.8.2 **156 n.12**; 5.2.8.5 **156 n.12**; 5.2.10.2 **156 n.12**; 5.2.11.2 **156 n.12**; 5.2.13.3 **170**; 5.2.14.1 **171 n.51**; 5.2.14.3 **156 n.12**; 5.2.16.3 **156 n.12**; 5.2.19.2 **156 n.12**; 5.2.21.4 **156 n.12**; 5.4.11.3 **171 n.52**; 5.4.14.2 **171 n.50**; 5.4.20.4 **171 n.50**; 5.4.21.1 **171 n.50**; 5.4.21.4 **172 n.55**; 5.4.23.1 **156 n.12**; 5.4.24.2 **156 n.12**; 5.4.25.1 **156 n.12**, **171 n.52**; 5.5.21.2 **171 n.51**; 5.6.15.1 **156 n.12**; 5.8.13.2 **172 n.55**; 5.8.13.3 **171 n.52**; 5.8.13.4 **171 n.50**; 5.8.21.4 **172 n.55**; 6.2.16.2 **156 n.12**; 6.2.16.3 **156 n.12**; 6.2.16.4 **156 n.12**; 6.3.4.3 **156 n.12**; 6.3.6.7 **156 n.12**; 6.5.7.3 **169 n.46**, **226 n.47**; 6.5.7.5 **170**; 6.5.9.3 **169 n.46**, **226 n.47**; 6.5.9.4 **226 n.47**; 6.5.11.2 **171 n.50**; 6.5.11.5 **171 n.50**; 6.5.23.2 **169 n.46**, **226 n.47**; 6.5.25.2 **169 n.46**, **226 n.47**; 6.5.27.1 **169 n.46**, **226 n.47**; 6.5.27.2 **156 n.12**; 6.6.35.4 **172 n.55**; 7.1.15.5 **156 n.12**; 7.1.22.3 **171 n.51**; 7.1.23.2 **156 n.12**; 7.1.23.3 **173**; 7.3.15.1 **171 n.50**; 7.3.40.3 **156 n.12**; 7.3.44.2 **156 n.12**; 7.3.45.3 **156 n.12**; 7.3.48.3 **169 n.46**, **226 n.47**; 7.4.6.2 **156 n.12**; 7.4.22.2 **156 n.12**; 7.6.43.3 **156 n.12**; 7.7.50.2 **156 n.12**; 7.8.15.3 **156 n.12**.

Agesilao (Ages.)

1.31.1 **170 n.49**, **171**; 1.31.5 **169**, **170 n.49**; 1.31.6 **156 n.12**; 2.3.2 **156 n.12**; 2.9-11 **172**; 2.9.6 **169**; 2.9.8 **172 n.57**; 2.9.9 **172 n.57**; 2.9.9-10 **172**; 2.9.10 **172 n.58**; 2.10.5 **169**; 2.11.8 **172**; 2.11.10 **169**; 2.11.11 **172**; 2.13.2 **169 n.46**; 2.14 **258**; 2.15.3 **169 n.46**; 6.4.6 **169**.

Ciropedia (Cyr.)

1.6.43.1 **170 n.48**; 1.6.43.10 **170 n.47**; 3.3.62.1 **170 n.47**; 6.1.53.3 **170 n.47**; 6.3.2.7 **170 n.47**; 6.3.21.12

170 n.47; 6.3.22.3 **170 n.47**; 6.3.23.1 **156 n.12**; 6.3.23.2 **170 n.49**; 6.3.23.3 **170 n.47**; 6.3.22.4 **170 n.47**; 6.3.24.2 **173**; 6.3.25.4 **170 n.47**; 6.3.29.1 **170 n.47**; 6.3.32.3 **170 n.47**; 6.3.34.2 **170 n.47**; 6.3.34.5 **170 n.47**; 6.3.36.1 **170 n.47**; 6.4.18.4 **169**; 7.1 **82**; 7.1.5.5 **170 n.47**; 7.1.6.7 **170 n.47**; 7.1.7.3 **170 n.47**; 7.1.7.8 **170 n.47**; 7.1.22.7 **170 n.47**; 7.1.23.3 **170 n.47**; 7.1.24.2 **170 n.47**; 7.1.24.7 **156 n.12**; 7.1.26.6 **170 n.47**; 7.1.30.2 **170 n.47**; 7.1.30.4 **170 n.47**; 7.1.39.5 **170 n.47**; 7.5.2.5 **170 n.47**; 7.5.3.1 **170 n.47**; 7.5.3.3 **156 n.12**; 7.5.3.4 **170 n.47**; 7.5.5.1 **170 n.47**; 7.5.5.6 **170 n.47**; 8.5.11.1 **156 n.12**; 8.5.12.1 **156 n.12**; 8.5.12.3 **156 n.12**; 8.5.13.1 **156 n.12**; 8.5.15.2 **170 n.47**; 8.5.15.3 **170 n.47**.

Constitución de los Lacedemonios (Lac.)

85; 9.4-5 **257**; 11.2.3 **156 n.12**; 11.4.3 **156 n.12**; 11.6.6 **169**; 11.8.5 **169 n.46**; 11.8.7 **169 n.46**; 11.9.5 **172 n.57**; 11.9.6 **169**; 11.9.7 **169 n.46**; 12.3 **271**; 12.3.1 **169 n.46**; 13.6 **271**.

Constitución de los Atenieses (Ath.Pol.)

1.2-3 **91**; 1.2.7 **156 n.12**.

De equitandi ratione (Eq.)

8.12.3 **169 n.46**.

De equitum magistro (Eq.Mag.)

4.3.5 **169 n.46**; 8.23.1 **169 n.46**.

Económico (Oec.)

5.4-5 **82**; 6.6-7 **82**; 6.9-10 **82**; 8.4.5 **156 n.12**; 8.5.1 **156 n.12**; 8.6.3 **156 n.12**; 8.6.5 **156 n.12**.

Hieron (Hier.)

6.7.2 **169 n.46**, **170 n.48**.

Ingresos (Vect.)

2.2.4 **156 n.12**.

Jefe de la Caballería (Eq.Mag.)

7.2.1 **156 n.12**; 7.2.6 **156 n.12**; 7.3.4 **156 n.12**; 7.13.1 **156 n.12**; 8.23.1 **169**.

Memorables (Mem.)

3.4.1.8 **156 n.12**; 3.5.19.3 **156 n.12**.

Lisias (Lys.)

In Andoc. 46.4 **157 n.16**.

In Agor. 80.5 **157 n.16**; 82.2 **157 n.16**.

In Alcib. I 7.3, 8.1 **157 n.16**; 10.1 **157 n.16**; 11.7 **157 n.16**; 22.3 **157 n.16**.

In Alcib. II 5.8 **157 n.16**; 7.3 **157 n.16**; 7.4 **157 n.16**; 11.4 **157 n.16**.

Pro Mant. 13.5 **157 n.16**.

In Diogit. 5.3 **157 n.16**.

Peri tou me Kat. 4.3 **157 n.16**.

Luciano de Samosata (Lucian)

Timon (*Tim.*)

51.1-2 **260**.

Mimnermo de Éfeso (Mimn.)

Frg. 9.3 **160**; 13a **202**; 13a.2 **79**; 14.3 **160**, **167**; 14.4 **186**; 14.6 **263 n.37**; 14.8 **160 n.34**; 17 **160 n.32**, **161**.

Nicolao de Damasco (Nic.Dam.)

FGrH 90

F 57-60 **92**; F 58 **92 n.2**.

Pausanias (Paus.)

1.32.3 **270**; 1.32.3.9-10 **270**; 2.24.7 **93**; 4.5ss. **85**;
5.8.10.1-5 **78**, **151**, **153**; 7.15.7 **270**.

Píndaro (Pind.)

Olímpicas (*Ol.*)

6.86 **263**; 9.95 **253**.

Ístmicas (*Isthm.*)

1.23 **153**, **157**, **163**; 6.6 **152 n.7**; 7.34-36 **253**; 7.35 **263 n.37**; 8.18 **152 n.7**.

Píticas (*Pyth.*)

2.87 **253**; 3.49 **186**; 4.226 **152 n.7**; 6.41 **152 n.7**;
10.14 **152 n.8**.

Nemeas (*Nem.*)

1.51 **152 n.8**; 7.25 **152 n.8**; 7.27 **221**; 8.27 **152 n.8**;
9.22 **152 n.8**; 10.6 **221**; 10.14 **152 n.8**.

Fragmenta (*Frg.*)

106.6 **152 n.8**; 110 **258**.

Platón (Pl.)

Cartas (*Epist.*)

328d5 **156 n.14**.

Critias (*Criti.*)

119b3 **156 n.14**.

Leyes (*Leg.*)

552a10 **156 n.14**; 626a **229**; 628a **266**; 663e8 **156 n.14**; 666e **85**; 706c **213**; 706c1 **156 n.14**; 707a3 **156 n.14**; 755e7 **156 n.14**; 833b4 **156 n.14**; 833c7 **156 n.14**; 943a7 **156 n.14**; 943b1 **156 n.14**; 947c7 **156 n.14**.

República (*Resp.*)

8.565d **35**.

Plutarco (Plut.)

Moralia (*Mor.*)

191e **219**; 217e **219**; 220a 5-8 **82**; 241f **219**; 349a **234 n.61**.

Agesilao (*Ages.*)

30.2-4 **257**.

Demetrio (*Demetr.*)

21 **217**.

Emilio Paulo (*Aem.*)

19.3 **243**.

Licurgo (*Lyc.*)

85; 21-22 **82**.

Solón (*Sol.*)

90; 18.1.6-8 **260**, **261**; 18.1.7 **261**.

Pericles (*Per.*)

27.3 **214**.

Polibio (Polyb.)

1.23.2 **92 n.2**; 3.83-84 **239**; 6.23.2 **209 n.27**; 6.23.6 **219**; 13.3.2-6 **86**, **129**; 18.29.1 **243**; 18.31 **86-87**.

Pólux (Poll.)

Onomasticón (*Onom.*)

8.105-106 **86**; 8.108 **262 n.34**; 8.129 **259**; 8.130 **259**, **261**; 8.130.1 **260**; 8.132 **264**.

Safo de Lesbos (Sapph.)

Frag. 16.1 **160 n.30**.

Semónides de Amorgos (Sem.)

Frg. 28.1 **152 n.7**.

Simónides de Ceos (Sim.)

Epigramas (*Epig.*)

6.215.2 **152 n.8**; 7.442.3 **160 n.35**; 7.512.3-4 **253**;
7.512.4 **160 n.35**, **263 n.37**.

Fragmenta (*Frg.*)

564 **188 n.96**.

Sófocles (Soph.)

Edipo Rey (*Oedip.*)

55-56 **96**.

Ajax (*Aj.*)

575-576 **208 n.23**; 775 **177**.

Solón de Atenas (Sol.)

Frg. 4 **89**; 5 **89**; 6 **90**; 9 **90**; 37 **90**.

Tirteo de Esparta (Tyrto.)

Frg. 4 **90**; 5 **85**; 5.4-6 **133**; 5.6 **160 n.35**, **186**; 10.1 **263 n.37**; 10.1-2 **133**, **249**, **253**; 10.2 **160 n.32**;
10.3-10 **133**; 10.13-14 **133**; 10.15 **133**, **160 n.31**;
10.16 **133**; 10.17-18 **133**; 10.18 **133**, **160 n.32**;

10.19-20 160; 10.20 133; 10.21 263 n.37; 10.21-27 135; 10.22 160, 161; 10.27-30 135; 10.30 263 n.37; 10.31-32 132; 11 134 n.65; 11.1 186; 11.1-34 186; 11.2-4 133; 11.3 160 n.32; 11.4 133, 160 n.32, 263 n.37; 11.5-6 133; 11.7 258; 11.8 258; 11.10 160 n.31; 11.11 237 n.68; 11.11-13 133; 11.12 263 n.37; 11.13 160 n.30; 11.14 257; 11.17-20 133; 11.18 160 n.32; 11.21-22 132; 11.21-24 84; 11.23-24 132 n.59; 11.24 79, 202; 11.25 218; 11.27-30 133; 11.28 186; 11.29 133, 160 n.31, 218; 11.29-30 133; 11.29-34 83, 237; 11.30 160 n.32, 160 n.34, 161, 221; 11.31 134 n.65; 11.31-33 132; 11.31-34 133; 11.33 160 n.32; 11.34 218, 221; 11.35 160, 186; 11.38 160, 186; 12 133, 134; 12.1-22 133; 12.5 86, 136; 12.10 160 n.32; 12.15 133; 12.15-20 133; 12.16 160 n.32, 161, 263 n.37; 12.16-17 132; 12.17 133; 12.20 160 n.32; 12.21 160 n.32, 160 n.34, 161, 167; 12.23 263 n.37; 12.23-34 133; 12.24 160 n.30; 12.33 132; 12.33-34 133; 12.35-44 133; 13 133; 19.2 160, 186; 19.3 160 n.30; 19.4 160, 258; 19.7 79, 202, 237 n.68; 19.7-20 133; 19.9 186; 19.11 132-133; 19.13 160 n.32, 160 n.35, 161, 186; 19.16 160; 19.17 160 n.32; 19.19 186; 20.15 258; 23.6 160.

Tucídides (Th.)

1.10 249; 1.18.1 85; 1.27.2.9 154 n.11, 163; 1.29.1.4 154 n.11, 163; 1.47.2.2 154 n.11, 163; 1.49 213; 1.49.1.2 154 n.11, 163; 1.49.3.4 154 n.11, 163; 1.57.6.4 154 n.11, 163; 1.60.2.1 154 n.11, 163; 1.61 233; 1.61.1.3 154 n.11, 163; 1.61.4.3 154 n.11, 163; 1.62-63 211; 1.62.5.2 176; 1.62.6.2 178 n.77; 1.64.2.3 154 n.11, 163; 1.102 214; 1.105.3.2 154 n.11, 163; 1.106.2.2 154 n.11, 163; 1.107.2.7 154 n.11, 163; 1.111 233; 1.113 233; 1.113.1.4 154 n.11, 163; 1.121.3.3 270; 1.126 92; 1.143.1 269, 270; 2.13 214; 2.13.6.1 154 n.11, 164; 2.13.7 269; 2.13.7.3 154 n.11, 164, 274; 2.20.1.3 176; 2.20.4.4 154 n.11, 164; 2.22 240; 2.22.2.7 154 n.11; 2.23 233; 2.23.2.3 154 n.11; 2.23.3 235; 2.25.2.3 154 n.11; 2.31 233; 2.31.1 269; 2.31.2 235, 269, 274; 2.31.2.3 154 n.11, 164; 2.31.2.6 154 n.11; 2.31.2.7 235; 2.33.1.4 154 n.11; 2.34 86; 2.56.2.1 154 n.11; 2.57.2 235; 2.58.3.2 154 n.11; 2.66.2.2 154 n.11; 2.71-78 214; 2.75-78 243; 2.79 211, 233; 2.79.1.2 154 n.11; 2.79.2.4 154 n.11; 2.79.3.1 176; 2.79.3.2 154 n.11; 2.79.6.1 175 n.67; 2.80.1.5 154 n.11; 2.80.2.2 154 n.11; 2.80.4.2 154 n.11; 2.84.2.1 176 n.68; 2.87.6.2 154 n.11; 2.90.1.4 175 n.66; 2.90.1.4-5 179; 2.92.1.4 177; 2.96.2 221; 2.98.4 221; 2.102 214; 2.102-103 233; 2.102.1.5 154 n.11; 3.16.1 269; 3.17.4.1 154 n.11; 3.18.4.1 154 n.11; 3.18.4.2 214; 3.20-24 243;

3.75.1.4 154 n.11; 3.78.1.6 175 n.66; 3.82.2.7-9 242; 3.87.3.1 154 n.11, 164; 3.87.3.2 175 n.67; 3.91.1.4 154 n.11; 3.91.3.4 154 n.11; 3.94-98 214; 3.96-98 211; 3.97-98 275; 3.97.3 240; 3.98 240; 3.98.4.2 154 n.11; 3.100.2.3 154 n.11; 3.102.4.2 154 n.11; 3.105.1.3 154 n.11; 3.107-108 211, 233; 3.107.1.6 154 n.11; 3.107.3.4 176; 3.107.3.7 154 n.11; 3.107.4.3 178 n.77; 3.107.4.4 175 n.64; 3.107.4.6 175 n.64; 3.107.4.7 178; 3.107.4.8 178 n.79, 178 n.80; 3.108.1.3 178 n.78; 3.108.2.1 178 n.78; 3.112.6.2 154 n.11; 3.114.4.3 154 n.11; 4.8.7.3 154 n.11; 4.8.9 271; 4.8.9.2 154 n.11; 4.9.1.8 154 n.11; 4.9.2.5 154 n.11; 4.9.4.2 154 n.11; 4.13.3.2 154 n.11; 4.26.7.5 154 n.11; 4.28.4 270, 274; 4.31-33 214; 4.31.1.3 154 n.11; 4.31.1.6 154 n.11; 4.31.2.2 154 n.11; 4.32.2 269, 270; 4.32.3.2 175 n.64; 4.33-36 240; 4.33.1.4 154 n.11, 175 n.64; 4.33.1.6 176 n.71, 178 n.77; 4.33.2 240, 241; 4.33.2.1 154 n.11; 4.34-36 240; 4.34.2 241; 4.35.1.2-3 179; 4.38 240; 4.38.5.2 154 n.11; 4.42 235; 4.42-45 211; 4.42.1 233; 4.42.1.3 154 n.11; 4.43.2.1 178 n.78; 4.43.3.2 175 n.64; 4.43.4.2 178 n.79; 4.43.4.3 178 n.78; 4.43.5.2 178 n.78; 4.43.5.3 178 n.79; 4.44 246; 4.44.2.1 178 n.78; 4.47.3.4 154 n.11; 4.53.1.2 154 n.11; 4.53.2.5 154 n.11; 4.54.1.2 154 n.11; 4.55.1.5 154 n.11; 4.56.1.7 154 n.11; 4.67.1.3 154 n.11; 4.67.5.5 154 n.11; 4.68.5.6 154 n.11; 4.70.1.9 154 n.11; 4.72.1.6 154 n.11; 4.72.2.1 154 n.11; 4.72.2.2 154 n.11; 4.72.2.3 176 n.68; 4.78.1.2 154 n.11; 4.80.5 270 n.56, 271; 4.80.5.2 154 n.11; 4.90 269; 4.90.1 233, 269; 4.90.4.5 154 n.11; 4.93 235; 4.93.2.3 176 n.68; 4.93.2.3-4 176; 4.93.3 270; 4.93.3.2 176 n.71; 4.93.3.4 154 n.11, 175 n.64; 4.93.4 78; 4.93.4.1 178 n.78; 4.93.4.2 178 n.81; 4.93.4.1-4 178; 4.93.4.4 178 n.79; 4.93.4.5 178 n.77; 4.93.4.6 175 n.64, 179; 4.94 269; 4.94.1.1 154 n.11, 179; 4.94.1.2 175 n.64; 4.94.1.3 178 n.77; 4.94.2.1 176, 178; 4.96 211, 240, 246; 4.96.3.1 178 n.79; 4.96.3.2 178 n.81; 4.96.3.4 175; 4.96.3.6-7 81; 4.96.4.2 178 n.78; 4.96.5.3 178 n.79; 4.96.5.4 178 n.77; 4.96.6.2-3 177; 4.100.1.3 154 n.11; 4.101.3.5 154 n.11; 4.111.1 270; 4.113.2.2 154 n.11; 4.123.4 271; 4.123.4.4 154 n.11; 4.124.1.4 154 n.11; 4.124.3.6 154 n.11; 4.125.2.4 154 n.11, 176 n.68; 4.129.2.4 154 n.11; 4.129.3.5 154 n.11; 4.129.4.3 154 n.11; 4.134.1.4 178 n.77; 5.2.1.2 154 n.11; 5.2.2.2 154 n.11; 5.8.2 274; 5.8.2.2 176 n.68; 5.8.2.5 164; 5.8.4.2 154 n.11; 5.9.7.1 178 n.81; 5.10 211, 240; 5.10.3.5 178 n.79; 5.10.4.2 178 n.78; 5.10.6.6 177; 5.10.7.1 178 n.81; 5.10.8.2 178 n.79; 5.10.8.4 178 n.78; 5.10.9-10 271; 5.10.9.1 178 n.78; 5.10.9.5 154 n.11; 5.12.1.3 154 n.11; 5.31.5.1 154 n.11;

- 5.34.1 270 n.56, 271, 274; 5.34.2 257; 5.47.6.5 154 n.11, 157 n.17; 5.49.1 271; 5.49.1.7 154 n.11; 5.49.1.8 154 n.11, 157 n.17; 5.49.3.1 154 n.11; 5.52.2.3 154 n.11; 5.55.4.3 154 n.11; 5.57.1 271 n.59; 5.57.2.4 154 n.11; 5.57.2.6 154 n.11; 5.58.1.5 154 n.11; 5.61.1.1 154 n.11; 5.64 235; 5.64.2 271 n.59; 5.65.1 269; 5.65.1.2 176; 5.66 86; 5.65.2.2 188; 5.66.1.2 175 n.64; 5.66.1.5 176 n.68; 5.66.2.3-4 176; 5.67 178, 235; 5.67.1 271; 5.67.1.1 176 n.71, 178 n.79; 5.67.1.2 176 n.68, 5.67.1.5 176 n.71; 5.67.1.6 178 n.78; 5.67.1.7 178; 5.67.2.1 178 n.77; 5.67.2.2 175 n.64, 178 n.78; 5.67.2.8 178 n.79, 178 n.80; 5.68.1.1 176 n.68; 5.68.3 271; 5.68.3.4-5 179, 264; 5.68.3.5 175 n.64, 179; 5.68.3.7 176 n.71, 179; 5.68.3.8 176 n.70, 179; 5.70 212, 236; 5.70.1 82, 86; 5.70.1.5 176 n.68; 5.71 139, 211; 5.71.1.3-8 81; 5.71.1.5 178 n.79; 5.71.1.6 178 n.78; 5.71.1.8 179; 5.71.1.10 178 n.78; 5.71.2.2 178 n.77; 5.71.3.1 178 n.79; 5.71.3.5 178 n.78; 5.72.1.7 179 n.83; 5.72.3-4 235; 5.72.3.7 175, 178 n.78; 5.72.3.2 178 n.78; 5.72.3.5 179 n.83; 5.72.4.2 178 n.81; 5.72.4.6 175; 5.72.4.6-9 246, 257 n.22; 5.73.1.2 177; 5.73.1.3 178 n.78; 5.73.2.1 178 n.79; 5.75.5.2 154 n.11; 5.84.1.7 154 n.11; 5.84.2.1 154 n.11; 6-7 214; 6.4 228; 6.7.2.2 154 n.11; 6.17.5.2 154 n.11; 6.20.4.1 154 n.11; 6.22.1.1 154 n.11; 6.24 257; 6.25.2.4 155 n.11; 6.25.2.5 154 n.11; 6.26.2 257; 6.31.2.2 154 n.11; 6.31.2.4 155 n.11; 6.31.3 257; 6.31.3.8 155 n.11; 6.34.4.12 176 n.68; 6.37.1.8 155 n.11; 6.43.1.7 155 n.11; 6.43.1.9 164; 6.53.2.2 177; 6.54-59 92; 6.56-58 92; 6.56.2 92 n.2; 6.57.1 92 n.2; 6.57.4 92 n.2; 6.58.1.3 155 n.11, 163; 6.58.2 92 n.2; 6.67.1 178; 6.67.1.2 175 n.64, 176, 178 n.78; 6.67.1.3 178 n.81; 6.67.1.5 175 n.64, 179; 6.67.1.6 175 n.64, 179; 6.67.2.1 175 n.64; 6.67.2.2 155 n.11, 179; 6.67.2.6 175 n.64; 6.67.2.7 178 n.78; 6.69-70 211, 240; 6.69.1.6 176 n.71; 6.69.2 269, 277; 6.69.2.2 188; 6.69.2.5 155 n.11; 6.70.2 246; 6.70.2.2 178 n.79; 6.70.2.3 177; 6.70.3.3 155 n.11; 6.70.3.4 179; 6.70.4.1 179; 6.70.4.2 175 n.64; 6.72.3.2 177; 6.91.4.4 155 n.11; 6.96.3.6 155 n.11; 6.97.4.1 177; 6.98.4.2 155 n.11; 6.101.4.3 178 n.78; 6.101.4.4 178 n.79; 6.101.5.4 178 n.78; 6.101.6.1 178; 6.101.6.2 178 n.79; 6.102.1.3 175 n.64; 7.1.5.3 155 n.11; 7.5.3.6 176 n.68; 7.6.2.1 155 n.11; 7.6.2.3 175 n.64, 178 n.77; 7.6.3.1 178 n.79; 7.13.2 270; 7.13.2.13 270; 7.17.2.1 155 n.11; 7.17.3.5 155 n.11; 7.19.3 271; 7.19.3.4 155 n.11; 7.19.3.6 155 n.11; 7.19.3.8 155 n.11; 7.19.4.4 155 n.11; 7.19.4.7 155 n.11; 7.19.5.4 155 n.11; 7.20.1.5 155 n.11; 7.20.2.3 155 n.11, 164; 7.25.4.1 155 n.11; 7.26.1.5 155 n.11; 7.27.1 221; 7.30.2.7 176 n.68; 7.30.3.2 155 n.11; 7.31.1.3 155 n.11; 7.31.2.3 155 n.11; 7.31.5.7 155 n.11, 164; 7.33.1.3 155 n.11; 7.35.1.2 155 n.11; 7.37.2.4 155 n.11; 7.42-50 211; 7.42.1.5 155 n.11; 7.43.7.2 177; 7.44 81; 7.44.2.4 155 n.11; 7.50.1.6 155 n.11; 7.51.2.5 155 n.11; 7.51.2.6 155 n.11; 7.51.2.8 155 n.11; 7.53.3.5 155 n.11; 7.54.1.3 155 n.11; 7.57-87 211; 7.57.2 274; 7.58.3 271; 7.58.3.7 271 n.60; 7.58.4.3 155 n.11; 7.63.2.1 155 n.11; 7.63.3.6 270; 7.64.1.3 155 n.11; 7.67.2.4 155 n.11; 7.75.5.6 155 n.11; 7.77.4.5 155 n.11; 7.77.7 96; 7.78.1.2 176 n.68; 7.78.2.3 155 n.11; 7.81.4.5 176; 7.82.3 202; 8.1.2.4 155 n.11; 8.5.1 271; 8.15.2 270; 8.23.4.7 155 n.11; 8.24.3.1 155 n.11, 164; 8.25 211, 235; 8.25.1.2 155 n.11; 8.25.1.5 155 n.11; 8.25.2.1 155 n.11; 8.25.3.2 178 n.77; 8.30.2.3 155 n.11; 8.30.2.4 155 n.11; 8.62.2.3 155 n.11; 8.65.1.3 155 n.11; 8.69.1.4 175 n.67; 8.71.2.4 155 n.11; 8.73.4.5 155 n.11; 8.92.4.3 155 n.11, 164; 8.92.6.1 155 n.11, 164; 8.92.9.3 155 n.11, 164; 8.92.10.1 155 n.11, 164; 8.92.10.6 155 n.11, 164; 8.93.1.3 155 n.11, 164; 8.93.3.2 155 n.11, 164; 8.94.1.4 155 n.11, 164; 8.97.1 260; 8.97.1.5-6 262; 8.97.1.6 92, 95; 8.100.3.5 155 n.11; 8.104.1.2 175 n.66; 8.108.4.3 155 n.11;



Este duodécimo volumen de los Anejos de *Gladius*,
Ciudadanos, campesinos y soldados:
El nacimiento de la pólis griega y la teoría de la "Revolución hoplita",
de Fernando Echeverría Rey,
se acabó de imprimir en Madrid,
el día 10 de octubre del año 2008.

